

# PATAGONIA

TRES THRILLERS  
QUE NO PODRÁS SOLTAR

# NEGRA

DEL GANADOR DEL PREMIO LITERARIO DE AMAZON

**CRISTIAN PERFUMO**

# **PATAGONIA NEGRA**

Tres thrillers ambientados en la Patagonia:

*El coleccionista de flechas*

*Rescate gris*

*Los ladrones de Entrevientos*

Cristian Perfumo

*Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

Copyright © de esta edición de *El coleccionista de flechas* 2020 por Cristian Perfumo

Copyright © de esta edición de *Rescate gris* 2020 por Cristian Perfumo

Copyright © de esta edición de *Los ladrones de Entrevientos* 2020 por Cristian Perfumo

Todos los derechos están reservados.

Edición de los manuscritos originales: Trini Segundo Yagüe

[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)

# ÍNDICE

[SOBRE EL AUTOR](#)

[EL COLECCIONISTA DE FLECHAS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

NOTA AL LECTOR

AGRADECIMIENTOS

**RESCATE GRIS**

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

LOS LADRONES DE ENTREVIENTOS

PRÓLOGO

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)



[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

[CAPÍTULO 66](#)

[CAPÍTULO 67](#)

[CAPÍTULO 68](#)

[CAPÍTULO 69](#)

[CAPÍTULO 70](#)

[CAPÍTULO 71](#)

[CAPÍTULO 72](#)

[CAPÍTULO 73](#)

[CAPÍTULO 74](#)

[CAPÍTULO 75](#)

[CAPÍTULO 76](#)

[CAPÍTULO 77](#)

[CAPÍTULO 78](#)

[CAPÍTULO 79](#)

[CAPÍTULO 80](#)

[CAPÍTULO 81](#)

[CAPÍTULO 82](#)

[CAPÍTULO 83](#)

[CAPÍTULO 84](#)

[CAPÍTULO 85](#)

[CAPÍTULO 86](#)

[CAPÍTULO 87](#)

[CAPÍTULO 88](#)

[CAPÍTULO 89](#)

[CAPÍTULO 90](#)

[CAPÍTULO 91](#)

[CAPÍTULO 92](#)

[CAPÍTULO 93](#)

[CAPÍTULO 94](#)

[CAPÍTULO 95](#)

[CAPÍTULO 96](#)

[CAPÍTULO 97](#)

[CAPÍTULO 98](#)

[CAPÍTULO 99](#)

[CAPÍTULO 100](#)

[CAPÍTULO 101](#)

[CAPÍTULO 102](#)

[CAPÍTULO 103](#)

[CAPÍTULO 104](#)

[CAPÍTULO 105](#)

[CAPÍTULO 106](#)

[CAPÍTULO 107](#)

[CAPÍTULO 108](#)

[CAPÍTULO 109](#)

[CAPÍTULO 110](#)

[CAPÍTULO 111](#)

[CAPÍTULO 112](#)

[CAPÍTULO 113](#)

[CAPÍTULO 114](#)

[CAPÍTULO 115](#)

[CAPÍTULO 116](#)

[CAPÍTULO 117](#)

[CAPÍTULO 118](#)

[CAPÍTULO 119](#)

[CAPÍTULO 120](#)

[CAPÍTULO 121](#)

[CAPÍTULO 122](#)

[CAPÍTULO 123](#)

[CAPÍTULO 124](#)

[CAPÍTULO 125](#)

[Más novelas de Cristian Perfumo](#)

## SOBRE EL AUTOR

Cristian Perfumo, radicado en Barcelona tras vivir mucho tiempo en Australia, escribe novelas de misterio y suspenso ambientadas en la Patagonia, donde se crió.

La primera, *El secreto sumergido* (2011), está inspirada en una historia real y lleva ya seis ediciones, con miles de copias vendidas en todo el mundo. En 2014 publicó *Dónde enterré a Fabiana Orquera*, que agotó varias ediciones en papel y en julio de 2015 se convirtió en el séptimo libro más vendido de Amazon en España y el décimo en México. *Cazador de farsantes* (2015), su tercera novela con frío y viento, también agotó su primera tirada. *El coleccionista de flechas* (2017), su cuarto thriller ambientado en la Patagonia, ganó el Premio Literario de Amazon, al que se presentaron más de 1800 obras de autores de 39 países. *Rescate gris* (2018), su último thriller antes de la publicación de *Los ladrones de Entrevientos*, fue finalista del Premio

Clarín de Novela 2018, uno de los galardones literarios más importantes de Latinoamérica.

Los libros de Cristian han sido traducidos al inglés y al francés, editados en sistema Braille y publicados en formato audiolibro.

# EL COLECCIONISTA DE FLECHAS

CRISTIAN PERFUMO

**Novela ganadora del Premio Literario Amazon**

*Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

Edición original autopublicada en España, 2017

Publicada por AmazonPublishing entre 2018 y septiembre 2020

Copyright © de esta edición 2020 por Cristian Perfumo

Todos los derechos están reservados.

Edición del manuscrito original: Trini Segundo Yagüe

Diseño de tapa: Pablo Rodríguez - <http://finderdesign.info/>

Foto de tapa (puente): Jorge Combina - <https://www.facebook.com/jorge.combina>

[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)



A vos, querido lector.  
Me hace feliz saber que estás del otro lado de la  
página

# CAPÍTULO 1

—Acá, mirá. Apuntale directo al corazón —le dije a Manuel—. Que el disparo le entre justo al lado del esternón.

Apoyé el índice enfundado en un guante de látex sobre la camiseta de Boca manchada con sangre. Debajo de la tela sentí el kevlar blando del chaleco antibalas del policía alto y musculoso que llevaba veinte minutos de pie en la posición que le habíamos indicado. Manuel corrigió un poco la trayectoria y el punto rojo del láser se detuvo sobre la punta de mi dedo.

—Así, perfecto. No lo muevas más. Y vos, por favor, quedate ahí, que ya falta poco —le dije al policía, que asintió con gesto serio.

—Esta noche hay mucho viento. Tenemos que hacerlo bien coordinados. Cuento hasta tres y vos tirás, ¿lista? —me preguntó Manuel.

—Lista —dije sacándome del bolsillo el tubito de plástico.

—Uno. Dos. Tres.

Sacudí el tubito delante del policía y una nube de talco reveló la trayectoria roja del láser. Oí la cámara de Manuel disparando una ráfaga de fotos.

—¡Che, avisen! —gritó la jueza Delia Echeverría, exagerando una tos ronca. El viento había transportado el talco directamente a su cara y a la del médico forense. Ambos charlaban retirados a unos cinco metros del policía con la camiseta de Boca.

—Esta está buenísima —dijo Manuel, mostrándome una de las fotografías. En la pantalla de la cámara, un láser rojo unía, por medio de una línea recta, el pecho del policía con el portón de rejas de hierro desde el que creíamos que el agresor había tirado.

—Perfecta —coincidí—. Con esto queda bastante claro que el disparo tuvo que venir de detrás del portón. Si no, no da el ángulo. Es probable que

la reja estuviera cerrada y le dispararan desde afuera.

—¿Qué más hago? —preguntó Manuel.

—Repitámoslo, pero ahora con él arrodillado —indiqué señalando al policía que tenía puesta la camiseta de Boca con la que había muerto Mario Pérez. En silencio, el suboficial de un metro ochenta y tres, la misma altura que la víctima, se arrodilló frente a nosotros—. Luis dice que, según la autopsia, la bala entró por el pecho pero salió mucho más abajo, cerca de la cadera. Lo más probable es que estuviera de rodillas y le dispararan desde arriba.

Después de quince minutos en los que hubo más talco y más fotos, dimos por concluida la reconstrucción y empezamos a guardar todo nuestro equipo en maletines. De las casas vecinas se asomaban cabecitas que se replegaban al leer la palabra **CRIMINALÍSTICA** en la espalda de nuestros chalecos.

—¿Qué hacés después de acá? —me preguntó Manuel mientras plegaba el trípode en el que había montado el láser.

—Me vuelvo al juzgado a escribir el informe.

—Pero son las diez de la noche.

—Tiene que estar listo para mañana —dije en voz baja señalando a la jueza, que hablaba con el médico forense sobre los órganos que había destruido el disparo.

—¿Te vas a quedar toda la noche escribiéndolo?

—Si me lleva toda la noche, sí.

—Si querés te ayudo, y si no terminamos muy tarde nos podemos ir a tomar algo. ¿Hay trato? —preguntó Manuel, extendiéndome una mano para que se la estrechara. Todavía llevaba puesto el guante de látex azul.

—Te agradezco, pero estoy cansadísima. Apenas termine el informe, en lo único que voy a poder pensar es en dormir.

Me quedé un instante en silencio sopesando si no habría sido muy cruel con Manuel. Era un compañero de trabajo de esos que uno quiere llevarse a la mesita de luz porque es bueno y siempre está dispuesto a ayudar, pero como hombre no me atraía en absoluto. Y yo intentaba hacérselo saber de la manera menos hiriente posible.

Por suerte, me interrumpió la vibración del teléfono en mi bolsillo.

—Hola.

—Licenciada Badía, soy el sargento Debarnot. ¿Está muy ocupada?

—Estoy haciendo la pericia con láser del caso Pérez. Ya estamos por terminar. ¿Pasó algo?

—Un homicidio en la calle Estrada. Acabo de entrar a la vivienda y confirmarlo. Varón, unos treinta y cinco años.

—No toquen absolutamente nada, que ya salgo para allá. ¿Estrada a qué altura?

—Mil cuatrocientos veintitrés. Frente a la Escuela Número 5.

Al oír aquello se me cerró la boca del estómago.

—¿La casa grande de piedra?

—Sí.

—Mierda.

—¿Disculpe, licenciada? —dijo Debarnot al otro lado del teléfono.

—Eeh... no, nada. ¿La víctima tiene pelo negro y corto, con algunas canas?

—Sí. Estoy casi seguro de que es el dueño de Impekable, el negocio de artículos de limpieza. ¿Quiere que le revise los bolsillos para ver si encuentro alguna identificación?

—No, no toquen nada que ya salgo para allá.

No me hacía falta que me dijeran quién era la víctima. Yo sabía perfectamente que se llamaba Julio Ortega. Lo sabía porque había sido mi novio en la secundaria, y porque hacía dos meses habíamos pasado la noche juntos en la casa donde lo acababan de encontrar muerto.

## CAPÍTULO 2

Afuera de la construcción de piedra sobre la calle Estrada, el vehículo personal del comisario Lamuedra estaba estacionado entre dos patrulleros. Saludé a los dos policías que custodiaban la puerta abierta de la casa. Uno de ellos, regordete y vestido de civil, era Debarnot, el que me había avisado por teléfono. Entré mirando a mi alrededor.

—¿Cómo andás, Laurita? —me saludó Lamuedra, plantándome un beso en la mejilla.

—Bien, comisario. ¿Y usted?

—Y... me están haciendo laburar después de las diez de la noche. Podría estar mejor. El cuerpo se encuentra en el comedor. Vení, pasá. Y cuidado con eso.

Demasiado tarde. Antes de que el comisario terminara de hablar, di el primer paso hacia el interior de la casa y oí un crujido. Me había parado sobre una pila de vidrios rotos debajo de la ventana del recibidor, junto a la puerta. Mi pie rozaba una escoba de cerdas de plástico que seguramente la policía había usado para amontonar los cristales.

—¿Quién barrió los vidrios? Te dije por teléfono que no tocaran nada, Debarnot. ¿No saben que así podríamos perder huellas digitales?

—La escoba ya estaba ahí cuando descubrieron el cuerpo. Nadie tocó nada... hasta ahora —agregó mirando mi pie.

—¿Entraron por acá? —pregunté al tiempo que señalaba la ventana cubierta por una gruesa cortina roja.

Lamuedra negó con la cabeza y apartó la tela. La ventana que daba a la calle tenía los postigos cerrados y el cristal intacto.

—Y entonces ¿de dónde salieron estos vidrios?

—Acá la licenciada en Criminalística sos vos —me respondió el comisario, encogiéndose de hombros. Con un movimiento de cabeza me hizo señas para que lo siguiera y nos adentramos en la casa.

El pasillo que comunicaba el recibidor con el comedor había cambiado desde mi visita hacía dos meses. En la pared ya no había ninguna de las fotos de Julio con su novia en el glaciár, en Buzios o en las cataratas. Sí estaban colgadas las dos en las que Julio salía solo en Buenos Aires, una frente al Obelisco y otra en la cancha de River.

En el comedor, los policías habían encendido todas las luces. Al contrario de las escenas del crimen oscuras de las películas, las de la vida real se iluminan al máximo para entender mejor la historia que cuentan el cuerpo y los objetos que lo rodean. Así y todo no logré ver ningún cuerpo, sino únicamente muebles: una mesa ovalada con seis sillas de madera maciza y un sofá beige de espaldas al resto de la habitación, apuntando hacia la enorme televisión en la pared. Los mismos muebles que hacía dos meses.

El comisario señaló el sofá y me hizo señas para que lo siguiera. A medida que lo rodeábamos, se revelaron los pies enfundados en náuticos beige, luego el pantalón azul, la camisa blanca y, por último, la cabeza de Julio. Tenía los ojos abiertos y la cara desfigurada a golpes. El cuerpo estaba en posición fetal, con las manos entre las rodillas y acostado sobre el lado izquierdo. Probablemente había adoptado esa postura a raíz del dolor y el instinto de proteger sus órganos vitales ante el ataque.

—¿Quién lo descubrió? —pregunté apartando la mirada.

—Lo encontró Debarnot, de casualidad —dijo el comisario, señalando con el pulgar la puerta de entrada—. No estaba de servicio. Pasaba con su auto particular y le extrañó ver la puerta abierta una noche de tanto viento y frío. Se paró a esperar un rato, y como no vio movimiento, entró.

—¿No tocó nada?

—No, Laurita, no tocó nada —respondió el comisario en tono condescendiente.

Me arrodillé en un rincón de la habitación y abrí en el suelo el maletín que había traído conmigo. Me calcé un par de guantes de látex y respiré hondo varias veces simulando observar con detenimiento todos los detalles del comedor. Cuando pude juntar el coraje suficiente, me puse en cuclillas

junto al cuerpo de mi novio de la adolescencia y reciente «toco y me voy» de una noche.

La cara estaba cubierta de cortes y magulladuras, como la de un boxeador al final de una pelea. Al levantarle el labio superior noté que le faltaban los dos dientes de adelante. Las manchas de sangre en la camisa blanca revelaban todo tipo de patrones, desde gotas gordas rodando pecho abajo hasta finas salpicaduras esparcidas con cada golpe.

Sus manos estaban completamente teñidas de rojo. Al examinarlas de cerca noté que en el dorso de cada una había una pequeña herida circular, pero con tanta sangre resultaba imposible determinar qué las había causado. Seguramente el forense lo aclararía durante la autopsia.

Saqué mi cámara de fotos del maletín y tomé planos cortos del cuerpo desde diferentes ángulos. También hice varias tomas de la cara y las manos. Luego me alejé para capturar la escena entera.

Detrás del sofá, a un costado de la mesa ovalada, un mueble enorme de otro tiempo dejaba ver en su interior una colección de copas de vino y vasos de whisky. Sus vidrios estaban intactos. Revisé todas las ventanas de la casa, pero no fui capaz de encontrar el origen de los cristales rotos barridos en el recibidor.

—¡Acá hay más sangre! —gritó Debarnot desde el pasillo por el que habíamos entrado.

Encontré al sargento agachado, uno de sus dedos regordetes apuntaba a una mancha ocre junto al zócalo. Por el patrón circular con pequeñas manchitas alrededor, deduje que era una gota que había caído desde una altura considerable. Teniendo en cuenta que estaba alejada del cuerpo, lo más probable era que se hubiera desprendido de las manos ensangrentadas del atacante mientras huía. O quizás Julio, en un intento por defenderse, había logrado herir de algún modo a su asesino.

Saqué varias fotos de la gota y luego la toqué con un hisopo de punta de algodón. Estaba completamente seca. La raspé con la hoja de una navaja y recolecté las escamas marrones en un pequeño tubo para analizarlas en el laboratorio. Aunque revisamos al milímetro el resto de la casa, fuimos incapaces de encontrar más sangre.

Hice algunas fotos más del cadáver y luego di la orden de que llamaran a los bomberos para que lo trasladaran a la morgue. Mientras esperábamos, volví a los vidrios rotos junto a la puerta de entrada, debajo de la ventana

intacta. De mi maletín saqué una caja con bolsas de plástico herméticas y fui guardando una a una todas las esquirlas. Conté más de cincuenta.

El único mueble del pequeño *hall* de entrada era un armarito esquinero con puerta de vidrio, también impecable. Me agaché para asegurarme de que no hubiera quedado alguna esquirla debajo. Efectivamente, algo me devolvió el destello de la linterna.

Tanteé con la mano enfundada en látex hasta dar con un objeto que me pareció demasiado irregular para ser un trozo de vidrio. Al ponerlo sobre la palma descubrí que se trataba de una punta de flecha de unos cinco centímetros de largo.

La pieza, preciosa, tenía forma de lágrima y descomponía la luz de mi linterna en reflejos tornasolados como los del interior de un mejillón. Jamás había visto una de ese color. Los tehuelches, el pueblo originario de esa zona de la Patagonia, las hacían ocres, amarillas, negras, blancas, verdes y hasta transparentes. Pero, de ese tono iridiscente, yo no las había visto nunca.



## CAPÍTULO 3

Entré al juzgado y me quité el abrigo mientras caminaba hacia mi laboratorio. Abrí la puerta y, desde el umbral, lo tiré sobre una silla. Volví al pasillo y subí las escaleras de dos en dos. Al girar a la derecha, ahí estaba, como todas las mañanas, Isabel Moreno con la vista pegada a su teléfono.

—Llegás tarde —me dijo con una sonrisa.

—¿Ah, sí? No me digas.

—Ya están todos adentro.

Con una de sus uñas larguísimas, pintadas de fucsia, señaló la puerta de madera que daba al despacho de la jueza.

—Momentito. ¿Adónde vas? —dijo detrás de mí, alzando la voz.

—¿No te parece obvio? Hay una reunión sobre un caso, yo tengo que estar en esa reunión, voy a la reunión. Si querés te hago un croquis para que lo entiendas.

—No podés pasar sin que te anuncie primero. Para algo la jueza tiene una secretaria, ¿no te parece?

Así era cada puta vez que hablaba con Isabel Moreno. En mi cabeza me refería a ella como «la Harpía», aunque nunca comenté con nadie aquel apodo. Era una mujer cuarentona que llevaba más de veinte años trabajando de administrativa en el juzgado. De hecho, era la empleada más antigua. Y esa antigüedad, a su modo de ver, le otorgaba derechos que no estaban escritos en ningún lado.

—No hace falta que me anuncies. Me están esperando —apunté.

—¿Me vas a decir cómo tengo que hacer mi trabajo?

El hecho de que un hombre la hubiera dejado por mí hacía dos años tampoco ayudaba mucho a mejorar nuestra relación.

—No me jodas, Isabel, que es muy temprano —dije y abrí la puerta del despacho.

\*\*\*

—¡Por fin! —exclamó la jueza Delia Echeverría, levantando la vista de unos papeles.

—Buen día, perdón por la demora —dije ofreciendo una sonrisa forzada a ella y a los dos hombres sentados al otro lado de su escritorio: el comisario Lamuedra y el sargento Debarnot, la persona que había descubierto el cadáver de Julio Ortega.

Un ventanal enorme ofrecía a la jueza una vista maravillosa de la ría, que oscilaba entre el gris plomizo y el turquesa dependiendo del cielo, el viento y la marea. Aquella mañana el agua era de color azul oscuro y se movía con fuerza hacia el oeste con la marea creciente. Del otro lado de la ría, la margen sur se extendía hasta el horizonte completamente deshabitada. La única construcción a la vista era una casa abandonada que en otro tiempo había pertenecido a un pescador. Menos de un kilómetro hacia el oeste, una enorme roca volcánica en forma de «Y» a la que llamábamos Piedra Toba se erguía desafiando la gravedad.

Al ver que no había más sillas libres, el comisario Lamuedra hizo un ademán de levantarse para cederme la suya. Yo insistí en que no era necesario y me senté sobre una enorme caja fuerte de hierro dispuesta junto a la ventana, debajo de un cuadro que contenía, aunque yo no sabía de qué manera, la combinación para abrir el mecanismo de seguridad.

—El sargento acababa de empezar a contarnos cómo se encontró el cuerpo. Comience de nuevo, así la licenciada Badía está al tanto.

Debarnot asintió con un gesto solemne.

—Ayer a la tarde me tocaba una recorrida a pie con el cabo primero Vilchez por la zona vieja del pueblo.

—Donde está la casa de Ortega.

—Sí. Serían las dieciséis quince cuando salimos a la calle. Aproximadamente a las dieciséis treinta pasamos por delante de la casa de Ortega y observamos que la puerta estaba abierta. Lo recuerdo perfectamente porque hicimos unas bromas sobre el frío que haría dentro de la casa.

A pesar de que no llegaba a los treinta años, Debarnot hablaba siempre con esa seriedad férrea de los policías de antes. Aquellos modismos y palabras no los había aprendido en la academia de policía, sino en su propia casa. Su padre, el oficial Debarnot, había llegado a comisario en los años ochenta y, treinta años después, los policías de Puerto Deseado todavía contaban historias sobre su sentido de la justicia y su falta de miedo a la mano dura.

—¿Y no fueron capaces de golpear para ver si todo estaba bien? —preguntó Lamuedra—. En media hora más iba a estar completamente oscuro, ¿no le parece sospechoso que alguien deje la puerta abierta en pleno invierno?

—No, la verdad es que no se nos pasó por la cabeza.

—Si hubiera golpeado... —dijo Lamuedra, pero dejó la frase colgando tras un ademán conciliador de la jueza.

—De eso no me puede echar la culpa, comisario.

Aquella contestación le hubiera costado caro a cualquier otro suboficial. Pero dentro de la comisaría, Mariano Debarnot había logrado un lugar privilegiado. Llevar ese apellido le permitía moverse con comodidad a un lado y a otro del velo no tan invisible que separaba a oficiales y suboficiales en cualquier fuerza armada.

—Siga, por favor —intervino Echeverría.

—A la noche, cuando terminó mi turno, me fui a jugar al fútbol. Tenemos un equipo con varios compañeros de la comisaría y estamos participando en un torneo. A la salida del partido, pasé por la casa de Ortega. Supongo que en el fondo sí que me había parecido raro lo de la puerta, porque volví.

—Y seguía abierta —aventuré.

—Exactamente. Y hacía ya cinco horas que estaba oscuro. Con lo fría que estaba la noche, era imposible que no hubiera pasado algo raro.

—¿Esto a qué hora fue?

—El partido terminó a las diez, así que debió de ser a las diez y veinte. Estacioné el auto frente a la casa y golpeé la puerta abierta varias veces antes de entrar.

Debarnot tomó aire antes de seguir hablando. Su voz era firme y su expresión, dura. Parecía concentrado en demostrar al comisario y a la jueza

que era lo suficientemente valiente para no verse afectado por el horror con el que se había encontrado.

—Cuando ingresé a la vivienda, descubrí el cuerpo de Ortega.

—¿Y ahí fue cuando avisó a la comisaría?

—Sí. Inmediatamente después de tomarle el pulso y comprobar que estaba muerto.

—¿Y registró el resto de la casa?

—No, porque no tenía el arma de servicio conmigo. El atacante podía seguir allí.

—Ahora sabemos que no es así —apunté—. La sangre llevaba varias horas coagulada. Además, la puerta estaba abierta desde hacía al menos cinco horas.

—Eso es fácil decirlo ahora, pero en ese momento el suboficial lo ignoraba —intercedió la jueza.

Debarnot siguió hablando como si no hubiera registrado el cable que le acababa de tirar Echeverría. No supe si lo hizo para restarle importancia y no hacerme quedar mal delante de la jueza o por no admitir que había tenido miedo de registrar la casa.

—El resto, ustedes ya lo saben. Diez minutos más tarde estábamos los cuatro en ese comedor.

## CAPÍTULO 4

La jueza agradeció el informe a Debarnot y el comisario le dijo que volviera a sus funciones. Cuando nos quedamos los tres solos en el despacho, Echeverría habló dirigiéndose a mí pero mirando a Lamuedra.

—Con el comisario queremos que te encargues vos de este caso, Laura.

—Por supuesto, ya mismo me voy para el laboratorio a analizar la evidencia.

—No me refiero a eso. Bueno, no *solamente* a eso.

—No entiendo —agregué, aunque lo entendía a la perfección.

—Queremos que uses tus dos trajes. El de licenciada en Criminalística para analizar la evidencia y el de policía para tomar declaración a los testigos, preguntar a los vecinos... Ya sabés, ese tipo de cosas.

—Pero hace ya casi tres años que no hago trabajo de policía.

El comisario soltó un soplido.

—¿Realmente hace falta que te recuerde que sos policía y que estás a préstamo en el laboratorio forense del juzgado? *A préstamo* —recalcó.

—A ver —intervino Echeverría—. Decime una cosa, Laura. ¿Por qué aceptaste venir a trabajar al juzgado hace tres años?

La miré, asombrada. Ella sabía muy bien la respuesta.

—Porque acá puedo dedicar la mayor parte de mi tiempo a la actividad forense. En la policía, incluso cuando estamos en plena investigación de un homicidio, siempre hay otras mil tareas que no me interesan para nada. Patrullaje, guardias, operativos de seguridad... Nada de eso tiene que ver con crímenes violentos, y no me importa en lo más mínimo. Creo que desde el juzgado hago un trabajo más útil que desde la comisaría.

Lamuedra encajó mis palabras sin inmutarse. Pensé que tendría algo que contestarme, pero se limitó a mirar a la jueza y asentir, como dándole el

visto bueno para lo que estaba por venir.

—Laura —dijo Echeverría—, tu convenio de préstamos se acaba dentro de menos de un año. Y como el comisario Lamuedra y yo también creemos que tus habilidades encajan mejor en el juzgado, nos gustaría ofrecerte un traslado permanente. Eso te garantizaría el puesto de forense prácticamente de por vida.

—Podemos hacerlo efectivo en cuanto cierres este caso —agregó el comisario.

Sonreí mientras decodificaba aquello. Si no hubiera conocido a Echeverría y a Lamuedra, habría interpretado sus palabras como un incentivo para animarme a aceptar el caso. Pero los tres sabíamos que un incentivo en aquella situación era innecesario. Ellos eran los jefes, y si me daban una orden, yo no tenía otra opción que acatarla.

Lo que en realidad habían querido decir no era que si aceptaba el caso me darían el traslado. La lectura correcta era justamente la opuesta: si ponía cualquier problema, me podía ir olvidando de él.

—Sos lo mejor que tenemos en la comisaría en este momento —agregó el comisario, dándome una palmada en el hombro.

Lo primero que me vino a la mente fue inventarme una excusa. Una mentira que dejara claro que yo no tenía que estar al frente de ese caso. Pero quedaría de lo más sospechoso que cualquier oficial desaprovechara una oportunidad así. Y más aún yo, que además de policía era criminóloga. No, no había mentira posible. Si quería zafar, tenía que decirles la verdad. Explicarles que había tenido relaciones con la víctima hacía apenas dos meses y eso representaba un conflicto de intereses del tamaño de Constantinopla. Entonces sí que me apartarían de la investigación por completo, como policía y como forense.

Pero ¿quería zafar? ¿Quería quedarme viendo este caso, que prometía ser uno de los más interesantes de los últimos años, desde el banco de suplentes? ¿Y quería perderme la oportunidad de un traslado definitivo al juzgado, donde sentía que mi trabajo era diez veces más relevante que en la comisaría?

—Además —añadió Lamuedra—, el pelotudo del oficial Ruiz se acaba de quebrar la tibia y el peroné jugando al fútbol, y la inspectora Peláez está de licencia por maternidad.

—Me alegra saber que me llaman porque no les queda más remedio.

—Pero ¿a vos no hay nada que te venga bien? —rugió el comisario—. Si te pido que trabajes de vuelta en la comisaría, te calentás, y si no te lo pido, también te calentás.

Antes de que pudiera contestarle, golpearon la puerta del despacho. Era Manuel Locane, el técnico del juzgado, que nos saludó con un ademán y ocupó la silla en la que había estado sentado Debarnot cinco minutos atrás.

—Locane, la licenciada Badía se pondrá al hombro la investigación —zanjó la jueza—. ¿Qué sabemos de la víctima?

—Desde anoche hasta ahora solo tengo la información que pude sacar de internet —dijo Manuel mientras abría una *laptop* encima del escritorio—. Sobre todo redes sociales. Hay que confirmarla y ampliarla hablando con gente.

El técnico se pasó una mano por la cabeza afeitada, como acomodándose una melena imaginaria. Luego tecleó a la velocidad de la luz.

—Julio Ortega. Argentino, cuarenta y tres años. Dueño de Impekable, el negocio ese que está en la calle Sarmiento. Vende artículos de limpieza. Supongo que últimamente no le estaba yendo muy bien porque en Facebook tenía decenas de publicaciones de ofertas por liquidación. Parece que a la tienda no le quedaba mucho tiempo de vida.

—¿Soltero? —preguntó Lamuedra.

—Sí. Según su perfil de Facebook, estaba en una relación con Noelia Guillón. Parece que llevaban años juntos.

—¿Ya le avisaron a la novia? —pregunté, dándoles la espalda y fingiendo prestar atención al cuadro sobre la caja fuerte.

La pintura representaba un bar donde los parroquianos no eran personas sino números con pequeños brazos y piernas. Mi preferido era un ocho con sombrero mexicano, acodado en la barra junto a un vasito de tequila. Desde el día en que oí una conversación que no debí haber oído, siempre que miraba el cuadro me preguntaba cuál era exactamente la relación que guardaban esos números con la combinación que abría la cerradura un metro más abajo.

—No, porque no es familiar directo —dijo Echeverría—. Si fuera la esposa sería distinto.

—Parece que Noelia Guillón está de viaje —intervino Manuel—. Hace tres días que no para de publicar fotos de las cataratas del Iguazú en las

redes sociales.

—¿Y con quién sale en las fotos? —quiso saber Lamuedra.

—Sale sola.

—Bueno, la licenciada Badía se va a encargar de contactarla para avisarla.

—Pero no es familiar directo —repliqué, haciendo eco de las palabras de la jueza.

—Eso quiere decir que no estamos obligados a avisarla, pero pongamos un poco de sentido común. Es mejor que se entere por nosotros que de cualquier otra forma. ¿No le parece, señora jueza?

—De acuerdo —dijo Echeverría—. Avisala vos, Laura.

Asentí con la cabeza tres veces, y acompañé cada movimiento repitiendo mentalmente la misma palabra: «Mierda».

—Entonces ¿qué familiares saben que Ortega está muerto? —preguntó Lamuedra.

—No fuimos capaces de encontrar familiares directos —respondió la jueza—. Pusimos un anuncio en la radio preguntando, seguramente esta mañana empiecen a transmitirlo.

—Sus padres murieron cuando él era muy joven —agregué.

—¿Y eso vos cómo lo sabés?

—Cuando yo iba a la secundaria, Ortega era una especie de *sex symbol* del pueblo. El chico rebelde de veintilargos con el que soñaban todas las adolescentes. Y en un pueblo de este tamaño, la mayoría de sus admiradoras se sabían su biografía bastante bien.

—¿Y vos eras una de esas admiradoras? —preguntó Manuel.

—¿Qué más sabés de Ortega, Badía? —intervino Lamuedra.

—No mucho más —respondí, y un nudo me apretó el estómago por ocultar información a mis jefes directos. Si se enteraban de nuestro noviazgo fugaz en la adolescencia no pasaría nada, pero si llegaban a descubrir la historia de hacía dos meses...

—Parece que le gustaba bastante la buena vida —agregó Manuel, interrumpiendo mis pensamientos—. Subía fotos de las cervezas importadas, whiskies y vinos que tomaba. Además, yo diría que era aficionado al juego. En su perfil hay publicaciones de puntajes obtenidos en varias aplicaciones de apuestas. También colgaba fotos posando en la puerta



de cada uno de los casinos que visitaba: Mar del Plata, Puerto Madero, Comodoro, Madryn y, lógicamente, el de Puerto Deseado.

—Ese es un buen lugar para empezar a buscar. Sobre todo si su relación con el juego era patológica. Badía, quiero que averigües si Ortega le debía dinero a alguien.

Asentí algo confundida. Aunque el hedonismo de Julio no me tomaba por sorpresa, ignoraba por completo su faceta timbera.

—¿Algo más? —preguntó la jueza, mirándonos a los tres.

—Hay algo que no me cierra de esa escoba y los vidrios en la entrada de la casa —intervine—. No hay ninguna ventana, ni cuadros, ni puertas rotas. ¿De dónde salieron?

—Puede que no tengan nada que ver con el caso. A lo mejor se rompió algo y Ortega lo estaba barriendo cuando entraron a atacarlo.

—Sí, pero ¿qué es lo que se rompió? ¿De dónde salieron todas esas esquirlas? También es curiosa la punta de flecha que encontré debajo del armarito.

—Si te parece relevante, investigalo, Laura. Te repito, estás a cargo —zanjó la jueza, dando por terminada la reunión.

Lo primero que hice al salir del despacho fue abrir Facebook en mi teléfono y cancelar mi amistad con Julio Ortega. Lo segundo fue ubicar a Debarnot y decirle que le transfería la responsabilidad de notificar el fallecimiento a la novia de la víctima. Esgrimí que como había sido él quien descubrió el cadáver, era la forma más sensible de actuar. Intentó persuadirme de que lo hiciera yo, pero insistí y al final aceptó a regañadientes.

En otra situación le habría puesto los puntos sobre las íes. Como la vez que le dije al cabo Ramírez que si tenía problemas aceptando órdenes de una mujer, yo me ofrecía a prestarle plata para que se comprara un pasaje al siglo XXI. Pero con Debarnot no se me ocurrió nada ni la mitad de original.

Solo me importaba no tener que ser yo quien le diera la noticia a la novia de Julio.

## CAPÍTULO 5

La puerta de mi laboratorio en el juzgado se abrió tan de repente que el pedazo de vidrio que tenía en la mano se me cayó sobre la mesa de acero inoxidable, partiéndose en dos. Era Manuel.

—¿No te enseñaron a llamar a la puerta a vos, nene?

—Perdoname, no quise... —dijo, pero sus palabras se detuvieron cuando los ojos se posaron en la mesa sobre la que yo llevaba inclinada más de una hora—. Vos debés de ser buena para los rompecabezas.

Después de pasarles el polvo para revelar huellas dactilares a cada uno de los trozos de vidrio —terminaron siendo cincuenta y tres—, los había dispuesto sobre la mesa y había logrado reconstruir un rectángulo de sesenta centímetros por cuarenta. Como en los rompecabezas reales, había empezado por los bordes, y ahora me faltaba la parte más difícil: descubrir dónde iban las piezas del centro. Aunque eso ya no era tan crítico. Lo importante para mí eran las dimensiones del vidrio original.

—Veo que descubriste algunas huellas —dijo Manuel, señalando los trozos de vidrio manchados de polvo negro.

—Sí, hay varias. Muchas de ellas parecen ser de Ortega, pero también hay otras que no. Estas cuatro en uno de los costados, por ejemplo —dije señalando los rectángulos transparentes que había dejado la cinta adhesiva en el polvo al levantar las huellas.

—¿Y ya sabés de dónde salió el vidrio? —preguntó Manuel.

—Tengo alguna teoría, pero nada en firme.

—¿Sí? Qué bueno, porque yo teorías no tengo ninguna.

En su cara se dibujó una sonrisa de labios pegados. Luego se metió una mano en el bolsillo de los *jeans* y sacó el teléfono de Julio, que yo le había dado para analizar.

—Lo que sí tengo es una respuesta. Y no me digas que no me merezco que salgamos una noche a tomar algo. Sesenta y nueve, sesenta y nueve.

—¿Qué?

—Es el código nuevo que le puse al teléfono.

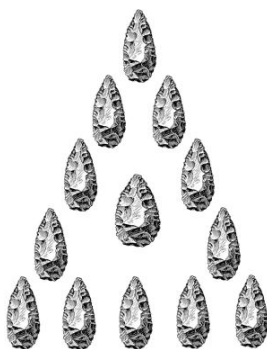
—Decime que encontraste algo y que vale la pena aguantarte —dije riendo.

—Claro que encontré algo. Si no, no vendría a molestarla, licenciada.

Manuel ingresó el código en el teléfono y me mostró una foto en la pequeña pantalla. En ella se veía un cuadro hecho con puntas de flecha sobre un fondo de terciopelo rojo. Yo había visto muchos así. En la Patagonia había miles de aficionados a buscar flechas talladas por los tehuelches, y una de las formas favoritas de exhibirlas era en cuadros como el que mostraba esa fotografía.

En este caso, las flechas estaban dispuestas en forma de un triángulo de doce piezas —cinco por lado— en cuyo centro había una punta algo más ancha que las demás.

Hice *zoom* en la pantalla y examiné las flechas una por una. Eran trece en total y todas tenían la misma forma de lágrima y la misma tonalidad tornasolada que la que yo había encontrado en la escena del crimen.



El reflejo en un rincón del cuadro demostraba que las piezas estaban protegidas con un vidrio. Estimé que tenía aproximadamente las mismas dimensiones que el que yo estaba reconstruyendo sobre mi mesa.

—Esto se lo tenemos que mostrar a la jueza —comenté.

—Llegás tarde. Ya se lo mostré.

—¿Y qué dijo?

—Que le va a mandar la foto a un amigo arqueólogo de Buenos Aires, aunque yo no creo que por ahí lleguemos a nada.

—Yo tampoco.

Y no podía haber estado más equivocada.

## CAPÍTULO 6

La mañana estaba tan fría que, al entrar a la morgue del juzgado, el ambiente me pareció cálido. Visto desde afuera, el lugar donde se hacían todas las autopsias del pueblo se asemejaba más a un garaje que a otra cosa. De hecho, tenía hasta las medidas de un garaje. Por dentro, alguien que no sabía para qué se usaba habría dicho que era un depósito de cajas viejas con una bañera de acero inoxidable un tanto extraña en el centro y una heladera de dimensiones poco convencionales en un rincón.

Luis Guerra, el médico forense de Puerto Deseado, estaba sentado en una silla con los pies encima de la mesa de autopsias. Tenía en sus manos el teléfono que su hija le acababa de regalar para su cumpleaños número cincuenta y cinco. Lo usaba tocando la pantalla con el índice y mirándolo con los anteojos apoyados en la punta de la nariz. En el suelo, junto a él, lo acompañaba su inseparable taza de café.

—Por fin llegaste, Laurita. Ya estaba por empezar solo. —Los más de veinte años que llevaba en Puerto Deseado no habían hecho mella en su acento cordobés.

—Me dijiste a las ocho. Son menos diez. Y dejá, no te levantes, que yo me agacho a saludarte.

Riéndose de mi comentario, Luis agarró su taza y se incorporó para darme un beso rápido en la mejilla.

—¿Querés un café?

—No, gracias —respondí, colgando mis cosas en un perchero. Luego abrí un armario y me puse un par de guantes de látex—. Si te parece, arrancamos, porque hoy va a ser un día larguísimo.

—Como quieras. Acá el médico forense soy yo, así que se hace lo que la ayudante dice.

—Y sí, porque si no te quedás sin ayudante —retruqué con una sonrisa.

Era cierto, mi presencia en la morgue era totalmente voluntaria. No me correspondía estar presente en las autopsias, pero iba porque así se le hacía más fácil a Luis, y también porque aprendía muchísimas cosas que luego me servían para entender mejor las escenas de homicidios. Además, Luis era un maestro increíble.

—¿En cuál está? —pregunté señalando las cuatro puertas de la heladera.

Luis también se puso guantes y rodeó la mesa de disección. Agarró la manija de una de las puertas y tiró de ella dando pasos hacia atrás. La bandeja de aluminio de dos metros se deslizó hacia afuera hasta que el cuerpo de Julio quedó completamente al descubierto.

Al verlo sentí una punzada en el estómago parecida a la que había experimentado la primera vez que entré a una morgue. Sin embargo, hacía ya quince años de aquello, y en todo aquel tiempo como policía, estudiante de Criminalística y luego en mi carrera profesional, ya nunca había vuelto a tener aquella sensación. Los cadáveres se habían convertido en una herramienta de trabajo.

Pero ese no era un cadáver más.

Luis agarró las dos asas de la bandeja del lado de la cabeza. Yo, las de los pies.

—Uno, dos, tres —dijo, y ambos levantamos el cuerpo para llevarlo a la mesa de autopsias.

Los bomberos, que eran los que siempre se encargaban de transportar los cuerpos a la morgue, los metían en la heladera tal y como los habían encontrado. Con lo cual, Julio todavía estaba cubierto de sangre y llevaba la ropa con la que había muerto.

Luis le sacó los náuticos y las medias, y luego tomó una tijera de uno de los estantes a su espalda y empezó a cortarle el pantalón. Yo hice lo mismo con la camisa blanca salpicada de sangre.

Cuando tuvimos el cuerpo desnudo sobre la mesa, Luis abrió la ducha y comenzó a lavarlo. Le llevó al menos diez minutos quitar toda la sangre reseca que cubría la cara, el pelo, el cuello y las manos. Cuando terminó, me señaló su teléfono, que había dejado en otro de los estantes junto a la taza de café.

—Fijate si ese tiene para grabar voz, como el tuyo.

—Todos tienen eso.

—Bueno, sacate los guantes y ponémelo para grabar, así empezamos. Ya estoy harto de esa catramina que engancha las cintas —dijo señalando una grabadora de casetes que tendría aproximadamente mi edad y con la que hasta ese día Luis registraba las bitácoras de sus autopsias.

Descargué una aplicación de grabación de sonido en el teléfono del forense, la puse en marcha y dejé el aparato en la mesa, a pocos centímetros del pelo corto y todavía húmedo del cadáver.

—Soy el médico forense Luis Guerra. Son las 8:24 de la mañana del 8 de agosto de 2017. Me encuentro acompañado de la licenciada Laura Badía para realizar la autopsia de Julio Ortega en la morgue del Juzgado de Primera Instancia de Puerto Deseado. El cadáver presenta múltiples laceraciones y hematomas en rostro y cabeza, producto de golpes, probablemente de puño.

La mirada de Luis bajó por el cuerpo de Julio hasta detenerse en el vientre.

—También hay hematomas alrededor de la zona abdominal, algunos extendiéndose hasta el esternón y la parte inferior del tórax.

Luis palpó el estómago y luego observó los brazos, levantándolos. Su mirada se detuvo en el dorso de una de las manos. Con el revés de la muñeca se acomodó los anteojos en el puente de la nariz y se acercó a la mano de Julio para verla mejor.

—Esas marcas me llamaron la atención cuando examiné el cadáver la noche que lo encontramos. ¿Qué son? —le pregunté, volviendo a ponerme los guantes.

—Lesiones circulares, pero son viejas. Ya estaban cicatrizando. Parecen quemaduras.

—Como si le hubiesen apagado cigarrillos en la piel —dije mientras agarraba la mano para examinarla.

Al tocar el cadáver, volví a tener esa sensación de angustia en el estómago y lo solté. Los nudillos de Julio hicieron *clunk* al golpear con el acero inoxidable.

—No son de cigarrillo —dijo Luis sin un ápice de duda—. Son demasiado profundas. Un cigarrillo se apagaría antes de traspasar la epidermis.

—¿Entonces?

—Yo diría soplete o metal al rojo vivo, pero eso lo sabremos bien cuando analicemos el tejido bajo el microscopio.

—¿Cuánto tiempo tienen esas quemaduras? ¿Una semana?

—Sí, o a lo mejor un poquito más. Esa es otra de las dudas que nos resolverá el análisis. Pero empecemos por lo macro, que para lo micro hay tiempo.

Luis se acercó a uno de los estantes y abrió una caja de metal del tamaño de un libro. Al girarse de nuevo, tenía su bisturí en una mano y mi cuchillo en la otra.

Se lo había encargado a un artesano en Buenos Aires cuando empecé a hacer autopsias en la facultad. La mayoría de mis compañeros preferían un bisturí, pero a mí el cuchillo se me antojaba más cómodo. Y también más seguro, porque yo misma había diseñado el mango con una protuberancia donde la madera se unía a la hoja, para evitar rebanarme un dedo en un descuido.

—¿Es necesario abrirlo? —pregunté.

—Y sí. Es una autopsia —me respondió extrañado—. No sabemos si la muerte fue por los golpes en la cabeza o en el abdomen. O por cualquier otra causa. Como mínimo tenemos que ver si hubo alguna hemorragia interna.

Asentí en silencio. Por un momento me pregunté qué más daba si había muerto por golpes en la cabeza o en otro lado. Lo habían matado a palos y eso era lo que en realidad importaba, habría dicho cualquiera.

Cerré los ojos y tomé aire. Descubrirme pensando así, como cualquier persona, me horrorizó. Como si yo no supiera el efecto mariposa que puede tener un detalle semejante en la sentencia de un juicio.

—¿Querés abrir vos? —me preguntó Luis, extendiéndome el cuchillo por encima del cadáver.

—Sí —mentí.

—Entonces agarrá el cuchillo, ¿no?

—Sí, claro.

Volví a tomar aire y observé la hoja de acero inoxidable rayada por los incontables pasos por la piedra de afilar. La potente luz sobre nuestras cabezas que se reflejaba en el metal se movía sobre el cuerpo inerte al compás del temblor de mi mano.

—¿Qué te pasa?



—No sé. No me siento muy bien.

—No vayas a vomitar acá que me arruinás el laburo, Laurita.

Acompañó la última frase con una sonrisa, pero su expresión se congeló cuando me miró a los ojos.

—Laura, estás pálida. ¿Querés que salgamos un rato afuera?

Negué con la cabeza.

—¿Querés irte a tu casa? Yo la puedo hacer solo.

Negué aún más fuerte y apoyé el filo del cuchillo sobre el esternón magullado de Julio. Ahora solo me faltaba empujar y deslizar la hoja hacia abajo como lo había hecho tantas otras veces.

«¿Qué carajo te pasa, Laura?», pensé para mis adentros.

«Nada. Respiro hondo tres veces y empiezo», me contesté a mí misma.

Mirando el cuerpo desnudo y lívido de Julio, me vino a la mente el primer beso que nos dimos, a la salida de la Escuela de Comercio cuando yo tenía dieciséis años. Tomé aire. Recordé las cartas de amor cursis que me escribía a pesar de que era yo la que estaba embobada con él. Y también recordé que cada vez que me sentaba a contestárselas no lograba escribir algo genuino. Quería estar con él porque en esa época Julio Ortega estaba de moda, pero no me gustaba. Exhalé y recordé el día que decidí que no sentía nada por él y se lo dije. Inspiré y recordé el encuentro fortuito que habíamos tenido hacía apenas dos meses, después de tantos años. Largué todo el aire de golpe.

—Perdón, Luis, no puedo.

Caminé rápido hacia la salida de la morgue, dejando el cuchillo sobre el pecho que unas pocas semanas atrás había acariciado.

## CAPÍTULO 7

La ropa fue cayendo a mis pies hasta que quedé completamente desnuda en el baño de mi casa. Me la quité como un autómata, sin pensar. Todavía tenía la cabeza en la morgue, donde hacía veinte minutos me había quedado paralizada frente a un cadáver por primera vez en mi vida.

Miré por un instante los dos gruesos trazos rojos en la cortina de la ducha. Las marcas tenían la forma inconfundible de dos manos ensangrentadas intentando agarrarse a la tela plástica antes de caer al suelo. Quizás ya era hora de cambiar esta cortina, pensé mientras la corría para abrir el agua. Por un instante, volví a fantasear con irme a vivir a la cordillera y dedicarme a cualquier otra cosa. Era una idea cada vez más frecuente, aunque nunca me duraba mucho.

Cuando el agua salió caliente, me metí en la ducha, cerré los ojos y puse la cabeza bajo el chorro. No sé cuánto tiempo permanecí ahí, inmóvil, dejando que la lluvia me golpeará la cara, intentando sin éxito no pensar. La imagen del cuerpo de Julio parecía haberse grabado en mis retinas.

Nunca me había paralizado así en una autopsia. Ni siquiera con el cadáver huesudo y de piel fina de la señorita Cristina, mi maestra de primer grado. Ni con el cuerpo hinchado de Daniela, mi vecina de la infancia, con la que nos juntábamos a jugar en la calle cuando no hacía demasiado frío. Tampoco es que yo fuera un monstruo sin sentimientos. Desde luego, me había dado una pena terrible enterarme de que Daniela se había ahogado en la ría, dejando sin mamá a dos nenes chiquitos. Incluso lloré antes de entrar a la morgue, pero, una vez dentro, hice mi trabajo con normalidad. Al fin y al cabo, el cuerpo no era la persona sino un manojo de tejidos que el forense y yo diseccionábamos con precisión para encontrar respuestas.

Hasta ahora, siempre había logrado dejar mis sentimientos afuera del trabajo.

Un trabajo que afectaba a muchos y que podían hacer muy pocos.

Un trabajo que casi nadie comprendía.

«Un trabajo que, aunque no siempre sea agradable, me encanta», pensé mientras me frotaba la cabeza para que el champú hiciera espuma. Sonreí, aunque me sorprendió un poco descubrir que estaba repitiéndome a mí misma una frase con la que me había defendido mil veces cuando la gente me confesaba, sin que nadie se lo pidiera, que ellos no podrían dedicarse nunca a algo así.

Muy distinto sería si me hubiera quedado en Buenos Aires después de la facultad. Entonces sí que no aguantaría más mi trabajo. Mis amigas de allá llevaban años especializándose en un área determinada. La que se dedicaba a balística, analizaba proyectiles cinco días por semana; la de huellas, huellas. Yo en cambio, al ser la única perito forense del pueblo, tocaba un poquito de cada instrumento. A veces analizaba frenadas de coches; otras, fotografiaba manchas de sangre, y de vez en cuando ayudaba a Luis con una autopsia, que él siempre convertía en una verdadera clase magistral.

Claro que me apasionaba lo que hacía. Si no, no habría configurado mi teléfono para que sonase como un disparo cada vez que me llegaba un mensaje, ¿no? Ni le hubiera pedido a la profesora de pintura de mi tía que dibujara marcas de manos sangrientas en la cortina de la ducha.

Lo de hoy había sido un desliz, concluí. Algo que le podía pasar a cualquiera. Nada que justificara una huida a la cordillera.

## CAPÍTULO 8

Estaba por terminar de enjabonarme el cuerpo cuando el agua de la ducha empezó a perder fuerza.

«No, no, no», pensé al tiempo que me apresuraba a enjuagarme bajo un chorro cada vez más débil, que en segundos se convirtió en poco más que un goteo.

—Mierda —dije en voz alta, abriendo la cortina de un manotazo.

Me había quedado sin agua por tercera vez en menos de un mes. En esto sí que envidiaba a mis amigas de Buenos Aires. Analizaban huellas todo el día, sí, pero se duchaban sin sorpresas.

Hacía unos años, una de ellas había venido a visitarme y al principio no le entraba en la cabeza que en Deseado el agua corriese por la red solo unas horas cada cuatro días. Con eso se llenaban los tanques de las casas y luego había que administrarse hasta la siguiente vez. Cuando le conté que mucha gente se levantaba a la madrugada, cuando entraba el agua, para poner el lavarropas, soltó una carcajada creyendo que le estaba tomando el pelo.

Me pasé la toalla por el cuerpo para quitarme el agua jabonosa del pelo, las piernas y la espalda.

Entonces oí el disparo en el comedor de mi casa. Me había entrado un mensaje. Salí del baño envuelta en una toalla para buscar mi teléfono.

Tenía dos llamadas perdidas de la jueza. El *whatsapp* que acababa de recibir también era de ella; en él me pedía que la llamara en cuanto pudiera. Eso hice, y me atendió antes del segundo tono.

—Laura, perdoname la insistencia. ¿Es un buen momento para hablar?

—Sí —mentí—. ¿Quiere que vaya para el juzgado?

—No, no hace falta. Es importante, pero te lo puedo decir por teléfono. Acabo de hablar con un arqueólogo amigo mío de Buenos Aires. Una

eminencia en el estudio de los tehuelches.

—¿El mismo al que le envió la foto de las flechas que encontramos en el teléfono de Ortega?

—Ese mismo. Escuchá, porque esto te va a gustar. Se trata de una colección muy especial. Se ve que en el mercado negro hay gente dispuesta a pagar mucho dinero por estas flechas. Coleccionistas privados, excéntricos, obsesionados con poseer algo único en el mundo.

—¿Mucho dinero? ¿Cuánto?

—Al principio Alberto no se quiso arriesgar a tirar un número. Me dijo que era «muy difícil poner precio a algo que es patrimonio de la humanidad, un hecho histórico y un dato científico a la vez» —dijo imitando con exagerada solemnidad una voz de hombre—. Pero al final lo presioné un poco y me aseguró que si él tuviera que arriesgar, diría que unos cincuenta mil dólares.

—O sea que esas flechas podrían ser el móvil del homicidio.

—Como mínimo es una posibilidad que considerar. El agresor pudo salir apurado y golpear el cuadro sin querer. De ahí los vidrios y la punta de flecha que encontraste.

—Puede ser —dije—. Pero los habían barrido con una escoba.

—Es verdad que eso no encaja. Aun así, ahora que sabemos del alto valor monetario de las flechas, el ángulo del robo merece algo más de atención, ¿no te parece?

—Por supuesto —reconocí—. ¿Me podría pasar el número de su amigo? Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—No hace falta. Pasado mañana llega a Deseado.

—¿En serio? ¿Es para tanto?

—Es arqueólogo, Laura. No creo que tenga una vida precisamente trepidante.

Aquel comentario me sacó una sonrisa y sentí la tirantez del jabón en la piel de los pómulos.

Una vez me despedí de la jueza, fui a mi habitación y metí una muda de ropa en un bolso. Tendría que terminar de ducharme en lo de mi tía.

—Cincuenta mil dólares —dije en voz alta, cargándome el bolso al hombro.

Ahora el homicidio tenía un poco más de sentido.

## CAPÍTULO 9

Mi vieja oficina en la comisaría estaba casi como yo la había dejado hacía poco menos de tres años. Sobre el escritorio se habían ido apilando papeles que seguramente mis colegas no tenían dónde poner. La computadora, que ya era vieja cuando yo la usaba, parecía una pieza de museo. Al menos lo que quedaba de ella, porque algún carroñero se había llevado la pantalla y el teclado. Quizás el mismo que había cambiado las sillas a cada lado del escritorio para dejarme las más desvencijadas.

De todos modos, mi presencia en esa oficina de la comisaría era pura formalidad, porque había arreglado con la jueza y el comisario que continuaría trabajando desde el laboratorio del juzgado. Me disponía a ordenar un poco el escritorio con el solo propósito de notificar a mis viejos colegas que estaba de vuelta, cuando llamaron a la puerta. Al girarme, encontré al comisario Lamuedra acompañado de una mujer de treinta y largos que reconocí como la novia de Julio Ortega.

—Señorita Guillón, le presento a la oficial Laura Badía. Trabaja para la policía y el juzgado, y se va a encargar de la investigación del homicidio de su novio.

Noelia Guillón me saludó levantando apenas una mano. No llevaba maquillaje y tenía los ojos hinchados y rojos.

—Noelia estaba en las cataratas del Iguazú y se tomó el primer avión hacia el sur cuando fue notificada del homicidio —prosiguió Lamuedra—. Acaba de llegar a la localidad, y lo primero que hizo es venir a vernos. Se ve que el sargento Debarnot se olvidó de decirle que no era necesario que se presentara inmediatamente.

Esa última frase estaba dirigida a mí, pero hice caso omiso.

—Siento mucho lo que le pasó a su novio —dije—. Vamos a hacer todo lo posible para descubrir quién le hizo esto. Cuando se sienta bien, necesitaría hacerle unas preguntas.

—Podemos hablar ahora, si quieren.

El comisario y yo nos miramos.

—No hace falta que sea ya mismo, si necesita tiempo para recomponerse —le dije.

—No, ahora está bien.

—En ese caso, vamos —intervino Lamuedra, y se puso en marcha hacia la sala de interrogatorios.

\*\*\*

Entramos a la sala y nos ubicamos alrededor de una mesa de hierro macizo con una argolla en el centro para esposar a los interrogados más violentos. Tomé un control remoto pequeño que había junto a ella y apunté con él a una cámara hasta que se encendió una luz roja.

Antes de sentarse, Noelia Guillón se quitó el abrigo de invierno. Tenía puesto un pulóver de hilo rojo y unos *jeans* azules que revelaban una silueta digna de una chica diez años menor. No solo era profesora de aeróbic y se pasaba todo el día entrenando para que su culo tuviera la dureza de una sandía, sino que además tenía una genética privilegiada.

Jamás se lo contaría a nadie, pero el atractivo de esa mujer fue una de las razones que me empujaron a acostarme con su novio aquella noche ocho semanas atrás.

—¿Lista para empezar? —preguntó Lamuedra.

—Lista —respondió ella.

El comisario me cedió la palabra haciendo un gesto con la mano.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Julio? —pregunté.

—Dos noches antes de que lo mataran. Cenamos en su casa. Él cocinó pollo a la cerveza, que es mi comida favorita, y el plan era pasar una noche tranquilos; mirar una película y esas cosas. Era como una minidespedida, porque al día siguiente yo me iba a las cataratas.

—¿Tiene idea de quién puede haberle hecho algo así?

—No, la verdad es que no.

—¿Algún comportamiento inusual en él durante los últimos días?

—Sí, definitivamente. Estaba un poco raro.

—¿Raro en qué sentido?

—Como muy cariñoso conmigo. Demasiado, diría yo. Como si quisiera compensar algo.

—¿Compensar algo?

Noelia miró la luz roja de la cámara durante unos segundos.

—Yo creo que me estaba engañando con otra.

«Mierda», pensé, y se me aceleró el corazón. Si se llegaba a descubrir que yo había tenido una historia con Julio hacía poco tiempo, me harían un sumario por no haber declarado el conflicto de intereses cuando me comunicaron que me ponían al mando de la investigación. Eso significaba decirle adiós a mi carrera en el juzgado.

Intenté tranquilizarme. Desde una perspectiva racional, no podía ser yo el motivo de ese cambio de actitud. Lo nuestro había sido hacía ya dos meses, una única noche y producto de una casualidad y una borrachera enorme. Después del cumpleaños de una amiga salimos a bailar, algo que yo no hacía casi nunca. En un momento me quedé sola y noté que a mi lado estaba Julio Ortega. Tuve una sensación de frescura inexplicable que me transportó a mi adolescencia, cuando él era el chico más codiciado de todo el pueblo y yo era una de las muchas quinceañeras con las que coqueteaba.

—Disculpe, pero tengo que hacerle esta pregunta, señorita Guillón —intervino el comisario—: ¿Tiene alguna sospecha acerca de quién puede ser la persona con la que su novio, según usted, la engañaba?

Me puse de pie con tanta energía que tiré mi silla al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lamuedra.

—¿Le podemos ofrecer algo, Noelia? ¿Un vaso de agua?

—No, pero si tienen un pañuelo... —dijo ella, pasándose el dorso de la mano por la nariz, que ya empezaba a moquear.

Asentí y enfilé hacia la puerta de la sala, pero Lamuedra alzó la mano para detenerme. Se inclinó en la silla y sacó de un bolsillo un paquete de pañuelos de papel.

—Aquí tiene. Como le venía diciendo, ¿alguna idea de quién puede haber sido esa supuesta amante de su novio?

Noelia Guillón retorció la correa de su cartera, que tenía apoyada sobre el regazo. Yo tragué saliva.



—Tengo mis sospechas. La última noche que cenamos juntos yo quería confirmarlas. Le dije que me fuera sincero, que lo iba a perdonar, pero que quería saber la verdad. Él, por supuesto, lo negó todo.

—¿De quién sospecha usted? Es importante —insistió el comisario.

—Julio salía mucho al casino. Viernes y sábado, fijo. Y también dos o tres días entre semana. Yo alguna vez lo acompañé, y recuerdo perfectamente que una mujer, una vieja casi, lo saludaba con muchas ganas. Otro día alguien me contó que se fueron en un taxi juntos del casino. Aunque esa vez me consta que, después de dejarla en su casa, fue directo para la de él, porque yo lo estaba esperando ahí.

Respiré hondo intentando que no se me notara mucho.

—Cuando llegó estaba bastante mal, vomitó dos veces. Al otro día no fue a abrir Impekable a la mañana.

—¿Hacía mucho eso? Me refiero a salir al casino hasta tarde y no abrir el negocio al día siguiente.

—Una vez cada tanto.

—¿Gastaba mucho en el casino? —intervine.

—A veces sí. Sé que algunas noches perdía muchísimo, pero nunca supe exactamente cuánto ganaba Julio con Impekable.

—¿Diría que gastaba demasiado?

—Nosotros éramos solo novios y tenemos cuentas separadas. Si tuviera que adivinar, diría que no gastaba más de lo que tenía.

—Volviendo a la supuesta infidelidad del señor Ortega —insistió Lamuedra—, ¿tiene algún otro motivo para sospechar que estaba con otra mujer?

—Por supuesto. Hace más o menos tres semanas fui a su casa a la noche para darle una sorpresa. Su auto estaba estacionado en la puerta, pero cuando entré, no había nadie.

—Hay gente que cuando va al casino prefiere tomar un taxi —sugirió el comisario—. Les da vergüenza dejar el auto estacionado en la puerta.

—Sí, pero a Julio esas cosas nunca le importaron. De todos modos, en el casino tampoco estaba, porque después de llamarlo varias veces por teléfono fui ahí a buscarlo. Incluso les pregunté a varios empleados y me dijeron que esa noche no lo habían visto. Entonces volví a su casa y estacioné lejos, esperando a que llegara.

La mujer juntó las yemas de los dedos y apretó hasta que le sonaron los nudillos.

—A las seis de la mañana apareció en un remis<sup>[1]</sup>.

—¿Y le dijo dónde había estado?

—No, no le pregunté. No tuve el valor para ir a hablarle.

Al escuchar todo esto, agradecí que aquella no fuera la noche que yo había pasado con Julio.

—¿El señor Ortega coleccionaba flechas, señorita Guillón? —pregunté. La novia de Julio levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Qué?

—Si coleccionaba puntas de flecha.

—No. ¿Qué tiene que ver esto con lo que estamos hablando?

—El día del homicidio encontramos unos vidrios rotos en el recibidor de la casa de Ortega. No correspondían a ninguna ventana ni a ningún mueble. Al registrar su teléfono, hallamos una foto de un cuadro con flechas de dimensiones que encajan con el vidrio roto.

—Esas flechas no tienen nada que ver con el asesinato —dijo la mujer.

—¿Conoce las flechas de las que le hablo?

—Sí, claro. Julio encontró ese cuadro en un doble fondo de un armario de la casa. Hacía más o menos seis meses que la había heredado de su tío, y algunos de los muebles antiguos eran tan grandes y pesados que Julio decidió conservarlos. En uno de ellos, el que estaba en la habitación que el tío usaba de biblioteca, descubrió una puerta trampa muy bien disimulada, y al abrirla encontró ese cuadro.

Al oír esto, tomé nota de volver a la casa de Julio y revisar ese doble fondo.

—¿Por qué asegura que no tienen nada que ver con el crimen?

—Porque Julio no se hubiera dejado matar a golpes por unas flechas que no le interesaban lo más mínimo. Es más, tuvo el cuadro apoyado en el suelo del comedor, contra la pared, durante semanas. Había días que decía que lo iba a donar al museo. Para alguien que sabe, era una colección preciosa. Las piezas están talladas en una piedra tornasolada que yo jamás había visto en ninguna punta de flecha de la zona.

—¿Cuánto diría usted que sabe de arte lítico? —preguntó el comisario.

—Mis padres tienen una colección muy grande. Incluso en una época habían fantaseado con abrir un pequeño museo privado, pero ahora tienen

decidido que lo donarán todo al museo municipal cuando llegue el momento.

—¿Y sus padres vieron las flechas que encontró Ortega en ese armario? —preguntó Lamuedra.

—No. Yo les conté la historia y ellos mostraron mucho interés, naturalmente. De hecho, mi papá me dijo que le interesaría verlas, pero nunca me acordé de llevárselas.

Nos quedamos los tres en silencio durante un instante.

—Ya casi terminamos —dije—. Por mi parte, solo una cosa más. Durante la autopsia descubrimos unas heridas circulares en los dorsos de las manos.

—Ah, sí, eso —dijo ella con desdén—. Las tenía de hacía más de dos semanas.

—¿Sabe cómo se las hizo?

—Una apuesta con sus amigos de póquer. Se juntan... juntaban a jugar una o dos veces por semana en La Preciosa.

La Preciosa era un bar en el que nunca había nadie pero siempre estaba abierto. En el cuarto de atrás hacía años que había una mesa de póquer clandestina.

—¿En qué tipo de apuesta un tipo deja...? —El comisario dejó la frase a medias.

—La misma pregunta le hice yo. ¿En qué tipo de apuesta un tipo deja que le apaguen un cigarrillo en cada mano, no? Según él, se emborracharon más de la cuenta y la cosa se desmadró.

Lamuedra y yo intercambiamos una mirada breve pero suficiente. A mí también me habían parecido quemaduras de tabaco, pero el forense había sido claro al examinarlas: un cigarrillo no era capaz de penetrar tan profundo en la carne.

O Julio Ortega le había mentado a su novia, o su novia nos mentía a nosotros.

## CAPÍTULO 10

En nuestra segunda visita a la casa de Julio Ortega encontramos el doble fondo en el armario, tal y como lo había indicado su novia. Sin embargo, estaba vacío. También revisamos por segunda vez toda la casa sin hallar nada nuevo.

Cuando terminamos, Manuel se volvió al juzgado. Yo, en cambio, recorrí a pie los doscientos metros que separaban la casa de Julio de la de mi tía Susana, donde me había criado. Golpeé con los nudillos la puerta de madera verde.

—¿Y tu llave? —me preguntó al abrirme.

—Hola, tía, buenos días para vos también.

—¿Pasó algo?

—¿Por qué tiene que pasar algo para que venga a verte? —le respondí, plantándole un beso y apurándome a entrar a la casa para huir del frío de la mañana.

—Bueno, no sé, no venís mucho. De hecho, hace casi un mes que te compré esto.

Con la mano abierta señaló un rincón del comedor donde había un helecho desproporcionadamente frondoso para la maceta que lo contenía.

—Pero, tía, no te hubieras molestado. Además, sabés que no puedo cuidar ni un cactus. Se me va a morir.

—No se te va a morir. Ya tenés una edad y no tenés ni chicos, ni marido, ni novio, ni siquiera un perro. Por algo tenés que empezar.

—Siempre tan diplomática, vos.

—Si vinieras más seguido a visitarme, capaz que te trataría mejor.

—Tengo muchísimo trabajo, tía. Es más, ahora mismo estoy trabajando.

Colgué mi abrigo en un perchero en el recibidor de la casa, justo debajo de la figura de una virgen celeste metida en un pequeño nicho dentro de la pared. Era un recuerdo de su paso por el convento cuando casi se había hecho monja. Justo antes de meterse a policía.

—¿Y qué hacés por acá, entonces?

—Vine para pedirte asesoramiento experto.

—¿Ves que yo tenía razón?

No supe qué contestarle. Era cierto, no iba a visitarla casi nunca.

—Asesoramiento experto —repitió, sonriéndome—. No me digas que por fin te decidiste a aprender a cocinar.

—Antes muerta —bromeé señalando hacia arriba con el dedo.

—No digas esas cosas. Dios me libre de tener que pagarte el funeral yo sola. Si por lo menos tuvieras otros parientes para compartir los gastos.

Me reí del comentario. Si del convento le había quedado la devoción por el catolicismo, de sus treinta años como una de las primeras mujeres policía de la provincia conservaba la actitud recia y el humor ácido necesarios para sobrevivir en un ambiente dominado por hombres.

—¿O sea que viniste a pedirme un favor?

—Algo así.

—Ya me parecía. Sabés que no te va a salir gratis, ¿no? —dijo apuntándome con una pistola imaginaria hecha con sus dedos torcidos.

—Tía, ¿siempre tenemos que tener la misma conversación? Sabés muy bien que sin la licencia de armas no te puedo llevar a tirar.

—Pero el médico no me quiere dar el certificado. Dice que con las manos así ya no puedo manejar armas de fuego. Me gustaría llevármelo a él al polígono, a ver quién tiene mejor puntería.

A pesar de que llevaba ocho años jubilada de la policía, mi tía jamás había interrumpido su práctica cada mes en el polígono de tiro. Hasta que hacía medio año, cuando la artritis había ganado demasiado terreno en sus manos, ya no pudo renovar la licencia.

—Si no, vamos un día al campo. Ponemos unas botellas arriba de unas piedras y tiramos con la Brolin —sugirió, refiriéndose a las Browning de nueve milímetros que usábamos casi todos los policías.

—¿Con mi arma reglamentaria? Estás loca.

—O con la mía.

—Menos que menos. Esa pistola no la podés sacar de esta casa. Ni siquiera es legal que todavía la tengas.

Mi tía levantó un dedo para protestar, pero se arrepintió antes de pronunciar palabra. Se cruzó de brazos y me miró con una sonrisa pícaro.

—Vine porque te quiero preguntar sobre colecciones de puntas de flecha.

—¡Haber empezado por ahí! —exclamó con una sonrisa.

Al ver cómo se le iluminaba el gesto, cualquiera habría dicho que se había olvidado al instante de las prácticas de tiro. Cualquiera menos yo, que la conocía demasiado bien. Su plan, idéntico al de un niño, era portarse bien un rato antes de volverme a pedir lo que le acababa de negar.

—¿Querés tomar algo? ¿Mate, té?

Le respondí que un té con leche, y caminé arrastrando los pies hasta la cocina para poner el agua a calentar. Me acerqué a una de las paredes del comedor y observé un cuadro hecho con varias de las puntas de flecha que mi tía había encontrado durante las miles de horas que se había pasado en el campo mirando el suelo, con las manos cruzadas detrás de la cintura y la espalda encorvada. Igual que la foto que habíamos encontrado en el teléfono de Julio, las piezas de piedra estaban pegadas sobre un terciopelo rojo y protegidas por un vidrio. Solo que las de mi tía tenían una disposición en círculos concéntricos en vez de en triángulo y eran de colores más usuales: marrón, ocre, negro y alguna de un blanco lechoso.

Todavía estaba enfrascada en el cuadro cuando mi tía Susana volvió sujetando una bandeja con dos tazas, una tetera y un plato con galletitas.

—¿Así que querés hablar de puntas de flecha? Qué casualidad, justamente el otro día fuimos con un grupo del centro de jubilados a un picadero que hay en el campo de los Garibaldi.

—¿Y encontraron algo bueno?

—Más o menos. Yo levanté una punta de flecha partida y algunos raspadores. Está cada vez más difícil encontrar piezas enteras, de esas que vale la pena colgar en la pared.

—¿Cuánto tiempo te llevó encontrar todas estas puntas de flecha?  
—pregunté tocando el marco con el dedo.

—A ver que haga memoria... Ese cuadro lo mandé hacer cuando tenía unos cincuenta años más o menos, con las mejores flechas que conservaba hasta el momento. Y llevo juntando desde que tengo memoria. Hasta que

cumplí los quince, íbamos a buscar flechas por lo menos dos veces por semana. Después, cuando mis padres me mandaron a vivir con tu abuela al pueblo para que terminara la secundaria, ya fui menos. Pero siempre que puedo, intento ir. Incluso ahora, que apenas puedo agacharme.

Miré de nuevo las flechas evitando el contacto visual con mi tía, como cada vez que mencionaba su infancia. Siempre sospeché que si me veía la cara se daría cuenta de que yo sabía la verdad.

Sus padres no la habían mandado al pueblo para que terminara la secundaria. Ella había decidido irse para escapar del infierno en el que había vivido toda su infancia. Un infierno que duró once años, desde que su padrastro abusó de ella por primera vez a los cuatro hasta el día que cumplió quince y le puso dos granitos de estricnina en el café con leche para verlo morir echando espuma por la boca.

Luego vinieron la culpa y el convento. Y dos años más tarde decidió cambiar el hábito por el uniforme. Entonces aprendió a sobrevivir con dignidad en un cuerpo de policía casi exclusivamente masculino. Hasta que su sobrina y su marido, es decir, mis padres, murieron en un accidente de tráfico.

Aunque yo la llamaba tía Susana, en realidad era mi tía abuela, la hermana menor de mi abuela materna. Quince años menor. El único pariente que me quedó después del accidente de mis padres. Cuando me quedé huérfana a los dieciséis, fue ella quien terminó de criarme hasta que finalicé la secundaria. Y, probablemente, la responsable de que yo decidiera entrar a la escuela de oficiales de la policía.

—En realidad vine para preguntarte qué me podés decir de un cuadro así —dije echando mano a mi teléfono.

Sin mirar el aparato, mi tía sirvió dos tazas de la tetera de porcelana. Luego le agregó un chorrito de leche a una y me la pasó.

—¿Me vas a llevar a tirar, entonces?

Largué un soplido. Esa mujer, cuando se empecinaba con algo, era una pesadilla. Debía de ser genético, porque yo era parecida.

—Bueno, un día vamos al campo y tiramos. Pero todavía no sé cuándo. No me preguntes lo mismo cada vez que nos veamos.

—Tampoco es que vengas tan seguido.

—¿Vas a mirar la foto o no?

Le acerqué el teléfono para mostrarle la imagen de la colección que habíamos encontrado en el teléfono de Julio Ortega. Al verla, dejó la taza sobre la mesita y me arrancó el aparato de las manos.

—¿Dónde está esto? —preguntó.

—Eso intento averiguar. La foto estaba en el teléfono de una víctima de homicidio. En su casa también encontré esto. —Saqué del bolsillo una cajita de plástico con la punta de flecha tornasolada y la puse junto a mi taza—. Creo que puede estar relacionada con un asesinato —agregué.

—Con varios, si lo que dicen es cierto —dijo, y aunque su tono tenía cierta sorna, sus manos se mantuvieron lejos de la flecha tornasolada.

—¿Cómo que con varios?

Mi tía se apoyó el teléfono en el regazo y me miró por encima de sus anteojos.

—Quiero decir que si uno le lleva el apunte a las cosas que se dicen por ahí, por supuesto que está relacionada con crímenes. Se trata de la colección de flechas tornasoladas. Se supone que desde hace miles de años se vienen matando por ellas.

—Tía, ¿de qué estás hablando?

Mi tía alzó las cejas y me puso una mano en la rodilla.

—Nena, dicen que estas flechas son muy peligrosas. Yo no conozco bien la historia, pero muchos creen que están rodeadas de muerte desde que las tallaron.

—Para no conocer la historia, sabés detalles bastante específicos.

—Es que en realidad es una leyenda que siempre cuentan los coleccionistas de flechas cuando sale el tema de la colección tornasolada.

—Ajá, ¿y de qué se trata?

—A grandes rasgos, se dice que la piedra la trajeron para el nacimiento del hijo de un cacique. Al ver esos colores tan únicos, el cacique reunió a los mejores artesanos de la zona para que tallaran varias flechas, que serían el sello del nuevo cacique cuando él creciera. Cuando su hijo, que se llamaba Yalen o Yalén, ya tenía un buen dominio del arco y la flecha, lo que los arqueólogos calculan que sucedía más o menos a los siete años, el cacique le entregó las flechas y le dijo que con ellas sería capaz de matar a cualquiera. También le pidió que cuando él tuviera hijos se las diera al mayor al cumplir la edad que tenía Yalén al recibirlas.



Mi tía acompañaba el relato con ademanes exagerados, como quien actúa en una obra de teatro para niños.

—Dicen que cuando su padre murió y Yalén se convirtió en cacique, se casó con una mujer preciosa llamada Aimar. Y que Magal, un hermano menor de Yalén, nunca pudo controlar sus celos. Un día robó a Yalén las flechas tornasoladas y usó dos de ellas para matarlo a él y a Aimar mientras dormían. Luego huyó con el resto de las flechas, pero lo encontraron muerto a los pocos días. Ahí nació una especie de mito que dice que quien intente separar las flechas de la colección morirá en menos de una luna.

Largué una carcajada lo suficientemente fuerte para que mi tía se pusiera a la defensiva:

—Yo no te estoy diciendo que me lo crea, nena. Simplemente te cuento lo que se dice. Hay una colección de flechas tornasoladas que están puestas a modo de triángulo, y quien quiera separarlas o cambiar el orden, muere.

—Ahora tengo aún más ganas de encontrar la colección. Cuando dé con ella, cambio las flechas de orden y mando el video a la web del *Cazador de farsantes*.<sup>[2]</sup>

—¿Y eso qué es?

—Nada, un tipo que sigo por internet. ¿Qué más sabés de esa colección?

—No mucho más. ¿Cuándo vamos a tirar?

## CAPÍTULO 11

La tarde del día siguiente a la autopsia de Julio, volví a entrar a la morgue. La mesa de acero inoxidable en el centro ahora estaba vacía. En una esquina de la sala el forense Luis Guerra quitaba instrumentos del esterilizador.

—Laurita, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y vos?

Luis negó con la cabeza y se acercó a mí hasta agarrarme suavemente por los hombros.

—Mirame a los ojos. En serio, ¿cómo estás?

—Bien, de verdad. Si me lo preguntás por lo de ayer, no sé qué me pasó. Me debe de haber bajado la presión o algo así.

—Mirá, Laura, yo te conozco y sé lo orgullosa que sos. Por eso te quiero dejar claro que lo que pasó ayer no va a salir de acá. A cualquiera le puede pasar. A mí mismo sin ir más lejos, que me gano la vida con esto, me costó un huevo hacer la autopsia del pibito Núñez.

Recordaba el caso perfectamente. Joaquín Núñez tenía un año y medio cuando su padrastro, completamente perdido por el alcohol y las drogas, lo ahogó con una almohada para que dejara de llorar.

—Todos tenemos adentro un par de cables pelados —siguió el forense— y cuando se tocan, no hay dureza ni profesionalidad que aguante. En mi caso fue con ese nenito, porque no me pude sacar de la cabeza que se trataba de una criatura indefensa. No pude distanciarme lo suficiente para hacer bien mi trabajo. En tu caso fue con Ortega. A lo mejor te recordó a alguien. O quizás lo conocés.

Quise negar con la cabeza, pero no pude.

—Más allá del motivo, lo cierto es que este hombre hizo que se juntaran tus dos cables pelados.

Me quedé un momento en silencio. En esos pocos segundos que pasé mirando la mesa de autopsias vacía me conocí un poco más a mí misma. Intuí de repente, como si nunca antes me lo hubiera planteado, la razón por la que tenía treinta y dos años y ninguna relación estable más allá del colegio. Ni apenas amigos. Me pareció entender un miedo que hasta ese momento había estado perfectamente camuflado dentro de mí.

«Todos tenemos dos cables pelados», repetí mentalmente. Los míos se tocaron cuando tuve que clavarle el cuchillo a un cadáver que en algún momento había sido parte de mi vida. Ni siquiera un ser querido, o un familiar —eso probablemente causaría un cortocircuito en cualquier persona—, sino simplemente alguien muy ligado a un momento feliz de mi vida. Un momento en el que yo era una quinceañera que babeaba por un chico lindo y mis padres todavía no se habían muerto en un accidente horrible.

Inspiré hondo y hablé lento para que no se me notara el nudo en la garganta. Por el momento no tenía intención de contarle a Luis, ni a nadie, los detalles de mi relación con la víctima.

—¿Qué conclusiones sacaste de la autopsia? —pregunté.

—En primer lugar, gran contenido de alcohol en sangre. También algo de cocaína, pero no mucha —dijo mientras me extendía una hoja con los resultados de los análisis de toxicología—. Murió por los golpes en la cabeza, básicamente. No tenía ningún daño en los órganos del abdomen.

—¿Quién es capaz de hacer una bestialidad así?

Había dicho eso pensando en voz alta, pero Luis pareció interpretarlo como una pregunta.

—¿Te acordás de las marcas que tenía en los dorsos de las manos?

—¿Las quemaduras que no eran de cigarrillo?

—Sí. Bueno, resulta que al final tampoco eran quemaduras. Adentro de las heridas encontré limaduras de hierro microscópicas.

—¿Le clavaron algo en la mano?

El forense negó con la cabeza. Su mirada tenía una expresión de duda, como si se debatiera entre contarme o no lo que tenía que decir.

—¿Entonces? —insistí.

—Creo que fueron hechas con un taladro.

—¿Le agujerearon la mano?

—No le encuentro otra explicación.

Nos quedamos ambos en silencio durante un instante.

—A lo mejor al tipo lo torturaron para que entregara las flechas —sugerí—. Según un arqueólogo que contactó la jueza, la colección vale como cincuenta mil dólares.

El forense largó un silbido al oír la cifra.

—Pero si las cicatrices son de dos semanas antes de la muerte, apenas cuadran las fechas —me respondí a mí misma—. Según la novia, Ortega encuentra el doble fondo del armario el 21 de julio y muere el 6 de agosto, exactamente diecisiete días después. Si las cicatrices llevan dos semanas en las manos, eso significa que a los dos o tres días de enterarse de que tenía en su poder una colección valiosa, ya lo estaban torturando para que la entregara.

—Es demasiado pronto, ¿no te parece?

Asentí. Si las cosas habían sido como las contaba la novia de Julio, era demasiado pronto.

Si habían sido como las contaba.

## CAPÍTULO 12

—Su señoría quiere verte en su despacho —me dijo Isabel Moreno cuando nos cruzamos en el pasillo que comunicaba mi laboratorio con la cocina del juzgado, de donde ella salía con su primer café de la mañana. Aquel día llevaba las uñas violetas con una florcita verde pintada en cada una. Solo a alguien como ella se le ocurría gastar tanto tiempo y esfuerzo en algo así.

—Buenos días para vos también, Isabelita —dije al tiempo que abría la puerta del laboratorio para dejar mis cosas.

Subí la escalera hacia el primer piso. La puerta del despacho de la jueza estaba abierta y de adentro llegaban risotadas.

—Buenos días —saludé, asomándome al umbral.

—Acá está —dijo la jueza al hombre de barba blanca bien recortada que se hamacaba en una silla del otro lado del escritorio—. Vení, pasá, Laura. Te presento al doctor Alberto Castro, profesor de la cátedra de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires. Alberto es un viejo amigo mío y, además, uno de los tipos que más sabe en el mundo sobre la vida de los tehuelches.

Saludé al arqueólogo con un beso. A pesar de que la barba le cubría toda la cara, olía a colonia para después de afeitarse.

—Alberto vive en Buenos Aires pero lleva años viniendo al sur a investigar sitios arqueológicos tehuelches. De hecho, colabora regularmente con el museo de Puerto Deseado en todo lo que tiene que ver con artefactos líticos.

—Dicho así, suena muy importante —repuso el profesor—. Mi versión es que soy un tipo al que le gustan las piedras y, cuando puedo, que suele ser una o dos veces por año, vengo a trabajar en la colección del museo.

—Alberto no tenía planeada otra visita a nuestro pueblo hasta el año que viene, pero lo convencí de que acudiera y le contara lo que habíamos encontrado en la casa de Ortega. Bueno, lo que *no* encontramos, en realidad.

La jueza se volvió para dirigir sus palabras hacia el arqueólogo.

—Laura... mejor dicho, la licenciada Laura Badía es nuestra experta en Criminalística. Además es oficial de la policía de Santa Cruz. Está a cargo de investigar el caso de Julio Ortega.

Asentí con una sonrisa.

—Laura, me gustaría que le mostraras a Alberto la flecha que encontraste en la escena del homicidio. Yo ya le pasé por email la foto que había en el teléfono de Ortega.

—Ningún problema. ¿Quiere que la traiga ahora?

—Mejor vayan al laboratorio, que yo tengo que terminar de revisar un par de expedientes antes del mediodía —dijo la jueza, señalando una pila de carpetas de papel manila casi tan alta como la pantalla de su computadora portátil.

El arqueólogo arregló con la jueza que almorzarían juntos, luego recogió de un perchero una cantidad ingente de ropa de abrigo y me siguió escaleras abajo.

Sonreí. Nunca dejaba de asombrarme lo exagerados que eran los porteños con el abrigo cuando venían al sur.

\*\*\*

El tubo fluorescente parpadeó un par de veces antes de iluminar el lugar donde yo pasaba la mayoría de mi tiempo en el juzgado. En una punta de la mesa de acero inoxidable todavía descansaba el vidrio reconstruido y manchado del polvo para levantar huellas. En la otra, el helecho de mi tía parecía haber sobrevivido a las primeras veinticuatro horas bajo mi tutela.

—¿Estos vidrios son del cuadro que desapareció? —preguntó Castro.

—Sí, seguramente —dije mientras quitaba de en medio la planta. La puse sobre unos estantes anchos en la pared—. Y esta es la flecha que encontré a menos de dos metros de los fragmentos.

Abrí con mi llave los cajones del escritorio. Del primero saqué una cajita de plástico y se la pasé al arqueólogo, que la abrió y alzó las cejas.

—Es una pieza muy particular —dijo, haciendo girar la punta de flecha entre los dedos.

—¿Por ser tornasolada?

—Sí, por lo que eso implica. Está hecha de ópalo del Amazonas, una piedra semipreciosa de la selva húmeda del norte de Brasil. Es curioso; el ópalo tiene una dureza y una cristalización muy similares a las de la obsidiana volcánica de esta zona.

—¿Y eso usted lo sabe simplemente mirando la piedra?

El arqueólogo rio y puso la punta de flecha sobre la mesa de acero.

—No, lo sé porque esta punta es famosa y conozco su historia. Es como si me mostrara una foto de Marilyn Monroe y yo le dijera que se suicidó. No es que yo la conociera, pero lo sé.

Recordé lo que había dicho mi tía sobre la notoriedad de la colección tornasolada.

—¿Y qué hacen en la Patagonia unas flechas famosas hechas en Brasil? Castro levantó un índice huesudo y negó en el aire.

—La piedra es de Brasil, pero fueron los tehuelches quienes hicieron la pieza.

—¿O sea que la flecha fue tallada en la Patagonia con piedra traída del Amazonas?

—Curioso, ¿no? Por la técnica, esta pieza tiene entre cinco y seis mil años. Eso es mucho antes de Colón y de que en América hubiera caballos; esto significa que el ópalo fue transportado a pie casi siete mil kilómetros. Del norte de Brasil hasta acá, el sur de la Patagonia.

Saqué el teléfono del bolsillo y abrí la aplicación de la calculadora.

—A un paso promedio de cuatro kilómetros por hora, se tardarían cuatro meses caminando diez horas por día —observé.

—Exactamente. Aunque también podría haber ido pasando de mano en mano como material de comercio y quizás tardó muchísimo más en llegar a la Patagonia. Décadas o incluso siglos. Lo cierto es que nadie sabe a ciencia cierta cuánto tiempo transcurrió entre que esas piedras salieron del Amazonas hasta que llegaron a las manos del artesano que las convirtió en la colección Panasiuk.

—¿La colección qué?

—La colección Panasiuk. Así es como se conoce en el mundo del arte lítico tehuelche a estas flechas. Aunque ese nombre lo adquirió miles de

años después de que se tallaran.

—¿Me está diciendo que estas flechas tienen nombre propio?

—Por supuesto.

—Panasiuk —dije—, suena a nombre de cacique.

—Nada más lejos —repuso el arqueólogo con una sonrisa—. Teodor Panasiuk fue un inmigrante polaco que llegó a la Patagonia en los años veinte. Trabajó en el campo hasta que se pudo comprar unas tierras cerca del lago Cardiel. Al parecer, desde el día en que pisó la Patagonia se aficionó a la búsqueda de flechas. Y un día, de la noche a la mañana, se supo que Panasiuk había reunido las flechas de ópalo que con el tiempo se transformaron en una de las colecciones líticas más famosas del mundo. O infame, depende de cómo se mire. En cualquier caso, es una colección de la que se habla muchísimo y se sabe muy poco, porque hasta ahora nadie la había visto.

—¿Qué quiere decir?

—Que esta es la primera foto que existe de la colección tornasolada —dijo señalando la copia de la imagen que había en el teléfono de Ortega—. Para ser precisos, es la primera foto de estas trece piezas. Las flechas Panasiuk son quince en total.

—¿Y qué se sabe de las otras dos?

—Casi todo. —Rio—. Están identificadas desde hace muchos años, fotografiadas desde todos los ángulos y estudiadas por mí y por muchos otros científicos. Una está en un campo de la zona; la otra, en el museo.

—¿En qué museo?

Castro arqueó las cejas, sorprendido por mi pregunta.

—En el de acá, señorita Badía —respondió extrañado—. El museo de Puerto Deseado. Aunque no creo que nadie ahí adentro, ni siquiera la directora de la institución, sepa realmente el valor que tiene.

El arqueólogo miró el reloj que llevaba en la muñeca y sonrió.

—Venga conmigo. Acaban de abrir.



## CAPÍTULO 13

La sala principal del museo estaba repleta de vitrinas con puntas de flecha, lanzas, raspadores, hachas y otros instrumentos tehuelches hechos de piedra. En las paredes, por encima de las vitrinas, había carteles que explicaban con jerga técnica y enrevesada la historia y las costumbres de aquel pueblo. Mi mirada se detuvo en una placa de bronce que decía:

**SALA VICENTE GARRIDO.**

—¿Cómo estás, Laurita? —me preguntó la directora del museo, que había salido de su oficina a recibirnos. Nos conocíamos del pueblo, ella había sido portera de mi escuela cuando yo iba a la secundaria.

—Hola, Virginia, ¿esta sala no se llamaba «Patrick Gower»? —le pregunté.

Patrick Gower era un australiano que proporcionó la documentación clave para el hallazgo de la *Swift*, una corbeta de guerra británica que se pasó dos siglos bajo el mar antes de que unos buzos del pueblo encontraran sus restos. Antes de la visita de Gower a Puerto Deseado, en los años setenta, nadie había oído hablar del barco.

Yo, de hecho, conocía muy bien la historia. Incluso estuve a punto de tener un *affaire* con uno de esos buzos muchos años después, pero se lo llevaron preso por contrabando de material arqueológico antes de que llegáramos a concretar. Siempre fui así de buena para elegir a los hombres.

—Sí, le habíamos puesto ese nombre —respondió Virginia después de aclararse la garganta.

—¿Le cambiaron el nombre a la sala? —pregunté, recordando la sonrisa del anciano australiano cuando lo trajeron desde la otra punta del mundo para descubrir la placa dorada con su nombre. Una placa que estaba justo en el lugar donde ahora había otra con un nombre distinto.

—Es que al recibir esta colección tan importante, lo menos que podíamos hacer era ponerle el nombre de quien nos la cedió a la sala en la que se expone. Así que por ahora la sala Patrick Gower es esa.

Virginia señaló el recibidor de dos por dos donde el libro de visitas del museo descansaba abierto sobre un escritorio con la fórmica saltada en los costados.

—Impresentable —murmuró Castro mientras tosía y se quitaba una a una sus capas de abrigo.

Por la forma en la que Virginia lo fulminó con la mirada, intuí que la relación entre el arqueólogo y la directora era entre mala y desastrosa.

—Debe de haber sido muy importante la donación de este tal Garrido —observé.

—Y... entre puntas de flecha, de lanza, raspadores y punzones fueron casi ocho mil piezas —concluyó la directora—. Salió en el diario y en todas las radios del pueblo. Hasta hicieron un programa especial de media hora en el canal de televisión local. Es una colección realmente espectacular. Tiene de todo y en todos los colores. Desde piezas hechas con vidrio de botellas que trajeron los primeros europeos hasta una punta negra de obsidiana así de grande.

Nos mostró su mano, separando todo lo que pudo el índice del pulgar.

—Hace seis meses apenas teníamos mil y pico —prosiguió—. Imaginate la sorpresa que nos llevamos cuando nos llamó el escribano para avisarnos de que el señor Vicente Garrido le había dejado su colección de flechas al museo —dijo señalándose el pecho—. El resto de las cosas, propiedades, dinero y eso, fueron para una hermana. No tenía hijos.

—¿Y este hombre era del pueblo? —pregunté.

—Sí. Lo tenés que conocer al viejito Garrido. Flaco, alto, vivía en la casa de piedra frente a la Escuela Número 5. Siempre andaba peinado a la gomina y paseaba un perrito chiquitito que solo tenía tres patas.

—Ah, la Garza Garrido —dije.

—Claro.

Aquel hombre era patrimonio del pueblo. Todo el mundo siempre lo había llamado «la Garza», y yo no tenía idea de su nombre de pila. Claro que lo conocía, todos conocíamos al viejito simpático que vivía frente a la escuela, en la misma casa en la que habían encontrado muerto a Julio Ortega.

—Te quedaste muda. ¿Te pasa algo? —preguntó Virginia.

—No, nada. Nada. ¿Me va a mostrar lo que vinimos a ver? —pregunté a Alberto Castro.

El arqueólogo asintió y me hizo señas para que lo siguiera. Mientras la directora volvía a su oficina, nosotros caminamos entre los exhibidores con puntas, raederas y raspadores hasta detenernos frente a uno que me pareció igual a los demás: un panel de un metro cuadrado con decenas de artefactos líticos sobre un fondo blanco.

Castro sacó del bolsillo la punta de flecha que yo había encontrado en la casa de Ortega y la apoyó sobre el vidrio del panel. Con la otra mano señaló una de las flechas exhibidas. Ambas piezas, a uno y otro lado del vidrio, tenían la misma forma de lágrima y desprendían destellos iridiscentes.

—¿Ve? Definitivamente pertenece a la colección, licenciada Badía.

—Puede llamarme Laura. Y tutearme.

—Solo si vos hacés lo mismo.

—Trato hecho, te tuteo. ¿Esta flecha es parte del lote que donó Garrido al morir? —pregunté señalando la del exhibidor.

—No. Esta pieza lleva muchos años en propiedad del museo.

—¿Se sabe de dónde salió?

Castro negó con la cabeza.

—Acá las cosas se hacen de manera muy poco profesional —dijo bajando la voz a un tono mínimo y mirando hacia la oficina de la directora—. Esta gente, que muchas veces le pone todo el empeño del mundo, son empleados municipales que no reciben ninguna capacitación sobre cómo catalogar piezas o documentar su procedencia. Y si esto es así ahora, imaginate hace veinte o treinta años, que es cuando yo estimo que la flecha se incorporó al museo.

Ponderé si explicarle o no los problemas de presupuesto crónicos que tenía nuestro pueblo y cómo los políticos usaban los puestos de trabajo de la municipalidad para conseguir votos, pero dudé que sirviera de algo meterme en aquel berenjenal.

—Vení, que te quiero mostrar algo más —dijo Castro.

## CAPÍTULO 14

Atravesamos la sala principal hasta llegar a la vieja imprenta que había producido los primeros ejemplares del diario *El Orden*. Detrás de la máquina había una puerta con un cartel de letras negras: **PROHIBIDO EL PASO A TODA PERSONA AJENA AL PERSONAL DEL MUSEO.**

Castro abrió con una llave. Entramos a una sala con las paredes cubiertas de estantes repletos de cajas de plástico azul. En el centro había tres mesas. Dos con palanganas, jarras y otros recipientes donde reposaban en remojo objetos que supuse serían de la corbeta *Swift*. En la tercera había varios fragmentos de piedra oscuros. Sobre cada mesa colgaba una potente lámpara adosada a un brazo móvil, como las que usan los dentistas.

—Esta es mi mesa de trabajo —señaló Castro.

Con la mano, barrió con cuidado las esquirlas de piedra hacia un lado. Luego abrió el maletín que había traído del juzgado y extrajo una carpeta de cartón blanco. Pasó los folios uno a uno hasta detenerse en la impresión de la foto que habíamos encontrado en el teléfono de Julio Ortega. La versión que le había pasado la jueza Echeverría llevaba una marca de agua con las palabras **CONFIDENCIAL-EVIDENCIA.**

—Sin duda, la flecha que encontraste pertenece a la colección Panasiuk —dijo—. Es más, se trata de esta misma.

Su dedo índice se había posado en la fotografía, sobre la flecha en el centro del triángulo.

—Fíjate que si bien tiene la misma forma de hoja de árbol que todas las demás, esta es bastante más ancha.

Asentí, aunque para mí se parecía más a una gota que a una hoja.

—Además, la flecha número cinco es la más famosa de la colección Panasiuk —agregó.

—¿Y cómo sabés que esta es la flecha número cinco?

—Licenc... Laura, las flechas de la colección Panasiuk están numeradas del uno al quince —dijo mientras retrocedía unas páginas en su carpeta para mostrarme un diagrama de la colección en el que cada flecha tenía un número.

—¿Del uno al quince? Pero en la fotografía solo hay trece.

—Porque no están todas. Como te dije, hay dos piezas cuyo paradero se desconoce. Una es la que te acabo de mostrar y la otra está en un campo de la zona. Son la número ocho y la número nueve, respectivamente.

El arqueólogo señaló dos flechas contiguas en el diagrama.

—O sea que las de la foto son las otras trece.

—Exactamente. Y la número cinco es una de las más famosas porque es la única de las quince que tiene una anchura considerablemente mayor al resto. Incluso se cree que fue tallada por un artesano diferente al que hizo las otras catorce —dijo alzando la flecha a la altura de sus ojos—. ¿Puedo tomarle una fotografía?

—Sí, pero no la compartas con nadie sin mi autorización.

Castro asintió y tomó dos o tres fotos con su teléfono. Luego habló con tono casi de autómatas, sin dejar de contemplar la flecha:

—Es raro que alguien mate por robar un cuadro y deje atrás la flecha más interesante.

—No se sabe si el asesinato fue por el cuadro —dije.

—Cualquier otra cosa sería demasiada casualidad, ¿no te parece?

—Puede ser, pero ahora no corresponde hacer ese tipo de conjeturas. Los hechos son que Julio Ortega está muerto y que falta un cuadro con flechas.

—¿Y por qué romper el vidrio?

—La explicación más plausible es que en el apuro por llevarse las flechas golpearan el cuadro por accidente. Es probable que esta pieza se desprendiera del terciopelo con el mismo golpe.

Dije esto para dejarlo conforme, porque a mí esa idea no terminaba de convencerme. ¿Cómo se explicaban la escoba y los trozos de vidrio cuidadosamente apilados a un costado?

Castro asintió girando la flecha entre los dedos. Sus ojos se perdieron en los destellos azulados y verdosos que emanaba la piedra brillante.

—¿Cómo sabés que fue tallada por tehuelches hace cinco mil años?  
—pregunté.

—Lo de la edad es una conjetura. Las flechas sin pedúnculo como esta suelen ser más comunes desde la llegada del hombre a la Patagonia, hace unos doce mil años, hasta el Holoceno medio, hace unos cinco mil. Sin embargo, la calidad con la que están talladas habla de una técnica muy perfeccionada que no se daba en el Holoceno temprano...

—No entiendo nada.

El arqueólogo soltó una risita y me pidió perdón levantando las palmas de las manos.

—Si fuesen más recientes, tendrían pedúnculo. Si fuesen más viejas, no estarían tan bien hechas.

—Haber empezado por ahí.

—En cuanto a quiénes las tallaron —continuó—, las flechas del Amazonas son muy distintas en morfología y en técnica a las de la Patagonia. Por eso la teoría más probable es que se trate de piedra de allá tallada acá.

—¿Y esa particularidad hace que la colección valga cincuenta mil dólares en el mercado negro?

—En parte es por eso y también por la historia oscura que las rodea.

—¿La leyenda de Yalén? —pregunté al recordar lo que me había contado mi tía.

—Sí, esa leyenda que desde un punto de vista antropológico es un disparate. No se sostiene por ningún lado, empezando por el gran cacique al que a veces se lo compara con un rey, cuando en realidad los tehuelches tenían grupos muy pequeños a su cargo. No había una estructura social vertical como la de los incas, con un gran emperador a la cabeza. Esa historia no es más que habladurías.

—Habladurías que quien robó esas flechas podría creerse y actuar en consecuencia.

El arqueólogo largó un soplando por la nariz y se acomodó en la banqueta. Después apoyó los codos en su mesa de trabajo a pocos centímetros de unas piedras también talladas hacía miles de años.

—Yo soy un hombre de ciencia, Laura. Lo único que puedo decirte es que esta foto concuerda con lo que sé de la colección Panasiuk: son quince flechas talladas en ópalo del Amazonas.

—Según la leyenda, Magal se llevó trece consigo, ¿no?

—Sí, pero Teodor Panasiuk reunió quince. También las dos con las que Magal supuestamente mató a Yalén y a su esposa Aimar —respondió Castro poniendo los ojos en blanco, casi asqueado por tener que referirse a esa leyenda—. Esas son la número uno y la número dos, según el diagrama de Fonseca.

—¿Fonseca?

—El único arqueólogo al que Panasiuk permitió estudiar la colección. Nadie entiende qué le vio, porque ni siquiera era un científico de renombre. Después de haber echado de su casa a decenas de arqueólogos y antropólogos, a este le abrió la puerta como si fuera un pariente que viene de lejos. Fonseca dibujó las flechas con un detalle altísimo, plasmando cada uno de los cientos de muescas en la piedra tallada.

Castro tocó con la punta del índice varios dibujos del diagrama.

—También las numeró de arriba abajo y de izquierda a derecha, respetando el orden en el que las había ordenado Panasiuk. De cada una registró tamaño, peso y hasta les calculó el volumen sumergiéndolas en agua. Junto a la descripción de las flechas uno y dos anotó que, según Teodor Panasiuk, habían sido las que Magal había usado para matar a Yalén y a Aimar.

—¿Y eso él cómo podía saberlo?

El arqueólogo se encogió de hombros.

—Ahí no te puedo ayudar. No hay registros de que Panasiuk le contara a nadie de dónde había sacado las flechas. Parece que no era un tipo muy hablador, y dicen que se volvió incluso más huraño con los años.

—Con todo ese misterio, no me extraña que valgan una fortuna en el mercado negro.

—Exacto. Y eso a los arqueólogos nos juega en contra. Por eso vine, para ayudar en todo lo que pueda. Sin estorbar, claro. Si le volvemos a perder la pista a la colección, pueden pasar otros cincuenta años hasta que vuelva a salir a la luz. Y yo no tengo cincuenta años para esperar. Creo que esta es una oportunidad única para encontrarla y ponerla a disposición de todos. En este museo, por ejemplo. Aunque no me extrañaría si se la quisieran llevar a Buenos Aires.

—¿A Buenos Aires? ¿Por qué?

—Porque podría dar respuesta a preguntas que los arqueólogos llevamos toda la vida haciéndonos. De hecho, su mera existencia refuerza un artículo que publiqué hace varios años en el *Journal of Anthropological Archaeology*; en él teorizo que las interacciones entre los pueblos de América del Sur eran mucho más fluidas de lo que se cree. Estamos hablando de unas piedras semipreciosas transportadas casi siete mil kilómetros a través de selva tropical, monte, pampa húmeda y desierto patagónico. No existe evidencia de nada similar.

Ahí estaba la explicación de tanto interés por colaborar. Si conseguíamos las flechas, Alberto Castro se convertiría en una especie de celebridad dentro de su micromundo de arqueólogos.

Le agradecí su ayuda sin mencionar que, dependiendo de las circunstancias en que encontráramos las flechas —si las encontrábamos—, podían entrar en una cadena de custodia de evidencia que las haría inaccesibles durante meses, o incluso años.

Al menos no serían cincuenta.



## CAPÍTULO 15

Tras despedirme de Alberto Castro, volví al juzgado. Faltaban veinte minutos para la hora del café, en la que la mayoría de los empleados —incluida a veces la jueza— nos juntábamos en la cocina. Me dispuse a contestar varios emails de trabajo hasta que se hiciera la hora.

Al tercero ya no me pude aguantar y abrí el navegador. Desde hacía un tiempo tenía la obsesión de buscar en Google a la gente que iba conociendo. Sí, toda una *voyeur* virtual.

Google me ofreció más de cuarenta millones de resultados para las palabras «Alberto Castro». Luego le agregué «arqueólogo» y el número se redujo bastante. El primer enlace de la lista era de la Universidad de Buenos Aires. Llevaba a una página de fondo gris escrita en tipografía Times New Roman y presidida por una foto del arqueólogo de hacía al menos diez años. El profesor Alberto Castro era adjunto de la cátedra de Arqueología de la UBA, tal como había dicho la jueza al presentarnos.

A pesar del diseño pobre de la página, bastaba con echar un breve vistazo para saber que el amigo de Echeverría era una eminencia. En los últimos años había dado charlas en Europa, Estados Unidos y varios países de Latinoamérica. Era editor en jefe de una revista científica de arqueología hispanoamericana y su lista de publicaciones rozaba la centena. La mayoría de ellas se centraban en pueblos precolombinos de la Patagonia. Quizás la jueza Echeverría no había exagerado cuando me lo presentó como una de las personas que más sabía del tema en el mundo.

Volví a Google y recorrí con la vista los otros resultados. Webs de conferencias de arqueología y antropología, un video en YouTube con una clase que el profesor había dado en Ciudad de México y una entrevista en el suplemento del *Clarín* hablando del valor cultural del patrimonio histórico.

Llegando al fondo de la página me llamó la atención un enlace a una noticia de 2012 de *Azul Hoy*, el diario de la localidad de Azul, una ciudad en medio de la provincia de Buenos Aires. El titular no tenía nada que ver con la arqueología. Sin embargo, ahí estaba entre los resultados.

## **MUERE JOVEN EN ACCIDENTE DE MOTO**

En la madrugada de anoche se produjo un accidente fatal en las intersecciones de las calles Viel y Reconquista. Lautaro Castro, un joven de veintitrés años oriundo de la ciudad de Buenos Aires, perdió el control de su motocicleta Yamaha YZF-R1, de 998 cc, y derrapó hasta quedar bajo las ruedas de un camión que transportaba ganado. El joven, padre de una niña de dieciocho meses, murió en el acto y sus restos han sido transportados a la capital donde su familia les dará sepultura. Lautaro Castro era alumno de la carrera de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires, de la cual su padre, Alberto Castro, es un reconocido profesor.

El artículo se transformaba en una especie de columna de opinión donde el periodista reclamaba a las autoridades de Azul que hicieran cumplir las normas de tránsito para evitar este tipo de accidentes en el futuro, y enumeraba otra serie de hechos similares que habían ocurrido en el último tiempo. No había ninguna otra referencia a Alberto Castro.

Cualquier duda sobre si el Alberto Castro de la noticia era el mismo que había venido a asistirnos con el caso de las flechas se despejó cuando miré el perfil del arqueólogo en Facebook: ambos teníamos a la jueza de amiga en común. En su muro encontré la foto de un chico joven, de facciones

similares a las del arqueólogo, sosteniendo a una nena en brazos. Sin duda era el hijo que se le había muerto hacía cinco años.

Cerré el navegador y me alejé de la computadora con una sensación desagradable. Nunca antes mis sesiones de chismoteo virtual habían desenterrado una historia tan triste.

Fui a la cocina a prepararme un café.

## CAPÍTULO 16

En la mesa de madera barata de la cocina del juzgado solo había algunos papeles. A su alrededor las sillas estaban vacías. La única persona en la sala era la última que tenía ganas de ver: Isabel Moreno.

—¿Cómo va todo, licenciada? —me preguntó con una taza en las manos. Remató la frase apoyándose en la pared con una sonrisa irónica.

—Bien —respondí dando tres zancadas hacia la máquina de café. Apreté un botón al azar.

—¿Mucho trabajo?

—Bastante.

—¿Qué tal va el caso de Ortega?

—Acabamos de empezar —dije deseando que el chorro marrón terminara de llenar mi taza para poder salir de ahí cuanto antes.

—Bueno, seguro que lo resolvés pronto. Todo el mundo se deshace en halagos hacia la inteligencia de la licenciada Badía. Seguro que, igual que con el caso del sereno del puerto asesinado, esta vez también encontrarás al culpable enseguida. Sobre todo dadas las circunstancias...

«No preguntes —me dije a mí misma—. No preguntes».

—¿Qué circunstancias?

La sonrisa de la Harpía asomó a ambos lados de su taza de té.

—Que en este caso contás con información muy personal sobre la víctima.

—Ahora sí que no entiendo nada —respondí, dándole la espalda y fingiendo buscar azúcar alrededor de la máquina de café.

—Me refiero a que cuando se investiga un crimen seguramente es muy importante conocer a fondo a la víctima para encontrar al culpable, ¿no?

Aunque, claro, supongo que ese conocimiento también tiene que ser adquirido como consecuencia de la investigación.

Luché para abrir un sobrecito de azúcar sin que me temblaran las manos.

—Si uno conoce a la víctima de manera íntima desde antes del asesinato, eso se consideraría un conflicto de intereses, ¿no es así? Alguien conectado sentimentalmente a un asesinado seguro que no podría conducirse de manera completamente racional durante la investigación.

Miré el vapor que salía de mi taza de capuchino y calculé el grado de las quemaduras si se lo tiraba en la cara.

—Sin mencionar —prosiguió la Harpía— lo que sentiría la novia de la víctima si se enterara de que *la otra* es quien lleva adelante la investigación. Lo consideraría traición por partida doble, supongo. No solo le meten los cuernos, sino que además...

Dejé el capuchino sobre la mesa y di dos pasos hacia Isabel Moreno. En menos de un segundo me puse a un palmo de ella, haciendo que nuestras narices casi se tocaran.

—¿Por qué no me decís a la cara lo que tenés para decirme y listo?

—Cuidado, licenciada... Intimidar físicamente a un colega te puede costar el trabajo —gimió la Moreno con palabras entrecortadas.

Conté hasta cinco antes de dar un paso hacia atrás. La Harpía se cruzó de brazos y murmuró algo que no entendí.

—Mirá, te lo voy a decir bien claro para que no haya malentendidos —le expliqué apoyándome sobre la mesa—. La próxima vez que me amenaces, te voy a bajar todos los dientes, ¿me entendés? Después, si querés, denunciame. Y a ver si ahorrás un poquito y te comprás una vida en vez de tener que meterte en la de los demás todo el tiempo.

Agarré mi café y salí de la cocina. Al llegar a la puerta, me detuve y me di media vuelta.

—¿Y sabés qué más te voy a decir? —agregué—. Yo no tuve la culpa de lo que te pasó con Campanella.

—¿Campanella?

—No te hagas la boluda, por favor, porque no te sale ni un poquito bien. Las dos sabemos perfectamente que durante los primeros meses de Campanella en Deseado nos turnamos para llevárnoslo a la cama.

Campanella era un inspector de la Policía Federal enviado a investigar el caso de un bolso lleno de cocaína hallado en un barco pesquero en el puerto.

—¿Y vos sabías que Campanella estaba con las dos al mismo tiempo? —me preguntó.

—Lo supe desde el primer día que me acosté con él —respondí intentando echar la mayor cantidad de sal a la herida—. Y también supe que le dejaste claro que no querías nada serio con él. Yo también se lo dejé claro, pero, a diferencia de vos, yo le decía la verdad.

—Una cosa es no querer nada serio y otra es compartir un tipo.

—Para mí no. Y se ve que para él tampoco.

—Sos una hija de puta.

Asentí y me tomé un sorbo del café, intentando que no me temblara la mano.

—Muy bien, largá todo lo que tengas adentro de una vez por todas. Así, a lo mejor la próxima vez que nos crucemos estás más relajada y me dejás trabajar tranquila.

Isabel Moreno dio un resoplido y meneó la cabeza de un lado a otro, como si yo no entendiera nada. Agarró su taza de té, la levantó hacia mí como quien propone un brindis y salió de la cocina dándome un empujón.

—Esto no termina acá —dijo.

## CAPÍTULO 17

La remisería más cercana a la casa en la que había muerto Julio se llamaba Los Amigos. Atravesé el estacionamiento vacío y entré a una pequeña construcción prefabricada con un ventanal desproporcionadamente grande. Una mujer boliviana sentada detrás de un escritorio desvencijado sostenía con una mano un transmisor de radio. Con la otra anotaba algo en un cuaderno. Cuando la saludé, frotándome las manos por el frío de la medianoche, levantó la vista y me ofreció una sonrisa de dientes cuadrados.

—Hola, buenas noches —dije.

—Buenas noches —respondió la mujer—. ¿Coche?

—No, en realidad vengo a hacerle unas preguntas. Trabajo para la policía, mi nombre es Laura Badía.

Como siempre, aquella frase no fue recibida con demasiado entusiasmo. La mujer se limitó a asentir.

—¿Cuántos taxis tiene trabajando durante la noche?

—Taxis, ninguno. Somos una agencia de remises —me respondió con una sonrisa pícaro.

En Deseado había muy pocos taxis. El pueblo era demasiado chico y los viajes, demasiado cortos para justificar un taxímetro. La mayoría del transporte puerta a puerta se hacía en coches que fijaban el precio de antemano.

—Generalmente tres. Cuatro o cinco los fines de semana.

—¿Y son siempre los mismos?

—Sí, habitualmente sí.

—Necesito hablar con alguien que haya trabajado de noche la semana pasada, especialmente el domingo a la madrugada.

En su declaración, Noelia Guillón nos había dicho que se oía que su novio andaba en algo raro. La noche en que Julio no aparecía por ningún lado, tres semanas antes de su muerte, había vuelto a la casa a las seis de la mañana en un remis. En Deseado había apenas siete remiserías, así que supuse que no me costaría mucho dar con algún conductor que lo hubiera llevado a donde sea que iba en sus escapadas nocturnas.

La mujer se acercó el aparato de radio a la boca.

—Édgar y Rogelio, por favor, vengan a la agencia cuando se desocupen.

—Bueno —dijo una voz después de un segundo de estática.

—Ya voy —dijo otra.

Mientras esperábamos a que Édgar y Rogelio llegaran de donde estuvieran —probablemente en el casino o a la salida de algún puticlub—, puse la espalda contra el calefactor para intentar calentarme un poco. Intenté dar charla a la señora, pero solo logré monosílabos.

Sonó el teléfono. Al responder, la mujer se disculpó diciendo que los dos coches que tenía trabajando estaban ocupados y que estimaba una espera de por lo menos media hora. A continuación, clavándome la mirada, le sugirió al cliente que llamara a otra agencia.

Cinco minutos más tarde, las luces de un coche alumbraron el estacionamiento de la remisería. Cuando paró junto a la puerta, el conductor inclinó la cabeza hacia abajo y la cara se le iluminó con el destello azulado de la pantalla de su teléfono. Al ver que no levantaba la vista, hice un ademán de ir a buscarlo, pero la telefonista me detuvo con un gesto y se acercó la radio a la boca.

—Bajá un segundo, Rogelio.

Las luces del vehículo se apagaron y el hombre entró al pequeño cuarto acompañado de una ráfaga helada. Me miró con cara desconcertada.

—Soy Laura Badía y trabajo para la policía. Quiero hacerle unas preguntas.

—Yo no hice nada —dijo el hombre.

—Yo no lo acusé de nada. Vengo a pedirle ayuda —repose, extendiendo mi mano.

—Rogelio Quispe —se presentó al estrecharla.

Le mostré al remisero una foto de Julio Ortega en mi teléfono.

—¿Recuerda haber llevado a este hombre últimamente?



—Este es el que mataron el otro día, ¿no? Pobre muchacho. Muchas veces lo llevábamos de noche.

—¿Al casino?

—Más que nada, a La Preciosa.

La novia de Ortega también había mencionado que Julio frecuentaba ese bar.

—Le gustaba jugar fuerte —añadió Quispe.

—¿Y eso usted cómo lo sabe?

—Si lo enganchaba en un viaje de vuelta, generalmente me contaba. Si le había ido bien, me decía «hoy estuve en llamas» y me dejaba una propina buenísima. Si no, «hoy estuvo complicado» y me pedía fiado.

La puerta de la agencia se abrió y un muchacho que apenas sobrepasaba los veinte años, con el pelo peinado con gel, se presentó como Édgar Quispe, el hijo de Rogelio.

—¿Adónde llevábamos siempre al muchacho que mataron la semana pasada? —le preguntó el padre al hijo, mirándome como para que yo corroborara que no mentía.

—De su casa a La Preciosa o de La Preciosa a su casa. Por lo menos una vez por semana —añadió el muchacho.

—¿Y por casualidad este lunes a la madrugada lo llevaste?

—No, el lunes, no.

Édgar repitió casi al detalle lo que había dicho el padre sobre los comentarios de Julio acerca del balance de cada noche. Les hice un par de preguntas más, pero no conseguí nada útil. Entonces les agradecí su colaboración y me puse el abrigo.

—Alguna vez también lo llevé al casino —añadió el joven cuando le estreché la mano.

—Le gustaba jugar —apuntó el padre, mirándome.

—Sí, pero a veces no iba a jugar. Fueron pocas, pero me decía que lo esperara en la puerta. Tardaba como mucho quince minutos y salía. Y de ahí siempre de vuelta a La Preciosa. Siempre. Sobre todo, las noches como hoy.

—Como hoy ¿en qué sentido?

—Jueves. Casi siempre que lo llevaba a La Preciosa era jueves.

## CAPÍTULO 18

Agradecí a los choferes la información y les dejé mi número de teléfono por si recordaban algún detalle más. Luego crucé el estacionamiento corriendo y me metí en mi auto, que en la media hora que había estado apagado ya tenía el asiento y el volante helados.

Tuve que darle varias veces a la llave hasta lograr arrancarlo. Alguien me había dicho que era la batería, o el alternador, o algo así. Y si bien era cierto que el problema cada vez iba a peor, sobre todo en noches de frío como aquella, mi glorioso Corsa siempre terminaba arrancando.

Conduje los menos de mil metros que separaban la remisería de La Preciosa. Me detuve justo enfrente, contando unos ocho vehículos estacionados en torno a aquel bar de mala muerte. Sin embargo, por la ventana solo vi al barman y a una pareja que bailaba abrazada. Ocho autos, tres personas.

Apagué el motor y me encaminé a la puerta apurando el paso.

La Preciosa olía a tabaco y estaba iluminada por luces rojas montadas en la pared. La pareja que bailaba se separó un poco al verme entrar, aunque la voz de Marco Antonio Solís siguió saliendo con fuerza de una máquina de CD. El hombre, un sesentón de pelo cano y fuerte, me observó de arriba abajo. La mujer, treinta años más joven y con un pantalón lleno de tajos a los costados, me lanzó una mirada de odio, pero al reconocermelo levantó una mano para saludarme. Antes de que me transfirieran al juzgado yo le había tomado declaración en la comisaría un montón de veces. Hacía tres o cuatro años que no la veía y había envejecido como si hubiesen pasado diez.

Los saludé desde lejos y enfilé hacia la barra. El camarero, un muchacho de mi edad al que casi no le quedaban pelos en la cabeza, apenas levantó la mirada de su teléfono para hablarme.

—¿Qué te sirvo?

—Una Heineken.

Mientras el chico buscaba la cerveza, una cabeza se asomó por la puerta entornada detrás de la barra.

—Cucho —dije un instante después de que volviera a desaparecer. Debió de escucharme, porque la puerta se abrió y de ella emergió la figura redonda de Cucho Soto, el dueño de La Preciosa.

—Laura, ¿qué andás haciendo por acá?

—Hoy estoy con ganas de apostar unos pesos al póquer.

—Laura, vos sabés muy bien que acá no jugamos por plata. Es algo entre amigos. A lo sumo apostamos una birrita, nada más.

El barman apoyó el botellín verde sobre una servilleta de papel y lo deslizó hacia mí por la barra de fórmica negra. Antes de hablar le di un buen trago. El líquido helado se sumó al frío que yo traía de afuera, provocándome un escalofrío que intenté disimular.

—Cucho, no hace falta que me tomes el pelo —dije—. Si quiero, hago una llamada por teléfono y los cinco o seis que tenés ahí adentro jugando a las cartas pasan la noche en la comisaría.

El dueño de La Preciosa abrió la boca para protestar, pero yo seguí hablando.

—Pero no te preocupes, que no vengo a causarte ningún problema. Hay tantas cosas ilegales en este pueblo que la policía tiene que elegir a cuáles dedicarse. Vengo a hablar un rato con vos. Si me ayudás, me voy por esa puerta, me subo al auto y acá no pasó nada. No hay juego clandestino ni una prostituta trabajando en tu bar.

—Servime una para mí, Alfredo —dijo Cucho, señalando mi cerveza, y se sentó en una banqueta a mi lado.

—Vas a ver que no es tan difícil. Son unas preguntas nada más. ¿Venía seguido Julio Ortega a jugar?

—De vez en cuando, últimamente un poco más.

—¿Y apostaba fuerte?

—Eso depende —respondió el dueño de La Preciosa, mirándose en el espejo detrás de las botellas en la barra.

Cuando Alfredo le dio la cerveza en la mano, Cucho agarró una servilleta de un servilletero, la alineó perfectamente con el borde de la barra y puso un vaso sobre ella, moviéndolo varias veces hasta que estuvo

conforme con haberlo colocado exactamente en el centro del cuadrado de papel. Entonces se sirvió la cerveza y le devolvió la botella vacía a su empleado.

—«Depende» no es la respuesta que necesito, Cucho. ¿Jugaba fuerte o no?

—Bueno, sí. Bastante. Cada dos por tres decía que tenía una corazonada, pegaba un grito y empujaba todas las fichas al centro.

—¿Pedía plata prestada?

—Ah, no sé. En esos temas sí que nunca me meto, Laura. Hay cosas que prefiero no saber.

—Hay quien dice que hace más o menos dos semanas vino a jugar, tomó demasiado y terminó perdiendo una apuesta que resultó en que le apagarán un cigarrillo en cada mano —dije repitiendo la declaración de la novia, que se contradecía con los resultados de la autopsia.

El dueño del bar abrió los ojos, extrañadísimo. Lo que yo le estaba contando le sonaba a ciencia ficción.

—Eso... eso es ridículo. Aquí no tenemos quince años como para andar haciendo esas boludeces.

Asentí.

—¿Vos conocés a alguien que le quisiera hacer daño a Ortega?

Cucho levantó su cerveza y bebió con el meñique apuntando al techo. Cuando la apoyó en la barra, lo hizo alineándola perfectamente con el círculo mojado que había dejado el vaso en la servilleta. Aquel hombre estaba para llevarlo a un campeonato mundial de trastorno obsesivo-compulsivo.

—La noche que apareció muerto, vino un tipo un poco extraño.

—Eso me interesa.

—Como te dije antes, acá nos juntamos a jugar un rato entre amigos. Sí, a veces apostamos un poco, pero... —Cucho hizo una pausa para darle otro trago a su cerveza—. Lo que te quiero decir es que nos juntamos siempre los mismos desde hace años. De vez en cuando alguien trae a un amigo o a un pariente que está de visita, pero nunca cae un total desconocido a sentarse a jugar. ¿Entendés?

—¿Y esa noche sí?

—Sí. Y preguntó por Julio.

Sin pensarlo, metí la mano en el bolsillo del abrigo y saqué la libretita que me acompañaba a todos lados.

—¿Qué dijo exactamente?

—Preguntó si alguien conocía a Julio Ortega. En realidad, con el que más habló fue con Cayota.

Al pronunciar este nombre, Cucho hizo un gesto casi inconsciente con la cabeza, señalando la puerta por la que acababa de salir. Vi la alarma en sus ojos al darse cuenta de lo que yo estaba pensando.

—¿Cayota está ahí adentro?

—Sí, ya te lo llamo —dijo bajándose de la banqueta.

—No hace falta. Voy yo —lo atajé, poniéndole una mano sobre el antebrazo.

Rodeé la barra y empujé la puerta de madera.

Un vaho de humo mezclado con perfume de hombre me golpeó la cara. La trastienda de La Preciosa era un cuartito de cuatro por cuatro con cajones de cerveza y cajas de vino apilados contra las paredes. En el medio, cuatro hombres jugaban a las cartas alrededor de una mesa con la superficie de paño verde repleta de fichas de plástico. A un costado de la mesa, sobre una mesita improvisada con varias cajas de vino, descansaba un fajo más alto que ancho de billetes de cien y quinientos pesos.

Al verme entrar, uno de los hombres manoteó el dinero y se lo puso en el regazo, escondiéndolo de mi vista. Los otros tres dejaron sus cartas sobre la mesa. Todos fulminaron a Cucho con la mirada.

—Buenas noches. Sigán, sigán, que no quiero interrumpir. Soy la oficial Laura Badía y estoy investigando el homicidio de Julio Ortega.

Uno de los hombres, completamente pelado, se retorció un poco en su silla.

Utilicé a propósito la palabra «oficial» en vez de «licenciada». Técnicamente podía usar cualquiera, porque era licenciada en Criminalística y oficial de la policía, pero reservaba esta última para ocasiones en las que necesitaba intimidar.

—No se preocupen por lo de las cartas —dijo Cucho detrás de mí—. Laura quiere hacerles unas preguntas sobre el tipo que vino preguntando por Julio el otro día.

—El Míster —dijo uno.

—¿El Míster? —repetí.

—Le pusimos ese sobrenombre. Fumaba pipa, caminaba con un bastón de madera lustrada y tenía un bigote con las puntas retorcidas. Parecía un señorito inglés.

—¿Usaba bastón? —pregunté.

—Sí, le faltaba el monóculo y el reloj de cadena colgando del chaleco —dijo otro de los hombres, con marcadas ojeras y un cigarrillo en la comisura de la boca. Nadie le rio la gracia.

—Él es Cayota —dijo Cucho, señalándolo.

—Encantada.

Me senté en la única silla vacía que quedaba alrededor de la mesa. Frente a mí había cuatro montones de fichas azules perfectamente apiladas y todas de la misma altura. Evidentemente, eran de Cucho.

El hombre obeso que había ocultado el fajo de billetes quedaba a mi derecha. La luz que colgaba sobre la mesa se reflejaba en el sudor de su frente amplia.

—No hace falta que lo escondas —le dije—. Ya lo vi. Además, no me interesan cinco tipos que juegan al póquer. Después de todo, estamos en un país libre y ustedes no le están haciendo mal a nadie, ¿no? Apresar a la persona que mató a golpes a Julio Ortega es, como comprenderán, prioritario.

Los miré uno por uno y los cuatro me devolvieron sonrisas incómodas.

—Necesitamos más policías como esta —dijo Cayota.

El hombre a mi derecha asintió y puso el fajo sobre la mesa. Era muchísima plata.

—Me comentaba Cucho que el domingo 6 de agosto, el día que asesinaron a Julio Ortega, este hombre al que ustedes llaman «el Mister» vino preguntando por él.

—Sí. Bueno, en realidad dijo que le habían comentado que teníamos una mesa de póquer, y preguntó si podía jugar unas manos. Según él, estaba de paso. Venía de Calafate.

Anoté el nombre del pueblo en mi libreta.

—¿Y dijo cómo se llamaba?

—Se presentó como Pancho.

—¿Pancho? —pregunté extrañada. Ese sobrenombre no le pegaba nada a un tipo elegante con bigote y bastón—. ¿Qué más pueden decirme de él?

—Tendría unos sesenta años. Setenta a lo sumo. Metro setenta y cinco, más o menos. Y bastante delgado, se notaba que era un tipo al que le gustaba mantenerse en forma. Raro que llevara un bastón, porque se lo veía saludable y caminaba bien.

—Apostaba fuerte —dijo otro de los jugadores, un hombre de barba pelirroja al que le faltaban los dos dientes de adelante—. No era un gran jugador de póquer, pero apostaba fuerte. Supongo que tenía mucha guita, por su aspecto y porque cuando perdía una mano no hacía ningún comentario negativo. Al contrario, casi te diría que sonreía.

—¿Y cómo fue exactamente que esta persona preguntó por Ortega?

—Habríamos jugado... qué sé yo... tres o cuatro manos —se apresuró a contestar Cayota—. Entonces el Míster me preguntó si éramos siempre los mismos los que nos juntábamos. Yo le contesté que sí, que éramos pocos y que había dos o tres más que ese día no estaban pero que venían a veces. Generalmente los domingos, pero también martes y jueves.

—Yo el domingo no estuve. Nunca vengo los domingos —aprovechó para acotar el que había escondido el fajo de billetes.

—No tengas miedo, gordo, que a vos no te van a meter preso porque desajustás todo el presupuesto de comida de la cárcel —dijo con un ligero acento norteño el único que hasta ese momento no había hablado. Era un muchacho más joven, de contextura huesuda y ropas holgadas; desde que yo había llegado, no había hecho más que escribir en su teléfono.

—¿Me van a decir cómo fue que preguntó por Ortega o van a seguir con el club de la comedia? —dije en tono severo.

Los hombres se miraron entre ellos. Era una mirada de desconcierto. No estaban acostumbrados a que una mujer les hablara de esa manera.

—Lo preguntó de pasada —dijo Cayota—. Estábamos jugando y dijo que era amigo de un amigo de Julio y quería saber si vendría esa noche. Yo le dije que probablemente sí, porque los domingos casi siempre venía. Pero fueron pasando las manos y Julio no aparecía. Entonces el tipo preguntó qué otro día de la semana solía venir a jugar. Intentó no darle mucha importancia, aunque todos nos dimos cuenta de que tenía bastante interés en encontrárselo, ¿o no? —preguntó buscando el apoyo de sus amigos.

Todos los de la mesa asintieron, menos el gordo, que repitió que él no estaba.

—¿Qué más me pueden decir de este hombre, además de su aspecto y que era de Calafate?

—Venía de Calafate, pero no dijo que era de ahí —aclaró el chico flaquito.

—¿Alguna otra característica? Física, de la forma de hablar...

—Iba bien perfumado. Carolina Herrera, me parece —aportó Cucho—. Y después lo que ya te dije, que parecía un tipo sacado del siglo pasado. Sus modales, su forma de vestir, el bigote.

—¿Y dicen que estaba en buena forma física pero que caminaba con un bastón?

—Sí, pero yo creo que el bastón era más por extravagancia que por necesidad. No sé, siendo un tipo tan raro no sería descabellado, ¿no?

—Bien, voy a ver si consigo que manden un dibujante de Caleta, así hacemos un par de retratos y tenemos un bosquejo del aspecto físico.

—No hace falta —dijo el muchacho huesudo, y deslizó su teléfono hacia mí sobre el paño verde.

—¿Para qué le sacaste una foto, boludo? —preguntó Cayota.

—Me causó gracia la pinta que tenía. La iba a poner en Instagram, pero después cambié de opinión.

Cayota se frotó las manos en la cara, como cuando uno no sabe por dónde empezar a regañar a un niño.

La fotografía estaba tomada desde un ángulo raro, como si el teléfono hubiera estado apoyado en la mesa. Aunque la luz era insuficiente, se distinguía claramente a un hombre de pelo cano asomando por los costados de una boina de cuero. El bigote, también gris, era tupido en el centro y se afinaba hacia los lados hasta terminar en dos puntas que asomaban en direcciones opuestas. Sobre la camisa a cuadros llevaba un chaleco verde un poco más oscuro que el paño de la mesa. En las manos, que sostenían cartas boca abajo, brillaban varios anillos dorados. Era cierto, tenía un aspecto extrañísimo.

—Genial —repuse, y le di al chico mi email para que me pasara la foto.

Hubo un silencio incómodo mientras me mandaba la imagen y yo me aseguraba de haberla recibido. Incluso me tomé el tiempo de reenviársela a Manuel con un texto breve pero explicativo. «Posible apodo: Pancho; quizás de Calafate; perfume caro, prob. Carolina Herrera. ¿Podés hacer algo para averiguar quién es?».



—Bueno, caballeros, ya casi terminamos —dije mientras apretaba el botón de enviar—. ¿Después de ese día ya no volvió?

Todos negaron y el gordo volvió a encogerse de hombros.

—¿Hasta qué hora estuvo acá?

—Hasta las tres de la madrugada más o menos. Se fue en un remis.

—A las tres de la madrugada —repetí para mí misma.

Según el informe de la autopsia, Julio había muerto aproximadamente a esa hora.

## CAPÍTULO 19

Al salir de La Preciosa me encontré el techo y el parabrisas de mi auto cubiertos de una fina capa de cristales de escarcha que brillaba con el alumbrado público. Por suerte, no había estado en el bar más de una hora y fue sencillo quitar el hielo con la espátula de plástico que llevaba debajo del asiento para días como aquel.

Una vez tuve el parabrisas despejado, arranqué el coche. Lo conseguí con solo cuatro intentos.

Las dos o tres ideas que tenía de cómo localizar a ese tal Míster requerían hablar con mis compañeros de trabajo, así que eso tendría que esperar hasta el día siguiente. Sabiendo que me sería imposible dormir, conduje las siete cuadras que separaban el bar de Cucho del mayor antro de todo el pueblo. Un antro legal, reluciente y adornado con luces de colores. El peor agujero de todos, barnizado de falso glamour. El casino de Puerto Deseado.

El casino era uno de los pocos lugares donde se podían encontrar más de veinte personas despiertas una madrugada que no fuera de viernes ni de sábado. Como aquella noche, y como la noche en que murió Julio Ortega. De esas veinte personas, había una que siempre era la misma; una que podría ser perfectamente la causa de los viajes relámpago desde La Preciosa hasta el casino que habían mencionado Quispe padre e hijo.

Al entrar, saludé al sargento Ulloa, el policía que custodiaba la puerta aquella noche. Era un suboficial simpático que, como muchos, se veía obligado a complementar su sueldo con trabajos de custodia nocturnos que la policía ofrecía a discotecas, puticlubs y el casino a cambio de una tarifa.

Tras intercambiar unas palabras con Ulloa, pagué la entrada a una empleada e ingresé a la sala de la planta baja. Olía a perfumes fuertes de

mujer mezclados con un ligero aroma a pizza y a café recién hecho.

Con la alfombra gruesa hundiéndose bajo mis pies, me paseé entre los cientos de máquinas tragamonedas que emitían ruiditos alegres para invitarme a que les metiera dinero. Miré de reojo la pequeña confitería, unos pocos metros cuadrados libres de máquinas chupasangre. En la barra, la única banqueta ocupada revelaba una espalda triangular, de músculos enormes, enfundada en un suéter de hilo apretado al cuerpo. El dueño de esa espalda se llamaba Enrique Vera y era el motivo por el que yo estaba allí esa noche.

Los empleados, de aspecto pálido, camisa blanca y chaleco verde petróleo, caminaban con prisa entre el laberinto de máquinas, asistiendo a jugadores con algún problema, minimizando así el tiempo que no estaban metiendo billetes en las ranuras iluminadas.

Enfilé hacia la barra y me senté a una banqueta de distancia del hombre musculoso. Tenía el pelo corto y rizado y miraba un partido de fútbol de la Liga de Campeones en una pantalla en la pared. El vaso de fernet que hamacaba en su mano era diminuto comparado con su enorme bíceps.

Yo, como cualquier otro policía de Puerto Deseado, conocía a Enrique Vera. Aquel hombre era casi parte del inventario del casino. Siempre allí, descansando su enorme musculatura sobre la barra. Y siempre solo.

Su trabajo, de hecho, requería esa soledad. Un prestamista rodeado de gente tiende a perder clientes.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó el chico de la barra mientras servía un cóctel y lo dejaba sobre una bandeja para que una de las camareras se lo llevara a algún cliente que no quería despegarse de su tragamonedas.

—Un fernet —dije señalando el vaso y la lata de Enrique Vera.

El barman puso tres hielos en un vaso y vertió dos dedos del licor oscuro. Luego abrió una lata de Coca-Cola y completó mi bebida. Como era costumbre, me entregó el vaso y también la lata, en la que todavía quedaba un poco.

—¿Quién juega? —pregunté mirando la televisión.

Enrique Vera se volvió un poco en la banqueta para mirarme con cierto desconcierto por encima de un hombro tan grande como su cabeza.

—El Atlético de Madrid contra el Barcelona —respondió.

Al verlo de frente, noté que llevaba el lóbulo derecho vendado con un apósito color piel.

—¿Y es un partido importante? —pregunté al tiempo que le daba el primer trago a mi fernet. El sabor amargo me recordó a mis años de universidad, cuando estudiaba Criminalística en Buenos Aires. No lo probaba desde entonces, cuando lo llamábamos «petróleo».

—Sí. Fue un partido importante. Jugaron esta tarde, esta es la repetición. En cualquier momento mete el primer gol Messi. Ganó el Barça dos a cero.

En ese momento bajó de la planta de arriba un hombre pelado, vestido con una campera de cuero negra. Dio unos pasos hacia la barra, pero al ver a Vera hablando conmigo, se paró en seco durante un instante. Luego se obligó a sonreír y caminó hacia nosotros.

—¿Qué ven mis ojos? ¿Enrique Vera tomando alcohol? ¡Y con Coca-Cola de verdad, nada de cero calorías!

Ambos hombres rieron y en ese momento el chico de detrás de la barra puso frente a Vera una pizza de jamón, mozzarella y morrones.

—Ah, bueno, esto sí que no me lo esperaba —exclamó el pelado, cruzándose de brazos. Luego se dirigió al camarero—: ¿Ya no te trae los *tuppers* con pechuga a la plancha para que se los calientes en el microondas?

—De vez en cuando también hay que disfrutar de estas cosas —dijo Vera, levantando una porción de pizza hasta que los hilos de la mozzarella derretida se cortaron. Le dio un bocado enorme y lo bajó con un trago de fernet—. ¿Querés una porción?

—Ya cené, gracias. Además, no sé quién serás vos, pero te pido que me devuelvas ya mismo a mi amigo, el verdadero Enrique Vera, el que toma agua sin gas toda la noche y se trae la comida de su casa.

Los dos volvieron a reír y el pelado le dio un puñetazo a Vera en el gigantesco brazo.

—Se acabaron los torneos hasta el año que viene, Mario.

—¿No te estabas preparando para uno en octubre?

—Era a final de noviembre, pero me di cuenta de que para ese ya no llego.

—¿Qué decís, si parecés el increíble Hulk?

—¿Y vos desde cuándo sos juez de culturismo? —dijo Vera soltando una risita, y le dio otro trago a su fernet—. Hablando en serio, al de noviembre no llegaba. Así que ahora tengo un mes para darme todos los

gustos que quiera. Pizza, helado y algún *fernetcito* también. Aunque el alcohol lo tengo que controlar porque, como no estoy acostumbrado, me mamo enseguida. El mes que viene vuelvo a la dieta.

—¿El gimnasio también lo dejaste?

—¿Vos estás loco? El gimnasio es como la vieja, no se abandona hasta la muerte.

—¡Ese es mi amigo, carajo! El que vende a su madre con tal de pagar la cuota del *gym*.

—Yo no dije eso, boludo.

Vera acompañó la frase con una sutilísima palmada en el hombro del otro. Lo hizo con la suavidad con la que un gigante tocaría a una princesa por miedo a romperle un hueso.

Ambos se quedaron en silencio y me pareció que el hombre calvo me miró un par de veces disimuladamente. Noté que intercambiaba una mirada con Vera antes de levantarse de la banqueta en la que se había sentado. Probablemente había venido a verlo porque necesitaba un préstamo.

—Después paso —dijo en voz baja, y se perdió entre las máquinas.

Esperé a que Vera diera cuenta de sus primeras dos porciones de pizza antes de hablar.

—Vos venís siempre acá, ¿no? —le pregunté, intentando acaramelar mi voz.

—Sí. Y vos trabajás para la policía, ¿no?

—Pero ahora no estoy de servicio. Además, ¿tenés algo que ocultar? —Sonreí. Estuve a punto de guiñarle un ojo, pero me pareció demasiado.

Enrique Vera escondió su sonrisa detrás del vaso largo, manchado por dentro por la espuma marrón de la bebida y por fuera por el aceite de la pizza. Lo vació de un solo trago y lo apoyó sobre la barra sin dejar de mirarme a los ojos. Después repitió lo mismo con la lata de Coca-Cola. Como si aquello fuera a intimidarme.

—Me voy a jugar un rato —dijo bajándose de la banqueta, y se fue dejando más de la mitad de la pizza.

Sonreí. Todo el mundo en el casino sabía que Enrique Vera no jugaba nunca. Su función allí era otra.

—¿Qué te pasó en la oreja? —le pregunté cuando ya se había alejado un par de pasos. Cuando se volvió, agarré una porción de su pizza y le di un mordisco.

—Una noche de pasión. A veces pierden el control. No las puedo culpar —dijo sonriendo, y se metió lentamente una mano en el bolsillo delantero de su pantalón ajustado. Luego se dio media vuelta y se perdió con paso zigzagueante detrás de una hilera de máquinas tragamonedas.

—Ahí está el primer gol —anunció el muchacho detrás de la barra, dándome la espalda para mirar la repetición del tanto de Messi.

Intercambié lo más rápido que pude la lata de Coca-Cola que había dejado Vera con la mía. Luego me terminé la porción de pizza, le di otro trago a mi fernet y me levanté de la banqueta, llevándome en una mano mi vaso y en la otra la lata de Vera. Caminé entre las máquinas como lo hacían algunos, mirando cada pantalla e intentando decidir cuál estaba a punto de pagar.

Dejé mi bebida casi entera en una mesita y, poco a poco, me alejé hacia la entrada. Saludé a Ulloa y salí a la noche helada.

Todavía llevaba la lata sujeta entre dos dedos.

## CAPÍTULO 20

Al día siguiente llegué al juzgado tardísimo, como a las nueve de la mañana. Me había acostado cerca de las tres y tardé un montón en dormirme. Pasé junto a la Harpía sin saludarla y cerré la puerta del laboratorio con una vuelta de llave.

Puse mi mochila sobre una de las banquetas altas junto a la mesa de acero inoxidable y extraje de ella la lata de Coca-Cola de la que había tomado Vera la noche anterior. Del kit para huellas dactilares, elegí el frasquito de polvo magnético negro. Varias impresiones oscuras se revelaron sobre la superficie roja cuando empolvé la lata. Sonreí; alguna buena de entre todas esas seguro que iba a sacar.

Con cuidado, cubrí cada una con un pedazo de cinta adhesiva transparente. Luego las levanté, llevándome en cada trozo una huella que pegué sobre un papel blanco. En menos de veinte minutos tenía doce huellas nítidas.

Había llegado el momento de validar o refutar mi teoría.

Era una hipótesis simple: los viajes cortos que había hecho Ortega al casino fueron para pedir dinero a Vera. Un dinero que luego no pudo devolver. No sería la primera vez que un prestamista recurría a la tortura física para lograr un pago, aunque en nuestro pueblo esos episodios eran poco comunes y nunca pasaban de un par de golpes o alguna amenaza. La brutalidad de este caso no tenía precedentes en Deseado.

Sin embargo, también era una hipótesis débil: aunque Vera hubiese torturado a Ortega, ¿qué sentido tenía matarlo? ¿Se le habría ido la mano sin darse cuenta? Incluso si fuera así, el vínculo entre la muerte y la desaparición de las flechas tampoco estaba claro. ¿Sabía Ortega que la

colección Panasiuk tenía un gran valor económico y se la había ofrecido a Vera como pago? ¿Vera le había creído?

Aunque alguna de las huellas del prestamista coincidiera con las que habíamos levantado de los trozos de vidrio, ni siquiera lograríamos responder a todas las preguntas. Pero al menos estaríamos un paso más cerca de saber la verdad.

También hice un hisopado de la parte superior de la lata, donde Vera había apoyado los labios. Guardé la muestra de saliva en una bolsa y en un pequeño tubo de ensayo puse algunas escamas de la gota de sangre seca que habíamos encontrado lejos del cadáver de Ortega. Metí todo en un sobre a nombre de una amiga que trabajaba en el Laboratorio Regional de Investigación Forense de Río Gallegos para que hiciera un análisis de ADN comparando ambas muestras.

Enviárselo directamente a mi amiga era la única forma de obtener los resultados. Por la vía oficial habría sido imposible porque la obtención de la saliva había sido completamente ilegal. Y aunque desde luego esa prueba no serviría en un juicio, por lo menos me indicaría con certeza si mis sospechas iban o no por el camino correcto.

Saqué del armario la carpeta rotulada **ORTEGA, HOMICIDIO, 08/2017** y busqué dentro el folio con las impresiones dactilares que había tomado del vidrio. Revisé entre las páginas con declaraciones y las fotografías, pero fui incapaz de encontrar la ficha con las huellas. Entonces recordé que le había pedido a Manuel que le sacara fotos. Seguramente se había olvidado de volver a poner el folio donde correspondía.

Salí del laboratorio maldiciendo en voz baja. Un día de estos íbamos a perder evidencias importantes por su culpa, y a la que pondrían de patitas a la calle sería a mí.

Encontré a Manuel en su oficina, encorvado sobre las piezas de un teléfono en su escritorio.

—¿Vos te pensás que esto es el FBI? En serio, aflojale un poco a las películas yanquis —me espetó antes de que le pudiera decir nada.

—¿Qué?

—La foto y los cuatro míseros datos que me mandaste anoche a la una y media de la madrugada. ¿Cómo te pensás que voy a hacer para ubicar a ese tipo? Ni en CSI lo pueden rastrear con tan poca información. ¿Quién es?



—Es lo que quería que me ayudaras a descubrir. Apareció de la nada preguntando por Ortega la noche que lo asesinaron. Se fue de La Preciosa en remis a las tres de la madrugada.

—Justo a la hora estimada de su fallecimiento.

—¿Ahora entendés por qué es muy importante ubicarlo?

—Pero no tengo forma de hacerlo.

—No importa. Era por si se te ocurría algo —zanjé—. ¿Dónde dejaste el papel con las huellas que levanté de los pedazos de vidrio?

—Uy, me vas a matar. Me olvidé de sacarle fotos.

—Eso no importa ahora. Dame el papel y hacemos lo de las fotos más tarde.

Manuel arqueó las cejas y su eterna sonrisa desapareció por un segundo.

—Está en tu armario, en la carpeta con la evidencia del caso.

—No, no está ahí. Me acabo de fijar.

—Yo no lo toqué —dijo sorprendido—. Si lo hubiera ido a buscar, lo habría fotografiado.

—A lo mejor te lo trajiste y después te entretuviste con algo, no sé, mirando porno en la computadora, por ejemplo.

La sonrisa le volvió a la cara.

—No, estoy casi seguro de que no —dijo mientras revisaba los papeles sobre su escritorio y abría cajones.

—Seguí buscando, por favor.

Volví al laboratorio y revisé de nuevo la carpeta, el armario de donde la había sacado y cada uno de los papeles que había a la vista. Luego utilicé la llave más pequeña de mi llavero y abrí los cajones del escritorio, examinándolos uno tras otro. En uno de ellos estaba la flecha tornasolada dentro de la cajita de plástico en la que yo la había dejado, pero no había rastro del papel con las huellas. Hasta me tiré al suelo para buscarlo, pero tampoco había nada debajo de los muebles.

Tras revisar todo el laboratorio sin éxito dos veces más, decidí hacer una pausa para pensar mejor. Además, tenía un agujero en el estómago porque no había desayunado y un café con mucho azúcar me vendría bien.

Cuando entré a la cocina del juzgado pasaron dos cosas maravillosas. La primera fue que Isabel Moreno no estaba ahí, algo que siempre me ponía de buen humor. La segunda fue la bolsa con bizcochos de grasa que alguien había dejado en mitad de la mesa. Di cuenta de un par de ellos mojados en

el café y charlé un rato con una asistente administrativa que vino a calentar agua para el mate. Me preparé una segunda taza y volví al laboratorio.

Estaba revisando el armario por cuarta vez cuando oí dos golpecitos en la puerta. Abrí y me encontré a Manuel apoyado en el marco, mostrándome sus dos manos vacías.

—No aparece —le dije—. Mierda.

—Ya las vas a encontrar, tomate un respiro. A veces viene bien cambiar un poco el ángulo —dijo, y sacó del bolsillo el teléfono de Julio.

—¿Encontraste algo más?

—Acabo de conseguir acceso a su correo electrónico.

Me incorporé en la silla. Por el tono de orgullo con que habló, había algo jugoso.

—Entre los mensajes que pude descifrar solo hay una referencia a las flechas. Pero es muy buena.

Manuel puso el teléfono sobre la mesa de acero inoxidable y lo deslizó como si fuera un cóctel. Lo atajé y leí el email en la pantalla.

PARA: cornalitodelsur@yahoo.com.ar

FECHA: Viernes, 04-08-2017 11:37 AM

ASUNTO: A vos que te gustan las flechas.

¿Qué hacés, Arielito? Hace tantos años que no hablamos que no sé si te acordarás de mí.

Bueno, te escribo porque hace seis meses me mudé de casa, y resulta que la semana pasada encontré en el fondo de un ropero una colección de flechas que me parece bastante rara. Te adjunto una foto.

Como sé que vos te dedicás a la compraventa de antigüedades, quería

preguntarte qué valor te parece que puede tener este cuadro. Yo de flechas no sé un carajo, pero nunca vi ninguna con la tonalidad tornasolada que tienen estas. Es como si estuvieran hechas con una piedra especial.

En fin, no sé si todavía vivirás en Caleta, pero si estás por la zona, te invito a que te vengas a Deseado un fin de semana. Aunque las flechas terminen siendo de plástico, al menos será una buena excusa para reencontrarnos y comer un asado. Invito yo. Un abrazo.

Julio

—¿Viste la fecha? —me preguntó Manuel cuando terminé de leer.

—Sí, 4 de agosto, dos días antes de que lo mataran. ¿No hay respuesta?

—Sí, hay una respuesta de ese mismo día a las 13:53, dos horas y pico después de que Ortega le escribiera.

—¿Y qué dice?

—No lo sé. Es parte de los mensajes que todavía no pude descryptar. La computadora sigue trabajando, pero puede llevar tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso es imposible de saber. Puede aparecer hoy, mañana o dentro de un año, depende de la suerte que tengamos con el algoritmo de fuerza bruta. Resoplé, cruzándome de brazos.

—O sea que, hasta dos días antes de su muerte, Julio no sabía que las flechas eran valiosísimas.

—Entonces no tiene sentido que lo hayan matado a golpes por la colección, ¿no? —dijo Manuel frunciendo el ceño—. Si alguien viene a mi casa y me amenaza con romperme los huesos si no le entrego una sartén oxidada, ¿dónde está lo difícil de la decisión? ¿Cómo llego a que me desfiguren la cara a golpes por algo que para mí no tiene valor?

—Por orgullo, por ejemplo. Al fin y al cabo, la sartén oxidada es tuya.

—Sí, pero cuando ya tenés la cara como la Cueva de las Manos, la entregás seguro.

—Pueden haber pasado muchas cosas en esos dos días. Necesitamos leer la respuesta a este email cuanto antes. Fijate si al menos podés averiguar de quién es la dirección de email *cornalitodelsur@yahoo.com.ar*.

—Laura, cuando vos vas a comprarte un chicle, yo ya vuelvo haciendo el globo —dijo Manuel, extendiéndome una hoja—. Encontré su nombre verdadero en un foro de antigüedades.

—¿Ariel Ortiz? —pregunté al reconocer la foto impresa en blanco y negro.

—¿Lo conocés?

Lo que me faltaba. No solo había tenido un *affaire* con la víctima del crimen, sino que también había coqueteado con el destinatario de aquel email.

—Lamentablemente, sí —dije.

\*\*\*

Pasé el resto del viernes organizando mi encuentro con Ortiz. Después de decenas de llamadas telefónicas y algunos emails, logré concertar una entrevista para el domingo, aunque no fue nada sencillo. Nunca era fácil verse con un hombre que estaba a doscientos kilómetros, preso en una de las cárceles más remotas del país.

## CAPÍTULO 21

A las siete de la mañana el bar del hotel Isla Pingüino olía a café. Cinco o seis huéspedes desayunaban en las mesas de madera lustrada. Casi todos eran hombres cincuentones, que supuse serían ejecutivos de alguna de las empresas pesqueras de Deseado o de la mina de oro de Cerro Moro. Era sábado.

Detrás de la barra, una joven de chaleco bordó y camisa blanca trajinaba con una máquina de café. A dos metros de ella, un hombre sin uniforme se acodaba sobre la barra mirando a la sala.

—Buenos días, ¿vas a desayunar? —me dijo este último cuando me acerqué a la barra.

—No, gracias. Soy Laura Badía y trabajo para la comisaría y el Juzgado de Primera Instancia. ¿Vos sos Adrián Gálvez?

—Sí —respondió él, algo extrañado.

En un lugar del tamaño de Deseado esas preguntas sonaban raro. Por supuesto que era Adrián Gálvez, todos conocíamos a los comerciantes más importantes del pueblo. Y probablemente él me conociera a mí también, después de todo no me llevaría más de cinco años. Seguramente habríamos bailado alguna vez en la discoteca Jackaroe diez o quince años atrás.

—¿Pasó algo? —preguntó.

—Estoy investigando el homicidio de Julio Ortega.

—Sí, terrible lo de ese flaco —dijo, y se llevó a la boca una taza de café.

—¿A vos te suena que durante el fin de semana se alojara en el hotel este hombre?

Le mostré en mi teléfono la fotografía que me habían dado en La Preciosa. Si el Mister tenía el caché que parecía tener, solo había dos

hoteles en el pueblo donde podría haberse alojado. Uno era Los Barrancos, donde también se hospedaba el arqueólogo Alberto Castro. El otro, que quedaba más cerca del lugar del asesinato, era el Isla Pingüino.

El dueño del hotel miró la foto con detenimiento y asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, se alojó con nosotros una noche.

—¿El domingo pasado?

—Creo que sí. Ahora nos fijamos —dijo irguiéndose, y rodeó la barra hasta ponerse junto a mí—. Pero ese tipo no creo que haya tenido nada que ver con el asesinato. Es un hombre ya mayor, muy educado. ¿No lo mataron a golpes a Ortega?

—Me gustaría hablar con el recepcionista que estaba trabajando en el hotel esa noche.

—Diego —dijo señalando con el mentón la entrada del bar, a cuya derecha estaba la recepción del hotel—. Normalmente trabaja de noche, pero se nos enfermó el chico del turno de la mañana, así que hoy se quedó hasta el mediodía. Estás de suerte.

Diego no podía decir lo mismo. Las ojeras y la ropa arrugada dejaban clarísimo que su turno ya debería haber acabado. Era un muchacho de no más de veinticinco años, cabeza grande y dientes de roedor. Me presenté y le pregunté qué podía decirme del tal Míster.

—Se quedó con nosotros una sola noche. Hizo el *check-in* cerca de las siete de la tarde y no volvió al hotel hasta la madrugada —dijo, y sorbió de una taza de café negro.

—¿A qué hora?

—Serían las tres o las cuatro.

—¿Qué aspecto tenía cuando volvió?

—Creo que se había tomado alguna que otra copa. No es que estuviera borracho, pero arrastraba las palabras un poco y tenía uno de los botones de la camisa desabrochado.

—¿Alguna mancha de sangre?

Tanto el recepcionista como el dueño del hotel se sobresaltaron con mi pregunta.

—No, que yo recuerde, no. Pero nos podemos fijar en el video de seguridad.

—¿No se necesita una orden de un juez para eso? —intervino su jefe, lanzándole una mirada helada.

—Solo si ustedes no me la quieren mostrar por su cuenta.

—No, no es eso. Es que hay cuestiones de privacidad de mis huéspedes que yo preferiría no revelar. Si alguien viene a pedirnos una habitación, se la damos. No le preguntamos estado civil ni nada de eso. No sé si me entendés.

—Perfectamente. Pero no te preocupes, que aunque en esos videos haya material para extorsionar a medio pueblo, de momento la policía no se dedica a eso.

—Además...

—Tampoco va a ser el primer hotel del mundo donde la gente lleva prostitutas, si eso te preocupa.

—No —dijo Adrián Gálvez, mostrando las palmas—, para nada.

Sonreí, pero mantuve el silencio hasta que se tornó incómodo, una técnica que me funcionaba casi siempre. Después de unos segundos el dueño del hotel resopló, bajó las manos y le hizo un gesto afirmativo a Diego con la cabeza. El recepcionista movió el *mouse* de la computadora mientras yo rodeaba el escritorio para mirar por detrás de su hombro.

En la pantalla se veían cuatro imágenes en blanco y negro. Una era de la entrada del hotel, con la cámara apuntando a quienes venían de la calle. Otra era del estacionamiento. Las dos de abajo mostraban dos pasillos idénticos con puertas a ambos lados.

—Domingo a la noche. En realidad, ya lunes a la madrugada.

Diego posicionó el cursor a las 3:00 a.m. y empezó a reproducir la grabación en alta velocidad. De no ser por su propia cabeza, que cambiaba ligeramente de posición, y las luces de algún vehículo que ocasionalmente iluminaban el asfalto detrás de la puerta de vidrio de la entrada, la falta de movimiento en las imágenes me habría hecho creer que se trataba de fotografías.

Cuando el reloj situado en un rincón de la pantalla marcaba las tres y treinta y pico, el hombre de los bigotes apareció en escena por una fracción de segundo.

—Ahí está —dijimos los tres al unísono.

Diego retrocedió la grabación hasta dar con el instante indicado. Tres horas, veintisiete minutos, cuarenta y dos segundos de la madrugada.

El hombre era sin duda el mismo de la foto que me habían dado en La Preciosa. Entró a la recepción del hotel frotándose las manos y dijo algo que acompañó con una sonrisa amable debajo del bigote.

—Estos videos no tienen audio, pero seguramente ahí me hizo algún comentario sobre el frío.

La mano de Diego apareció en escena; le mostraba una llave que el hombre agradeció con una ligera inclinación de cabeza. Luego desapareció de la pantalla. Pasaron diez segundos hasta que reapareció en uno de los pasillos.

La forma en la que andaba con su bastón era rara. No apoyaba todo su peso en él para ayudarse a caminar. Su cuerpo era todavía fornido y sus hombros, anchos. En su tiempo, aquel hombre había sido muy fuerte.

—A ver, rebobinalo un poquito —dijo una vez el Mister ya había recorrido todo el pasillo.

Cuando volvimos a ver la secuencia conté veintiún pasos. En ocho de ellos, la punta del bastón ni siquiera había tocado el suelo.

—Esa es la ciento cuatro —dijo Diego, señalando la puerta que el hombre abrió con una llave.

—Supongo que cámaras en las habitaciones no tienen, ¿no?

Adrián Gálvez me miró con una expresión que cuestionaba la moral de mi pregunta.

—¿No volvió a salir esa noche?

—No.

—¿Y no puede ser que vos te distrajeras un momento? ¿O te quedaras dormido?

—No creo, pero la forma más fácil de saberlo es seguir mirando el video.

Diego apretó un botón con tres flechitas hacia adelante y la imagen empezó a correr a la velocidad de vértigo de antes. Tardamos casi quince minutos en mirar las seis horas que pasaron hasta que el Mister volvió a salir de su habitación para tomar el desayuno.

—¿Tiene ventana esa habitación?

—Sí, da a un balconcito sobre esta calle —dijo Adrián, señalando la acera del otro lado de la puerta de vidrio—. La gente suele usarlo para salir a fumar.



Me quedé un rato pensando con la vista puesta en las imágenes de las cámaras de seguridad. Ahora mostraban a un enjambre de personas desayunando en cámara rápida.

—¿Qué datos piden a los huéspedes?

—Nombre, apellido, dirección y le sacamos una fotocopia al documento.

Sin que hiciera falta pedírselo, Diego se puso a buscar en una carpeta a punto de estallar de papeles.

—Francisco Menéndez-Azcuénaga —dijo—. Es de Calafate.

Pancho, de Calafate. Tal y como me lo habían dicho en La Preciosa.

—Sacá fotocopias de todo eso para la inspectora, Diego. Del DNI también.

—No le hicimos copia del DNI.

—¿Cómo que no le hicimos copia? —rugió el hotelero.

—No. Acá están sus datos, su firma y una fotocopia de un carnet de conducir, pero del DNI no.

—A veces, cuando la gente viene de lejos y se olvida el documento, le damos una habitación igual si nos muestran algo que más o menos acredite su identidad —comentó Gálvez en tono de disculpa.

—No hay problema —dije—. Y la noche que estuvo acá, ¿la pagó en efectivo?

—Sí. Y la propina también. De hecho fue bastante generoso, seguramente porque le cancelé las otras noches sin cargo.

—¿Qué otras noches?

—Las otras dos —dijo Diego, y me mostró en la computadora una hoja de cálculos—. Había reservado con nosotros tres noches, pero después de la primera dijo que le había surgido un imprevisto y se tenía que ir. Que si le tenía que cobrar el resto de la estadía, lo hiciera. Pero Adrián me dijo que no.

—Evidentemente era un tipo con mucho poder adquisitivo —se explicó el hotelero—. A la gente así nos gusta mantenerla contenta.

## CAPÍTULO 22

Me incliné hacia atrás en la silla y puse los pies encima de mi escritorio en el laboratorio del juzgado. Examiné una a una las fotocopias que me habían dado en el hotel. La reserva por tres noches, la factura por una sola y el carnet de conducir de Francisco Menéndez-Azcuénaga.

Resoplé mirando al techo. Las licencias de conducir de los pueblos pequeños eran facilísimas de falsificar. Hacía años que el gobierno venía hablando de una licencia unificada para todo el país, pero era 2017 y todavía seguíamos con tarjetitas de cartón escritas a máquina y fotos pegadas con pegamento. Y como si eso fuera poco, cada pueblo diseñaba la suya como quería.

Me hundí un poco más en la silla y examiné de nuevo la de Francisco Menéndez-Azcuénaga. Si era auténtica, aquel hombre había nacido en 1945 y vivía en El Calafate. Entonces reparé en que, además de los datos obvios, la licencia también especificaba el grupo sanguíneo del portador, para simplificar la asistencia médica en caso de accidente de tráfico. Menéndez-Azcuénaga era A negativo, igual que la gota de sangre seca que habíamos encontrado en la casa de Ortega.

Encendí la computadora y busqué su nombre en Google. Los resultados me dejaron con la boca abierta. La primera entrada, por ejemplo, correspondía a un artículo del diario *Latitud 51*, de Río Gallegos. El titular decía: «Importantísima colección de arte lítico podrá ser visitada durante octubre». Hice clic y en la página del diario apareció la foto del mismo hombre que había preguntado por Ortega en La Preciosa. Según el artículo, Francisco Menéndez-Azcuénaga, un coleccionista de artefactos tehuelches de piedra oriundo de la localidad de El Calafate, había decidido abrir las puertas de su casa para que toda la comunidad pudiera disfrutar de su

colección privada, una de las más grandes de la Patagonia. En total eran más de doce mil puntas de flecha y otras piezas recolectadas en la zona centro de la provincia por tres generaciones de su familia. «La zona centro de la provincia», releí. Según me había contado Castro, Panasiuk había encontrado las flechas tornasoladas en los alrededores del lago Cardiel. Exactamente en mitad de Santa Cruz.

El sonido del teléfono interrumpió mis pensamientos. En la pantalla del aparato apareció una foto del forense Luis Guerra abrazado a su mujer y a su hija.

—Luis, ¿cómo estás?

—Hola, Laurita. Che, hoy tuve una reunión con mi otro jefe.

—¿El director del hospital? No me digas que te convenció para que te vayas a trabajar *full-time* a su morgue y nos abandonás.

—Eso nunca. No pienso sacar un pie de ninguna de las dos morgues de este pueblo hasta el día que me muera.

—Ese día tendrás que decidirte por una.

Oí la risita de Luis del otro lado de la línea. Luego se aclaró la garganta.

—Laura, ¿te acordás de las heridas en las manos? Las que parecían quemaduras pero estaban hechas con un taladro.

—Claro que me acuerdo.

—Cuando terminó mi reunión con el director del hospital le pregunté si le sonaba que hubiese habido algún paciente con ese tipo de lesiones últimamente.

—¿Y?

—Hace unos meses llegó a la guardia del hospital un hombre de mediana edad con heridas de taladro en ambas manos. Dijo que había sido un accidente y no quiso poner una denuncia contra nadie, pero ningún médico le creyó. Nadie puede hacerse heridas así en las dos manos sin querer.

—¿Cómo se llama el hombre?

—El director se negó a decírmelo. Solo mencionó que es de mediana edad y trabaja para el Estado.

—Entre maestros, policías y municipales, la mitad del pueblo trabaja para el Estado, Luis.

—Los únicos detalles que sé es que tiene una posible adicción al juego y una úlcera en el estómago causada por graves problemas de estrés.

—No sería la primera vez que un ludópata termina lastimado por no poder pagar a un prestamista.

—A lo mejor no tiene nada que ver, pero pensé que te podía servir el dato.

Agradecí a Luis la información y me quedé con el auricular en la oreja incluso después de terminar la conversación. Aquello reforzaba mi teoría de que el asesinato de Ortega podría tener el móvil de una deuda de juego.

Con suerte, el resultado del ADN que le había encargado —de manera totalmente ilegal— a mi amiga del laboratorio forense de Río Gallegos llegaría pronto.

## CAPÍTULO 23

Al día siguiente el pueblo amaneció más silencioso aún que cualquier otro domingo. Corrí la cortina de mi habitación y vi la calle cubierta de escarcha blanca. No había una sola huella de coche o de persona sobre los cristales diminutos que reflejaban los primeros rayos de sol.

Me costó horrores arrancar el auto. Giraba la llave y *clic*. Otra vez. *Clic*. Intenté decenas de veces hasta que por fin el motor sacudió el Corsa hasta estabilizarse en un ronroneo regular. «Un día te va a dejar tirada», me decía todo el mundo, y yo ahora empezaba a creerles. Me prometí que a la vuelta del viaje lo llevaría a un mecánico.

Con música de Soda Stereo, las dos horas y cuarto de ruta recta y desierta pasaron rápido. Me di cuenta de que estaba llegando a Pico Truncado porque en el horizonte se recortaron las tolvas de la cementera y porque empezaron a aparecer más y más bolsitas de plástico enganchadas en el alambrado del costado del camino.

Al entrar al pueblo enfilé hacia la garita de seguridad de la cárcel, que asomaba entre las casas bajas. Estacioné frente a un paredón gris coronado con alambre de púas y caminé hacia un portón de metal negro.

—¿Sí? —dijo alguien por el intercomunicador antes de que yo pulsara el botón.

—Laura Badía. Vengo del juzgado de Puerto Deseado.

—Momento.

Esperaba oír un zumbido y que la puerta se abriera, pero no. Después de casi un minuto, sentí el chasquido metálico de la cerradura. Del otro lado me recibió un policía que apenas superaba los veinte años.

Pasé a un patio de tierra gris. En el centro, un mástil enorme enarbolaba una bandera argentina que el viento de la meseta ya estaba empezando a

deshilachar. Detrás se levantaba un edificio de paredes marrones y ventanas muy pequeñas.

Entramos, rellené unos papeles y pasé un control de seguridad parecido al de un aeropuerto.

—¿Y a ella por qué no la revisan como me revisan a mí? —gritó una señora, señalándome. Estaba de pie junto al escáner y una mujer policía le palpaba todo el cuerpo—. ¿Qué, tiene coronita?

—Por acá —me indicó el suboficial que me había abierto la puerta.

Nos adentramos en un pasillo de paredes color crema y nos detuvimos frente a una ventana que daba a una sala grande y luminosa en la que los únicos muebles eran sillas. Algunas estaban dispuestas en grupos de dos o tres y otras en grandes círculos de más de diez. Casi la mitad estaban vacías. Las que no, las ocupaban presos y sus familiares, que viajaban cientos de kilómetros para la visita de cada domingo.

—Normalmente las visitas son en esta sala —dijo el policía, haciéndome señas de que lo siguiera—, pero como usted viene del juzgado, y además Ortiz tiene muy buena conducta, la dejamos verlo en la celda.

El pasillo terminaba en una puerta de hierro pintada de blanco. El policía introdujo una llave en cada una de las dos cerraduras y la abrió de un empujón. Cinco pasos más adelante repitió la operación con otra puerta idéntica.

—Camine mirando para adelante —me sugirió.

Nos adentramos en una galería larga y muy bien iluminada. De las celdas a ambos lados salieron silbidos y piropos que iban desde un «mamita» hasta la necrofilia.

—No es la primera vez que piso una cárcel —le dije a mi guía en voz baja—. Si estos pibes me quieren asustar, van a tener que esforzarse un poquito más.

—Celda treinta y siete —anunció el suboficial, ignorando mi comentario.

Ahí estaba Ariel Ortiz, acostado en la cama y con una sonrisa cansada dibujada en la cara.

—Era cierto nomás que ibas a venir —dijo sin levantarse.

El policía abrió con una llave, me hizo pasar y cerró la puerta de barrotes detrás de mí.

—Cuando quiera salir, avíseme. Yo la espero acá —dijo.

La celda tendría unos tres metros por dos. A los pies de la cama, contra una de las paredes del costado, había una pileta para lavarse las manos. Junto a ella, una cortina tapaba lo que supuse que sería el inodoro. Quedaba apenas lugar para una mesa y una silla de madera.

Me senté y hojeé el libro que había sobre la mesa. Se titulaba *Impecable: El robo de diamantes más increíble del mundo*.

—Veo que si no te dejan hacer, te dedicás a aprender cómo lo hacen otros.

—Esto es solo entretenimiento —dijo Ortiz, señalando el libro—. Los diamantes no son lo mío.

En eso tenía razón. Ariel Ortiz no se dedicaba a las piedras preciosas sino que era el traficante de antigüedades y restos arqueológicos más grande de toda la Argentina. De adolescente había participado en el descubrimiento de la corbeta *Swift* y había pactado con sus compañeros que al encontrar el barco hundido crearían un museo. Sin embargo, apenas dieron con él, Ortiz empezó a hacer inmersiones en solitario y a escondidas para recuperar piezas que luego vendía en varios anticuarios de Buenos Aires. Nadie se habría enterado del asunto de no haber sido por una coincidencia enorme que en el pueblo no tardaron en catalogar de justicia divina: en uno de sus viajes a la capital ofreció un reloj de arena de la *Swift* en un anticuario cuyo dueño tenía familia en Puerto Deseado.

En su momento, la provincia lo había querido llevar a juicio por expolio de un sitio arqueológico, pero al final el asunto quedó en nada. Quizás esa impunidad fue lo que lo llevó a elegir su modo de ganarse la vida. Todo el mundo en Puerto Deseado sabía que Ariel Ortiz compraba y vendía «cosas viejas».

Lo cierto es que la cintura con la que esquivó los embates de la justicia fue envidiable hasta casi tres años atrás. Mientras intentaba despachar un contenedor a Holanda, le cayó en el puerto mismo una inspección de la división de Patrimonio Cultural de la Policía Federal. Entre fardos de lana de bajísima calidad descubrieron casi dos toneladas de troncos y piñas petrificadas. También había cuatrocientos kilos de puntas de flecha, lanzas y boleadoras tehuelches.

En el momento en que cayó preso yo acababa de empezar una relación de amistad con él. Una amistad con claras vistas a otra cosa, pero una amistad al fin y al cabo. Hacía pocos meses que me había pasado de la

policía al juzgado y estaba feliz con mi trabajo y con la vida en general. Entonces apareció Ariel con su boca grande y sexy, sus modales refinados y sus historias de buceador y barcos hundidos.

—Te traje algunas cosas —le dije, dejándole sobre la cama una bolsita de plástico.

Ariel la abrió intentando no parecer muy interesado y sacó de ella un paquete de cigarrillos. Se puso uno en la boca y lo prendió con un encendedor que tenía sobre el único estante en la pared.

—Gracias —dijo exhalando el humo.

—¿Cómo estás?

—Bien... qué sé yo. La comida es buena. Las duchas, no tanto.

Habló con una sonrisa y los ojos puestos en el cigarrillo. Lo sostenía entre el pulgar y el índice, con la brasa casi tocándole la palma de la mano.

—Algún motivo tendrás para venir a verme después de dos años y medio, ¿no?

—Eso suena demasiado a reproche.

—¿Te extraña?

—Ariel, salimos a cenar dos veces, nada más. Nunca pasó nada entre nosotros.

—Pero hubiera pasado.

—Quizás, pero se habría cortado apenas me hubiese enterado del despelote en el que estabas metido. No sé si te acordás, pero yo soy policía y trabajo en el juzgado. Tener algo con vos hubiera sido un suicidio profesional. Y mantener el contacto después de que te llevaran preso, aún más.

Aquella era una verdad a medias. A mí en su momento me encantó Ariel Ortiz, y de haber estado dos o tres semanas más en libertad, quizás sí hubiera pasado algo entre nosotros. Pero las cosas fueron como fueron y no tenía sentido perder el tiempo en realidades paralelas.

Lo cierto es que yo me olvidé de Ariel rápido, sobre todo porque a los pocos meses apareció en el juzgado un agente de la Federal para trabajar en el caso de la cocaína. Y con él sí que llegué a concretar, aunque esa historia también terminó mal, no solo entre él y yo sino que además me dejó un grano en el culo llamado Isabel Moreno. En conclusión, 2015 había sido un año de extremos para mí, y me había ido pésimo tanto con el chico malo como con el bueno.



Ariel arrugó los labios alrededor del cigarrillo y luego sopló el humo a pocos centímetros de la brasa, avivándola.

—Tres veces —dijo.

—¿Qué?

—Salimos a cenar tres veces. No dos.

Nos quedamos en silencio un instante.

—Da igual, eso es agua pasada —dije al fin—. Vengo a pedirte ayuda.

—Como no quieras conseguir una tarjeta de teléfono, no sé cómo puedo ayudarte.

—Vengo a que me asesores sobre la colección Panasiuk.

Ariel soltó una carcajada llena de humo.

—¿La colección Panasiuk? ¿No querés que te ayude con la Atlántida también?

—¿Qué tiene que ver la Atlántida? Te vengo a ver porque sos el traficante de flechas más conocido en toda la zona.

—Me halaga —respondió mientras hacía el gesto de sacarse un sombrero imaginario—, pero incluso si fuera verdad lo que dicen de mí, yo trafico con flechas reales, de piedra, de las que se pueden tocar. La colección Panasiuk no existe, es una historia que alguien se inventó y se transformó en mito. Como la Atlántida.

Me levanté un poco de la silla para sacarme un papel del bolsillo trasero del pantalón y se lo tiré a Ariel en el regazo. Lo miró en silencio durante medio minuto.

—Esto... ¿de dónde lo sacaste?

—Otra vez con la pregunta equivocada. ¿Es la colección Panasiuk o no?

—Parece que sí. La disposición y el tipo de flechas coinciden con los dibujos que yo he visto.

—¿Cuánto podrían valer en el mercado negro?

Ortiz volvió a examinar la fotografía.

—Esta colección no está entera. Le faltan dos flechas. La ocho y la nueve.

Evité mencionar que eso ya lo sabía de mis conversaciones con el arqueólogo Alberto Castro.

—¿Cuánto? —insistí.

—Así, como está, yo mismo conozco gente en Europa que pagaría trescientos mil euros.

La cifra era muchísimo más alta que la que había estimado Castro. Conociendo el historial de Ariel, seguramente también era más precisa.

—¿Y por la colección completa? —pregunté.

Ariel me miró por encima del papel.

—Si tuviera que arriesgar, yo diría que arriba del millón de euros por las quince flechas. O incluso dos millones. Es difícil ponerle precio a algo que no se vendió nunca ni se sabe si existe.

—Arriba del millón de euros —repetí.

Ariel asintió mientras se estiraba para agarrar de nuevo el encendedor.

—¿Y todo esto se lo dijiste a Julio Ortega antes de que lo mataran? —le pregunté.

Sus ojos se agrandaron.

—Me refiero al email que te mandó dos días antes de morir.

—¿Qué email? Acá solo nos dejan usar la computadora una vez por semana. A mí me toca los miércoles. Si querés, preguntá cuando salgas. No le respondí ese correo porque para cuando lo leí, todos los diarios de la provincia estaban llenos de artículos sobre su muerte.

—Mentira. Se lo respondiste exactamente dos horas y dieciséis minutos después de que él te lo enviara.

La boca de Ariel se abrió, aumentando aún más de tamaño.

—Yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a Julio. Estoy preso, ¿no me ves?

—Sé que le respondiste, pero todavía no podemos descifrar el mensaje. Es solo una cuestión de tiempo.

—Le dije que podían valer algo. Que lo dejara en mis manos y yo le encontraría un comprador.

—¿Que podían valer *algo*? Me acabás de hablar de cientos de miles de euros.

Al terminar de hacer esa pregunta me sentí una estúpida. Desde luego, Ariel intentaría que algún amigo suyo le comprara a Julio las flechas a un precio de risa para luego revenderlas por el verdadero valor de mercado.

—¿A quién contactaste para que las comprara?

—A un amigo. Un viejo cliente, en realidad.

—¿Cómo se llama?

—Como comprenderás, entre bomberos no nos pisamos la manguera.

Me incliné un poco sobre la cama hasta alcanzar las asas de la bolsa de plástico con los cuatro paquetes de cigarrillos. Antes de que pudiera tirar de ella, la mano áspera de Ariel Ortiz se posó sobre mi antebrazo. Cuando levanté la mirada sus ojos estaban clavados en los míos, nuestras caras apenas a un par de palmos de distancia.

—Menéndez-Azcuénaga —dijo—. El tipo al que contacté se llama Francisco Menéndez-Azcuénaga. Vive en El Calafate.

## CAPÍTULO 24

El comisario abandonó su silla frente al escritorio de la jueza, atiborrado de papeles. Dio varios pasos y, cruzado de brazos, apoyó la cadera en la caja fuerte del juzgado, justo debajo del cuadro de los números con pies y manos que celebraban en un bar.

—A ver si lo entendí bien —dijo—. Julio Ortega se comunica con un traficante de patrimonio histórico preso, que a su vez contacta a un tal Menéndez-Azcuénaga. A los dos días, el tipo viaja a Deseado desde El Calafate y pregunta por Ortega en un antro de juego clandestino. Esa misma noche, Ortega aparece muerto.

—No solo eso —acotó la jueza Echeverría sin dejar de mirar la ría por la ventana de su despacho—, sino que Menéndez-Azcuénaga se fue de La Preciosa a la hora en la que, según la autopsia, se produjo el homicidio.

—Pero en el video de seguridad del hotel se ve que el tipo entra a su habitación a las tres y media de la madrugada y ya no vuelve a salir hasta la hora del desayuno. Además, mandé a un suboficial a interrogar al remisero que llevó a Menéndez-Azcuénaga de La Preciosa al hotel. No hubo ninguna parada durante el servicio.

—A lo mejor el remisero miente.

—Imposible —contesté—. Nos prestó su teléfono y Manuel bajó todos los datos del GPS. El trayecto fue exactamente como lo describió.

—*Okey*, el remisero no miente, pero ¿cómo explicás lo de la sangre? —insistió la jueza—. Ortega era cero positivo al igual que toda la sangre alrededor del cadáver. Sin embargo, a la salida de la casa había una gota A negativo, que es el grupo sanguíneo que figura en el carnet de conducir de Menéndez-Azcuénaga.

—Puede ser simplemente una casualidad —sugerí—. Un seis por ciento de los argentinos son A negativo.

—Seis por ciento no es tan alto —apuntó el comisario.

—Supongamos por un momento que este tipo es el homicida —dije—. Entonces de alguna manera logró volver a salir de su habitación en el Isla Pingüino esquivando las cámaras.

—La única forma sería por el balcón del segundo piso —dijo Lamuedra—, pero estamos hablando de una persona de más de setenta años que camina con un bastón.

—Un bastón que apenas apoya —acotó Echeverría.

—Es cierto —reconocí—, pero hay mucha gente mayor que usa bastón porque les da seguridad, a pesar de que pueden caminar perfectamente sin uno. Además, yo no creo que alguien de su físico y edad, por muy en forma que esté, pueda hacer lo que le hicieron a Ortega.

—Pero cualquier otra cosa es demasiada casualidad, ¿no te parece? —dijo el comisario—. Un tipo aparece de la nada preguntando por Ortega y justo ese día, a esa hora, Ortega aparece muerto. Tiene que haber alguna relación.

—Puede ser —concedí, guardándome lo de Enrique Vera.

La sola mención del prestamista implicaría reconocer ante mis dos superiores un montón de irregularidades: que había tomado de manera ilegal sus huellas digitales y una muestra de saliva, que había mandado hacer un test de ADN no autorizado y que las huellas no las había podido comparar con las del cuadro porque estas últimas no aparecían por ningún rincón del juzgado. Una sola de estas infracciones me hubiera hecho ganar una amonestación y varios días de suspensión en mi trabajo. Todas juntas hubieran destruido mi carrera en Puerto Deseado.

—Tenés que ir a hablar con Menéndez-Azcuénaga —zanjó Lamuedra—. Tendrás que sacrificarte y pasar unos días en la cordillera. Sé que es algo difícil para vos.

Dijo esto último con una sonrisa pícaro. Sabía que la cordillera era mi lugar en el mundo y que el noventa por ciento de mis vacaciones las pasaba ahí. De hecho, hacía unos años, cuando yo todavía trabajaba en la comisaría, le había preguntado qué trámites tenía que hacer para pedir el pase a un pueblo más cerca de la montaña.

—Yo encantada de ir a Calafate a hablar con ese tipo —reconocí—, pero ¿qué le vamos a decir? ¿Que no tenemos pruebas pero sospechamos de él? Sería ponerlo sobre aviso.

—¿Usted qué piensa, Echeverría? —preguntó el comisario a la jueza, que en ese momento estaba enfrascada en su computadora.

—Que no va a hacer falta dar ninguna explicación. Menéndez-Azcuénaga nos acaba de invitar a su casa.

—¿Qué?

—«Señora Jueza de Primera Instancia —leyó Echeverría en voz alta—. Le escribo este email para hacerle saber que dispongo de información pertinente a la desaparición de la colección de arte lítico tornasolada comúnmente llamada “colección Panasiuk”. Estimo que esta información será relevante para esclarecer el caso del asesinato de Julio Ortega en la localidad de Puerto Deseado. Lamentablemente, no me resulta fácil desplazarme hasta allí debido a mi condición física, con lo cual la invito a usted (o a quien designe) a mi residencia en El Calafate para contarle lo que sé. Adjunto la dirección y los espero en cualquier momento. Es largo y difícil de explicar por teléfono o por email, por eso le ruego que envíe a alguien en persona. Atentamente. Francisco Menéndez-Azcuénaga».

—¿Justo ahora que nos topamos con su nombre el tipo envía esto?

—No —lo corrigió la jueza—, el mail es de hace tres días. Lo envió el viernes a la tarde a la secretaria del juzgado. Seguramente Isabel ya se había ido a su casa y por eso no me lo reenvió hasta hoy a la mañana.

## CAPÍTULO 25

A las 8:45 de la mañana siguiente, dos horas después de pasar a buscar a Castro por el hotel Los Barrancos y salir de Puerto Deseado, los primeros rayos del sol se reflejaron sobre los manchones de nieve del campo. Aunque el asfalto estaba libre de hielo, yo permanecía alerta, con ambas manos en el volante y sin superar los ciento veinte kilómetros por hora. Además, todavía no me sentía del todo cómoda conduciendo el Ford Focus de la comisaría que nos había asignado Lamuedra para el viaje. Hubiera preferido ir en mi Corsa, pero el problema del arranque intermitente me hacía dudar de que fuéramos a llegar a Calafate.

—¿Cómo que doce horas en total? Pensé que era mucho menos.

Sonreí con la pregunta del arqueólogo, que estaba agachado en el asiento del acompañante hurgando en el equipo de mate que tenía entre los pies.

—Es que la ruta hace una especie de zeta y son casi mil kilómetros en total. Si asfaltaran la que va de Deseado a San Julián y la que cruza por la provincia en Piedrabuena, nos ahorraríamos casi doscientos.

El día anterior, después de recibir el email de Menéndez-Azcuénaga mientras repasábamos el caso con la jueza y el comisario, habíamos decidido que sería yo quien iría a ver al coleccionista de flechas. A la tarde de ese mismo día, Echeverría me preguntó si me importaría llevar conmigo al arqueólogo. «Puede resultarte de gran ayuda. De paso lo llevás a visitar el Perito Moreno, que no lo conoce», había dicho la jueza. O sea, yo no tenía claro si el interés de Castro era arqueológico o turístico, pero lo cierto es que allí estábamos, en un coche de la policía rumbo a la otra esquina de la provincia para hablar con el dichoso Menéndez-Azcuénaga y, *de paso*, ver uno de los glaciares más famosos del planeta.

Cerca de las doce del mediodía paramos en Piedrabuena a comer en un restaurante y estirar un poco las piernas. Llevábamos más de cinco horas de viaje y todavía nos faltaba más de la mitad. Cuando nos trajeron la cuenta sonó mi teléfono. Era la jueza Echeverría.

—Laura, ¿cómo estás?

—Bien, acá en Piedrabuena. Terminando de comer.

—Una pregunta, ¿dónde tenés las huellas digitales que levantaste de los pedazos de vidrio roto de la casa de Ortega?

—Deben de estar en el armario de mi laboratorio. Hay una carpeta con fotos y otros documentos de la escena —mentí. Hacía cuatro días, desde el viernes, que esas impresiones habían desaparecido y ni Manuel ni yo teníamos idea de dónde habían ido a parar.

—Manuel se acaba de fijar y dice que ahí no están.

—Ah, entonces las habré dejado en uno de los cajones de mi escritorio.

—Están cerrados. ¿Dónde tenés la llave?

—En el bolsillo.

—¿Y no hay otra copia?

—No —volví a mentir. Debajo de mi teclado tenía un duplicado pegado con cinta.

—Laura, ¿en serio me estás diciendo que te vas y no dejás forma de acceder a la evidencia de un caso en el que estamos trabajando veinticuatro horas al día? Ahora voy a tener que llamar a un cerrajero para que me abra el cajón, o reventar la cerradura con una barreta. El presupuesto del juzgado no está como para andar rompiendo muebles.

—Discúlpeme el error, su señoría. —Solo la llamaba así en casos de extrema formalidad—. Nosotros volvemos pasado mañana... ¿Puede esperar hasta entonces? ¿Para qué necesitan esas impresiones?

La jueza chasqueó la lengua y dio un soplido.

—Es para compararlas con las de unos malandras a los que un vecino dice que vio cerca de la casa la noche del homicidio. Son una bandita de pibes jóvenes, casi todos con antecedentes por hurto, asalto y esas cosas. No creo que hayan tenido nada que ver, pero quiero quedarme tranquila.

—Bueno, jefa, entonces ¿qué tal si esperamos hasta pasado mañana?

—¿Y qué hago con esos cuatro pibes? ¿Los dejo detenidos en la comisaría o los largo y me arriesgo a que se vayan del pueblo?



Me quedé en silencio. Evidentemente, las preguntas que acababa de hacer la jueza eran más para ella misma que para mí.

—De acuerdo —dijo como si yo le hubiera ofrecido una solución—. Pero que sea la última vez que te vas y dejás al juzgado sin acceso a la evidencia de un caso.

—Disculpe, su señoría. No se volverá a repetir.

La jueza cortó sin despedirse y yo largué un soplido a mitad de camino entre el alivio y el hastío. ¿Dónde carajo se habían metido esas impresiones? ¿Y qué excusa me iba a inventar dentro de dos días, cuando volviéramos a Deseado?

—¿Problemas con Delia? —preguntó Castro, que había estado mirando su teléfono durante mi conversación con Echeverría.

—No. Nada grave.

Pagué la cuenta con mi tarjeta de crédito personal. Si tenía suerte, el juzgado no tardaría más de dos meses en reintegrarme los viáticos.

\*\*\*

Media hora más tarde ya habíamos abandonado el verdor del valle del río Santa Cruz y volvíamos a transitar la meseta gris y plana.

—Qué viajecito que nos tenemos que mandar para ir a hablar con un tipo que hace unos días estaba en Deseado, ¿no? —dije—. Más lejos no podría haber vivido.

—Pero es un coleccionista muy importante. A mí me suena su nombre. Y considerando dónde estaba él cuando mataron a Ortega, seguro que te sirve para algo.

—Seguro que sí. Pero tengo un montón de cosas que hacer en Deseado.

—Además, ¿te mandan a veinte kilómetros de una de las maravillas naturales del mundo con todo pagado y te quejás?

Sonreí. El arqueólogo tenía razón. Incluso si aquellas doce horas sobre las rectas interminables de la estepa santacruceña no nos permitían avanzar con el caso, al menos nos servirían de excusa para hacernos una escapada al Perito.

—O sea que nunca fuiste al ventisquero —pregunté.

—¿Eso es lo mismo que el glaciar?

—Sí —reí—, así le decimos en la Patagonia.

—Entonces no, nunca fui al ventisquero —respondió Castro, ofreciéndome un mate. Lo agarré con una mano mientras con la otra sostenía el volante, sin quitar la vista de la ruta que se extendía frente a nosotros hasta perderse en el horizonte.

La infusión me vino de lujo para despejar la modorra después del almuerzo. El agua estaba a la temperatura perfecta y el arqueólogo le había echado un poquito de azúcar, como a mí me gustaba. Tener un buen cebador de mate para un viaje tan largo era impagable.

—Te va a encantar —dije mientras le devolvía el mate—. Por algo vienen turistas de todo el mundo a verlo.

De nuevo con las manos en el volante, recordé mi última visita al Perito Moreno con mi tía Susana, hacía ya tres años. Ese glaciar era como la película *El padrino*: no importaba que antes de verla te dijeran mil veces que era buenísima; la primera vez te dejaba con la boca abierta.

—Sí, estoy seguro de que me va a gustar. Hace tiempo que quiero verlo. Eso sí, mi nieta me va a matar cuando se entere de que fui sin ella.

—¿Tenés una nieta? —disimulé. Yo ya lo sabía porque había leído el artículo sobre el accidente de su hijo y había visto fotos de la nena en el perfil de Facebook del arqueólogo.

—Sí, se llama Alicia y tiene seis años. Es fanática de todo lo que sean bosques, montañas y hielo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso de dónde le viene? ¿La llevaste alguna vez a la cordillera?

—No, para nada. —Castro rio—. Es de lo que ve en las películas. Siempre que hay alguna escena en bosques nevados o una casa con chimenea, se queda prendida a la pantalla. Más que con cualquier dibujito animado.

—Bueno, entonces tenés que traerla un día. O por lo menos llevarla a Mendoza o a San Martín de los Andes, que a ustedes desde Buenos Aires les queda mucho más cerca.

—Sería bárbaro eso —dijo Castro.

Me giré un instante hacia él para devolverle el mate y lo sorprendí con la mirada perdida en la recta interminable frente a nosotros.

—Sería bárbaro —repitió.

Sonreía, pero en su expresión había un dejo de tristeza. Como si estuviera visualizando algo muy feliz y a la vez inalcanzable.

## CAPÍTULO 26

A la mañana siguiente, media hora después de desayunar en el bar del hotel, estacioné frente a la dirección que nos había dado Menéndez-Azcuénaga. La casa, construida de piedra y madera, parecía mucho más antigua que cualquier otra del barrio.

Alberto Castro abrió el portón bajo de hierro forjado y me cedió el paso con un gesto caballeroso. Siguiendo un camino de adoquines, atravesamos un jardincito de césped cuidadosamente cortado y decorado con caléndulas. Aquel manto verde y precioso era casi inalcanzable en mi pueblo, donde nos llenaban el tanque de agua cada cuatro días. En Deseado, regar estaba visto casi tan mal como prender cigarrillos con billetes de cien.

Los adoquines terminaban a los pies de una gran puerta de nogal de doble hoja. Golpeé usando un llamador de bronce y luego me di cuenta de que en la pared había un timbre. También lo toqué, ante la duda.

Reconocí al hombre que me abrió. Era el mismo que había visto en el video del hotel. Tal y como habían descrito los de la timba de La Preciosa, su chaleco de sastrería y su bigote blanco retorcido en las puntas lo hacían parecer una persona nacida cincuenta años tarde.

—Buenos días. ¿El señor Francisco Menéndez-Azcuénaga? Soy la licenciada Laura Badía y él es el arqueólogo Alberto Castro. Venimos del juzgado de Puerto Deseado.

El hombre sonrió y nos extendió la mano, ofreciéndonos apenas la punta de los dedos en un apretón débil y corto.

—Adelante. Es un honor tenerlos en mi casa, especialmente a la eminencia más grande del mundo en arte lítico tehuelche. No se lo tome a mal, licenciada Badía, pero soy un verdadero admirador del trabajo científico del doctor Castro.

—En absoluto —respondí entrando a la casa. El aire era tibio y olía a lumbre.

—Permítanme sus abrigos.

Hice una leve reverencia, me saqué la campera y él la colgó en un perchero. Debajo, en un paragüero, vi un bastón de madera que me pareció el mismo de la grabación de las cámaras de seguridad del hotel. Castro, que se había vestido como si fuésemos al polo sur, necesitó dos ganchos del perchero para su cárdigan, la bufanda y el abrigo.

—Gracias por recibirnos, señor Menéndez.

—No hay nada que agradecer. Tampoco se crea que tengo mucho que hacer con mi tiempo. Vengan, pasen. Sentémonos frente a la chimenea. ¿Té? ¿Café?

Le acepté un café y Castro pidió un té de manzanilla. El hombre nos hizo señas de que lo esperaríamos un momento y se perdió dentro de la casa.

—¿No se suponía que este tipo caminaba con bastón? —me preguntó el arqueólogo.

Me encogí de hombros.

—Aunque también es cierto que mucha gente mayor solo lo usa para salir de casa —se respondió a sí mismo.

Desde el confort del sillón mullido miré a mi alrededor. Siempre había soñado con una casa como la de Francisco Menéndez-Azcuénaga. Una casa de otro tiempo, con paredes de medio metro de ancho y puertas por las que cabría un gigante. Y, por supuesto, una chimenea, otra cosa casi imposible en Puerto Deseado. En medio del desierto, usar leña para la calefacción resultaba carísimo.

Menéndez-Azcuénaga reapareció en el comedor con una pipa en la mano y eligió un sillón frente a mí, junto a una ventana por la que se veía su jardincito verde.

—Ahora nos lo traen. Por suerte vinieron cuando está la empleada, porque a mí el café me sale horrible.

Sonreí, pero me mantuve en silencio. El hombre vació el contenido de la pipa en un cenicero sobre el apoyabrazos de su sillón. Luego levantó la vista y me miró a los ojos.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de ese hombre.

—¿Se refiere al homicidio de Julio Ortega en Puerto Deseado?

Asintió. La pipa vacía, que sostenía por la boquilla, amplificaba el temblor de sus manos.

—¿Conocía a Ortega?

—No, nunca nos vimos.

—Sin embargo, en el bar La Preciosa me dijeron...

—Jamás lo vi en mi vida.

—Como comprenderá, el hecho de que a usted lo vieran a más de mil kilómetros de su casa preguntando por una persona justamente la noche en que aparece muerta me obliga a pedirle que se explique un poco mejor.

Menéndez-Azcuénaga largó un suspiro prolongado y asintió en silencio. Antes de hablar se tomó su tiempo para recargar la pipa y presionar el contenido con una pequeña herramienta que sacó del bolsillo.

—¿Les molesta?

Tanto Castro como yo negamos con la cabeza, y el hombre prendió el tabaco con un encendedor que sonaba como un pequeño soplete.

—Empecemos por el principio —dije alzando una mano—. ¿Cómo sabía usted que Julio Ortega tenía ese cuadro?

—Me avisó por email un viejo conocido que se dedica al comercio de antigüedades. Preferiría no dar su nombre, si es posible.

—No hace falta, ya lo sabemos. Se llama Ariel Ortiz y está preso en Pico Truncado. Por contrabando de material arqueológico, casualmente.

Menéndez-Azcuénaga asintió sorprendido. «Si ya lo saben, ¿para qué preguntan?», parecía decir su expresión.

—Yo no hice nada ilegal. Simplemente recibí un email de esta persona, que sí, se encuentra en una institución penitenciaria.

—Vamos a necesitar ver todos esos emails, señor Menéndez.

El rostro del viejo se quedó inmóvil por un segundo, pensando en qué responder. Finalmente asintió con cabezadas rápidas pero sin levantarse del sillón.

—Fui a Deseado con un plan —comenzó a explicarse—. Quería encontrarme con Ortega y de alguna manera sacarle el tema de las flechas. Quizás mencionarle que soy coleccionista, para que supiera que conmigo tenía posibilidad de venderlas. Pero quería que todo pareciera casual. En estas cosas no hay mejor forma de perder dinero que mostrarse desesperado. Imagínese que le digo: «Hola, señor Ortega, soy Francisco

Menéndez-Azcuénaga y viajé mil cien kilómetros para comprarle sus flechas». Eso y darle un cheque en blanco es lo mismo.

—¿Y cómo se enteró de que podía encontrarlo en La Preciosa?

—Mi amigo...

—Ortiz, naturalmente.

—Esa noche, como usted seguramente ya sabe, Ortega no fue a La Preciosa —continuó el hombre—. Me quedé jugando al póquer con sus amigos, al principio albergando la esperanza de que llegara tarde, pero a medida que pasaba el tiempo me convencí de que no vendría.

—¿Hasta qué hora estuvo?

—Las tres de la madrugada, más o menos.

Eso coincidía con el video de seguridad del hotel y con la declaración que le había tomado uno de los suboficiales al remisero que se lo llevó de La Preciosa.

—Se lo puede confirmar el conserje del hotel Isla Pingüino, que fue donde pasé la noche. Era un muchacho alto, de dientes bastante grandes.

Evité mencionar que ya había hablado con la gente del hotel. Sin embargo, la confianza con la que Menéndez-Azcuénaga me ofreció aquella coartada dejaba claro que estaba seguro de que el conserje la corroboraría.

Había tres posibilidades: o el hombre decía la verdad, o había vuelto a salir del hotel sin que lo vieran, o había comprado la ayuda del conserje para evitar las cámaras de seguridad. Dinero no parecía faltarle.

—Al día siguiente me levanté con la intención de volver a La Preciosa esa misma noche. Sin embargo, mientras desayunaba oí en la radio la crónica del homicidio y entré en pánico. Imagínense, un completo desconocido aparece preguntando por Ortega y a las pocas horas Ortega está muerto.

—Entonces decidió irse de Deseado.

—¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme y preguntar por las flechas a los familiares durante el funeral? ¿Ir a la policía y decir que, a pesar de la extrañísima coincidencia, yo no tenía nada que ver?

—Supongamos que dice la verdad, señor Menéndez-Azcuénaga. Entonces, si no sabe nada de la muerte, ¿para qué estamos acá? ¿Por qué nos mandó llamar?

—No sé nada de quién era ese hombre, ni de cómo lo mataron, ni de quién lo hizo. Pero creo que conozco muy bien el motivo.

## CAPÍTULO 27

—En mi email al juzgado les dejé bien claro que los citaba para hablar de las puntas de flecha que desaparecieron de la escena del crimen, señorita Badía —dijo Menéndez-Azcuénaga, recostándose en el sillón tras largar una bocanada de humo.

—¿Y usted cómo sabe qué había y qué no había en la escena?

—No hace falta ser un genio. Me entero de que Julio Ortega tiene un cuadro con gran parte de la colección Panasiuk, voy a verlo para intentar comprársela y el tipo aparece muerto. Dos días después, alguien ofrece las flechas por internet.

El hombre se inclinó sobre la mesita que teníamos enfrente y de una carpeta marrón sacó una copia de la misma fotografía que habíamos encontrado en el teléfono de Ortega.

—¿Cómo que dos días después de la muerte las flechas salen a la venta por internet? —pregunté.

Una sonrisa pícaro apareció en su cara revelando un montón de surcos junto a cada ojo.

—Mire, a mí me apasiona coleccionar arte lítico. Es algo que viene de familia. Y si bien muchas de las piezas que tengo las he encontrado yo mismo, no le voy a negar que en ocasiones suelo comprar alguna que me parece particularmente interesante.

—Supongo que eso explica su amistad con el contrabandista Ariel Ortiz.

—«Contrabandista» es una palabra muy fuerte, pero sí. Y además de frecuentar gente como él, cada día me meto en un par de sitios web donde muy de tanto en tanto se ofrece alguna pieza que no está mal.

El coleccionista evitó cruzar la mirada con Castro. Supuse que conocería o se imaginaría la postura del arqueólogo con respecto a la compraventa de material lítico.

—Casi nunca hay nada nuevo, ni mucho menos que valga la pena, pero dos días después de la muerte de Ortega alguien puso a la venta este cuadro de flechas —dijo señalando la foto.

—Vamos a necesitar el nombre de ese sitio web.

—Por supuesto. Se llama Mercado Fácil.

—¿Me está diciendo que en el portal de comercio electrónico más importante del país se vende material arqueológico? —pregunté asombrada. Me imaginaba que este tipo de contrabando se haría en páginas oscuras a las que solo se podía acceder por invitación y cuyos servidores estarían, como mínimo, en Europa del Este.

—Exacto; no daría crédito de las cosas que la gente pone a la venta en Mercado Fácil. Sin embargo, no le voy a negar que me sorprendió un poco ver la colección ahí. Algo tan valioso, yo lo hubiera ofrecido en una web más especializada y de presencia mundial. Por eso intuí que quien las vendía no tenía idea del valor real de lo que tenía en las manos.

—¿Qué precio tenía el lote?

—Estaba en modo subasta. Cuando lo vi todavía no tenía ninguna puja.

—¿Había una foto de la colección en el anuncio?

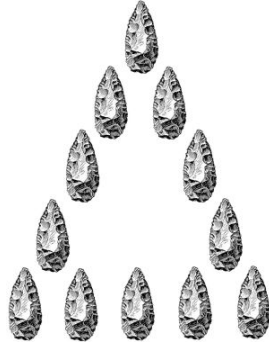
—Desde luego.

—¿Y era la misma que esta?

—No. Menos mal que se me ocurrió guardarme una copia. Fíjese.

De la carpeta marrón, el hombre sacó otra fotografía de las flechas tornasoladas hecha desde un ángulo algo distinto y con menos luz. Estaban enmarcadas en el mismo cuadro de terciopelo rojo, pero no había ningún vidrio protegiéndolas. Además, en el centro del triángulo faltaba la flecha número cinco, la que yo tenía en el cajón de mi escritorio en el juzgado. Esa foto había sido tomada después de la muerte de Julio Ortega.





—¿Contactó al vendedor del artículo? —pregunté.

—Por supuesto. Le pedí reunirme con él para ver las piezas en persona. Le dije que estaba muy interesado, pero nunca me respondió. A las pocas horas el anuncio ya no estaba.

—¿Recuerda el nombre de usuario del vendedor?

—No, pero recuerdo que no tenía ninguna valoración de transacciones anteriores.

—Es probable que fuera una cuenta nueva, creada exclusivamente para vender esas flechas. ¿Me podría enviar por email una copia de esta imagen? —pregunté señalando la foto que Menéndez-Azcuénaga se había descargado del anuncio.

—Por supuesto. Pero antes me gustaría saber exactamente cuál es mi papel en el caso. ¿Sigo siendo sospechoso?

—Señor Menéndez-Azcuénaga, esta es una charla extraoficial a la que hemos accedido porque usted dice tener información que nos puede ser útil. Aquí estamos para escucharlo y luego con mi equipo de trabajo sacaremos nuestras conclusiones.

Asintió lentamente con la cabeza mientras se retorció el bigote. No supe muy bien cómo interpretar su media sonrisa.

—¿Y el arqueólogo aquí es parte de su equipo de trabajo? —preguntó señalando a Castro.

—Es un colaborador experto en arte lítico, como usted ya sabe.

«Arte lítico», pensé. En los últimos días estaba pronunciando esa frase decenas de veces, mientras que antes de la muerte de Ortega jamás la había oído. Para mí siempre habían sido puntas de flecha.

—Por lo que tenemos entendido, usted tiene la colección privada más grande de la provincia —dije.

—Privada y pública. Atesoro más de doce mil piezas. El segundo lugar lo tiene el museo de Puerto Deseado, pero no debe de llegar a diez mil. ¿Quieren ver mi colección?

—Nos encantaría, si no es mucha molestia —respondió Castro, interviniendo en la conversación por primera vez.

—¿Qué le parece si primero nos cuenta lo que tiene que decirnos y después nos la muestra? —intervine.

—Me parece una excelente idea.

En ese momento, del interior de la casa emergió una señora cincuentona de estatura muy baja trayendo una bandeja con tres tazas.

—Muchas gracias, Amalia —dijo Menéndez-Azcuénaga mientras la mujer ponía sobre la mesita los cafés y la manzanilla de Castro.

—¿Qué puede decirnos de la colección Panasiuk? —pregunté.

—Mucho —respondió el viejo—. Aunque quizás el doctor Castro ya conozca gran parte.

—Pero yo no, así que, por favor, cuéntenos todos los detalles.

El hombre asintió con un gesto solemne y bebió un poco de café antes de hablar.

—Teodor Panasiuk era un inmigrante polaco que llegó a la Argentina a principios de los años veinte. Como muchos de los europeos que vinieron en aquella época, terminó trabajando en el campo. En su caso, en la Patagonia, en una estancia a orillas del lago Cardiel. ¿Ha estado en el Cardiel, señorita Badía?

—No.

—Bueno, a no ser que le guste la pesca de la trucha, no hay absolutamente nada para hacer. Uno piensa en un lago y se imagina árboles y verde. Nada más lejos. El Cardiel es un enorme espejo de agua en medio de la nada. La tierra que lo rodea es casi tan marrón y árida como la de la meseta de cualquier otra parte de la provincia. Le cuento todo esto para que entienda que los pasatiempos para Teodor Panasiuk eran más bien limitados.

—Y salir a buscar flechas era uno de ellos —aventuré.

—Exactamente. No solo flechas: puntas de lanzas, raspadores, hachas, boleadoras...

Probé el café que nos había traído Amalia. Estaba hirviendo.

—Sucedee algo con quienes comparten mi afición, licenciada, y es que no tenemos punto medio. Verá, a la mayoría de la gente la simple idea de pasarse todo el día caminando con la mirada gacha y desenterrando cada esquirla de piedra que asoma en el suelo le parece una verdadera tortura. Es comprensible, la verdad. Pero cuando a uno le pica el bichito, como me pasó a mí y como le pasó a Teodor hace casi cien años, la búsqueda se convierte en un pasatiempo para toda la vida.

Recordé el cuadro que mi tía Susana exhibía con orgullo en su comedor, hecho con las mejores flechas que había encontrado a lo largo de décadas.

—Teodor Panasiuk habría sido un campesino más de los muchos que coleccionaban arte lítico de no ser porque le contaron una historia que le cambió la vida. Verá, en los años veinte, cerca del Cardiel todavía quedaban algunas tolдерías tehuelches. Panasiuk se fue acercando de a poco a esta gente, que ya no emboscaban guanacos a pie para matarlos con flechas como las que él buscaba, sino que ahora tenían rifles y andaban a caballo. Con el tiempo llegó a entablar una verdadera amistad con algunos de ellos, que estaban acostumbrados a que los hombres blancos, o *huincas*, solo se les acercaran para desplazarlos u ordenarles. En particular hizo muy buenas migas con una de las mujeres de la tolдерía, que llevaba una punta de flecha tornasolada colgada al cuello y le contó la vieja leyenda de Yalén.

Menéndez-Azcuénaga levantó su taza nuevamente y señaló a Castro para que relatara esa parte de la historia.

—Ya le expliqué a Laura que es una leyenda que no tiene ningún tipo de sentido desde un punto de vista científico —comentó el arqueólogo, y luego se volvió hacia mí—. Otro de los disparates que se dicen es que quien pueda reunir las quince flechas tornasoladas del cacique Yalén se convertirá en inmortal, como las piedras.

—Lo importante no es si la leyenda es real o no —apuntó Menéndez-Azcuénaga—. Lo importante es que las creencias condicionan nuestra manera de actuar, y nuestras acciones sí que son reales. Tan reales como los veinticinco años que Teodor Panasiuk se pasó buscando flechas tornasoladas, hasta reunir catorce.

—¿Cómo lo hizo?

—Preguntando, investigando y, sobre todo, pagando.

Entonces el viejo levantó un dedo haciendo un gesto para que lo esperáramos y desapareció por una puerta. Volvió a los pocos minutos con una carpeta de plástico que abrió frente a nosotros. Eran páginas amarillentas y viejísimas de diarios de la zona. Levanté una con cuidado, para no romperla. Entre un anuncio de antiséptico para ovejas y otro de materiales para alambrear campos había una publicación en letras gruesas:

SE COMPRAN PUNTAS DE FLECHA CONFECCIONADAS EN  
PIEDRA TORNASOLADA. BUENA REMUNERACIÓN.

Debajo había un número de casilla postal de la oficina de correo de Gobernador Gregores.

—Panasiuk era totalmente abierto con respecto a su obsesión. Le decía a todo aquel que quisiera escuchar que estaba dispuesto a pagar un buen dinero por flechas de piedra iridiscente.

—¿Y eso no se prestaba a que quisieran engañarlo? —pregunté.

—Desde luego, le intentaron enchufar de todo. Tenga en cuenta que en la Patagonia también hay ópalo, pero no del tipo que es considerado piedra semipreciosa. La iridiscencia del ópalo patagónico es tenue y no le llega a los talones a la del amazónico, que parece un arcoíris. Las flechas Panasiuk son verdaderas joyas que descomponen la luz con los tonos más vivos y profundos que pueda ofrecer cualquier piedra. Quien haya visto una no tendrá dificultad para reconocer una imitación.

Era cierto. La flecha que encontramos en la casa de Ortega y la que había en el museo eran realmente increíbles.

—Además, Panasiuk empleaba una técnica muy sencilla para evitar que lo engañaran: durante los veinticinco años que tardó en reunir su colección, nunca se la mostró a nadie. Así nadie sabía exactamente lo que él buscaba. Si le traían una flecha de verdadero ópalo del Amazonas, la compraba. Si no, la rechazaba cortésmente. De esa manera consiguió reunir catorce.

—Sabemos que la colección tiene quince flechas. ¿De dónde salió la que faltaba?

—Si prestó atención a lo que le acabo de decir, ya sabe la respuesta.

—La decimoquinta flecha es la que llevaba colgada al cuello la mujer tehuelche que le contó la historia veinticinco años atrás —intervino Castro, señalándose el pecho, como si fuera él quien llevara el collar.

—Exactamente, doctor —asintió Menéndez-Azcuénaga—. Y para entender el desenlace de la historia es importante tener en cuenta que ahora Teodor Panasiuk ya no era un inmigrante pobre que esquilaba ovejas ajenas. En veinticinco años se había convertido en un ganadero muy importante en la provincia, dueño de seis campos y accionista de La Sociedad.

—La Sociedad es la cadena de supermercados más grande de la Patagonia —expliqué al arqueólogo.

—Y como sucede con cualquiera a quien le va bien en los negocios, la gente comenzó a hablar. Algunos atribuían su prosperidad a la magia contenida en la colección de flechas tornasoladas que había logrado reunir. Otros sostienen hasta el día de hoy que su fortuna vino de negocios oscuros mientras fue presidente de la cooperativa ganadera de Gobernador Gregores. En fin, de lo que no cabe duda es que llegó a tener mucho dinero. Mucho. Tanto, que le cambió a la mujer tehuelche su collar por una casa en el pueblo.

—¿Le cambió una casa por una punta de flecha?

Menéndez-Azcuénaga sacudió la cabeza, como si yo no hubiera entendido nada.

—Le cambió una casa por *la* punta de flecha. La que completaba una colección que llevaba media vida intentando reunir.

—¿Y logró la inmortalidad Panasiuk, como dice la leyenda? —pregunté con sorna.

Menéndez-Azcuénaga soltó una risita y se retorció el bigote cano entre los dedos.

—Por supuesto que no. Pero yo no creo que Panasiuk se hubiera tragado eso de que se iba a convertir en inmortal. Para él fue una obsesión personal, un reto. Unos quieren correr una maratón, otros coleccionan flechas. Para él, reunir las quince flechas tornasoladas valía más que una de sus casas en Gobernador Gregores. Después de todo, ¿qué representa una casa en un pueblo para uno de los hombres más ricos de la provincia?

—¿Y usted cómo sabe todo esto?

Menéndez-Azcuénaga se levantó del sillón y nos indicó que lo acompañáramos.

—Lo sé porque Teodor Panasiuk era mi bisabuelo —dijo, dándonos la espalda para abrir la puerta por la que había salido Amalia con el café.

## CAPÍTULO 28

Seguimos a Menéndez-Azcuénaga por un pasillo que daba al interior de la casa. Pasamos junto a la cocina, donde la empleada fregaba platos de espaldas a nosotros, y continuamos hasta detenernos frente a una alta puerta de madera.

—Bienvenidos a mi isla del tesoro —dijo exagerando la entonación.

Entramos a una habitación rectangular más grande aún que el comedor. Las paredes estaban cubiertas de cuadros con puntas de flecha, lanzas y restos de vasijas tehuelches.

—¿Todo esto lo encontró usted? —preguntó Castro mientras recorría las paredes con la mirada.

—No todo. Algo heredé de mi familia.

—¿De Teodor Panasiuk? —quise saber.

—No, él le dejó todas sus flechas al museo de Gobernador Gregores —respondió, aunque al instante se corrigió—: Bueno, casi todas.

En uno de los extremos de la sala había un escritorio de madera con varios libros y papeles, y detrás de él una silla de cuero de respaldo tan alto que hacía juego con las puertas de la casa. Menéndez-Azcuénaga apartó los papeles hasta dejarlo vacío, salvo por una de esas láminas de cuero rectangulares que se usaban para apoyar el papel y escribir a mano. Entonces nos miró un momento, sonrió y levantó el cuero por una punta, descubriendo al instante una especie de ventana de vidrio empotrada en la madera lustrada. Luego activó un interruptor a la altura de las rodillas y el compartimiento se iluminó por los cuatro costados. Castro y yo nos miramos, incrédulos.

Debajo del vidrio había un cuadro de flechas dispuestas en un triángulo idéntico al diagrama que me había mostrado el arqueólogo unos días atrás.

Pero no eran tornasoladas, sino doradas. Conté quince.

—El diagrama de Fonseca —dije.

—¿Qué es esto? —preguntó Castro.

—Como les expliqué, las flechas tornasoladas tenían un valor importantísimo para Teodor. Tanto, que mandó hacer una réplica de cada una en oro macizo de veinticuatro quilates y las puso en este cuadro. Fue lo único que no donó al museo.

—Debe de valer una fortuna.

—Muchísimo menos que la colección real, señorita Badía.

—¿Y qué pasó con la colección real?

—Eso nunca lo supo nadie. Cuando tenía casi ochenta años, Teodor accedió por primera vez en su vida a exponer la colección Panasiuk en el museo de Río Gallegos. Iba a venir gente de todo el país a estudiarla. Son las únicas flechas tehuelches que se conocen hechas con ópalo del Amazonas. Más allá de las leyendas, era una colección preciosa y de un valor arqueológico incalculable.

—Por cómo habla, supongo que la exposición no se llegó a realizar.

—El día anterior a que la colección saliera para el museo, dos encapuchados entraron a la casa de Teodor en Gobernador Gregores. Lo golpearon, lo maniataron y se llevaron las flechas.

—Un momento —dije mirando a ambos hombres—. Hay algo que no entiendo. Si de la casa de Panasiuk se llevaron la colección con las quince flechas, ¿cómo es que Ortega tenía solo trece y las otras dos terminaron en el museo de Puerto Deseado y en un campo de la zona?

El coleccionista se encogió de hombros.

—La única explicación que se me ocurre es que el nuevo dueño de la colección se viera obligado a vender alguna de las flechas. Para salir de un apuro económico, por ejemplo.

—No me convence —dije.

—Si le soy sincero, a mí tampoco. De todos modos, no son más que especulaciones. Lo cierto es que nunca más se tuvo noticias de las flechas. Yo me pasé toda la vida atento al mercado negro, pero jamás hubo mención alguna... hasta hace ocho días.

—Supongo que esta última semana no volvió a ver nada en internet relacionado con todo esto.

—En absoluto. Y mire que me paso horas enteras buscando.



—¿Sigue con intención de comprar la colección después de todo lo que pasó? —preguntó el arqueólogo, indignado.

—No, ya no. Ahora no creo que haga falta.

—¿A qué se refiere?

—A que soy el único heredero vivo de Teodor Panasiuk. Será mucho más cómodo que ustedes la encuentren y me la traigan.

## CAPÍTULO 29

Menéndez-Azcuénaga nos invitó a comer ese mediodía, pero decidí rechazar la oferta. Si bien todo lo que nos había dicho apuntaba a que él no había tenido nada que ver con la muerte de Ortega, tampoco íbamos a quedarnos a socializar con un posible implicado.

Viéndonos con la tarde libre y ya sin tiempo para volver a Deseado, Castro y yo decidimos visitar el glaciar. Compramos unos sándwiches a precio de oro en una rotisería de Calafate para irlos comiendo de camino al Perito Moreno.

Después de casi cincuenta kilómetros de estepa y con los sándwiches ya finiquitados, aminoré la velocidad hasta detenerme en la entrada al Parque Nacional Los Glaciares. De una pequeña construcción de piedra salió una guardaparques vestida de uniforme marrón. Traía un talonario en la mano. Un cartel a la derecha indicaba que la entrada de Alberto Castro valía el doble que la mía, por no ser residente de la provincia. Los extranjeros pagaban diez veces más.

—¿Pasó algo? —nos preguntó la chica, inclinándose sobre mi ventanilla.

—¿Por qué? —pregunté.

—La policía no suele venir a hacer turismo.

Entonces recordé que íbamos en un vehículo de la comisaría y no en mi auto particular.

—Venimos de Puerto Deseado por trabajo, pero hoy tenemos la tarde libre.

—Adelante, entonces. Disfruten del parque.

—¿No nos vas a cobrar?

La chica sonrió, se irguió y nos hizo señas de que avanzáramos.

\*\*\*

El cambio de paisaje al entrar al parque fue casi inmediato. La ruta recta y monótona que cruzaba la planicie marrón se convirtió en un camino sinuoso que zigzagueaba por un bosque de lengas y ñires bordeando un lago en el que flotaban algunos trozos de hielo. Viendo aquello, cualquiera habría entendido mi fantasía —y la de muchos otros— de dejarlo todo para irme a vivir a la cordillera.

Después de unos minutos en silencio, miré a Castro. Tenía la cabeza apoyada en el asiento y la mirada en el techo del coche.

—¿Te pasa algo? Estás pálido.

—Las curvas —dijo secándose unas gotitas de sudor de la frente.

—¿Querés que pare un ratito?

—No, con que vayamos un poco más despacio ya está bien.

—En ese mirador paramos —dije, y señalé un cartel que anunciaba que faltaba un kilómetro para la Curva de los Suspiros.

Asintió, se calzó un gorro con orejeras y bajó la ventanilla para que le diera el aire en la cara.

Al llegar a la famosa curva, vimos por primera vez el glaciar. Disminuí la velocidad y salí del camino hacia la izquierda, estacionando en un mirador sin valla. Castro se enroscó una bufanda al cuello y abrió la puerta antes de que yo apagara el motor. Vomitó junto a la rueda trasera.

—No es nada —dijo tosiendo—. No tolero muy bien los caminos sinuosos.

Le acerqué un pañuelo y una botella con agua. Cuando se recuperó, se colgó la cámara al cuello y caminamos hacia el mirador con los ojos clavados en la enorme masa de hielo blanco azulado que trepaba por las montañas hasta perderse entre las nubes.

—Tiene bien puesto el nombre esta curva —comentó el arqueólogo mientras le quitaba la tapa a la lente.

Yo asentí, pero él no me vio porque ya había empezado a tomar una foto detrás de otra. Me apoyé en el capó y miré al ventisquero. Sonreí al pensar en aquella palabra. Estaba segura de que si un turista la usaba con la guardaparque, pagaba tarifa de residente sin presentar ningún papel. Sentí que la piel se me erizaba debajo de la campera gruesa mientras me invadía una sensación preciosa, de orgullo, por pertenecer a un lugar así.

Seguimos en el coche a una velocidad mínima durante casi diez kilómetros, hasta llegar al estacionamiento. Desde ahí continuamos a pie hacia las pasarelas frente al glaciar.

—Es impresionante —dijo Castro, apoyándose en la baranda de madera.

Ante nosotros, el glaciar terminaba en una pared de hielo albiceleste de cinco kilómetros de largo que se elevaba cincuenta metros por encima de la superficie del lago. En el agua flotaban decenas de témpanos de formas irregulares.

—Escuchá —le dije, y me puse un dedo sobre los labios. El silencio era casi absoluto, solo interrumpido por el viento y los murmullos lejanos de un grupo de turistas alemanes.

—Qué paz —comentó Castro, pero le insistí con un gesto para que se quedara en silencio.

Entonces se oyó el primer estruendo.

—¿Eso fue un trueno? —preguntó el arqueólogo, mirando el cielo perfectamente azul.

—Es el hielo rompiéndose. —Reí—. La nieve que cae en las montañas empuja constantemente al glaciar hacia adelante, y el hielo cruje y se parte. Es uno de los pocos glaciares del mundo que no está en retroceso.

—¿O sea que nos podemos poner contentos si vemos caer un pedazo?

—Claro que sí.

—¡Increíble! —exclamó el arqueólogo—. Tengo una amiga que estuvo hace poco en Nueva Zelanda y me contó que allá los glaciares también son grandes atractivos turísticos, pero que están retrocediendo muchísimo. De hecho, me mostró fotos del mismo glaciar en la actualidad y en los años sesenta y la diferencia es brutal.

—Por suerte, este es muy distinto. Avanza siempre, entonces es lógico que se vaya rompiendo. Es más, yo creo que ese pedazo está a punto de caerse —dije señalando un trozo de hielo del tamaño de un camión que sobresalía de la pared del glaciar como un enorme balcón. Tenía una grieta a su alrededor y daba la sensación de que bastaría con que se le posara un gorrión encima para tirarlo.

Nos quedamos un buen rato en silencio, mirando el hielo y oyendo sus crujidos graves, pero no se derrumbó ni mi trozo ni ningún otro a la vista.

Preparé unos mates, que tomamos casi sin decir palabra. El arqueólogo tenía el ojo pegado al visor de su cámara y sacaba fotos a diestra y siniestra.

—En algún lugar leí que el glaciar es más grande que la ciudad de Buenos Aires.

—Algo menos de gente quizás —dijo Castro, y reímos.

—Cuando era chica, una de las cosas que quería ser era guardaparques. Justamente por eso, para estar sola con la naturaleza.

—Yo no podría —confesó el arqueólogo—. Soy un tipo de ciudad. Aunque me encanta recorrer el país haciendo trabajos en los campos, lo disfruto mucho más si sé que tengo un pasaje de vuelta a Buenos Aires.

—Yo a Buenos Aires no volvería ni loca. Con los años en la universidad tuve bastante.

—Y si pudieras vivir en cualquier parte del mundo, ¿dónde irías? —me preguntó.

—A un lugar donde hubiera agua, mucha agua, y verde.

—¿Acá, por ejemplo?

—Por ejemplo. —Reí—. Aunque preferiría un poco más al norte, donde no te quedes aislado por la nieve en el invierno. Creo que mi lugar ideal sería entre Chubut y Neuquén, pero lejos de los turistas. Nada de El Bolsón ni Bariloche.

—No sos ninguna tonta vos. Querés el lugar más lindo y que no te molesten.

—Para soñar, mejor hacerlo a lo grande, ¿no?

—Lo bueno es que trabajo no te va a faltar. Muertos hay en todos lados.

—Sí, pero creo que si me fuera a un lugar así, cambiaría también de trabajo.

—¿Ah, sí? ¿A qué te gustaría dedicarte?

Ese era mi problema. En cuanto me ponía a pensar en alternativas, no se me caía una idea ni por error.

—Quizás a la fotografía —improvisé—. ¿Me prestás la cámara un segundo?

Cuando me la dio, retrocedí dos pasos y apunté hacia él.

—A ver, una sonrisa, así le mostrás esta foto a tu nieta.

Al oír aquello, Castro sonrió y apreté el botón. Pero apenas bajé la cámara sus ojos adoptaron la misma expresión agridulce que cuando había

mencionado a su nieta el día anterior. Me agradeció la foto y se dio la vuelta, apoyándose en la baranda.

La imagen del hombre canoso de espaldas mirando al Perito Moreno me pareció bonita, así que tomé otras dos fotos.

—Ya está, no hace falta que saques más —dijo en tono brusco y sin girarse hacia mí.

Me acerqué y me apoyé en la baranda junto a él.

—Perdón, no pensé que te iba a molestar —repuse, y le devolví la cámara.

Castro sonrió sin quitar los ojos del hielo.

—No hay nada que perdonar. Es que no me gusta mucho aparecer en fotos.

Nos quedamos en silencio. Unos pájaros pequeños sobrevolaban el lago que nos separaba del hielo. Deseé que mi trozo o cualquier otro se cayera, para cambiar de tema, pero todos los crujidos parecían venir del interior del glaciar.

—No veo mucho a mi nieta —me dijo de pronto.

No supe si preguntar por qué o decir cualquier otra cosa. Decidí quedarme callada.

—Mi hijo Lautaro falleció cuando ella era bebé y no tengo muy buena relación con la madre de la nena. No me la deja ver demasiado.

Ahí estaba la explicación de las miradas agridulces.

Me sentí sucia por haber leído aquel artículo que describía la muerte de su hijo. Tuve ganas de contárselo y de pedirle perdón. Era como si lo hubiese espiado. También quise darle un abrazo para que largara de una vez por todas esas lágrimas que le anudaban la garganta.

Estaba a punto de pasarle una mano sobre los hombros cuando se oyó un estruendo mucho más fuerte que todos los anteriores, y de pronto una pared de hielo enorme se hundió en el agua casi en cámara lenta. Toda la gente de las pasarelas, incluidos nosotros, gritamos de asombro al mismo tiempo. Luego de hundirse, el trozo salió a la superficie convirtiéndose en el mayor de los témpanos que flotaban en el lago. Antes de que el murmullo de los turistas se acallara, otro trozo enorme, del tamaño de una cancha de básquet, se desplomó de la parte alta de la cara del glaciar.

Castro, yo y el resto de los turistas gritamos otra vez de alegría. Cuando me volví hacia el arqueólogo, varias lágrimas le brotaban de los ojos.

Entonces apoyé mi cabeza sobre su hombro y puse mi mano en el otro.

Miré de reojo el trozo que yo había señalado, el que parecía más endeble y estaba rodeado de una grieta. No se había movido ni un centímetro.

## CAPÍTULO 30

El viaje de regreso a Puerto Deseado fue tranquilo y Castro no volvió a hablar de su nieta. La noche anterior me había acostado tarde, porque al volver a mi habitación en el hotel llamé a la jueza Echeverría para comentarle lo que nos había explicado el bisnieto de Teodor Panasiuk. También le pedí que gestionara una orden judicial para que la web Mercado Fácil le facilitara toda la información que tuviera sobre el anuncio que ofrecía las flechas. Con la foto que había bajado Menéndez-Azcuénaga y la fecha de publicación, no le costaría mucho a la página ubicarlo en su base de datos. La jueza me dijo que lo dejara en sus manos y que condujéramos con cuidado.

Tardamos doce horas en volver a Deseado. Llegué a casa cerca de las nueve de la noche y me metí en la cama después de darme una ducha. Cuando me desperté, a las seis y media de la mañana, todavía estaba oscuro.

Después de un té con leche, me puse el abrigo largo de plumón de ganso que me había regalado mi tía Susana y salí a la mañana de invierno. Milagrosamente, el auto arrancó al primer intento. Eso sí, el limpiaparabrisas no hizo mella en la escarcha que había caído durante la noche. Tanteé debajo del asiento hasta encontrar la espátula de plástico amarillo. Luego me bajé y, metiendo el mentón dentro del cuello del abrigo, rasqueteé el hielo recortando un rectángulo en los vidrios de adelante y atrás.

La puerta del juzgado me la abrió Debarnot, el mismo suboficial que había descubierto el cadáver de Julio. Le pregunté qué tal había ido la noche de guardia y me adentré en los pasillos todavía oscuros del edificio hasta llegar a mi laboratorio. Encendí la computadora. Entre circulares y



boletines oficiales, me llamó la atención un correo electrónico con el asunto «RESULTADO DE ANÁLISIS DE ADN».

Aunque el cuerpo del email estaba vacío, contenía un archivo adjunto. Al abrirlo reconocí el membrete oficial del Laboratorio Regional de Investigación Forense de Río Gallegos. Saltándome las formalidades, pasé directamente a la sección de resultados:

Después de un análisis de similitud genética, se concluye que la muestra indubitada (saliva) y la muestra dubitada (sangre) pertenecen al mismo individuo con un 99,99999 % de probabilidad.

Levanté el teléfono y marqué el número de celular del comisario.

—Me imagino que te habrá ido muy bien en El Calafate para que me llames tan temprano.

Me extrañó que su voz sonase tan normal, como si llevara varias horas despierto.

—No. Bueno, sí, pero lo llamo por otra cosa. No le va a gustar mucho.

—¿Qué pasó ahora?

—Mandé hacer un análisis de ADN para comparar la gota de sangre A negativo de la casa de Ortega con la saliva de un sospechoso.

—¿Y desde cuándo tenemos un sospechoso?

—Fue una corazonada, comisario. No tenía ningún tipo de fundamentos para requerir un ADN.

—¿Hiciste un análisis sin el consentimiento de una persona no imputada?

—Eso no es lo que más importa, comisario. Lo que importa es que sé de quién es la sangre que encontramos en la casa de Julio Ortega.

Del otro lado de la línea hubo un silencio de un par de segundos.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—En el juzgado.

—No te muevas de ahí.

\*\*\*

A los diez minutos, Lamuedra entró al laboratorio del juzgado y cerró dando un portazo.

—¿Vos quién te pensás que sos, Badía? ¿La Mujer Maravilla? No podés andar haciendo lo que se te cante el forro de las pelotas. Si te pusimos a la cabeza de la investigación fue para que lo hicieras bien y dentro del marco de la ley. Sos policía, ¿te lo tengo que recordar?

—Tiene razón, comisario, y le pido disculpas. Pero lo importante ahora...

—Lo importante ahora y siempre es hacer las cosas bien —me interrumpió—. Así que más te vale que me des todos los detalles de la cagada que te mandaste, a ver cómo la arreglamos.

Hice lo que me pidió. No tuve que explicarle quién era Enrique Vera, pero sí contarle mis fundamentos para sospechar de él. También le detallé cómo había hecho para conseguir la lata con su saliva e impresiones dactilares.

—Vera no sabe que hicimos ese análisis, comisario —rematé—. Pero nosotros ahora sabemos que fue él quien mató a Ortega. Vamos a su casa y le decimos que recibimos una denuncia anónima en su contra, a ver qué dice.

—Ah, claro, además de haber hecho un test de ADN ilegal, ¿ahora te querés inventar una denuncia?

Tomé aire y empecé a contar hasta diez antes de hablar. No era bueno contestar en caliente a un superior, y mucho menos al comisario. Llegué hasta el siete antes de abrir la boca:

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Nos quedamos acá rellenando papelitos mientras el tipo que hizo esa brutalidad, que tenemos perfectamente identificado, anda por ahí como si nada? ¿No tiene más sentido ir y preguntarle dónde estaba la noche del homicidio, para que sepa que le estamos pisando los talones?

El comisario soltó un largo suspiro, intentando calmarse.

—A ver, mostrame los resultados del análisis —me dijo.

Cuando terminó de leerlos, me miró con ojos severos y negó con la cabeza.

—Un día te vas a meter en un despelote importante vos. Vamos.

—¿Adónde?

—A hablar con Vera.

## CAPÍTULO 31

Las luces azules de la Amarak de la policía se reflejaron en la fachada de la casa de construcción canadiense de Enrique Vera. Ya no era de noche, aunque la claridad de las ocho y media de la mañana todavía era escasa. Al abrir la puerta del vehículo, sentí el olor de la marea baja.

Del otro lado de una verja alta, pintada de verde, el auto del prestamista estaba estacionado junto a la casa en completa oscuridad. El casino cerraba a las cuatro y media, y, según tenía entendido, Vera se quedaba siempre hasta el final. Era entonces cuando le aparecían los clientes más desesperados. Por lo tanto estimé que el prestamista no llevaría muchas horas de sueño.

Toqué el timbre junto al picaporte de la verja y se oyó un *ding dong* dentro de la casa. Conté hasta veinte y toqué otra vez. Luego hasta diez y volví a pulsar el botón.

No hubo respuesta.

Giré el picaporte helado y el portón se abrió sin resistencia. El comisario entró dando largas zancadas y golpeó la puerta de la casa con el puño cerrado. Me pareció sentir un ruido y pegué el oído a la puerta. Lamuedra se asomó al costado de la casa para mirar hacia el fondo del terreno.

—Ahí está —dijo señalando detrás del auto del prestamista.

En tres zancadas me puse junto al comisario y vi la enorme figura de Enrique Vera trepando la pared del fondo de su casa. Me lancé a correr tras él, pero Lamuedra me agarró fuertemente del brazo, impidiéndome avanzar.

—¿Qué hace, comisario?

Sin decir una palabra, señaló con el mentón el espacio entre la pared de la casa y el coche de Vera. Entonces oí un gruñido ronco y en la luz azulada

del amanecer se recortó la figura de un dogo argentino enorme. Antes de dar el primer ladrido, nos enseñó los colmillos largos y perfectamente blancos.

Sentí que los músculos se me paralizaban y que me faltaba el aire. Mi fobia a los perros era patológica.

—Correte, Laura —dijo el comisario detrás de mí, apuntándole al animal con su Browning.

Me pegué contra la pared todo lo que pude.

—¡Fuera, perro! ¡Salí del medio, carajo! —gritó Lamuedra, pero el dogo respondió redoblando su gruñido y arrancando a correr hacia nosotros.

El disparo retumbó en todos los rincones, rompiendo la calma de la mañana. El perro soltó varios llantos agudos y se fue corriendo con la cola entre las patas hasta meterse dentro de una caseta de madera al fondo del terreno, junto a la pared opuesta a la que acababa de escalar Vera.

—Vamos, rápido, que le tiré a errar. No sé cuánto tiempo tenemos antes de que se le pase el susto y el dolor de oídos.

Corrí hacia la pared que había escalado Vera y di un salto, alcanzando con las manos la parte de arriba. Ignorando el dolor que me causaba el hormigón rasgándome la piel de las palmas, busqué con mis pies hasta que uno de ellos se trabó en la juntura entre dos bloques. Tenía el otro en el aire cuando sentí que algo lo asía con fuerza. La mano del comisario Lamuedra lo guio hasta apoyarlo en su hombro.

—Seguilo por ahí, que yo doy la vuelta con la camioneta —dijo.

Asentí y me encaramé a la pared. Del otro lado, una cornisa de tierra de no más de un metro de ancho terminaba en un barranco a orillas de la Laguna de Prefectura. Debajo, por la calle sin asfaltar que rodeaba el agua, Enrique Vera corría en dirección al escaso espacio que quedaba entre dos grandes laderas de piedra enfrentadas, cerca de un extremo de la laguna.

—¡Se va a meter al cañadón! —grité antes de bajarme de la pared.

Di un paso y me asomé al terraplén. El precipicio tenía al menos diez metros y una inclinación casi perpendicular. Lo bueno era que había una forma de bajarla y salir ilesa; la prueba de ello corría a toda velocidad cien metros delante de mí.

Puse un pie en la ladera y la tierra seca cedió, haciéndome perder el equilibrio. Hice un esfuerzo para no caer hacia adelante y logré sentarme mientras bajaba sin control. Una especie de culopatín extremo.

Al llegar abajo me detuve de golpe con un impacto seco en los pies que se extendió por mi columna como un latigazo. Aunque ya no me movía, el pedregullo seguía desmoronándose a mi alrededor como una miniavalancha. Me incorporé escupiendo tierra y eché a correr detrás de Vera, que ya alcanzaba las últimas farolas del borde de la laguna y estaba a punto de adentrarse en el cañadón.

Corrí con todas mis fuerzas, pero las piedras dentro de los zapatos me dificultaban mucho acortar la distancia. Además, para tener el tamaño de un ropero, Vera corría rápido. Apreté el paso todo lo que pude y atravesé la canchita de fútbol, haciendo las zancadas más largas y más rápidas en el terreno llano. Vera se perdió tras unas viviendas precarias conocidas como la Quinta Cadario. Desde allí solo le faltaba cruzar una calle y ya podría meterse en el cañadón.

El haz de luz de la camioneta de la policía apareció detrás de una lomada y se detuvo por donde Vera acababa de cruzar. Sin pararme, distinguí la silueta del comisario apearse del vehículo y echar a correr, perdiéndose también entre las rocas.

Saqué mi pistola de la cartuchera sin aminorar el paso y me adentré en el cañadón, donde todavía no se colaba la claridad incipiente de la mañana.

—¡Laura! —oí que Lamuedra me gritaba, y corrí aún más rápido.

Al internarme en aquella enorme grieta entre las rocas, barrí con la mirada la piedra ocre de las paredes pero no logré ver al comisario hasta unos segundos después, cuando apareció de detrás de un recodo en el cañadón. Estaba de pie y sujetaba con las dos manos su Browning, que apuntaba ligeramente hacia abajo.

—Se me escapó —dijo al tiempo que se sentaba en el suelo con la respiración agitada.

—Trepando por las paredes del cañadón se llega a la zona alta del pueblo, donde están construyendo todos los barrios nuevos —comenté mientras llamaba por teléfono a la comisaría para decirles que enviaran refuerzos para buscarlo por aquella zona—. Usted vaya para allá con la camioneta y yo lo sigo a pie por el cañadón.

—Tené cuidado —me dijo Lamuedra mientras abría la puerta del vehículo.

—No se preocupe —respondí mostrándole el arma que llevaba en la mano.

## CAPÍTULO 32

Me adentré en el cañadón, una grieta de varios metros de ancho que la poca lluvia y el viento constante de la zona habían abierto en los acantilados irregulares. Los alrededores estaban deshabitados porque la gente era reacia a construir sus casas en lo alto de las rocas; solían ser lugares ventosos y el terreno desigual encarecía las obras. Miré hacia arriba. Aunque sabía que en línea recta había casas a menos de cien metros, todo lo que vi fueron las paredes irregulares del cañadón y unas nubes de vientre rojizo iluminadas desde abajo por los primeros rayos del sol.

Corrí con todas mis fuerzas hasta que la tierra negra y fértil del suelo dio paso a una pendiente de roca cada vez más empinada. ¿Era posible que Vera hubiese trepado por ahí? ¿O estaría escondido en una de las tantas grietas y recovecos de la piedra volcánica?

En ese momento oí una pequeña esquirla caer pared abajo.

Subí hasta una peña enorme que parecía haberse desprendido del precipicio hasta quedar sostenida por una saliente de la pared. Al rodearla, Enrique Vera se abalanzó sobre mí. Mi cabeza chocó contra la roca y mis dientes se cerraron sobre mi lengua, haciéndome sentir el gusto metálico de la sangre.

—No le quiero pegar a una mujer —me dijo.

Entonces me di cuenta de que ya no llevaba mi pistola en la mano derecha.

El prestamista me sacudió un poco por los hombros y echó a correr entre las rocas. Me tiré de cabeza a sus pies, apresándolos. Vera perdió el equilibrio haciendo que ambos rodáramos unos metros hacia abajo. Caímos sobre un saliente plano de la piedra, los dos boca abajo.

Sin dejar de abrazar sus pies contra mi pecho, miré a mi alrededor y distinguí la silueta de mi arma a poco más de un metro. Estiré el brazo para agarrarla, pero los pies de Vera se zafaron de mi llave y me clavó uno de los talones en la nariz con la fuerza de un toro. Me llevé las manos a la cara y sentí la sangre tibia escurriéndose entre los dedos. Tuve que parpadear varias veces hasta poder enfocar de nuevo la vista. Cuando lo logré, el prestamista ya corría roca arriba.

Hice un barrido con la mano derecha hasta dar con el tacto frío de mi Browning. Vera no había avanzado más de quince metros hasta toparse con una pared empinada que tendría que escalar ayudándose de los brazos y los pies.

Me limpié las lágrimas que me habían saltado por culpa del golpe y le apunté a la espalda enorme, sujetando el arma con ambas manos. Estaba prácticamente quieto sobre la pared y habría bastado un disparo para bajarlo de la roca como quien echa insecticida a una cucaracha. Quité el seguro de la pistola. Mi rabia, la adrenalina y la sangre que me brotaba de la nariz me empujaban a que apuntara a la espalda. Mi cabeza, racional, me decía que era suficiente con dispararle en una pierna para inmovilizarlo. Y mi cerebro de policía me rogaba que ni se me ocurriera apretar el gatillo porque el hombre estaba de espaldas, no pesaba sobre él una acusación formal y, además, iba desarmado. Habría sido el final de mi carrera.

—¡No des un paso más o disparo! —le grité, pero el prestamista ya había hecho pie en una grieta, superando sin dificultad la roca casi vertical.

Para cuando repetí mi advertencia, él ya había escapado corriendo a toda velocidad por el cañadón.



## CAPÍTULO 33

Al día siguiente, Puerto Deseado amaneció a tres grados bajo cero, cubierto de un cielo gris oscuro que arrojaba sobre el pueblo una aguanieve densa. Detuve el coche en el estacionamiento casi vacío del museo y me bajé sujetando la puerta para que no me la embolsara una de las ráfagas que, según la radio, llegaban a ciento veinte kilómetros por hora.

Antes de entrar orienté la cara hacia el viento, cerré los ojos y aspiré fuerte. Las gotas espesas que cayeron sobre mi nariz inflamada y el aire frío que me entró por las fosas nasales me adormecieron un poco la cara, proporcionándome un instante de alivio.

En el hospital me habían dicho que el tabique no había sufrido daños y solo quedaba esperar a que bajara la inflamación. Habían pasado veinticuatro horas desde que Vera me reventara la nariz de una patada y ahora me dolía más que nunca. Lo peor de todo era que no había ni rastro del prestamista. Le habíamos perdido la pista por completo.

Y encima, ahora esto.

Al entrar al museo encontré a la directora junto a uno de los paneles de la exposición. Sobre la madera blanca se mezclaban puntas de flecha y trozos de vidrio roto.

—¿Cómo va, Laurita? —me saludó Virginia con un beso—. ¿Qué te pasó en la cara?

—Nada grave —respondí mientras sacaba la cámara de la funda para fotografiar la vitrina rota.

Sin que hiciera falta que le preguntase nada, Virginia empezó a hablar:

—Llegué hace media hora, como todos los días, quince minutos antes de abrir al público. Lo primero que vi al entrar fue este exhibidor destrozado. Creo que solo falta una flecha.

Las dos empleadas que acompañaban a Virginia asintieron sin pronunciar palabra.

—¿Alguna otra cosa rota o fuera de lugar?

—Esa ventana. Entraron por ahí —dijo una de ellas.

A juzgar por las abolladuras en el metal, habían usado una barreta para forzarla. Aunque estaba cerrada, la aguanieve se colaba por el marco y chorreaba por la pared arrastrando el polvo acumulado desde la última lluvia, hacía meses.

—Me la encontré abierta —agregó Virginia—. Sé que en estos casos no hay que tocar nada, pero tuve que cerrarla porque se nos estaba encharcando todo.

—¿No queda un guardia de seguridad durante la noche? —pregunté, contemplando la colección a mi alrededor.

—Sí, Pocho. Es un empleado de la municipalidad que hace de sereno. Pero los fines de semana no trabaja.

Iba a decirle a Virginia que me parecía increíble que se quedaran sin seguridad durante las dos noches en las que probablemente más se necesitaba. Sin embargo, recordé el cartel en la puerta que informaba que el museo estaba abierto de ocho de la mañana a tres de la tarde de lunes a viernes y media jornada los sábados. Aquel lugar tenía mucho más de dependencia municipal que de punto turístico.

—¿Y sabes qué flecha es la que falta?

—Sí, es bastante rara, la verdad. Quizás una de las más raras de la colección. Está hecha con ópalo, una piedra tornasolada, originaria...

—... del Amazonas —completé mientras le sacaba fotos a la vitrina rota—. Es la que vine a ver con Castro el otro día.

—Exactamente —asintió Virginia, algo asombrada—. Yo creo que la robaron porque en el mercado negro se puede vender por unos cuantos dólares.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Quinientos, como mínimo.

Recordé mi conversación en la cárcel con Ariel Ortiz y me di cuenta de que Virginia Lacar, la directora del museo, no tenía ni idea del valor de la flecha que le acababan de robar.

—Me extraña que se llevaran esa sola —agregó—. ¿Por qué no robaron todas las de esa vitrina? ¿Por qué no rompieron otras y eligieron más

flechas que pudieran tener buen valor? Contamos con muchas piezas raras, no solo esa.

—¿Revisaste el museo para ver si falta algo más? —pregunté, deteniendo la mirada en la puerta que daba a la sala con los objetos recuperados de la corbeta *Swift*.

La mujer me miró algo extrañada.

—Solo tenemos esta sala con arte lítico y la de la corbeta. No falta nada más en ninguna.

—¿Y el depósito? —insistí, y señalé la salita a la que me había hecho entrar Castro en nuestra visita al museo.

Virginia parecía no haber pensado en eso, porque cuando lo mencioné salió trotando hacia su oficina. Desde donde yo estaba, pude ver cómo abría un cajón de su escritorio y movía varios objetos.

—¿Alguien sacó la llave del depósito? —preguntó en voz alta.

Las empleadas se miraron entre ellas y se encogieron de hombros.

Sin esperar a que Virginia terminara de buscar las llaves, me dirigí a la puerta situada detrás de la prensa vieja de *El Orden*. Tanteé el picaporte y se abrió sin dificultad.

Las dos mesas con palanganas y artefactos sumergidos en líquido continuaban igual que cuando Castro me había mostrado aquel cuartito. Sin embargo, la tercera, donde él trabajaba, estaba un poco fuera de escuadra y tenía varias puntas de flecha desparramadas sobre ella. También había varios fragmentos en el suelo. La lámpara, todavía encendida, apuntaba hacia arriba doblada en un ángulo imposible.

—¿Estaba abier...? Dios mío. ¿Qué pasó acá? —preguntó Virginia al entrar, señalando la mesa fuera de lugar.

—Parece que hubo un forcejeo.

La directora del museo se llevó las manos a la cabeza y observó la pequeña sala. Sus ojos se detuvieron en un gran armario de chapa, el típico de un edificio público.

—Con razón no las encontraba —dijo señalándolo.

En la cerradura había una llave de la que colgaba un manojito con otras tantas.

—Además de vos, ¿quién sabe que guardás esas llaves en el cajón de tu escritorio?

—Las empleadas. Ah, y los arqueólogos que trabajan con nosotros. Pero el único que está en el pueblo en este momento es Castro.

—¿Cuándo fue la última vez que Castro...?

Un ruido metálico retumbó en la sala.

—¿Qué fue eso? —preguntó Virginia.

Oímos un segundo golpe. Sin duda provenía del armario donde estaban puestas las llaves.

—¿Qué guardan ahí adentro? —pregunté.

—Herramientas y delantales de los restauradores.

Otro golpe, esta vez más fuerte, hizo que la puerta de chapa temblara un poco. Virginia dio varios pasos hacia atrás.

Me acerqué con cautela al armario y puse una mano sobre la pequeña llave. La vibración del cuarto golpe se transformó en un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Le di dos vueltas y tiré de la manija dando un salto hacia atrás sin saber muy bien por qué.

Un vaho caliente y húmedo salió del armario y unos guardapolvos colgados en perchas se agitaron con fuerza. Debajo de ellos encontramos al arqueólogo Alberto Castro sentado en el suelo del mueble. Una cinta adhesiva plateada le cubría la boca y de sus ojos chorreaban lágrimas. Las muñecas y los tobillos estaban sujetos con el mismo tipo de cinta que le impedía hablar.

—Llamé a la comisaría —le indiqué a Virginia.

## CAPÍTULO 34

La directora desapareció en busca de un teléfono y yo corté las ataduras de Castro con una especie de gubia que encontré sobre una de las mesas de trabajo. Al arrancarle el trozo de cinta que le tapaba la boca, soltó un gruñido. Varios de los pelos de su barba blanca quedaron adheridos.

—¡Gracias! Ya no podía respirar ahí adentro.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

—Ya viene la policía —dijo Virginia, volviendo a entrar con un teléfono en la mano.

El arqueólogo se sentó en una silla de plástico junto al armario y reclinó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el metal que hacía segundos lo mantenía cautivo.

—Entró por la ventana —dijo tosiendo.

—¿Quién? —preguntó Virginia.

Castro la miró con desdén.

—No sé quién. Yo estaba sentado en ese escritorio —dijo señalando la mesa con la lámpara encendida—, clasificando las piezas de la última campaña. Sentí un ruido y grité «¿Quién anda ahí?», pero no hubo respuesta. Después de un rato me convencí de que habría sido el viento o un gato y seguí con lo mío. A los pocos minutos alguien me agarró por atrás y prácticamente me arrancó de la silla.

El hombre se apretó el cuello entre el antebrazo y el bíceps para demostrarnos cómo lo habían atacado.

—Debo de haber pataleado bastante antes de desmayarme —dijo con una ligera sonrisa, señalando la lámpara torcida y las puntas de flecha desparramadas por todos lados—. Cuando me desperté tenía la boca tapada y las manos atadas.

—¿Era una sola persona? —pregunté.

El arqueólogo asintió.

—Un hombre. Tenía...

No pudo completar la frase. Tuvo que parar ante un ataque de tos ronca, de esas que duelen en los pulmones solo con escucharlas.

—¿Estás bien? ¿Pasaste mucho frío?

—Estoy bien. Este catarro lo tengo desde el viaje a Calafate.

Castro volvió a toser y la cara se le arrugó en una mueca de dolor.

—Les decía que era un hombre —continuó—. Me dijo que no me preocupara, que no me iba a pasar nada. Solo tenía que mostrarle cuál era la flecha que pertenecía a la colección Panasiuk.

—¿Cómo era físicamente?

—No lo sé. Tenía un pasamontañas gris con un borde negro alrededor de los ojos.

—¿Altura? ¿Gordo? ¿Delgado? ¿Cómo era su voz?

El arqueólogo pareció confundido.

—No me acuerdo muy bien. Me agarró por atrás hasta asfixiarme. Cuando me desperté y hablamos, había apagado casi todas las luces. Eso sí, tenía muchísima fuerza. Todavía me duele.

Dijo estas últimas palabras frotándose suavemente la garganta con la mano.

—En cuanto a la voz, me pareció exageradamente ronca. Creo que hablaba así a propósito, para que no lo reconociera.

—Entonces es probable que lo conozcas —concluyó Virginia.

El arqueólogo negó con la cabeza.

—Yo no conozco a nadie así. Ese tipo era violento y sus ojos tenían una expresión que yo nunca vi en mi vida. Se movía con una frialdad impresionante, como de alguien que está acostumbrado a dar órdenes.

—¿Color de ojos?

El arqueólogo sopesó la pregunta.

—No me acuerdo.

«Genial», pensé.

—¿O sea que en el museo teníamos una flecha de la colección Panasiuk? —preguntó indignada Virginia.

Castro respiró hondo un par de veces con los ojos cerrados, intentando calmarse.

—Sí —se limitó a decir.

—¿Y por qué no se nos dijo nada? ¿No te parece que los empleados del museo deberíamos estar informados?

—¡Cualquiera se hubiera dado cuenta! —bramó el arqueólogo—. La flecha estaba claramente rotulada como hecha de ópalo alóctono. Y si este museo lo llevara alguien más calificado que un manojito de empleados municipales puestos a dedo a los que solo les interesa tomar mate, habría alguien, al menos una persona, que supiera que *alóctono* significa lo contrario de *autóctono*. Es decir, que era una pieza hecha con ópalo traído de afuera.

—Y si los arqueólogos no fueran unos porteños agrandados de mierda que se creen superiores, nos explicarían a nosotros, los empleados, qué tenemos en exposición. Pero no, el doctor Castro viene y nosotros, los municipales brutos, le hacemos reverencias y hasta le preparamos unos mates. ¿Sabés qué? Ojalá te hubieras pasado un día más encerrado ahí adentro, pelotudo.

Virginia giró sobre sus talones y salió de la sala dando un portazo.

—Nunca tuvimos buena relación —acotó Castro, como si hiciera falta. Me limité a asentir y busqué cambiar de tema.

—¿Cómo sabían los ladrones que la flecha estaba en el museo?

El arqueólogo me ofreció una sonrisa rendida. Como un niño al que descubren haciendo algo que no debe.

—Yo lo había compartido con muy poca gente hasta que el año pasado publiqué un artículo en una revista científica sobre el valor arqueológico de la colección. En ese artículo revelé que en Puerto Deseado había dos flechas elaboradas con ópalo del Amazonas. Sin embargo, no dije dónde estaban exactamente, para evitar algo como lo que pasó hoy.

—Considerando que hacés trabajos para este museo y que la colección que hay acá es enorme, no debe de haber sido muy difícil para el ladrón atar cabos. ¿Alguna idea de quién puede haber leído ese artículo?

El arqueólogo negó con la cabeza.

—Miles de personas leen cada trabajo que publico. Tené en cuenta que soy la persona que más sabe de arte lítico tehuelche en todo el mundo.

Su tono fue serio, pragmático. No había en él orgullo ni falsa humildad. Era simplemente un científico exponiendo un hecho.

—¿Dónde está la otra?

—¿La otra qué?

—La otra flecha de la colección Panasiuk. El día que nos conocimos me dijiste que había una en el museo y otra en una estancia de la zona.

—Le prometí a los dueños que si me dejaban estudiar la flecha no revelaría su identidad.

—Ahora su identidad es parte de una investigación judicial.

El arqueólogo me miró con desconfianza. A lo lejos se oía la sirena de la policía.

—Está en un pequeño museo que tienen montado en la estancia El Atardecer, del otro lado de la ría. Son gente muy buena, yo voy casi todos los años y me quedo varios días trabajando en los yacimientos que tienen dentro de su campo.

Iba a anotar el nombre de la estancia en un papel cuando sentí la vibración de mi teléfono en el bolsillo.

—Hola, ¿con la señorita Laura Badía?

—Sí.

—Soy Jorge Frau.

«Lo que me faltaba, un periodista».

—Hola, Jorge. Decime.

—Tengo información que puede ser útil para el caso de Julio Ortega.

—Muy bien. Andá a la comisaría y hacé la denuncia.

—No. Solo te la puedo dar a vos. A cambio de un pequeño favor, obviamente.

Hubo un silencio en la línea durante el cual me debatí entre mandarlo a la mierda o amenazarlo con meterlo preso.

—Jorge, no sé si estás al tanto, pero si sabés algo del caso y no lo decís, estás obstruyendo a la justicia. Yo en tu lugar no me arriesgaría.

—Yo en el tuyo tampoco.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, alejándome unos pasos de Castro.

—De que prefiero escribir sobre el caso y no sobre la relación entre la víctima y la oficial a cargo de la investigación. Dale, ¿qué te cuesta? Nos juntamos, tomamos un café y vos me respondés un par de preguntas. Nada específico, no te voy a poner en un compromiso.

—De ninguna manera.



—Como quieras. Pero, hables conmigo o no, este sábado sale un informe sobre el homicidio de Ortega en *El Orden*.

Miré por una ventana mientras pensaba en qué responderle. Afuera llovía aún con más fuerza.

## CAPÍTULO 35

La redacción y los talleres gráficos de *El Orden*, el único periódico de Puerto Deseado, se ubicaban en la casa de Jorge Frau, el dueño, redactor en jefe y único reportero del semanario. Estacioné el Corsa frente a la vivienda, me puse la capucha de mi campera y corrí hacia la puerta. El alero de tejas bajo el que me refugié mientras esperaba a que me abrieran no fue capaz de protegerme de una sola de las gotas que el viento traía de costado.

Me costó un segundo reconocer al hombre que me abrió la puerta. Aunque era el mismo Frau de siempre, cejijunto y con barba de un par de días, la versión que me saludó con un beso tenía como mínimo cincuenta kilos menos que la que yo conservaba en la memoria.

—¿No me habías visto desde que me operé? —preguntó al cerrar la puerta, cuando entramos a la casa.

Negué con la cabeza. A pesar de que no era la primera persona que veía tras un *bypass* gástrico, no dejaba de ser raro observar por primera vez a alguien que pesa la mitad de lo que pesaba antes de irse a Buenos Aires para reducirse el estómago.

—Vení, vamos a mi oficina —me dijo, y atravesamos juntos una cocina desordenada y de aspecto grasiento.

Frau abrió una puerta y entramos a un garaje con las paredes decoradas con decenas de portadas del diario enmarcadas. Algunas eran amarillentas y con ilustraciones a mano, de principios del siglo pasado. Otras tenían el formato actual, más pequeño y en papel blanco. En el centro de la sala había dos impresoras del tamaño de un lavarropas y, alrededor de ellas, pilas de papel A4 en las que se imprimían dos páginas por lado.

En la pared del fondo, escoltadas por estantes del suelo al techo llenos de libros y revistas, una pantalla de computadora más alta que ancha

asomaba entre los papeles de un escritorio. Tenía un documento abierto en Word. Jorge caminó hasta allí y me ofreció la silla giratoria de respaldo acolchado sobre la que, supuse, escribía, maquetaba e imprimía el diario. De un rincón despejó otra silla, algo más vieja y gastada que la que me había dado, y se sentó, empujándose con los pies hacia mí. Quedamos frente a frente, separados por una pequeña mesita con cartuchos de tóner y pruebas de impresión.

—No hacía falta que vinieras hasta acá. Yo no hubiera tenido problema en acercarme al juzgado.

La que hubiera tenido problemas si nos veían juntos habría sido yo. A partir de ese momento me convertiría en la primera persona a la que todos pedirían explicaciones ante cualquier cosa que este tipo publicara en su diario.

Frau se recostó en la silla y se hamacó un poco. Antes de hablar me sonrió y se le dibujaron arrugas verticales en las mejillas.

—¿Es cierto que Ortega tenía la colección Panasiuk y que lo mataron para robársela?

—Eso no te lo puedo responder.

—Sobre algo tendré que escribir, ¿no? —insistió, acodándose sobre la mesita que nos separaba.

—Esa insinuación ya me la hiciste por teléfono ¿Por qué no vamos al grano y me decís qué es lo que querés?

—Es matemática pura —dijo, señalando con el dedo las máquinas en el centro del garaje—: mientras más jugoso es lo que escribo, más ejemplares vendo. Y un asesinato por una colección de flechas valiosísima que ni siquiera se sabía a ciencia cierta que existía es bastante jugoso. Mucho más que la historia de amor entre el muerto y la policía que investiga su crimen.

Lo miré a los ojos y apreté los dientes para que no salieran las palabras que me venían a la mente. *Laputaqueteparió.*

—¿De qué carajo estás hablando? —pregunté.

Frau alzó una mano en el aire y dio media vuelta en su silla. De encima de los papeles del escritorio levantó un teléfono y tocó un par de veces la pantalla.

—Ahí te envié de lo que te estoy hablando.

Mi teléfono hizo el ruido de un disparo al recibir el mensaje del periodista. Era una foto oscura y bastante pixelada en la que se me

reconocía perfectamente riendo mientras Ortega me hablaba al oído. Debajo había un enlace a YouTube. Hice clic y el video que se abrió era la grabación de una de las cámaras de seguridad de Jackaroe, la discoteca donde había empezado la noche en la que terminé en la cama de Ortega. A un fotograma por segundo, se nos veía charlar acaramelados, riéndonos. Y yo de vez en cuando me apoyaba en él para mantener el equilibrio, porque me había pasado un poco con el mojito. En un momento Ortega me decía algo al oído y yo asentía lentamente con la cabeza. Luego él enfilaba hacia la salida y yo lo seguía exactamente un minuto y medio después.

—¿Lo subiste a YouTube? ¿Estás loco? —pregunté, apoyando con tanta fuerza mi teléfono sobre la mesita que temí haberle roto la pantalla.

—No te preocupes, es un video oculto. Solo lo puede ver la gente a la que yo le pase el enlace.

—¿De dónde sacaste esa grabación?

—No hace falta que te diga que un buen periodista respeta la confidencialidad de sus fuentes. Lo que sí te puedo decir es que mirando las redes sociales de la gente se puede averiguar mucho. Por ejemplo, si un tipo como Ortega, que se la pasa colgando fotos de bebidas y de casinos, comparte un lento de Roxette y uno de Arjona en el mismo día, no hace falta ser un genio para adivinar que algo le causó mariposas en el estómago.

—No me creo tu historia de Sherlock Holmes. Alguien te habló de esa noche —dije pensando en la harpía de Isabel Moreno, que ya me había dejado claro que sabía lo mío con Ortega. Contándoselo a un periodista, subía de nivel en su juego favorito: hacerme la vida imposible.

—Ya te dije, Laura. Las fuentes son sagradas. De todos modos, una vez que tuve clara la fecha no te creas que me fue fácil conseguir el video de seguridad de Jackaroe.

Sin saber qué decir, miré mi teléfono para ver si le había roto la pantalla. Negativo.

Un rasguido de uñas sobre la puerta de chapa del garaje interrumpió el silencio. «Lo que me faltaba, un perro».

—¡Camilo! —gritó Frau, y los rasguños cesaron de inmediato. El periodista se reclinó un poco en su silla—. Solo te pido un poquito de información, Laura.

—No me estás pidiendo nada, me estás extorsionando. Y soy una oficial de la policía. ¿Sabés que esto te puede traer consecuencias?

—Laura, tranquilicémonos. Ya hablé con un abogado y ningún juez consideraría esto una extorsión. Yo simplemente te estoy diciendo que algo tengo que publicar y quiero darte la opción de que elijas.

—Además —continué, ignorándolo—, esto tampoco demuestra nada. Se ve que un tipo me dice algo al oído y después se va. Ni siquiera nos vamos juntos.

—Yo pienso que a tus jefes ya les bastaría para querer hacerte preguntas. No sé bien cómo funciona esto, pero me imagino que un oficial investigando el asesinato de una persona con la que tuvo un vínculo afectivo dos meses antes del homicidio se considera un conflicto de intereses, ¿o no?

Respiré hondo dos veces intentando tranquilizarme. Me sentía una completa idiota. ¿Cómo se me había ocurrido pensar que en un pueblo tan chico como Deseado no iba a salir a la luz mi historia con Ortega? Mi maldita historia de una noche de borrachera con un tipo que no me importaba un carajo y que habría quedado en el olvido si no lo hubieran matado dos meses después.

—Te prometo que hoy mismo doy de baja ese video. Y desde luego que no voy a mencionar tu nombre en nada de lo que escriba. Fuentes anónimas, puedo decir. Pero contame un poquito. ¿Es cierto lo de la colección de flechas?

—¿Cómo puedo estar segura de que, una vez tengas lo que querés, no vas a publicar esas imágenes de todos modos?

—Te doy mi palabra.

—Como comprenderás, no me vale de mucho.

—Así como protejo a mis fuentes, respeto mi palabra. Además, no sería muy inteligente por mi parte traicionar a un oficial de la ley, ¿no te parece? Mucho menos en un pueblo chico.

Lo miré a los ojos y hablé lento, como lo hacía cuando quería apretar a un testigo para que confesara:

—Si alguna de estas imágenes sale a la luz ahora, el mes que viene o dentro de diez años...

—No hace falta que me amenaces, Laura. De verdad. Yo soy un tipo de palabra.

Respiré hondo un par de veces intentando decidir si tirarle un hueso para que me dejara en paz o romperle la cara.

—No se sabe si lo mataron por las flechas —dije al fin—. Pero sí hay indicios de que Ortega tenía en su poder un cuadro con varias piezas.

—¿La colección Panasiuk?

—No lo sabemos, aunque es probable.

—¿Y cómo sabe la policía que hay una colección de flechas relacionada con el crimen?

—Con la víctima, no con el crimen.

—Bueno, ¿cómo lo saben?

—Apareció una foto en el teléfono de Ortega —dije largando un suspiro y mostrándole la imagen en mi propio teléfono—. Una colección de flechas tornasoladas dispuestas en forma de triángulo sobre un terciopelo rojo.

—Exactamente como describen la colección Panasiuk.

Otra vez los arañazos en la puerta. Frau cerró los ojos y se encogió de hombros con gesto de culpa.

—¿Me podrías pasar una copia de esa foto?

—Ni en pedo. Es parte de la evidencia de un caso abierto. Olvidate.

—Está bien, no te voy a presionar. Pero necesito algo más de lo que escribir.

Tenía que darle algo. Si no, adiós a la investigación y bienvenido agujero horrible en mi carrera.

—Anoche entraron a robar en el museo —dije—. Forzaron una ventana y rompieron una vitrina. De las miles de flechas que había en exhibición, se llevaron la única que parece pertenecer a la colección Panasiuk. En el edificio estaba trabajando un arqueólogo al que amordazaron, ataron y encerraron dentro de un armario. Lo encontramos esta mañana.

El periodista arqueó las cejas y luego aplaudió varias veces.

—¡Eso sí que es jugoso! Con esa historia por ahora tengo de sobra.

—¿Por ahora?

Esta vez los arañazos vinieron acompañados de un gemido agudo. El periodista se golpeó las rodillas con las manos, protestando en voz baja. Se puso de pie y caminó hacia la puerta.

—¿Qué querés, loco? —preguntó, entreabriéndola apenas—. ¿No ves que estoy con gente? A ver si aprendés a comportarte cuando...

La puerta se abrió de golpe antes de que Frau pudiera terminar la frase y un San Bernardo enorme entró corriendo a la sala. Instintivamente me puse

de pie y me refugié detrás de la silla.

—No tengas miedo, que no hace nada. ¡Camilo, vení para acá!

Camilo soltó un ladrido grave que retumbó en el garaje y dio tres zancadas hacia mí. Se irguió en dos patas antes de que yo pudiera reaccionar y se apoyó en mi pecho, tirándome al suelo con silla y todo.

—¡Sacámelo de encima! ¡Sacámelo de encima, por favor! —grité mientras las uñas del perro se me clavaban en los hombros y en el cuello.

Oí otro ladrido y la lengua enorme de Camilo me empapó la cara.

—Camilo, ¿qué te pasa? —exclamó Frau, agarrando con ambas manos la cabeza del perro, que, aunque le podría haber arrancado la mano de un mordisco, optó por largar un sollozo.

Tirando del collar con todas sus fuerzas, el periodista logró sacarlo al patio. Luego examinó las consecuencias con las manos apoyadas en las caderas. Cada una de las pisadas de Camilo en el garaje había dejado una mancha de barro del tamaño de un plato de postre. Me levanté del suelo y me miré el torso y las piernas, completamente embadurnadas.

El periodista no pudo aguantarse la risa.

—¿Te parece gracioso? —le pregunté.

—Disculpame —dijo—. Vení, pasá por acá, que te indico dónde está el baño.

Cuando cerré la puerta del aseo, me apoyé en la pileta y respiré hondo. Me temblaban las piernas y cuando me miré al espejo me vi pálida. Oí a Frau gritarle a su perro palabras cortas. Se oyeron unos ladridos y la puerta de la cocina volvió a cerrarse. Después, silencio absoluto. Seguramente el periodista había salido a darle comida o agua para que se tranquilizara.

Me limpié todo lo que pude el barro de la piel y de la ropa. No sé cuánto tiempo estuve ahí, intentando recuperar el color y el aliento. Pudieron ser tres minutos como veinte. Lo cierto es que al cabo de un buen rato de no oír a Frau ni al perro, salí del baño y me encaminé al garaje.

Encontré al periodista concentrado en su teléfono, sentado en la silla giratoria. La otra, con la que yo había intentado en vano defenderme de Camilo, seguía tirada en el suelo y manchada de barro. Las pisadas del perro todavía estaban en las baldosas. Como si eso fuera poco para recordarme lo que acababa de pasar, la computadora de Frau ya no tenía un documento abierto sino que ahora mostraba un escritorio atiborrado de iconos sobre una foto del periodista abrazando al mismísimo Camilo.

—Perdón, justo me llegó un mensaje importante —dijo Frau, guardándose el celular en el bolsillo y apurándose a levantar la silla caída.

—No hace falta, ya me voy —le dije, y recogí mis cosas.



## CAPÍTULO 36

En línea recta, la estancia El Atardecer quedaba a unos treinta kilómetros de Puerto Deseado. Sin embargo, Manuel y yo tuvimos que hacer más de cien. Ir por tierra implicaba bordear la margen norte de la ría hasta llegar al primer puente, cruzarlo y luego volver hacia el este, todo por un camino de ripio en pésimo estado. Por suerte, el comisario Lamuedra nos prestó su cuatro por cuatro particular, con el que pudimos ir a sesenta por hora sin problemas durante gran parte del trayecto.

Después de lo que había pasado en el museo, teníamos que advertir a la gente de El Atardecer de que tuvieran cuidado. Incluso nos ofreceríamos a llevarnos su punta de flecha tornasolada en custodia si ellos querían.

Habíamos intentado llamar por teléfono durante varias horas, pero, según pudimos averiguar, solo tenían señal en la cima de un cerro al que subían todas las mañanas para recibir mensajes de texto. Cuando nos enteramos de esto era ya casi mediodía, así que no leerían nuestros mensajes hasta el día siguiente. No nos quisimos arriesgar a que fuese demasiado tarde.

Habría sido interesante visitar El Atardecer con Castro, que llevaba años yendo a trabajar en los yacimientos del lugar, pero el arqueólogo todavía estaba en shock y el médico le había indicado reposo durante cuarenta y ocho horas. Tanto la jueza como el comisario insistieron en que no fuese sola, así que me llevé a Manuel conmigo.

Después de dos horas por el ripio, sintiendo las piedras que expulsaban las ruedas golpear contra la chapa bajo nuestros pies, vimos por fin las únicas construcciones en aquel campo de quince mil hectáreas: tres galpones de cemento y una casa de chapa fuera de escuadra. Entre los tamariscos que rodeaban la casa vimos un par de camionetas cuatro por

cuatro, similares a la que nos había prestado el comisario, estacionadas junto a carpas de colores brillantes.

—Un día me gustaría venir a acampar acá. Eso sí, en otra época del año. Hay que tener ganas de venir en pleno invierno, ¿no? —dijo mientras estacionaba junto a la puerta de la casa de chapa.

—Cuando quieras, avisá y venimos juntos. A mí me encanta acampar —me respondió Manuel.

La puerta de la casa se abrió y del interior salió un señor de bigote marrón y boina negra.

—Buenas, don —dijo Manuel, asomándose por la ventanilla y exagerando un tono campestre.

—Bájense, que no muerdo —respondió el hombre.

Le hicimos caso. Nos saludó con un apretón de manos firme, presentándose como Herrera.

—¿Vienen a acampar?

—No, la verdad es que no.

Hubo un destello de desilusión en sus ojos marrones.

—¿Están perdidos?

—No, en realidad venimos porque nos dijeron que usted tiene un pequeño museo con puntas de flecha.

—Sí, pero no está abierto para la gente que no se queda a acampar.

El hombre cruzó los brazos y se miró las alpargatas por unos segundos. Luego soltó una pequeña carcajada que se le transformó en tos.

—Es un chiste. Por supuesto que lo pueden ver. Pero la loca de las flechas es mi mujer, yo no tengo nada que ver. Vengan, pasen —dijo abriendo la puerta por la que acababa de salir.

Entramos a una cocina que olía a fritura. La mujer que lavaba los platos junto a la estufa de leña cerró el agua y se acercó a nosotros secándose las manos en el delantal.

—Ella es Lali, mi señora —nos dijo Herrera, y luego se dirigió a su esposa—: Esta gente quiere ver tu colección de flechas.

Habíamos decidido que, antes de decir nada, visitaríamos el museo para ver dónde y cómo guardaban en ese lugar la flecha de la colección Panasiuk. Una vez supiéramos esto, les advertiríamos del riesgo de tenerla en exhibición.

—Muy bien —contestó la mujer—. ¿Ustedes son de ir a buscar flechas?

—Yo no —dije.

—Yo tampoco —agregó Manuel.

—Entonces súbanse a la camioneta, que tenemos que empezar por el principio.

—No tenemos mucho tiempo —me excusé.

La mujer asintió, pero en su mirada había un dejo de confusión. Como si el concepto de la falta de tiempo le fuera ajeno.

—No tardaremos más de media hora y les va a servir para entender mejor el museo —insistió.

Manuel y yo nos miramos.

—Vamos, entonces —dijo mi compañero—. Total, el viaje de vuelta lo tenemos que hacer de noche sí o sí.

Lali sonrió y se despidió de su marido con un gesto parco.

\*\*\*

La mujer se subió con nosotros a la camioneta del comisario y señaló una huella maltrecha que ascendía por un pequeño cerro gris de matas bajas.

Al llegar a la cima, el paisaje cambió radicalmente. Los rayos del sol de la tarde de invierno caían oblicuos sobre unos médanos de arena dorada que terminaban en el mar. A unos cien metros, en una pequeña isla, cientos de lobos marinos descansaban recostados en la roca.

—Estacioná por acá —me indicó Lali.

Nos bajamos del vehículo y seguimos a la dueña de aquellas tierras a pie por el medio de un médano. Caminaba en silencio con la vista fija en el suelo y agachándose casi a cada paso para levantar cualquier esquirla que asomase en la arena.

—La mayoría de las piezas que van a ver en nuestro museíto salieron de acá —dijo—. Este es uno de los famosos picaderos de la estancia, donde los tehuelches se juntaron durante miles de años para tallar puntas de flecha.

—¿Y se siguen encontrando piezas después de tantos años? —preguntó Manuel.

—Muchísimas. De hecho, todos los años vienen arqueólogos de Buenos Aires a estudiar el lugar. Yo hace cuarenta años que vengo y siempre encuentro algo, porque el viento mueve constantemente las dunas.

En aquel instante, ese mismo viento nos trajo un gruñido lejano. En la pequeña isla, un lobo marino se erguía para defender su trozo de roca ante otro macho que intentaba acercarse demasiado.

—Un raspador —dijo Lali, incorporándose con un objeto en la mano—. Estos son mucho más fáciles de encontrar que las puntas de flecha. Los usaban para quitarle hasta el último resto de carne al cuero de los guanacos.

Lali me ofreció la piedra tallada y la sostuve en la mano. Como muchas de las esquirlas que yo había levantado y desechado, era de color verde grisáceo. Uno de los lados había sido esculpido a base de cientos de golpes, el otro en cambio era perfectamente liso, cortado con un solo impacto. Cada una de las diminutas muescas que formaban el filo brillaba con el sol.

—Qué bonito —dije, extendiendo mi mano para devolvérselo. La mujer se lo guardó en el bolsillo.

Caminamos un poco más, siempre a paso lento y con la mirada fija en la arena.

—Este es un lugar increíble —observé al levantar la vista. Los médanos que morían en el mar formaban una de las pocas playas de arena en cientos de kilómetros de costa.

—La verdad es que si yo hubiera sido un tehuelche, también habría elegido hacer mis herramientas de piedra acá, con una vista preciosa, a resguardo del viento y con comida de sobra.

Lali dijo esto último señalando grandes montones de conchas de mejillones descoloridas por años a la intemperie.

Caminamos un rato más hasta llegar al final del último médano. Más allá, una lengua de meseta gris terminaba en un precipicio junto al mar. Lali sacó de su bolsa azul el termo y el equipo para preparar mate. Antes de sentarnos en la arena miré a mi alrededor, pero no encontré nada que se pareciera a una flecha.

—¿No tendríamos que ir pensando en volver? —preguntó Manuel.

—¡No me van a rechazar unos mates con estas vistas! —insistió Lali.

Le sonreí y los tres nos sentamos mirando el mar. La isla con los lobos todavía se veía a nuestra derecha, pero el viento ya no nos traía sus gruñidos.

Lali me dio un mate, que agarré con las dos manos para calentarme un poco los dedos. Luego se inclinó hacia mis pies y sus dedos se dirigieron directos a una esquirla ocre que asomaba entre la arena a pocos centímetros

de mi pie. Mirándome con una sonrisa, se ayudó con el pulgar y el índice para desenterrar una punta de flecha del tamaño de una uña.

—Pero ¿cómo puede ser? Antes de sentarme me fijé y no había nada —le dije.

—Quizás la desenterraste con los pies —sugirió Manuel.

—Es una casualidad enorme.

—Pasa mucho —dijo Lali entre sorbos de mate—. Incluso he encontrado alguna flecha junto a la rueda de mi camioneta cuando estaba por subirme para volver. El truco es no dejar de dar la vuelta a cualquier piedrita, aunque parezca que no va a ser nada. Lo único seguro para el coleccionista de flechas es que lo que se encuentra nunca está donde uno se imagina.

Observé la pieza que acababa de desenterrar con mi pie. El filo, igual de delicado que el de un cuchillo de sierra, terminaba en una punta que se hundía en la piel tan fácilmente como un alfiler. Hacía miles de años alguien había tallado esa verdadera obra de arte en el mismo lugar donde nosotros ahora tomábamos mate. Sonreí y noté que el corazón me latía en el pecho con una sensación de alegría enorme. Entonces comprendí por qué Lali, mi tía Susana y Teodor Panasiuk habían hecho de esta búsqueda el pasatiempo de toda una vida; entendí en ese momento que la naturaleza impredecible de los hallazgos era lo que los hacía tan gratificantes. ¿Qué hubiera pasado si nos hubiéramos sentado un metro más allá? Nunca habría desenterrado aquella pieza con mi pie y quizás habrían pasado otros diez años hasta que alguien la descubriera. O cien. O se habría quedado allí para siempre, moviéndose despacio al ritmo de los médanos.

## CAPÍTULO 37

—Vengan por acá —nos indicó Lali cuando volvimos a su casa.

Rodeamos la construcción de chapa hasta que estuvimos del lado opuesto al que habíamos estacionado la camioneta. La mujer giró el picaporte de una puerta desvencijada y la empujó con el hombro haciendo que las bisagras cedieran con un chirrido. Dentro, una escalera empinada conducía a un cuadrado en el techo por el que entraba una claridad grisácea.

Lali subió un poco y se detuvo para golpear con la mano abierta una viga que le pasó rozando la coronilla.

—Cuidado con la cabeza —dijo antes de continuar hacia arriba.

Emergimos en un altillo pequeño tan viejo que la madera del suelo rechinaba al combarse bajo nuestros pies. Una breve mirada alrededor me bastó para entender el entusiasmo de todos los que visitaban aquel lugar. La escalera que acabábamos de subir era un verdadero portal al pasado de la Patagonia.

—Este es el museíto que hemos ido armando con el tiempo. Tenemos un poco de todo: botellas antiguas, revistas... Miren, este es uno de los primeros tocadiscos que se fabricaron en la Argentina. También hay varias partes de barcos que han ido apareciendo en las playas. Esta escotilla de bronce la encontré el año pasado. Y, por supuesto, tenemos puntas de flecha, lanzas y esas cosas.

—¿Cuál dirías que es la punta de flecha más rara de tu colección?  
—pregunté intentando ir al grano.

Lali se acercó a unos estantes llenos de pequeñas cajas de metal y de madera. Tomó una vieja lata de betún y la abrió para enseñarnos tres puntas de flecha sobre un trozo de algodón amarillento.

—Es muy difícil responderte a eso. Es casi como elegir a un hijo preferido. Pero hay algunas que son muy particulares. Estas, por ejemplo, están entre mis favoritas porque son casi transparentes. Están hechas con cuarzo de la zona, según me explicaron los arqueólogos.

Manuel y yo nos turnamos para tomar la lata en nuestras manos y elogiar la belleza de las piezas. Cuando se la devolvimos, Lali agarró otra lata, que también protegía con algodón su contenido. En este caso era una punta de flecha negra, apenas más grande que la uña de su dedo índice.

—Es preciosa —dije—. La técnica con la que los tehuelches trabajaban la piedra es impresionante. Es increíble que pudieran lograr una punta tan perfecta sin herramientas de metal ni gran tecnología.

—Esa es de obsidiana —apuntó la mujer—, vidrio volcánico. Se pueden lograr bordes tan afilados que hasta hace poco las operaciones de ojos se hacían con bisturís de este material.

—Qué chiquita —dijo Manuel—. ¿Qué cazarían con eso?

—Probablemente nada. Una vez, charlando con Alberto Castro, que es el arqueólogo que investiga toda esta zona, me dijo que se cree que las flechas chiquititas eran para decoración. Que las hacían como un juego, una forma de competir entre ellos a ver quién podía producir la más perfecta.

—Castro fue precisamente quien nos habló de vos y de tu colección —apunté—. Yo ya había oído algo, pero fue él quien nos sugirió que viniéramos a verte.

—Ah, ¿conocen a Alberto Castro?

—Sí. Bueno, lo conocimos hace unos días.

—¡No me digan que está en Deseado! Qué raro, siempre que viene me avisa. Pasa todos los años a controlar el estado de los yacimientos y a buscar flechas. Casi siempre se trae a dos o tres estudiantes de la universidad y se quedan varios días trabajando acá. Cuando sé que vienen, les reservo el mejor lugar del camping.

—Tenemos entendido que Castro vino de imprevisto esta vez. Debe de ser por eso que no te avisó.

Lali se encogió de hombros y durante los siguientes quince minutos siguió mostrándonos con entusiasmo varias piezas que, a juzgar por la cantidad de cajas que había en esos estantes, solo representaban un pequeño porcentaje de su colección. Había raspadores, puntas y punzones de todos los tamaños y colores. Incluso nos mostró piezas que ella llamaba

«recicladas», que habían sido talladas con un propósito y luego adaptadas para otro.

—Debés de haber encontrado muchas si llevás cuarenta años buscando, me imagino —comenté cuando Lali terminó una explicación sobre la diferencia entre un punzón y un raspador.

—Tantas que ya perdí la cuenta. Tengo cajas llenas en otras partes de la casa, pero no las subo acá porque no creo que la estructura se aguante mucho más.

—¿Y las vendés? Quiero decir, si alguien te quiere comprar una.

—Noooo —se apresuró a responder la mujer—. Está prohibidísimo comerciar con patrimonio arqueológico. Además, no me gusta que se vayan de la estancia. Me parece lo mejor que se queden acá, que es donde las encontré.

Pasamos otro cuarto de hora viendo más flechas y otros artefactos líticos. Algunos eran verdaderamente preciosos, pero ninguno encajaba con la característica única de la colección Panasiuk.

—Y en todos estos años, ¿encontraste alguna flecha tornasolada? —pregunté finalmente.

Lali me miró, extrañada.

—¿Ustedes también creen en eso?

—¿En qué?

—En la leyenda de Yalén y las flechas tornasoladas.

—¿Quién más cree en eso?

—No lo sé, mucha gente. ¿Por qué me preguntan sobre esas flechas?

Sentí que había llegado el momento de contarle el verdadero motivo de nuestra visita.

—Lali —dije—. ¿Tenés una flecha tornasolada en tu colección, sí o no? Es muy importante. Trabajamos en el juzgado y estamos investigando un homicidio.

La mujer abrió los ojos al escuchar mis palabras y nos miró a cada uno con un gesto de espanto.

—¿De qué están hablando? —dijo al tiempo que agarraba una lata de galletas algo oxidada.

Dentro había una pequeña bolsa de cuero de guanaco. La abrió y dejó caer sobre su palma una flecha azulada. La levantó para que le dieran los



últimos rayos del sol que entraban por la ventana y la pieza devolvió destellos multicolores.

Ahí estaba, sin duda, el motivo por el que habíamos ido a aquel lugar. La flecha número nueve de la colección Panasiuk.

—Es preciosa —dije, tomándola en mi mano—. ¿Dónde la encontraste?

—Me la regaló mi padre en el año noventa y cinco.

—¿Y él de dónde la sacó?

—No tengo ni idea. En su momento se lo pregunté, pero sonrió y me dijo: «Menos averigua Dios y perdona». Supuse que se la habrían regalado o se la habría comprado a alguien. Él no tenía tantos reparos como yo con este tema.

—¿Nunca se lo volviste a preguntar?

—No tuve la oportunidad —explicó, como excusándose—. Cuando me la dio ya estaba muy enfermo y murió a los pocos meses.

Nos quedamos los tres en silencio. Yo hice girar la flecha entre mis dedos un par de veces.

—¿Cómo es eso de que están investigando un homicidio? —quiso saber Lali—. ¿Qué tengo que ver yo con todo esto?

Le expliqué entonces el caso a grandes rasgos, evitando la mayoría de los detalles. Me limité a decirle que habíamos encontrado un cadáver, que de la casa de la víctima faltaba un cuadro con flechas tornasoladas y que trece días después había desaparecido otra similar del museo del pueblo.

—De hecho —dije para terminar—, es por eso que Castro está en Deseado. Es amigo de la jueza y vino para asesorarnos en el caso.

—¿Y por qué no vino hoy con ustedes? —preguntó desconfiada.

—Porque desde ayer no se siente muy bien —contesté, evitando mencionar el episodio del museo para no alarmarla demasiado—. Según nos dijo, esta flecha es la única que le faltaría al atacante para completar la colección Panasiuk. Bueno, esta y la que tenemos con el resto de la evidencia en el juzgado.

—Me están asustando —dijo la mujer.

—No es nuestra intención, Lali. Pero estando acá, en el medio del campo, quisimos avisarte lo antes posible. Todo esto pasó en las últimas dos semanas. Es posible que quien sea que haya atacado a ese hombre y haya robado el museo quiera completar la colección. Si yo estuviera en tu lugar, escondería esa flecha y no se la mostraría a nadie por un tiempo. Incluso

nos la podemos llevar nosotros y guardarla en un lugar seguro hasta que todo esto se resuelva.

Antes de que yo terminara la frase, la mujer ya estaba negando con la cabeza. Cerró la mano en torno a la pieza y nos miró con expresión severa.

—Gracias por avisarme —dijo—, pero la flecha se queda acá.

—Tengan mucho cuidado, entonces —insistí.

—No se preocupen, llevamos toda la vida viviendo solos en este campo. No va a ser la primera vez que tengamos que echar a un intruso a escopetazos.

## CAPÍTULO 38

Al día siguiente llegué al juzgado alrededor de las siete y media. No llevaba ni cinco minutos en el laboratorio cuando sonó el teléfono.

—Hola —respondí, extrañada de que me llamaran un lunes tan temprano.

—Laura, ¿podés subir a mi despacho un momento?

—Voy ya mismo.

«Estoy en el horno», pensé al colgar. Le había prometido a la jueza que cuando volviéramos de Calafate le daría las impresiones dactilares que había levantado del vidrio de la colección Panasiuk y que habían desaparecido como por arte de magia de la carpeta con la evidencia.

Subí las escaleras despacio, intentando pensar en una nueva excusa. Ya no tenía sentido volver a buscarlas ni pensar dónde se podían haber perdido. Había revuelto medio juzgado sin suerte.

Abrí la puerta del despacho de Echeverría sin tener idea de qué le diría. Dentro encontré a la jueza sentada en su silla giratoria. Al otro lado del escritorio, el comisario Lamuedra, cruzado de brazos, me miró de arriba abajo antes de largar un soplido de impaciencia por la nariz.

—Laura, sentate —me dijo la jueza, posando la vista sobre una silla junto a Lamuedra—. Sabés de qué te quiero hablar, ¿no?

Asentí.

—¿Y? ¿Qué tenés para decirme?

—Que ya las busqué por todos lados, pero no las encuentro, su señoría. No sé qué puede haber pasado con las impresiones dactilares. Tan pronto como las tomé del vidrio, las pegué en una ficha y las metí en la carpeta de evidencia del caso. Cuando Manuel le fue a sacar fotos para que quedaran digitalizadas, la ficha ya no estaba.

—¿O sea que también perdiste la única evidencia forense que nos puede ayudar a encontrar a quien mató a Ortega?

—¿No era eso para lo que me llamaron?

Nos quedamos los tres en silencio. El comisario Lamuedra se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar.

—No la perdí —agregué—. Desapareció. No sé cómo explicarlo, pero es imposible que se haya perdido.

—¡La puta madre! —gritó Echeverría—. A ver si tenés un poquito más de cuidado, che. No te podés mandar dos cagadas así de grandes en el mismo caso.

—¿Dos? ¿A qué se refiere? Pensé que me llamaba por esto.

—No, Badía, no era por las impresiones. Era para que me expliques de dónde carajo sacó esta foto el director del diario.

La jueza hizo girar la pantalla sobre su escritorio. Reconocí la web un tanto amateur de *El Orden*. Una fotografía de la colección Panasiuk ocupaba media pantalla. El titular, en mayúsculas azules sobre fondo gris, era una pregunta:

## **¿ASESINATO EN NUESTRA CIUDAD POR MÍTICA COLECCIÓN DE FLECHAS?**

—No lo había visto —fue todo lo que pude decir.

—Todo tuyo —dijo Lamuedra, pasándome el *mouse*.

Leí el artículo en silencio, sintiendo la respiración fuerte de mis dos jefes como una espada sobre la cabeza.

En el día de ayer ha llegado a nuestra redacción una fotografía vinculada a la investigación por el homicidio del comerciante Julio Ortega, quien fue encontrado sin vida en su casa de la calle Estrada el día 6 del corriente agosto. Según allegados a la víctima, Ortega habría

sido asesinado a golpes. El motivo de dicho acto hasta hoy no había sido revelado por la comisaría local.

La fotografía que acompaña a este artículo (que publicaremos también el próximo sábado en nuestra edición en papel) habría sido encontrada en el teléfono de la víctima y constituye el primer indicio posible a la hora de explicar la brutal muerte de Ortega. Se trata de la mítica colección Panasiuk, un cuadro de puntas de flecha de ópalo del que hasta hoy solo existían bocetos dibujados a lápiz. Más allá de su valor histórico (ver recuadro «Una colección maldita»), vecinos de la localidad amantes de la recolección de arte lítico nos han indicado que, de producirse una venta ilegal en el mercado negro, la colección Panasiuk podría llegar a los diez mil dólares.

Por otra parte, sería una casualidad demasiado grande que el reciente robo al museo Mario Brozoski de nuestra localidad no tuviera que ver con este caso. En la madrugada del pasado sábado, el arqueólogo Alberto Castro, el experto en arte lítico tehuelche más respetado del mundo, se encontraba trabajando en el museo cuando un asaltante encapuchado ingresó en el edificio forzando la ventana. Castro fue amordazado, maniatado y encerrado en un armario por el atacante, que solo sustrajo una de las casi diez mil piezas de las que dispone la institución. Por las características de la flecha robada —con forma de

hoja y tallada en piedra tornasolada—, se cree que pertenecería a la infame colección Panasiuk.

En cuanto a fuentes oficiales, el comisario Lamuedra, a cargo de la comisaría local, se negó a hacer declaraciones con respecto a si la policía considera que el motivo del asesinato de nuestro vecino deseado Julio Ortega haya tenido que ver con la mencionada colección de flechas.

—¿Me querés explicar qué carajo es esto, Badía? —preguntó el comisario.

Para ganar tiempo, leí el recuadro «Una colección maldita». Era un compendio de todas las leyendas urbanas que giraban en torno a la colección. Se mencionaba, con varias notas de color, la trágica historia de Yalén, asesinado con las flechas por su hermano Magal, y luego la obsesión de Teodor Panasiuk por reunir la colección, hasta el extremo de cambiar una flecha por una casa.

Volví a repasar el artículo principal y observé la fotografía de la colección. Era sin duda la misma que habíamos encontrado en el teléfono de Ortega. Entonces entendí perfectamente lo que había sucedido, aunque algo dentro de mí no quisiera reconocerlo. Como si me negara a haber sido tan estúpida.

Hacía dos días que le había mostrado esa misma foto al director de *El Orden*. Antes de que el San Bernardo me tirara al suelo, Frau me había pedido una copia y yo se la había negado. Recordé que al volver del baño, tras limpiarme las manchas de barro, la computadora del periodista ya no mostraba ningún documento abierto. Frau la había usado mientras yo me limpiaba y recuperaba la compostura. Seguramente, el muy hijo de puta había conectado mi teléfono con un cable USB para copiarse la foto.

—No sabemos a quién le pudo enviar esa foto Ortega antes de que lo mataran —argumenté.

—En el artículo dice que la imagen apareció en el teléfono de la víctima. ¿Cómo puede saber eso el tipo del diario? Además, explica al detalle la agresión a Castro en el museo: que entraron por una ventana, que lo ataron y lo encerraron. Eso no lo sabía casi nadie.

—No sé qué pudo haber pasado —dije.

—Más te vale que lo averigües. La responsabilidad es completamente tuya, Laura. Las únicas personas con acceso a esa foto eran Manuel, vos y yo. Como comprenderás, yo no fui. Y si la cagada se la mandó Manuel, también es culpa tuya.

Estuve a punto de agregar que su amigo el arqueólogo también tenía acceso a la fotografía, pero recordé el día que lo conocí y examinamos la imagen juntos. La copia que él tenía impresa llevaba una marca de agua con las palabras **CONFIDENCIAL-EVIDENCIA**. La que habían publicado en *El Orden*, no. Había salido de mi teléfono.

—Si te volvéis a mandar una cagada la mitad de seria que esta, olvidate del caso y encima te vas a comer varios días de suspensión. Es la última que te dejamos pasar, Laura, ¿entendés?

—Sí, señor comisario.

Apenas pude contener el nudo en la garganta hasta salir del despacho de la jueza. Cuando cerré la puerta tras de mí, tenía los ojos llenos de lágrimas, a punto de rodar por las mejillas.

—¿Empezamos mal el día? —me preguntó la Harpía, que acababa de llegar y acomodaba sus cosas en el escritorio.

Me fui con el paso apurado hasta encerrarme en mi laboratorio. Entonces largué un sollozo corto, lo justo para descomprimir. Fueron lágrimas de vergüenza por haberme dejado robar esa foto de mi teléfono y por no poder encontrar las huellas dactilares que eran claves para resolver aquel caso.

Decidí revisar por última vez el laboratorio a fondo. Miré debajo de cada aparato y adentro de cada carpeta; hasta vacié el armario donde había guardado las huellas y lo corrí de lugar. Después de casi una hora de revolver todo, concluí nuevamente que ahí no estaban. Y si Manuel me decía la verdad y nunca se las había llevado del armario, entonces otra persona lo había hecho. Pero ¿quién? ¿Y para qué?

No tardé mucho en pensar en la amenaza de Isabel Moreno. «Esto no termina acá», había dicho tras nuestra discusión. Yo podía entender que por despecho le hubiera contado a Frau sobre mi encuentro con Ortega, pero nunca me imaginé que fuese capaz de hacer desaparecer una evidencia tan importante de un caso para perjudicarme.

Miré los objetos sobre mi escritorio en busca de uno que me sirviera para poner en marcha el plan que debía desenmascararla. Me decidí por la taza de café.



## CAPÍTULO 39

Limpié el exterior de la taza hasta que casi pude verme reflejada en ella. Luego me pasé el dedo índice por la frente y lo presioné con fuerza, marcando mi huella digital sobre la superficie brillante. Repetí la operación con varios dedos hasta que la taza quedó como si fuera la de un niño de dos años. Entonces abrí el kit de huellas y con un pincel apliqué el polvo negro en toda la superficie. Ahora parecía la taza de un mecánico.

Levanté varias huellas con cinta adhesiva y las pegué sobre una ficha idéntica a la que había perdido. Encima de las impresiones escribí con letra clara «Homicidio Julio Ortega». Para cuando terminé de limpiar la taza y guardar el kit de impresiones en el maletín de aluminio, eran casi las diez de la mañana. Justo a tiempo.

A los pocos minutos, Manuel asomó la cabeza en mi laboratorio como todos los días a esa hora.

—¡Paren las rotativas, que llegó la hora del café!

Su mirada se posó sobre la ficha con impresiones dactilares que había encima de la mesa.

—¿Y eso? —preguntó, levantando el papel—. No son las mismas que las que perdiste, ¿no? La otra ficha tenía muchas más huellas.

—No, la otra no hay forma de encontrarla. Pero resulta que había dos fragmentos del vidrio que solo había empolvado de un lado —dije señalando el rompecabezas todavía armado sobre la enorme mesa de metal—. Y tuve suerte, porque tenían bastantes impresiones.

—Supongo que a estas les vas a sacar fotos, ¿no?

—Por supuesto. Pero primero me vas a invitar a un café, ¿no?

—Claro —dijo Manuel.

—Bueno, andá preparándolo, que yo envío un email y ahora voy para la cocina.

Cuando me volví a quedar sola en el laboratorio, miré alrededor hasta decidirme por el helecho que me había regalado mi tía. Aunque en pocos días ya mostraba los primeros signos de mi maltrato, todavía era frondoso. Abrí un cajón y encendí la cámara que usábamos Manuel y yo para sacar fotos de las víctimas y de las evidencias. Además de fotografías, ese modelo registraba excelentes videos. Me aseguré de que la tarjeta de memoria estuviera vacía y la configuré en modo sensor de movimiento, para que solo grabara cuando algo entrase en su rango de registro. La escondí entre las hojas verdes con la lente apuntando hacia el armario del que había desaparecido el primer lote de huellas.

Guardé la ficha con las falsas impresiones en el estante del medio, cerré el armario y dejé las llaves puestas en la cerradura. Entonces me fui a la cocina.

## CAPÍTULO 40

Justo cuando llegué, Manuel le decía algo a Isabel Moreno y ambos reían a carcajadas. Al notar mi presencia, la actitud de él para con ella se enfrió instantáneamente. Mi compañero sabía que la Harpía y yo no nos podíamos ni ver, y era evidente que se debatía entre intentar llevársela a la cama y conservar mi amistad.

El ambiente estuvo a punto de ponerse incómodo, pero por suerte empezaron a llegar otros empleados del juzgado y pronto las diez sillas alrededor de la larga mesa de la cocina estuvieron ocupadas. La mayoría tomábamos café, aunque un grupito de tres eran fieles acérrimos del mate. Hasta los policías que custodiaban la puerta del juzgado solían unirse brevemente a aquel ritual matutino.

—Che, Laura, qué bajón que se haya filtrado esa foto, ¿no? —comentó Isabel delante de todos, escondiendo su sonrisa detrás de la taza de café.

—Sí, ¿cómo habrá llegado al diario? —añadió Ramiro Carabajal, uno de los cinco empleados administrativos del juzgado. Aunque su trabajo consistía básicamente en redactar informes en Word, también tenía un máster en llevar y traer chismes. Tenerlo a él y a la Harpía de audiencia me venía como anillo al dedo.

—No tengo ni idea, la verdad —dije.

—¿Es cierto que además perdiste una evidencia del caso? —preguntó Isabel Moreno.

La miré a los ojos pero fui incapaz de saber si el regocijo de su expresión era por ridiculizarme enfrente de todos o por saberse artífice de la desaparición de las huellas.

—Sí. Tenía unas impresiones dactilares que levantamos del lugar de los hechos que no logro encontrar por ninguna parte. Es como si se hubieran

esfumado. Pero, por suerte, descubrí más huellas en un trozo de vidrio que me había olvidado de analizar.

—Cualquiera diría que tenés que poner un poco más de atención a tu trabajo —apuntó con sorna.

Ignorándola, volví a contar la historia de las huellas que me había *olvidado* de levantar, tal y como se la había relatado a Manuel hacía unos minutos.

—Esta vez le habrás sacado fotos, ¿no? —dijo la Harpía.

—Todavía no. Lo voy a hacer en cuanto encuentre la cámara, que tampoco aparece por ningún lado.

Hubo un murmullo en la cocina.

—¿Dos veces con la misma piedra?

—No, esta vez no las voy a perder, Isabel. Es más, por si me estoy volviendo loca, pongo a todos ustedes de testigos: las acabo de poner en el armario de mi laboratorio, el mismo del que desaparecieron las otras.

Miré la hora en mi teléfono y arqueé las cejas de manera exagerada.

—Me tengo que ir ya. No creo que vuelva hoy, Manuel, tengo que hacer mucho trabajo de calle. Nos vemos mañana. Chau, chicos.

Salí de la cocina dejando el café a medias. Pasé por el laboratorio para agarrar mis cosas y noté que el cajón de mi escritorio estaba entreabierto. Cuando revolví el contenido, entré en pánico. Alguien se había llevado la cajita de plástico con la flecha que habíamos encontrado en la escena del crimen.

Cerré el laboratorio con llave y recuperé la cámara de su escondite detrás del helecho. Encendí la computadora, que me avisó que tenía cuatro emails. Sin mirarlos siquiera, inserté la tarjeta de memoria y descubrí que había un nuevo video de treinta segundos.

Evidentemente, no estaba loca. Alguien había entrado a mi despacho y se había llevado la flecha mientras yo me encontraba en la cocina.

Reproduje el video. Aunque la cámara estaba enfocada hacia el armario y no hacia mi escritorio, pude reconocer en la pantalla la figura que entró al laboratorio y abrió el cajón. Era la jueza Delia Echeverría.

Corrí escaleras arriba hacia su despacho y entré sin golpear. La encontré leyendo un expediente con los anteojos caídos en la punta de la nariz.

—Laura, ¿qué necesitás? —dijo con una sonrisa que me dejó desconcertada.

—La flecha —fue todo lo que pude decirle.

La jueza siguió sonriendo y me mostró el puño cerrado con el pulgar hacia arriba.

—Muy bien. Eso me pone muy contenta. Tenía miedo de que no notaras que faltaba, o que cuando te dieras cuenta, me lo ocultaras.

—¿O sea que fue usted? —pregunté.

—Sí. Bueno, no. O sea, yo no tuve nada que ver con la desaparición de las huellas, evidentemente. Pero sí con haberme llevado la flecha.

—¿Para ver si le ocultaba que habían desaparecido más evidencias?

La jueza soltó una carcajada.

—No, digamos que eso es un beneficio secundario. Me llevé la flecha para protegerla.

—¿Protegerla?

—Asumiendo que la persona que tiene el cuadro de Julio Ortega es la misma que robó en el museo, solo le faltan dos flechas para completar la colección Panasiuk.

—La que hay en El Atardecer y la que usted se acaba de llevar del laboratorio —completé.

—Exactamente. Y si bien acá adentro tenemos custodia policial las veinticuatro horas, creo que deberíamos guardar la flecha en un lugar un poco más seguro que el cajón de un escritorio —dijo señalando la gran caja fuerte de hierro en un rincón de su despacho—. En cualquier momento que la necesites, me lo decís y te la doy. Pero te pido que solo la saquemos de ahí si es estrictamente necesario. Sabemos que es una pieza fundamental de un rompecabezas que vale muchísimo dinero, y si se llega a perder van a rodar cabezas, incluyendo la mía.

Respondí que me parecía una excelente idea. Lo que no le dije fue que estaba convencida de que si no hubieran desaparecido las huellas de mi armario, ella jamás habría tomado una medida así sin consultarme.

Al regresar a mi laboratorio, lo primero que hice fue volver a activar la cámara detrás del helecho.

## CAPÍTULO 41

Entre el hedor que emanaba el cuerpo enorme y sucio de Enrique Vera y el producto químico nefasto que utilizaban para desinfectar, en la sala de interrogatorios de la comisaría se respiraba un aire horriblemente viciado.

La policía había encontrado al prestamista escondido en una obra en construcción abandonada en las afueras del pueblo después de que un vecino denunciara que hacía tres noches que alguien encendía fuego dentro. Nosotros sabíamos que Vera no podía haber ido muy lejos, porque la mañana que lo fuimos a buscar a su casa había huido sin tener tiempo de agarrar dinero, documentos ni tarjetas. Suponíamos también que, de ser culpable, probablemente esperaría escondido hasta que la cosa se enfriara y pudiera volver a su casa a buscar lo que necesitaba. Pero nunca nos imaginamos que lo haría en condiciones tan precarias.

Cuando lo trajeron a la comisaría pasamos los primeros minutos ayudándole a cambiarse el trapo mugriento que le cubría un corte profundo en el gemelo. Nos dijo que se lo había hecho al caer por el barranco detrás de su casa cuando fuimos a verlo, tres días atrás.

—Tenés derecho a que te llevemos al hospital —dijo Lamuedra.

El prestamista negó con la cabeza. Con la mano que no llevaba esposada a la argolla en la mesa tiró la gasa vieja, completamente teñida de marrón, en un cesto de basura junto a su silla. Empapé una nueva en desinfectante y se la di. Cuando se la apoyó en la herida no logró contener un gruñido de dolor.

—Muy bien, empecemos entonces. Te voy a hacer una pregunta muy simple y pensá bien en lo que me vas a responder. Lo que digas queda registrado y va directo al juzgado. A los jueces no les gusta que les mientan. Si no me creés, preguntale a la licenciada Badía, que trabaja con una.

No hice ningún comentario. El comisario recorrió la sala con la mirada antes de hablar. Vera no pareció notar que el verdadero propósito de aquel gesto era asegurarse de que la luz roja de la cámara que colgaba del techo estuviese apagada. Interrogar al prestamista sin su abogado era, como mínimo, poco ortodoxo.

—¿Qué hiciste la madrugada del 6 de agosto? —preguntó el comisario.  
Silencio.

—Mejor vayamos al grano. ¿Mataste a golpes a Julio Ortega?

Antes de hablar, Vera se recorrió la frente grasienta y sucia con la mano que tenía libre.

—No.

—¿Qué grupo sanguíneo sos? Por si llegaras a necesitar una transfusión —pregunté señalando la herida.

—A negativo.

—Qué casualidad —dije—. Como imaginarás, había sangre de Ortega en su ropa, en el suelo y en el sofá. Litros de 0 positivo. Sin embargo, también encontramos una gota que no coincide ni en grupo ni en factor. ¿Querés adivinar de qué tipo era?

—¿Soy la única persona que tiene A negativo en el pueblo?

«Es tu sangre», pensé, pero eso no se lo podía decir. Las pruebas de ADN las había hecho de manera totalmente ilegal y confesárselo sería kamikaze.

—Si no tuviste nada que ver, ¿por qué saliste corriendo así el día que fuimos a tu casa?

El prestamista permaneció en silencio.

—¿Qué tal va cicatrizando la oreja? —pregunté señalando su lóbulo derecho, que ya no llevaba cubierto con una venda como la noche del casino. Ahora se veía claramente que un corte ocre lo partía al medio, como si le hubieran arrancado un *piercing*. Probablemente de esa herida había salido la gota de sangre que habíamos encontrado en la casa de Julio.

—Sabemos que Ortega te debía bastante plata —dijo el comisario.

—Eso no quiere decir que lo haya matado, ¿no?

—Tenía unas marcas en las manos —dije—. De hacía una semana o dos. Como si alguien le hubiera apoyado un taladro para torturarlo.

—No sé de qué me hablás.

—Vos sabés que no basta con que lo niegues todo, ¿no?

—¿Alguien me vio pegándole a ese tipo? ¿O taladrándole las manos? ¿Alguien tiene alguna prueba?

Nos quedamos un segundo en silencio. Vera era culpable y nosotros lo sabíamos, pero si no lo grabábamos que lo admitiera, no nos servía de nada.

—Es *tu* sangre —dije al fin—. ¿Te acordás del día que te vi en el casino? Bueno, tu lata de Coca-Cola terminó en mi laboratorio. Resulta que el ADN de tu saliva coincide con el de la sangre seca que encontramos en la casa de Ortega.

El comisario fijó la mirada entre sus pies y largó aire por la nariz. Supuse que estaría reprimiendo las ganas de cazarme del cogote. Lo que acababa de confesarle a Vera podía complicar el juicio, pero no teníamos otra alternativa. Si no apretábamos al prestamista con algo concreto, jamás nos diría nada y sería casi imposible convencer a la jueza de que solicitara un análisis de ADN por las vías formales, que entonces sí serviría como prueba en la causa.

Lamuedra, desde luego, no parecía compartir mi punto de vista. Ni siquiera se volvió para mirarme y supuse que estaba guardando sus mejores gritos para cuando estuviéramos solos.

—Nos peleamos, sí, pero yo no lo maté —dijo Enrique Vera al cabo de un rato.

—¿Querés explicarte un poquito mejor? ¿A qué fuiste a la casa de Ortega el 6 de agosto?

—Fue él quien me citó esa noche. Me debía plata, es cierto. Mucha plata. Casi cuarenta mil dólares. Y hacía semanas que yo le venía dando ultimátums para que me pagara.

—¿Ultimátums con un taladro?

—Fui a la casa porque él me llamó —dijo Vera, ignorándome—. Cuando llegué, lo encontré bastante borracho. También un poco duro, me pareció.

—¿Duro? —preguntó Lamuedra.

—Sí, cocaína —dijo Vera—. Pero a lo mejor es solo la sensación que me dio a mí.

Recordé que en el informe de toxicología que había elaborado el forense aparecían ambas sustancias.

—Me invitó a pasar al comedor y se sentó en el sofá junto a unos papeles. Le pregunté si tenía la plata y me dijo: «No. No la tengo ni la voy a



tener».

—¿Cómo reaccionaste?

—Le dije que iba a ejecutar los pagarés que me había firmado, pero se rio y me pasó los papeles que tenía a su lado.

Vera tenía el ceño fruncido y la mirada perdida, como quien hace un esfuerzo por darle nitidez a un recuerdo borroso.

—Eran extractos de sus cuentas bancarias y una carta de la AFIP intimándolo a pagar todos los impuestos que debía su negocio de productos de limpieza. Me dijo que le creyera, que no tenía un mísero peso y que la casa en la que vivía estaba a nombre de una tía abuela. Después se rio y me tiró una bolsita con cocaína a los pies. Me dijo que eso, los muebles de la casa y el poco *stock* que le quedaba en Impekable era todo lo que me podía ofrecer para saldar la deuda. Que me llevara lo que quisiera y lo dejara en paz.

El prestamista apoyó la frente en sus puños y su enorme espalda se desinfló con un soplido ruidoso. Decidí aprovechar el momento de debilidad.

—¿Qué sentiste cuando te dijo eso?

—Impotencia. Rabia. Mucha rabia.

Las últimas palabras le salieron entrecortadas. Levantó la vista por un segundo y pude ver que sus ojos se habían tornado vidriosos. Ver a una mole así al borde de las lágrimas era desconcertante, como si el músculo y el llanto fueran incompatibles. Volvió a bajar la cabeza y se quedó en silencio un buen rato. De su enorme cuerpo solo se movían dos partes: los hombros al compás de la respiración y la quijada cuadrada que temblaba sin control.

—Torneo de mierda... —balbuceó.

—¿Cómo decís? —preguntó Lamuedra, pero yo me apresuré a hacerle señas de que se quedara callado.

Otro minuto más de silencio y por fin el primer sollozo. Nada exagerado, un gruñido y un par de lágrimas, como lloran los hombres que se avergüenzan de llorar.

—Si no me hubiera anotado en esa competición de mierda...

—¿De qué estás hablando, Enrique? —pregunté.

—Me estaba preparando para el Mr. Patagonia, un torneo de culturismo. Este año se hace en noviembre en Caleta Olivia. Faltaban tres meses y yo

acababa de empezar un ciclo con unos esteroides nuevos que supuestamente son muy buenos para crecer sin retener líquido, que es lo que se necesita en la última fase antes de competir.

—Esteroides ilegales, supongo.

—Legales, pero para uso veterinario.

—¿Te estabas metiendo drogas para caballos?

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas, exactamente?

—Acababa de terminar un plan de reguladores hormonales después del primer programa de esteroides del año. También me estaba inyectando insulina y hormona de crecimiento humana. Si no hubiera sido por la hormona, nada de esto habría pasado.

—¿A qué te referís?

—La hormona humana es lo mejor para crecer. Eso y los esteroides son prácticamente imprescindibles si uno quiere competir a un nivel de regional para arriba. Pero la hormona es carísima.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Siete mil dólares por mes.

El comisario y yo nos miramos.

—Si no fuera tan cara, Messi no jugaría en el Barcelona. Cuando le detectaron su problema de crecimiento y ningún club del país le quiso pagar el tratamiento con esa hormona, los padres no se lo pensaron dos veces cuando el Barça se ofreció a hacerse cargo.

—¿Para qué nos estás contando todo esto, Vera? —se impacientó Lamuedra.

—Para que entiendan mi situación. Si no cobraba lo que Ortega me debía, no podía comprar los dos meses de hormona que me faltaban para terminar el programa. Y si no lo terminaba, no tenía ninguna posibilidad en el torneo.

—¿O sea que le rompiste la cabeza a golpes a un tipo para ganar un torneo de musculosos en Caleta Olivia?

Vera negó con la frente apoyada en sus manos esposadas.

—Ustedes... ustedes no entienden.

—¡Por supuesto que no entendemos! —gritó el comisario, juntando las manos en un aplauso violento—. ¿Cómo carajo vamos...?

—La hormona es una parte —lo interrumpió Vera—. La otra son los esteroides. Son buenísimos para ganar músculo rápido y no son tan caros, pero tienen muchos efectos secundarios. Yo acababa de empezar un ciclo con una marca que no había probado nunca, y me quemó bastante la cabeza. Es difícil de explicárselo a alguien que no está en este mundo. Esos días estaba casi irreconocible. De un humor pésimo, con ganas de agarrarme a las piñas con el primero que me dijera algo por la calle.

—No sé si esa excusa te va a servir de mucho delante de un juez —contestó el comisario.

Yo no dije nada, pero supe que Lamuedra se equivocaba o mentía de forma deliberada. En la universidad había estudiado varios casos de juicios en los que estar bajo el efecto de esteroides era considerado un atenuante.

—O sea que te enojaste con él y lo mataste a golpes.

Aunque los ojos del prestamista se posaron en la cadena corta que lo ataba a la mesa, su mirada estaba en otro lado, muy lejos de la sala donde lo interrogábamos.

—¿Lo mataste o no lo mataste? —insistió Lamuedra—. Antes nos dijiste que no, pero todavía estás a tiempo de contarnos la verdad. Te lo digo en serio, pibe, lo mejor que podés hacer en este momento es blanquear todo. Mientras más mientas, más grande será el despelote que se te va a armar. No con nosotros, ¿eh? Con la justicia.

Vera tomó entre sus dedos uno de los eslabones de la cadena y lo hizo girar de un lado a otro como quien intenta sintonizar una radio. El movimiento se volvió cada vez más rápido y la cadena comenzó a tintinear. Luego paró de golpe y, tras soltar un largo soplo, habló sin levantar la vista:

—Yo no sabía que había sido para tanto. Solo quería darle un susto, por si se le ocurría alguna idea de cómo conseguir mi plata. Pero se me fue la mano. Fue como si hubiera perdido la noción del tiempo durante esos minutos. Cuando reaccioné, ya era demasiado tarde.

—O sea que lo mataste.

—Sí, pero... Me tienen que creer. Yo no quería hacerle eso al pobre pibe. No soy un monstruo.

De repente, el semblante del prestamista se congeló en una expresión que me resultó familiar. Una expresión que había visto en la cara de muchos detenidos cuando se dan cuenta de que hablaron más de la cuenta.

—Necesito hacer una llamada telefónica —dijo—. A Sergio Bugarti, mi abogado.

—Por supuesto —concedió Lamuedra, levantándose de su silla—. Ya mismo te traigo un teléfono. Pero antes tengo una pregunta más. ¿Qué hiciste con las flechas?

—¿Qué flechas?

El comisario se pasó ambas manos por la cara y el pelo mientras largaba un soplido ruidoso.

—Vera, estoy intentando que el hecho de que hayas molido a una persona a palos por plata no interfiera con mi profesionalidad. Pero es casi la una de la madrugada y no tengo ganas de que me rompan las pelotas. Voy a hacer de cuenta que no escuché nada y te voy a preguntar de vuelta. ¿Qué hiciste con las flechas?

—No sé... no sé de qué flechas me habla. De verdad —respondió Vera. Si su cara de desconcierto no era genuina, entonces era un gran actor.

—¡La colección Panasiuk! —rugió Lamuedra, dando un puñetazo en la mesa—. El cuadro con flechas de ópalo que desapareció de la casa de Ortega la misma noche que lo mataste.

—¿El que estaba apoyado en el suelo?

Busqué en mi teléfono el artículo de *El Orden* y se lo di para que lo leyera.

—Es ese —asintió—. Me acuerdo de que lo vi apoyado en el suelo, contra la pared de la derecha. Pero yo no me lo llevé. ¿Por qué piensan que lo tengo yo?

—Porque con una sola de esas flechas te podrías haber cobrado la deuda.

Los ojos de Enrique Vera se abrieron un milímetro más de la cuenta, pero no dijo nada. Poco a poco sus labios se curvaron en una mueca extraña que finalmente se transformó en una sonrisa. Negó con la cabeza en un gesto que estaba más dirigido a él mismo que a nosotros.

—Si yo hubiera sabido que ese cuadro tenía algún valor, ¿creen que le habría pegado a Ortega? Me llevaba las flechas y listo, deuda saldada.

Nos quedamos los tres en silencio durante un instante. La lógica de Vera tenía sentido y algo me decía que no nos mentía, que habíamos descubierto al asesino de Julio Ortega pero no al ladrón de la colección.

—¿Tenía vidrio? —pregunté—. ¿Las flechas estaban detrás de un vidrio?

—Sí. Creo que sí. Pero ¿eso qué tiene que ver? Quiero hablar con mi abogado. No pienso decir una palabra más hasta que no me haya reunido con él.

Lamuedra y yo nos miramos. Si Vera decía la verdad y cuando se había ido de la casa el cuadro estaba intacto, entonces alguien había entrado después y lo había robado. Aunque lo de los vidrios rotos recogidos con una escoba seguía sin tener sentido.

Nos despedimos de Vera y salimos de la sala. Por la ventanita en la puerta vi que el prestamista seguía negando con la cabeza, seguramente imaginándose lo diferente que habría sido todo de haber sabido aquella noche lo que le acabábamos de contar.

\*\*\*

Después de completar todo el papeleo para que Enrique Vera se quedara detenido, el comisario me llamó a su despacho.

—Felicitaciones, Laura —me dijo con una sonrisa parca apenas me senté al otro lado de su escritorio—. Hiciste un excelente trabajo.

—Gracias. Aunque todavía no sabemos qué pasó con las puntas de flecha.

Lamuedra levantó la mano para indicarme que no siguiera hablando.

—Y esa es una pregunta de la que te vas a ocupar mañana. Ahora me gustaría que te tomaras cinco minutos para celebrar que encajaste la pieza más importante del rompecabezas.

—Si encontramos las flechas, encontramos al agresor de Castro...

Lamuedra levantó esta vez ambas manos, y también la voz.

—Mañana, Laura. Eso mañana. Acabás de resolver uno de los homicidios más brutales que hubo nunca en Puerto Deseado. Este es el momento de sacar la cabeza para respirar un poquito antes de volver a zambullirte. Quiero que te vayas a tu casa y que descanses.

Le dije que sí, pero tanto él como yo sabíamos perfectamente que me sería imposible pegar un ojo en toda la noche.

## CAPÍTULO 42

A la mañana siguiente entré al juzgado a primera hora. Tras cerrar la puerta de mi laboratorio, me dejé caer en la silla giratoria con un gruñido. Después de la persecución a Vera, mis piernas habían quedado agotadas. Seguramente la noche en vela también contribuía al dolor muscular, pero al menos me había servido para pensar en cómo continuar con la investigación.

Habíamos encontrado al asesino de Ortega y eso cerraba una parte del caso. Sin embargo, todavía desconocíamos quién tenía las flechas que habían desaparecido de su casa. Tampoco sabíamos a ciencia cierta si era la misma persona que había agredido a Castro para robar en el museo, aunque yo suponía que cualquier otra cosa habría sido demasiada casualidad.

Decidí empezar el día echando otro vistazo a las fotografías de la escena del crimen. Quizás se me había escapado algo, o quizás a la luz de lo que ahora sabíamos aparecía algún detalle nuevo.

Encendí la computadora del laboratorio, donde tenía todas las imágenes. Mientras esperaba a que aquel bicho obsoleto terminara de arrancar, busqué las copias impresas que tenía guardadas. Al abrir el armario del laboratorio, me quedé paralizada. La ficha con las huellas digitales que yo había puesto de carnada ya no estaba. Di dos pasos hasta el helecho y metí las manos entre sus hojas hasta dar con la cámara oculta. Traté de sacar la tarjeta de memoria, pero el aparato se me cayó al suelo. Lo recogí e intenté una segunda vez. Entonces sí, mis dedos temblorosos lograron abrir la tapita del costado y presionar la tarjeta de memoria hacia adentro con la uña. El cuadradito de plástico que guardaba la respuesta a todas mis preguntas hizo *clic* y salió expulsado.

Los tres minutos que tuve que esperar a que mi computadora terminara de arrancar se me hicieron eternos. Cuando por fin pude ver el contenido de la tarjeta, descubrí que tenía tres archivos. La cámara estaba configurada para empezar a grabar al detectar movimiento y cortar después de cinco minutos de quietud. Cada una de estas sesiones se guardaba en un archivo diferente. Hice doble clic en el más reciente y me vi a mí misma entrando al laboratorio hacía unos minutos. Lo borré y reproduje el siguiente. En un rincón de la imagen, un reloj marcaba las cinco y cuarto de la tarde cuando Mirna, la mujer de la limpieza, entró a pasar la aspiradora por el laboratorio. Durante los cuatro minutos que estuvo en mi despacho, ni siquiera miró la puerta del armario. Tampoco tocó ni limpió nada encima de las mesas o escritorios —de hecho, tenía prohibido hacerlo—. Cinco minutos después de que se llevara la aspiradora, la grabación llegó a su fin.

Abrí el último archivo. El reloj del rincón de la pantalla marcaba las 02:17. Una silueta entró al laboratorio y encendió la luz de espaldas a la cámara. Reconocí el uniforme azul y las botas negras. Era sin duda un policía al que le había tocado quedarse de guardia en el juzgado la noche anterior. Había algo familiar en su cuerpo redondeado y su pelo fino y muy corto, pero no logré reconocerlo.

Caminó derecho al armario, lo abrió y hurgó unos segundos hasta encontrar la ficha con las impresiones. Después de examinarla un rato, la dobló en cuatro partes y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Entonces se dio la vuelta y le vi la cara durante un par de segundos que me resultaron suficientes para reconocerlo.

La persona que acababa de morder el anzuelo no era otra que el sargento Debarnot. El mismo que había encontrado el cuerpo sin vida de Julio Ortega hacía quince días.

## CAPÍTULO 43

El comisario miró su teléfono otra vez. Ya faltaba menos para las ocho de la noche. Diez minutos y Debarnot entraría a la comisaría para empezar su turno.

Al enterarse de lo que había pasado, Lamuedra había ido personalmente a buscar al sargento a su casa, pero su esposa le dijo que había salido a llevar a la hija al parque. Al confirmar que la mujer decía la verdad, el comisario había decidido cambiar de estrategia y esperar a que Debarnot se presentara a trabajar para hablar con él. Así evitaba escándalos con la familia y la posibilidad de que algún pseudoperiodista o chismoso aficionado se enterara de que la policía se llevaba preso a uno de sus suboficiales.

—A ver, dejame verlo otra vez —me dijo poniendo ambas manos sobre el escritorio de madera lustrada de su oficina en la comisaría.

—Es él. No cabe duda de que es él —protesté.

—Dejame verlo de vuelta.

Saqué de mi mochila la computadora portátil, la puse sobre el escritorio y reproduje por enésima vez la grabación. Observamos en silencio los cuarenta y cinco segundos de video que dejaban claro que Debarnot había robado la falsa evidencia.

—Vergüenza le tendría que dar —gruñó Lamuedra al finalizar la secuencia—. Deshonrar así a la Policía de Santa Cruz, que no solo le dio de comer a él sino a su padre también. Si el Flaco Debarnot pudiera, estoy seguro de que se levantaría de la tumba para romperle el culo a patadas.

Entonces sonó el teléfono. Lamuedra atendió apretando el auricular contra su oído.



—Ya voy para allá —dijo levantándose de la silla antes de colgar.  
Luego se dirigió a mí—: Debarnot ya está en la sala de interrogatorios.

## CAPÍTULO 44

La sala era la misma en la que hacía apenas veinte horas habíamos interrogado a Enrique Vera, con la diferencia de que ahora había dos policías custodiando la puerta en vez de uno. El más alto sostenía un trapo con hielo contra su ceja.

—¿Encima te pegó? —le preguntó Lamuedra.

—No le gustó nada que lo agarrásemos por sorpresa cuando entró a la comisaría.

—Lo tuvimos que atar —agregó el otro policía, haciendo chocar sus muñecas varias veces.

Me asomé a la ventana de la sala de interrogatorios. Debarnot tenía el uniforme arrugado del forcejeo con sus compañeros y estaba esposado a la misma argolla que horas antes había sujetado a Enrique Vera.

—No te preocupes, Ramírez —dijo Lamuedra, señalando la ceja del policía alto—, esta también se la voy a hacer pagar.

El comisario abrió la puerta y me hizo un gesto para que lo siguiera.

—¿Qué es esto, comisario? —preguntó el sargento.

Lamuedra lo miró con odio y negó lentamente con la cabeza. Antes de hablar, se señaló con un dedo los zapatos perfectamente lustrados.

—De este lado de la mesa se hacen las preguntas. De ese, se responden.

El comisario se volvió hacia mí como esperando que dijera algo. Me limité a poner la computadora sobre la mesa. Debarnot nos observó en silencio, su mirada alternando cada pocos segundos entre Lamuedra y yo.

—A ver si reconocés a este tipo —dijo el comisario.

Debarnot vio en la pantalla su propia silueta acercándose al armario. Sin esperar siquiera a la parte en la que se lo veía de frente, se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos esposadas a la

cara. El tintineo de la cadena que lo unía a la argolla de metal era el único sonido en la sala.

—¿A quién estabas intentando proteger, Debarnot? ¿De quién son las huellas que hiciste desaparecer?

El policía hundió más aún la cabeza en sus manos e inspiró profundamente.

—No sé en qué estaba pensando, comisario.

—¿De quién son las huellas, Debarnot? —insistió Lamuedra.

Los ojos marrones y vidriosos del suboficial se alzaron hasta encontrarse con los del comisario.

—Son mías —dijo sosteniéndole la mirada a su superior.

—¿Vos tuviste algo que ver con la muerte de Julio Ortega? —bramó Lamuedra con tanta fuerza que las últimas sílabas le salieron con falsete—. ¿Un miembro de la policía?

Debarnot se apresuró a negar con la cabeza y levantó las manos esposadas, mostrándonos las palmas.

—No, no. Yo no lo maté, comisario. Se lo juro. Cuando llegué a la casa ya estaba muerto. Es tal cual les conté. Pasaba por ahí y me pareció sospechoso que la puerta estuviera abierta en pleno invierno. Entonces entré y descubrí el cadáver de Ortega. Se lo juro por mis hijas, comisario. Yo no le toqué ni un pelo.

Lamuedra se cruzó de brazos. Debarnot prosiguió:

—Lo primero que hice fue notificar a comisaría para que enviaran gente. Y mientras esperaba, descubrí el cuadro con las flechas. Estaba apoyado en el suelo, en un rincón del comedor. Me equivoqué, reconozco que no tendría que haberlo tocado siquiera, pero fue una especie de impulso que no pude controlar.

—¿Un impulso?

—Me da vergüenza contar esto.

—A mí, en tu lugar, además de vergüenza me daría asco —agregó el comisario—. Pero no estás acá para contarnos lo que sentís sino lo que hiciste.

—El papá de Marina... —murmuró Debarnot con un hilo de voz apenas audible—. El papá de Marina colecciona puntas de flecha.

—¿*Te robaste* el cuadro para quedar bien con tu suegro? —pregunté.

Debarnot cerró los ojos por un momento con la expresión de alguien que se arrepiente genuinamente aunque sabe que ya es demasiado tarde.

—Sí, no hay otra palabra para describir lo que hice. Agarré el cuadro y me lo llevé al auto. De los nervios, antes de salir de la casa lo golpeé contra una pared y el vidrio se rompió.

Aquello explicaba por qué habíamos encontrado trozos de vidrio y una flecha en la escena del crimen. También explicaba por qué Debarnot había hecho desaparecer las impresiones que yo había levantado de los fragmentos: porque eran suyas.

—Pensé en barrer los vidrios y fui a buscar una escoba por la casa —dijo el policía como si hubiera leído en mi mente la siguiente pregunta—, pero apenas empecé a recogerlos oí la sirena.

—Por eso encontramos los fragmentos de vidrio apilados junto a la escoba —dijo Lamuedra mirándome.

—¿Qué hiciste con la ficha con tus huellas dactilares que robaste de mi armario? —quise saber.

Debarnot se miró las manos esposadas durante un instante. Antes de hablar, cerró los ojos.

—La quemé —respondió—. Tenía miedo de que al encontrar mis huellas en el vidrio pensarán que yo había tenido algo que ver con el homicidio.

—¿Y no es así?

—Les juro que no. Ya les dije, cuando lo encontré estaba muerto. Lo de llevarme las flechas fue un error estúpido, no sé cómo pedir disculpas. Me tiene que creer, comisario, de policía a policía, usted sabe que yo jamás haría algo así.

—En mi diccionario, ladrón es exactamente lo contrario de policía —zanjó Lamuedra—. Y, encima, ladrón reincidente.

—¿Reincidente? ¿A qué se refiere?

—¡Al asalto al museo, sargento! A la privación ilegal de la libertad del arqueólogo Alberto Castro. A meterlo adentro de un armario atado de pies y manos para robar patrimonio cultural. ¿Qué excusa vas a poner para eso? ¿Que te gustó tanto la colección que no pudiste resistir la tentación de completarla? ¿Que una fuerza irresistible te llevó a querer reunir todas las flechas? ¿Qué es esto, *El señor de los anillos*?

—No, comisario. Yo con lo del museo no tuve nada que ver.

Lamuedra entrelazó los dedos y apoyó en ellos su barbilla, largando un sonoro soplido por la nariz.

—Mirá, Debarnot, te voy a ser claro. No sé si me jode más lo que hiciste o que ahora nos trates de estúpidos. Más allá de que en tu puta vida vas a volver a trabajar de policía, me decepcionaste a nivel personal. Traicionaste a la fuerza policial, a todos tus compañeros de trabajo y, como si eso fuera poco, insultaste la memoria de tu viejo. Increíble que de un policía estelar como tu padre haya salido algo así.

—Tiene razón, comisario. Seguramente este error me cueste más que mi trabajo, y me hago cargo. Pero yo no soy ningún asesino. Y tampoco robé en el museo.

—Supongamos que eso fuera verdad —intervine—. ¿Dónde están las flechas que sí robaste?

—No sé. Las vendí a los pocos días de encontrarlas.

—De encontrarlas no, de robarlas —puntualizó Lamuedra—. Además, ¿no te las habías llevado para colgarlas en tu casa?

—Me asusté y me las quise sacar de encima lo antes posible. En ese momento ya estaba arrepentido de lo que había hecho, pero era demasiado tarde para volver atrás.

—¿A quién se las vendiste? —pregunté.

—No sé. Puse un aviso en Mercado Fácil y a las pocas horas me contactó un tipo ofreciéndome una buena plata con la condición de que quitara inmediatamente el anuncio de la web. Y acepté.

Eso coincidía exactamente con el relato del coleccionista Menéndez-Azcúenaga: un anuncio en internet ofertando las flechas que apareció y desapareció en menos de un día.

—Pero le habrás visto la cara al comprador a la hora de hacer la transacción —aventuré.

Debarnot negó con la cabeza.

—Me citó en la ruta tres, a pocos kilómetros de Caleta Olivia. Abajo de los sauces.

Cualquier persona de la zona sabía exactamente a qué sauces se refería Debarnot. En uno de los lugares habitados más áridos del mundo, los únicos dos sauces en un trayecto de asfalto de más de mil kilómetros eran todo un accidente geográfico.

—No me mostró la cara. Tenía un pasamontañas en la cabeza y apenas habló. Me pidió las flechas, las miró durante un buen rato, me dio la plata y me hizo señas para que me fuera.

—¿Cuánto te pagó? —pregunté, más por curiosidad que por otra cosa. Debarnot se retorció un poco en su silla, incómodo.

—Bastante.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

—¿Dólares?

—No, pesos.

Hice la cuenta en mi cabeza. Aquello no llegaba a tres mil dólares. Cien veces menos de lo que Ariel me había dicho que podía valer ese cuadro. Evidentemente, Debarnot no tenía ni idea de lo que estaba vendiendo.

—¿Qué nos podés decir del tipo? ¿Color de ojos? ¿Cómo era su voz?

—Ojos marrones. Voz masculina. Más detalles no tengo, porque habló muy poco.

—¿Y su complexión física?

—Mediana, diría yo. Metro setenta y cinco más o menos.

—¿Dirías que era un tipo muy musculoso? ¿Una persona que pasa mucho tiempo en el gimnasio? —quise saber.

—No, musculoso no, pero estaba en buena forma.

—¿Edad estimada?

—No tengo ni idea. Ni siquiera los dientes le vi, porque el pasamontañas era de esos que no tienen agujero en la boca. Evidentemente, el tipo tenía miedo a que lo reconociera.

—O a que lo vieran haciendo una operación totalmente ilegal con un policía —bramó el comisario.

—Antes de encontrarse conmigo, él no tenía forma de saber que yo era policía.

—¿Para qué lado se fue después de comprarte las flechas? —pregunté.

—No sé. Me indicó que yo me fuera primero.

—¿Qué vehículo tenía?

—No tenía.

—¿Cómo que no tenía? —pregunté incrédula—. El lugar donde te encontraste con él está en el medio de la nada.

—La transacción la hicimos debajo del puente, y no había ningún coche ni ahí ni a los costados de la ruta. No hay forma de esconder un vehículo por esa zona, y menos en pleno día.

Debarnot tenía razón. Era imposible esconder un auto en aquella planicie. El puente al que se refería sorteaba el lecho de un arroyo completamente seco, salvo en las contadas ocasiones en que la meseta recibía alguna lluvia.

—Alguien lo debe de haber llevado hasta ahí y después lo pasó a buscar. Quizás justamente para que yo no reconociera el vehículo —agregó el sargento—. ¿Ven que el tipo tomó muchísimos recaudos para que no lo identificaran? Para mí que era del pueblo.

—Suponiendo que decís la verdad...

—Digo la verdad —me interrumpió.

—Suponiéndolo, la persona que te compró las flechas estaba en Deseado hace tres días. Tiene que ser el mismo que robó la única flecha Panasiuk de las casi diez mil piezas que hay en el museo. ¿De qué color era el pasamontañas?

—Gris, me parece.

—¿Todo gris?

Debarnot miró hacia el techo intentando evocar la imagen. Sus ojos, que se movían erráticos, tenían la sumisión desesperada de quien desea arreglar un daño irreparable.

—Sí. En los agujeros de los ojos tenía un borde negro. Lo demás era gris.

El comisario y yo nos miramos. La descripción del pasamontañas coincidía con la de la persona que había robado en el museo y encerrado a Alberto Castro en un armario tres días atrás.

## CAPÍTULO 45

Cuando terminamos de hablar con Debarnot, el comisario le dijo que a partir de ese momento quedaba apartado de su cargo y sin sueldo por tiempo indeterminado. Después le explicó que seguramente se le iniciaría una causa penal por robo y por «entorpecimiento del buen funcionamiento de la administración de justicia», agravada por formar parte del cuerpo policial. Cuando el suboficial indicó que entendía lo que le acababan de decir, Lamuedra ordenó a los escoltas que esperaban fuera de la sala de interrogatorios que le quitaran las esposas.

—¿Lo va a dejar irse a su casa como si nada? —pregunté cuando Debarnot abandonó la sala.

—Como si nada, no. Entró siendo un policía y se va siendo un civil.

—Pero se va.

—La falta es grave, y le vamos a iniciar un juicio, pero no tenemos forma de justificar una detención en este momento. Todo a su tiempo.

Inspiré hondo para intentar calmarme. Me sorprendió que me indignase tanto que Debarnot saliera libre. Después de todo, yo conocía casos de delitos mucho peores por los que nadie había ido preso.

\*\*\*

Quince minutos más tarde, la jueza Echeverría entró al despacho del comisario tras dar dos golpecitos en la puerta. Yo la había llamado por teléfono con la intención de ponerla al corriente del robo de la evidencia en su juzgado, pero ella prefirió que lo habláramos en persona.

Cuando Lamuedra terminó de contarle lo que nos había confesado Debarnot, nos quedamos los tres en silencio.



—Yo creo que dice la verdad —sugerí al cabo de un buen rato—. Le gustaron las flechas, se las quiso llevar y tuvo la mala suerte de romper el cuadro en la entrada de la casa. Después le entró la paranoia y se lo quiso sacar de encima. Y para cubrirse las espaldas, hizo desaparecer del armario del juzgado la ficha con sus huellas.

—Supongamos por un momento que dice la verdad —concedió el comisario—. Entonces quien sea que le compró las flechas está intentando completar la colección. Por eso robó la del museo.

—Eso mismo piensa Alberto Castro —convino la jueza Echeverría—. Esta mañana estuve desayunando con él en su hotel.

—¿Cómo está? —pregunté—. Yo tenía pensado ir a verlo hoy o mañana.

—Le vas a dar una alegría. Está bien, aunque todavía un poco en shock. Además, creo que de alguna manera se culpa por no impedir que robaran el museo.

—Lo único que nos faltaba era que se hubiese hecho el héroe —protestó el comisario—. Si hubiera tratado de detener al atacante, capaz que ahora tendríamos dos muertos en vez de uno.

Asentí, y el recuerdo de Castro atado dentro del armario me dejó un mal sabor de boca.

—Repasemos los siguientes pasos, entonces —propuse—. Al atacante de Castro le faltan dos flechas para reunir las quince de la colección Panasiuk: la que está en la estancia El Atardecer y la que tenemos nosotros en la caja fuerte del juzgado.

—Lo primero que hay que hacer es avisar a la gente de la estancia para que tengan mucho cuidado —dijo Echeverría.

—Yo se lo dije cuando fui a verlos con Manuel —acoté—. Pero los voy a llamar para recordárselo y sugerirles de nuevo que traigan la flecha al juzgado para guardarla en nuestra caja fuerte.

—Me parece una buena idea. Más a salvo que ahí no va a estar. Solamente Estela y yo tenemos la combinación de esa caja.

Estela era la jueza subrogante, la que reemplazaba a Delia Echeverría cuando ella no estaba disponible. Pero había sido madre ese año y llevaba meses sin pisar el juzgado.

—Volvamos un momento a la muerte de Ortega —añadió Echeverría—. Vera afirma que lo mató a golpes en un ataque de ira exacerbado por el

efecto de los esteroides. Entonces el móvil de ese crimen es un ajuste de cuentas por una deuda de juego enorme.

—Y suponiendo que Debarnot dice la verdad —continué yo—, ahora sabemos que es cierto que el prestamista no tuvo nada que ver con la desaparición de las flechas.

—O sea que tenemos dos casos separados —concluyó el comisario—, el crimen de Ortega y el robo de las puntas de flecha.

—Tres —corregí—. Si le creemos a Debarnot, tenemos tres casos. El homicidio y el robo de la colección ya están resueltos. Nos falta saber quién robó en el museo.

—Es cierto —reconoció Lamuedra—. Y es muy probable que sea la misma persona que le compró las flechas a Debarnot. La descripción física coincide con la que nos dio Castro sobre su atacante: complexión saludable pero no de gran musculatura, metro setenta y cinco, pasamontañas gris con un borde negro en torno a los ojos.

## CAPÍTULO 46

La jueza Echeverría me llevó de vuelta al juzgado, donde yo había dejado mi auto, y se fue a su casa. Entré al edificio con la intención de dejar unos papeles y hacer lo mismo que ella, pero apenas puse un pie en mi laboratorio cambié de opinión y encendí la computadora. No tenía muy claro qué iba a hacer, pero no podía irme a casa a quedarme de brazos cruzados.

Mientras la máquina arrancaba, marqué en mi teléfono el número de Lali, la dueña de la estancia El Atardecer.

—*El número al que usted llama se encuentra apagado o fuera del área de servicio.*

Recordé que casi no tenían señal de teléfono. Según Lali, dependiendo del clima y en qué parte de la casa estuviera, a veces tenía una rayita de cobertura, pero en general estaban aislados. Subía una vez por día a un cerro a recibir mensajes y devolver llamadas, normalmente a la mañana. Yo la estaba llamando a las once de la noche.

Volví a marcar su número y otra vez me topé con la misma voz robótica. Decidí dejar un mensaje.

—Hola, Lali, te habla Laura Badía, del juzgado. Lali, no te quiero asustar, pero creo que las probabilidades de que alguien intente robarte esa flecha tornasolada que nos mostraste son muy muy altas. Mucho más de lo que creíamos el día que te fuimos a ver. Así que te pido que andes con ojos en la nuca y traigas la flecha al pueblo cuanto antes para guardarla por un tiempo en un lugar seguro. Como te dije el otro día, en el juzgado tenemos una caja fuerte. No te preocupes, que no te la vamos a quitar; es simplemente para proteger la pieza y protegerlos a ustedes hasta que se resuelva este caso. Cuando escuches esto llamame, por favor. Besos.

Corté y me quedé mirando el aparato. ¿Habíamos hecho bien en dejar que esa mujer conservara la flecha en su casa, sabiendo el peligro que corría? Una pequeña voz fue apareciendo en mi cabeza. Me decía que si le pasaba algo —o ya le había pasado—, era culpa nuestra.

La vibración del teléfono en mis manos me sacó de aquellos pensamientos. En la pantalla apareció la foto de perfil de mi tía Susana. Era en blanco y negro, de hacía muchos años. La mujer joven y fuerte que mi tía había sido apuntaba su Browning de nueve milímetros a la cámara.

—Hola, tía.

—Nena. Soy yo, la tía Susana.

Su voz sonaba temblorosa, como si hubiera estado llorando.

—Sí, ya lo sé, tía. ¿Te pasó algo?

Hubo un silencio.

—¿Tía? —insistí, levantándome de la silla de un respingo.

Lo que siguió fueron unas frases pronunciadas con un tono muy distinto al suyo. Habló de manera monocorde, tropezándose con las palabras. Estaba claro que leía algo en voz alta.

—Laura, si me querés volver a ver con vida, traé la flecha tornasolada a los sauces del kilómetro 1.934 de la ruta 3, antes de llegar a Caleta Olivia. Vení sola hoy a las dos de la madrugada. Si te aparecés con alguien, mi muerte va a ser tu responsabilidad.

—Tía, ¿con quién estás? ¿Estás bien?

La comunicación se cortó y sentí que las piernas se me transformaban en gelatina. Tuve que aferrarme a la mesa del laboratorio para no desplomarme al suelo.

## CAPÍTULO 47

Recorrí el laboratorio con largas zancadas pensando qué hacer. Lo correcto era avisar al comisario y a la jueza, porque no solo había una persona en peligro, sino que la extorsión tenía relación con el caso que investigábamos. Yo había participado en muchas simulaciones de secuestros durante mi etapa en la academia de policía, pero nada, absolutamente nada, me habría podido preparar para un momento así. Había algo dentro de mí, una especie de instinto animal, que me obligaba a proteger la vida de mi tía a toda costa. Y si eso implicaba ir sola a encontrarme con quien carajo fuera que la había secuestrado, así sería.

Mis prioridades estaban claras: tenía que abrir la caja fuerte del juzgado para acceder a la punta de flecha. Lo que no estaba claro para nada era cómo hacerlo, porque solo la jueza y la subrogante tenían la combinación. Miré el reloj. Eran las once y media de la noche, y para llegar adonde había indicado mi tía se necesitaban dos horas. Tenía treinta minutos para conseguir la flecha.

Llamé por teléfono a Echeverría pero no hubo respuesta.

Marqué el número de la subrogante. Mientras esperaba a que se estableciera la comunicación, en mi cabeza iba inventándome excusas para justificar molestarla a esas horas y durante su licencia. No hizo falta nada de eso porque una operadora me dijo que el teléfono estaba apagado.

Con ganas de estrellar el aparato contra el suelo, me lo puse en el bolsillo y caminé un poco más por el laboratorio, deslizando la mano por la mesa de acero inoxidable. Después de varias vueltas, me encaminé hacia la oficina de Echeverría.

Como siempre, la puerta no estaba cerrada con llave. Levanté un poco la pantalla de la computadora de la jueza y deslicé los dedos por debajo

hasta dar con las aristas metálicas de una llave. Yo misma había visto a Echeverría esconderla allí mil veces. «Total, aunque la encuentren, no sirve de nada sin la combinación», me había dicho en una ocasión. Caminé hacia la ventana y me arrodillé frente a la caja fuerte gris. Metí la llave en la cerradura y le di media vuelta con la esperanza de que el último que la hubiese abierto se hubiera olvidado de descorrer la combinación. El mecanismo soltó un chasquido engrasado y giró un poco, pero la puerta sólida no se movió ni un milímetro.

En ese momento me di cuenta de que ni siquiera sabía de cuántos números era la combinación. Por suerte, las letras doradas en el dial indicaban la marca y modelo de la cerradura. Ideal para hacerle una pregunta al doctor Google: «La cerradura de combinación Sargent & Greenleaf 6739 está dotada de un tambor de tres ruedas, de modo que se abre con una combinación de tres números de dos cifras entre uno y noventa y nueve. Para introducir el código, se gira el dial al menos cuatro vueltas en sentido antihorario hasta detenerse en el primer número de la combinación. Luego, se gira en sentido horario hasta que el segundo número pasa tres veces por el indicador, y luego de nuevo en antihorario dos veces, hasta detenerse en el tercer número». Dejé de leer cuando el artículo mencionaba que había un millón de posibles permutaciones de tres números de dos cifras.

«A ver, pensá, Laura. Si vos fueras la jueza, ¿qué combinación elegirías?». Recordé el simpático cuadro con números dotados de brazos y piernas que celebraban en un bar. Siempre había sospechado que esa pintura escondía la combinación. Más aún desde que había oído sin querer trozos de una conversación al respecto entre la jueza y la subrogante.

Pero los personajes del cuadro eran los diez dígitos de una cifra y yo necesitaba tres números de dos. Además, ¿cómo relacionar un número ocho tomando tequila o un cuatro con medias de red bailando cancan con los que abrían la caja?

Probé sin éxito varias secuencias, la mayoría demasiado enrevesadas. Cuando se me acabaron las ideas, dejé de lado el cuadro e intenté otras cifras más mundanas. La primera fue la fecha de nacimiento de la jueza: 22-03-62. Nada. Luego busqué en Facebook a la subrogante, rogando que su cumpleaños estuviera disponible para sus amigos: 18-12-77. Tampoco.

Intenté invirtiendo los números y luego probé, también sin éxito, la fecha en que habían inaugurado el edificio del juzgado.

Apoyé el oído contra el metal frío y giré la rueda como había visto en las películas sin saber exactamente para qué lo hacía. Solo oí el zumbido monótono del cilindro girando sobre su eje aceitado. Le di un puñetazo a la puerta, golpeándome el meñique con el borde filoso del tambor. Lo único que logré abrir fue mi piel.

Chupándome la gota de sangre que brotó de la herida, me incorporé, respiré hondo y miré el reloj. Para llegar a tiempo, tenía que salir en ese mismo momento. Entonces me invadió una sensación de impotencia, de rabia enorme y le pegué una patada a la rueda de las combinaciones con todas mis fuerzas. La caja no se movió ni un centímetro, pero algo hizo *crac* dentro de mi zapato. No pude contener un gruñido de dolor.

—Laura, ¿qué estás haciendo?

La voz de la jueza sonó severa a mi espalda.

Me di vuelta y la vi con las manos en los bolsillos del pantalón de su traje gris. Sus ojos alternaban entre mi cara y la llave dorada puesta en la cerradura de la caja fuerte.

## CAPÍTULO 48

—¿Qué hacés intentando abrir la caja fuerte a patadas, Laura?

—Tuve una idea —balbuceé. La jueza arqueó las cejas ante mis palabras sin sentido—. Se me ocurrió que podría hacer un molde en yeso de la flecha.

No sé por qué le dije eso, pero fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Un molde? ¿Para qué?

—Podríamos hacer una réplica con resina y meterle un GPS adentro. Luego usamos la flecha falsa de carnada para encontrar el resto de la colección.

—¿Un GPS adentro de una punta de flecha? Vos estás viendo demasiadas películas de espías.

—No, ¡para nada! Hoy en día hay dispositivos muy pequeños —dije sin tener la menor idea de si era verdad.

—Además, por muy buena que sea la resina, no engañará a un coleccionista experto.

—Solo necesitamos que se crea por unos minutos que tiene la flecha verdadera. Además, encontré por internet una resina especial que imita al ópalo. La usan mucho en joyería.

Otra enorme mentira. Mierda, mierda, mierda, era imposible que Echeverría se tragara esa sarta de bolazos que no se sostenían por ningún lado.

—¿Y este plan a lo James Bond no podía esperar hasta mañana?

—Usted sabe cómo soy, su señoría. Además, no le voy a explicar a usted lo importante que es este caso para mí. Disculpe por ser una adicta al trabajo. Debería tomar su ejemplo y no estar nunca en el juzgado después del horario de oficina —dije señalando un reloj colgado en la pared.



La jueza se rio entre dientes.

—Mirá, Laura, mi situación y la tuya son muy distintas. Vos sos joven todavía. Deberías aprovechar estos años. Después te vas a arrepentir de haberte pasado todo tu tiempo en el trabajo. —Echeverría largó un suspiro y se apoyó sobre el escritorio—. Yo me arrepentí demasiado tarde, cuando ya lo había perdido todo. Es una historia larga que no suelo contar, pero me parece que te haría bien escucharla. ¿Tenés tiempo para la confesión de una adicta al trabajo derrotada?

«No», pensé. No había nada que quisiese menos en ese momento que una historia larga.

—En realidad estoy un poco apurada, ¿lo podemos dejar para otro momento?

—¿Apurada? ¿A las doce de la noche?

—Quiero meter la flecha en yeso, así mañana a la mañana ya la puedo desmoldar.

—Ah, claro, y pensaste que la forma más rápida de abrir la caja fuerte era a patadas.

Miré al suelo y me puse las manos detrás de la espalda, como una nena a la que retan en el colegio.

—En realidad —dije por lo bajo—, hace un tiempo escuché una conversación entre usted y Estela en la que mencionaban la caja fuerte y ese cuadro. Entonces intenté con varias combinaciones de los números. Estaba tratando de abrirla para ganar tiempo. Le juro que si lo lograba, mañana a primera hora se lo iba a decir.

La jueza negó con la cabeza y resopló con un aire de reprobación.

—¿Cuándo se van a hacer las cosas bien en este juzgado, Badía? —dijo mientras se acercaba al cuadro con los números y lo descolgaba.

Al darle la vuelta a la pintura, me señaló un rincón en el que había una secuencia de tres números escrita a lápiz.

—Dictámelos en orden inverso al que están escritos. Yo la abro muy poco y no me los sé de memoria.

«¿Cómo no se me ha ocurrido mirar del otro lado?», pensé, reprendiéndome a mí misma mientras la jueza se agachaba frente a la cerradura.

—Nueve. Cincuenta y ocho. Veintidós —dije, y los repetí mentalmente varias veces para memorizarlos.

Tras girar la rueda a un lado y a otro durante unos segundos, Echeverría tiró con fuerza del pequeño picaporte y la puerta de hierro se abrió con un ligero chirrido de las bisagras gruesas.

—Acá tenés la flecha que no te deja dormir, Badía. Hacé lo que tengas que hacer con el yeso, pero la dejás que se seque adentro de la caja fuerte, ¿me entendiste? Antes de irte, metés el molde con la flecha y la cerrás. Y que sepas que mañana mismo llamamos a un cerrajero para que cambie la combinación.

—Gracias, su señoría.

Sin decirme nada, Echeverría cerró la caja fuerte y salió del despacho. La oí bajar las escaleras y meterse en el archivo del juzgado.

Me guardé la flecha en el bolsillo de la campera y corrí hacia mi laboratorio. Agarré un vaso de plástico y le eché varias cucharadas grandes de yeso en polvo. Agregué agua y revolví lo más rápido que pude, salpicando gotitas blancas sobre la mesa y mi ropa. Una vez que la pasta estuvo lista, la vertí en un recipiente de plástico del tamaño de un paquete de cigarrillos y lo cerré. Volví a la oficina, lo metí en la caja fuerte y cerré la puerta como me había ordenado Echeverría.

Me puse la mano en el bolsillo y sentí el tacto frío de la punta de flecha. La apreté entre los dedos mientras me encaminaba hacia la salida. La jueza todavía seguía en el archivo. Al ver que me aproximaba, el policía que escoltaba la puerta se levantó de su silla e hizo girar la llave puesta en la cerradura para abrirme.

Salí a la noche fría, crucé la calle con paso apurado y me subí al Corsa. *Clic*, fue todo lo que oí al girar la llave. *Clic* de nuevo. Otro *clic*.

—Vamos, no me abandones ahora —le pedí en voz baja a mi auto, pero no hubo caso. Maldije a todos los que hasta ese momento me habían dicho con una sonrisa: «Un día te va a dejar tirada», y me bajé dando un portazo.

Miré a ambos lados de la calle. Estaba desierta. Entonces oí la puerta del juzgado y el policía que me acababa de abrir abandonó su puesto para cruzar hacia mí.

—¿Qué pasa, no arranca? —preguntó con la actitud de superhéroe de muchos hombres ante una mujer con un problema mecánico.

—Es la batería. Hace tiempo que venía fallando.

—Ah, bueno, si querés puedo arrimar el mío y hacemos un puente para que arranque.

—No, no hace falta —dije, mirando el reloj para descubrir que debería haber salido hacía más de veinticinco minutos.

—Pero mirá que no me cuesta nada...

—No.

Al oír mi respuesta tajante, el policía me mostró las palmas, disculpándose.

—Bueno, era una idea nada más.

—Perdoname, estoy un poco estresada estos días —dije, y posé mi mano sobre uno de sus brazos—. ¿Te puedo pedir un favor enorme?

—Lo que quieras.

—¿No me prestarías tu auto para ir a comprar cigarrillos?

—No sabía que fumabas.

—Muy de vez en cuando. —Sonreí.

—Llévate, no hay drama —dijo, y hurgó en sus bolsillos hasta dar con un llavero con el escudo de Boca Juniors. Tras ofrecérmelo, señaló el único vehículo a la vista además del mío y el de la jueza—. Es ese Clio blanco.

—Muchas gracias. Vuelvo en un ratito.

—Yo no me muevo de acá hasta las siete. Usalo todo lo que necesites.

«Te tomo la palabra», pensé, pero me limité a sonreírle y troté hacia el Renault del policía.

Arrancó con la primera vuelta de llave. Al mirar el teléfono para ver la hora, descubrí que tenía un mensaje de voz. Lo reproduje mientras me alejaba despacio del juzgado.

—*Hola, Laura, soy Lali, de la estancia El Atardecer. Recibí tu mensaje sobre la flecha y quiero decirte que no hay de qué preocuparse. Ayer estuvo por acá Alberto Castro, el arqueólogo, y me dijo lo mismo que vos, que hay alguien intentando reunir la colección y que lo mejor era guardar la punta en la caja fuerte del juzgado. Me dijo que apenas llegara a Deseado, te llamaría para dártela. Así que no te preocupes, que la pieza está a salvo. A lo mejor llegó muy tarde y no te llamó para no molestarte.*

Entonces, al fin, lo entendí todo. Di un puñetazo al volante y pisé el acelerador a fondo.

Lali se equivocaba. Castro sí que me había llamado, pero lo había hecho por boca de mi tía.

## CAPÍTULO 49

Después de una hora y cuarto a casi ciento cincuenta kilómetros por hora, las siluetas de los dos sauces se recortaron en el resplandor amarillento que la ciudad de Caleta Olivia proyectaba detrás del horizonte. Como esperaba, no había ningún vehículo a la vista. Solo los dos árboles de siempre junto a un pequeño puente que sorteaba el lecho de un río sin agua.

Salí del asfalto y tomé un estrecho camino de tierra que bajaba de la ruta al río seco. Mis focos iluminaron las ramas de unos pocos sauces más —no llegaban a diez en total— que el viento y la eterna sequía habían hecho crecer chatos y ladeados. Detrás del más grande, un vehículo estacionado junto al puente me hizo señas de luces.

Alberto Castro salió con un revólver calibre veintidós en la mano. No llevaba un pasamontañas en la cabeza, ni nada que intentara ocultar su identidad. Rodeó su auto, abrió la puerta del acompañante y le extendió a mi tía una mano que ella tardó varios segundos en decidirse a agarrar. Luego la ayudó a bajarse del vehículo con caballerosidad y le apuntó casi con timidez. De mala gana.

—Apagá el motor, las luces y bajá del auto —me gritó el arqueólogo, achinando los ojos, deslumbrado por mis focos.

Obedecí. Al silencio de la noche solo lo interrumpían las hojas de los sauces que se meneaban con el viento. Miré hacia arriba y divisé apenas las vigas de cemento que sostenían una de las rutas más largas del país. A nuestra derecha, la luna llena daba a la figura ondulante de los sauces una pátina plateada.

Alberto Castro estaba de pie un paso por detrás de mi tía. No la tenía sujeta por ningún lado; simplemente le apuntaba en medio de los riñones con el revólver.

—Dejá el arma en el suelo —me gritó.

—¿Qué arma?

—El arma en el suelo —insistió al tiempo que hundía un poco el cañón en la espalda de mi tía. Ella cerró los ojos y dio un pasito hacia adelante.

El tono del arqueólogo me dejó helada. Hablaba con una cadencia nerviosa, como quien no quiere hacer lo que está haciendo, como alguien al que le duele cada minuto de un esfuerzo extremo.

Me metí la mano por debajo de la campera y saqué la Browning de la cartuchera que llevaba atada a la cintura. Apreté el retén y el cargador cayó a mis pies. Luego deslicé la corredera de la pistola hacia atrás y la bala en la recámara saltó al suelo, rebotando entre las piedras con un tintineo metálico. Tiré la pistola, completamente inofensiva, a mi derecha.

—Acercate.

Di unos pasos hacia él.

—Hasta ahí —dijo cuando estuve a unos cinco metros—. La flecha. Tirámela. Sin hacer cosas raras, Laura. Por favor.

Sus últimas palabras salieron casi entrecortadas y noté un destello plateado en la cara del arqueólogo. Era el reflejo de la luna en una lágrima que le bajaba hasta la barba blanca.

—Tirá la flecha —insistió, e hice lo que me pidió.

Castro cazó al vuelo la cajita de plástico sin dejar de apuntar a mi tía con la otra mano. Sacó una pequeña linterna del bolsillo, la encendió y se la puso en la boca. Siempre con una mano, abrió la cajita para comprobar su contenido.

—Métase en el auto de su sobrina, señora. Y disculpe el mal rato.

El arqueólogo se guardó la linterna y la flecha en el mismo bolsillo. Mi tía dio un paso tímido hacia adelante. Luego otro, y otro más hasta caminar todo lo rápido que puede hacerlo una persona de setenta y tres años sobre un lecho de canto rodado.

—Vámonos de acá, Laura. Este tipo está loco —me dijo al pasar junto a mí, y después de un par de pasos más se desplomó en el suelo.

## CAPÍTULO 50

—¿Está bien, señora? —preguntó Castro, haciéndome señas de que no me moviera de donde estaba.

Mi tía no contestó, pero se volvió y lo miró con odio. Se había golpeado la nariz en la caída y la sangre le brotaba en gotas gordas y frecuentes. Se incorporó como pudo hasta lograr ponerse en cuatro patas y gateó los dos metros que le faltaban para llegar al Clio. Apoyándose en el capó, se incorporó y subió al auto.

Cuando cerró la puerta, Castro bajó la pistola y dio dos pasos hacia mí. Me miró a los ojos con pena y con arrepentimiento. Era la mirada de un hombre acorralado.

—¿Me vas a dejar que te cuente por qué? —dijo con una sonrisa que no logró disimular la mueca de dolor que mostraba su rostro.

—No hace falta. Ya lo sé. Porque es la colección de puntas de flecha más importante del mundo.

El arqueólogo negó con la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero le ganó de mano la misma tos ronca que tenía el día que lo encontramos en el armario.

—¿No hubiera sido mejor ponerlas en un museo antes que quedártelas para vos? —pregunté cuando dejó de toser.

—¿Quedármelas para mí? ¿Para qué quiero yo una colección de flechas si tengo acceso a todas las del país?

—¿O sea que pensabas venderlas?

Castro dejó rebotar la cabeza de arriba abajo. El sudor de los pliegues del cuello brillaba con el reflejo de la luna llena igual que lo había hecho su lágrima.

—Todo el mundo tiene un precio, supongo —dije.

—Sí, y doscientos sesenta y siete mil dólares definitivamente están por encima del mío.

—Con una cifra tan precisa, supongo que ya tendrás comprador.

—Algo así.

—¿Dónde está la colección?

Castro levantó la mirada y, fijando los ojos en mí, negó con la cabeza.

—No te puedo decir eso, y lo sabés. Acabo de perder mi carrera y mi reputación por esa colección. —Al oír sus propias palabras, largó una carcajada resignada—. Al final a lo mejor es verdad eso de que las flechas están malditas.

—Si me decís dónde están, quizás te reduzcan la condena.

—No va a haber condena.

No lo dijo con tono sobrado, sino más bien fáctico. Me estaba informando de algo sobre lo que tenía una certeza absoluta.

—No entiendo qué necesidad tenías de hacer todo esto. Sos una eminencia en esta disciplina. El tipo que más sabe de arqueología tehuelche en todo el mundo. Varias veces por año viajás al exterior a dar conferencias...

—Vos no tenés ni idea de cómo es el mundo de la investigación —me interrumpió—. Ni idea. Me costó treinta años llegar adonde estoy. Es cierto, tengo una cátedra en la UBA y me invitan a dar charlas en un montón de países. Pero no tengo un peso.

—Todos la estamos remando y, sin embargo, no salimos a robar por ahí. Además, tan mal no le puede ir a alguien que va por el mundo dando conferencias.

Negó con una sonrisa amarga ante mis palabras.

—Las presentaciones en Venecia o en Las Vegas no me dan de comer durante el año.

—Tendrás un sueldo.

—Un sueldo de profesor universitario del que me embargan el cuarenta por ciento hace más de veinte años. Cuando me separé de mi mujer, le tuve que pasar la manutención de Lautaro, nuestro hijo, durante catorce años. Cuando Lauti cumplió los dieciocho eso se cortó, pero al año siguiente dejó embarazada a la novia. Tuvieron a Alicia hace seis años, y hace cinco mi hijo murió en un accidente de moto. —El hombre hizo una pausa para respirar hondo y cerró los ojos con fuerza—. La madre de Alicia se declaró

insolvente y me llevó a juicio para que le pasara la manutención. Al morir el padre de la criatura, si el abuelo no tiene menores a su cargo, se tiene que hacer responsable en caso de que la madre no pueda hacerlo. Vos que trabajás en un juzgado, ¿sabías eso de la ley de tu país? Si no pago, no puedo ver a la única nieta que tengo y que voy a tener en mi vida.

—¿Y eso justifica secuestrar a una anciana y traicionar a una amiga como Echeverría?

—A la madre de Alicia solo le importa el dinero. Lleva una vida muy por encima de sus posibilidades, basada en deudas, tarjetas de crédito, cuotas... y pastillas. Antidepresivos, sobre todo. Y utiliza a su hija, ¡mi nieta!, como moneda de cambio. Si pago, la veo. Si no, no.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Laura, si todavía no me fui es porque quiero explicarte. Quiero que entiendas. Me importa que entiendas.

No le dije nada, pero le clavé la mirada más fría que pude conjurar.

—Yo solamente compré las flechas en el mercado negro. Por mi trabajo, estoy constantemente monitorizando los sitios web de compra y venta ilegal de material arqueológico. Y cuando vi el anuncio de esa colección, llamé y le hice una oferta con la condición de que lo quitara inmediatamente. Tuve que malvender mi autito, un Fiat Uno de hace veinte años, para pagarle. Pero era un negocio redondo. Encontrando al comprador correcto, esa colección, así incompleta como estaba, se podía vender por cien veces más.

—Y decidiste venir a Deseado a hacer la compra con la excusa de ayudarnos en la investigación.

—No, Laura. Es al revés. Fue Echeverría la que me llamó para pedir ayuda. Yo hace dos décadas que voy a Deseado cada uno o dos años a hacer trabajos de campo y asesorar en el museo. A Echeverría la conozco desde que era una simple abogada. Cuando ella vio que este caso podía tener que ver con un robo de arte lítico, me invitó a venir.

—Y mientras nos *ayudabas* con el caso, compraste a un miembro de la policía las flechas que nosotros nos rompíamos el culo por encontrar.

—Cuando quedé con el vendedor de las flechas en este mismo lugar y apareció el policía gordito que había visto haciendo guardia en el juzgado, no lo podía creer.



Efectivamente, la historia de Castro cuadraba con la declaración del sargento Debarnot sobre cómo y dónde había vendido las flechas.

—Por suerte, habías sido lo bastante precavido para esconderte con un pasamontañas. Pero ¿sabés qué? No me interesa tu historia. Tengo que llevar a mi tía al hospital y asegurarme de que está bien.

—La traté como a una duquesa.

—¡La secuestraste y ahora está sangrando, hijo de puta! Podrías haber vendido las flechas que le compraste a Debarnot y punto. Pero no, no pudiste resistir la tentación de completar la colección. No sé si por conseguir más guita o por un fetiche arqueológico. Fingiste que te habían atacado en el museo para robar vos mismo la flecha tornasolada de la colección. Lo que todavía me falta averiguar es a qué empleado del museo le pagaste para que te encerrara con llave en el armario.

—A ninguno, Laura. Yo soy el único culpable de todo esto. Esos armarios de puerta de chapa tienen el mecanismo de cierre expuesto. Si la llave está puesta, se puede hacer girar desde dentro tirando de las varillas que se meten en el marco.

—¿Y también me vas a decir que te ataste las manos sin ayuda de nadie?

—Hay decenas de magos aficionados explicando cosas así en YouTube. Sentí la puerta del Clio abrirse detrás de mí.

—¡Laura, vámonos! —gritó mi tía.

Di un paso hacia atrás, mirando a Castro a los ojos con todo el odio del mundo.

—Laura, me hubiera gustado que esto terminara de una manera muy diferente. Creo que podríamos haber sido muy buenos amigos en otras circunstancias. ¿Ya te olvidaste del viaje a Calafate y de todo lo que hablamos?

—No, no me olvidé de cómo fingías ser mi amigo para sacarme información y averiguar todo lo que pudieras de la colección.

El hombre bajó la vista y su pecho se desinfló de un soplido, como si estuviera muy cansado.

—Laura, ojalá me pudieras entender. No tenía otra alternativa.

—¿Cómo que no tenías otra alternativa? Robaste un museo, me mentiste, secuestraste a mi tía... y todo por avaricia. Decime una cosa:

¿para qué te va a servir toda esa plata, si ahora te va a perseguir la policía de todo el país?

—Basta con que me esconda unos meses.

—No, no basta con que te escondas unos meses. Yo personalmente me voy a encargar de que te encuentren. No vas a poder estar tranquilo nunca.

Castro me miró a los ojos y me pareció que el arma estaba a punto de resbalársele de las manos. La expresión de su mirada era de armonía. Casi de paz.

—Solo unos meses y voy a estar tranquilo —insistió—. Estoy enfermo, Laura. Bastante enfermo. No fueron las curvas las que me hicieron vomitar en el viaje al glaciar. Ni es el frío del sur la causa de esta tos de perros.

—Mentira.

—Es verdad. Hago todo esto para dejarle algo a Alicia. Así, cuando cumpla dieciocho años, puede elegir tener una vida distinta a la de la madre. Ya que no voy a poder estar ahí para acompañarla, al menos quiero que tenga acceso a una buena educación, que viaje un poco por el mundo...

—No quiero escuchar una palabra más —dije, y me di media vuelta, dándole la espalda.

—Laura, no te vayas.

Lo ignoré y seguí caminando.

—Laura, parate ahí. Te estoy apuntando con la pistola, Laura. No des un paso más.

Apuré el paso sabiendo que no me dispararía. Para eso tenía que ser un hijo de puta mucho peor. Había algo en su mirada, algo igual de cálido que aquella charla que habíamos tenido frente al glaciar, que me decía que todo lo que me había contado era verdad. Que sus actos no eran más que los de un hombre acorralado.

Si era así, lo entendía. Y si me mentía, ya me encargaría de él. Pero ahora tenía que llevar a mi tía al hospital.

Secándome una lágrima, me volví para mirarlo una vez más por encima de mi hombro. Todavía seguía ahí, apuntándome con la pistola levantada. Me pareció verlo sonreír por un instante. Luego me volví de nuevo hacia el Clio, donde esperaba mi tía.

Entonces oí el disparo.

Y luego otro.

Y un tercero.

—¡Yo te voy a enseñar, hijo de puta! —gritó mi tía Susana con el hombro apoyado en el marco de la puerta abierta del auto. Tenía los brazos extendidos y sujetaba con las manos un arma que reconocí al instante.

Un barrido rápido con la mirada sobre la tierra seca confirmó mis sospechas. El tropezón y la caída que la habían dejado con la nariz rota habían sido puro teatro. Ni mi Browning ni el cargador estaban donde yo los había tirado.

Me di la vuelta hacia el arqueólogo. Se había apoyado en el guardabarros de su auto y miraba hacia abajo, donde sus manos intentaban taponar los agujeros que tenía en el vientre. Levantó la cabeza y me miró desconcertado, como si acabara de despertar de un sueño muy extraño. Entonces comenzó a deslizarse hacia abajo hasta quedar sentado con la espalda contra la rueda delantera.

—¿Qué hiciste, tía?

—Te estaba apuntando, Laurita. Ese hijo de puta te iba a disparar. Vámonos —me respondió, subiéndose al auto.

La miré, desconcertada. Estaba pálida y hacía gestos con la cabeza para que nos fuéramos de ahí. Pero yo corrí hacia Alberto Castro tan rápido como me lo permitieron mis piernas.

—¿Qué hacés? —oí que mi tía gritaba a mi espalda.

Encontré al arqueólogo con la cabeza erguida y los ojos cerrados. Su boca se curvaba en una sonrisa que me pareció calma. Por la comisura de los labios bajaba un hilo de sangre que le teñía la barba blanca.

Emitió un sonido gutural y la sonrisa se convirtió en una mueca de dolor. Dijo algo, pero no pude entender más que un par de vocales que no me sonaron a nada. Una «a» y una «i».

—No hables —le indiqué mientras marcaba el 101 en mi teléfono—. Ya viene la ambulancia.

Cuando terminé de hablar con la operadora del servicio de emergencias, Castro hizo un gesto con la cabeza hacia el baúl de su auto y de nuevo intentó pronunciar aquella palabra.

—*Isia*. —Fue todo lo que entendí.

—¿Alicia? —pregunté señalando el baúl—. ¿Alicia, tu nieta?

Castro asintió con la cabeza un par de veces y luego los músculos de su cara se paralizaron en un gesto de dolor. Respiró dos o tres veces más, pero

ya no volvió a moverse ni a decir nada. Le apreté la muñeca con dos dedos, pero no logré encontrarle el pulso.

Me levanté y di varias zancadas hasta quedar detrás del vehículo. Tiré de una de mis mangas para cubrirme por completo las yemas de los dedos y apreté el óvalo con el logo de la marca del coche. Entonces el baúl se abrió con un zumbido hidráulico y sentí un olor profundo a alfombra nueva.

En el interior se encendieron unas luces que revelaron una mochila deshilachada y con rozaduras en los bordes. Cuando la abrí se me secó la boca de golpe.

Nunca había visto tantos fajos de dólares juntos.

## CAPÍTULO 51

Levanté la mochila por una de las correas. Era pesadísima. Aparté los fajos de arriba y estos revelaron otros idénticos debajo, y así hasta llegar al fondo. Había por lo menos veinticinco fajos de billetes de cien. Más de doscientos cincuenta mil dólares.

El rugido de un camión cruzando el puente sobre nuestras cabezas me hizo salir del trance. Si Castro ya había vendido la colección Panasiuk, ¿para qué se había arriesgado a conseguir la última flecha? ¿Cuánto más le habrían ofrecido por la pieza que faltaba? ¿O esto no tenía nada que ver con el dinero y simplemente necesitaba completar la colección, víctima de una especie de trastorno obsesivo-compulsivo profesional?

—¿Estás bien, Laura? —me gritó mi tía.

—Sí, ya voy —respondí por encima del viento sin perder de vista la mochila.

Respiré hondo tres veces intentando calmarme para decidir qué hacer. Desde que yo era policía jamás había encontrado tanta plata en una escena del crimen. Eso sí, las pocas veces que se hallaba algún dinero significativo —siempre muchísimo menos que lo que yo tenía hora ante mí—, terminaba desapareciendo. Me pregunté quién se quedaría con esa fortuna si no me la llevaba yo. ¿El comisario Lamuedra? ¿Alguien muy por encima de él?

Mentalmente cambié los dólares a pesos para hacerme una mejor idea de cuánto había en esa mochila. La cifra era impresionante. Durante un instante fantaseé con lo que podría comprarme con aquella fortuna. Una casita perdida en la montaña por algún rincón de la cordillera donde todavía no llegaran los turistas, por ejemplo. Y aún me quedaría una buena suma para montar algún negocio y vivir desconectada de los asesinos, ladrones y demás hijos de puta con los que me tocaba lidiar a diario. En ese momento,

teniendo en las manos una cantidad que me llevaría casi diez años ganar —y cuarenta ahorrar— de manera honesta, me di cuenta de que estaba empezando a cansarme de la policía, del juzgado y de los homicidios.

Pero una cosa no tenía nada que ver con la otra, me reprendí apretando los dientes. No era mi dinero y punto. Además, procedía de un robo y la posterior venta de patrimonio histórico; era ilegal por donde se lo mirase. Lo que había hecho Debarnot no pasaba de una simple travesura comparado con tocar esos dólares.

Antes de que la codicia me hiciera cambiar de opinión, cerré el baúl con todas mis fuerzas y fui corriendo hacia mi tía. La encontré sentada de costado en el asiento del conductor, con los pies apoyados en la tierra.

—¿Qué estabas haciendo?

—Buscando un kit de primeros auxilios —dije.

—¿Para él?

—Para vos. Para mí. No sé... Qué sé yo, tía.

—¿Está muerto? —preguntó con una voz débil.

—Creo que sí.

Por encima de nosotras pasó otro camión. Nos quedamos en silencio hasta que el ruido del motor desapareció.

—¿Qué hice, Laurita? —me preguntó llevándose las manos a la cara—. ¿Qué hice?

Me puse en cuclillas junto a la puerta abierta del auto. Las rodillas de mi tía quedaron a la altura de mi cabeza. Le agarré las manos y la miré a los ojos, que tenían un brillo vidrioso y se movían de un lado a otro.

—Va a salir todo bien, no te preocupes —le dije.

Lejos, entre las ráfagas de viento, oí una sirena.

—¿Qué vamos a decir?

—La verdad, tía. Que Castro me estaba apuntando con un arma y vos le disparaste para defenderme. Tanto tu vida como la mía corrían peligro. Va a estar todo bien, vas a ver.

—Laura.

—¿Qué, tía?

—Yo nunca le había disparado a otra persona.

—Este se lo merecía —dije para tranquilizarla.

—Te estaba apuntando.

—Hiciste lo correcto, tía —insistí, aunque estaba segura de que Castro no tenía intención de hacernos ningún daño.

No me respondió. Sus ojos se posaron en un punto indefinido por encima de mi hombro. Entonces, por primera vez en mi vida, la vi derrotada, con la actitud de un luchador que ya no puede ponerse de pie para otro asalto más. En su caso, la lucha había sido larga y había recibido muchos más golpes de los que había dado. El primero había sido seguramente el más duro de todos, de la mano de un monstruo cuando ella apenas tenía cuatro años.

Mientras yo pensaba en todo esto, mi tía Susana inspiró hondo y se secó las lágrimas con la punta de los dedos. Abrió la boca para hablar, pero las palabras no le salieron y volvió a esconder el rostro en sus manos marchitas. Las mismas manos que me habían preparado miles de desayunos y me habían tranquilizado en las noches de pesadillas durante los primeros años después del accidente de mis padres. Sus hombros subían y bajaban con el espasmo de una congoja que yo jamás había visto en ella, y entonces no pude contener mis propias lágrimas. Aquella mujer se merecía mucho más que la ristra de golpes bajos que venía recibiendo desde los cuatro años. Mucho más.

El sonido de la sirena se oía ahora más claro. La policía, seguramente seguida por la ambulancia, no podía estar muy lejos.

Casi sin pensarlo, me puse de pie y corrí hacia el coche del arqueólogo. Rodeé el cuerpo de Castro, todavía apoyado en la rueda y volví a abrir el baúl. Agarré la mochila por una de las tiras y me la puse al hombro. Oí la tela desgarrarse a mi espalda y un fajo de dólares cayó a mis pies. El cierre se había descosido y entre los hilos asomaban billetes verdes.

Recogí el fajo del suelo, pero, al inclinarme, se cayeron otros dos. Las luces azules de la policía ya iluminaban las hojas más altas de los sauces. No estaban a más de doscientos metros.

Puse toda la plata de nuevo en la mochila y la levanté, procurando cerrar la abertura con una mano y agarrarla por el fondo con la otra. Caminé con paso apurado hasta el auto en el que esperaba mi tía y abrí el baúl. Levanté la alfombra y quité el gato y la caja de herramientas junto a la rueda de auxilio. Metí la mochila en el hueco y volví a taparlo todo con la alfombra, apoyando encima las cosas que había quitado.

Cuando cerré el baúl, las ruedas del patrullero ya sonaban sobre el ripio. Levanté la vista y vi una camioneta Amarok de la Policía de Santa Cruz que bajaba hacia nosotros. Detrás la seguía una ambulancia.

Volví junto a mi tía y le di un abrazo. Aunque nos alumbraba el resplandor violáceo de las luces intermitentes, no pude leer en su expresión si se había dado cuenta o no de lo que su sobrina acababa de hacer.



## CAPÍTULO 52

Incluso vista desde el confort que ofrecía la oficina templada de la jueza, la ría daba miedo aquella mañana. La marea bajante empujaba con fuerza el agua gris hacia el océano y el viento producía unas olas de crestas blancas y aspecto amenazador.

—Pasá, Badía, sentate y contame todo —me dijo la jueza, señalando una silla del otro lado de su escritorio.

Le expliqué sin omitir detalles lo que había pasado hacía apenas unas horas. Le confesé que le había mentido para que me abriera la caja fuerte y le pedí disculpas por no haberle confiado que Castro tenía secuestrada a mi tía. A grandes rasgos, podríamos decir que le conté la verdad, aunque evité mencionar ciertos pormenores de lo que había sucedido debajo del puente de los sauces. En especial, que había encontrado una mochila llena de dólares que ahora tenía escondida en el altillo de mi casa.

—¿O sea que Castro había vendido parte de las flechas y estaba buscando la que le faltaba para completar la colección? Eso es raro, ¿no? ¿No tendría más sentido completarla primero y venderla después?

—A lo mejor prefirió pájaro en mano y arregló con el comprador una suma extra por la que faltaba.

—¿Y no te dio ninguna pista de quién podía haber llegado a ser el comprador?

—No.

—¿Ni dónde puede estar el dinero de la venta? No estaba en el vehículo ni en su habitación del hotel Los Barrancos. No tuvo tiempo de ir a Buenos Aires, esconderlo y volver. Y una suma así es imposible de depositar en un banco sin dar explicaciones.

—Quizás tenía alquilada una habitación de hotel en Caleta o en Comodoro... No creo que tuviera pensado volver a Deseado después de conseguir la flecha que le faltaba.

—Puede ser, eso lo está investigando Lamuedra.

—¿Qué va a pasar con mi tía? —pregunté.

—Por eso no te preocupes. Ahora, cuando la terminen de examinar en el hospital, la van a llevar a la comisaría para tomarle declaración y después se va a ir a su casa.

—¿Quedará en libertad?

—Por ahora, sí. Por supuesto que va a haber un juicio, pero lo más probable es que se la encuentre inocente. Defensa propia. Y en todo caso, si tuviera que cumplir una condena, le correspondería reclusión domiciliaria porque tiene más de setenta años.

Echeverría se miró las uñas pintadas de rojo y se sumió unos instantes en pensamientos que adiviné sin dificultad.

—¿Por qué? —preguntó al fin—. Entiendo que el ser humano puede llegar muy lejos por simple codicia, lo vemos todos los días en nuestro trabajo. Pero hay algo que no me encaja. Jamás se me hubiera ocurrido que Castro podía ser capaz de algo así.

—Usted sabe mejor que nadie que, cuando se trata de establecer si alguien es culpable o inocente, las apariencias engañan —repuse.

La jueza asintió, poco convencida, y estuve a punto de contarle lo que me había dicho Castro sobre su enfermedad y su nieta. Pero entonces pensé en mi tía, a la que le esperaba un brete legal importante y un cargo de conciencia grande, incluso creyendo que había hecho lo correcto. Si se enteraba de los verdaderos motivos de Castro, no se perdonaría jamás haberlo matado. Fue en ese momento, frente a la jueza, cuando decidí que las últimas palabras del arqueólogo se irían conmigo a la tumba.

Hubo un silencio incómodo. Primero pensé que era por lo que Echeverría me acababa de decir de la reclusión domiciliaria, pero luego me di cuenta de que era por lo que no había mencionado todavía.

—Laura... me duele en el alma tener que decirte esto.

No me hubiera hecho falta que pronunciara una palabra más. Con eso yo ya lo había entendido todo.

—Te vamos a tener que apartar del cargo —me dijo con tono severo pero esquivándome la mirada—. Vas a seguir cobrando, pero me veo

obligada a iniciar un sumario en tu contra por todas las irregularidades cometidas. La desaparición de las huellas, que eran tu responsabilidad aunque te las robase Debarnot, la obtención ilegal del ADN de Vera, la mentira cuando me hiciste abrir la caja fuerte, el robo del vehículo particular del policía que custodiaba en la puerta y, lo más importante, ir sola a verte con Castro en vez de dar parte del secuestro de tu tía.

—Pero, Delia, ¿y las flechas? Todavía no sabemos quién se las compró a Castro. Ni mucho menos dónde están.

—De eso se va a encargar la Policía Federal. Esa compraventa es un delito que viola la ley 25743 de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico. Es un crimen federal en el que no tenemos competencia.

Recitó estas últimas palabras como un autómata, en un tono profesional y distante.

—No me podés apartar del caso, Delia —dije, tuteándola por primera vez en mi vida—. ¿Me vas a decir que no hubieras hecho lo mismo en mi lugar?

—¡Lo que yo hubiera hecho es irrelevante, Laura! —gritó, dando un puñetazo en el escritorio—. No puedo permitir que nadie en el juzgado juegue al héroe ni al detective. Tenemos normas, procedimientos, protocolos... y te saltaste por lo menos media docena. —La jueza respiró hondo para intentar tranquilizarse antes de volver a hablar—: Te prometo que voy a intentar que sea lo más leve posible. Calculo que en seis meses ya te vas a poder reincorporar al trabajo. A lo mejor los podés aprovechar para irte a vivir una temporada a la cordillera. ¿Cuántas veces me dijiste que era tu sueño?

—¿Seis meses?

Delia Echeverría, la autoridad máxima del poder judicial en Puerto Deseado, se encogió de hombros. «Hay cosas que yo no controlo», decía su gesto.

## CAPÍTULO 53

Cinco días después de la muerte del arqueólogo, volví al despacho de la jueza. Me había llamado la noche anterior para pedirme que nos viéramos.

—¿Cómo está tu tía? —me preguntó, levantándose de su silla para darme un abrazo en cuanto entré por la puerta.

—Es difícil saberlo, porque es más cerrada que una ostra cuando se trata de sentimientos. Yo creo que está intentando volver a la normalidad.

—¿Y vos?

—Aburrida. No estoy nada acostumbrada a estar sin trabajar. Pero bueno, como me citaste con tanta urgencia, tengo la esperanza de que eso cambie pronto.

La jueza cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento, Laura. De verdad lo siento, pero no puedo hacer nada. Sabés muy bien que de todas las personas de este pueblo, soy la última que debería saltarse las reglas.

—Entonces ¿por qué me hiciste venir?

—Por dos cosas. La primera es que te quiero agradecer todo lo que hiciste.

—¿Agradecer? Me apartaste del cargo, Delia.

—Una cosa es lo que dice la ley y otra cosa muy diferente es lo que yo pueda sentir. Y siento que sin todas las cagadas que te mandaste no hubiéramos resuelto este caso tan pronto.

Solté una risa irónica entre dientes.

—¿Y todo esto cómo sigue? No me refiero a mí, sino al resto. Vera, Debarnot, el comprador de Castro.

—Bueno, Vera continúa detenido. Su abogado pidió un análisis de sangre para determinar el contenido de testosterona y demostrar el uso de

esteroides.

—Pero cuando lo detuvimos ya habían pasado más de dos semanas del día que agredió a Ortega. Un análisis ahora es irrelevante.

—Seguramente. Así y todo, la carta más potente que tienen es intentar pelearla por el lado de la influencia de los fármacos. Juicio por homicidio simple con atenuantes y ya veremos cuántos años le corresponden.

Miré por la ventana. Una nube negra cruzaba la ría avanzando directamente hacia el pueblo.

—Debarnot, por otra parte, ya está fuera del cuerpo policial.

—Igual que yo.

—No, vos estás suspendida, y tarde o temprano te van a restituir. A él lo expulsaron y no puede trabajar nunca más en su vida en ningún cuerpo policial del país. No me extrañaría que se fuese del pueblo.

—¿Y las flechas?

—Ese es el otro motivo por el que te hice venir.

La jueza sonrió y apuntó con un índice hacia arriba, indicándome que aguardara un momento. Sin bajar el dedo, levantó el teléfono de su escritorio y apretó una sola tecla. Oí el aparato de la Harpía del otro lado de la puerta.

—Isabel, decile que ya puede pasar.

Tras dar unos golpecitos en la puerta, apareció en el despacho la figura anacrónica de Francisco Menéndez-Azcuénaga. Debajo del brazo que no empuñaba el bastón traía una caja plana, como de bombones pero de dimensiones mucho mayores. Antes de decir nada, me la extendió.

—¿Y esto? —pregunté.

—Ábrala, licenciada Badía.

Puse la caja sobre el escritorio. Estaba hecha de madera y tenía una tapa sujeta con tres pequeñas bisagras doradas. La abrí y el triángulo de flechas tornasoladas descompuso la luz del despacho en mil destellos de colores.

Menéndez-Azcuénaga había agregado las flechas ocho y nueve, completando la cuarta línea del diagrama de Fonseca. En el medio, un poco hacia arriba, había un hueco evidentemente destinado a la única pieza que faltaba para completar la colección Panasiuk.

—¿Fue usted quien le pagó todo ese dinero a Castro por las flechas?

—¿*Todo ese dinero*? —preguntó Menéndez-Azcuénaga.

—Castro me dijo que había vendido las flechas por doscientos sesenta y siete mil dólares.

El bisnieto de Teodor Panasiuk arqueó las cejas.

—Si hubiera tenido esa cantidad y la oportunidad de comprárselas, reconozco que lo hubiera hecho. Pero ni una cosa ni la otra. Yo no tuve nada que ver con esto.

—La Federal tardó apenas tres días en localizarlas —explicó la jueza—. Me llamaron antes de ayer. Las había comprado un empresario francés que vive la mitad del año en París y la otra en Bariloche.

—¿Y cómo las encontraron?

—Por los registros de llamadas y mensajes en el teléfono de Castro. Dicen que fue bastante fácil.

Echeverría abrió un cajón de su escritorio y me ofreció la misma cajita de plástico que Castro había cazado al vuelo antes de liberar a mi tía. La abrí y dejé caer en mi palma la flecha que habíamos encontrado en el suelo de la casa de Julio Ortega. Los destellos multicolores eran tan vivos como los de las otras catorce.

—¿Qué va a pasar con esta colección?

—Va a quedar en el museo del pueblo —dijo el coleccionista.

—Los dueños de El Atardecer donaron su flecha —agregó la jueza, señalando la número nueve en el cuadro.

—Pero con el valor que tienen en el mercado negro, ¿cómo va a hacer el museo para protegerlas?

La jueza sonrió antes de hablar:

—Aquí el señor Menéndez-Azcuénaga ha tenido el precioso gesto de comprometerse a donar al museo un exhibidor de vidrio blindado conectado a un sistema de alarma de última generación.

—La gente del museo está tan contenta que quieren ponerle mi nombre a la sala principal —comentó Menéndez-Azcuénaga—. Por supuesto, les dije que no hacía falta.

Acto seguido, se metió una mano al bolsillo y sacó un pequeño tubo de pegamento siliconado que apoyó junto al cuadro.

—Me gustaría que hiciera los honores de completar la colección Panasiuk, licenciada. Si no fuera por usted, quizás nunca se hubiera logrado volver a reunir las quince flechas.

—Será un placer —dije—. Pero antes, ¿puedo pedirle un favor, señor Menéndez?

—Lo que quiera, si está a mi alcance.

—Exíjale a la gente del museo que le cambie el nombre a la sala.

—De ninguna manera. No es necesario. Eso sería un acto de vanidad imperdonable.

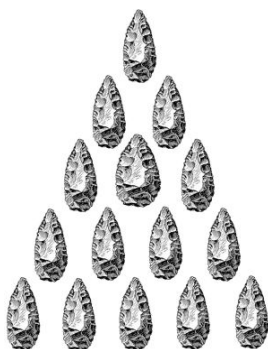
—No me refiero a que le pongan su nombre.

—¿Entonces?

—Exíjale que la vuelvan a llamar «Patrick Gower».

—¿Quién es Patrick Gower?

—Después se lo explico —dije, y pegué la punta de flecha en el espacio vacío sobre el terciopelo rojo, completando el triángulo.



Después de casi tres décadas, la colección Panasiuk volvía a estar junta. Y por primera vez en la historia estaría a disposición de cualquiera que quisiese verla.

## CAPÍTULO 54

Imaginé que tendría que dar más explicaciones para pasar la mochila por el control de seguridad del aeropuerto de Comodoro Rivadavia. Pero no; bastó con mostrar mi credencial de policía y unos documentos del juzgado impresos en mi casa al suboficial somnoliento que manejaba la máquina de rayos X para que no me hiciera ninguna pregunta.

El vuelo a Buenos Aires salió en horario y despegó sin viento, dos cosas bastante inusuales. Viajé con la mochila todo el tiempo entre los pies y no me levanté en ningún momento para ir al baño. De vez en cuando la apretaba entre mis tobillos para asegurarme de que los billetes seguían ahí.

A diferencia de otras veces, no había ninguna amiga de la facultad esperándome en Aeroparque. No había avisado a nadie de mi viaje a la capital.

Habían pasado ya dos semanas de la noche de los sauces. Echeverría había conseguido que trasladaran el cadáver de Castro a Buenos Aires en el avión sanitario de la provincia dos días después de su muerte. Según me había dicho la jueza, con la que hablaba de vez en cuando aunque yo ya no trabajara en el juzgado, lo habían enterrado en la parcela que tenían los Castro en el cementerio de Chacarita, junto a su hijo. Me pregunté si Alicia habría asistido al funeral.

Yo, por mi parte, seguía sin acostumbrarme a no trabajar. No tenía ni idea de qué haría con mi vida los siguientes seis meses o lo que fuera que tardara en resolverse el despelote en el que me había metido. Unos días en Buenos Aires me vendrían bien para despejarme un poco, aunque la visita a la capital no era precisamente unas vacaciones. Si tuviera que ponerle una etiqueta, diría que era un viaje de negocios.

Dormí en un hotel bonito en Palermo, en la zona de las embajadas.



\*\*\*

Al día siguiente, los nervios apenas me permitieron desayunar un café. Frente al espejo de cuerpo completo en mi habitación me calcé la peluca rubia que había comprado en Comodoro y unos anteojos de sol que me cubrían media cara.

Salí con la mochila colgada de un solo hombro, apretando su contenido bajo el brazo. Era una mañana húmeda de cielo gris y abrigos largos. Caminé despacio por la vereda los cincuenta metros que me separaban del edificio blanco con palmeras en el patio que había visto en internet.

Atravesé el portón de hierro forjado y un guardia alto y musculoso de uniforme blanco parecido al de un marinero me preguntó si tenía cita. Le dije que sí y me pidió que abriera la mochila. Ni siquiera levantó una ceja al ver el contenido. Simplemente se limitó a dejarme pasar con una leve reverencia.

Al entrar al edificio, me sorprendió un ambiente cálido y seco, muy distinto al del invierno de Buenos Aires. Una recepcionista con el pelo recogido en una cola de caballo increíblemente tirante me recibió con una sonrisa de dientes perfectos y me preguntó, con acento caribeño, en qué podía ayudarme.

—Ya la atienden —me dijo cuando le expliqué a qué iba. Luego escribió algo en la computadora y me señaló una sala enorme con un sofá de cuero blanco—. Tome asiento por allí.

Me senté sujetando la mochila en mi regazo. Una vez más me pregunté si estaba haciendo lo correcto, y una vez más me respondí que sí.

Me recosté en el asiento y miré a mi alrededor. Las paredes de mármol estaban decoradas con óleos de pájaros exóticos, playas paradisíacas y embarcaderos rebosantes de yates. Frente a mí, en el centro de la pared más grande, colgaba una bandera azul con un escudo a la derecha y la *Union Jack* del Reino Unido en una esquina. Debajo de ella, unas letras doradas cinceladas en el mármol formaban la frase «Embajada de las Islas Caimán en la República Argentina».

No pasaron más de cinco minutos hasta que se abrió una de las puertas de caoba de la sala. Un chico de mi edad, de tez blanquísima, ojos celestes algo aguados y muy pocos pelos en la cabeza se me acercó y me extendió la mano con una sonrisa enorme. También tenía un deje caribeño al hablar,

pero, a diferencia de la recepcionista, se notaba que el castellano no era su lengua materna.

—Bienvenida, señorita Badía. Adelante. Mi nombre es Gabriel Dawson —dijo, y me indicó que lo siguiera por la puerta de la que él acababa de salir.

Pasamos a una oficina de muebles blancos y modernos. A cada lado de la sala había dos pequeñas oficinas con puertas y paredes de vidrio grueso. En las dos que no tenían la persiana americana bajada vi escritorios de diseño. Dawson me hizo pasar a una de ellas.

—Según nos comentó por teléfono, tiene interés de abrir una cuenta y hacer un depósito en alguno de los bancos de las Islas Caimán —dijo bajando la persiana de la oficinita para que nadie pudiera vernos.

—Efectivamente. Aunque quizás haya un pequeño problema.

—Dígame.

Dudé un instante, pensando en cómo explicar aquello.

—No se preocupe —dijo él a continuación—, que lo que hablemos es absolutamente confidencial. Además, usted se encuentra ahora en territorio de las Islas Caimán, y las leyes de nuestro país protegen la identidad de las personas que hacen negocios con nosotros. Por eso somos un destino tan atractivo.

—No puedo justificar la procedencia de los fondos.

El hombre me miró algo extrañado, como si no entendiera del todo lo que le acababa de decir.

—Y si pudiera justificarla, ¿qué sentido tendría ponerla en las Islas Caimán? —dijo con una mueca pícara.

Gabriel Dawson esperó a que le devolviera la sonrisa para seguir hablando.

—Mucha de la gente que lleva dinero a las islas lo hace justamente porque nosotros no pedimos explicaciones de la procedencia de los fondos. Y una vez el dinero está en un banco de Caimán, nuestro gobierno tampoco provee información sobre titulares de cuentas ni saldos, aunque la pida el mismo FBI o la Interpol. ¿De qué monto estamos hablando?

—Doscientos sesenta y siete mil dólares.

—En ese caso no va a haber ningún problema —dijo abriendo un cajón del escritorio.

Puso delante de mí una pila de folletos de diferentes bancos de las islas. Muchos de ellos tenían nombres que yo no había oído en mi vida: el Altajir Bank, el Cayman National Bank o el First Caribbean International Bank.

—Nosotros, como comprenderá, somos simples representantes consulares de Caimán en la Argentina. No somos un banco. Pero como nuestra industria número uno son las finanzas, facilitamos el flujo de capitales hacia las islas. Lo que hacemos es gestionar la apertura de la cuenta y el depósito en la institución que usted elija.

Entonces el hombre pasó a explicarme las ventajas y desventajas de cada uno de los bancos. Me comentó que la embajada era apoderada de todos ellos y tenía la facultad de recibir dinero y abrir cuentas en cualquiera. Además, se trataba de un servicio consular gratuito, es decir, que no cobraban nada por el trámite. En fin, una máquina de fuga de capitales legal y perfectamente engrasada.

—Y ahora, el *catch* —dijo Dawson al terminar de explicarme los detalles de cada banco.

—¿El *catch*?

—Sí, ¿cómo se dice en castellano? ¿La trampa?

—No sé, depende a lo que se refiera.

—Le explico. Habría que dar muchísimas explicaciones para mover el dinero de vuelta de Caimán a la Argentina o a cualquier otro país que no sea un paraíso fiscal. En la práctica, le diría que es casi imposible sin ser investigado por la justicia. Así que si usted tiene pensado comprar una propiedad, montar un negocio o usar el dinero todo junto en su país, nosotros no recomendamos que se lo lleve a Caimán.

—Pero el dinero se puede ir usando de a poco, ¿no?

—Sí, usted obtendrá una tarjeta de crédito y una de débito, y puede sacar hasta cinco mil dólares desde cualquier cajero del mundo.

—¿Por mes?

El muchacho apretó los labios, reprimiendo una sonrisa.

—Por día.

## CAPÍTULO 55

«Javi, te esperé en este banco hasta que se me rompió el corazón».

Miré la frase antes de sentarme junto a ella en un banco de madera pintado de verde. Sin quitar los ojos del grafiti, intenté consolarme pensando que en aquel mismo lugar había habido gente con un nudo en el estómago mucho mayor del que tenía yo ahora.

Miré el reloj y luego el cielo. Con suerte, las nubes de color plomizo aguantarían su agua quince minutos más.

La calle adoquinada que corría a lo largo a la plaza empezó a llenarse de vehículos. Autos blancos, azules y rojos. Brillantes y todavía por pagar. Dos mujeres se saludaron en la vereda, esperando frente a la puerta cerrada de una casona de otro tiempo. Un tiempo en que las calles empedradas del barrio de Caballito no eran una reliquia del pasado sino una muestra de progreso. Una tercera mujer se les unió enseguida. Charlaban, miraban sus teléfonos y, de tanto en tanto, sonreían.

En cinco minutos había al menos veinte personas más esperando en la puerta. Casi todas eran mujeres de mi edad o un poquito más. Las miré una por una preguntándome cuál sería la mamá de Alicia. ¿La rubia de los anteojos de marco grueso? ¿La de pelo cortito y tetas operadas? ¿O la que estaba vestida para ir al gimnasio?

Para cuando se abrieron las dos hojas de la puerta de madera eran casi cincuenta los que esperaban en la vereda. Uno a uno fueron metiéndose a la casona.

Antes de que los últimos pudieran entrar, los primeros ya salían. Cada uno llevaba de la mano un niño de uniforme blanco y gris. A la mayoría se los veía cansados, con los hombros cargados con mochilas de colores vivos,

cuadradas y más grandes que sus espaldas. Algunos hablaban a sus mayores con una sonrisa en la cara. Otros pocos lloraban.

Alicia fue una de las últimas en salir. Su madre resultó ser la del pelo corto y las tetas operadas. No sé por qué, pero lo presentía. Era una mujer algo más joven que yo. Preciosa, pero de una belleza extraña. Quizás eran las cejas depiladas en dos ángulos finos, que le daban una expresión dura y de maldad. O a lo mejor era todo lo que Castro me había explicado de ella.

La niña tenía una expresión apagada. Agotada. Me pregunté si habría tenido un día particularmente malo: una pelea con un compañerito o una reprimenda de la maestra. O quizás llevaba así dos semanas, desde que alguien, probablemente su madre, le había dado la noticia de la muerte de su abuelo.

Alicia dijo algo gesticulando con las manos y su madre negó con la cabeza y tiró del brazo. Me vi a mí misma en su semblante triste. También vi a mi tía, que a la edad de Alicia ya conocía el infierno. Y en ese momento deseé con todas mis fuerzas que Castro hubiera estado equivocado y que aquella mujer fuera capaz de darle a su nieta una infancia feliz.

Me levanté del banco y caminé en dirección contraria a ellas, deseándoles lo mejor y pensando ahora en la otra posibilidad. En que la madre realmente fuera una harpía, superficial y mala persona. ¿Serviría de algo lo que había querido hacer Castro? ¿Tenía algún sentido dejarle dinero a alguien criado por una persona horrible? ¿Había valido la pena que su abuelo destrozara su buen nombre y su reputación internacional?

Solo el tiempo podía responder si las penas de Alicia, con pan, serían menos.

Once años y medio, para ser precisos.

Los que faltaban para que la niña cumpliera dieciocho y le llegara una carta de las Islas Caimán informándole de que su abuelo le había dejado una cuenta con doscientos sesenta y siete mil dólares. Más intereses.

# NOTA AL LECTOR

Querido lector:

¡Muchas gracias por leerme! Espero que hayas pasado un buen rato con esta historia. Si es así, me encantaría que me escribieras para contármelo: [cristian@cristianperfumo.com](mailto:cristian@cristianperfumo.com).

Te invito a que dejes una reseña con tu opinión (aunque sea muy cortita) en la página de Amazon donde adquiriste el libro. A vos no va a llevarte más que unos minutos pero para mí es muy importante porque animará a otros lectores a descubrir esta historia.

Si te quedaste con ganas de más, seguramente disfrutarás mis otras novelas de misterio y aventuras ambientadas en la Patagonia (encontrarás una lista al final de este libro).

Por último, me gustaría invitarte a mi lista de correo, donde suelo enviar cuentos inéditos a mis lectores y compartir novedades relacionadas con mis libros. De esa manera quedaremos en contacto y podré avisarte cuando publique una nueva historia (no te preocupes, que escribo muy de vez en cuando y nunca te enviaré *spam*). Puedes suscribirte en mi web: [www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com).

¡Hasta la próxima!

Cristian Perfumo

# AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin la ayuda enorme de mi amiga Celeste Cortés, una verdadera referente de la criminología en la Patagonia (y una muchísimo mejor profesional que Laura Badía).

También he tenido la suerte de contar con el apoyo de expertos en diversas materias que han respondido desinteresadamente a mis preguntas, incluso las más absurdas. Esteban Byrne me dio un excelente curso introductorio sobre el mundo del fisicoculturismo (o *culturismo* a secas, dependiendo del lado del charco en el que estés) amateur. Alicia Castro despejó muchas de mis dudas sobre arte lítico tehuelche. Mariano Rodríguez me proporcionó información sobre el sistema impositivo argentino. Hugo Giovannoni me desasnó (y no es la primera vez que lo hace) en cuestiones de armamento y balística. A todos ellos, muchísimas gracias.

Gracias también a Jorge Combina, uno de los fotógrafos patagónicos más talentosos que conozco, por cederme los derechos de una preciosa fotografía para la primera portada que tuvo este libro.

El proceso para transformar un manuscrito en un libro es largo y requiere de muchos pares de ojos. Agradezco a las siguientes personas por leer las primeras versiones de esta historia y ayudarme a mejorarla: Trini Segundo, Norberto Perfumo, Mónica García, Renzo Giovannoni, Mónica Chrichton, Estela Lamas, Christine Douesnel, Lucas Rojas, Javier Debarnot, María José Serrano, Analía Vega, Ana Barreiro, Andrés Lomeña, Carlos Ferrari y Lucía Distefano.

Y por supuesto a Trini, mi compañera en esta vida. Gracias por el apoyo con este libro, con los anteriores y con todas las otras locuras. Es fácil ser feliz al lado de alguien así.

# RESCATE GRIS

Cristian Perfumo

**Novela finalista del Premio Clarín de Novela**



Edición: Trini Segundo Yagüe

Diseño de tapa: The Cover Collection

**[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)**

© Cristian Perfumo, 2018

Primera edición: octubre de 2018

*Tanto la erupción del volcán Hudson en agosto de 1991 como todos los  
escenarios que forman parte de esta novela son reales.*

*Este libro está dedicado a todos los que mordimos el polvo durante  
aquellos días.*

*Es decir, a todas las aves fénix.*

## CAPÍTULO 1

*Martes, 13 de agosto de 1991, 7:30 a. m.*

El primero en avisarme de que algo no iba bien fue mi despertador a cuerda. No por el sonido, idéntico al de cualquier otra mañana, sino porque cuando estiré la mano para silenciarlo, me lo encontré cubierto de polvo. Parecía que nadie lo hubiera limpiado en años.

Al encender la pequeña lámpara junto a la cama, descubrí que una especie de niebla blanca flotaba en el aire.

Olía a azufre.

—Graciela, ¿qué pasó? —dije.

Pero a mi lado el colchón estaba vacío. Rarísimo, porque Graciela terminaba de dar clases en la escuela para adultos a las once y media de la noche y difícilmente se iba a la cama antes de la una. En los siete meses que llevábamos viviendo juntos, nunca se había despertado antes que yo.

—Amor, ¿dónde estás? —la llamé alzando la voz. No hubo otra respuesta que el sonido de las ráfagas de viento chocando contra el techo de chapa.

Me levanté de la cama dispuesto a salir de la habitación, pero me detuve en seco al ver que la cómoda también estaba cubierta de tierra.

Le pasé un dedo por encima, trazando un recorrido en forma de ese sobre la madera lustrosa. El polvillo gris que recogí con el índice era fino como el talco y mucho más áspero que el que se acumula en los rincones por falta de plumero. Parecía que durante la noche alguien hubiera vaciado varias bolsas de cemento frente a un ventilador gigante dentro de mi casa.

—Graciela, ¿qué pasó? —grité.

Recorrí con grandes zancadas el pasillo que llevaba a la cocina-comedor, pero no la encontré ahí, ni en el baño, ni en la otra habitación.

—¡Graciela! —volví a llamarla después de revisar toda la casa, ya sabiendo que era inútil.

Regresé a la cocina, donde el polvo también cubría cada mueble, cada adorno, cada centímetro. La pava de acero inoxidable en la que Graciela calentaba el agua para sus mates todas las mañanas estaba helada. En el perchero, junto a la puerta del comedor, faltaba su abrigo.

Un ruido en el patio delantero me hizo acercarme a la ventana. A pesar de que todavía era de noche, noté que el portón de madera que daba a la calle estaba abierto. El viento, que aquella mañana soplaba igual de fuerte que siempre, lo hacía dar latigazos contra la verja.

Sin embargo, aquel pedazo de madera sacudiéndose como movido por una mano invisible era apenas un detalle. Lo verdaderamente inusual era la ausencia de colores en el patio. A las caléndulas, las únicas plantas que un pésimo jardinero como yo podía mantener vivas en el frío patagónico, les faltaba el naranja de los pétalos y el verde de las hojas. Asomarme a la ventana fue como ver una oscura foto en blanco y negro de nuestro jardín. Todo el color había quedado sepultado bajo ese polvo que caía del cielo como una nevada gris.

Intenté no perder la calma, repitiéndome que tenía que haber una explicación lógica para lo que pasaba afuera y para la ausencia de Graciela. A lo mejor todo aquello no era más que un sueño.

Una ráfaga de viento empujó la ventana amenazando con abrirla. El polvo que trajo consigo emitió un siseo rápido al chocar contra el vidrio. Entonces distinguí las pisadas de una única persona alejándose de la casa por el caminito de hormigón que atravesaba el jardín.

Cuando abrí la puerta, miles de partículas me golpearon la cara haciéndome lagrimear de manera casi instantánea. Parpadeando sin control, hice un esfuerzo por concentrarme en las huellas, que sin duda eran de las zapatillas de mi mujer. Atravesaban el portón de la verja y continuaban en la misma dirección, perpendicular a la fachada de la casa, para desaparecer un par de metros más adelante en la franja de tierra rocosa que separaba la calle de la vereda. Ahí la superficie era demasiado irregular para distinguir nada.

De todos modos, quedaba claro que Graciela no había bajado al asfalto, porque las únicas huellas que había ahí eran de unos neumáticos

que se acercaban a mí y luego volvían a alejarse para continuar por el medio de la calle.

El corazón empezó a latirme un poco más rápido. En plena tormenta de ese extraño polvo, Graciela había salido de casa y se había subido a un vehículo. La historia que contaban todas esas marcas no admitía otra explicación.

Maldije haber llevado mi auto al taller y eché a correr tras el rastro de las ruedas. Treinta metros más adelante, al pasar frente a la casa de mi vecino Fermín Almeida, noté su silueta recortada en la ventana de la cocina. Como casi siempre, estaba sentado en una silla mirando para afuera. Al verme, levantó una botella y bebió un trago.

A pesar de que tenía el viento de espaldas, la irritación en los ojos me arrancó unas cuantas lágrimas más antes de superar la esquina de la casa de Fermín. Me pasé la mano para secármelas y noté un efecto abrasivo sobre la piel. Los dedos me quedaron marrones, como si los acabara de meter en el barro.

Continué corriendo durante trescientos metros. Al llegar a la calle San Martín, la principal de Puerto Deseado, estuve a punto de convencerme de que estaba soñando. El centro del pueblo estaba absolutamente desierto, como si acabara de estallar una bomba nuclear.

El nudo que tenía en el estómago se me cerró un poco más al ver que el par de huellas que venía siguiendo se unía a varias otras. No eran más de una docena, pero resultaban suficientes para que me fuera imposible distinguir cuáles pertenecían al vehículo que había recogido a Graciela.

—¿Dónde estás? —pronuncié por lo bajo.

Sin saber qué hacer, giré sobre mis talones y volví a casa lo más rápido que me permitió el viento en contra. Antes de entrar, eché una última mirada a la postal desoladora en la que se habían convertido las calles de mi pueblo. En el halo redondo y amarillento de un farol del alumbrado público vi cómo caían a raudales kilos y kilos de aquel polvo gris que lo cubría todo.

Tenía que estar soñando. ¿En qué lugar del mundo se había visto que lloviese tierra?

\*\*\*

Cuando me saqué el abrigo dentro de casa, cayeron a mis pies puñados de polvo. Me llevé una mano a la cabeza y noté el pelo duro. En el baño, la imagen que me devolvió el espejo me dejó paralizado. Tenía el pelo, la cara y hasta las pestañas grises, como si me hubieran maquillado para actuar de estatua viviente. Solo en mis mejillas, donde las lágrimas se llevaban el polvo, se revelaba el verdadero color de mi piel.

Me lavé la cara hasta que el agua que goteaba de mi barbilla dejó de ser de color marrón. Después puse los ojos debajo del chorro y parpadeé intentando calmar un poco el ardor. Por último, me enjuagué la boca pastosa y escupí una arenilla oscura que me hizo acordar a una visita al dentista.

Volví a mirarme al espejo. Los ojos habían dejado de producir lágrimas y ahora me devolvían una mirada inyectada en sangre. El pelo seguía empolvado, y por el cuello me chorreaban gotas pardas.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué era ese polvo gris que se tornaba marrón al entrar en contacto con el agua?

Me dirigí hacia el comedor con intención de encender la radio, pero antes sonó el teléfono.

—Hola.

—Raúl Ibáñez, ¿cómo estamos? Qué día raro, ¿no?

La voz, exageradamente nasal, tenía el deje áspero de muchos años de tabaco y alcohol.

—¿Quién es?

—Lo de raro no lo digo solamente por la ceniza. ¿Te falta algo en casa?

—¿Quién habla?

—Vayamos al grano, Ibáñez. Ni a vos ni a mí nos interesa perder el tiempo. Tu mujer está bien, no te preocupes que todavía no le hicimos nada.

Me quedé petrificado, incapaz de responder.

—¿Qué hiciste con los tres millones de dólares?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Ahora sí entendía quién me llamaba.

—Se los devolví a la policía —dije.

—Una parte, sí. ¿Pero qué hiciste con el resto?

—¿Qué resto?

—No te hagas el vivo, Ibáñez. Sabemos que a la policía le devolviste la mitad. Si no nos das el millón y medio con el que te quedaste, no ves nunca más a tu mujer.

—No. No, esperá. Hay un error. Yo le devolví toda la plata a la policía. Tres millones de dólares.

—¿Sabés qué, Ibáñez? —dijo casi sin dejarme terminar la frase—. Vamos a mantener el honor de caballeros. Te creo. Pero ahora tenemos a tu mujer y pedimos un millón y medio a cambio. No tiene nada que ver con el dinero que nosotros pensamos que nos robaste, te lo aseguro.

La inflexión sarcástica que el tipo dio a su voz gangosa me causó repulsión. Mis dedos se cerraron sobre el auricular con la fuerza con la que hubieran apretado su garganta.

—Si le tocan un pelo...

—No, no, no, no, no, Ibáñez. Te voy a explicar cómo funciona un secuestro en la vida real: el secuestrador pide, el familiar del secuestrado cumple. Tu papel es cumplir, Ibáñez, no decirme que me vas a matar si le pasa algo a tu mujer. Eso dejalo para los héroes de las películas.

—¿De dónde quieren que saque yo un millón y medio de dólares? Soy enfermero, y para llegar a fin de mes hago trabajos de soldadura.

—Entiendo que no va a ser fácil despedirte de una fortuna así. Por eso te voy a dar veinticuatro horas.

—¿Despedirme? No, te repito, hay un error. Yo no me quedé con un solo...

—Te daría más tiempo, pero no veo la hora de irme de acá, Ibáñez. En la radio dicen que no se sabe cuánto tiempo puede pasar hasta que se disipe esta ceniza de mierda.

—¿Ceniza? —dije, pensando en voz alta.

—Si querés información, prendé la radio, Ibáñez. No soy un noticiero. Yo estoy acá para que devuelvas la guita y recuperes a tu mujer.

—De verdad, te juro que hay un error. Yo le devolví todo a la policía. No me quedé ni un solo billete...

—Tenés veinticuatro horas —me interrumpió—. No las malgastes tratando de convencerme. Andá a buscar la guita donde sea que la tenés escondida y no hables de esto con nadie. Mucho menos con la policía,

porque nos vamos a enterar y entonces, *pum*, chau Graciela, ¿entendés? Te llamo dentro de dos horas.

Antes de que pudiera decirle nada más, colgó.



## CAPÍTULO 2

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 7:30 a. m.*

«Antes de que pudiera decirle nada más, colgó.»

Termina de teclear la frase en la máquina de escribir y saca la hoja del carrete. Le duelen un poco los dedos. Normalmente, lo más largo que escribe son emails. Además, teclear en una Olivetti no se parece en nada a hacerlo en una computadora. Es como pasarse de su Audi a un coche sin dirección asistida.

Se levanta de la silla y le crujen las rodillas. «Después de los cincuenta, si no te cruje algo es porque estás muerto», oyó decir por ahí. Y él tiene cincuenta y cinco. Increíble que ya tenga cincuenta y cinco, piensa.

Se frota las rótulas con las manos, un poco porque le duelen y otro poco porque de la cintura para abajo es un cubito de hielo. No le vendría mal que el calefactor que tiene a un par de metros funcionara, pero la casa en la que se metió lleva deshabitada mucho tiempo y la compañía de gas tiene la mala costumbre de cortar el suministro cuando no se pagan las facturas.

Para que se sienta aun peor, en la pared principal del comedor la estufa a leña le ofrece su boca abierta, como un animal que espera ser alimentado. Podría encenderla —incluso hay algo de leña polvorienta al costado del artefacto—, pero entonces cualquier vecino podría notar el humo de la chimenea y lo descubrirían.

Menos mal que vino en diciembre. Están a quince días de que la primavera dé paso al verano y la temperatura es de cuatro grados.

Se dirige a la valija enorme que trajo consigo y busca la que será su única fuente de calor durante estos días. Aparta la ropa, los paquetes de arroz, fideos y las latas de conserva. También hace a un lado la caja de

madera de cincuenta habanos Montecristo. Por fin, en el fondo encuentra el pequeño maletín de plástico negro.

Lo abre y saca el infiernillo de cámping que compró en una ferretería de Comodoro. Anafe le dice todo el mundo, pero a él le gusta más el nombre que venía impreso en la caja: infiernillo. En la valija encuentra también los doce tubos de butano que compró en la misma ferretería. Son unos aerosoles un poco más grandes que desodorantes.

Mete uno en el infiernillo, baja la palanca y un zumbido líquido le avisa que ya está todo listo. Gira una perilla hasta el final y el gas se enciende con un chasquido. *Voilà*, ya tiene un fuego donde cocinar. Y donde calentarse un poquito, piensa mientras se frota las manos sobre la llama.

Vuelve a la valija y se dispone a ordenar todos sus víveres. Abre una alacena de la cocina en la que solo hay una lata de polvo para pulir ollas. Sonríe. Le parece increíble que, justamente en Puerto Deseado, alguien haya comprado eso. Increíble y también absurdo, porque después del 91 media provincia tuvo polvo de pulir gratis durante años.

Guarda los paquetes de comida en la alacena. Verlos ahí, uno al lado del otro, lo tranquiliza. Tiene suficiente como para no salir a comprar en varios días.

La vibración de su teléfono anuncia un nuevo mensaje. Es Dani, su único hijo.

«Papá, esto no da para más. Necesito que vengas a ayudarme.»

No le responde. Por suerte tiene configurado el teléfono para que Dani no pueda ver que él leyó su mensaje.

El indicador de batería del aparato se pone en rojo, avisándole de que no le queda más que un cinco por ciento. Instintivamente busca un enchufe, pero pronto recuerda que la casa lleva años sin electricidad y se ríe de lo inútil que se vuelve uno cuando le quitan las comodidades a las que está acostumbrado.

Otra ventaja de haber venido en diciembre: tiene luz natural desde las cinco de la mañana a las once de la noche.

Rebusca en su equipaje hasta dar con una de las tres baterías externas que trajo. Según el que se las vendió, cada una sirve para dos cargas del teléfono. Así que son seis cargas en total. Considerando lo poco que lo usa, tiene de sobra incluso si los planes se alargan.

Conecta el aparato y vuelve a la alacena. Se decide por un sobre de sopa instantánea de pollo. Usa el más pequeño de los recipientes de metal que compró en la ferretería. Ideales para ir de camping, dijo el ferretero, porque no pesan y se meten uno dentro del otro para ahorrar espacio. El más grande es, en efecto, una olla en la que se puede hacer pasta para dos personas. El más pequeño, una taza algo más ancha que alta.

Tiene suerte de que aunque la casa lleve tiempo deshabitada, no le hayan cortado el agua. Era el punto débil de su plan. Pero el agua no tiene medidor en Puerto Deseado y a veces no la cortan ni siquiera después de años de morosidad.

Sin luz y sin gas, en diciembre puede vivir, pero sin agua no. Se tendría que haber ido a un hotel o salir a comprar botellas de vez en cuando. Ambas opciones arriesgadísimas, porque podrían reconocerlo.

Cuando la sopa hierve, la quita del fuego y, tras soplar un par de veces, le da un trago. Aunque se quema un poco los labios, el líquido caliente en el estómago le sienta genial. Con la taza entre ambas manos, vuelve a la Olivetti y relee lo que acaba de escribir.

Muy mal, piensa. Pésimo. Tendría que haber empezado el relato ocho días antes de la ceniza. Si no cuenta lo del accidente, el resto no se entiende nada.

Entonces deja la sopa a un costado y pone una nueva hoja en el carrete.

## CAPÍTULO 3

*Lunes, 5 de agosto de 1991, 8:00 a. m.*

Viajar trescientos kilómetros para que me tomaran un examen de cuarenta minutos no me causaba ninguna gracia. Pero si querías estudiar una carrera universitaria viviendo en Puerto Deseado, aquella era la única opción. Mucho más difícil que ahora, que hasta los electrodomésticos están conectados a la nube. En la era pre-internet, te mandaban los apuntes de cada materia por correo y una vez por mes tenías que viajar a la sede de la Universidad de la Patagonia, en Comodoro Rivadavia, para presentarte a exámenes.

En mi caso, la carrera era Enfermería. Yo había trabajado como enfermero del ejército hasta hacía dos años, cuando me había surgido la posibilidad de pasarme al mundo civil incorporándome al hospital de Puerto Deseado. Estaba bastante cansado del ambiente militar, así que pedí la baja de las fuerzas armadas. Y aunque, como me había dicho una vieja pediatra en aquel momento, «un hospital no es un cuartel», me adapté relativamente rápido.

El problema fue que a los pocos meses de empezar en el hospital, salió una nueva ley que exigía título universitario a todo el personal de enfermería de la provincia. Como mi título de enfermero estaba emitido por el Ministerio de Defensa y no el de Educación, no servía. La única manera de conservar el puesto era empezar la carrera universitaria durante el primer año de vigencia de la ley y terminarla en menos de cinco. Si vivías en Puerto Deseado, eso significaba desplazarte tres horas de ida y tres de vuelta para cada examen. Aquella mañana, la materia en cuestión era Psicología Evolutiva.

Por suerte, el día había amanecido perfecto para un viaje en la ruta. En el cielo no había una sola nube que acompañara al sol bajo del invierno y el asfalto estaba libre de escarcha. En el campo, ya sin rastros de la nevada de la semana pasada, varias manadas de guanacos aprovechaban para pastar en el suelo descongelado.

El trayecto era monótono, sobre todo para alguien que lo había hecho tantas veces como yo. Sin embargo, lejos de ser un problema, esa monotonía me daba tres horas para repasar mentalmente los temas más importantes del examen.

Además, este viaje particular también tenía otro propósito: a mi flamante Renault 9, al que yo llamaba simplemente «el Nueve», ya le tocaba el primer *service*, y quería hacérselo en el centro oficial de Comodoro. No es que en Puerto Deseado no tuviéramos buenos mecánicos. Coco Hernández podía ser igual o mejor que los de Comodoro, pero con Coco sabías cuándo entraba tu auto al taller y no cuándo salía. «En un par de días lo tenés», te decía, y podían pasar meses.

Iba por el kilómetro setenta, en medio de una de las rectas más largas de la Argentina, cuando vi por el espejo retrovisor un vehículo negro que crecía conforme se acercaba a mí. En una ruta tan monótona y desolada como aquella, cualquier interacción con otro ser humano generaba anticipación, aunque fuera un conductor apurado que te pasaba y se perdía en el horizonte.

El coche se abrió al otro carril cuando todavía le faltaban más de doscientos metros para alcanzarme. En cuestión de segundos, me pasó como si el Nueve hubiera estado estacionado. Era una coupé Fuego preciosa que, a juzgar por los ciento diez kilómetros por hora que marcaba mi velocímetro, iba como mínimo a ciento sesenta.

En menos de un minuto me había dejado atrás de manera considerable. Un minuto más y se transformaría en apenas un punto negro delante de mí. Pero antes de que eso sucediera, las luces de freno se encendieron y el coche se pasó al carril contrario con un movimiento brusco intentando esquivar un guanaco. Las ruedas izquierdas se salieron del asfalto y, en el afán de rectificar, el conductor pegó un volantazo hacia la derecha que lo puso perpendicular a la ruta, lanzándolo al campo a toda velocidad.

Fuera de control, la coupé avanzó entre las matas bajas hasta que una de las ruedas delanteras se hundió en una grieta en la tierra, haciendo que el auto comenzara a dar vuelcos.

Miré atónito cómo el vehículo giraba varias veces sobre sí mismo, golpeando la tierra con el techo y con las ruedas de manera alternada, mientras dejaba a su paso una polvareda que no tardaba en disiparse con el viento.

Los guanacos huyeron al galope, cruzando el asfalto y saltando el alambrado para internarse en el campo.

\*\*\*

Paré el Nueve a la altura del vuelco y me bajé corriendo. La Fuego había dado muchísimas vueltas, arrancando a su paso el alambrado que había a cincuenta metros.

Lo primero que pensé al ver en la distancia aquel amasijo de metal fue que, por suerte, había quedado con las ruedas hacia abajo. Eso haría más fácil ayudar a quien estuviera dentro. Sin embargo, mis esperanzas se desvanecieron a medida que me fui acercando. El techo estaba hundido casi a la altura de la parte baja de la ventanilla, como si un enorme gigante hubiera aplastado el vehículo como una lata de cerveza.

Por la ventanilla del conductor, que había quedado reducida a una ranura de apenas veinte centímetros, vi que no había nadie entre el asiento y el volante manchado de sangre. Miré a mi alrededor en busca de un cuerpo que pudiera haber salido despedido por el parabrisas para terminar tendido en el campo. Nada. Rodeé el vehículo y entonces sí vi un pie descalzo de mujer que asomaba por lo que había sido la ventanilla trasera. Tenía las uñas pintadas de violeta.

Me acerqué y metí la cabeza con cuidado, procurando no tocar el pie con la mejilla. Con el vuelco, la conductora había terminado en el hueco entre los asientos de atrás y los de adelante, doblada en una posición imposible. Tenía la cabeza encajada debajo del asiento delantero, la cadera sobre una gran valija beige, un pie asomando por la ventanilla trasera y el otro girado en una posición antinatural.

—¿Estás bien? —pregunté, fijándome en el torso, que no parecía subir y bajar con la respiración.

No hubo respuesta. Solo rompían el silencio el siseo de una manguera que no había acabado de perder todo el aire y el crepitar del metal del motor enfriándose.

—Hola, ¿me escuchás? No te preocupes que ahora seguro que pasa alguien y lo mandamos a Jaramillo a llamar una ambulancia.

Nada.

Le hundí la uña de mi pulgar en la planta del pie y no obtuve reacción. Mala señal. Esa mujer necesitaba asistencia inmediata.

La coupé estaba tan deformada que me fue imposible abrir la puerta. Di la vuelta al vehículo, pero el lado del conductor estaba aún peor. La única forma de abrir era con un soplete.

Logré meterme al auto por la ventanilla del acompañante. Intentando no lastimarme con los vidrios rotos y metales en punta, serpenteé hasta el asiento trasero. Entonces vi el enorme charco de sangre que se extendía debajo del pecho de aquella mujer y supe que era demasiado tarde para ayudarla. Ponerle una mano en el cuello para comprobar que no tenía pulso fue una formalidad.

Cerré los ojos durante un momento. Por más enfermero que fuera, un golpe así nunca era fácil de encajar.

Aunque no había duda de que esa mujer estaba muerta, me dispuse a cumplir con mi obligación de pedir ayuda médica. No tenía claro si me convenía hacer los cincuenta kilómetros que faltaban hasta Jaramillo, donde había teléfono pero no ambulancias, o volver los setenta hasta Deseado. O quizás lo mejor era esperar a que pasara otro vehículo. Aunque, en una ruta como aquella, podían faltar horas para que eso sucediera.

Tras revisarle los bolsillos sin éxito en busca de alguna identificación, empecé a arrastrarme hacia atrás para salir del auto. Fue entonces cuando vi una rajadura en la tela beige de la valija sobre la que había quedado apoyado el cuerpo. Al reconocer el contenido, me quedé perplejo.

Dólares. Fajos y fajos de dólares manchados de sangre.

\*\*\*

Sentado en el asiento del acompañante, me detuve a pensar durante un segundo. La mujer estaba muerta, así que ya no tenía sentido apurarse para llamar a una ambulancia. Me sentí mal al darme cuenta de que me importaba más qué hacer con la valija llena de dólares que el cadáver retorcido sobre ella.

Lo correcto, sin duda, era devolver ese dinero a su dueño. Pero, ¿quién transporta esa cantidad de efectivo en un vehículo particular? Tenía que ser dinero proveniente de algún negocio sucio. No había muchas opciones: la droga, el juego o la prostitución. Más razón aún para devolverlo. Ponerse en contra de esa gente era un pésimo plan.

Por otra parte, si me lo quedaba...

Los billetes que yo acababa de descubrir eran de cien. Recordé una película policial que había visto con Graciela hacía poco en la que unos tipos se robaban una valija llena de fajos idénticos. Si la memoria no me fallaba, en una de tamaño estándar cabían varios millones. ¿Tres? ¿Cinco? No logré recordar el número exacto, pero en cualquier caso era muchísimo dinero. Tanto que no pude dejar de fantasear con lo que haría con una cantidad así.

No trabajar nunca más, para empezar. Hacerme con varias propiedades para alquilar, viajar por el mundo. Comprarme un autazo, o varios. Y una casa en Bariloche frente al lago. Sí, eso haría, y probablemente me sobraría más de la mitad. Es lo que pasa cuando uno tiene mentalidad de pobre.

Además, ¿qué pasaría si dejaba el dinero ahí? Seguro que se lo quedaba la policía, o algún juez. O se lo repartían. Algo me decía que esos dólares se esfumarían antes de llegar a constar en ningún papel.

Miré hacia afuera por la ventanilla destrozada. En la ruta no se veía ningún movimiento.

Respiré hondo y me puse de rodillas sobre el asiento para volver a asomarme a la parte de atrás. Tiré de la valija intentando moverla, pero solo logré que el tajo se hiciera más grande y revelara aún más fajos de dólares.

Entonces recordé que en la coupé no había puertas traseras. Salí del coche por la ventanilla, activé una palanca que sobresalía del tapizado de



cuero y el respaldo del acompañante se inclinó con un crujido de vidrios rotos, facilitándome el acceso a los asientos de atrás.

Empujé un poco a la mujer para quitarle peso a la valija y entonces sí, con cuidado de no seguir rompiéndola, logré sacarla del vehículo.

Llevarla hasta mi auto, a casi cien metros por el medio del campo, fue mucho más difícil aún. Tardé varios minutos en recorrer el terreno seco e irregular, cubierto de matas negras, coirones y alguna planta de calafate. En todo ese tiempo, lo único que hice fue pensar en que si alguien pasaba por la ruta, vería mi auto y la coupé volcada y se bajaría a ayudar. Entonces ¿cómo le explicaría que me estaba llevando del lugar del accidente, literalmente, kilos de dinero?

Como si mis pensamientos hubieran invocado a la mala suerte, cuando llegué al asfalto vi un punto rojo que se acercaba a toda velocidad.

*Tranquilo, Raúl*, me dije a mí mismo. Si su auto era un punto en el horizonte para mí, el mío también lo sería para él. Desde tan lejos le era imposible ver cómo yo abría a toda prisa el baúl de mi auto y metía la valija dentro.

Una vez que los dólares estuvieron escondidos, di unos pasos en el asfalto y empecé a agitar los brazos mirando al punto rojo, que poco a poco fue transformándose en una camioneta.

\*\*\*

La Ford F100 que se detuvo ante mis señas tenía barrales de madera a los costados de la caja, típicos de los vehículos de la gente del campo. Se bajó de ella un hombre alto, corpulento y de alpargatas, que no tendría más de cincuenta años.

—¿Qué pasó? —preguntó, llevándose una mano a la boina gris mientras miraba en dirección a la coupé volcada.

—Venía rápido y se le cruzaron unos guanacos. Yo lo vi todo.

—Hay que ir a ayudar —dijo mientras echaba a correr hacia el lugar del vuelco.

—No hay nada que hacer. Está muerta.

Se detuvo al escuchar mis palabras.

—¿Quién?

—La mujer que iba manejando.

Sin responderme, el hombre me dio la espalda y enfiló al trote hacia la coupé. Yo me quedé apoyado en el baúl de mi auto, pensando más en lo que tenía ahí adentro que en el cadáver.

—Créame, está muerta. Soy enfermero.

—Igual tenemos que avisar al hospital, ¿no? ¿O a la policía?

—A cualquiera de los dos. Entre ellos están comunicados. Yo puedo volver a Deseado y dar parte en el hospital. Trabajo ahí.

—¿Pero usted no iba para el otro lado? —preguntó señalando la dirección en la que apuntaba mi coche.

—Sí, pero lo puedo posponer. Iba a rendir un examen en Comodoro, pero después de ver lo que vi, no creo que logre concentrarme.

—¿No sería mejor que usted se quede y yo vaya a avisar? Usted vio cómo fue todo, seguro que a la policía le sirve su testimonio.

—No es un caso de asesinato —retruqué—. Es un accidente. Las frenadas están marcadas en el asfalto en medio de una recta donde casi siempre hay guanacos. Está bastante claro cómo fue. Además, yo le voy a describir hasta el mínimo detalle a la policía.

—Yo creo que, si usted lo vio, se tiene que quedar acá.

Los ojos del hombre se clavaron en la cerradura del baúl de mi auto. Disimuladamente miré en esa dirección con la certeza de que me encontraría con medio billete de cien dólares asomando o una mancha de sangre. Pero no, no había absolutamente nada. Entonces entendí que el hombre no miraba la cerradura, sino unos centímetros más abajo. Estaba memorizando el número de matrícula de mi coche.

—Está bien —dije al fin—. Vaya usted a avisar y yo me quedo esperando a la policía.

—De acuerdo —respondió dando unos pasos hacia mí. Cuando estuvo a menos de un metro de distancia, estiró una mano gruesa y callosa y me miró a los ojos.

—Néstor Cafa —se presentó.

—Raúl Ibáñez.

Cafa se subió a la camioneta y recorrió setenta kilómetros para dar parte del accidente.

\*\*\*

Cuando llegué a mi casa eran las doce y media del mediodía. Desde que me había despedido de Néstor Cafa hasta que llegó el patrullero de la policía de Deseado transcurrieron dos horas y pasaron otros cinco vehículos por la ruta. Todos se detuvieron para preguntarme qué había sucedido y si podían ayudar de alguna manera.

El trámite con la policía fue más corto de lo que esperaba. Me preguntaron qué había visto y se los conté con lujo de detalles, omitiendo solamente la parte en la que me encontraba una fortuna debajo del cadáver y decidía esconderla en mi auto.

Cuando me dijeron que ya podía irme, di la vuelta en U y enfilé hacia Deseado.

A pesar de que Graciela no estaba en casa, al llegar encontré la puerta sin llave, como siempre. Unas horas antes, cuando le di un beso para despedirme y salir hacia Comodoro, me había dicho que pasaría la mañana en la biblioteca del pueblo organizando una actividad para la escuela. Supuse que no tardaría mucho en volver, porque la biblioteca cerraba en media hora.

Me senté en una silla del comedor, con la valija ensangrentada frente a mí, intentando ignorar la mezcla de vértigo y terror que se me había instalado en la boca del estómago. Sabía que tenía que devolverla, pero no podía dejar de pensar que ahí dentro había una vida distinta para mí, para Graciela y para los hijos que vinieran. Si venían.

Abrí la valija. Estaba llena hasta arriba de fajos de cien atados con una banda de papel blanco sin ningún rótulo. Agarré uno y conté los billetes. Cien. Tenía en la mano diez mil dólares, mucho más de lo que yo llegaba a ganar en un año trabajando sin parar. Ni siquiera si decía que sí a todas las guardias en el hospital y, en los días libres, me quedaba hasta la madrugada trabajando en mi taller de soldadura.

Apilé los fajos de diez en diez sobre la mesa hasta que la valija quedó vacía.

—Es mucha plata —dije en voz alta mirando esa montaña verde—. Tres millones de dólares es mucha plata.

\*\*\*

Cuando Graciela llegó a casa un poco después de la una, yo ya había decidido qué hacer.

—¿Qué pasó, Roli? —dijo al entrar por la puerta de adelante, extrañada de ver el coche estacionado en casa.

Sus ojos no tardaron ni un segundo en clavarse en las pilas de dólares que había sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó, y le conté todo.

Cuando terminé mi relato, se quedó en silencio. Miraba los billetes ensangrentados con expresión de anhelo, como si más que debatirse entre devolver el dinero y quedárnoslo, pensara en cómo gastarlo.

—Lo traje a casa para que nadie se lo robara del lugar del accidente, pero no es para nosotros. Voy a llevarlo a la policía, Graciela.

—¿Para qué? ¿Para que se lo queden ellos?

—Una cantidad de guita como esta no desaparece así nomás. Es de alguien peligroso al que seguramente no le va a costar averiguar que fui yo la primera persona en llegar al lugar del accidente.

Graciela se quedó pensativa. Sabía que yo tenía razón, pero la posibilidad de que alguien viniera buscando lo que era suyo era mucho más débil que el poder magnético del verde oscuro sobre la mesa.

—¿Y si nos vamos a otro lado? Con todo este dinero, podemos empezar una nueva vida donde queramos.

—Graciela, yo soy de este pueblo de toda la vida.

—¿Pero tu sueño no era viajar? ¿Cuántas veces me dijiste que te encantaría vivir unos meses en un lugar y después mudarte? Esta sería la oportunidad ideal. Podríamos desaparecer juntos.

—Viajar y desaparecer no es lo mismo. Vos lo sabés muy bien.

Graciela apretó los labios como si fuesen las valvas de una ostra. La reacción no me tomó por sorpresa, porque cada vez que le había intentado preguntar por su vida en Mendoza antes de mudarse a Puerto Deseado, hacía dos años, me había encontrado con el mismo silencio.

—¿Otra vez vas a empezar con eso? ¿No te diste cuenta todavía de que vine acá para empezar de cero?

Se acercó y me agarró la cara entre sus manos.

—Y mirá lo bien que me fue. Encontré a lo mejor que me pasó en la vida.

Siempre me daba vuelta la tortilla de la misma manera. Piropos, besos o sonrisas. Pero lo cierto era que hacía un año que nos conocíamos y más de medio que vivíamos juntos y su pasado seguía siendo un misterio absoluto para mí. Lo único que sabía era que había sido horrible. Y no porque me lo hubiera dicho ella, sino por las muchas noches en que se despertaba gritando y empapada de sudor tras una pesadilla.

—Y yo ya te dije que voy a respetar esa decisión y no te voy a preguntar más por tu vida en Mendoza —concilié, poniendo mis manos sobre las suyas—. Pero también quiero que tengas claro esto: que vos hayas arrancado de cuajo todos los vínculos con tu vida anterior no significa que yo vaya a hacer lo mismo.

Moderé mi tono de voz para que esas palabras llegaran como una explicación y no un reproche.

—Quiero viajar, pero esto es peligroso, amor —añadí—. Sería sencillo para cualquiera averiguar que tengo un hermano en Salta, por ejemplo. Si no me encuentran a mí, lo van a ir a buscar a él.

—A lo mejor nos podemos quedar una parte y devolver la otra.

—¡No, Graciela! —grité, tirando por la borda el tono tranquilo—. ¿No lo entendés? Quedarse con uno solo de estos billetes significa problemas. Graves problemas. Para vos es fácil pensar en desaparecer porque es como si no tuvieras familia. Pero yo no puedo. No voy a poner en riesgo al único familiar que me queda vivo por guita. Esta misma tarde llevo todo esto a la policía.

Graciela no se dio por vencida tan fácilmente. Era una mujer acostumbrada a luchar por lo que quería, aunque todo el mundo estuviese en su contra. Intentó otros ángulos, y con cada uno de ellos le dije que no lograría convencerme porque la decisión ya estaba tomada.

Lo que no sabíamos, ni ella ni yo, era que se trataba de la peor decisión de mi vida.

\*\*\*

El despacho estaba en la primera planta de la comisaría, al fondo del pasillo. El suboficial al que yo seguía se detuvo frente a la puerta de madera y dio tres golpes justo debajo de la pequeña placa dorada que decía «Comisario Manuel Rivera».

—Adelante —se escuchó desde adentro.

El suboficial me saludó, dejándome solo. Abrí la puerta con la mano izquierda, sin soltar lo que llevaba en la derecha.

—Buenas tardes, comisario. Gracias por atenderme.

—Pase, pase —dijo sin levantar la mirada de unos papeles que tenía en las manos—. Me extrañó que pidiera una cita por tel... ¿Y eso qué es?

Los ojos se le habían ido a la gran valija beige, rota y con enormes manchas ocres que yo acababa de apoyar en el suelo.

—Lo encontré en la coupé esta mañana.

—¿Se robó el equipaje de una persona muerta?

—Si me lo hubiera robado, no estaría acá, ¿no?

—Pero se lo llevó antes de que llegáramos nosotros.

—Sí.

Sin darle tiempo a que me preguntara nada más, la puse sobre el escritorio y la abrí para enseñarle los fajos de dólares. Muchos de ellos estaban empapados en sangre.

—Estaba entre el asiento del acompañante y el de atrás, comisario. Me lo llevé porque no sabía quién iba a ser el primero en pasar por ahí. No quería problemas, y me pareció mejor guardármelo y traerlo hoy a la tarde. Por eso pedí expresamente hablar con usted.

—Y en la declaración que le tomaron esta mañana tampoco dijo nada. —Señaló uno de los papeles sobre su escritorio.

—No, por el mismo motivo. Si la mencionaba, me iban a decir que la entregara, pero yo prefiero dársela a usted en mano y dejarlo asentado en una nueva declaración. Todo el mundo dice que usted es un hombre honesto y confío en que va a hacer que este dinero vuelva a su dueño.

—¿Cuánto hay?

—Tres millones de dólares.

—Difícil que llegue al dueño.

—¿Cómo dice?

—Nadie anda con tres millones de dólares en una valija si se los ganó en forma legal. Eso es dinero procedente de drogas, prostitución o

algo así.

—Sí, yo también supongo que tiene un origen dudoso. Más razón aún para devolverlo.

—Es lo correcto.

—Y después, ¿cómo sigue?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué va a pasar con todo esto? —dije, señalando los fajos.

—Va a quedar en nuestra custodia y, cuando esclarezcamos a quién le pertenece, le vamos a pedir a esa persona diez mil papeles que justifiquen esta ganancia.

—¿Y si no la puede justificar? ¿Si realmente es plata sucia?

—Entonces quedará secuestrada y en algún momento pasará al Estado. Si es que no la hace desaparecer algún pez gordo de la Federal o de algún juzgado.

—O sea que, al fin y al cabo, probablemente alguien se la va a terminar comiendo.

El comisario me puso una mano sobre el hombro.

—Hizo bien, Ibáñez. No importa lo que pase de acá en adelante. Usted hizo bien en devolverla.

Pero su mirada decía lo contrario. Su expresión era de pena, como cuando se contempla una oportunidad perdida. Quizás solo fue mi imaginación, pero algo en sus ojos parecía decirme que me había equivocado. Que debería haber escondido ese dinero y quedármelo para mí. Que en el momento en que lo blanqueaba, era como tirarlo a la basura.

—Comisario —dije con voz algo tímida.

—Dígame.

—¿Quién era la mujer que encontré muerta?

—Eso no se lo puedo decir. Acabamos de abrir la investigación y no podemos revelar esa información.

—Pero Comisario, mire lo que acabo de hacer —protesté, señalando la valija—. ¿No le parece que al menos me merezco saber a quién vi morir?

—Discúlpeme, Ibáñez, pero eso sería violar la ley. De todos modos, no se preocupe. Normalmente solo mantenemos en secreto la identidad de las víctimas durante las primeras horas.

## CAPÍTULO 4

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 9:44 a. m.*

Termina de escribir lo del accidente y lo relee. Ahora sí se entiende cómo empezó todo.

Pone las páginas nuevas sobre las que mecanografió antes. No las cuenta, pero estima que ya tiene siete u ocho, que es mucho más de lo que inicialmente pensaba escribir. De hecho, es mucho más de lo que ha escrito de una sola sentada desde que terminó su carrera universitaria. Piensa en todo lo que le falta por contar y se alegra de haber encontrado la vieja Olivetti en la casa. Escribir todo eso a mano habría sido una tortura.

Le da un sorbo a la sopa y arruga la nariz en una mueca de repulsión. Está helada.

Va a levantarse para calentarla cuando su teléfono vibra varias veces seguidas, como si alguien le estuviera disparando mensajes con una ametralladora. Es su hijo, que le reenvía una conversación con su madre.

*[Mar 04/12/2018 14:21 - Mamá] Hijito, no te iba a decir esto, pero ya estoy vieja y no me callo nada. El domingo me prometiste que ibas a venir a comer y no viniste. Y yo había preparado empanadas. No las compré ni le dije a Mariela que se quedara después de limpiar para ayudarme. Las hice con mis propias manos y vos sabés muy bien lo que me cuesta hacer empanadas con el dolor que tengo en la muñeca. A veces me pregunto qué te hice para que me trates así.*

*[Mar 04/12/2018 14:26 - Tú] Mamá, no entiendo tu reacción. Te llamé para avisarte que se nos había complicado la cirugía de un*



*dálmata. Apenas salí de la veterinaria fui para tu casa y no me quisiste abrir la puerta.*

*[Mar 04/12/2018 14:27 - Mamá] Exacto. No te quise abrir, así que no tendrías por qué haber entrado con tu llave.*

*[Mar 04/12/2018 14:27 - Tú] De verdad, no tengo idea de qué fue lo que te molestó tanto para que reaccionaras así.*

*[Mar 04/12/2018 14:28 - Mamá] Viniste a las CINCO de la tarde. Ya no era hora de comer. No entiendo en qué momento te fallé como madre para que consideres que vale más la vida de un perro que la mía.*

*[Mar 04/12/2018 14:29 - Tú] Mamá, por favor, no empieces. No estoy diciendo que valga más la vida de un perro. Es mi trabajo, y si hay una urgencia y el veterinario tiene que hacer una operación delicada, yo me tengo que quedar a ayudarlo. ¿En serio no te das cuenta de que lo que me estás planteando no tiene ningún sentido?*

*[Mar 04/12/2018 14:41 - Mamá] Tenés razón. ¿Viste que no te tendría que haber dicho nada? No te preocupes, que no creo que te siga molestando mucho más. Al final, parece que soy solo un obstáculo en tu vida.*

Cierra los ojos y se propone dar cinco respiraciones profundas, como le enseñó su instructora de yoga. Apenas va por la tercera cuando vuelve a abrirlos y hace clic sobre el icono de un teléfono junto a un mundo. En unos segundos se abre una aplicación de voz sobre IP que le permite hacer llamadas telefónicas desde un servidor en China. Marca el número de su hijo.

—Papá —atiende casi al instante.

—¿Cómo andás, Dani? Perdoname que no te pude llamar antes.

—¿Dónde estás? ¿En la Antártida? Te escucho re lejos.

—No, estoy acá en casa, en Villa La Angostura —miente—. Estoy probando un programa nuevo que me recomendaron para hacer llamadas gratis.

—Siempre el mismo rata, vos.

—¡Siempre! —responde con fingido orgullo.

—Sabías que también me podés llamar gratis por WhatsApp, ¿no? No hace falta que te instales aplicaciones llenas de virus.

—Me lo anoto para la próxima.

Hay unos segundos de silencio en la línea.

—Che, Dani, acabo de leer esos mensajes. Parece que sigue complicada la cosa con mamá, ¿no?

—Sí, bueno. No sé qué te voy a decir que no sepas.

—¿Hablaste con el psiquiatra?

Dani resopla antes de contestar.

—Sí, y me dijo lo de siempre. Que se puede probar con volver a internarla en Buenos Aires, que esto, que lo otro. Me volvió a dejar claro que, curarse, no se va a curar, pero que siempre existe la posibilidad de estabilizarla y qué sé yo... El tipo no me lo va a decir nunca, pero es obvio que ya bajó los brazos con el caso de mamá. A lo mejor hace bien.

—No digas eso.

—¿No notás nada raro en los mensajes que te acabo de reenviar?

—Todo.

—Sabés a lo que me refiero, papá.

—Sí, al cuchillo —concede.

—¿Cómo puede escribirme sobre lo que pasó el domingo y ni siquiera mencionarlo?

—Porque se arrepiente.

—¡Se apoyó un cuchillo en el pecho y me dijo que si no me iba de su casa se lo clavaba, papá! Y en los mensajes no solo lo pasa por alto sino que tiene los huevos de decirme que no tendría que haber entrado a su casa con mis llaves. No se arrepiente un carajo.

—Hijo —dice, intentando una voz conciliadora—, lo último que necesitás en este momento es que yo me ponga a despotricar en contra de tu madre y eche más leña al fuego. Lo que hizo no tiene nombre, es verdad, pero vos sabés muy bien que lo suyo es una enfermedad.

—Una enfermedad que me absorbe la energía a mí y a todos los que estamos a su alrededor.

—Sí. Y, aunque no es fácil, tenés que buscar una manera de protegerte de eso. Ponerte un escudo para que te afecte lo menos posible.

—¿Por ejemplo yéndome a vivir a mil doscientos kilómetros? Hay un pequeño detalle: yo no me puedo divorciar de ella.

No sabe bien por qué, pero lo primero que le viene a la mente es decirle que no es un divorcio sino una separación, porque no hubo casamiento. Pero enseguida vuelve a poner los pies sobre la tierra y logra reprimir esa tontería que no viene al caso.

—Si necesitás plata para internarla...

—¿Plata? —ríe Dani—. No, papá. Llega un momento en el que tener más plata no sirve de nada. Entre las casas que tiene alquiladas y la fortuna que le depositás vos todos los meses por las ganancias de la empresa, la única parte de la vida de mamá que va bien es la económica.

—Entonces, ¿cómo te puedo ayudar, hijo?

—No sé. Vení a Deseado unos días. Quedate conmigo. A lo mejor podés hablar con ella.

—No me quiere ni ver, Dani. Para ella estoy muerto desde el día que nos separamos.

—Pero eso fue hace una bocha, papá. Yo tenía dieciocho años. Ahora tengo veintiséis.

—¿Qué te pensás, que en todo este tiempo no intenté hablar con ella? Le pedí mil veces que tuviéramos una relación cordial, por respeto a vos, pero no lo entiende.

—¿No lo entiende, papá? ¿Esa es tu excusa? ¡Por supuesto que no lo entiende! —grita Dani en el auricular—. Lleva toda la vida con una depresión que no le pudieron curar ni los mejores psiquiatras de Buenos Aires. Es como si me dijeras que un perro no entiende que no tiene que comer con la boca abierta.

—Hijo, tranquilicémonos. Lo último que quiero es que nos peleemos. Disculpame. Lo que realmente te quiero decir es que ya no sé cómo ayudarla.

—Pero no te estoy pidiendo que la ayudes a ella. Te estoy pidiendo que me ayudes a mí. Que vengas y estés conmigo unos días.

—¿Por qué no hacemos al revés y te venís vos para La Angostura? Este año todavía no salí en el Selmita. Podríamos ir a navegar juntos.

—Me amenaza con matarse cuando llego tarde a comer empanadas, papá. ¿Cómo me voy a ir de vacaciones?

Se quedan ambos en silencio durante unos instantes. Del otro lado de la línea, el hombre puede sentir la respiración profunda y entrecortada de su hijo. Podría reconocerla entre miles de otras: es la forma en la que respira Dani justo antes de soltar las primeras lágrimas.

Siente ganas de contarle la verdad. Confesarle que no está a 1200 kilómetros, sino a 600 metros. Quiere decirle que se quede en su casa, que en cinco minutos va a estar ahí para darle un abrazo y que no lllore solo. Pero en vez de hacerlo cierra los ojos, aprieta los dientes y habla lento, intentando disimular el nudo que se le cierra en la garganta.

—Voy a hacer todo lo posible para ir a verte, hijo. Dejame que arregle unas cosas acá y te aviso cuándo puedo ir.

Del otro lado, Dani suelta la respiración contenida y con ella se le escapa un sollozo corto. Lo reprime tragando saliva.

—Gracias papá. Yo ya no puedo más. Me hace la vida imposible. Y yo sé que no es su culpa, pero a veces me cuesta reconocer a mi mamá en esa mujer.

—Lo sé, hijo. Te aseguro que lo sé.

Cuando cuelga, todavía con los ojos cerrados, se imagina a Dani. No como es ahora, un hombre de veintilargos. No, en su cabeza aparece un Dani de tres años, llorando frente a la puerta del baño. Su pequeña mano abierta golpea la madera llamando a su mamá. La cara, redonda y suave, está teñida por el desconcierto. No entiende por qué no le responde, si la vio meterse ahí un rato antes.

¿Cómo no va a estar desconcertado? ¿Cómo va a comprender un nene de tres años que, del otro lado de esa puerta, su mamá no contesta porque acaba de cortarse las venas con una hoja de afeitar?

## CAPÍTULO 5

*Martes, 13 de agosto de 1991, 8:12 a. m.*

Colgué el teléfono en cámara lenta, intentando procesar lo que me acababan de decir. ¿Secuestrada? ¿Cómo podía ser que Graciela estuviera secuestrada? Esas cosas no pasaban en mi pueblo, donde la gente dejaba las casas y los coches abiertos, con las llaves puestas.

Miré hacia el patio por la ventana. A pesar de que el día ya debería haber empezado a clarear, todavía estaba oscuro. Intenté calmarme un poco y pensar, ignorando el escenario apocalíptico que había del otro lado del vidrio.

Tenía que ser un malentendido. El secuestrador me acusaba de haber devuelto solo la mitad del dinero a la policía, pero yo le había entregado los tres millones. El mismo comisario había redactado mi declaración, que leí y firmé después de cerciorarme de que todo fuese correcto. En especial, el monto.

Sí, era un malentendido, me repetí. Y aunque me parecía poco probable que un papel fuera a arreglar nada con un secuestrador, lo cierto era que tampoco se me ocurría algo mejor. Tenía que conseguir una copia de mi declaración.

Me abrigué y me protegí los ojos con unas viejas antiparras de nadar que encontré en un cajón que no habíamos abierto en meses. Salí por la puerta trasera dispuesto a hacerme con ese documento.

El patio que separaba la casa de mi pequeño taller de soldadura tenía una capa de polvo aún más gruesa que el jardín delantero. Entré al taller y, sin siquiera encender la luz, descolgué de un clavo en la pared el respirador con el que me cubría la boca y la nariz mientras pintaba a soplete los trabajos terminados. Me bastaron un par de inhalaciones para comprobar

que los filtros, diseñados para las diminutas gotitas de esmalte sintético pulverizado, también bloqueaban el polvillo irritante que lo cubría todo aquella mañana.

Salí del taller con el respirador puesto y emprendí casi al trote el recorrido de doscientos metros entre mi casa y la comisaría. Con cada movimiento, los pies levantaban grandes nubes de polvo que el viento no tardaba en disipar. El manto de ceniza, que en ciertos lugares llegaba a diez centímetros de grosor, amortiguaba los pasos haciéndolos inaudibles.

Maldije una vez más haber llevado el auto al taller de Coco Hernández.

Crucé apenas tres o cuatro vehículos en todo el trayecto. Iban casi a paso de hombre, con el limpiaparabrisas encendido en un intento por despejar la ceniza. Los conductores se encorvaban sobre el volante, pegando la cara al vidrio, atentos a los pocos metros de visibilidad frente a ellos.

También me encontré con dos o tres personas a pie. Iban, como yo, tan cubiertas que resultaban irreconocibles. Una tenía la nariz y la boca tapadas con una máscara para pintar muy parecida a la mía. Otra llevaba una luneta de buceo que le protegía los ojos. A pesar de que probablemente ellos tampoco tuvieran idea de quién estaba debajo de mi ropa polvorienta, me saludaron levantando la mano.

La puerta de la comisaría se abría hacia adentro. Al empujarla, la encontré pesadísima. Había trapos húmedos enrollados en el suelo, contra la chapa, para frenar el polvillo. Observé que, o bien la idea se les había ocurrido tarde o el truco no funcionaba, porque adentro todo estaba cubierto de una capa gris. Incluso el pelo corto del suboficial que encontré en la recepción.

Tenía una pequeña radio AM encendida sobre el escritorio y con el hombro sostenía el auricular de un teléfono pegado al oído. No tardé en reconocerlo, nos habíamos cruzado varias veces por el barrio porque su casa y la mía quedaban en la misma manzana.

Señaló con el dedo el teléfono y me hizo un gesto para que aguardara un momento.

—...no se preocupe, señora. Ya mismo enviamos a alguien para que hable con su vecino —dijo al aparato y colgó. Luego se giró hacia mí con una expresión de hastío—. Qué día, ¿no?

Sus palabras retumbaron en la comisaría desierta. Asentí con la cabeza y le ofrecí una sonrisa rápida.

—Buenos días. Me llamo Raúl Ibáñez. Creo que somos casi vecinos.

—Sí, es verdad —respondió, suavizando un poco el tono.

—Soy la persona que encontró la coupé Fuego volcada en el kilómetro setenta la semana pasada. La que tenía los dólares.

En la cara del policía, que según la identificación que llevaba bordada en el pecho se llamaba José Quiroga, apareció una sonrisa mínima, contenida. Supuse que se estaría preguntando cómo yo había podido ser tan boludo para devolver ese dinero.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarlo? —se limitó a decir.

—Necesito una copia de la declaración que me tomó el comisario ese día.

Se quedó atónito ante mi pedido. Miró hacia afuera, como preguntándome por qué había salido de mi casa para un trámite así.

—Podemos hacerle una copia certificada para el lunes.

—Pero para el lunes faltan...

El teléfono me interrumpió y el suboficial Quiroga lo atendió sin siquiera hacerme un gesto.

—Comisaría, buenos días.

El policía escuchó durante dos segundos lo que le decían del otro lado y abrió la boca varias veces antes de lograr intervenir.

—Hoy todo el mundo está encapuchado, señor. ¿Está seguro de que las personas que están entrando en la casa de sus vecinos no son, justamente, sus vecinos?

Quiroga calló durante un segundo.

—Bien. Entonces enviaremos un patrullero a asegurarse de que no son ladrones.

—Le decía que falta casi una semana para el lunes —dije apenas colgó—. No puedo esperar tanto. Hoy es martes.

—Es martes y es trece —me respondió, apuntando el mentón hacia la puerta. No entendí si era una alusión supersticiosa o me estaba invitando a que me fuera.

—Escúcheme, Quiroga. Yo cumplí mi deber como ciudadano y ahora lo único que le estoy pidiendo es una constancia por escrito.

—Escúcheme usted a mí. ¿No ve lo que está pasando? ¿Justo el día que explota un volcán se le ocurre venir a hacer un trámite administrativo?

—¿Un volcán?

Quiroga asintió con gesto solemne.

—Entró en erupción un volcán en Chile y las cenizas se volaron para acá.

—¿En Chile? Pero la frontera está a quinientos kilómetros.

El policía se encogió de hombros.

—Ahora cuando llegue a su casa ponga la radio —dijo, señalando el aparato sobre el escritorio—. Ahí se va a enterar de todo.

—Necesito ese papel. Por favor.

—El lunes, Ibáñez. Se lo acabo de decir.

—Pero no puedo esperar hasta el lunes. Lo necesito ahora. No le estoy pidiendo tanto, ¿no? Un papelito.

El tono del policía al volver a hablar fue considerablemente más alto del que había usado hasta ese momento.

—Tengo al pueblo en pánico y no damos abasto. Soy el único administrativo en la comisaría. El resto de mis compañeros está en la calle, ayudando. Como comprenderá, no tengo tiempo para, justamente, un papelito.

Como si hubiera estado planeado, el teléfono volvió a sonar. Tras atender la llamada —era alguien denunciando que unos vecinos habían dejado a sus hijos salir a jugar con la ceniza—, cortó y volvió a mirarme con cara impassible.

—Me gustaría hablar con el comisario.

—Está ocupado.

—Es urgente. Necesito hablar con él.

—Está ocupado y no se encuentra en la comisaría —repitió Quiroga.

El teléfono de mierda ese sonó una vez más. El policía hizo un ademán para atenderlo pero yo me estiré sobre el mostrador, le saqué el auricular de la mano y corté.

Quiroga me miró, sorprendido. Resopló mientras negaba con la cabeza, se levantó de su silla y rodeó la larga mesa de entrada hasta ponerse frente a mí.

—Dese vuelta —me dijo—. Las manos contra la pared.

—¿Qué?



—Lo voy a detener.

—No, no me vas a detener un carajo. ¿Encima de que no hacés tu trabajo ahora el que va preso soy yo? —dije, enfilando hacia la puerta.

En cuanto le di la espalda, sentí un dolor punzante en la muñeca. Quiroga me la sujetó detrás de la cintura, doblada en un ángulo que yo no hubiera creído posible. Antes de que pudiera reaccionar, me aplastó la cara contra la pared y me esposó.

—Tranquilícese. Es por su bien.

Con la cara retorcida en una mueca de dolor, estuve a punto de contarle toda la verdad. Pero algo me decía que la amenaza del secuestrador iba en serio y que, si abría la boca, ponía aún más en peligro a Graciela.

—¡Quiero hablar con el comisario!

—Grite todo lo que quiera, Ibáñez. Pero no hay nadie más en la comisaría. Como ya le dije, todos mis compañeros están fuera. Y el comisario no está. Fue a una reunión con el intendente y otras autoridades. Parece que usted es el único que no entiende que estamos en una situación de emergencia.

No me quedó más remedio que cerrar los ojos y asentir.

—Le pido disculpas. Estoy muy nervioso —dije, mientras por dentro me preguntaba cómo podía haber sido tan estúpido de haberme dejado llevar por los nervios. Mi mujer estaba secuestrada y yo no le hacía ningún favor si me metían preso.

—Lo entiendo. Todos estamos nerviosos —dijo Quiroga mirando por la ventana a un auto que iba a paso de tortuga—. Pero lo último que necesita la policía en este momento es el desacato.

—Insisto, pido disculpas.

—Disculpas aceptadas. Quédese ahí sentado un rato y se puede ir a su casa.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que se tranquilice.

—Estoy tranquilo. —La frase me salió más rápida y con más volumen del que hubiera querido.

—Quédese ahí sentado un rato —se limitó a repetir el policía, y volvió a rodear la mesa de entrada para atender otra llamada.

\*\*\*

Quiroga levantó el teléfono con los ojos fijos en mí. Mientras le hablaba con frases cortas a quien parecía ser otro vecino del pueblo en problemas, giró la pequeña radio sobre el escritorio para apuntarla hacia mí y subió el volumen.

En la única estación de radio de Puerto Deseado sonaba un tango enérgico de Piazzolla. Cuando estaba llegando al final, la voz de Mario Dos Santos, uno de los pocos locutores del pueblo, interrumpió las notas del bandoneón.

*Reiteramos la noticia para aquellos que acaban de sintonizar LRI200: la erupción del volcán Hudson, en la región chilena de Aysén, es el origen de la enorme nube de cenizas que nos tapa hoy desde aproximadamente las tres de la mañana.*

*Las autoridades y la Asociación de Defensa Civil recomiendan no salir de casa salvo en caso de emergencia. Si usted tuviera que hacerlo, tápese la nariz y la boca con una máscara, un barbijo o un pañuelo. También es importante proteger los ojos. Puede usar anteojos para soldar o antiparras para nadar, por ejemplo.*

*De todos modos, antes de salir tenga en cuenta que todos los servicios, absolutamente todos, están interrumpidos. No hay clases, el puerto está cerrado, como así también los dos bancos y las cuatro empresas pesqueras de nuestra localidad.*

*Estamos recibiendo muchísimas llamadas al 70231 preguntándonos sobre la toxicidad de la ceniza y si debemos preocuparnos por el fuerte olor a azufre que hay en el ambiente. En breve estaremos entrevistando al doctor Arsenio Morelli, director de nuestro hospital, para aclarar todas las dudas.*

*Pero ahora tenemos en nuestro estudio a Hugo Giuliani, jefe de la Asociación Municipal de Defensa Civil.*

*—Hugo, muchas gracias por acercarse a los estudios con estas condiciones.*

*—De nada, Mario. Buenos días a toda la audiencia.*

*—¿Qué sabemos del volcán Hudson?*

—Como ustedes ya han comunicado, se trata de un volcán chileno que ayer sufrió una de las erupciones más violentas de las que se tienen registro en Sudamérica. Se encuentra a casi seiscientos kilómetros de acá, a la altura del límite entre nuestra provincia y Chubut.

—Y tuvimos la mala suerte de que las cenizas volaran directo hasta Puerto Deseado.

—Bueno, en realidad el viento dispersa la ceniza formando una nube triangular que parte del volcán y se va abriendo conforme avanza hacia el Atlántico.

—¿Entonces no somos la única población afectada por esta erupción?

—Para nada. Hemos recibido reportes de Fitz Roy, Puerto San Julián, Gobernador Gregores, Perito Moreno y Los Antiguos. En estas últimas dos localidades, más cercanas a la cordillera, la cantidad y densidad de ceniza es bastante mayor que la nuestra.

—O sea que tenemos prácticamente media provincia en la misma situación.

—Un tercio aproximadamente. Son unos ochenta mil kilómetros cuadrados, que es una extensión casi tan grande como la provincia de Entre Ríos.

—Increíble. En cuanto al estado de las rutas, ¿qué nos puede decir?

—Por el momento, continuamos con la recomendación de no viajar salvo en casos de urgencia extrema. La visibilidad en muchos puntos es completamente nula, y hay reportes de verdaderas dunas de ceniza tanto en la Ruta 281 como en la Ruta 3. Además, como las partículas son tan finas, penetran en los filtros de aire y en otras partes del motor, lo que podría causar roturas en pleno viaje.

—Con el poco tráfico que hay en este momento, quedarse tirado en el medio del campo no es una buena idea.

—Exactamente, Mario.

—¿Se sabe cuánto va a durar este fenómeno?

—No. Según datos que nos han pasado de la Universidad de la Patagonia, hay registros de erupciones en otras partes del mundo donde la ceniza volcánica permaneció en el área durante meses.

—Esperemos que no sea nuestro caso y que el mismo viento que nos la trajo se la lleve rápido al mar.

—Ojalá.

—Hugo, nuestro teléfono está ardiendo con llamadas de gente que se ofrece para ayudar en lo que se necesite. ¿Qué pueden hacer aquellos que quieran dar una mano a los más perjudicados?

—Bueno, lo primero es no llamar a la policía, al hospital ni a los bomberos para ofrecer esa ayuda. Necesitamos que las líneas se mantengan desocupadas para poder atender cualquier emergencia. Quienes tengan la posibilidad, pueden acercarse a la reunión que habrá esta mañana a las 11:00 en el Museo Mario Brozoski. Por favor, desplácese con cuidado y protegiendo las vías respiratorias. La idea de la reunión es crear comisiones de trabajo y definir planes de acción. Vamos a necesitar ayuda en varios frentes, pero sobre todo con tareas de limpieza en el hospital, el hogar de ancianos y otros lugares públicos.

—¿Quiénes van a estar presentes en esta reunión?

—Todavía no está confirmado, pero seguramente contemos con el intendente, el director del hospital, el comisario, el jefe de bomberos y supongo que los directivos de cada establecimiento educativo.

—Ahí estará LRI200 también, cubriendo la reunión para poder compartir las conclusiones con aquellos vecinos que prefieran no asistir.

—Sí, por favor, pedimos a la comunidad que adopte todas las medidas necesarias para protegerse y que no pierda la calma. También es muy importante comprar únicamente los víveres hagan falta y no hacer acopio. No le sirve a nadie generar pánico y desabastecimiento.

—Muchísimas gracias por acercarse a la radio, Hugo. Y antes de ir a un tema musical, reiteramos dos consejos de Defensa Civil: primero, sellar con cinta adhesiva todas las ventanas e incluso las puertas que no se utilicen, para minimizar la entrada de ceniza a los domicilios. Y segundo, poner agua a hervir para humidificar el ambiente, porque la ceniza es altamente astringente. Así que, ya sabés, andá a buscar un rollo de cinta y una olla.

Los primeros acordes de *Y dale alegría a mi corazón*, de Fito Páez, reemplazaron a la voz de Mario en la radio. Intenté relajar los músculos de la espalda, porque la tensión en los hombros hacía que las esposas se me clavaran en las muñecas. Apoyé la cabeza en la pared y, justo en la parte que la canción dice «las sombras que aquí estuvieron no estarán», noté el reloj en la pared detrás de Quiroga. Eran las 08:44. En

poco más de una hora el teléfono de mi casa iba a sonar y yo tenía que estar ahí para atenderlo, costara lo que costara.

## CAPÍTULO 6

*Martes, 13 de agosto de 1991, 9:46 a. m.*

Cuando por fin me dejaron ir de la comisaría, hice el camino de vuelta corriendo. Mientras la respiración agitada me empapaba la nariz y la boca debajo de la máscara, solo podía pensar en cómo haría para conseguir mi declaración sin tener que esperar una semana.

Llegué a casa cuando faltaba casi un cuarto de hora para que me volvieran a llamar. Fueron catorce minutos larguísimos en los que creí que la cabeza me iba a explotar de tanto pensar.

El teléfono sonó a las diez en punto.

—Hola.

—Ibáñez. ¿Cómo va eso?

—Escuchame. Tengo la forma de explicar todo. Te voy a conseguir una prueba firme de que le entregué esos dólares a la policía.

—La mitad, Ibáñez. Entregaste la mitad. Lo que nosotros te estamos pidiendo es el otro millón y medio. Si lo devolvés, tu mujer vive. Si no, no.

—Te puedo demostrar que no es así. Voy a conseguir una copia certificada de la declaración que hice en la policía. Ahí consta que devolví los tres millones.

—¿Un papel? Ah, claro. Ningún problema —dijo con tono sarcástico—. Si vos presentás el justificante, deshacemos todo. Levantamos campamento y te entregamos a tu mujer sana y salva.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Entonces me planteé por primera vez que este tipo no me había dado ninguna prueba de que tenía en realidad a Graciela, ni mucho menos de que no le habían hecho nada.

—¿Cómo sé que Graciela está bien? —pregunté.

—Tranquilo, Ibáñez. Te la estamos cuidando de maravilla.

—Quiero hablar con ella.

—¿No me creés?

—¡Quiero hablar con ella!

—Así se habla, con los huevos bien puestos. Espero que le pongas esa misma garra cuando las cosas se compliquen.

Hubo un silencio en la línea. Supe que el secuestrador estaba esperando oír mi reacción, pero no dije una sola palabra.

—Entiendo que quieras hablar con ella —continuó—, pero, como comprenderás, no está acá al lado mío.

—¿Entonces cómo sé que está bien?

—Haceme una pregunta.

—¿Qué?

—Haceme una pregunta que solo ella pueda responder.

Pensé durante un momento.

—Preguntale qué pasó el día de la final del mundial del año pasado —dije.

—Muy bien. Te llamo en unas horas.

—Esperá.

—¿Sí?

—En serio, te juro que yo no tengo esa plata. Es todo un malentendido. De verdad...

—Mirá, Ibáñez. Te la voy a hacer clara. Vos solito te metiste en este quilombo haciéndote el héroe. Imaginate que te creo, Ibáñez. Es algo hipotético, porque no te creo un carajo, pero imaginemos que sos buenito y te creo. Fue tu decisión entregar la guita a la policía. Si no te hubiera dado un ataque de honradez y te la hubieras quedado, como haría cualquier persona normal, ahora sería mucho más fácil salir de este despelote, ¿no?

—Pero no me la quedé. ¿De dónde quieren que saque un millón y medio de dólares? Soy enfermero, trabajo en el hospi...

Oí un clic al otro lado de la línea.

Me desplomé en una silla con el teléfono todavía en la mano. ¿Cómo iba a conseguir ese dinero? Si juntaba mis ahorros, vendía mi auto y pedía prestado al banco y a todos mis conocidos, probablemente no llegaba ni al diez por ciento.

No, tenía que buscar otra salida. Tenía que convencer a los secuestradores, costara lo que costara, de que yo no les había robado. Y si no lo lograba, Graciela pagaría las consecuencias.

Colgué el teléfono y me pasé una mano por el pelo polvoriento. Tenía que calmarme e intentar pensar con la cabeza fría. Deambulé por el comedor mientras una voz dentro de mí me repetía una y otra vez que todo era mi culpa.

Al final, no había servido de nada hacer lo correcto. Había renunciado a no trabajar nunca más y a tener las finanzas resueltas de por vida para que la justicia divina me tratara como al más grande hijo de puta.



## CAPÍTULO 7

*Martes, 13 de agosto de 1991, 10:09 a. m.*

Apoyé la nariz y la frente en el vidrio frío de la ventana. Por un momento tuve ganas de romperlo de un cabezazo, pero cerré los ojos y empecé a contar hasta diez, intentando tranquilizarme.

Volví a abrirlos cuando iba por el cuatro. En el patio gris, las huellas de Graciela ahora eran tan solo marcas amorfas en la capa de ceniza, difuminadas por el viento y pisoteadas por las mías.

¿Cómo la habían secuestrado? ¿Cómo habían logrado sacarla de casa? A la fuerza no había sido, porque en el perchero faltaba su abrigo y porque las huellas que se alejaban eran de una única persona. Entonces, ¿con qué motivo saldría por voluntad propia en el medio de la noche?

Fue en ese momento que recordé el episodio de cuatro meses atrás y até cabos. No pude creer que no se me hubiera ocurrido antes.

Me puse algo de abrigo, la máscara para respirar y las antiparras. Salí a la mañana oscura y recorrí con paso apurado los treinta metros que separaban mi casa de la de mi vecino Fermín Almeida.

Al llegar a la verja desvencijada, abrí el portón de un empujón y atravesé el patio delantero. A mis costados, unos pocos perales sin podar se doblaban hacia abajo por el peso de la ceniza. En el suelo, bajo el manto gris se adivinaban los contornos de botellas y otros objetos abandonados.

Almeida debió de oírme porque abrió la puerta de su casa sin que yo la tuviera que golpear.

Me saludó levantando una mano. La otra le colgaba junto al muslo y sujetaba una botella a la que apenas le quedaban dos dedos de whisky. Me extrañó verlo tomando un Chivas y no su usual vino en caja.

—Vecino —dijo, sin invitarme a entrar, cuando me bajé la máscara que me cubría la cara.

—¿Desde qué hora estás despierto, Fermín?

El hombre miró hacia abajo y levantó la botella.

—Desde que esta estaba llena.

—Hora, Fermín. ¿Desde qué hora?

—No sé, Raulito. Tres, cuatro de la mañana. ¿Qué importa la hora el día que se acaba el mundo? Esto lo predijo Nostradamus, ¿sabías?

—¿Viste si paró algún auto frente a mi casa para que se subiera mi mujer? ¿Un Torino marrón?

—No veo, no escucho, no hablo, Raúl —respondió, tapándose sucesivamente los ojos, un oído y la boca con la mano que tenía libre.

—Fermín, es importante. No sé dónde está Graciela.

—¿Otra vez se fue en plena madrugada con el otro?

Di un paso hacia adelante y lo agarré de la camisa sucia que le cubría el cuerpo, agachándome un poco para que nuestros ojos quedaran alineados. El fuerte hedor a alcohol que emanaba mi vecino se imponía por encima del olor a azufre en el ambiente.

—¿Vos cómo sabés eso?

Fermín hizo una mueca burlona, fingiendo tener miedo. Luego habló imitando una voz femenina.

—Ay, qué miedo, mi vecino me está por pegar. Nos vamos a morir todos y el cornudo no tiene mejor cosa que hacer que limarse los cuernos contra un pobre viejo borracho.

Abrí las manos y solté la tela por la que lo asía. Al fin y al cabo, Fermín no tenía la culpa de nada. Si mis sospechas eran ciertas, mi mujer efectivamente se había ido con su ex en plena madrugada.

Por segunda vez.

Me di media vuelta y lo dejé ahí, balbuceando burlas y apurando la botella.

\*\*\*

Dejando atrás la casa de Almeida, recorrí con paso apurado el kilómetro y pico que separaba nuestro barrio de la otra punta del pueblo.

Cuando llegué por fin al edificio de tres plantas en el que estaba el departamento de Esteban Manzano, me percaté de que las luces del alumbrado público seguían encendidas a pesar de que ya eran las diez y media de la mañana. Tendría que ser pleno día desde hacía dos horas, pero en vez del celeste limpio de una mañana de invierno, el cielo era una densa nube amarronada que dejaba pasar apenas el resplandor anaranjado del sol.

La puerta de la escalera estaba abierta, como casi todas en el barrio. En un rincón de la planta baja se había acumulado una duna de ceniza tan alta que tapaba el zócalo. Subí los escalones de cemento de tres en tres hasta llegar al rellano de Manzano.

Como todos los departamentos de ese barrio, este tenía dos puertas de chapa que daban a la escalera: una era la del comedor y la otra, la de la cocina. Golpeé esta última con el puño cerrado.

Sin esperar demasiado, volví a golpear.

—Ya va —susurró alguien desde adentro.

Manzano me abrió en calzoncillos. Al verme, arrugó la cara de recién levantado en una señal de desconcierto y dedicó un par de segundos a observarme detenidamente. Después dio un paso hacia atrás y apartó la cortina de la ventana de la cocina para mirar hacia afuera.

—¿Qué está pasando? —preguntó con los ojos puestos en la calle.

Se volvió hacia mí y me hizo señas de que pasara. Su gesto amistoso me sorprendió, porque nos odiábamos a muerte. Entonces me di cuenta de que todavía no me había reconocido.

Cuando me saqué la máscara, retrocedió un poco.

—¿Qué hacés en mi casa? ¿Qué querés? —preguntó en voz baja.

Noté que se apresuraba a cerrar la puerta que comunicaba la cocina con el pasillo de las habitaciones. Yo no había estado antes en esa casa, pero conocía perfectamente su distribución porque era idéntica a muchas otras de ese barrio.

—¿Dónde está mi mujer? —le pregunté.

—¿Y yo cómo lo voy a saber? No la veo desde hace cuatro meses.

Di un paso hacia él y lo empujé en el pecho con toda mi fuerza. Trastabilló hacia atrás, pero logró agarrarse a una mesa y mantener el equilibrio.

—¿Otra vez la fuiste a buscar a mi casa en plena madrugada?

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Anoche.

Manzano me miró desconcertado. Cuando habló, lo hizo con palabras rápidas pero sin subir el volumen.

—Estás paranoico, ¿sabés? No me moví de acá en toda la noche. No sé qué quilombo hay entre vos y tu mujer, pero yo no tengo nada que ver. ¿Me entendiste?

Entonces Esteban Manzano me devolvió el empujón y me cerró la puerta de su casa en las narices.

Levanté el puño para volver a llamar. Estaba convencido de que el auto que se había detenido frente a mi casa para recoger a Graciela era el de Manzano, y no iba a parar hasta que lo reconociera. Pero entonces se me ocurrió una idea mejor para averiguar la verdad.

Di media vuelta y bajé los escalones hasta la calle. Corrí hacia el Torino marrón estacionado a pocos metros y limpié con la mano la ceniza de la ventanilla del acompañante, pero los vidrios negros me impidieron ver el interior. Al tantear la puerta, se abrió con un chirrido abrasivo, como si alguien hubiera engrasado las bisagras con arena. La llave estaba puesta, como en la mayoría de los coches de Deseado en aquella época.

Le saqué el freno de mano y me aseguré de que la palanca de cambios estuviera en punto muerto. Luego rodeé el vehículo y lo empujé por detrás hasta moverlo unos centímetros.

Me agaché para examinar la calle en los puntos donde habían estado las ruedas. En cada uno de ellos pude ver una fina capa de ceniza aplastada. Eso significaba que el auto se había detenido en ese lugar *después* de las tres de la mañana, que era cuando había empezado a caer el polvo. O sea, Manzano acababa de mentirme.

Para asegurarme, metí medio cuerpo por la puerta del conductor y tiré de la palanca que abría el capó. Levanté la tapa para acceder al motor y desenrosqué el filtro de aire hasta quedármelo en la mano. Al golpearlo contra mi palma, una gran cantidad de ceniza se desprendió de las aletas de papel.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —me gritó Manzano desde la puerta de la escalera, dirigiéndose hacia mí con paso apurado.

El ex de Graciela se detuvo a medio camino para mirar el cielo y a su alrededor. Estaba perplejo. Parecía intentar decidir si le preocupaba más

que yo le estuviera desarmando el auto o la nube de polvo sobre nuestras cabezas.

—¿Así que estuviste en tu casa toda la noche? —le dije— ¿Y entonces cómo puede ser que haya ceniza abajo de las ruedas y en el filtro de aire?

—¿Ceniza?

—Entró en erupción un volcán en Chile y las cenizas se volaron hasta acá.

Antes de que me pudiera responder, di un paso hacia él y lo agarré del abrigo que se había puesto sobre el pijama.

—¿Dónde está mi mujer?

—Ya te dije que yo no...

Manzano dejó la frase a medias y se quedó mirando la puerta abierta del Torino.

—¿Vos corriste el asiento para adelante? —me preguntó, librándose de mi agarre con un ademán rápido.

Sin esperar a que le contestara, se sentó en su auto.

—No —le dije—. Ni siquiera me subí.

Manzano se señaló las rodillas, tan dobladas que rozaban la parte de abajo del volante.

—Alguien lo usó durante la noche —dijo, mirando por el retrovisor—. El asiento está corrido hacia adelante, y el espejo también está cambiado. Fijate, mirá, vos y yo tenemos la misma altura.

Se bajó y me señaló el asiento. Al sentarme comprobé que, efectivamente, estaba configurado para alguien de mucho menor estatura.

—Mostrame que no la tenés en tu casa —dije, bajándome del Torino.

—Dejate de joder, Raúl. Encima de que me venís a hacer un escándalo me querés exigir que...

Pero antes de que pudiera terminar, yo ya estaba corriendo en dirección a la escalera.

—Pará, no. No entres, Raúl.

Subí los escalones de toda velocidad, oyendo los pasos de Manzano tras los míos.

Abrí la puerta de la casa y me dirigí directo a las habitaciones. En la primera encontré una cama vacía, perfectamente hecha, cubierta por una

colcha rosa. Había posters de Disney en las paredes y del techo colgaba un móvil con hadas. No había nadie.

Puse la mano sobre la puerta de la segunda habitación, pero Manzano llegó justo a tiempo para bloquearme la entrada. Forcejamos un poco hasta que finalmente logré accionar el picaporte y ambos irrumpimos en el cuarto casi abrazados.

Una silueta comenzó a moverse lentamente debajo de las sábanas revueltas de la cama matrimonial. Me bastó con ver el pequeño brazo que asomó entre las telas para darme cuenta de que acababa de cometer un error. Una niña de unos cuatro años se sentó en la cama y, tras pasarse las manos por la cara, abrió apenas los ojos.

Al verme, soltó un grito con toda la fuerza de sus pulmones. Su padre se apresuró a sentarse a su lado para consolarla, pero ella no me quitó los ojos de encima. Parecía que acabara de ver a un monstruo.

Me di media vuelta y los dejé ahí, sin siquiera tener la decencia de pedirle perdón a la niña o a su padre.

Al salir de la habitación, un espejo al final del pasillo me devolvió el reflejo. Vi una figura completamente gris con unas antiparras sobre la frente y una máscara de plástico colgando del cuello. Las lágrimas constantes que salían de mis ojos irritados habían formado un grotesco antifaz de barro marrón.

Efectivamente, la hija de Esteban Manzano había visto un monstruo.

## CAPÍTULO 8

*Martes, 13 de agosto de 1991, 11:12 a. m.*

Caminé derrotado de vuelta a casa. Si bien cabía la posibilidad de que la cara de asombro de Manzano y su numerito con la posición del asiento y el retrovisor no fueran más que intentos por despistarme, algo en su actitud me decía que su sorpresa era genuina.

En cualquier caso, más allá de cómo habían raptado a Graciela, lo importante era liberarla. Según lo veía, tenía dos opciones: o convencía a los secuestradores de que no les había robado o pagaba el rescate. Esto último era imposible, así que, para cuando llegué a mi casa, tenía claro que solo había un camino posible. Y aunque el secuestrador me había asegurado que no me llevaría a ninguna parte, prefería transitarlo a quedarme donde estaba.

Del cajón de la mesita del teléfono saqué la guía con todos los números de las tres provincias de la Patagonia austral. Recorrí con el dedo las páginas de Puerto Deseado hasta llegar a la letra L. Había una sola línea de teléfono en todo el pueblo a nombre de alguien de apellido Lupey.

Melisa Lupey, la única mujer policía de Puerto Deseado, había sido compañera mía en la secundaria. También era la persona que yo más había lastimado en toda mi vida.

Tomé aire e hice girar el disco de mi teléfono para marcar los cinco dígitos. Su voz gruesa, casi masculina, atendió al tercer tono.

—Hola.

—¿Melisa?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Raúl Ibáñez. ¿Cómo estás?

—¿Raúl? ¿Qué querés?

—Necesito pedirte un favor, Melisa.

—¿Que yo te haga un favor a vos?

—Es de vida o muerte.

—Me imagino. Si no, no tendrías la caradurez de llamarme. Mirá, si es tan importante, andá y denunciálo en la comisaría.

—En la comisaría no me dan bola. Están hasta las manos con el tema de la ceniza.

—¿Tiene algo que ver con la guita que encontraste en el accidente?

—Sí, aparecieron los dueños. Me están apretando, acusándome de que me quedé con una parte.

—No me extrañaría.

—Melisa, vos sabés muy bien que yo soy un tipo honesto.

—También sos la última persona en el mundo por la que pondría las manos en el fuego.

—¿No me lo vas a perdonar nunca? Teníamos dieciséis años, Melisa.

Cerré los ojos y sentí esa presión en el pecho que aparecía con cualquier recuerdo del que uno se avergüenza profundamente. Con la nitidez de una película, reviví la tarde de primavera en la que Melisa me había pedido que nos fuéramos juntos después del colegio y el corazón casi se me había salido por la boca.

Desde principios de año yo había desarrollado una obsesión con Melisa Lupey. Además de que me atraía físicamente a rabiar, el trato con ella era muy diferente al que había tenido con cualquier otra chica en mi corta vida. Y no dudé en hacérselo saber con directas e indirectas que ella siempre encajaba con una sonrisa. Una sonrisa que, indudablemente, significaba que yo iba por el buen camino.

Para noviembre, cuando el curso estaba por terminar, yo era como un globo inflado al máximo que podía explotar en cualquier momento.

El timbre sonó, como siempre, a las cinco y media de la tarde. Nos escabullimos juntos al pequeño pinar que separaba nuestro colegio de la escuela primaria con la que compartía manzana. Nos sentamos, como muchas otras veces, hombro con hombro debajo de uno de los pocos pinos de todo Puerto Deseado.

—Roli —me dijo ella pasándose una mano por el pelo en un gesto que yo había aprendido a traducir en nervios o incomodidad—, ¿yo te gusto, no? ¿Como mujer?



Sonreí. Por fin había llegado el momento de abrir las compuertas y dejar salir todo lo que me venía guardando desde hacía meses.

—Me encantás, Melisa. No puedo parar de pensar en vos ni un minuto. A veces pienso que estoy obsesionado. Otras, que estoy enam...

Me puso un dedo sobre los labios. Después miró hacia abajo y se aclaró la garganta.

—Yo no... yo... te quiero. Te quiero mucho, de verdad. Pero como un amigo.

—Porque somos amigos —dije, tomando su mano entre las mías y acariciándole las venas azules del dorso—. Y nos llevamos genial. Nos encanta pasar el tiempo juntos. O, bueno, por lo menos a mí me encanta.

—A mí también —se apresuró a decir ella.

—¿Y entonces por qué no podemos ser algo más?

—Porque no me atraés físicamente, Roli.

Apoyé la cabeza en el tronco del pino, intentando encajar el golpe con la mayor decencia posible.

—Eso no quiere decir que no seas un chico precioso. De hecho, no sé si sabías, pero tenés varias admiradoras en tercero. En los recreos hablan de tus ojazos, de tus dientes, de tu pelo. ¡Están obsesionadas!

Forcé una sonrisa.

—¿Qué es lo que no te gusta de mí? —quise saber.

—Es difícil de explicar.

—No, en serio. ¿Por qué te parezco feo?

—¿Feo? No, no, no me pareés feo. Al contrario, sos uno de los chicos más lindos que conozco.

—Melisa, no hace falta que me mientas. Si no te atraigo físicamente es porque...

—Es porque ningún hombre me atrae físicamente.

—¿Qué? —pregunté, poniéndome de pie.

—Me gustan las mujeres, Roli —susurró, mirando a ambos lados—. Creo que soy lesbiana.

Las mariposas en mi estómago cayeron muertas todas a la vez al darme cuenta de que, ante lo que acababa de decirme Melisa, no había nada que yo pudiera hacer para ganarme su amor. Entonces salí corriendo con toda mi fuerza, dejándola atrás mientras ella gritaba mi nombre.

Aquella tarde fue la primera vez que lloré por amor. Y al llanto le sobrevino una rabia enorme, un deseo de venganza horrible, como si ella hubiera decidido ser lesbiana solo para joderme a mí.

Al día siguiente no tuve mejor idea que desparramar su secreto por todo el colegio.

En lo poco que le quedaba al año lectivo, Melisa perdió a todas sus amigas. Si tenía una discusión con alguien, enseguida le gritaban «marimacho» o «tortillera» con asco, como si fuera la peor lacra. Una enferma. Una aberración.

Quizás sea difícil entender hoy el dolor que le hice pasar a Melisa. Pero si la homosexualidad sigue siendo un estigma en nuestros días, en Puerto Deseado a fines de los setenta, era simplemente inaguantable. En un pueblo de tres mil habitantes en el que nunca nadie había reconocido abiertamente ser homosexual, contar el secreto de Melisa fue el golpe más duro que le pude haber dado.

—Teníamos dieciséis años —repetí al teléfono.

—Sí, una edad en la que ciertas cosas te pueden marcar para siempre.

—Fue hace casi media vida, Melisa. Te juro que me duele cada vez que me acuerdo.

—Más me dolió a mí, te lo puedo asegurar.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

—Para empezar, no llamar para pedirme un favor después de trece años de no dirigirnos la palabra.

—Si no fuera importante, no te estaría llamando. De verdad, creo que estos tipos son peligrosos. No tengo nada para ir a denunciarlos, pero me preocupa que me hagan algo a mí o a mi mujer. Y creo que la única forma de que me dejen en paz es consiguiendo la declaración que me tomó el comisario el día que devolví la plata.

—Andá a pedirla a la comisaría.

—Ya fui. Pero me dicen que hasta el lunes que viene no me la pueden dar.

—Entonces vas a tener que esperar.

—¡No puedo esperar!

—Mirá, Raúl. Es muy sencillo. Si creés que tu vida o la de algún familiar corre peligro, denuncialo. Si no, esperá hasta el lunes. Y tanto si

decidís hacer una cosa o la otra, a mí dejame de joder.

Una vez más, me quedé con la palabra en la boca y el auricular pegado al oído escuchando el tuuuu monocorde.

Colgué al aparato con la mirada fija en la guía de teléfonos abierta. Pasé un dedo por el papel y el recorrido quedó marcado con una estela gris. En los pocos minutos que había durado mi conversación con Melisa, se había cubierto de polvo.

## CAPÍTULO 9

*Martes, 13 de agosto de 1991, 11:28 a. m.*

Todavía tenía los ojos perdidos en las diminutas letras y números de la guía telefónica cuando la campanilla del aparato volvió a sonar.

—¿Melisa? —atendí.

—Sí, soy Melisa. Ando con un poco de catarro y por eso tengo voz de camionero.

Al reconocer a Alejo, mi único hermano, forcé una carcajada.

—¿Cómo andás, Ale? —le pregunté, intentando disimular el tembleque de mi voz.

—¡Peluche! ¿qué hacés, loco? ¿Todo bien? Me enteré de lo de la ceniza.

Alejo me llevaba dos años y me llamaba Peluche desde que durante mi adolescencia se me había alfombrado el pecho de pelo negro. Hacía más o menos un año que vivía en Salta, la provincia más al norte de la Argentina.

Al terminar la secundaria, había decidido ignorar la insistencia de nuestra madre para que estudiara en la universidad y se fue a Comodoro a buscar trabajo en la industria del petróleo. Y lo cierto fue que, con carrera universitaria o sin ella, mi hermano era brillante. En el petróleo le fue muy bien, muy rápido. A los veinticuatro años ya era supervisor de una zona y tenía a su cargo más de cien pozos petroleros. Cuando mamá murió, unos años después, era coordinador de siete de esas zonas. Y aunque a ella se le llenaba el pecho de orgullo cuando hablaba de Alejo, nunca dejó de insistirle con lo de la universidad.

Hacía un año, justo antes de cumplir los treinta y uno, la empresa para la que trabajaba le había ofrecido un puesto de gerente de operaciones.

Eso significaba estar a cargo de todo lo que pasaba de la superficie para arriba en un yacimiento petrolero. Cada camión, cada aparato de bombeo y cada parte del oleoducto serían su responsabilidad. Entre empleados y contratistas, más de trescientas personas responderían a Alejo.

Desde luego, una oferta así era el sueño húmedo de un adicto al trabajo como él, y no dudó en aceptarla. Ni siquiera lo detuvo que el yacimiento del que se tendría que hacer cargo estuviera en la otra punta del país, a casi tres mil kilómetros de su casa.

—Sí, Ale, todo bien —mentí—. Tenemos al pueblo medio revolucionado, pero es normal.

—¿Pero ustedes están bien? —insistió— ¿Vos, Graciela?

—Sí, por suerte nosotros... nosotros bien.

—¿Qué te pasa, Peluche? Te noto raro.

Desde el día en que le rompí el primer juguete e intenté esconderlo, mi hermano había tenido siempre un ojo clínico para detectar mis mentiras.

—Claro que estoy raro. Imaginate que no sabemos qué consecuencias puede tener esto en la salud. Nadie sale a la calle, y los que salen parece que van a una guerra química. También escuché en la radio que la gente está comprando víveres a lo loco y los precios están subiendo un montón.

—¿Necesitás plata?

«Sí, un millón y medio de dólares», pensé.

—No, no necesito plata.

—Si te llega a hacer falta cualquier cosa, avisame, ¿eh? E intenten quedarse tranquilos en casa. No sé... Aprovechalo para disfrutar con Graciela, que nunca viene mal acurrucarse. De hecho, anotá esto: dentro de nueve meses va a haber un récord de nacimientos en Deseado. Le van a llamar la generación de la ceniza.

—¿Vos no pensás nunca en otra cosa?

—Peluche, después de esta, no hay otra. Disfrutá. Aprovechá el encierro. Sacale punta, hermano.

Forcé una risita antes de contestarle.

—Gracias por llamar, Ale. Y quedate tranquilo que estamos bien. Disfrutá del aire puro vos que podés.

—Ah, esperá, ¿te puedo contar una buena noticia?

—Sí, por supuesto —dije, a falta de una excusa.

—Me ofrecieron trabajo en Punta Arenas.

—¡Felicitaciones! No sabía que había petróleo ahí también.

—Muchísimo. Además, allá la economía es mucho más estable que en Argentina.

—¿Te vas para Chile, entonces?

—Lo estoy pensando. Tengo un mes para responderles. El sueldo es un poco mejor y las posibilidades de cara al futuro creo que también.

—¿Y cuál es la parte mala?

—No sé. Es demasiado remoto y hace frío. Mucho más que en Deseado. Pero la verdad es que la oportunidad es realmente muy buena.

—Y vamos a estar más cerca.

Oír la risa de mi hermano del otro lado de la línea fue una buena señal. Ya no sospechaba que le estaba mintiendo.

—¿Cerca? Punta Arenas está a mil kilómetros de Deseado.

—Mejor mil que tres mil, ¿no?

—Eso es cierto —dijo, todavía riendo—. Bueno, Peluche, te dejo porque tengo que entrar a una reunión. Si llegan a necesitar plata o cualquier cosa, avisen. En serio.

—Seeeeeee —respondí con hastío—. Vos tranquilo. Seguí llenándote de guita que alguien de la familia nos tiene que sacar de pobres, y no creo que vaya a ser el enfermero militar reconvertido en civil.

—No te hagas el humilde que todos sabemos que con la soldadura la estás juntando con pala.

—Qué boludo que sos.

## CAPÍTULO 10

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 11:36 a. m.*

Aparta un poco la máquina de escribir y saca del bolsillo de su abrigo una libretita apenas más grande que una tarjeta de crédito. Vino preparado, porque sabe que reunir el coraje para hacer lo que está por hacer no le resultará fácil.

Está a punto de abrirla, pero se convence de que antes necesita hacer pis. Entra al baño y hace un esfuerzo por no mirar alrededor. Se concentra en lo suyo. Permanece frente al inodoro vacío, con la vista fija en la estela de sarro que baja por la pared circular.

Al cabo de un minuto sale un chorro breve, apenas un goteo rápido. Empuja el botón de plástico embutido en la pared y un agua verdosa descarga por primera vez en muchos años.

Vuelve al comedor y, entonces sí, ya sin excusas que le permitan ganar más tiempo, abre la libreta en la primera página. Ahí, en ese rectángulito de papel, le caben todos los motivos para hacer lo que vino a hacer. Es una especie de índice que viene preparando hace meses, en el que cada línea es un porqué.

Barre con la vista la pequeña hoja hasta detenerse en el tercer renglón, que es uno de los pocos que están subrayados. Aunque no le hace falta, lo lee.

*22/12/2010 email.*

Busca en el teléfono el email que le mandó su hijo en esa fecha, hace ocho años. Antes de abrirlo por enésima vez, se pregunta cuál es el germen de todo esto. ¿En qué momento decidió que la única forma de ayudar a Dani y a su madre era venir a Puerto Deseado de incógnito y esconderse en una casa abandonada?

Como siempre que lo piensa, termina concluyendo que es imposible identificar un punto exacto en el tiempo. Alguna vez leyó que si se mete una rana dentro de una olla con agua hirviendo, el animal salta del recipiente inmediatamente, intentando salvar su vida. Pero si se la pone en agua fría y luego se le enciende un fuego debajo, pasa de estar nadando a estar hervida sin darse cuenta.

Él se siente como esa rana. Y lo peor de todo es que no es el único habitante de la olla.

Sus recuerdos se remontan a veintisiete años atrás, cuando ella le anunció que iban a tener un hijo. Diría que fue en ese momento cuando se encendió el fuego a sus pies. Un fuego que ella alimentó con cambios de humor constantes, agresividad infundada hacia él y manipulación psicológica.

Durante el embarazo, los psicólogos atribuyeron estos altibajos a los cambios hormonales. En los primeros meses de vida de Dani, los psiquiatras le echaron la culpa a la depresión post-parto. Pero los años demostrarían que la revolución de hormonas, sin duda real, no era la causa de nada, sino más bien un velo opaco enmascarando el verdadero agujero negro que crecía dentro de su mujer.

Y él no se perdona no haber descorrido ese velo a tiempo. Tuvo tres años para juntar el coraje, la determinación o lo que carajo le hubiera hecho falta. Pero no lo hizo. Mientras pudo, prefirió no asomarse. Hasta que un día una fuerza enorme arrancó el velo de cuajo y entonces fue demasiado tarde: él y Dani, cuyo mayor desafío en la vida había sido dejar los pañales, se vieron arrastrados hacia el lugar más oscuro que conocerían nunca.

Respira hondo y vuelve al teléfono, que gira en sus manos. Entonces sí, hace clic en el email y lo lee una vez más.

*De: Dani Ibáñez <dani.ibanez.vet@hotmail.com.ar>*

*A: Raúl Ibáñez <raulibanez62@yahoo.com.ar>*

*Fecha: 22 de diciembre de 2010*

*Asunto: Más vale tarde que nunca*

*Papi,*

*¿Cómo andás? Espero que bien. Yo ya estoy de vuelta en Deseado después de los últimos exámenes finales. Me fue muy bien en*



*todos, por suerte.*

*Mirá, sé que las cosas entre nosotros no han estado muy bien últimamente. Me pasé todo este año creyendo que era tu culpa y que eras un mal tipo. Y me esmeré para hacértelo saber. Por eso te escribo para pedirte perdón, pero también para explicarte las razones de mi distanciamiento.*

*Ponete en mi lugar: hace apenas diez meses me fui a estudiar a Rosario dejando en Deseado unos padres que vivían juntos y que, según yo creía, se querían. En julio, cuando volví para las vacaciones de invierno, eso se había esfumado.*

*Yo sé que estuve mal, pero también sé que me vas a entender. Imaginate cómo hubieras reaccionado vos si volvés a tu pueblo, tus viejos están separados y no te dijeron nada. Encima tu papá te anuncia que se va a ir a vivir a la cordillera, donde no estuvo más que de vacaciones y no tiene trabajo ni amigos.*

*Reconozco que te detesté. No porque te separaras de mamá, sino porque decidiste dejarla sola, abandonada, sabiendo que estaba pasando por un momento tan inestable.*

*Recuerdo perfectamente la frase que me dijiste el día antes de que me volviera a Rosario: «Nosotros tenemos que hacer nuestra vida, hijo.» Estaba muy enojado con vos. Furioso, mejor dicho. Me fui de Deseado sin entender por qué hablabas en plural, metiéndome a mí en tu misma bolsa.*

*Pero durante la segunda mitad del año entendí muchas cosas. Los mensajes manipuladores de mamá empezaron de a poco. Primero pensé que era la tristeza propia de tener que separarse de mí, hasta que un día me mandó uno que no me voy a olvidar más. «Prefiero que mi hijo sea basurero y esté cerca a que sea veterinario y esté lejos.»*

*No me acuerdo exactamente qué le respondí, pero lo hice sin ir al choque, intentando explicarle que la veterinaria es mi vocación y que no quiero pasarme toda la vida amargado por no haber hecho lo que me apasionaba. Pero supongo que a alguien en el estado en el que está mamá, estas cosas no le hacen mella.*

*A fines de septiembre me llamó por teléfono para pedirme que le comprara tres cajas de Chanel número 5, porque en Deseado no conseguía. Le dije que esos días tenía varios exámenes, pero que la*

*semana siguiente las compraba y se las mandaba. ¿Sabés lo que me respondió? Que ella no quería ser un estorbo y que a veces se preguntaba si no sería mejor dejarme tranquilo para siempre. ¡Eso me dijo por unos putos perfumes!*

*Me acuerdo que le colgué para no mandarla a la mierda. Intenté tranquilizarme un poco, repitiéndome que mamá dice cosas que no quiere decir. Al rato la volví a llamar para pedirle perdón, y al día siguiente le compré los perfumes.*

*El resto de los meses del año fueron una seguidilla de extorsiones de este tipo: «No me llamás nunca, no sé para qué sigo viva», o «El día de la madre me llamaste re tarde. Andá a saber qué te hizo acordar que tenés una. Seguramente cuando esté en el cementerio no te olvidás de ir a llevarme flores.»*

*Volví a Deseado hace dos semanas, a mediados de diciembre. La encontré bastante contenta. Incluso me sorprendió que hubiese armado el arbolito de navidad. Pasamos unos días muy lindos, hasta que en un momento me preguntó si yo tenía intención de quedarme en Rosario cuando terminara Veterinaria. Le dije que no sabía, porque para eso faltaba mucho, y me respondió que si yo no volvía, no le veía el sentido a seguir viviendo.*

*Entonces exploté, papá. Te juro que intenté contenerme, pero no pude. Le dije que me dejara de joder, que no podía amenazarme con matarse cada vez que yo hacía algo que no le gustaba. Le pedí que se imaginara por un momento lo difícil que era para mí llevar una vida normal con toda esa presión.*

*Estuve mal, pero nunca pensé que ella lo iba a interpretar así. Debajo de toda mi rabia, realmente le estaba pidiendo a gritos que se recuperara. Pero entendió que yo quería que desapareciera de mi vida y entonces hizo lo que hizo.*

*A veces creo que fue para llamar la atención, porque nadie que realmente se quiere suicidar tirándose al agua camina hasta la playa en pijama en pleno día. De hecho, por lo que dijo después el pescador que la rescató, había por lo menos diez personas mirándola mientras se metía a la ría. Pero por otro lado pienso que si no lo hubiera querido en serio, no me habría dejado una carta despidiéndose y diciéndome que yo estaría mejor sin ella.*

*De cualquier modo, no la puedo dejar así. Además, si me voy a Rosario sé que no voy a poder concentrarme en estudiar, entonces prefiero quedarme el año que viene en Deseado. Quién sabe, a lo mejor mejora y en 2012 puedo retomar la facultad.*

*Bueno, papá, seguramente te estarás preguntando por qué te escribo todo esto después de seis meses en los que apenas tuvimos contacto. Es para decirte que te entiendo. Entiendo que mamá es una esponja que le chupa la energía a los que están cerca de ella. Supongo que vos ya no podés más y por eso te fuiste a la Cordillera.*

*Quiero que sepas que no te culpo. Al contrario, te agradezco por haberme protegido de esto durante tantos años. Ahora me toca a mí relevarte para que puedas respirar un poco.*

*Te quiero mucho y espero de corazón que me perdones por lo mal que te traté este año.*

*¡Feliz 2011!*

*Dani.*

Lucha para que el nudo que le aprieta la garganta no le arranque lágrimas. Sabe que es absurdo porque, aunque llorara, ahí no hay nadie para verlo. Pero no quiere llorar. Lo que quiere es terminar con todo esto de una vez.

Por su hijo.

Entonces vuelve la duda que lo carcome desde hace más de dos décadas. La duda que le causó cientos de noches de insomnio y a la que le debe la úlcera que tiene en el estómago. ¿Qué habría pasado si él hubiera hecho las cosas de manera diferente?

Cierra los ojos y se concentra en su respiración. Intenta seguir las instrucciones de su profesora de yoga, que le dice que cuando viene un pensamiento, lo observe y lo deje ir para volver a poner la mente en el momento presente. Pero ¿cómo dejar ir algo así? ¿Cómo ignorar una flecha clavada en el pecho desde hace tanto tiempo? No lo sabe, pero lo intenta.

Para cuando termina el ejercicio de respiración, se siente un poco mejor. Entonces se repite, una vez más, que no fue su culpa. Que no había forma de verlo venir. Que ni él, ni el psicólogo, ni ella misma probablemente, podrían haber predicho que una tarde de primavera, a doscientos metros del taller donde él le enseñaba a uno de sus nuevos

empleados a soldar una válvula de oleoducto, ella dejaría a Dani en el comedor para encerrarse en el baño a cortarse las venas.

Ahora, que ya pasaron muchos años, se pregunta si no hubiera sido todo mucho mejor si hubiese tenido éxito. O si él no hubiera vuelto a la casa por casualidad, para buscar unos papeles de la empresa, justo a tiempo para tirar la puerta abajo y llevarla al hospital donde le hicieron la transfusión que le salvó la vida.

Si ella hubiera muerto en aquel momento, el dolor habría sido extremo pero único. Una herida que, con el tiempo, les hubiera dejado una cicatriz imborrable y no este corte infecto que supura constantemente.

De haberle salido bien la primera vez, él no habría tenido que ocultarle a Dani que, dos años después, ya de vuelta en Puerto Deseado, su madre se había tragado cuarenta pastillas con media botella de vodka.

Tampoco habría tenido que explicarle por qué durante el año en que su mamá volvió a trabajar de maestra en su colegio, los compañeritos le preguntaban a él si era verdad que estaba loca. Ni se habría enterado, mucho tiempo después, que el motivo por el que su mamá duró un solo año no tuvo nada que ver con su desempeño como maestra. La habían apartado del cargo por las quejas de los padres ante su pasado suicida. Unas quejas que habían empujado a la directora a exigir nuevos estudios a pesar del alta del psiquiatra.

Dani no le habría preguntado a él, antes de terminar la primaria, por qué su mamá era la única jubilada sin canas ni arrugas. «Con el dinero que gana papá en su empresa, mamá no necesita trabajar», tuvo que decirle. Y era verdad. Pero también era verdad que mamá quería trabajar, y lo hubiera hecho hasta gratis, pero su enfermedad no la dejó.

Y quizás lo más importante de todo: si ella se hubiera matado cuando Dani tenía tres años, las muchas otras amenazas e intentos de suicidio que vinieron después no serían parte de sus vidas.

Vuelve a pensar en la rana dentro de la olla. Por algún misterio de la biología, el animal no logra la lucidez necesaria para no morir hervido. Él, en cambio, sabe perfectamente que hay fuego bajo la olla en la que está metido con su hijo. Y sabe que, aunque ya tienen la piel cubierta de llagas, todavía están a tiempo de saltar. O, por lo menos, de que uno de los dos salte, apague el fuego y salve al otro.

## CAPÍTULO 11

*Martes, 13 de agosto de 1991, 5:56 p. m.*

Durante la tarde del primer día del secuestro, esperé un nuevo llamado del tipo de la voz gangosa, que nunca llegó.

Cuando se hizo de noche —o, mejor dicho, cuando se apagó la claridad grisácea que atravesaba a duras penas la bóveda de ceniza— decidí forzarme a comer algo. En uno de los estantes de la heladera encontré un tupper naranja con dos hamburguesas caseras que había hecho Graciela el día anterior. Lo abrí con intención de cocinarlas, pero el olor a ajo y carne cruda me produjo arcadas. Decidí que sería mejor tomar unos mates con pan y mermelada.

Mientras comía sin ganas, llamé a la casa de Coco Hernández para ver si podía pasar a buscar mi auto. Me dijo que lo tenía casi listo, que le había vaciado el aceite y solo le faltaba cambiarle el filtro y ponerle aceite nuevo.

—Si fuera un día normal, en una hora de trabajo te lo podría tener listo. Pero con tanta ceniza en el ambiente es imposible laburar. Tengo el taller cerrado —se excusó.

Corté arrepintiéndome una vez más de haberle llevado el auto. Como si Coco tuviese algo que ver con lo que me estaba pasando.

Poco antes de la medianoche, arrastré el colchón de la cama de la habitación pequeña hasta el comedor, dejando marcada una estela de ceniza en el suelo. Pasé la noche a los pies de la mesita del teléfono, despertándome cada hora. Tras comprobar que el aparato seguía teniendo tono y que afuera todavía era de noche, volvía a acostarme y dar mil vueltas hasta lograr un duermevela débil. Entonces el ciclo volvía a empezar.

El intervalo más largo fue el último. Cerré los ojos a las cinco y media de la mañana y volví a abrirlos a las siete menos cuarto. Al levantarme me asomé a la ventana. Todavía no había amanecido, pero así y todo se notaba que la visibilidad era aún peor que la del día anterior.

A mis pies, algo atrajo mi atención. Debajo del trapo húmedo que había puesto contra la puerta para que no se colara la ceniza asomaba la esquina de un papel. Lo levanté con cuidado de no romperlo. Estaba tan manchado que parecía que lo hubieran arrastrado por el barro.

Enseguida descubrí que eran dos hojas, casi pegadas una a la otra por la humedad que habían absorbido del trapo. Las aparté delicadamente. Una era una copia del testimonio que yo le había dado al comisario ocho días atrás. La otra, una escueta nota escrita a mano.

«Al final tuve un momento en la comisaría y pude conseguirle esta copia certificada. Espero que le sirva. Su vecino.»

Sonreí. José Quiroga, el mismo policía que me había esposado cuando perdí los estribos, me hacía empezar el día con el pie derecho.

Extendí la copia de mi declaración sobre una bandeja de horno y la puse encima del calefactor. Con el calor, pronto se secaría y podría manipularla sin riesgo.

Mientras esperaba, me preparé un té con leche en la cocina repitiéndome que necesitaba desayunar algo. Abrí un paquete de galletitas y puse tres sobre la mesa, prometiéndome comerlas a pesar de que mi estómago estaba tan cerrado como un puño. Hundido en mis pensamientos, tardé varios minutos en dar cuenta de las primeras dos. Cuando empecé a masticar la tercera, los dientes me rechinaron de una manera que ya comenzaba a resultarme familiar. La galletita se había llenado de ceniza.

Mojé el trozo que me quedaba en el té e intenté tragarla sin masticar. Mientras la deshacía entre la lengua y el paladar, mi mirada iba y volvía del teléfono a la bandeja con la declaración. Aunque los secuestradores me habían dicho que un papel no solucionaba nada, yo me empeñaba en creer que esa copia podía ayudarme.

Pero, ¿y si no me servía?

Tenía que considerar esa posibilidad, pero era como si una voz dentro de mí me repitiese que no me preocupara, que todo iba a salir bien. Una voz peligrosísima, porque me llevaba a la inacción.

Empujé los restos del desayuno para hacer lugar en la mesa polvorienta. Abrí una libreta de espiral en la que la noche anterior había anotado por cuánto podía vender cada una de mis pertenencias y qué cantidades podía pedir prestadas a mi hermano y al banco. Comparado con un millón y medio de dólares, el número total era dolorosamente bajo.

Me levanté de la silla y encendí la radio para intentar distraerme.

—...*muy importante mantener la calma. No desesperarse y estar atento a las recomendaciones que van emitiendo cada pocas horas la dirección del hospital y también la asociación de Defensa Civil.*

—*Una última pregunta y lo dejo, señor Comisario, porque me imagino que estará muy ocupado. ¿Usted recomendaría que, quien tenga la posibilidad, se vaya de Puerto Deseado hasta que las cosas vuelvan a la normalidad? ¿O al menos hasta que se tenga más información sobre la posible toxicidad de la ceniza?*

—*No, de ninguna manera. Como le dije anteriormente, creo que lo importante en este momento es quedarse en casa sin perder la calma, sellando puertas y ventanas para mantener limpio el aire dentro de las viviendas.*

—*Si me disculpa el atrevimiento, comisario Rivera, tenemos entendido que usted mismo envió a su mujer y a sus dos hijos a Comodoro Rivadavia, ¿esto es así?*

Hubo una pausa incómoda y unos ruidos ininteligibles antes de que el jefe de la policía finalmente pronunciara su respuesta.

—*Creo que mi caso es diferente. La menor de mis dos hijas es asmática. Por eso, con mi mujer tomamos la decisión de que se fueran unos días a lo de mi cuñada, en Comodoro.*

—*¿O sea que para las personas que sufren de asma sería mejor abandonar el pueblo durante un tiempo?*

—*Eso se lo tendría que preguntar al director del hospital.*

—*Lo voy a hacer, comisario. Tengo confirmada una entrevista con él dentro de un rato.*

—*Ahora, si me disculpa, tengo que seguir trabajando.*

—*Por supuesto. Gracias por todo lo que está haciendo el cuerpo de policía en este momento terrible que vive Puerto Deseado.*

—*A ustedes.*

—*Ahí teníamos entonces al comisario Manuel Rivera comentándonos la labor de la policía durante estas primeras treinta horas de ceniza y también aconsejando a la población que no pierda la calma. En un rato hablaremos con el director del hospital sobre las consecuencias que podría tener este polvillo en la salud a corto y mediano plazo. Vamos a un tema musical y enseguida volvemos.*

Durante los tres minutos en los que Charly García cantó *No voy en tren*, miré el teléfono mil veces, como si por observarlo tuviese más probabilidades de sonar. Cuando terminó la canción, decidí que si me quedaba así, de brazos cruzados, iba a volverme loco. Entonces me dispuse a sellar las puertas y las ventanas, como no paraban de sugerir en la radio.

Encinté las ventanas de las habitaciones, la del baño, la del comedor y la de la cocina. Los marcos tenían tanto polvo que tuve que limpiarlos varias veces antes de lograr que la cinta se adhiriera. También sellé la puerta trasera de la casa.

Después me puse a barrer. Una montaña de ceniza se acumuló enseguida bajo las cerdas de la escoba. Abrí la puerta y la empujé hacia el jardín, aunque inevitablemente una parte volvió a entrar con el viento.

Como me pasaba siempre con las tareas monótonas, como lijar las costuras de una soldadura o recorrer las habitaciones del hospital durante el turno de la madrugada, las ideas en mi cabeza comenzaron a ordenarse. Mientras barría decidí que, ahora que tenía la declaración, lo mejor era hacer un último intento de explicar el malentendido. Si los secuestradores me creían, liberarían a Graciela y toda esta pesadilla acabaría. Si no, no me quedaría otra alternativa que ir a la policía. Y por más colapsado que estuviera el pueblo, si tenía que ir a buscar al comisario a su bonita casa de piedra para que me escuchara, lo haría. Estaba seguro de que nadie en Puerto Deseado se encontraba en una situación de emergencia mayor que la de Graciela.

Cuando pasé la escoba junto al calefactor, arrastrando el tercer montículo de ceniza, noté que el papel con mi declaración estaba prácticamente seco.

Al releerlo, se me heló la sangre.

El texto era casi idéntico al que yo le había dictado al comisario. Casi, porque en la declaración que firmé, yo manifestaba haber devuelto



una valija con tres millones de dólares. Pero según el papel que tenía frente a mis ojos, solo había entregado la mitad: un millón y medio.

Aquello era imposible. Examiné el documento con atención y me detuve en la firma sobre mi nombre. Se parecía bastante a la mía, pero no lo era. Alguien la había falsificado, haciendo que se esfumara la mitad del dinero que yo había devuelto.

No era necesario ser un genio para darse cuenta de que la única persona en situación de hacer algo así era el comisario Rivera. Yo le había entregado el dinero a él y él había mecanografiado mi declaración con sus propios dedos. Lo que se me escapaba era si Rivera podía hacerlo por su cuenta o habría necesitado la ayuda de algún otro miembro de la policía.

Solo o con cómplices, la mayor autoridad de la ley en el pueblo me había engañado.

Y por su culpa, mi mujer estaba secuestrada.

## CAPÍTULO 12

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 7:18 a. m.*

Cuando sonó el teléfono, yo todavía sujetaba el papel reseco.

—Ibáñez. A ver si me creés ahora —dijo la voz áspera y nasal que ya empezaba a resultarme familiar.

Tras unos segundos de silencio en la línea, escuché algo que raspaba contra el micrófono del teléfono. No pude distinguir si era ropa, una barba o simplemente la mano áspera de quien lo sostenía. Luego oí un clic y una grabación con la voz lejana de Graciela se reprodujo en mi auricular.

*—Roli, mi amor, no te preocupes que estoy bien. Y no te olvides de que te quiero con todo mi corazón. Te quiero desde la tarde que nos fuimos juntos de la casa de Claudio Etinsky, cuando perdimos la final.*

Esa era la respuesta a la pregunta que el secuestrador me había pedido que le hiciera a mi mujer. Solo ella y yo sabíamos que a las cinco de la tarde, cuando Alemania nos arrebató el mundial a último momento y todo a nuestro alrededor eran caras largas, nos habíamos ido a su casa y habíamos hecho el amor por primera vez. Desde aquel día, Graciela y yo siempre bromeábamos diciendo que perder esa final era lo mejor que nos pudo haber pasado. De haberla ganado, seguramente nos hubiéramos ido a festejar y quizás nada de lo que vino después habría sucedido.

*—Contale cómo te tratamos.*

*—Me tratan muy bien, Roli. Los dos me tratan bien* —respondió Graciela con tono neutral.

Son dos, registré mentalmente.

Se oyó otro clic en la línea, anunciando el final de la grabación.

*—¿Ves que está bien?* —dijo el secuestrador.

Me mordí el labio, preguntándome qué me habría dicho Graciela si hubiera podido hablar sin censura.

—Ahora vamos al grano, que ya dimos demasiadas vueltas. Entreganos la guita así esto se termina cuanto antes.

—Escuchame, ustedes creen que me quedé con la mitad porque en mi declaración dije que entregué un millón y medio, ¿no?

—Así me gusta, que de una vez por todas reconozcas la verdad.

—No, no. Esa declaración es falsa. En la hoja que yo firmé constaban los tres millones, pero el comisario la cambió por otra donde solo se declara la mitad. El millón y medio que falta lo tiene él.

—¿O sea que ahora resulta que la guita se la quedó la policía?

—Sí, exacto.

—Y, decime una cosa, cuando vos te fuiste de la comisaría después de hacer tu buena acción del día y entregar los tres millones, ¿no se te ocurrió pedir una copia de la declaración en ese momento?

Callé. En las últimas treinta horas ya me había arrepentido suficientes veces de ese error.

—Te repito lo que te dije en mi primera llamada, Ibáñez. Tenemos a Graciela y pedimos un millón y medio de dólares de rescate.

Estiré el cable del teléfono casi al máximo para alcanzar la libretita de espiral en la que había hecho cuentas la tarde anterior.

—Miren, les ofrezco todo lo que tengo. Entre los préstamos que puedo pedir y vendiendo todo, incluyendo la casa, llego a treinta y cinco mil dólares.

Contuve la respiración. Me había imaginado que me diría que no, pero no que soltaría una carcajada tan potente que se le terminó transformando en tos.

—Eso es el dos por ciento de lo que nos debés.

—También se pueden llevar mi auto. Es bastante nuevo. Llévenselo a un desarmadero y yo sigo pagando las cuotas.

—Ah, entonces sí. Con el auto es otro cantar. Estaríamos hablando de un dos y *medio* por ciento.

Gritó la cifra con rabia, dejándome claro que ya no le quedaba ni un ápice de paciencia.

—Es todo lo que puedo conseguir. ¡Soy enfermero! ¿Cuánto se piensan que gano?

Hubo un largo silencio en la línea.

—¿Sabés qué? Trato hecho. Vos nos entregás esa guita y nosotros te entregamos el dos y medio por ciento de tu mujer. Es más, redondeamos en tres.

Tuve la sensación horrible de que el mundo se pausaba. Como si el viento de afuera hubiera parado de golpe y las puntas de mis pies estuvieran asomando a un precipicio.

—¿Vos te pensás que estamos jugando, no? —agregó.

—Por favor se lo pido. Me tienen que creer.

—A las dos de la tarde nos entregás toda nuestra guita o te devolvemos un fiambre. Dos en punto. Un millón y medio de dólares.

*Clic.* Me cortaron.

Estrellé el auricular con tanta fuerza que en el cuerpo gris del teléfono apareció una rajadura.

## CAPÍTULO 13

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 2:47 p. m.*

Agrega la página recién mecanografiada a la pila. Calcula que ya debe llevar unas cincuenta. Increíble. Se permite sonreír por un instante preguntándose cómo pudo ser tan naíf para pensar que podría resumir toda la historia en una simple carta.

Mira de reojo las hojas todavía en blanco. Por suerte, en el compartimento de la funda de la máquina había una buena cantidad. Calcula que le deben de quedar como cuarenta.

Más que suficiente. Cree.

Empuja la máquina de escribir para hacer lugar en la mesa y vuelve a abrir su pequeña libreta. Recorre de nuevo la lista de razones para estar ahí. Se detiene en otra que también subrayó.

*20-09-2017, WhatsApp Dani.*

Desbloquea su teléfono y busca en los contactos a su hijo. Antes de meterse en los mensajes, observa la foto de perfil. Como cada vez que lo ve, le resulta imposible no acordarse de su madre. Son un calco. Dani parece no haber heredado un solo gen de él.

El último mensaje sigue ahí, «Papá, esto no da para más. Necesito que vengas a ayudarme.» Le basta con deslizar el pulgar unas pocas veces para retroceder más de un año hasta la fecha que tiene anotada en su libreta. Es una *selfie* de Dani con una chica, los dos mostrando una sonrisa de oreja a oreja. La frase que acompaña la foto dice «Papá, te presento a Paola, mi novia :)». Hasta en ese texto sonríe su hijo. ¿Y cómo no va a sonreír, si Paola es preciosa? En su lugar, él también habría enseñado todos los dientes.

A partir del día en que recibió ese mensaje, cada vez que hablaba por teléfono con Dani él se explayaba sobre las bondades de Paola. No solo resultó ser una chica preciosa, sino que también compartía con Dani el amor por la naturaleza y los animales. Incluso era vegana, como él. Y en un pueblo de quince mil habitantes era más probable ganarse la lotería que encontrar a alguien tan compatible.

Recuerda una conversación por teléfono que tuvieron a los pocos meses de esa foto. «Me parece que esta es para toda la vida», le había dicho su hijo.

Sin embargo, unos meses después algo se rompió. En sus llamadas esporádicas, Dani empezó a responder sobre Paola con monosílabos que no significaban nada. Entonces él supo, quizás antes que el propio Dani, que Paola no sería para siempre.

La siguiente entrada en su libreta también está subrayada.

*23-04-2018, WhatsApp Dani.*

Baja con el pulgar por los mensajes hasta que encuentra el de esa fecha, siete meses después de la *selfie*. Es una nota de audio. Presiona el triangulito y la voz de su hijo Dani suena en el dispositivo.

*«Papá, ¿Cómo andás? Te estoy llamando pero no me contestás. Debés andar ocupado. Bueno, te lo cuento por acá porque si no lo hablo ya mismo con alguien voy a explotar.*

*Lo de mamá ya no tiene límites. Por su culpa, hoy me peleé definitivamente con Paola.*

*Es un poco largo, pero te lo quiero contar porque sé que probablemente seas la única persona que me entienda.*

*Desde el momento en que le presenté a Paola, mamá la trató como si fuera la peor lacra. Nunca te lo dije para no amargarte; ya bastante con que su energía negativa afecte a uno de los dos.*

*Para que te des una idea, el primer día que se vieron, cuando Paola mencionó que su familia es de Corrientes, mamá le respondió que a ella los correntinos no le caían bien. ¡Mamá diciéndole eso a alguien! Ella, que vino de Mendoza cuando el pueblo era mucho más chico y seguramente más cerrado a los de afuera. Bueno, y como esa hay miles. En cuanto se enteró de que Paola trabajaba para el Banco Almafuerite, por ejemplo, le dijo que todos los banqueros eran unos ladrones.*

*En fin, siempre que le pudo clavar un puñal, se lo clavó. Nada de lo que Paola diga, cocine, piense o haga está bien. Una vez yo estaba en plena operación de una gata y mamá se quedó sin antidepresivos. Entonces le pidió a Paola que se los fuera a comprar. Ella le dijo que ningún problema y le llevó el medicamento exacto: los miligramos, la cantidad de pastillas, todo. ¿Sabés qué le dijo mamá en vez de agradecerle? Le hizo un escándalo porque las había comprado en la farmacia de arriba. Según ella, los dueños son unos ladrones y por eso tienen la plata que tienen.*

*Es una estupidez lo mires por donde lo mires. Primero, el medicamento vale lo mismo en todas las farmacias del país. Y segundo, que mamá, justamente mamá, juzgue a alguien por tener un buen pasar económico, es el colmo. La escuché mil veces quejarse de la «gente envidiosa» que le hacía comentarios hirientes a ella por llevar el estándar de vida que lleva sin tener que trabajar.*

*Naturalmente, con el tiempo Paola me empezó a cuestionar por qué me dejo manipular. Para mí está clarísimo: porque es mi mamá y porque no tiene a nadie más. Pero, si no te toca, es difícil de entender.*

*El tema es que, hará cuestión de dos meses, en el banco le ofrecieron a Paola un puesto en San Martín de los Andes y me pidió que fuera con ella. Es una oportunidad muy buena, porque la trasladan como tesorera de la sucursal de allá.*

*Evidentemente, lo primero que le dije fue que no podía dejar a mamá sola. Yo pensaba que mi respuesta la iba a indignar y me iba a dar un ultimátum tipo «o tu mamá o yo». Pero no, ¿sabés lo que me dijo? Que me la trajera a San Martín con nosotros. ¡Con lo que mamá la detesta, ella va y me dice que con tal de estar conmigo es capaz de aguantársela bajo el mismo techo! Le dejé claro que lo veía muy difícil, pero que lo iba a intentar.*

*Lo hablé con mamá una noche que ella estaba bien, muy risueña y divertida. Cuando se lo planteé, se transformó y me preguntó a los gritos si estaba loco. Me dijo que ella no se movía de Deseado por nada del mundo, y mucho menos para irse con una persona que siempre la había odiado. ¡Que Paola siempre la odió a ella, dice! Increíble.*

*Hasta ahí, era de esperar. Pero lo que vino después ya fue el summum. Esa misma noche llamó por teléfono a Paola y le dijo que si yo me iba de Deseado, se suicidaba.*

*Paola me lo contó, obvio, y entiende que no puedo dejar así a mamá. Pero también me pidió que yo la entienda a ella. Le ofrecen un ascenso trasladándola a un lugar precioso. Aparte, ya no la ata nada a Deseado, porque cuando su papá se jubiló, toda la familia se volvió a Corrientes.*

*¿Y qué le dije? ¿Qué le dijo el pelotudo de Dani? Que le deseo lo mejor, pero que no puedo acompañarla.*

*Acabo de ir a despedirla a su casa. Hasta hoy no habíamos tocado el tema de qué iba a pasar con nosotros. Le prometí que la iba a ir a visitar en cuanto pudiera, pero me dijo que prefería que no, porque no tiene fuerzas para una relación a distancia.*

*La perdí, papá. Perdí a Paola por quedarme con mamá.*

*Me pregunto si alguna vez me va a dejar en paz. Me siento una basura por pensar así, pero a veces preferiría que desapareciera de mi vida.»*

Las últimas palabras de Dani salen entrecortadas por la angustia y las lágrimas. Raúl Ibáñez reprime las suyas y vuelve a la máquina de escribir para seguir contando su historia.



## CAPÍTULO 14

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 7:32 a. m.*

Caminaba por mi casa desesperado, intentando asimilar que la copia de mi declaración no me iba a servir absolutamente para nada. Ahora sí, la única forma de salvarle la vida a Graciela era consiguiendo un millón y medio de dólares en poco más de seis horas. Totalmente imposible.

Sentí golpes en la puerta y se me aceleró aún más el corazón. Al asomarme a la ventana, me sorprendió ver a Esteban Manzano. Tenía la nariz y la boca cubiertas con una mascarilla que originalmente había sido blanca y los ojos protegidos por unas antiparras de aviador. Lo reconocí por el pelo, que llevaba descubierto y lleno de ceniza.

—¿Qué hacés acá a esta hora? —le pregunté tras abrir la puerta con un movimiento brusco.

—¿Qué está pasando, Raúl?

En otro momento lo hubiera echado a patadas, pero si había venido a mi casa una mañana así, supuse que sería importante. Le hice señas para que entrara, rogando que el teléfono no sonase mientras él estaba ahí.

—¿Qué querés, Esteban?

—Saber lo que pasa con Graciela. ¿Qué fue exactamente lo de anoche?

A pesar de que lo intenté, fui incapaz de disimular el desconcierto.

—No tengo por qué darte ninguna explicación —dije—. Además, estoy bastante ocupado, así que...

—Un vecino mío vio a la persona que se llevó mi auto —me interrumpió—. ¿Conocés al flaco Siccardi?

—Sí, el que trabaja en Pescasur. ¿Ese tipo te lo robó?

—No. Siccardi es mi vecino. Entra a la pesquera todos los días a las cinco de la mañana. Anteanoche, cuando salía de su casa a las cuatro y media, vio que el Torino estacionaba frente a mi departamento. Entonces se quiso acercar para preguntarme si sabía qué era esa tierra que estaba cayendo del cielo. Pero antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió y la persona que salió no era yo.

Manzano abrió mucho los ojos, como si se sorprendiera de su propio relato.

—Según Siccardi, al tipo que se bajó de mi auto lo estaba esperando una camioneta en marcha. Dice que era una de esas cuadradas como las que se usan para repartir el pan, tipo Renault Trafic. Cree que era roja, pero entre la oscuridad y la ceniza, no está seguro.

El ex de Graciela hizo una pausa para mirarme a los ojos. Luego se puso una mano en el pecho, como quien está a punto de sincerarse.

—Yo voy a ir a la comisaría a denunciar esto, pero antes quería hablarlo con vos.

Mi primera intención fue decirle que ni se le ocurriera ir a la policía. Pero eso hubiera implicado contarle que la vida de mi mujer, su ex, corría peligro.

—¿Dónde está Graciela? —me preguntó, barriendo con la mirada el comedor—. Quiero hablar con ella.

—Manzano, sos el ex novio de Graciela. ¿Sabés lo que significa ex, no? Significa «no va más».

—¿Ya hablaste con la policía?

—No seas exagerado —dije con una risita sarcástica, como si me pareciera la idea más ridícula del mundo.

—¿Exagerado? —protestó, y empezó a enumerar las frases extendiendo de a uno los dedos de la mano—. Viniste a mi casa preguntando a los gritos por tu mujer. Me amenazaste convencido de que yo y mi auto tuvimos algo que ver. Asustaste tanto a mi hija que se pasó una hora llorando. Y ahora que te confirmo que sí, que me robaron el Torino esa noche, ¿me decís que no sea exagerado?

—Mirá, Manzano, reconozco que estuve mal y te pido perdón. De verdad. No hice las cosas bien, de la misma manera que vos no las hiciste bien el día que viniste a buscar a mi mujer en plena madrugada.

—Por eso yo también te pedí disculpas en su momento, Raúl. Sabés perfectamente que fueron unos días muy jodidos para mí. Estuve al borde del suicidio.

—Ya sé. Ya sé. Los famosos ataques de pánico.

—Que no te tomes en serio mis trastornos de ansiedad siendo un profesional de la salud me parece...

Manzano dejó la frase colgando, como si no fuera capaz de encontrar un adjetivo adecuado. Ahora, que pasaron muchos años, entiendo su indignación. En aquella época, incluso la mayoría de los médicos se negaban a reconocer los problemas de ansiedad como una condición clínica.

—Esteban, a ver si me entendés. Hace cuatro meses te presentaste en mi casa de madrugada, acelerando el motor de tu auto frente a la ventana de nuestra habitación hasta que mi mujer, que tiene el sueño mucho menos pesado que yo, salió para acompañarte al hospital. Antes de anoche me pareció que había pasado lo mismo. ¿De quién querés que sospeche?

—¿Te *pareció* que había pasado lo mismo? ¿O sea que no estabas seguro?

—Loco, ¿en qué idioma querés que te diga que no tenés derecho a pedirme ninguna explicación?

Manzano levantó una mano y cerró los ojos por un segundo.

—Raúl, evidentemente no podemos tener una conversación como adultos. Yo vine simplemente a decirte lo que me contó mi vecino, por si te ayuda a encontrar a tu mujer.

—Mi mujer está bien —respondí, abriendo la puerta sin importarme que entrara una nueva nube de ceniza.

Esteban Manzano se volvió a proteger la cara y se despidió levantando una mano en el aire. Pero antes de atravesar el umbral se volvió hacia mí y me miró a los ojos. Las palabras salieron un poco amortiguadas por la mascarilla, pero las entendí perfectamente.

—Ah, y Siccardi también me dijo que el tipo que se subió a la Traffic era bajito. Eso concuerda con la posición en la que encontramos el asiento y el retrovisor del Torino.

Arqueé los labios hacia abajo y me encogí de hombros, como si aquello no me importara en lo más mínimo. Sin embargo, apenas Esteban Manzano cerró la puerta tras de sí, me desplomé en una silla del comedor intentando procesar todo lo que me acababa de contar.

¿Hasta qué punto podía confiar en el ex de mi mujer? ¿Realmente no había tenido nada que ver con todo aquello?

Si lo que me decía era cierto, le habían robado el Torino de la puerta de su casa en plena madrugada y lo habían conducido hasta la mía. Entonces el ronroneo del motor en la ventana había interrumpido el sueño débil de Graciela que, al reconocer el vehículo, salió a la calle lo más rápido que pudo para evitar que yo me despertase e hiciese un escándalo.

Lo más seguro era que Graciela pensara que se trataba de otro ataque de nervios de Manzano. Me la imaginé acercándose al coche de vidrios oscuros y abriendo la puerta sin sospechar que no se encontraría a su ex novio detrás del volante. Para entonces habría sido demasiado tarde.

Sin embargo, había algo que no me cerraba. Si bien en el pueblo los chismes volaban más rápido que la ceniza, y habría sido fácil para cualquiera averiguar quién era el ex de Graciela y qué auto tenía, ¿cómo podían saber los secuestradores algo tan íntimo, tan puntual, como que Graciela saldría a la calle al oír el motor del Torino? Al fin y al cabo, ese detalle solo lo sabíamos Manzano, Graciela y...

La respuesta me golpeó como un relámpago.

Me incorporé de la silla y salí disparado hacia la alacena. Detrás de algunos vinos reservados para ocasiones especiales encontré una botella polvorienta de Chivas Regal de dieciocho años de añejamiento. Me la habían regalado cuando me retiré del ejército, pero nunca la había abierto porque odio el whisky.

En menos de un minuto me puse el abrigo, la máscara para pintar, las antiparras y salí de mi casa corriendo con la botella bajo el brazo.

## CAPÍTULO 15

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 8:01 a. m.*

Recorrí a toda velocidad los treinta metros entre mi casa y la del viejo Almeida. Cuando llegué a la verja de madera desvencijada, el corazón me golpeaba fuerte contra el pecho y los pulmones pedían más aire del que pasaba por los filtros de la máscara.

Atravesé el patio decadente por segunda vez en veinticuatro horas y golpeé con el puño cerrado la puerta de chapa oxidada.

—¡Almeida! —grité—. Soy Raúl.

Mi vecino no tardó demasiado en abrir. Tenía el pelo enmarañado y pegado a los costados de la cara. De cualquier otra persona, habría dicho que se acababa de levantar, pero con Almeida nunca se sabía si iba por el desayuno o por el quinto vaso de vino.

—¿Qué pasa, vecino? —preguntó.

Empujé con ambas manos la puerta entreabierta y me abrí paso hacia adentro de la casa, en la que nunca antes había puesto un pie. La cocina era diminuta: una mesa, dos sillas y poco más. En un rincón, sobre el fuego, una olla de aluminio abollada vibraba con agua hirviendo.

—Momentito —protestó—, ¿qué hacés?

Me bajé la máscara hasta dejarla colgando de mi cuello. El olor punzante a sudor, alcohol y mugre me golpeó la nariz.

—Me vas a contar todo.

—¿Todo sobre qué, vecino?

—Todo lo que le dijiste a los tipos que vinieron preguntando por mí y por mi mujer.

Los ojos inyectados de sangre de Almeida se hicieron más grandes y precedió sus palabras con un balbuceo ininteligible.

—¿Y quién te dijo que yo hablé con alguien sobre...?

—Una muy parecida a esta —interrumpí.

Saqué del interior de mi abrigo la botella de whisky y la apoyé con un golpe firme sobre la mesa enclenque. El hombre la miró de reojo y se encogió de hombros, como si no entendiera una sola de mis palabras.

—Ayer a la mañana, cuando desapareció mi mujer, estabas borrachísimo.

—Como cualquier otro día —dijo con una sonrisa.

—No, como cualquier otro día, no. Somos vecinos desde hace más de un año, y siempre que paso frente a tu ventana te veo con una cerveza o un vino en caja. Nunca otra bebida.

El viejo Almeida se sentó en una silla de mimbre roto y apoyó los codos en la mesa. Sus ojos se posaban sobre los míos, pero su atención se desviaba hacia la botella entre nosotros.

—Cuando te vi tomando un whisky como este, pensé que lo tendrías guardado para una ocasión especial. «El fin del mundo», me dijiste. ¿Y qué mejor manera para un borracho que celebrar el fin del mundo con alcohol de primera calidad?

Intenté observar la reacción de Almeida ante mis palabras ofensivas, pero no noté nada.

—Pero la verdad es que un borracho no guarda alcohol para ocasiones especiales, ¿no?

—No —dijo, como si yo realmente le hubiera exigido una respuesta.

—Exacto. Un borracho se toma lo que tiene. Si ayer a la mañana tenías una botella de whisky importado, es porque la habías conseguido hacía poco.

Me quedé unos segundos en silencio a propósito. Almeida despegó los ojos del Chivas para mirarse los pulgares sucios, que se apretaban uno contra otro sobre la mesa.

—¿Quién te la dio?

Negó con la cabeza sin levantar la vista.

—Si no recuerdo mal, era un Chivas de doce años, ¿no? —le pregunté, golpeando suavemente la botella con la uña.

—Sí —murmuró.

—Bueno, este tiene dieciocho. Si me contás todo lo que sabés, te lo podés empezar a tomar ahora mismo.

Empujé un poco el whisky hacia él y deslicé la mano por la etiqueta hasta poner la palma sobre el tapón. Luego la agarré por el cuello corto y abombado, con el pulgar apuntando hacia la mesa. La di vuelta, blandiéndola como un arma con el culo hacia arriba y el tapón asomando por debajo de mi meñique.

—Pero si no empezás a hablar ahora mismo, te la parto en la cabeza.

Almeida me miró con expresión desafiante. Sus arrugas, sus párpados entrecerrados y su pecho inflado me decían que no lo amenazara. Pero había algo en cómo se movían las pupilas vidriosas que indicaba que aquello no era más que una pose para mantener el honor.

Después de varias respiraciones ruidosas por la nariz, llevó de a poco la mano a la botella y la empujó suavemente hacia abajo, indicándome que no hacía falta que lo siguiera amenazando.

—La primera vez que los vi fue el domingo, dos días antes de la ceniza —dijo tras encender un cigarrillo—. Me levanté con una resaca horrible. Salí a la calle para ir al almacén a comprar un vinito pero me encontré con dos botellas de cabernet en el escalón.

Almeida señaló la puerta oxidada.

—Tipo seis y media de la tarde, cuando empezó a oscurecer, aparecieron dos tipos en mi casa con dos botellas idénticas. Yo ya me estaba terminando la segunda de las que me habían dejado a la mañana. Me dijeron que eran investigadores privados y que querían hacerme unas preguntas sobre los vecinos del barrio.

—¿Cómo eran físicamente?

—Uno era corpulento, musculoso y también un poco panzón, con anteojos gruesos y bigote —dijo Almeida tocándose sobre el labio superior sus propios pelos, amarillentos por la nicotina.

—¿Y el otro?

—Flaco y bajito. Un metro sesenta como mucho. Hablaba raro. Como si estuviera muy resfriado.

Menudo, como el ladrón del Torino de Manzano. Y gangoso, como el secuestrador de mi mujer.

—¿Y qué les dijiste?

—Los invité a entrar para ver qué querían. Tampoco tenía nada que perder. Así que nos sentamos y ahí nomás abrí uno de los dos vinos.

La palmadita sobre la mesa con la que acompañó la frase proyectó ceniza hacia ambos lados.

—¿Qué les contaste sobre nosotros?

Almeida se pasó la mano percutida de mugre por la cara y por la cabeza. Un fino mechón de pelo grasiento se le metió en una de las arrugas profundas que le cruzaban la frente.

—¿La encontraste? —me preguntó.

—No. Por eso estoy acá.

—¿Vos creés que estos tipos pueden tener algo que ver?

—No lo voy a saber hasta que me cuentes qué les dijiste.

—Me preguntaron bastante sobre ustedes dos. Hasta yo, mamado como estaba en ese momento, me di cuenta de que lo de preguntar por los otros vecinos era una cortina de humo. Estaban interesados en ustedes.

—¿Qué querían saber exactamente?

—Dónde trabajaban, horarios... Esas cosas —respondió agachando la cabeza para mirarse las manos. El cigarrillo le temblaba entre los dedos.

—¿Qué más? ¿Qué es lo que no me estás contando, Fermín?

—En un momento, el flaquito sacó una botella de Chivas —respondió, señalando la que yo había traído—. Dijo que todo el mundo sabe al menos un secreto de sus vecinos.

—¿Qué les dijiste?

Silencio. Almeida negó con la cabeza y empezó a hacer dibujos en la capa de ceniza sobre la mesa con su dedo tembloroso.

—¡Decime lo que les contaste! —grité, dando un puñetazo en la mesa que casi tumba la botella.

Mi vecino se encorvó en un acto reflejo, llevándose los antebrazos a la cara.

—Por favor. No me pegues, Raúl. Mirame, mirá lo que soy.

Tenía razón, no podía golpear a ese hombre. Fermín Almeida ya tenía suficiente castigo con la vida que llevaba cada día.

—Entonces, habla —grité.

—Les conté que una madrugada el Torino del ex de Graciela había parado frente a tu casa y que ella se había subido. Y también les dije que habían vuelto dos horas más tarde, cuando todavía era de noche.

Aquello confirmó mis sospechas sobre cómo habían secuestrado a mi mujer sin que nadie se diera cuenta. Le habían robado el Torino a



Manzano y, al oír el motor, ella había salido a ayudar al pobre alma en pena con ataques de pánico.

—No les conté nada más. Te lo juro.

—¿Te parece poco? —le reproché, levantándome de la silla.

Mientras me abrochaba la campera, le hice una última pregunta.

—Cuando vinieron a verte, ¿te acordás de qué auto tenían?

—Sí, una camioneta roja, de esas medio cuadradas.

—¿Una Trafic?

—Creo que sí. Roja.

Otro detalle que coincidía con lo que, según Manzano, le había contado su vecino: un tipo bajito subiéndose a una Trafic roja.

Me coloqué sobre la cara la máscara que me colgaba del cuello, dando por zanjada la conversación.

—Llevátela. No la quiero —agregó Almeida, señalando la botella de Chivas sobre la mesa.

Asentí y agarré el whisky dispuesto a irme de ahí sin saludarlo.

—Raúl —me dijo cuando estaba por abrir la puerta.

Ahora venía el momento en el que me pedía perdón o, peor aún, se ponía a llorar. Pero yo no tenía tiempo para nada de eso. Abrí la puerta y una ráfaga de viento me golpeó de frente.

—Raúl —insistió.

Al darme vuelta me lo encontré a menos de un metro de distancia.

—Mejor dejámela —dijo, poniendo una mano sobre la botella—. Me va a venir bien.

## CAPÍTULO 16

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 08:26 a. m.*

*—Continuamos con esta edición especial de LRI200, trayéndote minuto a minuto novedades sobre el fenómeno totalmente extraordinario que estamos viviendo.*

*—Así es, Estela —intervino otra voz femenina—. Este es un episodio que va a quedar en la historia de nuestro pueblo y nuestra provincia. Y hablando de provincia, estamos en comunicación telefónica directa con don Luis Franco, diputado nacional por Santa Cruz. Buenos días, diputado.*

Un hombre de voz grave saludó a las locutoras y comenzó un discurso largo asegurando que él, desde Buenos Aires, estaba haciendo todo lo posible para procurar ayuda para los habitantes de su provincia.

*—¿Qué nos puede decir sobre los rumores de que las farmacias de los pueblos afectados han aumentado considerablemente el precio de los barbijos y los antihistamínicos?*

*—Me parece una actitud despreciable, aunque también me consta que hay comerciantes honestos que están haciendo las cosas bien. Además, en el caso particular de Puerto Deseado, sé que la municipalidad envió comunicados a las farmacias, al supermercado y a los pequeños almacenes pidiéndoles que mantengan los precios y que no acumulen mercadería por mera especulación.*

*—Efectivamente. Como le comentábamos hace un rato a nuestra audiencia, este fue uno de los muchos temas que se trataron en la reunión de autoridades ayer en el Museo Mario Brozoski. Por cierto, repetimos que se ha decidido que durante el resto de la semana se celebrarán estas reuniones todos los días a las once de la mañana en el museo.*

*Evidentemente en LRI200 cubriremos cada una de ellas. Pero volviendo a la de ayer, otro de los temas que se discutió fue la importancia de que la gente solo compre lo que necesite y no haga acopio. ¿Cuál es su postura sobre esto, diputado?*

*—Estoy totalmente de acuerdo. Además de la especulación de los vendedores, el otro gran motivo de la escasez durante las catástrofes naturales es la compra indiscriminada «por las dudas». Por eso, así como pedimos a los comerciantes que actúen en buena ley, solicitamos a la ciudadanía que por favor solo compre...*

Varios golpes rápidos y fuertes en mi puerta interrumpieron a la radio. Eran los golpes de alguien acostumbrado a llamar y que le abrieran enseguida.

—¿Quién es? —pregunté.

—Melisa.

Al abrir la puerta me encontré a Melisa Lupey, mi compañera de la secundaria, vestida con un uniforme de policía más gris que azul.

—Pasá —le dije.

Inicié y aborté un abrazo, un apretón de manos y una palmada en el hombro en tres fracciones de segundo. Finalmente, le di un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? ¿Un poco revolucionado el pueblo con el tema de la ceniza? —pregunté para romper el hielo.

—¿Un poco? Está todo patas para arriba.

—Es entendible, me imagino. ¿Muchos robos?

—No, tanto como eso no. Más que nada gente con miedo y algún que otro disturbio en comercios, porque están subiendo los precios como locos. O directamente dicen que no tienen cosas que sí tienen y se las guardan para venderlas más caras más adelante.

—Sí, justo hablaban de eso en la radio. Lo que nos faltaba: una hiperinflación dentro de la hiperinflación.

Melisa asintió con la cabeza, pero no dijo nada más. Sobrevino un silencio incómodo que nos dejó claro que se había terminado el tiempo de hablar de pequeñeces.

—Mirá, Melisa, antes que nada te quiero pedir perdón por cómo te traté.

Melisa Lupey levantó una mano y me cortó antes de que pueda seguir hablando.

—Eso fue hace muchos años. Ni vos ni yo éramos las personas que somos hoy.

—Pero...

—¿Que fuiste un hijo de puta? Sí, fuiste un hijo de puta. ¿Que me hiciste pasar momentos de mierda? Eso también. ¿Que sufrí durante años las consecuencias de lo que hiciste? También. Pero si te pregunto si hoy lo volverías a hacer, espero que la respuesta sea que no.

—Hay cosas que hacés de joven y luego te avergüenzan toda la vida. Lo tuyo es, sin duda, lo más feo que le hice nunca a nadie. Y me arrepentí mil veces, de verdad.

Melisa Lupey miró el reloj.

—Tengo que entrar a trabajar dentro de veinte minutos. Y con la revolución que hay en la comisaría, no puedo llegar tarde.

—¿Me perdonás entonces?

Por toda respuesta, sacó un papel doblado del bolsillo del uniforme y me lo extendió. Era copia de mi declaración, idéntica a la que me había facilitado José Quiroga, con mi firma falsificada y haciendo constar solo la mitad del dinero.

—Muchísimas gracias, Melisa —dije, evitando mencionar que ya había conseguido ese papel y que no me había servido para nada.

Me extrañó bastante su cambio de actitud. De tratarme como la peor basura cuando la llamé por teléfono había pasado a venir a mi casa, perdonarme y hacerme un favor. ¿Por qué?

—De nada. Cuando hablamos por teléfono mencionaste que la gente de Eulalia Contreras te está presionando.

—¿Eulalia Contreras?

—Así se llamaba la mujer que encontraste muerta.

—¿Y ya saben a qué se dedicaba?

—¿No te imaginás?

—Alguna teoría tengo. Supongo que al negocio del juego, la prostitución o las drogas.

—Cocaína —me dijo Melisa.

Tardé un momento en reaccionar. No era que no lo hubiese pensado antes, pero la confirmación de que los secuestradores de Graciela trabajaban

para unos narcos me hizo poner los pelos de punta.

—¿Y qué hacía esa mujer llevándose tanta plata de Deseado?

—*Puerto Deseado* —puntualizó, poniendo énfasis en la primera palabra.

—¿La guita entró en barco?

—Sí, y la merca sale de la misma manera.

—¿Y eso la policía lo sabe?

—Lo sospechamos desde hace años. La mayoría de los barcos pesqueros son de empresas españolas.

—Pensé que esos barcos no salían del Golfo de San Jorge.

—Los que pescan no salen, pero el producto congelado se va para España en buques frigoríficos. Seguro que los viste alguna vez en el puerto. Son unos barcos blancos, grandes, con dos o tres grúas enormes sobre la bodega.

Asentí, los recordaba perfectamente. Eran el único motivo por el que conocía los rectángulos y las estrellas de la bandera de Panamá. Por alguna razón, aquellos barcos tripulados por españoles y filipinos, que llevaban pescado de Argentina a España, tenían bandera de ese país centroamericano.

—Cuando hablamos por teléfono dijiste que te estaban apretando —insistió Melisa—. ¿Te amenazaron?

—No, tanto como eso no. Quizás exageré un poco al usar la palabra «presionando». Me llamó un tipo preguntando por la guita y yo le dije la verdad, que la tenía la policía. Insistió bastante y se puso medio pesado, pero supongo que me terminó creyendo porque no me molestó más.

—Si te vuelven a llamar, cortales de inmediato, Raúl. Tenés que mantenerte totalmente al margen de esa gente. Tienen muchísimos contactos, incluso en el pueblo. Hace dos años que vienen sacando la droga por Puerto Deseado.

—¿Y en dos años nadie los metió presos?

Melisa Lupey disimuló su sonrisa de manera muy pobre. Parecía la sonrisa de un padre al tener que explicarle a su hijo la verdad sobre Papá Noel.

—Raúl, la guerra contra los narcos nos queda muy grande a los policías de pueblo. Lo único que podemos hacer es observar, tomar nota y

colaborar con la Policía Federal. Pero los que tienen que hacer algo son ellos.

—¿Y por qué no lo hacen?

—Porque el narcotráfico tiene mucha plata y puede comprar jueces, policías, abogados y lo que se te ocurra.

—Pero habrá alguien honesto, ¿no?

—Por supuesto, pero es difícil ganar un partido cuando algunos de tu equipo en realidad juegan para el contrario. Además, no son cualquier contrincante. Los hermanos Contreras son la banda de narcotraficantes más grande de la Patagonia.

—¿Son peligrosos?

Melisa asintió efusivamente con la cabeza.

—Bastante, aunque tampoco son Pablo Escobar. En la Argentina se exporta una cantidad relativamente baja de cocaína. Es una droga que normalmente va de Sudamérica para Estados Unidos, y los yanquis a nosotros nos quedan muy lejos. Pero con los enlaces directos por mar entre la Patagonia y Galicia, somos el proveedor número uno de España. Digamos que si Pablo Escobar es el dueño de una cadena de supermercados, los hermanos Contreras tienen un kiosquito de barrio. Pero ese kiosquito genera muchos millones de dólares al año.

—¿Cuántos hermanos son?

—Tres en total. Además de Eulalia, la que encontraste muerta, también están Jacinto y Federico. Eulalia tenía cuarenta y cinco años, y los otros dos son algo más chicos.

—¿Cómo son físicamente?

—¿Para qué querés saber eso? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—Es verdad, no tiene importancia —dije, desestimando mis palabras con un ademán.

—El menor es muy corpulento, evidentemente va al gimnasio. Usa unos anteojos bastante gruesos y normalmente tiene bigote. El otro es más menudo y más bajo. Nació con labio leporino y lo operaron de bebé. Tiene una cicatriz que va del labio a la nariz y habla como si estuviera muy resfriado.

La descripción de Melisa Lupey era idéntica a la de Fermín Almeida. O sea, los secuestradores de mi mujer no trabajaban para unos pesos pesados del narcotráfico. Los que tenían a Graciela *eran* los pesos pesados.

—¿Son de la Patagonia?

—No, de la provincia de Buenos Aires. Supuestamente, empresarios cerealeros. Hacen transporte y acopio de granos, y hasta tienen algunos campos. Pero se sabe que no vienen de familia agrícola. Empezaron vendiendo droga por la zona de Ezeiza y con el tiempo se especializaron en la exportación. Más guita y menos riesgo. Si se te pincha una operación, como esta vez, perdés mucho. Pero, si te sale bien, hacés una fortuna.

Melisa hizo una pausa y le pregunté si quería tomar un café o mate, pero me dijo que estaba a punto de irse.

—Entre los tres manejan... bueno, manejaban, toda la operación. Por lo que se sabe, son un grupo independiente, muy cerrado, que no le rinde cuentas a nadie. Tienen a mucha gente comprada, sí, pero la banda en sí son ellos tres, nadie más. Fijate que Eulalia viajó dos mil kilómetros en auto para venir a buscar el pago en persona.

Sí, pensé, y sus hermanos también vinieron en persona para secuestrar a mi mujer.

—¿Y ustedes cómo saben tanto sobre ellos? —pregunté.

—Tanto, tanto, no sabemos. Siempre sospechamos que la droga salía por Puerto Deseado, pero hasta ahora no habíamos encontrado a nadie con las manos en la masa. Sabíamos que los hermanos Contreras habían estado más de una vez en el pueblo, pero eso es circunstancial. En cambio lo que vos hiciste, Raúl, eso sí que nos ayuda a dar un gran paso en la investigación.

—No entiendo.

—Gracias a vos sabemos que los pagos se hacen en efectivo, en dólares y en Puerto Deseado. Si no hubieras entregado esa fortuna a la policía, hoy no contaríamos con esta información. Tenés que sentirte muy orgulloso, Raúl, porque muy poca gente en tu lugar lo hubiera hecho.

—Ya lo sé —respondí.

—Si te vuelven a contactar, me llamas a mí. O al comisario directamente. Pero no hagas nada por tu cuenta, porque estos tipos son muy, muy ásperos. Tienen muchísima guita y pueden tener comprado hasta al menos pensado. En mí podés confiar y en el comisario también, pero cuidado con el resto.

Le aseguré que le haría caso y nos despedimos con un beso en la mejilla. Cuando cerré la puerta tras ella, todavía me daban vueltas en la

cabeza sus últimas frases. Justamente el comisario, que había falsificado mi declaración para robarse un millón y medio de dólares, era la última persona en quien podía confiar. Y como no sabía si alguien más lo había ayudado, realmente lo más seguro era no fiarme de nadie.

Pensé en lo enorme que podía llegar a ser la diferencia entre la verdadera esencia de una persona y la imagen que proyectaba en una comunidad pequeña como la nuestra. En Puerto Deseado, el respetado comisario Manuel Rivera se había ganado una reputación intachable dentro y fuera de la comisaría en base a una trayectoria inmaculada. Se mostraba al pie del cañón, dispuesto a dar todo por su pueblo sin importarle el precio a pagar. Si tenía que quedarse solo en su casa, sirviendo a su gente en plena tormenta de ceniza mientras el asma de su hija lo obligaba a separarse de su familia, lo hacía sin dudar.

Entonces, tuve una idea.

\*\*\*

Sentado en la cama deshecha, del lado en que dormía Graciela, abrí el primer cajón de la mesita y no tardé en ubicar la cajita blanca de cartón.

*Valium - Diazepam 10 mg.*

En el blíster solo encontré cuatro pastillas azules. Hubiera preferido algunas más. Me planteé ir a una de las dos farmacias del pueblo, pero desistí al imaginármelas colapsadas de gente comprando antihistamínicos y barbijos.

Con cuatro pastillas sería suficiente, me convencí.

De vuelta en la cocina, aplasté los comprimidos con una cuchara hasta dejarlos reducidos a una montañita de polvo celeste. Saqué de la heladera el tupper con las hamburguesas que habían sobrado del día anterior, esparcí sobre ellas los Valiums molidos y mezclé todo con un tenedor.



## CAPÍTULO 17

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 11:10 a. m.*

A las once y diez, cuando estuve seguro de que la reunión en el museo ya había empezado, me puse la máscara para pintar en la cara y me cubrí el pelo con una gorra. Una mirada rápida en el espejo me confirmó que estaba irreconocible, como cualquier otra persona que anduviese por la calle ese día.

Salí de mi casa con la mochila al hombro, las manos en los bolsillos y el paso apurado. El viento en contra hacía que la ceniza repiquetease sobre el plástico que me protegía la boca y los ojos.

A pesar de que la casa del comisario quedaba apenas a doscientos metros de la mía, recorrí más del doble. Salí en dirección contraria, acercándome primero al museo Mario Brozoski. Desde las vías abandonadas del tren pude ver su Renault 12 rojo estacionado junto a varios vehículos. Bueno, rojo es realmente una forma de decir, porque en aquella mañana oscura, todos los coches eran pardos. Apenas se distinguía la diferencia de color con el Falcon azul del intendente o el Sierra blanco del director del hospital, que estaban estacionados a ambos lados.

Entonces sí, seguro de que Rivera no estaba en su casa, pegué la vuelta y caminé dejándome empujar por el viento a favor.

\*\*\*

La ceniza también le había robado el color a la piedra rojiza de la fachada de la casa del comisario. Había pocas viviendas como esa en Puerto Deseado: de principios de siglo, construidas con bloques de una roca

volcánica que llevaba allí millones de años, desde que la Patagonia era una selva cálida y húmeda. Yo había tenido la suerte de corretear durante toda mi infancia en una casa similar, no muy lejos de ahí, donde habían vivido mis abuelos.

Es curioso cómo funciona la mente humana, porque en aquel momento, en plena tormenta de ceniza y a punto de cometer un delito que me podía meter en un gran problema, el viento pareció acallarse un instante y me sobrevino un recuerdo precioso. Pude sentir mis pasos y los de mi hermano retumbando en la madera del suelo hueco de la casa de nuestros abuelos mientras corríamos a escondernos por los rincones.

Volví a la realidad cuando la puerta de la verja no cedió ante el giro del picaporte. Aquello me llamó la atención, porque ningún vecino de Deseado cerraba los patios con llave. Y mucho menos el comisario.

Tras asegurarme de que no había nadie en los treinta metros a la redonda que me permitía ver la ceniza, me encaramé al medidor de gas, salté la reja y rodeé la vivienda.

Como en todas las casas viejas del pueblo, la puerta trasera era de esas que tienen una ventana en la mitad superior para poder ver el patio. Un patio, por cierto, típico de la zona: plantas de corintos en las lindes y tres enormes perales en el centro que, a juzgar por el paso de tortuga al que crece la vegetación en la Patagonia, llevaban allí varias generaciones.

Supuse que la puerta daría a la cocina o al lavadero, pero una cortina de flores me impedía ver hacia adentro. Golpeé sin demasiada fuerza y a los pocos segundos unos ladridos graves llegaron acompañados de arañazos en la madera.

Rompí el vidrio con una escoba que encontré apoyada contra un pequeño cobertizo de chapa. Los ladridos se hicieron más fuertes, y por entre los fragmentos afilados que quedaron adheridos al marco aparecieron dos patas peludas y un hocico alargado lleno de dientes. Era un pastor alemán precioso que yo había visto más de una vez paseando con su dueño por la playa, frente al hospital.

Saqué el tupper de la mochila y tiré la bola de carne picada dentro de la casa, pero el perro no abandonó su posición ni dejó de ladrar. Era normal. En el hospital, yo le había llevado comida innumerables veces a pacientes de perfil agresivo. Descontentos con el actuar del personal médico o con la mala suerte que les había tocado en la lotería de la salud, recibían a quien

portaba la bandeja con insultos, amenazas y la promesa de no probar un solo bocado.

Lo cierto era que, una hora después, cuando pasaba a recoger la bandeja, casi nunca me la encontraba intacta. Cuando la adrenalina generada por los gritos bajaba a niveles normales, hasta el más rabioso decidía comer.

Me alejé de la puerta preguntándome si en el caso del perro sucedería lo mismo.

\*\*\*

Haciéndome lugar entre las palas, serruchos y otras herramientas del cobertizo, cerré la puerta por dentro. Los ladridos tardaron un buen rato en comenzar a espaciarse y otro tanto en desaparecer por completo. Cinco minutos después del último, salí de mi escondite y me acerqué con pies de plomo a la puerta trasera.

Golpeé tres veces con la punta del pie, pero no oí nada. Me asomé por el vidrio roto —ni siquiera hizo falta correr la cortina, porque el viento la volaba hacia adentro dejándola casi horizontal—. El perro estaba echado en el suelo sobre una manta que, vista la cantidad de pelos que tenía pegados, era donde solía dormir. No había ni rastro de la carne picada.

Al verme, parpadeó un par de veces y levantó la cabeza del suelo en cámara lenta. Abrió la boca pero, en vez de ladrar o gruñir, sus mandíbulas se separaron en un gran bostezo. Después apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y, sin dejar de mirarme, soltó un suspiro largo.

Manteniendo el contacto visual, metí de a poco la mano por la ventana rota y deslicé los dedos por el lado interno de la cerradura. El pobre animal estaba tan atontado que no tuvo fuerzas para ladrar ni siquiera cuando me vi obligado a empujarlo con la puerta para poder meterme en la cocina.

Igual que en mi casa, una capa de ceniza lo cubría todo. En la piletta había platos con restos de comida tan teñidos de gris que habría sido imposible distinguir si eran de puré de papas o salsa de tomate.

Me alejé del perro para internarme en la casa. Si los cálculos no me fallaban, tenía más o menos una hora antes de que se despertara.

Dejé atrás un comedor enorme y comencé la búsqueda en las habitaciones. La primera a la que entré era, sin duda, la del comisario y su esposa. Estaba presidida por una enorme cama de hierro y, sobre el cabezal, un Jesús tallado en madera constituía la única decoración en las paredes.

Revisé cada uno de los estantes y cajones del ropero. También miré dentro de una cómoda y debajo de la cama. Incluso tanteé el colchón en búsqueda de un escondite, pero solo contenía su relleno legítimo. Cuando me convencí de que los dólares no estaban en la habitación de Rivera, continué explorando los otros tres cuartos con idéntica exhaustividad y resultados.

Volví al comedor. Pocas veces había visto uno tan grande. Del lado de las ventanas de la fachada había una mesa con doce sillas. Del otro, un sofá enfrentado a una chimenea. Y en el medio, contra la pared más larga, dos aparadores separados por un piano.

Empecé por abrir cada una de las puertas de los aparadores. Encontré licores, vajilla antigua y papeles, pero ni un solo dólar. Mientras inspeccionaba ya sin esperanza los últimos cajones, intenté ponerme en la piel del comisario y pensar en dónde guardaría algo de tanto valor si esa fuera mi casa.

¡El piano!

Me apresuré a levantar la tapa rectangular convencido de que ese era el escondite perfecto, pero solo hallé una ristra de cuerdas y macillos.

—¡Mierda, mierda, mierda! —dije en voz alta, dando un pisotón en el suelo, como un niño caprichoso.

El golpe de mi suela contra la madera retumbó en la sala, levantando una pequeña nube de ceniza. De manera automática, el sonido volvió a traerme el recuerdo familiar que me había invadido justo antes de entrar a la casa. El suelo sonaba exactamente igual que cuando Alejo y yo corríamos por la casa de mis abuelos.

Entonces sí, supe dónde estaba el dinero.

Miré cada uno de los muebles a mi alrededor y me decidí por el sillón de tres cuerpos frente a la chimenea. Empujarlo fue difícil, porque la ceniza hacía que mis pies resbalaran sobre el suelo lustrado, pero finalmente logré algo de agarre y pude moverlo. Continué empujando hasta que lo desplacé por completo de su lugar original.

Supé que no me había equivocado cuando vi un cuadrado del tamaño de una caja de fósforos recortado en una de las tablas del suelo que habían quedado expuestas. Dentro había una argolla de hierro. Tiré de ella y se abrió una puerta trampa, revelando una empinada escalera que bajaba hasta la oscuridad más absoluta.

Al igual que en la vieja casa de piedra de mis abuelos, en la del comisario también había un sótano.

## CAPÍTULO 18

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 11:39 a. m.*

El interruptor de la luz estaba sobre uno de los postes de madera que unía la escalera con el suelo de la casa. Al accionarlo, el agujero oscuro se transformó en una habitación pulcramente ordenada.

Bajar esos peldaños fue como trasladarme a otro mundo. La mesa en el centro, las dos sillas a ambos lados y los armarios contra las paredes estaban libres de polvo. El sótano había quedado a salvo del desastre que atormentaba al pueblo.

Reconocí al instante los dos objetos grandes que había sobre la mesa. Uno era una prensa para recargar vainas de balas usadas, idéntica a la que tenía en su casa Ramón, un compañero mío del ejército. Le pasé dos dedos por encima y el tacto suave del metal limpio me transportó por un instante a apenas dos días atrás, cuando el cielo era celeste y Graciela estaba en casa, junto a mí. El otro objeto, de color naranja, era un torno para recortar las vainas vacías, deformadas tras el disparo, y darles el tamaño exacto para que volvieran a encajar en la prensa.

Las similitudes entre el equipamiento del comisario y el que había en la casa de Ramón no acababan ahí. En la pared del fondo del sótano distinguí la silueta rectangular y oscura de un armero: una especie de ropero de hierro parecido al que utilizaba mi amigo para almacenar sus más de veinte armas de fuego.

Al verlo, supe dos cosas de Rivera: que era un gran entusiasta del tiro y que si tenía que guardar algo con recelo, lo haría sin duda en esa especie de cruce entre armario y caja fuerte.

Por suerte, el armero no era de fabricación industrial como el de Ramón o como los que había visto durante mis años en el ejército. Este

parecía estar hecho a medida por alguien que, a juzgar por las costuras irregulares de la soldadura y las rendijas entre la puerta y el cuerpo, no tenía demasiada experiencia trabajando el metal. Eso me jugaba a favor.

Me bastó una mirada rápida por los estantes de la pared opuesta para identificar una gran caja de herramientas. La abrí y agarré un martillo y el destornillador plano más grande que había, de casi un centímetro de ancho.

Gracias al trabajo mediocre del soldador, pude meter la punta del destornillador en la separación entre la puerta y el marco, a la altura de la cerradura. Lo golpeé con el martillo, primero hacia adentro para enterrarlo más y luego hacia un costado para hacer palanca. Con cada golpe, el armero vibraba como una campana, emitiendo una reverberación ensordecedora.

La chapa de la puerta comenzó a doblarse mucho antes de lo que yo esperaba, revelándome otro error de diseño muy común: la resistente estructura de hierro soldada al interior de la puerta no atravesaba la cerradura, sino que la bordeaba. Era un detalle que no se notaba desde fuera, pero que resultaba obvio al ver cómo el borde de la puerta cedía con cada martillazo hasta que el pestillo se liberó con un chasquido.

El interior estaba dividido por un estante de madera a la altura de mi cara. En la parte de abajo, los caños de varias armas largas me devolvían el reflejo de la luz del sótano. Junto a ellos conté seis fundas alargadas, que seguramente contenían más rifles y escopetas.

El compartimento de arriba tenía, a su vez, dos partes. La izquierda era más pequeña y estaba atiborrada de cajas de balas. Las había de todo tipo y tamaño, ordenadas de manera metódica para aprovechar al máximo el espacio. En la parte derecha, que era más grande, conté siete maletines de plástico apilados uno encima de otro.

Abrí el primero sobre la mesa y me encontré con cuatro pistolas semiautomáticas encajadas en siluetas de goma espuma. El segundo maletín era similar, pero contenía tres revólveres.

Fue en el tercer maletín que hallé lo que buscaba. Apenas liberé el mecanismo de cierre, la tapa cedió unos milímetros como si algo la empujara desde dentro. Cuando la levanté, tres fajos de dólares cayeron al suelo.

Al cuarto maletín tampoco le cabía un solo billete más.

Ni al quinto, ni al sexto, ni al séptimo.

Sonreí por primera vez en treinta horas.

\*\*\*

La mayoría de los fajos eran de billetes nuevos, sujetos con una banda de papel blanca. A pesar de que sin duda eran los que yo había encontrado en el accidente de la coupé Fuego, no había uno solo manchado con la sangre de Eulalia Contreras. El comisario se había quedado solamente con dólares limpios.

También había fajos mucho más ajados, atados con gomas elásticas. Claramente, tenía ante mí dinero de dos orígenes muy diferentes. Gran parte provenía de la valija que había entregado a la policía, pero no todo.

Me disponía a contar el dinero cuando me sobresaltó un rasguño en la madera sobre mi cabeza. Quizás mi estimación de una hora había sido demasiado optimista.

Me apresuré a meter todo el dinero en la mochila y un bolso de gimnasio que había traído dentro de ella. Luego cerré los cinco maletines de plástico vacíos, borré mi huellas digitales con un trapo y los volví a poner dentro del armero. También guardé el de los tres revólveres.

Antes de cerrar el primero que había abierto, miré una a una las cuatro pistolas. La última vez que había disparado un arma había sido hacía cuatro años, cuando en el ejército me obligaron a hacer unas clases de repaso de tiro a pesar de que yo era enfermero.

Sopesé en la mano cada una de las pistolas y me decidí por una Colt 1911 con cachas de asta de ciervo en la culata. La metí en el bolso junto con dos cajas de cincuenta balas calibre 45.

Cerré el armero e intenté dejar todo como lo había encontrado, aunque sabía que mi paso por el sótano no pasaría desapercibido ante una mirada detallada. Lo que más cantaba a simple vista era la puerta forzada del armero, pero supuse que con todo el caos en que se había convertido el pueblo, el comisario no tendría demasiado tiempo para bajar al sótano a recargar balas ni oportunidad de gastar su fortuna escondida. Mientras más tardara en descubrir que le habían robado, mejor.

Eché una última mirada al sótano desde la escalera y apagué la luz.

Cuando subí me encontré con el perro a menos de dos metros de la puerta trampa. Había arrastrado su manta de la cocina al comedor, dejando



una estela brillante en el suelo polvoriento. Echado sobre el trapo sucio, me miraba con unos ojos que parpadeaban sin cesar. Me pregunté si aquello sería efecto de la droga o de la ceniza.

Tras volver a ocultar la puerta del sótano con el sofá, me puse en cuclillas al lado del animal y le acaricié la cabeza. Movi6 la cola un par de veces sin hacer ning6n esfuerzo para levantarse. Lo empujé suavemente con una mano mientras con la otra tiraba de la manta. Gruñ6 un poco, pero despu6s de varios intentos logré robársela.

Arrastré el trapo por toda la casa borrando mis pisadas. Cuando el comisario volviera, supondría que el perro había decidido pasear su colch6n por todos los rincones. E incluso si aquel era un comportamiento completamente anormal para su mascota, ¿qué dueño sabe cómo reacciona su perro ante una tormenta de ceniza volcánica?

Una vez fuera de la casa, metí la mano por el vidrio roto de la puerta y le di dos vueltas a la llave del lado de adentro. Ya casi estaba. Solo me faltaba una cosa para poder abandonar el patio.

Me colgué de la rama de uno de los perales con toda mi fuerza. Tras sacudirme los kilos de ceniza que me cayeron encima, repetí el movimiento. Tuve que hacerlo varias veces antes de oír el primer crujido, y muchas más hasta arrancar la rama por completo.

La segunda rama que elegí, mucho más pequeña que la primera, se separó del tronco con el primer tir6n.

Metí la rama gruesa por la ventana rota y me fui del patio arrastrando la pequeña detrás de mí para hacer desaparecer las huellas de mis zapatos. Supuse que el viento no tardaría en borrar las líneas zigzagueantes que dejaban las hojas en la ceniza.

Si tenía suerte y el comisario se tragaba aquel montaje, ganaría un poco más de tiempo.

## CAPÍTULO 19

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 12:33 p. m.*

Al llegar a mi jardín, bordeé la casa y fui derecho al taller de soldadura. Si dentro de las casas de Deseado había una capa de ceniza, en los galpones, que inevitablemente tenían hendiduras en sus paredes y aberturas, el paisaje parecía lunar. En otro momento me hubiera dolido ver mis máquinas, mis hierros y mis trabajos a medio hacer cubiertos de tanto polvo.

Me acerqué a una pared y descolgué el teléfono para asegurarme de que tuviera tono. Yo mismo había instalado esa extensión, porque durante mis guardias pasivas en el hospital tenía que estar localizable en caso de emergencia.

Aparté los hierros y las herramientas que había sobre la mesa de trabajo y vacié sobre ella la mochila y el bolso. Los fajos de dólares cayeron como una catarata, deslizándose unos sobre otros. Algunos terminaron en el suelo.

Entonces sonó el teléfono.

—Hola.

—Ibáñez. ¿Cómo estamos? ¿Ya recuperaste la memoria? Falta una hora y media para las...

—Tengo los dólares —lo interrumpí.

Primero hubo un silencio en la línea y luego una exhalación fuerte de mi interlocutor. Quizás era un suspiro de alivio, o de victoria.

—Ahora te llamo —me dijo.

—Los tenía el comisario. Te dije que había falsif...

Me colgó sin dejarme terminar.

Pasaron seis minutos y medio hasta que el teléfono volvió a sonar. Lo sé porque en ese tiempo no despegué los ojos de la esfera cubierta de rayones de mi reloj.

—Hola —volví a atender.

—Escuchame bien. Agarrás toda la guita y la metés en el bolso más zaparrastroso que tengas. Te subís al auto dentro de dos horas y cuarto y lo llevás a la Cueva de los Leones. ¿La conocés?

—Sí, por supuesto.

—Muy bien. A las tres en punto de la tarde vas a ahí y dejás el bolso al fondo, en la parte de arriba. Después te vas a tu casa y esperás a que te llamemos. Vamos a tardar una hora más o menos. Y no te hagas el héroe.

—Gracias —fue todo lo que pude decir.

Como ya era costumbre, el secuestrador me cortó sin despedirse. Por primera vez desde que había empezado esta pesadilla, sentí que el enorme peso que me oprimía el pecho se aligeraba un poco. Parecía que el final estaba a la vista.

Solo me quedaba por resolver cómo iba a ir a la Cueva de los Leones si mi auto estaba en el taller. Caminar era imposible, por el peso de los billetes y por la tormenta de ceniza. Y robarme el coche de uno de los muchos vecinos que dejaban el suyo con la llave puesta me podía traer demasiados problemas, sobre todo si avisaban a la policía.

Volví a guardar los dólares en la mochila y el bolso. Luego rebusqué debajo de mi mesa de trabajo y, tras apartar unos hierros oxidados, encontré una caja de madera que muchas décadas antes de que yo naciera había contenido herramientas de mi abuelo. La vacié de los tornillos, tuercas y otros pedazos de metal que había dentro y guardé ahí el dinero.

Al salir, me aseguré de cerrar con candado.

## CAPÍTULO 20

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 12:47 p. m.*

Caminé con paso apurado mientras el viento en contra me rebozaba de polvo gris. La visibilidad, de tan pobre, era casi nula. Incluso con las antiparras y la máscara puestas, era difícil avanzar.

El taller de Coco Hernández era una construcción de bloques de cemento con una enorme puerta de chapa que se deslizaba sobre roldanas. No me extrañó encontrarla cerrada, ni que dentro no se oyera ningún movimiento.

Me asomé por una pequeña ventana. A pesar de la capa de ceniza que se había pegado a la película de mugre acumulada sobre el vidrio durante años y de la escasa luz grisácea que se colaba en el taller, logré adivinar las siluetas de varios vehículos. Algunos llevaban meses ahí esperando a que llegara un repuesto de Buenos Aires o a que el dueño pudiera reunir el dinero para comprarlo.

Mi Renault 9 estaba sobre la fosa con el capó abierto. Era verdad que la ceniza había sorprendido a Coco trabajando en mi auto, como me había dicho por teléfono.

Golpeé con los nudillos el vidrio sucio y no obtuve respuesta. Llamé también con el puño cerrado a la enorme puerta de chapa, pero nada. La empujé hacia un costado, logrando que corriese sobre las roldanas unos diez centímetros antes de que una cadena sujeta con un enorme candado la frenase de golpe.

Intenté probar suerte en la casa de Coco, al fondo del terreno. Caminé junto a la medianera por un pasillo ancho atiborrado de hierros, puertas de coches y otros pedazos de chatarra. Detrás del taller, un pequeño cementerio de automóviles hacía las veces de patio delantero de una

sencilla vivienda de ladrillos a la vista. Cubiertos por centímetros de ceniza, los vehículos daban la sensación de llevar siglos abandonados.

Llamé a la puerta varias veces pero no me atendió nadie. Entonces caí en la cuenta de que no había visto la Ford Ranchero de Coco, que siempre estaba estacionada frente al taller. Me pregunté si el mecánico sería otro de los que repentinamente habían decidido irse del pueblo hasta que todo esto pasara.

Mientras le pedía perdón a Coco mentalmente, desanduve mis pasos observando la chatarra en busca de algo que me pudiera ayudar a recuperar el Nueve. Me decidí por un caño de más o menos dos metros de largo. Al recogerlo, la tierra que tenía acumulada dentro se deslizó hacia uno de los extremos con un sonido casi musical.

Metí el caño entre la cadena y la puerta del taller e hice palanca con todas mis fuerzas. El candado cayó al suelo con un chasquido seco.

Bajo el capó de mi auto, el panorama no era nada alentador. El motor estaba cubierto por una capa de ceniza que se tornaba oscura y pastosa en los lugares donde entraba en contacto con el aceite. Me planteé buscar un cepillo o una escoba para limpiarlo, pero pronto concluí que importaba poco. La fina capa que había llegado hasta el motor con el vehículo estacionado dentro del taller no era nada comparada con los kilos que recibiría apenas empezase a circular por la calle.

La tapa por donde se echaba el aceite estaba abierta. No me extrañó, porque Coco me había dicho por teléfono que había vaciado el lubricante y faltaba ponerle el nuevo. De hecho, junto a la rueda delantera había un bidón de tres litros precintado y un filtro dentro de una caja de cartón. Vertí el contenido del bidón en el motor y cerré la tapa. En cuanto a cambiar el filtro, ni siquiera lo intenté.

El Nueve tenía las llaves puestas, así que no tuve que usar la copia que traía conmigo. Lo puse en punto muerto, cerré los ojos y le di arranque. El motor soltó un rugido que no tardó ni dos segundos en extinguirse. Lo volví a intentar, y el resultado fue el mismo.

Al quinto intento, conseguí mantener el motor encendido a base de pisar el acelerador hasta un punto intermedio. Un poco menos o un poco más y se sacudía con unas explosiones arrítmicas hasta pararse. Puse marcha atrás y salí despacio, procurando que ninguna de las ruedas cayera en la fosa.

Una vez en la calle, encendí el limpiaparabrisas para despejar la ceniza que se acumulaba sobre el vidrio con mucha más velocidad que cualquier nevada. Conduje muy despacio, resistiendo la urgencia de apretar el acelerador a fondo, mientras me preguntaba cuánto tiempo tenía hasta que la ceniza se colara por algún lugar crítico y el motor diera su sacudida final.

Tardé diez minutos en hacer el recorrido hasta mi casa. Normalmente lo hubiera hecho en dos.

## CAPÍTULO 21

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 1:31 p. m.*

Dejé el Nueve con la llave puesta, estacionado exactamente en el lugar donde se habían perdido las huellas de Graciela el día anterior. Las agujas del reloj en el tablero polvoriento detrás del volante marcaban la 1:31. En una hora y media los dólares tenían que estar en la Cueva de los Leones.

Corrí, sin protegerme la cara, los treinta metros entre la calle y mi taller de soldadura. Por un segundo presentí que me encontraría con la puerta forzada, como había forzado yo la de Coco Hernández, y la caja de herramientas de mi abuelo completamente vacía. Pero no, el candado estaba en su lugar y los fajos de dólares, intactos.

Los conté sobre la mesa de trabajo, separando los que estaban atados con bandas elásticas de los que había encontrado en la coupé de Eulalia Contreras. Al multiplicar el número de fajos por diez mil, un sudor frío se me condensó en la espalda. Volví a contarlos, pero obtuve el mismo resultado.

Un millón exacto en billetes nuevos, fajados con tiras de papel blanco sin marcar, provenía del lugar del accidente. Los otros, sujetos con banditas elásticas, abultaban más porque estaban usados pero solo totalizaban cien mil dólares. A pesar de que tenía ante mí la mayor cantidad de dinero que vería en mi vida, nunca había estado tan desesperado.

Intenté mantener la cabeza fría y analizar la situación. Yo había devuelto a la policía los tres millones de dólares en billetes nuevos y sin marcas que encontré en la coupé Fuego. Luego el comisario había falsificado mi declaración para que de esos tres millones solo quedara constancia de la mitad. Un millón y medio iría para la máquina burocrática de la justicia argentina y el otro millón y medio se lo quedaba él.

Sin embargo, en su sótano solo había un millón cien mil. Y a juzgar por lo diferentes que eran los dos tipos de fajos, solo un millón había salido del accidente de Eulalia Contreras. ¿Qué había hecho Rivera con el medio millón que faltaba? ¿Y a quién le había birlado los otros cien mil?

El talón de uno de mis pies comenzó a dar golpecitos casi involuntarios contra el suelo, levantando ceniza a los lados. Incluso si entregaba todo a los secuestradores, recibirían cuatrocientos mil dólares menos de lo que les había dicho que tenía.

Contemplé la posibilidad de contarle todo a la policía, pero desistí de inmediato. Si hubiera encontrado todo el dinero en el sótano, entonces habría podido asumir que la malversación era únicamente obra del comisario. Pero si faltaba una parte, las posibles explicaciones se multiplicaban.

Una era que el comisario hubiera guardado el medio millón en otro lugar, ciñéndose a eso de que nunca es buena idea poner todos los huevos en la misma canasta. Si su mujer estaba al tanto del robo, quizás ella misma se había llevado el medio millón a Comodoro utilizando la excusa de la hija asmática.

La otra alternativa, la que más me preocupaba, era que Rivera no hubiese actuado solo. Si tenía algún cómplice en la comisaría, podía tratarse de cualquiera. Incluso de Melisa Lupey. Si yo ahora iba con la historia del secuestro, ¿cómo reaccionarían, sabiendo que una investigación sacaría a la luz mi declaración falsificada y los dejaría expuestos? No. No podía arriesgarme a confiar en la policía.

Iba a tener que salir solo de aquel berenjenal.

Volví a concentrarme en el dinero ante mí. Solo se me ocurría una solución para recuperar a Graciela con esa cantidad. Y las probabilidades de que funcionara eran bajísimas.

Metí en la mochila el millón en fajos nuevos y volví a guardar los otros cien mil en la vieja caja de madera debajo de la mesa. Puse sobre ella algunos hierros oxidados y salí del galpón con la mochila al hombro.

\*\*\*



Entré a mi casa por la puerta trasera. Al abrirla, la cinta adhesiva que le había pegado el día anterior se desprendió del marco con el sonido de una hoja de papel rajándose al medio. En cualquier otro momento, el verdadero río de ceniza que se había colado por debajo de la puerta, incluso estando encintada, me habría preocupado.

Fui directo a la habitación chica, que usábamos de comodín para guardar todo lo que no sabíamos en qué otro lugar de la casa meter. A pesar de que estaba atiborrada de objetos, no me costó demasiado ubicar el estuche rígido de color verde.

Volví con él al comedor y lo apoyé sobre la mesa. Accioné los cierres de la tapa, dejando al descubierto la máquina de escribir Olivetti que me habían regalado mis padres para las clases de mecanografía de la secundaria. Todavía la utilizaba de vez en cuando para los trabajos de la universidad.

Tecléé todo lo rápido que me lo permitieron los dedos. Cuando terminé, retiré la hoja del carrete, la doblé en cuatro y la puse dentro de la mochila, asegurándome de dejarla bien visible sobre los dólares. También metí la copia de la declaración falsificada que me había facilitado Quiroga.

Luego fui a la alacena y agarré un frasco vacío. Había tenido mermelada de higo y todavía conservaba la etiqueta. Salí por la puerta trasera y lo llené de ceniza antes de cruzar el patio hacia el taller.

Esparcí una fina capa sobre la mesa de trabajo y sobre la caja donde había escondido los cien mil dólares. Quizás estaba muy paranoico, pero si alguien entraba al galpón —el comisario, por ejemplo, si se enteraba de que le faltaba el dinero y sospechaba de mí—, ver mis huellas en la ceniza sería como encontrar un cartel de neón que dijera «Acá están los dólares».

De unos clavos en la pared descolgué el gorro de lana que usaba para soldar en invierno y las gafas de un viejo snorkel que habían sido la protección de mis ojos cuando daba mis primeros pasos con la amoladora. Por último, elegí uno de los overoles de cuerpo entero que me ponía para soldar. Lo enrollé, me lo puse debajo del brazo y salí del taller asegurándome de cerrar la puerta con llave.

De camino al auto, dejé el frasco con ceniza junto a una pared de la casa. Todavía le quedaba la mitad.

## CAPÍTULO 22

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 5:21 p. m.*

Se levanta de la máquina de escribir y estira el cuello y los brazos, intentando calmar un poco el dolor muscular. Ni como enfermero ni como soldador ha tenido nunca que pasar muchas horas sentado en un escritorio. Ahora entiende por qué hay tantos oficinistas con problemas de espalda.

Va hacia el rincón del comedor donde tiene la valija abierta y revuelve un poco entre la ropa hasta que encuentra un frasco de vidrio. En la etiqueta blanca, gastada por los años, hay dos higos: uno entero y uno partido por la mitad, revelando un interior jugoso.

Unas letras negras, grandes, anuncian la marca de la mermelada. Otras, diminutas, enumeran los ingredientes y dan la dirección del fabricante. Pero a él solo le interesa una línea de texto un poco más arriba, en una tipografía que no encaja con el resto.

«Envasado en 1990.»

Recuerda ese año con un sabor agridulce. Durante junio y julio, él y su grupo de amigos se juntaron a ver los partidos del mundial en la casa de Claudio Etinsky. Una especie de ritual obligaba a cada persona a ocupar el mismo asiento y tomar la misma bebida que durante el partido pasado. Todo tenía que ser idéntico a la vez anterior para continuar con la racha ganadora.

El día de la semifinal contra Italia, la mujer de Claudio invitó a una compañera de trabajo que hacía poco más de un año que había llegado de Mendoza y todavía no tenía muchos amigos. Hubo quejas serias, como si agregar una persona a aquel comedor fuera a destrozar el frágil equilibrio divino que necesitábamos para salir campeones.

Volvió a verla el día de la final, y se sonrieron antes de que empezara el partido.

Después de noventa minutos de sufrimiento y gritos de reclamo al árbitro por un penal que fue y otro que no fue, Argentina perdió uno a cero contra Alemania. Las más de veinte personas vestidas de celeste y blanco que había en lo de Claudio empezaron a hablar cada vez más bajo, hasta que solo se oyeron murmullos bajos puntuados por algún exabrupto. Algunos lloraron, igual que lloraba Maradona en Roma mientras se apuraba a descolgarse del cuello la medalla plateada. Luego se fueron yendo de a poco, sin decir demasiado.

Él también emprendió su camino de vuelta a casa y salió, no por casualidad, al mismo tiempo que ella. Caminaron juntos charlando por las calles desoladas. Se cruzaban de vez en cuando con alguien que llevaba al hombro una bandera tan gacha como sus cabezas o una corneta apuntando hacia abajo.

Al llegar a la esquina en la que debían separarse, él la invitó a su casa, bromeando sobre ahogar las penas con una botella de ginebra. Para su sorpresa, ella aceptó. Y durante aquella tarde en la que casi todos los demás argentinos estaban tristes, ellos se emborracharon, rieron a carcajadas y terminaron haciendo el amor.

«Envasado en 1990», vuelve a leer en la etiqueta. Pasa el pulgar sobre la frase y gira el frasco. Detrás del vidrio transparente no hay mermelada sino un polvo que lo llena hasta la mitad. Si fuera blanco, nadie dudaría en asegurar que es harina. Pero es gris, como lo fue todo en Puerto Deseado durante meses, justo un año después de conocer a ella y de que alguien, en una fábrica a miles de kilómetros, llenara ese frasco con mermelada.

Agita el recipiente con una mano todo lo rápido que puede. El polvo golpea en bloque la tapa de metal y el vidrio del fondo, emitiendo una ristra de *clanks* y *clinks* sordos. Después lo apoya sobre la mesa como si fuera una de esas bolas de cristal llenas de agua y copos de nieve falsos. Debajo de la tapa, una niebla gris se mueve en círculos como el humo atrapado en una botella.

Desenrosca la tapa y el vaho pardo escapa en cámara lenta por la boca del frasco. Pareciera que, en vez de polvo, el recipiente contuviese una sopa muy caliente. Esboza una sonrisa agria, como la de quien se reencuentra con un viejo enemigo al que se odió por algo que ya no importa.

Se encorva sobre el frasco e inhala aquel vaho. Ya no huele igual. Hace veintisiete años olía a azufre y a amenaza, no a tierra vieja y estéril.

Mete el dedo índice y lo saca teñido de gris. Lo junta con el pulgar y frota las yemas lentamente. Sabe que varias semanas de ese roce son capaces de borrarle las huellas digitales. Lo sabe desde que a finales del 91, en el consulado argentino le pusieron un montón de problemas para darle un duplicado del DNI porque sus yemas entintadas apenas imprimían en el papel óvalos rellenos de marcas débiles y discontinuas.

Recién cuando se lleva los dedos a la boca logra retroceder veintisiete años. La ceniza áspera en la lengua y los dientes lo trasladan de inmediato hasta la peor pesadilla de su vida.

Sopla dentro del frasco con mucha suavidad hasta que una nube de polvo se le instala en la cara. La garganta y el diafragma le piden que tosa, pero él pospone el espasmo, esforzándose por abrir bien los ojos y aspirar fuerte por la nariz.

Llega un momento en el que ya no puede aguantar la comezón y tose de forma incontrolable. Entonces aprovecha las lágrimas que le arranca la ceniza para dejar salir otras, más gordas y pesadas, que vienen empujadas por los recuerdos.

## CAPÍTULO 23

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 2:52 p. m.*

Conduje lentamente los dos kilómetros que separaban el pueblo de la Cueva de los Leones. Estacioné al final del camino, donde la playa de canto rodado se interrumpía de repente para dar paso a unos acantilados verticales de treinta metros de alto.

El viento era tan fuerte que hacía que el auto detenido se meciera sobre los amortiguadores. Con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, respiré hondo y miré el mar. El azul profundo del Atlántico había mutado a un verde grisáceo y la espuma en las crestas de las olas era tan marrón como la leche chocolatada.

Bajé del auto y me cargué la mochila a la espalda. Caminé hacia el mar hundiendo mis pies en el pedregullo polvoriento hasta llegar a la franja lavada por el agua. Continué por la playa, que se estrechaba en dirección a los acantilados, hasta llegar a un punto en el que desaparecía por completo y la pared de piedra se encontraba directamente con el agua en un ángulo de noventa grados. Según las marcas del verdín, no faltaba mucho para la bajamar.

Apoyé la mano izquierda en la roca redondeada por milenios de rompiente y metí un pie en el agua. Estaba helada. Por suerte las olas no eran lo suficientemente grandes como para aplastarme contra la piedra. Me apoyé la mochila en la cabeza y seguí avanzando, hundiéndome con cada paso un poco más en un agua invernal que me causaba el dolor de mil agujas clavándose en la carne.

Supuse que los secuestradores sabían perfectamente que a la Cueva de los Leones solo se podía acceder sin mojarse cuando la marea estaba

totalmente baja. Forzándome a mí a entrar un rato antes, se aseguraban de que no habría nadie dentro cuando yo dejara el rescate.

Con el agua a la cintura, vadeé lo más rápido que pude el trecho de playa sumergida hasta que, unos treinta metros más adelante, el canto rodado reapareció bajo mis pies. Solté la mochila y caí de rodillas en las piedras, con los dientes apretados y la cara retorcida de dolor. Cuarenta y cinco segundos en un agua a tres grados no es suficiente para matar a un hombre de hipotermia, pero sí para que sienta que le están amputando las piernas con un rallador de queso.

Apenas pude volver a mover los pies, recogí la mochila del suelo y avancé unos metros por la playa hasta que en el acantilado infranqueable se abrió la enorme caverna que yo tantas veces había visitado.

Como siempre, las sinuosidades en la roca me dieron la sensación de estar entrando en la garganta de un gigante. Enfilé hacia el fondo, donde una saliente rocosa se asomaba como un balcón natural, elevando tres metros el suelo de la caverna. Leones, como le decían algunos en el pueblo, era una cueva dentro de una cueva. Y esa particularidad la hacía un escondite perfecto.

La parte de abajo, donde me encontraba ahora, se inundaba dos veces por día con la marea. De hecho, había quien sostenía que el nombre de la cueva no tenía nada que ver con la colonia de leones marinos que había en esas rocas antes de que el hombre blanco los desplazara a lugares más inaccesibles aún, sino que se llamaba así por el sonido que hacían las olas cuando rompían dentro.

Por otro lado, la parte de arriba, donde había subido mil veces cuando era chico, quedaba fuera del alcance del agua incluso en los días de marea extraordinaria.

Era prácticamente imposible escalar desde abajo la gruesa saliente, pero el ingenio popular había sorteado este escollo muy fácilmente: cientos de rocas apiladas por los visitantes formaban un montículo al que poder encaramarse.

Comencé a subir esta especie de escalera improvisada, poniendo atención a cada paso. No sería la primera ni la última vez en la historia de la cueva que alguien pisara una piedra mal asentada y terminara con un hueso roto. Yo mismo había atendido a más de uno en el hospital.

Una vez en la punta del montículo, tiré la mochila al suelo de la cueva de arriba. Sin peso a mis espaldas, no me costó demasiado sujetarme a la saliente áspera e impulsarme de un salto para poner el pecho y el estómago sobre la roca. Algunas piedras del montículo se desmoronaron a mis pies con un sonido que reverberó en la caverna. Bajar sería más difícil que subir, pero ese era el menor de mis problemas.

La cueva de arriba no era muy profunda. Los cuatro o cinco pasos que tuve que hacer para alcanzar el fondo rompieron la capa de ceniza virgen en el suelo. Contra la pared encontré una botella de vino vacía y varias colillas de cigarrillo. Todo estaba tapado de gris, como en el patio de Fermín Almeida.

Aunque la Cueva de los Leones no era Times Square, tampoco era un lugar secreto. Durante generaciones había servido como escondite para adolescentes rebeldes o amantes furtivos, dos grupos a los que yo había pertenecido. Eso sí, hasta donde sabía, era la primera vez que se usaba para pagar un rescate.

Cuando apoyé la mochila en el suelo polvoriento, junto a la botella vacía, una especie de impulso me obligó a abrir la cremallera para asegurarme de que todo estuviera en su lugar.

Encima de los dólares encontré la carta que acababa de mecanografiar. Cuando vi cómo vibraba el papel en mis manos, me di cuenta de que todo el cuerpo me temblaba de manera incontrolable. La ropa mojada me estaba metiendo el frío en los huesos. Si no me la quitaba pronto, entonces sí empezarían los primeros signos de hipotermia.

Así y todo, releí la carta. Fue un acto masoquista, porque ya no había tiempo ni forma de cambiarle nada.

*Hola,*

*Acá hay un millón de dólares. Como intenté explicarles, lo tenía el comisario en su casa. De hecho, cuando ustedes me llamaron yo lo acababa de encontrar y todavía no había tenido tiempo de contarlo. Después de que cortamos me di cuenta de que no está todo lo que Rivera se robó. Faltan quinientos mil.*

*Por favor, les pido que entiendan. El que les robó a ustedes fue él, no yo. Yo le devolví los tres millones que encontré en el lugar del accidente, pero él falsificó mi declaración para que solo quedase*

*constancia de la mitad. Es decir, un millón y medio. De la otra mitad, un millón lo tenía en su casa. No tengo ni idea de qué hizo con los otros quinientos mil. A lo mejor los escondió en otra parte o se los repartió con alguien en la comisaría.*

*Sé que es difícil de creer, pero junto a esta carta les dejo una copia de mi supuesta declaración en la comisaría al momento de entregar el dinero. Esa no es mi firma, alguien la falsificó. Seguramente ustedes tienen alguna manera de comprobarlo.*

*Me gustaría explicarles esto por teléfono, pero probablemente no me llamen hasta después de venir a buscar el rescate. Les pido por favor que no le hagan nada a Graciela y que me crean.*

*Por otra parte, conseguí contactar con más personas que me pueden prestar dinero e incluso alguien dispuesto a comprarme la casa. Creo que puedo llegar a reunir unos cien mil dólares en total. Y también puedo entregarles mi auto.*

*Por favor, sean razonables. Yo ya no puedo más.*

*Raúl Ibáñez*

Cuando terminé de leer el mensaje, la escasa luz gris que entraba por la boca de la cueva desapareció como si alguien hubiese apagado una vela. Miré hacia atrás y descubrí una nube de ceniza muchísimo más densa que la que nos había cubierto hasta ese momento. La negrura en la entrada de la caverna era absoluta. Miré el reloj, confundido: acababa de hacerse de noche a las tres de la tarde.

Puse el papel sobre los dólares, junto a la copia de mi declaración, y cerré los ojos un instante. Apreté los dientes para que dejaran de castañetear y, a falta de un dios al que prometer nada, le pedí a la vida, al universo o a quien carajo me estuviera escuchando que me diera una mano para ayudarnos a Graciela y a mí a salir del infierno en el que llevábamos dos días.

Desanduve mis pasos y me descolgué estirando los pies hacia abajo todo lo que pude, como cuando era chico. Después de varios intentos, mi zapatilla rozó la punta del montículo de rocas. Le apoyé el peso poco a poco, para asegurarme de que estaba firme, y luego bajé con mucho cuidado hasta alcanzar el suelo. A pesar de la oscuridad, no fue tan difícil como esperaba.



Salí de la cueva para encontrarme con un cielo tan negro como si en vez de las tres de la tarde fueran las tres de la mañana. A tientas, volví a meterme hasta la cintura en el agua helada y avancé hasta alcanzar la playa de pedregullo donde había dejado el coche.

\*\*\*

Emprendí la vuelta al pueblo lo más rápido que pude. Las luces delanteras del auto penetraban apenas unos metros en la espesa nube de ceniza. Por el espejo retrovisor todo lo que lograba ver era polvo teñido de rojo por las luces traseras. Me resultaba imposible saber si alguien me seguía, aunque supuse que era poco probable. Seguramente los secuestradores habían estado escondidos cerca de la cueva y, tras verme entrar y salir, se habrían metido a buscar el dinero sin perder un minuto.

Desanduve las subidas y bajadas del camino de ripio hasta que a mi derecha divisé, apenas, el paredón blanco del cementerio. Casi un kilómetro más adelante, entré al pueblo. La nube de ceniza que había traído consigo la noche era tan densa que se habían encendido las luces del alumbrado público. «Una a mi favor», pensé mientras conducía por la calle Oneto. La poca visibilidad me vendría al pelo.

Giré a la derecha en la calle Maipú y estacioné frente a la cancha de fútbol del club Deseado Juniors. El reloj rayado que llevaba en la muñeca marcaba las tres y diez. Si, como habían dicho, me llamaban una hora después de pagar el rescate, todavía me quedaban cincuenta minutos.

Con toda la velocidad que me permitieron los dedos agarrotados por el frío, me saqué la ropa mojada y me puse el overol que había dejado sobre el asiento del acompañante. También reemplacé la máscara y las antiparras por el viejo snorkel y un pañuelo que me cubría la boca y la nariz. Por último, me sacudí un poco los pelos y me calcé el gorro de lana.

Eché a correr por un Puerto Deseado desierto y oscuro, trazando el camino inverso al que acababa de hacer con el Nueve. Con cada paso, mis extremidades se descongelaban un poquito más.

Bajé el ritmo al llegar a la última fila de casas del pueblo, en la calle Patagonia. Crucé las vías abandonadas del ferrocarril y continué en contra del viento. El camino hacia la Cueva de los Leones partía en forma

perpendicular desde la calle por la que yo caminaba ahora. Y aunque mi cambio de ropa me hacía irreconocible, alejarme del pueblo a pie en esa dirección generaría sospechas. Nadie en su sano juicio caminaría por allí en medio de una tormenta de ceniza como aquella.

Decidí dedicarme a deambular, en uno y otro sentido, por el tramo de la calle Patagonia en el que desembocaba el camino. Cuando avanzaba de las vías hacia el mar, era un operario fiel presentándose a trabajar en una de las pesqueras que se concentraban en esa zona del pueblo. Cuando lo hacía en la dirección contraria, era uno que volvía a casa después de enterarse de que la planta seguía cerrada hasta nuevo aviso.

Al dar la vuelta por quinta vez tras llegar a las vías, vi por fin a mi izquierda las luces de un vehículo acercándose desde el cementerio. Agaché la cabeza, simulando protegerme del viento y la ceniza, y caminé lentamente hacia la intersección.

Los focos de la camioneta se apagaron justo antes de entrar al radio de veinte metros en el que el alumbrado público rompía un poco la oscuridad absoluta. Distinguí la silueta cuadrada de una Trafic, tal como la había descrito el vecino del ex de Graciela. Ahí dentro estaban los hijos de puta que habían secuestrado a mi mujer. Y quizás ella también.

Agaché la cabeza y caminé muy lento, con las manos en los bolsillos, mientras la Trafic aminoraba la marcha al acercarse a la intersección, a menos de diez metros de mí. Levanté apenas la vista para observar el número de matrícula en la parte delantera del vehículo, pero la camioneta ya estaba muy cerca de la calle Patagonia y yo la veía demasiado de costado. Solo pude reconocer la letra U inicial, que identificaba a la provincia de Chubut. ¿Habrían alquilado la camioneta en Comodoro?

Me fue imposible distinguir los seis dígitos que le seguían. Ralentiqué aún más el paso, esperando a que ellos giraran y así tener un mejor ángulo desde el que ver los números, pero la camioneta no dobló a la derecha para dirigirse al pueblo ni a la izquierda en dirección a las pesqueras. Para mi sorpresa, cruzó la calle y continuó sin detenerse por un camino en desuso, paralelo a las vías del tren, que llevaba a la abandonada estación del ferrocarril. Se alejó de mí dejando atrás una nube de ceniza que me impidió ver absolutamente nada.

Comencé a seguirlos a pie con la esperanza de que en algún momento una ráfaga de viento despejara la polvareda lo suficiente como

para poder leer los números detrás de la letra U. Echando a correr a toda velocidad, logré evitar por unos segundos que la distancia que me llevaba siguiera aumentando, pero el sabor metálico de la sangre subiéndome por la garganta me dejó claro que aquella era una batalla perdida. Si en condiciones normales ya habría sido imposible, más lo era adentro de una nube de ceniza volcánica.

Cuando mi cuerpo ya no pudo más, me detuve. Doblado hacia adelante, con las manos sobre las rodillas, respiré a mil por hora a través del pañuelo que me cubría la cara. Cada bocanada de aire me ardía en el pecho como si fuera ácido, y los latidos acelerados del corazón me repiqueteaban en las sienes. Tardé un par de minutos en estar seguro de que no iba a vomitar.

Cuando miré hacia adelante, la oscuridad había engullido a la Traffic hacía rato y todo a mi alrededor volvía a estar quieto. Solo escuchaba el repiqueteo de la ceniza en el vidrio de mi vieja máscara de snorkel y el latido en mis sienes.

Me senté en el suelo y le di un puñetazo a la tierra, como si eso fuera a solucionar algo. Solo logré levantar un poco de polvo y dejar mis nudillos marcados en la ceniza.

Entonces se me encendió la lamparita y miré hacia atrás: en las partes del camino donde había más ceniza acumulada se notaban perfectamente mis pisadas, flanqueadas a ambos lados por la tira de líneas zigzagueantes que imprimían los neumáticos de la camioneta.

Comencé a seguir las ruedas en dirección a la estación del ferrocarril. Las huellas solo se interrumpían en las partes más elevadas del terreno, donde el viento no dejaba que se acumulara la ceniza. Pero en cuanto había una depresión en el relieve, o unas matas crecían en el camino abandonado, la ceniza volvía a depositarse revelando las marcas del vehículo.

Unas marcas que con cada ráfaga de viento se borraban un poquito más.

\*\*\*

No tenía del todo claro qué era lo que me llevaba a avanzar tras las huellas de los neumáticos. No solo ya sabía quiénes eran los secuestradores de mi mujer sino que tenía la certeza de que si me descubrían por ahí, no sobrevendría nada bueno. Sin embargo, continué dando un paso tras otro, como si algo dentro de mí me dijera que mientras más supiera sobre la situación de Graciela, más podría ayudarla.

Después de seguir las marcas unos trescientos metros, me sorprendió descubrir que no llegaban hasta la estación de tren, sino que se metían en el más grande de los tres galpones de chapa que había junto a las vías.

La construcción era una especie de hangar de cien metros de largo. Durante casi setenta años se había usado para arreglar los trenes que traían lana de la meseta para sacarla en barco por Puerto Deseado. Pero el lugar llevaba quince años abandonado, al igual que la estación y todas las otras dependencias del ferrocarril, desde que un ministro de economía decidió que los trenes les quitaban demasiados clientes a las flotas de camiones de las que él mismo era dueño.

Me resultaba extraño que los secuestradores hubieran elegido ese lugar para esconderse. Si bien les jugaba a favor que estuviera abandonado y lejos de las casas del pueblo, se encontraba en una explanada que, en cuanto la nube de ceniza se dispersara un poco, los dejaría en una posición muy vulnerable. La única explicación que se me ocurrió fue que su plan original hubiera sido llevarse a Graciela del pueblo la noche que la secuestraron, pero la erupción del volcán los hubiera obligado a desistir. Quizás habían decidido que, mientras la ceniza continuara cubriéndolo todo, ahí estarían protegidos.

Las huellas de la Traffic se perdían debajo de un portón de chapa en uno de los laterales del enorme galpón. Siempre simulando ser un trabajador que volvía a su casa desde una pesquera, rodeé la construcción con las manos en los bolsillos hasta llegar a otro portón, mucho más grande, del que salía una vía oxidada. La cadena gruesa que unía las hojas estaba asegurada con un candado al que los años de intemperie patagónica habían robado todo el brillo.

Miré por el agujero por el que pasaba la cadena. La claridad débil de las luces del pueblo y de los reflectores de una pesquera cercana intentaba colarse por las mil rendijas que el tiempo había abierto en la vieja construcción de chapa. Lo primero que identifiqué fue la Traffic, estacionada

al otro lado del portón pequeño donde se perdían las huellas. Tenía las dos puertas de adelante abiertas y la trompa apuntando prácticamente hacia mí de forma que pude distinguir perfectamente los seis dígitos de la matrícula. Los repetí mentalmente hasta memorizarlos.

Unos cincuenta metros más atrás, el resplandor de una fogata en el suelo se proyectaba en una de las dos paredes largas de la construcción rectangular. Supuse que, en otras circunstancias, el humo que salía de las ventilaciones en el techo del galpón los hubiera delatado. Pero detectar una columna de humo en un pueblo cubierto de ceniza era como echar agua mineral al mar y pretender seguirle el rastro.

Alrededor del fuego había dos figuras. Una era un hombre de complexión menuda que gesticulaba con una mano mientras sostenía en alto una mochila con la otra. Le hablaba a una mujer sentada en el suelo con la espalda apoyada contra una gran estantería de metal perpendicular a la pared. Tenía los ojos vendados y una máscara antigases le cubría la boca y la nariz. Por la forma antinatural en que las manos se juntaban detrás de sus lumbares, supe que estaba atada.

Él, supuse, era Jacinto Contreras. En cuanto a ella, no había dudas.

Contreras dio unos pasos hacia mi mujer y le acarició la parte de la barbilla que asomaba por debajo de la máscara. Todos los músculos del cuerpo se me tensaron a la vez, y un ardor me subió del estómago hacia la garganta. Apreté tanto los puños que las uñas se me clavaron en las palmas. Era la primera vez que sentía un odio así.

Pero el odio, al igual que el amor, es una emoción visceral que nos hace actuar sin pensar. Dentro mío algo irracional me impulsaba a entrar ahí y arrancarle la cabeza a ese hijo de puta. Incluso a sabiendas de que, si lo intentaba, lo más probable era que terminara con varios balazos en el pecho, la rabia me empujaba con una fuerza peligrosamente irresistible.

Por suerte, un estruendo a un metro de mi cabeza me sacó de aquel trance. Una ráfaga había traído consigo un cartel de madera arrancado de quién sabía dónde y lo acababa de estrellar contra el portón. El ruido en la chapa sobresaltó a Jacinto Contreras, que gritó algo que no logré entender. Antes de que yo pudiera reaccionar, de la puerta trasera de la camioneta salió un hombre corpulento, de bigote grueso, con una pistola en la mano.

Su hermano Federico.

Me alejé a toda velocidad en busca de un lugar donde refugiarme. En la explanada de matas bajas y vías oxidadas que separaba al pueblo del galpón, mi única esperanza era un viejo intercambiador para invertir el sentido de las locomotoras.

Me tiré de cabeza a la fosa circular donde pivotaba el mecanismo. Las rodillas golpearon el cemento con tanta fuerza que tuve que palpármelas para asegurarme de que no me había roto ningún hueso.

Me quedé allí, esperando a que en cualquier momento Federico Contreras saliera de la construcción y se dirigiera hacia mí con un arma en la mano, pero los minutos fueron pasando y yo seguía vivo. Tardé más de un cuarto de hora en convencerme de que no me habían visto.

Entonces aproveché una fuerte ráfaga de viento que redujo la visibilidad a tan solo un par de metros para correr hacia el pueblo.

## CAPÍTULO 24

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 3:44 p. m.*

Cuando llegué a mi casa, supe que se había ido todo a la mierda. Los cajones de las habitaciones estaban tirados en el suelo, el colchón de la cama dado vuelta y la puerta de atrás, abierta. Al asomarme, lo primero que vi fue que el candado con el que había cerrado el taller había quedado reducido a dos pedazos de metal tirados en el suelo.

Corrí hacia allí sabiendo de antemano qué me iba a encontrar, y no me equivoqué. La vieja caja de madera estaba abierta y vacía sobre la mesa. Alguien se había llevado los cien mil dólares.

La visión se me nubló tan de repente que tuve que agarrarme a la mesa para no caer al suelo. Supongo que el único motivo por el que no me desmayé fue porque en el fondo, muy en el fondo, todavía albergaba la esperanza de que no hubieran sido los secuestradores sino el comisario. Las consecuencias de haberle robado al jefe máximo de la policía palidecían comparadas con las de haberles mentido a dos narcotraficantes que tenían secuestrada a mi mujer.

Miré el reloj, intentando no pensar. Habían pasado tres cuartos de hora desde que había dejado el millón de dólares en la Cueva de los Leones y faltaban quince minutos para que me llamaran.

Pero el teléfono no sonó ni una sola vez durante las tres horas que estuve sentado junto a él.

No fue hasta las siete de la tarde, cuando ya estaba totalmente oscuro, que oí tres golpes tímidos en la puerta de mi casa.

## CAPÍTULO 25

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 4:24 p. m.*

Graciela quiso abrir los ojos, pero la venda apenas le permitió despegar los párpados. Si levantaba la cabeza hasta tocar con la coronilla la estantería de hierro a la que estaba atada, podía ver el destello tenue del fuego por la diminuta separación entre el trapo y sus pómulos.

Las llamas, que a duras penas servían para entibiarle los pies, eran incapaces de contrarrestar el frío del suelo en el que la habían obligado a sentarse y de la columna de hierro contra la que apoyaba la espalda.

Hacía horas que había dejado de patalear y retorcerse para intentar liberarse. Los forcejeos solo le servían para que las bridas de plástico que le sujetaban las muñecas se le hundieran aún más en la carne.

Cerró los ojos debajo de la venda, intentando no pensar. La mordaza tenía gusto a trapo de cocina sucio, y la máscara de plástico que le habían puesto por encima amplificaba el sonido del aire entrando y saliendo por sus fosas nasales. Tenía que aguantar la respiración para poder escuchar la conversación de los dos tipos al otro lado del fuego.

—Qué día elegiste, ¿no? —decía uno de ellos. Por la voz, Graciela supo que era el más corpulento. El mismo que la había cargado y movido como una bolsa de papas para ir a buscar el rescate.

—¿Cómo voy a saber que está por explotar un volcán en la concha de la lora y las cenizas se van a volar hasta acá? —respondió el otro, que era el que daba las órdenes.

—Pero ¿te dije o no te dije cuando fuimos a buscar el Torino que ese polvo era muy raro y que mejor canceláramos?

—¡No podíamos! ¿Cómo vamos a cancelar, boludo? No es una reserva en un restaurante.



—Se podía posponer perfectamente, Jacinto.

—Además, esta ceniza nos juega a favor.

—¿Ah, sí? ¿A favor? ¿A ver, explicame cómo nos vamos a ir del pueblo con la guita? Está todo cortado.

—No está todo cortado. Está colapsado, que no es lo mismo. ¿No te das cuenta? La policía, el hospital, todos están corriendo de arriba abajo, desesperados, tratando de ayudar. Nadie va a sospechar de dos tipos que no reconocen haciendo movimientos extraños, porque todo el mundo está irreconocible y comportándose de manera poco habitual.

Las últimas palabras se hicieron más nítidas y le llegaron a Graciela acompañadas de unas pisadas. Supo que rodeaban el fuego, acercándose a ella.

—Gracielita, ¿cómo estamos? —le dijo el tal Jacinto con su voz nasal.

Aunque no podía verlo, supo por el crujir de los ligamentos de la rodilla que se había puesto de cuclillas frente a ella.

No respondió.

—¿Tenés miedo? No, mamita, no tengas miedo.

Unos dedos ásperos le tocaron la frente. Ella reuló, golpeándose la cabeza contra la columna de metal.

—Tranquila, que te vas a lastimar.

Los dedos volvieron a deslizarse por su frente y se metieron por debajo de la venda, tirando hacia arriba para quitársela.

Abrió los ojos. El gangoso le sonreía con media boca a un palmo de su cara. Detrás de él, el más corpulento la observaba de pie, sujetando una bolsa a cada lado del cuerpo.

Miró alrededor. La luz del fuego, atenuada por el polvo en suspensión, apenas iluminaba unos metros a la redonda. ¿Dónde estaba?

—Esto era muy simple, Graciela. Raúl nos devolvía el palo y medio que nos robó y nosotros te dejábamos ir sin un rasguño.

Intentó hablar, pero el trapo en la boca se lo impidió. Jacinto sonrió y, con movimientos delicados, le bajó el respirador y la mordaza hasta dejarlos colgando del cuello.

—Raúl no les robó nada —dijo, con el sabor rancio del trapo instalado en la lengua—. Encontró tres millones de dólares y se los devolvió a la policía.

—Ay, Graciela, Graciela. Ya parezco un loro de repetir siempre lo mismo. Raúl devolvió uno y medio, pero había tres. Y tres menos uno y medio, es uno y medio, ¿no?

Graciela le sostuvo la mirada, dispuesta a no pronunciar palabra. Pero la mano del hombre le agarró la cara con la velocidad de un ataque de serpiente, clavándole los dedos en los músculos del maxilar.

—¿Cuánto es tres menos uno y medio, Graciela?

—Uno y medio —respondió ella, pero la presión en su mandíbula hizo que solo se oyera “uo y beio”.

—Exactamente —asintió él, soltándola de a poco—. Y eso es lo que le pedimos. Ni más, ni menos. Ni siquiera le estamos cobrando intereses. Y eso que ya perdimos un millón y medio a manos de la policía. Porque, como te imaginarás, la parte que devolvió tu noviecito no la vemos nunca más.

—Pero, ¿por qué no le creen? ¿Qué sentido tiene devolver solamente la mitad?

—¿Y qué sentido tiene que de repente ahora tenga un palo para pagar el rescate? Decime, si vos estuvieras en mi lugar, ¿qué te parecería más probable? ¿Que el millón lo tuviera guardado él y que finalmente se haya decidido a entregárnoslo o la historia esa de que se lo robó al verdadero ladrón, que resulta ser el comisario?

Graciela decidió no seguir por ese camino.

—Pero de todos modos, ustedes ya tienen la plata. Ahora déjenme ir, por favor.

—Todavía falta una buena parte, que parece que Raulito se la quiere quedar para él —dijo, estirando la mano hacia atrás.

El grandote le alcanzó un bolso de gimnasio que Jacinto Contreras apoyó en el suelo.

—Raúl tiene un taller de soldadura en el fondo de la casa, ¿no?

—Sí.

—Bueno, te voy a contar una historia. Resulta que yo a tu marido no le creo nada. No sé bien cómo explicártelo, pero después de muchos años en mi línea de trabajo, digamos que desarrollé un olfato especial para detectar a la gente que me miente. Y hubo algo en todo ese cuento de «ahora no la tengo, resulta que la tenía el comisario, ahora sí la tengo» que

no me cerraba para nada. Entonces, hoy cuando Raúl salió de su casa para ir a pagar tu rescate, ¿quién estaba esperando en la esquina?

Jacinto Contreras se señaló a sí mismo con las puntas de los dedos.

—Así que mientras Federico y vos iban a la Cueva de los Leones, yo decidí visitar tu casa. Muy linda la habitación de matrimonio, por cierto. Perdón por el despelote que hice, pero comprenderás que no podía dejar nada sin revolver si quería confirmar que Raúl me mentía.

—Pero Raúl no te miente.

Contreras levantó las palmas para indicarle que todavía no había terminado. Luego señaló con un dedo el bolso a sus pies.

—Cuando terminé con la casa, seguí por el taller de soldadura. Y ahí encontré algo que me extrañó un poco y que te quería consultar. ¿Raúl siempre tiene cien mil dólares guardados entre sus hierros mugrientos?

El hombre abrió el bolso y le mostró el contenido a Graciela. Dentro había varios fajos de billetes sujetos con gomas elásticas.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Esa es exactamente la pregunta que me hago yo. A ver si vos me ayudás a encontrarle una explicación. ¿Cómo es que Raúl nos escribe una carta pidiéndonos por favor que le creamos que solo tiene un millón de dólares y encontramos cien mil más en su casa?

—No, no puede ser —dijo Graciela—. Eso no es nuestro. Se lo debe haber plantado la policía. Fíjense que ni siquiera son los mismos fajos que los que encontró en el accidente.

—Cien mil dólares son cien mil dólares, Graciela. Arrugados valen lo mismo que planchaditos.

Contreras volvió a estirar la mano hacia atrás y el otro le entregó una bolsa de lona en la que se adivinaba un objeto pesado. Se la puso en el regazo, la abrió y sacó de ella un hacha de mano oxidada.

—No es que yo sea un experto en secuestros —dijo, mirando el filo mellado—, pero algo sé. Y mi experiencia me dice que cuando alguien se cierra como una ostra, como parece ser el caso de tu querido Roli, la mejor manera de abrirlo es mandándole un souvenir.

El hombre hizo un gesto con la cabeza y el musculoso se agachó y arrancó de un tirón la zapatilla derecha de Graciela. Ella intentó patalear con toda su fuerza, pero las manos enormes le sujetaron el tobillo con la fuerza de unas tenazas.

—Si sabés algo, te conviene hablar ahora Graciela. A lo mejor vos misma podés pagar el rescate.

El gangoso rompió con las manos la tela de la media y le apoyó el filo del hacha sobre el dedo pequeño. Ella volvió a intentar retirar el pie pero no logró moverlo ni un centímetro. El otro tenía tanta fuerza que parecía que la planta del pie estuviera pegada al suelo.

—No sé nada, por favor.

Jacinto Contreras levantó el hacha a la altura de su hombro y la miró a los ojos.

—Raúl es un hombre bueno, se lo juro. Quiso hacer lo correcto y devolver un dinero que no le pertenecía. Un dinero que no hubiéramos podido ganar en toda la vida. No sé de dónde salieron esos cien mil dólares, pero Raúl no tiene nada que ver. Yo misma le insinué que nos quedáramos con una parte de lo que encontró en el lugar del accidente, pero él devolvió todo ese mismo día. Tiene principios de hierro.

Con el hacha todavía en el aire, el hombre le ofreció una sonrisa tenue mientras asentía lentamente con la cabeza.

—No sé por qué, pero te creo, Gracielita —dijo.

Graciela soltó todo el aire de los pulmones en un suspiro larguísimo. Él, sin dejar de mirarla a los ojos, ensanchó la sonrisa.

—A vos te creo, pero a Raúl no.

Con un movimiento rápido del hacha, Jacinto Contreras cercenó el dedo.

Graciela se quedó mirando atónita el charco de sangre que se le formaba debajo de la planta del pie.

No fue hasta varios segundos después que entendió lo que acababa de pasar y soltó un alarido que retumbó en todos los rincones del galpón abandonado.

## CAPÍTULO 26

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 7:03 p. m.*

Al oír los golpes en la puerta, me levanté de la silla de un respingo y atravesé el comedor. Abrí obligándome a mostrar una sonrisa ancha, por si del otro lado estaba Graciela, pero me encontré con Fermín Almeida.

Mi vecino estaba parado en el umbral, con el pelo apelmazado como siempre. Había venido sin ninguna protección para los ojos, ni la boca, ni la nariz. El polvo que le cubría el rostro se le llenó de grietas al ofrecerme una sonrisa incómoda.

—Fermín. No es un buen momento.

—Ya lo sé —me dijo, sosteniendo su mirada vidriosa—. Me vinieron a ver otra vez los tipos del whisky.

—¿Cuándo?

—Ahora. Hace cinco minutos.

—¿Qué querían?

—Que te entregue esto.

Sacó del bolsillo una cajita de cartón del tamaño de un paquete de medicamentos, forrada con un papel blanco mecanografiado que reconocí al instante: era la carta que les había entregado con el millón de dólares.

—¿Qué más te dijeron, Fermín?

—Nada más. Vino el de la cicatriz en el labio, me dio esto y me dijo que esperara cinco minutos desde que él se fuera para venir a entregártelo.

Le arrebaté el paquete y le cerré la puerta en la nariz.

Con manos temblorosas, abrí la caja y retiré un algodón en la parte superior. Lo que quedó al descubierto me causó arcadas.

Un dedo de pie humano.

El extremo por el que lo habían cortado era un amasijo deforme de hilachas de carne pegadas a fibras de algodón teñidas de rojo. Reconocí la uña pequeña, todavía con restos de esmalte rojo.

Intenté respirar hondo. Una vez. Dos veces. Pero la tercera me fue imposible. Le pegué una patada al borde de la mesa, tumbándola. Sin soltar la cajita, levanté con la mano libre una de las sillas de madera y la estrellé contra el suelo. Se rompió en varios pedazos, lanzando astillas por todo el comedor.

Entonces sí, la rabia le cedió el lugar al pánico. Retrocedí unos pasos hasta apoyarme en la pared, me deslicé hacia abajo y empecé a llorar como un nene, sentado en las baldosas frías.

Soy incapaz de precisar si pasé ahí pocos segundos o varios minutos. Lo cierto es que cuando logré salir de aquel trance horroroso, tuve claro que debía tomar una decisión. Odié a los hijos de puta que le habían hecho eso a Graciela, pero me odié mucho más a mí mismo. Era mi honestidad, mi puta honestidad, la que me había puesto en aquella situación. Si no hubiera tocado ese dinero, Graciela estaría conmigo en casa. Y si no lo hubiera devuelto, habría podido pagar el rescate. Pero no, el boludo de Raúl una vez más había jugado al ciudadano ejemplar.

¿Qué podía hacer? La única alternativa que se me ocurría era ir a la policía, pero corría el riesgo de poner aún más en peligro a Graciela. Aunque, ¿se la podía poner más en peligro, cuando ya la habían mutilado?

Entonces, sonó el teléfono.

\*\*\*

—¿Sí? —atendí.

—Ibáñez. Cómo te gusta jugar con fuego a vos... —dijo Jacinto Contreras.

—¿Qué le hicieron, hijos de puta?

—¿Nosotros? Nada. Fuiste vos. Nos entregaste una parte del dinero y nosotros te entregamos una parte de Graciela. Un trato es un trato.

Quise rugir, pero solo logré conjurar un gruñido que, muy a mi pesar, se asemejó demasiado a un sollozo.

—¿Por qué nos hacen esto? De lo único que soy culpable es de haber hecho las cosas bien.

—Bueno, eso depende de a quién le preguntes. Para nosotros hiciste todo para el culo.

—Yo no me quedé con un puto dólar. Lo entregué todo a la policía, y después el comisario se quedó con la mitad. Yo les acabo de recuperar un millón y ustedes me pagan mutilando a mi mujer, hijos de puta.

Del insulto solo me salieron las vocales. Las lágrimas me corrían por los ojos una detrás de otra y un moco líquido y transparente me brotaba de la nariz.

—Pero te quedaste con un poquito, ¿no?

No supe qué decir.

—Nos mentiste, Ibáñez. Nos mentiste —respondió el hombre con una voz serena—. Nos dijiste por teléfono que tenías lo nuestro y te creímos. ¿Y cómo nos pagás? Entregándonos medio millón menos y una cartita.

Estaba desesperado por decir algo que me ayudara a salir de aquella situación, pero sabía que era imposible.

—Ya tenemos los cien mil que escondiste en tu taller. ¿Dónde están los otros cuatrocientos?

—Sé que no me van a creer, pero en el sótano solo encontré el millón que le entregué a ustedes y los cien mil que escondí. Les juro que mi idea era darles esos cien mil también. En la carta les puse que, pidiendo prestado y vendiendo la casa, podía llegar a esa cantidad. Pero, piensen, ¿quién va a comprar una casa en este momento? ¿Me entienden? Lo hice para mostrarles mi buena fe, para convencerlos de que estaba dispuesto a darles absolutamente todo lo que tenía, pero me salió mal.

—Tenés razón en dos cosas, Raúl. En que te salió mal y en que no te vamos a creer.

—De verdad —insistí—. No tengo ni idea de quién puede tener el resto de la plata. La mujer del comisario se fue del pueblo, capaz que se la llevó ella.

—O a lo mejor la tenés vos y te estás haciendo el vivo.

—No.

—Yo personalmente no cambiaría a Graciela por dinero —dijo con tono meloso—. Es una chica divina.

Sentí un fuego que me quemaba el estómago.

—¡No tengo el resto de los dólares! —grité, desesperado—. ¿En qué idioma hay que hablarte a vos, pedazo de hijo de mil putas? ¡Quiero que me entreguen a mi mujer!

—Decime una cosa, Ibáñez. ¿Cuánto tiempo llevás con Graciela?  
—preguntó el secuestrador sin perder la calma.

—Un año.

—Un año de novios. Pero viviendo, bastante menos, ¿no? Siete meses, tengo entendido.

Supuse que ese dato también era cortesía de Fermín Almeida.

—¿A dónde querés llegar?

—A que a lo mejor todavía no estás lo suficientemente enamorado de ella. Nadie cambiaría al amor de su vida por ninguna suma de guita. Pero vos llevás poco tiempo con ella. A lo mejor lo que querés es que la matemos, nos vayamos y te dejemos disfrutar tranquilo de las cuatrocientas lucas verdes.

—No —dije.

—Por supuesto que no. Porque, si se nos acaba Graciela, vamos a seguir con quien sea, Ibáñez. Salta queda un poco lejos, pero en avión se llega rápido.

Pensé en mi hermano, trabajando allá. Pensé en las palabras que acababa de elegir Jacinto Contreras para hablar de mi mujer. «Si se nos acaba Graciela» había dicho, como si se estuviera refiriendo a un pedazo de pan.

Entonces me di cuenta de que solo había una manera de salir de aquella pesadilla.

—Está bien —dije, largando un soplido—. Es verdad. Tengo los cuatrocientos mil que faltan. Se los puedo dar ahora mismo.

—Te vas a arrepentir de esto, Ibáñez.

—No, no. ¿Ustedes quieren toda la plata? Yo la tengo y se la puedo dar hoy mismo, pero a Graciela no le tocan un pelo más. Cuando vuelva a bajar la marea, dejo lo que falta en la Cueva de los Leones. Dentro de unas ocho horas calculo que ya voy a poder volver a entrar.

—Te la hago simple. Si dentro de ocho horas la guita está ahí, te entregamos a Graciela como está. No te digo sana y salva por motivos



obvios. Pero como falte un solo dólar, la recibís en un ataúd con una bonita corona de flores. Y después nos tomamos un vuelo a Salta.

\*\*\*

Mientras metía las balas en el cargador de la Colt del comisario, pensé en mis posibilidades. Una era usar las siguientes ocho horas para encontrar el resto de los dólares. Pero si la mujer de Rivera se había llevado el medio millón a Comodoro, recuperarlo a tiempo me sería imposible. Con las condiciones en las que se encontraban las rutas, tan solo llegar a Comodoro me llevaría al menos seis horas. Eso, si el Nueve aguantaba.

No. No tenía sentido seguir intentando recuperar el dinero para pagar el rescate. Ya había jugado a ese juego, y había perdido. A partir de ahora, algo tenía que cambiar.

Para cuando metí el cargador con las siete balas en la pistola, me había convencido de que, si quería ganar, iba a tener que jugar con mis propias reglas.

La arenga interna me hizo caminar hacia la puerta con los músculos de la espalda tensos como cables de acero. Pero apenas volví a posar los ojos en la cajita con el dedo de mi mujer, aparecieron las dudas. Me pregunté si Graciela estaría bien en ese momento. Si le dolería mucho la herida. Si la habrían desinfectado. Y, sobre todo, si lo que yo estaba por hacer tenía alguna posibilidad de salir bien.

Entonces apreté los dientes y cerré con fuerza los dedos alrededor de la culata de la pistola. Antes de que la parte sensata de mi cabeza lograra hacerme arrepentir, salí de casa y me subí al Nueve.

## CAPÍTULO 27

*Miércoles, 14 de agosto de 1991, 7:39 p. m.*

Estacioné el auto detrás de una construcción abandonada y recorrí a pie los últimos cien metros hasta llegar al galpón del ferrocarril.

Me aposté detrás del portón enorme desde el que había mirado al interior hacía cuatro horas. Ahora el reflector de la pesquera más cercana estaba apagado y por las rendijas no se filtraba ni la menor claridad. La única fuente de luz en el interior era el fuego que ardía cerca de una de las paredes largas de la construcción, a cincuenta metros del agujero por el que yo observaba.

Rodeé el galpón con sigilo, dejando atrás el portón lateral por el que había entrado la camioneta y continué junto a la pared larga hasta llegar a otro idéntico. Ahí también encontré una separación que me permitía mirar hacia adentro. Aquel viejo taller de trenes era como un colador.

Desde mi nueva posición los tenía mucho más cerca. A veinte metros de mí, Graciela continuaba atada a la estantería de hierro. Ya no tenía los ojos vendados ni la máscara para respirar, sino una simple mordaza oscura que le cruzaba las mejillas. Un gran apósito de gasa le cubría medio pie derecho.

Frente a ella, del otro lado del fuego, Jacinto Contreras abría nueces con la punta de una navaja enorme. Junto a él, su hermano Federico dormía acurrucado debajo de una manta que subía y bajaba con cada respiración.

Me llamó la atención que el suelo alrededor del fuego estuviera limpio, sin la capa de ceniza que cubría el resto del lugar. Tardé poco en encontrar la explicación: había una escoba apoyada en la misma estantería a la que estaba atada Graciela. El montículo de ceniza bajo las cerdas de paja era tan grande que no habría cabido en una bolsa de supermercado.

Diría que pasé media hora apoyado en esa pared, aunque quizás sólo fueron diez minutos que se me hicieron larguísimos. Lo cierto es que en todo ese tiempo no hice otra cosa que pensar en cómo sacar a mi mujer de ahí sin que antes la degollaran con la navaja que abría las nueces.

Una voz en mi cabeza me repetía constantemente que habría sido mejor esperar las ocho horas convenidas. Entonces uno de los dos secuestradores abandonaría el galpón para ir a la Cueva de los Leones a buscar el dinero y sería más fácil liberar a Graciela.

Sin embargo, aquello también hubiera sido muy arriesgado. Quizás decidían llevarse a mi mujer en la camioneta y, al descubrir que no había dinero en la cueva, matarla en el acto. O a lo mejor se iban del galpón unas horas antes y yo perdía mi única oportunidad.

Finalmente, observé algo de movimiento. Después de removerse debajo de la manta, Federico Contreras se incorporó hasta estar sentado y estiró sus brazos macizos. Miró a Graciela y, sonriendo, le dijo unas palabras que no llegué a oír. Mi mujer le mantuvo la mirada, pero los labios alrededor de la mordaza no se movieron.

Sin dejar de sonreír, el tipo se puso de pie y rodeó la estantería a la que estaba atada. Al pasar junto a ella, le deslizó una mano por el hombro. Graciela ni siquiera amagó a esquivarla. Supuse que ya lo habría intentado sin éxito antes.

Como la estantería era perpendicular a la pared frente a mí, desde donde yo estaba podía ver ambos lados de la estructura. Federico Contreras la rodeó y caminó casi hasta el final del galpón. Se detuvo frente a una puerta que, a pesar de tener un tamaño estándar, se veía diminuta en la pared enorme en la que estaba empotrada.

Retiró con esfuerzo el durmiente de madera que la aseguraba y, al abrirla, su figura musculosa quedó recortada en un rectángulo apenas más claro que la oscuridad absoluta. Cruzó el umbral con dos pasos, se bajó la bragueta y comenzó a orinar ahí mismo.

Saqué la pistola del bolsillo y tiré de la corredera hacia atrás, para que la primera bala del cargador pasara a la recámara. No iba a tener una oportunidad mejor que esta.

Corrí a lo largo de la pared intentando apoyar solo las puntas de los pies para silenciar mis pasos. Tras rodear dos esquinas del galpón, me detuve junto a otro de los portones enormes por los que entraban las vías.

Ahora lo único que me separaba del secuestrador era una nueva esquina de la construcción rectangular. Yo estaba apoyado en una de las paredes cortas y él había salido por una de las largas.

Me asomé apenas y vi a pocos metros la espalda de Federico Contreras. Ningún hombre tardaba demasiado en aprender que, en la Patagonia, la única forma de hacer pis a la intemperie es a favor del viento. Tenía las piernas un poco abiertas y las manos todavía en la bragueta. Gran parte del chorro que caía entre sus pies se esparcía en diminutas gotas antes de tocar el suelo.

Con el cañón de la pistola apuntándole directamente a la espalda, avancé hacia él con cuidado. Acercarme desde atrás tenía la ventaja de que él no podía verme, pero también significaba que el aire le llevaría hasta el más mínimo sonido. Por suerte, la capa de ceniza sobre el suelo amortiguaba mis pisadas.

Cuando estuve a menos de un paso, el chorro se transformó en un goteo y sus hombros se movieron de arriba abajo. Antes de que se pudiera girar para volver a entrar al galpón, le pegué un culatazo en la cabeza con todas mis fuerzas. Cayó de rodillas al suelo y se desplomó hacia un costado sin enterarse de quién lo había atacado.

\*\*\*

Dentro del galpón, las máquinas y muebles apilados desde hacía quince años desprendían un olor a viejo y a humedad que dejaba en segundo plano el azufre de la ceniza y el humo de la fogata. Caminé con sigilo hacia la enorme estantería. La mayor parte estaba ocupada por cajas de madera tan perfectamente alineadas que apenas dejaban que el resplandor del fuego se colara entre ellas. También había un estante lleno de libros tan grandes como tomos de enciclopedia.

Oteé por una de las pocas separaciones entre las cajas de madera y logré ver el fuego. Frente a mí, Jacinto Contreras seguía con la mirada gacha, concentrado en las nueces que pelaba con la navaja. Apoyaba la espalda contra una ordenada pila de antiguos escritorios y sillas de madera. Desde ese lugar no logré ver a Graciela, pero sabía que no me separaban de ella más que unos pocos metros.

Bordeé la estantería con cuidado de no hacer ruido. Cuando llegué al final, empuñé la Colt con ambas manos, cerré los ojos y respiré hondo tres veces.

Antes de sucumbir a la voz en mi cabeza que me decía que todo aquello era una locura, levanté el arma y di un paso hacia adelante, entrando en el campo de visión de Jacinto Contreras. Nos separaban apenas cuatro o cinco metros.

—Quedate ahí, quieto —le dije, apuntándole al pecho.

El hombre levantó la mirada. Primero sus ojos se posaron en el cañón de la pistola, después en mí.

—Ibáñez —dijo. En persona, su voz no sonaba tan gangosa como por teléfono—. No seas boludo, te vas a arrepentir de esto el resto de tu vida.

Se apoyó la mano que no sostenía la navaja sobre la rodilla y se incorporó hasta ponerse de pie.

—No te muevas —le dije.

Dio un paso hacia mí y sonrió.

—Ibáñez, tan pelotudo no vas a ser. ¿Te pensás que esto es algo de nosotros dos nada más? —dijo, haciendo un gesto hacia la puerta por la que se había ido su hermano—. Si nos pasa algo, estás en el horno. Y ella, también.

Señaló a Graciela con la punta de la navaja y yo me permití mirarla un segundo. Tenía los ojos desbordados de lágrimas y una mueca de terror bajo la mordaza.

Podría decir que vi un movimiento amenazante en el brillo de la hoja, o que intuí que el próximo paso de Contreras sería abalanzarse sobre mi mujer, o sobre mí. Pero lo cierto es que lo que me llevó a disparar fue algo mucho más visceral y a la vez calculado. Apreté el gatillo empujado por el odio que había desarrollado por ese hijo de puta en las últimas treinta y seis horas.

Digo que fue calculado porque, antes de tirarle, bajé la pistola para no matarlo. Quería hacerles pagar ojo por ojo. Quería que sufrieran tanto como había sufrido Graciela. Y preferí que la bala le destrozara una pierna a que le perforara el pulmón.

El estruendo retumbó en las paredes de chapa y el tipo cayó de costado, intentando sin éxito agarrarse a la pila de escritorios. La navaja

tintineó en el cemento hasta detenerse a pocos centímetros de su pierna rota.

Jacinto Contreras se miró el muslo y apretó los dientes, reprimiendo un grito. Entonces noté que su mano se movía hacia el cinturón, del que asomaba una pistola.

Mi patada alcanzó la muñeca de Contreras justo a tiempo y el arma fue a parar a tres metros de él, muy cerca del fuego.

Con un movimiento rápido, apreté con todas mis fuerzas el caño de la Colt contra su sien y estiré una mano hasta alcanzar la navaja. Entonces sí, me alejé de a poco sin dejar de apuntarle.

Me apresuré a cortar las ligaduras que ataban a Graciela a la estructura metálica y también las que le unían los tobillos. Cuando estuvo libre, se quitó la mordaza y me abrazó con una fuerza de la que yo no la sabía capaz. Luego se separó un poco de mí para verme la cara, y nuevas lágrimas le fueron dejando surcos rosados en la piel gris.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó, alternando la mirada entre el tipo que se agarraba la pierna junto a nosotros y el extremo de la estantería por donde se había ido el otro.

—Atalo —le dije, levantando del suelo la pistola que le había quitado a Contreras. Limpié un poco la ceniza que se había quedado pegada al metal y se la di a Graciela—. Yo me encargo del hermano.

Mi mujer asintió y se dirigió hacia una bolsa que había sobre uno de los estantes. Estaba llena de bridas de plástico idénticas a las que hasta hacía unos segundos la habían sujetado a ella. Yo enfilé hacia el final de la estantería y, rodeándola con la pistola en alto, corrí en dirección a la puerta aún abierta en el fondo del galpón.

Cuando me asomé a la noche ventosa, no encontré el enorme cuerpo de Federico Contreras tendido en el suelo. Solo vi el círculo irregular de su orina dibujado en la ceniza. Con un nudo de miedo y nervios apretándome el estómago, di media vuelta para volver a reunirme con Graciela. Pero, antes de que pudiera dar el primer paso, un golpe encima del pómulo me hizo estallar la cara de dolor y me desplomé en el suelo.

\*\*\*

Al abrir los ojos, no supe si había estado desmayado un segundo o una hora. Me incorporé soltando un gruñido, enfocándome en el suelo a mi alrededor, pero fui incapaz de encontrar la Colt que empuñaba justo antes de que me golpearan. Con cada latido del corazón, un dolor punzante me taladraba la cabeza y una presión detrás de los ojos parecía querer sacarlos de sus órbitas.

Caminé apoyándome en la pared para no perder el equilibrio. Del otro lado de la estantería se oían voces. Al asomarme, me di cuenta de que solo había estado inconsciente unos segundos, porque encontré a Federico Contreras en cuclillas, acariciándole la cabeza a su hermano herido.

Tras prometerle a Jacinto que todo iba a estar bien, se incorporó y clavó los ojos en Graciela, a quien yo no podía ver desde mi posición. Avanzó hacia ella sujetando una barra de hierro. Entonces entendí por qué me dolía tanto el chichón encima de la oreja.

—Rompele la cabeza —gruñó desde el suelo Jacinto sin levantar la mirada de su pierna destrozada.

Yo estaba convencido de que en cualquier momento retumbarían en el galpón los disparos del arma que le había dado a Graciela. Con cada paso que Federico daba hacia ella, me repetía a mí mismo que ese era el momento en el que la primera bala se le enterraba en el pecho y el tipo caía de rodillas echando sangre por la boca.

Pero los estruendos nunca llegaron. El único sonido que se escuchó, además del viento, fue el rasguño monótono de la barra de hierro contra el cemento.

A riesgo de que los Contreras advirtieran mi presencia, me asomé un poco más. Se me encogió el corazón al ver que mi mujer forcejeaba con la corredera sin lograr hacerla volver a su sitio para que la bala se metiera en la recámara. Supuse que, cuando se la quité a Jacinto Contreras de una patada y cayó al suelo, la ceniza habría obstruido alguna parte del mecanismo.

Como si no hubiera sido suficientemente desesperante que Federico Contreras avanzara hacia mi mujer desarmada sosteniendo una barra de metal macizo, cuando se giró para hablarle a su hermano, descubrí que en la otra mano empuñaba mi Colt.

—Quedate tranquilo Jacin, que los vamos a matar a los dos —dijo deteniéndose frente a Graciela—. Pero primero van a pagar por esto.

De un movimiento rápido, Federico Contreras barrió el aire con la barra de hierro y la punta del metal golpeó las manos de Graciela, arrancándole la pistola inútil. Luego levantó la barra por encima de sus hombros y la bajó con fuerza hacia la cabeza de mi mujer.

Graciela logró, de milagro, interponer el antebrazo entre el metal y su cráneo. El crujido de los huesos al quebrarse llegó con nitidez a mis oídos al tiempo que ella caía hacia atrás soltando un gruñido. La espalda se le estrelló contra la escoba apoyada en la estantería, partiéndola como si fuera un fósforo.

Federico Contreras se puso en cuclillas frente a ella y, apuntándole con la Colt, sonrió debajo del bigote tupido. Se apoyó la barra de hierro sobre los muslos para liberar una mano y apretó con sus dedos gruesos el antebrazo de Graciela.

—¿Te duele? —le preguntó.

Graciela soltó un alarido.

—Algo así debe sentir mi hermano —dijo, señalando a Jacinto, que miraba tirado en el suelo del otro lado del fuego.

—¡Pegale un tiro en la cabeza y vámonos con la guita, Fede! —gritó el otro.

Federico Contreras asintió enérgicamente, como si su hermano acabara de tener una idea brillante. Tensó el brazo musculoso, apuntando el cañón de la Colt directamente a la frente de Graciela y supe que, si no hacía algo inmediatamente, mi mujer moriría.

Lo mejor que se me ocurrió fue poner ambas manos sobre una de las cajas de madera sobre los estantes y empujar con todas mis fuerzas. El estruendo que hizo al estrellarse contra el suelo obligó a Federico Contreras a dejar de mirar a Graciela por un instante. Levantó la cabeza como un perro sabueso y puso las yemas de los dedos entre sus pies, dispuesto a incorporarse. Pero antes de que pudiera hacerlo, mi mujer estiró una mano hacia donde había estado la escoba y luego la llevó con todas sus fuerzas a la cara de su captor.

Una nube de ceniza estalló en el rostro de Contreras. El secuestrador se puso de pie de un salto, refregándose los ojos y gritando de dolor mientras él mismo se rayaba más y más las córneas.

Cegado, levantó el arma hacia Graciela y apretó el gatillo tres veces.



\*\*\*

Graciela tuvo tiempo de echarse al suelo antes de que Contreras disparara en su dirección. Si el tipo hubiera podido ver adónde tiraba, mi mujer no habría tenido ni la más mínima posibilidad de sobrevivir. Pero Graciela le había metido una buena cantidad de ceniza en los ojos. Y la ceniza, supimos mucho tiempo después, era mayormente dióxido de silicio. Es decir, vidrio molido.

A pesar del brazo roto y el dedo del pie amputado, Graciela se puso de pie apenas Federico Contreras dejó de disparar y se abalanzó sobre él para agarrarle con la mano que le quedaba sana el brazo que sostenía la Colt.

En cuanto tuvo sujeto el antebrazo, lo mordió con tanta fuerza que un hilo de sangre rodó por su barbilla y cayó al suelo con un goteo rápido.

El secuestrador gruñó de dolor y soltó el arma con un movimiento involuntario. Graciela se agachó a recogerla, pero apenas la tuvo en sus manos, Contreras se le tiró encima con su enorme cuerpo y ambos cayeron muy cerca del fuego. Corrí hacia ellos mientras forcejeaban, pero la detonación de un disparo me forzó a pararme a mitad de camino.

Federico Contreras rodó sobre sí, agarrándose el hombro derecho con la mano contraria. Mi mujer se liberó de él y se alejó rengueando por la herida en el pie sin dejar de apuntarle.

Hizo un esfuerzo para agacharse a recoger el hierro que le había roto el antebrazo, pero desistió con una mueca de dolor. Entonces volví a echar a correr para hacerlo por ella. Levanté la barra, que era pesadísima, y enfilé hacia el mastodonte de Federico Contreras. Al ver que me acercaba, se incorporó como pudo e intentó alejarse de mí.

Descargué con todas mis fuerza el hierro sobre una de sus piernas. El metal alcanzó la cara externa de la rodilla, y la articulación se dobló hacia adentro en un ángulo que solo era posible si no quedaba un solo ligamento sano. Cayó al suelo gritando de dolor.

Ya seguro de que ese hijo de puta no iría a ninguna parte, me volví hacia mi mujer.

—¿Estás bien? —le pregunté, abrazándola.

Pero ella no me correspondió el abrazo, sino que me alejó suavemente empujándome con la mano que tenía la pistola. Antes de mirarme, escupió al suelo una saliva roja.

Fue la primera vez en mi vida que tuve miedo de un ser querido. Tenía los dientes y los labios teñidos de rojo por la sangre de Contreras, y en sus ojos, irritados por la ceniza, había un odio que parecía que no se calmaría nunca.

—Atalos —me ordenó, señalando con la pistola la estantería de hierro a la que ella misma había estado sujeta hacía unos minutos.

—Graciela, vámonos. Vámonos ya.

—Atalos —repitió, esta vez apuntando la pistola a mi pecho. El otro brazo, el que había parado el hierro, le colgaba inerte a un lado del cuerpo.

—Mi amor, ¿qué estás haciendo? Tenemos que irnos para que te vea un médico.

—Por favor —me dijo, y entonces en el odio de sus pupilas vi también tristeza, cansancio y desesperación.

Asentí y me acerqué a los hermanos Contreras. Ambos se retorcieron en el suelo, pero ninguno fue capaz de alejarse ni siquiera un metro de donde habían caído.

Con un rollo de cinta adhesiva sujeté a Federico a la estantería. Iba a atar al otro a uno de los robustos escritorios de madera contra los que se apoyaba, pero no estuve seguro de que fuera lo suficientemente pesado. Preferí asegurarme y, tirando de la brida con la que Graciela le había unido las muñecas, lo obligué a desplazarse unos metros hasta un eje oxidado de vagón. Le fijé los brazos al metal macizo con mil vueltas de cinta.

—En la camioneta hay varios bidones. Traé uno —me indicó Graciela.

Consciente de que no tenía sentido contradecirla, corrí hasta el vehículo y, efectivamente, en la parte de atrás encontré tres bidones de plástico de quince litros. Todos estaban llenos, y no hizo falta que los abriera para saber qué contenían. La mayoría de los porteños que viajaban a la Patagonia llevaban combustible extra como para cruzar media Antártida.

Cuando volví con uno de ellos, Graciela me indicó que lo apoyara en el suelo, a medio metro de Jacinto Contreras.

Tras meterse la pistola en la cintura del pantalón, mi mujer desenroscó la tapa con una sola mano e inclinó el bidón hasta que un chorro

rojo cayó sobre la pierna del secuestrador destrozada por el balazo.

—Pará, ¿qué hacés? ¿Estás loca? —gritó Jacinto Contreras mientras se retorció del dolor.

Haciendo oídos sordos, Graciela arrastró como pudo el bidón hacia Federico y vertió un buen chorro de combustible también sobre él. El hombre sacudió el cuerpo enorme con todas sus fuerzas, pero la gruesa estantería de hierro a la que estaba sujeto apenas rechinó.

—Te vas a arrepentir, puta —le dijo.

—Graciela, vámonos. Esto es una locura —le grité.

Ignorando tanto a los Contreras como a mí, levantó un poco más el bidón con el brazo bueno y echó un chorro directamente sobre la cabeza de Federico Contreras. A pesar de que el musculoso apretó los párpados y movió la cabeza de un lado al otro para sacudirse el líquido, su quejido gutural dejaba claro que le acababa de entrar combustible en los ya dañados ojos.

Sin prestarle atención a los gritos, Graciela continuó rociando las cajas de madera y los libros de la estantería. Cuando al bidón ya no le quedaba más de un cuarto, volvió a acercarse a Jacinto, asegurándose de dejar un reguero continuo de combustible en el suelo. Roció también las pilas de escritorios y sillas que lo rodeaban.

—En serio —dijo el mayor de los Contreras—. Dejanos ir y te perdonamos la deuda.

Graciela detuvo su tarea, dejó el bidón en el suelo y se agachó junto al tipo reprimiendo una mueca de dolor. Lo agarró de la cara con la única mano que le respondía, clavándole las uñas en las mejillas.

—Nunca hubo ninguna deuda, hijo de mil putas.

La boca de Contreras dibujó una sonrisa entre los dedos de mi mujer.

—Qué fácil es hacerse la valiente ahora, Gracielita. Pero esperá a que mi gente se entere de esto. Lo que te hicimos nosotros te va a parecer un mimo comparado con lo que te espera.

Al terminar de hablar, Contreras sacó la lengua y chupó la palma de mi mujer con un gesto lascivo. En un acto reflejo, Graciela retiró la mano y se la llevó al pantalón para limpiársela, pero se detuvo a mitad de camino. Luego se incorporó lentamente y levantó el bidón.

—¿Algo más? —le preguntó, mientras le vertía un fino chorro sobre la cabeza.

—Pará, pará —gritó—. Te lo juro que si nos dejan ir no los vamos a volver a molestar. Nos olvidamos de ustedes.

—En eso estás equivocado. Nunca te vas a olvidar de nosotros. Y de que no nos vuelvas a molestar, no te preocupes, que yo me encargo.

Cuando ya no salió una gota más del bidón, Graciela sacó uno de los grandes tomos de la estantería y lo abrió en el suelo. Las páginas contenían filas y filas escritas pulcramente a mano. Supuse que serían los registros de todos los trabajos de mantenimiento que se habían hecho a los trenes en aquel lugar.

Arrancó una de las hojas, la retorció hasta formar una especie de bastón y encendió una punta en las ascuas del fuego. Sin detenerse un segundo, tiró el papel prendido sobre la mancha oscura de carburante a los pies de Jacinto Contreras. Una llama azul se extendió de a poco, casi en cámara lenta, por los pantalones del secuestrador y por el camino de líquido que lo unía a su hermano.

Los alaridos de los Contreras empezaron a retumbar en las paredes del viejo taller de trenes. Y a pesar de que nunca había odiado tanto a nadie como a ellos, verlos quemarse vivos me revolvió el estómago y la conciencia.

Dándoles la espalda, Graciela me hizo un gesto para que la siguiera y caminó con dificultad hacia el extremo del galpón donde estaba la camioneta. Señaló un viejo armario, que me apresuré a abrir sin dejar de mirar de reojo las llamas que de a poco empezaban a devorarlo todo. Dentro encontré la mochila que había dejado en la Cueva de los Leones y el bolso con los billetes viejos que había escondido en la caja de herramientas de mi abuelo. Cuando me los colgué de los hombros, Graciela suspiró, cansada.

—Ahora sí, vámonos —me dijo.

## CAPÍTULO 28

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 7:58 p. m.*

Termina la página y se da cuenta de que tiene la espalda completamente encorvada sobre la máquina de escribir. Se arquea en sentido contrario, sacando pecho, y se llena los pulmones de aire.

Se levanta de la silla, estira un poco los brazos y camina hacia su valija. Mete la mano entre la ropa, intentando llegar al fondo, y tantea hasta que sus dedos dan con el tacto de la madera barnizada.

La caja de habanos es de las grandes, de las que alguna vez contuvieron cincuenta Montecristos Edmundo. Sin embargo, dentro no hay cigarros —hace décadas que alguien se fumó el último—, sino una pistola, balas y dos cajas de Valium de diez miligramos.

De su vida anterior, cuando no era millonario y trabajaba de enfermero, le quedan muchos conocimientos. Por ejemplo, sabe perfectamente que una sobredosis de estas benzodiazepinas asegura una depresión respiratoria que causa la muerte por falta de oxígeno en la sangre. También sabe que los cuarenta comprimidos que contienen las dos cajas son más que suficientes para matar a una mujer de setenta y pocos kilos.

Deja las pastillas sobre la mesa y levanta el arma. Está fría. Primero la sopesa sobre la palma abierta, luego la empuña. Con el pulgar presiona el seguro junto a la culata y el cargador le cae en la mano izquierda.

Con cada movimiento de sus dedos, se pregunta si estará haciendo lo correcto. Y cada vez, la respuesta tiene cuatro letras: Dani.

Se obliga a recordar que la segunda vez que su hijo se fue a estudiar, después de abandonar la facultad durante un año para cuidar de su madre, no duró ni un cuatrimestre.

En mayo de 2012 Graciela terminó internada en el hospital después de tomarse dos cajas de antibióticos con media botella de vodka. ¡Antibióticos! ¿Quién se intenta matar con antibióticos? Desde luego, no una persona que tiene el botiquín del baño lleno de antidepresivos. Si realmente se quería suicidar, ¿por qué no se tomó dos cajas de Tofranil en vez de hacer la payasada esa de la estreptomycinina?

Cuando le dieron el alta clínica, la internaron en un psiquiátrico en Buenos Aires durante tres meses. El pobre de Dani la acompañó durante todo ese tiempo hasta que la estabilizaron lo suficiente y se volvieron juntos a Deseado.

Desde entonces, su hijo trabaja de asistente del veterinario, viendo cada día cómo habría sido la vida que no fue. En 2015, cuando una universidad de educación a distancia abrió una sede en Deseado, Dani se anotó en la Licenciatura en Biología. Era lo más parecido que ofrecían a Veterinaria.

Los recuerdos de Raúl viajan al principio de todo, cuando cayó la ceniza y a ella la tuvieron más de cuarenta horas secuestrada. Según los cálculos del ginecólogo, la concepción de Dani fue durante esa semana.

Al principio, la duda lo carcomió por dentro, pero con el tiempo se animó a sondear en busca de respuestas. Además de mutilarla, ¿qué otra cosa le habían hecho los hijos de puta durante esos dos días? ¿De quién era el hijo que esperaba?

Sondeó, sí, pero todas sus preguntas fueron recibidas por Graciela con el mismo ostracismo que aquellas sobre su pasado en Mendoza. De igual manera que no le había hablado jamás sobre su vida antes de Puerto Deseado, ahora parecía decidida a no contarle más que banalidades sobre su cautiverio.

Los meses que siguieron al secuestro fueron raros. La relación entre ellos se volvió tensa por momentos y dulce por otros. Había tardes en las que ella se acostaba en la cama y le pedía a él que apoyara la cabeza sobre el vientre. Entonces hablaban de posibles nombres y soñaban con el hijo que vendría. Otras veces, incluso en el mismo día, ella perdía el norte por cualquier motivo absurdo y le terminaba revoleando platos.

Durante dieciocho años, la cosa fue a peor. Incluso hubo momentos en los que estuvo convencido de que ella lo hacía a propósito y de que la maldad que llevaba dentro no tenía nada que ver con el infierno que le

había tocado vivir durante los días del secuestro. Pero, en el fondo, sabía que no era así. Tantos psicólogos, psiquiatras, y especialistas no podían estar equivocados. ¿Quién era él para contradecirlos? Un enfermero. Un soldador. Un empresario experto en lavado de dinero.

Observa las vetas marrones y rugosas en las cachas de asta de ciervo de la culata. Calcula el tiempo que hace que no carga esa Colt que alguna vez perteneció a un comisario. Veintisiete años y cuatro meses. Es un cálculo fácil, porque solo la usó el día que se la llevó de la casa de Manuel Rivera. Una casa en la que, según le contaron, todavía vive ese hijo de puta.

Abre la caja de balas. Los círculos de bronce con el fulminante en el centro se le antojan ojos dorados. A la vista parecen todos idénticos, pero un cuarto de siglo es mucho tiempo y uno de cada diez de esos fulminantes ya no funciona. Lo sabe porque hace poco le regaló la otra caja que se llevó del sótano a una amiga de Bariloche aficionada al tiro deportivo. De las cincuenta balas, cinco no detonaron.

Mete, una a una, las siete que caben en el cargador. Cuando está lleno, vuelve a ensamblar la pistola y tira de la corredera hacia atrás. El arma queda cargada con un chasquido metálico.

La última vez que disparó esa Colt fue para salvar a Graciela. Es irónico que veintisiete años después la vaya a usar para matarla.

## CAPÍTULO 29

*Jueves, 15 de agosto de 1991, 8:16 a. m.*

*Lo cierto es que en estos días nuestro pueblo no para de ser escenario de tragedias. Además de la ceniza del volcán Hudson, que nos tiene a todos en estado de emergencia, durante la madrugada de hoy se ha producido un espectacular incendio en uno de los galpones abandonados del ferrocarril.*

*Ahora que los bomberos finalmente lograron apagar el fuego e ingresar al lugar, tenemos la triste noticia de que se han encontrado en el interior dos cuerpos totalmente calcinados.*

*Estamos en comunicación telefónica con el comisario de nuestra localidad, don Manuel Rivera, quien ha tenido la amabilidad de darnos cinco minutos.*

*—Comisario, buenos días, si es que tienen algo de buenos.*

*—Hola Mario. Buenos días a usted y a toda la comunidad.*

*—Comisario, ¿qué nos puede decir de lo que se encontró dentro del galpón calcinado? En particular ¿se sabe quiénes son las víctimas?*

*—Bueno, por el momento puedo decirle que al menos dos personas perecieron en el siniestro. El grado avanzado en el que los bomberos hallaron el incendio hace que la tarea de reconocimiento de los cadáveres sea realmente difícil. También había un vehículo dentro del galpón. A pesar de haber quedado totalmente destruido, el personal de bomberos fue capaz de registrar el número de matrícula y también los números de serie del chasis y el motor. Con estos datos, intentaremos identificar a los dueños y averiguar la identidad de los dos fallecidos.*

*—¿Qué tipo de vehículo era, comisario?*

*—En este momento no le puedo revelar ese detalle.*



—¿Y qué hacían dos personas con un vehículo dentro de un galpón abandonado?

—Cualquier cosa que le diga al respecto sería entrar en el terreno de la especulación. No hay mucho más para agregar. Si me disculpa, tengo que volver al trabajo.

—Por supuesto, comisario. Muchísimas gracias por estos minutos.

Apagué la radio, preguntándome si el comisario ya sabría de quién era esa camioneta y si se habría dado cuenta de lo que había pasado en el sótano de su casa.

Daba igual, concluí, porque tarde o temprano se enteraría. Y si había sido capaz de falsificar una declaración para quedarse con dinero que no le pertenecía, seguro que estaría dispuesto a manipular una investigación para ocultar que uno de los tipos calcinados tenía un balazo calibre 45 en la pierna. Después de todo, aunque no podía saberlo a ciencia cierta, era posible que le hubieran disparado con la pistola que le habían robado junto con los dólares. Si además el arma terminaba apareciendo, la pericia balística concluiría que el disparo había salido de esa Colt 1911, registrada a nombre del comisario Manuel Rivera.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —me preguntó Graciela al terminar de ducharse por segunda vez desde que habíamos llegado, hacía apenas unas horas.

Levanté la vista de la mopa húmeda con la que fregaba el suelo intentando recoger algo de la ceniza que había invadido la casa.

Mi mujer tenía el pelo envuelto en una toalla y llevaba dos bolsas de plástico en las extremidades. La más grande le cubría el yeso que yo mismo le había puesto en el antebrazo izquierdo. Lo ideal hubiera sido que la viese un traumatólogo, pero en Deseado no teníamos ni un solo especialista.

A mí me había tocado en más de una ocasión enyesar fracturas, pero siempre bajo la supervisión de un médico. Esta era la primera vez que lo hacía solo, en mi casa y con materiales robados tras una visita al hospital con una excusa ridícula.

La segunda bolsa le protegía el vendaje en el pie. Le sugerí que intentara evitar la ducha durante los primeros días, sobre todo hasta que la herida empezara a cicatrizar, pero supe que era en vano. Con la ceniza y con lo que acababa de pasarle, era imposible que no quisiera bañarse. Entonces le di la idea de las bolsas de plástico.

—Por lo pronto, vamos a comer algo —respondí con una sonrisa, señalando la mesa. Había puesto dos platitos y dos tazas boca abajo para evitar que se llenaran de ceniza antes de servir el desayuno.

—No, de verdad, Roli. ¿Y si alguien del círculo de esos tipos nos viene a buscar?

Dejé la mopa y me puse frente a ella, agarrándola suavemente por los hombros. Le hablé con una sonrisa, mirando sus ojos asustados con toda la tranquilidad que fui capaz de reunir.

—No nos preocupemos por eso ahora. Las rutas están cortadas desde ayer a las tres de la tarde porque hay tramos donde la visibilidad es totalmente nula.

—O sea, ¿no podemos irnos?

—Ni tampoco puede venir nadie. De todos modos, incluso cuando abran la ruta, no creo que estemos en peligro.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Melisa Lupey.

—¿Quién?

—Una vieja amiga que es policía. Me confirmó que la banda de los Contreras la formaban solamente los tres hermanos. Una era Eulalia, que vino en persona a buscar el pago de un cargamento de cocaína y murió en el accidente donde encontré los dólares. Y los otros dos, los que te secuestraron. Si hubieran tenido un segundo de mando en el que confiar, no se habrían ensuciado las manos haciendo todo ellos mismos, ¿no te parece?

—Pero en el galpón del ferrocarril Jacinto Contreras habló de lo que nos iba a pasar cuando *su gente* se enterara.

—Estaba a punto de morir quemado vivo. Yo también habría dicho cualquier cosa con tal de salvarme.

—No sé. Tengo miedo, Roli.

—Es normal —dije, acariciándole los hombros—, pero te prometo que se te va a ir yendo de a poco, con el tiempo.

Graciela esbozó una sonrisa agria que me agradecía el intento por tranquilizarla y al mismo tiempo me dejaba claro que no había servido de nada.

—Mirá, hagamos una cosa: dejemos pasar unas horas —le propuse—. Esta noche, más tranquilos, lo charlamos. ¿Sí?

Asintió y se secó las lágrimas con la punta de la toalla que le envolvía la cabeza. Yo me incliné hacia su seno izquierdo y le di un beso justo sobre el corazón.

## CAPÍTULO 30

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 9:11 p. m.*

Deja la pistola sobre la mesa y va a la cocina para prepararse un té en el infiernillo. Cuando lo tiene listo, cobija la taza caliente entre las dos manos y deambula por la casa. A pesar de que lleva casi veinticuatro horas ahí adentro, es la primera vez que se permite prestar atención a los detalles que, sabe, le despertarán los recuerdos.

Se mete por el pasillo y empuja la puerta del baño. A diferencia de las veces que entró en las últimas horas, ahora mira más allá del inodoro manchado de sarro. Lo examina todo, menos la cortina de la ducha, que hace un esfuerzo por ignorar.

Recorre con la vista los azulejos celestes de bordes negros. Le resultan anticuados, pero cuando los pegó a esa pared con sus propias manos, hace casi tres décadas, le parecían preciosos. Hasta las piedras envejecen, piensa.

Repara en la grifería de metal, a la que el tiempo quitó todo su brillo. Y también en el espejo en la puerta del mueblecito encima de la pileta, que ahora tiene unas manchas oscuras que avanzan de las esquinas hacia el centro como una enfermedad.

Lo mira de costado. No se anima a ponerse frente a ese espejo, que usó incontables veces para afeitarse. Sabe que si se asoma hoy, después de tanto tiempo, verá el reflejo de un hombre avejentado por mil derrotas. O, mejor dicho, por una misma derrota que se repitió mil veces.

Da un sorbo al té y piensa en lo que está a punto de hacer. No le preocupa la muerte de Graciela, porque lo ve como una especie de eutanasia. Probablemente si le preguntaran a ella si quiere morir, diría que

no, pero los cuatro intentos de suicidio de los últimos tres años dicen lo contrario.

Llega un momento en el que es imposible seguir ignorando la cortina de la ducha. El hule tiene un estampado de caballos que no conoce, porque nunca fue su cortina, sino la de los últimos inquilinos que tuvo la casa, hace diez años. Está tan resquebrajada por el tiempo que, en cuanto toma un borde entre los dedos, el material se desintegra con el tacto como una flor seca.

Recuerda al bebé de esos inquilinos, que murió ahogado en la bañera que hay detrás de la cortina, y de a poco siente que la angustia le atenaza la garganta. Por primera vez en su vida se plantea que quizás Graciela tenía razón cuando se empeñó en que aquella casa solo traía desgracias a quienes la habitaban y se negó a volver a alquilársela a nadie.

Sacude un poco la cabeza, intentando alejar ese pensamiento. No es momento para supersticiones ni para un corazón blando.

Vuelve a concentrarse en su plan. Lo que le preocupa de verdad es si Dani se va a sentir culpable. Si cuando se entere de que su madre se suicidó —porque tiene pensado hacerlo pasar como un suicidio—, se culpará por no haber hecho lo suficiente. Pero en cuanto la duda empieza a ponerlo nervioso, Raúl respira hondo y se repite a sí mismo que ya analizó esto muchas veces. Y cada vez, la conclusión es la misma: quizás inicialmente Dani sienta que si hubiera estado más cerca de su madre, si la hubiera apoyado aún más, no se habría suicidado. Pero sabe que con el tiempo comprenderá que ha sido un hijo ejemplar y que, más de lo que hizo, no podría haber hecho.

Vuelve al pasillo y entra en la habitación de matrimonio. Ya no hay una cama, ni mesitas, ni un despertador a cuerda. Ahora es un cuadrado casi vacío a excepción de un viejo armario y su bolsa de dormir.

Entra de todos modos y camina hacia la pared del fondo. Cuando está a un palmo, observa la pintura amarillenta. Se pregunta cuántas capas habrá entre esa pintura y el recuerdo que ahora le viene a la mente. Acerca un poco más la cara, hasta que la punta de la nariz toca la pared fría. Inspira profundamente, pero solo logra identificar un ligero olor a polvo. No parece haber ni rastro del fuerte hedor a plástico quemado que casi lo mata hace veintisiete años.

Piensa de nuevo en Dani. Una vez que supere el duelo, no tendrá ataduras que le impidan abrir sus alas. Y entonces, que vuele. Para donde quiera, pero que vuele, porque no será hasta entonces que Raúl habrá saldado la deuda que tiene con él. Habrá transferido la carga de los hombros de su hijo de vuelta a los suyos, que es de donde nunca debió haberse ido.

Solo que esta vez el lastre no consistirá en tener que vivir atado a Graciela, sino en hacerlo con la culpa de haberla matado.

Es un altísimo precio a pagar, pero su hijo se lo merece. Sobre todo cuando quizás haya sido él, Raúl, el causante de todo esto. Al fin y al cabo, se equivocó dos veces. Si no se hubiera llevado la valija llena de dólares del lugar del accidente, nada de lo que vino después habría pasado. Y si no hubiera devuelto el dinero a la policía, contra la voluntad de Graciela, al menos habría podido pagar el rescate tras la primera llamada telefónica.

Antes de que la mutilaran.

Y antes de que le hicieran quién sabe qué más.

Mira hacia abajo y se da cuenta de que todavía sujeta la taza de té entre las manos. Le da un sorbo largo para calentarse y, antes de salir de la habitación, mira el techo de reajo, casi con desconfianza. Es muy diferente al del resto de la casa.

Vuelve al comedor y camina hacia la puerta de entrada. La verdadera puerta de entrada, no la que forzó para meterse. Corre apenas unos centímetros la cortina de una ventana y observa el patio delantero. El caminito de cemento que va hacia la verja sigue ahí. Los años le han dejado varias grietas, y en ellas crecen algunas malezas recias.

Recuerda las veces que le quitó la nieve con una pala durante los dos inviernos que pasó en esa casa. También lo recuerda durante el verano del 91, cuando Graciela se acababa de mudar con él y sacaban dos sillas para tomar mate después de comer los días que no había viento. Pero, sobre todo, lo recuerda cubierto de cenizas, con unas pisadas que se alejan y que el viento va.

Apoya el té en el suelo del comedor y arrastra una pequeña mesa hasta el pasillo de las habitaciones. Con la mirada atenta al techo bajo de madera, calcula el lugar exacto donde ponerla. Al subirse a la mesa las rodillas le duelen y hacen ruido, pero logra estabilizarse.

Tiene que agacharse bastante para que la cabeza no le golpee con las tablas de pino. Empuja una que tiene un nudo oscuro en el medio, y un

cuadrado del techo cede hacia arriba girando sobre una bisagra que chilla.

El altillo está iluminado apenas por rayos de la última luz del día que se cuelan por las uniones en las chapas del techo. Los haces tenues revelan un par de bolsas de plástico que ya no brillan. No las reconoce, pero tampoco le interesan. No acaba de abrir esa compuerta para recuperar ropa vieja que lleva allí desde que se fue el último inquilino.

Sus ojos miran hacia la parte del techo que cubre el baño, la cocina y el comedor. Veintisiete años después de la erupción del Hudson, la capa de dos centímetros de ceniza sigue instalada ahí, como en tantos otros entretechos de Deseado.

Pero en cuanto mira en dirección a las habitaciones, el panorama es completamente diferente. El aislamiento térmico es mucho más moderno, y sobre él hay apenas una película de polvo finísima. Igual a la que habrá en las casas que se construyeron después del 91, imagina.

O las que, como esas dos habitaciones, tuvieron que ser reconstruidas.

## CAPÍTULO 31

*Lunes, 2 de septiembre de 1991, 3:22 a. m.*

Me despertaron los gritos de Graciela en plena madrugada. Pensé que era otra de las pesadillas que venía teniendo casi cada noche desde su secuestro hacía tres semanas, pero no. Esta vez su voz era más intensa, más real, y había venido acompañada del ruido de vidrios rotos.

—Fuego —me dijo, clavándome las uñas en el antebrazo.

Me senté en la cama de un respingo. A mi izquierda, una llama circular se expandía rápidamente por la alfombra sintética de la habitación y estaba empezando a quemar el cubrecamas. El fuego largaba un humo negro irrespirable que dejaba un gusto acre en el fondo de la garganta.

—Tenemos que salir —añadió, agarrándome de la mano.

Nos movimos hacia su lado del colchón, alejándonos de las llamas, y nos pusimos de pie en el estrecho pasillo que quedaba entre la cama y la pared.

La salida estaba en la esquina opuesta de la habitación. Di unos pasos hacia ahí, pero un dolor punzante en la planta de los pies me obligó a detenerme.

—Cuidado, hay vidrios en el suelo —dije.

Por el enorme agujero de la ventana rota entraban ráfagas de viento helado que hacían que el humo se mezclara con ceniza.

En ese momento, oímos un nuevo ruido de vidrios rotos, aunque esta vez más lejano. A los pocos segundos, el rugido de un motor se alejó a toda prisa en el silencio de la madrugada.

Miré de nuevo hacia la puerta de la habitación. Las llamas en la alfombra ahora tenían medio metro y nos cerraban el paso.



—Vamos a tener que salir por la ventana —dije, tosiendo casi con cada palabra.

Me saqué la parte de arriba del pijama y golpeé las cortinas hasta apagarlas. Después me la envolví en la mano derecha y abrí la ventana, sintiendo a través de la tela el calor extremo del metal de la manivela.

No fue fácil ayudar a Graciela a subir al marco y saltar hacia afuera. Su pie derecho era prácticamente incapaz de soportar cualquier peso, y la mano izquierda le había quedado inutilizada por el yeso. Nos llevó varios intentos lograr que se encaramara al alféizar.

Una vez estuvo sentada, giró con dificultad para dejar los pies colgando hacia afuera. Se detuvo un momento, midiendo con cautela el salto de casi un metro que le hubiera resultado pan comido apenas unas semanas atrás. Estuve a punto de empujarla, pero logró reunir el coraje a tiempo y se dejó caer amortiguándose con el pie izquierdo. Yo la seguí, con las llamas lamiéndome la espalda.

Era una madrugada helada. La ceniza en el suelo estaba tan fría que tenía un efecto balsámico en mis pies tajeados. Me alejé hacia la calle, llevándome a Graciela en brazos. En cuanto la dejé en el pavimento, se arqueó para vomitar.

Le acaricié la cabeza, intentando tranquilizarla, pero ella levantó la mano para indicarme que le diera un poco de espacio.

Retrocedí unos pasos y levanté la vista hacia la imagen más triste que vi nunca de una casa. De las ventanas de nuestra habitación y la de invitados salían unas gruesas columnas de humo negro que el viento disipaba apenas superaban el techo.

—Bomberos —dijo Graciela entre arcadas, sacándome de mi trance. Entonces corrí hacia la casa de una vecina y le golpeé la puerta como si quisiera tirarla abajo.

Los bomberos tardaron quince minutos en llegar, cinco en apagar el fuego y poco más de media hora en concluir que el foco del incendio habían sido dos cócteles molotovs, uno en cada habitación.

\*\*\*

Pasamos el resto de la noche en uno de los dos hoteles del pueblo. Nuestra vecina nos ofreció que nos quedáramos en su casa, pero teníamos los nervios de punta y necesitábamos estar solos. Lo que sí le aceptamos fue un poco de ropa, porque el jefe de la brigada de bomberos no nos permitió volver a la casa hasta que la policía terminara de hacer su trabajo.

—De todos modos —nos dijo—, lamento tener que comunicarles que prácticamente todo lo que había dentro de las dos habitaciones quedó arruinado por el fuego, el humo y el agua. Las buenas noticias son que el comedor, la cocina y el baño están prácticamente intactos.

Por suerte, unos días atrás habíamos escondido los dólares en el sótano de la casa de mis abuelos, que estaba vacía y en alquiler desde hacía meses.

En el hotel nos duchamos y nos tiramos en la cama, ambos mirando el techo en un silencio que solo se interrumpía con el tamborilear de las uñas de Graciela contra el yeso del antebrazo. No hizo falta hablar. Ambos sabíamos perfectamente lo que acababa de pasar. Al final los Contreras no estaban tan solos como yo creía. Y era muy probable que quien había tirado las molotovs estuviese dispuesto a no parar hasta vernos muertos.

Permanecimos casi dos horas en una penumbra silenciosa en la que ambos intentamos hacerle creer al otro que habíamos conseguido dormirnos.

\*\*\*

—¿Te sigue pareciendo buena idea quedarte en Deseado? —me preguntó a la mañana siguiente, tras darle el primer sorbo a su café.

Revolviendo más de la cuenta mi capuchino, eché una mirada alrededor de la cafetería del hotel. A juzgar por el resto de las mesas vacías, éramos los primeros en bajar a desayunar. O quizás, los únicos huéspedes.

Mis ojos se detuvieron en el gran ventanal. Aquel día, la nube gris que lo cubría todo estaba un poco más débil y me permitía distinguir el otro lado de la ría. Observé la meseta marrón recordando que la mañana anterior, cuando empezaba a creer que nuestras vidas podían volver a la normalidad, en la radio habían dicho que las ovejas estaban muriendo como moscas. La lana llena de ceniza les pesaba el triple y se convertía en un lastre fatal.

Además, las escasas aguadas de los campos habían quedado transformadas en ciénagas que se tragaban a los animales por decenas.

—No —dije al fin—. Tenías razón. Tenemos que irnos.

Después del secuestro de Graciela, con el correr de los días yo me había ido convenciendo de que nuestro problema con los hermanos Contreras había terminado ahí. Según Melisa Lupey, la banda trabajaba en un círculo muy pequeño. Era un negocio de familia que se había quedado sin sus tres líderes en muy poco tiempo. Y yo fui lo suficientemente ingenuo como para creer que los pocos subordinados que pudieran tener estarían demasiado ocupados peleándose entre ellos por quedarse al mando.

Sin embargo, el fuego de la noche anterior demostraba que estaba equivocado. Y lo peor de todo era que no teníamos ni idea de qué tan grande era el aparato que había quedado en pie.

—Tenés razón —repetí—. Tenemos que irnos de Deseado durante un tiempo.

—*Mucho* tiempo, Raúl. Esta gente va a mandar a otros a buscarnos. En Deseado no vamos a poder vivir en paz durante años.

Mientras Graciela luchaba por untar con una sola mano una tostada con mermelada, yo me pregunté cuánto sabría ella sobre el poder de los tipos que la habían secuestrado. Sabía de su crueldad, eso seguro, y lo recordaría por el resto de su vida cada vez que se mirara el pie y notara el dedo ausente. Pero, ¿qué sabía de la organización de la banda?

Supe que era inútil volver a preguntarle. No había logrado sacarle una sola palabra sobre lo que había visto y oído durante las más de cuarenta horas que estuvo secuestrada. Y, por supuesto, ni una palabra de lo que le habían hecho.

—Aunque, por otra parte, ¿no es muy sospechoso? —me preguntó.

—¿Qué cosa? —dije, jugueteando con la llave de la habitación.

—Dejarlo todo e irnos de un día para el otro.

—En estos días casi nada es sospechoso. Tenés desde ganaderos a los que se les están muriendo todas las ovejas y se ven obligados a abandonar sus campos hasta gente del pueblo que lo está dejando todo para irse por un tiempo. El Flaco Armendáriz se fue con toda su familia al norte. Los Putner, también. Hasta el propio comisario mandó a su mujer y sus hijas a Comodoro. Hay mucha gente yéndose de Deseado hasta que esto pase. Y no me extrañaría que algunos ya no vuelvan más.

—¿Y adónde nos vamos a ir? —quiso saber antes de darle otro mordisco a su tostada.

—Con un millón cien mil dólares, a donde queramos. A Mendoza, por ejemplo, con tu familia.

La llave de la habitación ahora giraba a toda velocidad alrededor de mi dedo.

—Yo no tengo familia en Mendoza —dijo en modo tajante—. Vámonos a Salta, con tu hermano. Con los contactos que tiene él en la industria del petróleo y el capital que podemos aportar nosotros, mal no nos puede ir.

Entonces recordé algo que hasta el momento había pasado por alto. Sentí que se me helaba la sangre.

—No podemos. Los Contreras sabían que tengo un hermano en Salta. Si nosotros desaparecemos, lo van a ir a buscar a él.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Nos vamos a Chile. Punta Arenas.

—No entiendo, me acabás de decir que si nos vamos ponemos en peligro a tu hermano.

—No si él se viene con nosotros.

—¿Y por qué a Punta Arenas?

—Porque es el lugar con petróleo más en el culo del mundo que conozco.

Ahora la llave giraba mucho más lenta alrededor de mi dedo, acompañando a mis pensamientos. Podía funcionar. Era cierto lo que había dicho Graciela: si combinábamos nuestro dinero con lo que sabía mi hermano del mundo de los hidrocarburos, nos tenía que ir bien. Eso, siempre y cuando Alejo me perdonara que le hiciésemos cortar todo vínculo con su vida en Salta.

—El primer día de la ceniza hablé por teléfono con él —dije—. Me contó que tenía un mes para decidir si aceptaba un trabajo en Punta Arenas. Ya mismo lo voy a llamar para ponerlo al tanto de todo. Mientras nosotros estemos en Deseado, él no corre peligro, pero en cuan...

Antes de que pudiera terminar la frase, Graciela me arrebató la llave de un manotazo y se incorporó de manera tan brusca que la silla en la que estaba sentada cayó al suelo. Ignorando el estruendo, se encaminó hacia la habitación todo lo rápido que le permitió la venda en el pie.

Tras levantar la silla y recoger algunos objetos personales, fui detrás de ella. La encontré en el baño, arrodillada frente al inodoro sujetándose el pelo con la mano que no tenía enyesada.

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza y, tras limpiarse la boca con papel higiénico, me miró con unos ojos que las arcadas habían llenado de lágrimas.

—Me parece que estoy embarazada.

## CAPÍTULO 32

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 10:17 p. m.*

Cuando termina de teclear la frase «Me parece que estoy embarazada», saca la hoja del rodillo y la pone boca abajo encima de las otras. Le duelen las manos, pero está satisfecho de haber contado la historia hasta el final.

Supone que en su lugar un escritor releería, revisaría y corregiría hasta estar conforme, de la misma manera que él corrige con la amoladora los excedentes de las soldaduras y disimula las uniones con pintura hasta que todo parece una pieza única. Si ya era así de perfeccionista hace muchos años, cuando hacía sus trabajos por dinero, lo es mucho más ahora, que los hace como terapia. Soldar le da paz.

Pero ni está soldando ni es escritor. Aunque sabe que su relato tiene mil errores, decide dejarlo así. Después de todo, es un plan B. Si todo sale bien, esos papeles arderán antes de que nadie pueda leerlos.

Y si no, tendrán un único lector.

Cuenta las páginas que escribió durante todo el día: ochenta y siete. Son muchísimas más de las que anticipó inicialmente. Aun así, le sorprende que la historia de tantas vidas arruinadas quepa en menos de cien hojas.

Entonces se da cuenta de que le faltó algo. Dejó afuera una pieza fundamental que hace que su relato no sea más que notas sueltas en un pentagrama. Necesita ponerle una clave de sol, de fa, o de do, para que sea posible interpretarlas.

Se sujeta al respaldo de la silla y gira el torso hacia un lado hasta que logra que crujan varias vértebras. Repite el movimiento en sentido contrario y unas pocas vuelven a sonar. El dolor en la espalda disminuye un poco. Pone otra hoja en la máquina y escribe. Esta vez las palabras le salen al doble de velocidad.

*Querido Dani,*

*Tengo dos motivos para desear que nunca leas esta carta ni las páginas que la preceden. Uno es que seguramente te romperían el corazón. Y el otro es porque, si este papel está en tus manos, significa que estoy preso. O muerto.*

*Lo que acabás de leer es nuestra historia, Dani. La tuya, la de tu madre y la mía. Quizás también es la explicación de por qué ella se pasó toda la vida con problemas psiquiátricos, aunque eso no se puede saber a ciencia cierta.*

*En cuanto al papel que me tocó a mí, no estoy seguro de haber hecho lo correcto. Quiero que sepas que no pasa un día en el que no me cuestione las decisiones que tomé durante esas horas. Te lo juro, ni un solo día. ¿Y sabés qué es lo peor de todo? Que tantos años preguntándome «¿Qué hubiera pasado si...?» no me sirvieron de mucho, porque no llegué a ninguna conclusión. Esa pregunta es uno de los peores ácidos que puedan verterse sobre el alma de un ser humano.*

*Hoy, veintisiete años después de que empezara todo esto, me veo en la situación de tener que tomar otra de esas decisiones de las que quizás me arrepienta el resto de mi vida. Pero prefiero esto a que esa pregunta, ese ácido, vuelva a carcomerme por dentro.*

*Quizás soy yo quien tiene los problemas psiquiátricos más graves, pero tampoco soy un psicópata, incapaz de sentir empatía. Precisamente, es por empatía que hoy hago lo que hago. Me pongo en el lugar de tu madre, que no logra juntar el valor para ejecutar una decisión que tomó hace años, y en el tuyo, que no podés vivir tu vida plenamente por culpa de su enfermedad.*

*Ojalá nunca leas esta carta, Dani. Ojalá la muerte de tu madre te duela en el alma, pero después del duelo abras tus alas sin culpa. Ojalá yo logre ser la esponja que absorba todo tu dolor y el de ella. Los dos se lo merecen.*

*Y si la lees, espero que alguna vez puedas perdonarme.*

*Te quiero. Y a ella también la quise muchísimo.*

*Papá.*

## CAPÍTULO 33

*Jueves, 6 de diciembre de 2018, 11:23 p. m.*

Quita la carta del rodillo y la pone como última página de su relato. Luego mete la máquina de escribir en el gastado estuche verde y enfila hacia la habitación. Casi como un autómata, la guarda en el viejo armario en el que la encontró y se arrodilla en el suelo para enrollar su bolsa de dormir. Puede que en unas horas tenga que volver a extenderla en ese mismo lugar, aunque es poco probable. Graciela no suele salir de casa ni recibir visitas. De noche, mucho menos.

Si todo va bien, deberá irse de Deseado cuanto antes. El primer ómnibus sale a las cuatro de la mañana, y no quiere arriesgarse a perderlo por no tener listo el equipaje.

Da una mirada al cuarto para asegurarse de que no hay ningún rastro de que durmió ahí una noche. Vuelve al comedor y guarda en la valija el infiernillo y los víveres que no usó. Si lo de hoy resulta, le habrá sobrado casi toda la comida.

De la caja de habanos saca la Colt y los cuarenta Valiums que compró en Comodoro. Guarda la pistola en el bolsillo de su abrigo, colgado junto a la puerta, y las pastillas en la mochila.

A pesar de que las páginas escritas a máquina son muchas, logra doblarlas por la mitad y meterlas dentro de la caja vacía. La pone en la valija y, entonces sí, cierra la cremallera.

Mira alrededor y confirma que el único indicio de que habitó la casa durante las últimas veinticuatro horas son la maleta y una bolsa de basura anudada.

Antes de salir, saca del bolsillo la pequeña libreta y repasa una vez más la lista de razones. Sus ojos se detienen en la última, que es mucho



menos escueta que las demás y está subrayada tres veces.

*02-12-2018, Amenaza a Dani con clavarse un cuchillo por no ir a comer empanadas.*

La fecha corresponde al domingo pasado. La gota que colmó el vaso cayó hace cuatro días.

\*\*\*

Son las once y media de la noche cuando abre la puerta y siente en la cara el aire helado de la primavera patagónica. Camina con la cabeza gacha, apartando de su cuerpo la mano que sujeta la bolsa de basura, por si chorrea. A ciento cincuenta metros la tira en un contenedor de hierro pintado de blanco que, juraría, es el mismo de hace veintisiete años.

De tan ligera, la mochila se le resbala por los hombros. Ajusta las tiras y apura el paso. No tarda más de diez minutos en llegar a la casa de Graciela.

Es una vivienda antigua, de chapa acanalada pintada de verde y aberturas de madera. Él odia ese tipo de construcción, pero a Graciela le encanta. Tanto que, cuando volvieron a Deseado después de cinco años en Chile, ella se encaprichó con esa casa, que se caía a pedazos, y no hubo forma de convencerla de comprar otra. Insistió en que la vivienda tenía una energía ideal para criar a Dani.

Cuando Raúl le planteó que iban a tener que gastarse una fortuna para acondicionarla, ella se limitó a utilizar una de sus frases favoritas de los últimos años.

—Con esa mentalidad de pobre, vas a terminar siendo el más rico del cementerio.

Reconoce que en esa burla había algo de cierto. En los cinco años que pasaron en Punta Arenas habían casi duplicado el millón de dólares gracias a la empresa de soldadura especializada en servicios petroleros que Raúl había fundado con su hermano. A pesar de eso, si fuera por él, por Raúl, la pareja habría continuado con el estilo de vida austero que llevaban cuando apenas les alcanzaba con tres trabajos para llegar a fin de mes.

Y si alguien le hubiera dicho en aquella época que dos décadas después tendría un Rolex en la muñeca y un velero de seis metros amarrado

en Villa La Angostura, le habría resultado completamente increíble. Aunque, a decir verdad, mucho menos increíble que si le hubieran anticipado que iba a estar parado frente a esa casa con una pistola en el bolsillo.

Lo cierto es que, a pesar de cualquier pronóstico, ahí está, mirando uno a uno los cuatro autos estacionados en la calle. Ninguno es el de su hijo. Bien.

Las ventanas del comedor de la casa dan a un patio delantero que hoy es tristeza pura: solo un par de matas de alfalfa silvestre rompen la explanada de suelo marrón y apelmazado. Pensar que, cuando Dani era un niño y los tres vivían allí, el jardinero que venía dos veces por semana lo había convertido en un vergel que era, además de resistente al clima antiplantas de la estepa, precioso. Tanto que el diario del pueblo lo había elegido «el jardín más lindo de 1999».

Raúl abre el portón de la verja con cuidado de no hacer ruido. Por los bordes de los postigos de la ventana del comedor, cerrados desde hace años, se cuele el resplandor cambiante de un televisor encendido. Camina alrededor de la casa hasta llegar a la puerta de la cocina, que es la que usa Graciela para entrar y salir. La principal está clausurada para que el comedor se parezca aún más a una cueva oscura, que es donde más cómoda se siente.

Golpea en el vidrio de la puerta. Mientras espera, se lleva inconscientemente la mano al pelo y endereza un poco la espalda. Pocos segundos después oye pasos que se arrastran por la madera lustrada.

—¿Quién es? —pregunta Graciela sin correr la cortina.

—Raúl.

Ahora sí, la tela que les impedía verse se mueve un poco y Graciela aparece detrás del vidrio.

Cuando la puerta se abre, el aire caliente golpea la cara de Raúl como una bofetada. Ella tiene puesto un camisón de verano hecho de seda. Lógico, porque la temperatura dentro de la casa es de país tropical.

Raúl se inclina para darle un beso en la mejilla, pero ella se apresura a dar un paso hacia atrás y cruzar los brazos.

—Ahora vengo —le dice, dándole la espalda, y se mete por el pasillo que lleva a las habitaciones.

Sabe perfectamente que cuando Graciela vuelva, se habrá puesto algo de manga larga sobre el camisón. Otra de sus manías es no dejar que nadie, ni siquiera él cuando eran pareja, la vea con manga corta. No desde que Dani tenía tres años.

\*\*\*

Graciela vuelve al comedor con un cárdigan violeta oscuro sobre el camisón. Sin hablarle, se dirige a la pared de la que cuelga un enorme mapa del mundo hecho con algas secas. Él mismo se lo encargó a una artesana chilota y se lo regaló a Graciela para su primer cumpleaños en esa casa, hace más de veinte años. Hasta el día de hoy, es uno de los pocos regalos que se siente orgulloso de haber hecho. Por la idea, por lo que le gustó a Graciela y por haber logrado que sobreviviera a la pesadilla logística de hacerlo traer, ya enmarcado, desde la isla de Chiloé.

Su ex mujer pasa frente al mapa sin siquiera mirarlo y se dirige a la cajita de plástico embutida en la pared. Aprieta varias veces el mismo botón, y con cada *bip* el termostato de la calefacción central baja un grado.

—¿Qué hacés acá? —le pregunta al fin sin sentarse ni invitarlo a él a ponerse cómodo.

—Vine porque me gustaría hablar con vos.

Hace cinco años que no se ven en persona. Y a pesar de que de tanto en tanto Raúl va viendo fotos de ella en las redes sociales de Dani, la encuentra muy avejentada. Parece que el tiempo le hubiera pasado en cámara rápida.

—A pedirme algo, seguro. ¿Vas a empezar otra vez con lo de alquilar la casa de abajo?

Se refiere a la casa en la que él pasó las últimas veinticuatro horas. Al principio había sido simplemente «la casa», y cuando se mudaron a Chile, «la casa de Deseado». Pero cuando volvieron con dinero suficiente para comprar varias propiedades, pasó a ser «la de abajo», porque estaba en la parte más baja del pueblo, a doscientos metros de la ría.

—No, no tiene nada que ver con esa casa. Vine a hablar de Dani.

—¿Qué le pasa a mi nene?

—¿Nos sentamos? —sugiere él.

Graciela hace un gesto afirmativo con la cabeza pero, en vez de tomar asiento, rodea la barra de mármol que separa el comedor de la cocina y saca dos tazas de la alacena. Lo más lógico sería que Raúl se ubicara en la banqueta alta que hay del otro lado de la barra, pero prefiere hacerlo en una de las sillas que rodean la enorme mesa de madera rústica en el centro del comedor.

Cuelga su abrigo en el respaldo de la silla y se sienta. Desde allí puede ver a su ex mujer, que en este momento enciende una tetera eléctrica de acero inoxidable.

—¿Té? ¿Café? —le pregunta sin dejar de darle la espalda.

—No, estoy bien.

Seguro de que ella no lo ve, estira un poco la mano hacia abajo y la mete en el bolsillo derecho. Siente el tacto frío de la Colt, pero no la empuña. Solo quiere asegurarse de que todavía está ahí, y de que no le costará alcanzarla cuando llegue el momento.

Sus manos vuelven vacías a la mesa y se entretienen recorriendo el contorno de un nudo de la madera. Es irregular pero a la vez suave, igual que las cachas de asta de ciervo.

—Te preparo un té, que te va a venir bien para calentarte un poco. Hace frío. Tengo chai y macha, me los mandó a pedir Dani a Buenos Aires. Es increíble lo que se consigue hoy por hoy en internet.

A pesar de que la calefacción hace que el ambiente esté más para mojito que para té, sabe que no tiene sentido contradecirla. Se limita a decir que bueno, que le haga un té. Y como no conoce ninguna de las dos variedades, elige el chai, que por lo menos le suena de alguna película.

—Bueno, vayamos al grano. —Se gira hacia él, poniendo dos tazas vacías sobre la barra—. ¿Qué pasa con mi hijito?

—Nuestro hijito.

—Por supuesto.

Él se remueve un poco en la silla, como si fuera posible encontrar una postura cómoda para lo que está por suceder.

—Mirá, Graciela. No hay una forma sutil de decir esto, así que te pido que me escuches sin interrumpirme y que intentes entender por qué te digo lo que te digo.

—Ay, no me hables así que vos sabés que me asusto enseguida, Raúl. Encima que venís sin avisar en plena noche, ahora me decís esto.

—Sin interrumpirme, Graciela. Por favor.

Hace una pausa, toma aire y pronuncia la única frase que trajo aprendida de memoria.

—Vine para asegurarme de que, de una vez por todas, dejes que Dani viva su propia vida.

—¿A qué te referís? —pregunta ella con gesto genuinamente sorprendido—. Dani hace lo que quiere. Tiene su casa, su trabajo, su novia...

—Hace meses que está peleado con la novia, Graciela. Y vos sabés muy bien por qué.

—No están peleados —dice ella, moviendo la mano en el aire como quien espanta a una mosca—. Paola se fue a San Martín de los Andes por trabajo, pero siguen juntos. A distancia.

—Graciela, ¿te estás escuchando? Ella quería que Dani la acompañara a San Martín, y hasta estaba dispuesta a que fueras vos también, para no dejarte sola.

—¿Qué iba a hacer yo tan lejos? Mi casa está acá. Mi historia está acá.

—La peor parte de tu historia.

Graciela ríe entre dientes y niega con la cabeza.

—Como si la que hubo antes hubiese sido mucho más linda.

—No lo sé, porque nunca me la contaste. Igual que un montón de otras cosas.

A pesar de la vaguedad de las palabras, los dos saben exactamente a qué se refiere Raúl. Ella vuelve a negar con la cabeza y larga un soplido. El gesto es un calco del que hizo cada una de las veces que él le sacó el tema durante los dieciocho años que pasaron juntos después del secuestro.

Piensa en la irreversibilidad de lo que está por hacer y de repente se plantea que quizás llegó la hora de obtener esas respuestas. Preguntarle sin pelos en la lengua si esos hijos de puta la violaron, por ejemplo. Pero no pasa ni un segundo y ya se siente la peor basura del mundo. ¿Quiere saber eso para intentar entenderla mejor o porque duda de si es o no el padre biológico de Dani?

Aprieta fuerte las muelas y decide callar, una vez más. No necesita saber si Dani lleva sus genes o no. De hecho, está agradecido de que en aquella época no existieran los análisis de ADN. No hubo un papel que

empañara lo que sintió al verlo nacer, oírle decir papá, enseñarle a andar en bicicleta, a soldar...

—Graciela, Dani no hace lo que *quiere*. Dani hace lo que *puede* dentro de lo que vos le permitís. Y lo que más me preocupa es que parece que no te dieras cuenta de que le ponés palos en las ruedas constantemente.

—¿A qué te referís?

—A que cada vez que no estás de acuerdo con una de sus decisiones, lo amenazás con suicidarte...

—¿Vos te pensás que yo lo hago para llamar la atención? —grita ella desde el otro lado de la barra—. ¿Te pensás que no me hubiese gustado que me saliera bien la primera vez?

A él esa última frase le cae como una puñalada en el estómago. Con «la primera vez» Graciela se refiere a cuando Dani tenía tres años, vivían en Punta Arenas, y ella se encerró en el baño a cortarse las venas. ¿Cómo podía desear que le hubiera salido bien, sabiendo que dejaba sin madre a un nene tan chiquitito?

Se quedan los dos en silencio. Ella vuelve a darle la espalda y él oye el agua caliente llenando las tazas. Se pone la mochila sobre el regazo y la abre. Ve las cajas de Valium en el fondo.

Cuando Graciela trae la bandeja con el té, él la mira y fuerza una sonrisa conciliadora. Mientras se lleva la taza a la boca para dar el primer sorbo, repasa el plan por enésima vez. Pondrá las pastillas sobre la mesa, le dirá qué son e intentará convencerla de que, de una vez por todas, se suicide. Si se resiste, entonces meterá la mano en el bolsillo de la campera y la obligará a tomárselas a punta de pistola. Y si se sigue negando, no le quedará más remedio que apretar el gatillo.

Pero si va a cargar con ese peso para el resto de su vida, necesita saber. Necesita estar absolutamente seguro de que Graciela no tiene vuelta atrás.

Pone las dos manos en la mesa lentamente, intentando tranquilizarse. Antes de volver a hablar, respira hondo un par de veces.

—Tu hijo ya no puede más, Graciela.

Ella apoya su taza con fuerza sobre el platito haciendo que la cucharita tintinee como un cascabel.

—¿Él no puede más? ¿Él, que es joven, lindo, y con trabajo no puede más? ¿Y yo? En mí nadie piensa, ¿no? Porque, por si no se dieron

cuenta, yo tampoco puedo más.

—En vos nadie piensa... ¿Te estás escuchando? Dani sacrificó su sueño por vos. Dos veces se fue a estudiar Veterinaria y las dos veces se volvió para estar al lado tuyo. Hace años que lo tenés a tu servicio.

Su ex mujer no responde. Se limita a ofrecerle una sonrisa sarcástica, como si él no entendiera nada.

—Yo sé que lo tuyo es una enfermedad, Graciela. Pero le estás chupando la vida a él de la misma manera que me la chupaste a mí durante dieciocho años. Si estoy acá es porque quiero ayudarlo. Y a vos también.

—¿Ayudarme? —pregunta con una risita—. Me dejaste en el peor momento, Raúl. Te fuiste a vivir a más de mil kilómetros de mí durante el primer año que Dani se fue a la universidad. Si me hubieras querido ayudar, te hubieras quedado conmigo en ese momento.

—Graciela, por favor. Estabas triste porque tu hijo se había ido a estudiar. Igual de triste que estaba yo y todos los otros padres que mandan a sus hijos a la universidad. De ahí a que ese haya sido tu peor momento...

—¿Desde cuándo lo decidís vos eso?

Raúl está a punto de perder los estribos. Parece que Graciela no se acordara de que fue él quien la encontró con las venas abiertas cuando Dani tenía tres años. Siente un deseo irrefrenable de decirle a los gritos que ese fue el peor momento de la vida de los tres. ¿Qué otro, si no?

Pero no le grita. Ni siquiera le habla, porque llegó el momento de dar un paso irreversible. Estira la mano izquierda hacia atrás y la mete en el bolsillo del abrigo hasta que sus dedos dan con el tacto duro y frío que buscan. Lentamente, saca el teléfono y se lo muestra.

—A ver si con esto entendés —dice, poniéndolo sobre la mesa.

Busca entre las notas de voz que tiene marcadas como favoritas y selecciona la del 20-07-2018. El mensaje dura dos minutos y cincuenta y cinco segundos, pero él lo adelanta para reproducir únicamente los nueve segundos finales. Del aparato sale la voz de Dani, quebrada por las lágrimas.

—*Me pregunto si alguna vez me va a dejar en paz. Me siento una basura por pensar así, pero a veces preferiría que desapareciera de mi vida.*

Cuando el mensaje termina, Graciela se queda en silencio con la mirada clavada en el teléfono.

—No lo dice en serio —comenta al fin, cuando la pantalla lleva ya un buen rato totalmente negra.

Raúl se encoge de hombros y aprieta los labios.

—No lo dice en serio —repite—. ¿Cómo va a querer eso mi hijito? ¿Sabés qué, Raúl? Me parece que yo no soy la única que está enferma acá. Creo que vos tenés un problema igual o más grande que el mío.

Él no se lo va a reconocer nunca, pero sospecha que en eso Graciela tiene razón.

—Me parece que es hora de ir terminando con esto —dice por toda respuesta.

Saca de la mochila las dos cajas de Valium y las pone sobre la mesa. Graciela mira los medicamentos frunciendo un poco el ceño, extrañada.

—¿Qué es eso?

—La forma de suicidarte de verdad.

—¿Qué carajo te pasa, Raúl? ¿Estás loco?

Sin contestarle, se inclina un poco hacia atrás y mete la mano en el bolsillo derecho del abrigo. Desliza los dedos por las cachas de asta de ciervo hasta empuñar la pistola.

—¿Qué tenés ahí? —pregunta ella.

—Nada.

Todo lo que tiene que hacer es sacar la pistola y ponerla sobre la mesa con el caño apuntando hacia ella. Es el último paso para liberar a su hijo. Aprieta la culata con todas sus fuerzas, pero es como si el arma estuviera soldada a un yunque. Quiere hacerlo, genuinamente quiere sacarla y apuntarle, pero hay algo en su cerebro que se lo impide. Como si tuviera una parálisis selectiva, exclusiva para ese movimiento.

Saca del bolsillo la mano vacía y se la lleva a la cara. Se restriega un poco los ojos y se pinza el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—La próxima vez que te quieras suicidar, acá tenés la forma de hacerlo en serio —le dice sin mirarla—. Te tomás todas estas pastillas juntas y chau. No duele. Te dormís y tu cuerpo se olvida de respirar.

Empuja las cajas hacia ella con las yemas de los dedos, se levanta de la silla y se pone el abrigo.

—Sos un verdadero hijo de puta, Raúl. ¡Un hijo de mil putas!

Ignorándola, agarra la mochila y camina hacia la puerta. Al tercer paso, un impacto seco en la cabeza le causa un dolor que se le extiende por



todo el cráneo. Un segundo después le llega el sonido de la taza de porcelana haciéndose añicos contra el suelo.

Se lleva los dedos a la cabeza y los mira. No hay sangre. Al darse vuelta tiene a Graciela a un palmo de distancia, respirando ruidosamente por la nariz y clavándole unos ojos vidriosos.

—Llévate esto de mi casa, hijo de puta —le dice, apretándole contra el pecho las cajas de sedantes.

Raúl agarra el medicamento con manos lentas, reconociendo su derrota. Lo hizo todo mal. Todo al revés de como lo había planteado.

Y Graciela, a modo de despedida, le da vuelta la cara de un cachetazo.

## CAPÍTULO 34

*Viernes, 7 de diciembre de 2018, 1:07 a. m.*

Afuera de la casa de Graciela, el único movimiento en la calle es el de las ramas de los olmos agitadas por el viento. Camina con paso apurado y las manos en los bolsillos. La izquierda sostiene las cajas de Valium. La derecha, la Colt.

El plan le salió mal. Pésimo, realmente. Ahora Graciela sabe que él preferiría que esté muerta. Se pregunta si ella le hablará a Dani del encuentro de esta noche. Difícil, concluye, porque tendría que enfrentarse a la posibilidad de que su hijo le diga que sí, que su manipulación constante no lo deja vivir plenamente.

No puede dejar de preguntarse por qué a él. Pasaron ya veintisiete años y sigue sin saber qué hizo para que su vida se transformara en esta pesadilla. Tampoco puede sacarse de la cabeza la idea de que todo es su culpa. Si no hubiera tocado ese dinero... O si no lo hubiera devuelto a la policía...

Se para en seco. Sin darse tiempo a arrepentirse, gira sobre los talones y desanda sus pasos. Al llegar a la esquina, en vez de ir a la derecha para volver a lo de Graciela, va a la izquierda. Recorre los siguientes quinientos metros corriendo, con la adrenalina haciéndole galopar el corazón.

Evidentemente no es, ni por asomo, la primera vez que se plantea lo que está por hacer. Cientos de noches sin dormir alcanzan para odiar hasta el hartazgo al corrupto que te arruinó la vida. Sobre todo si es un corrupto condecorado y aplaudido que, gracias a su reputación intachable, llegó a ser el jefe máximo de la policía de la provincia.

Sin embargo, esta madrugada es muy distinta a las muchas otras en las que lo maldijo. Esta madrugada Raúl Ibáñez tiene una pistola cargada en el bolsillo y nada que perder.

Recién aminora un poco el ritmo para recuperar el aliento cuando llega a la Plaza del Vagón. En la calle San Martín se ven, a lo lejos, las luces de un coche. Por lo lento que avanza, se trata de gente dando una vuelta, yendo a ningún lado, como tantas veces hizo él cuando vivía en este pueblo.

Antes de que se le acerquen demasiado, cruza hacia el Banco Nación y se va en dirección a la municipalidad. Otros trescientos metros y por fin llega a la casa de piedra. Una casa que fantaseó muchas veces con volver a visitar, sin imaginarse que lo haría esta noche.

Las rejas que ahora protegen las ventanas son el único indicio de que pasaron casi tres décadas desde la última vez que entró. Incluso de noche, se nota que están muy bien hechas. Seguramente son obra de un soldador distinto al que construyó el armero del sótano.

¿Todavía habrá un armero en el sótano?

Pasa de largo frente a la fachada de piedra y se refugia del otro lado de la calle, protegiéndose del alumbrado público debajo de un olmo. Saca el teléfono, abre la aplicación de voz sobre IP y marca el número. La llamada suena varias veces hasta que, por fin, atiende una mujer.

—¿Hola?

—Con la señora Amanda Rivera, por favor.

—Ella habla.

Deseado creció mucho en veintisiete años, pero el chismorreó sigue siendo el deporte más popular. Por eso, a Raúl le bastaron un par de preguntas hechas casi al pasar en los últimos meses, durante conversaciones telefónicas con viejos amigos, para averiguar que el ex comisario Manuel Rivera sigue viviendo en la casa de siempre. Parece que ahora está muy avejentado y bastante enfermo. Algunos incluso le dijeron que si no fuera porque su hija mayor es soltera y vive con él, ya estaría en el geriátrico.

—Señora Rivera, la llamo del hospital. Su hermana Patricia tuvo un accidente grave. Intente mantener la calma y venga lo más pronto que pueda.

—¿Mi hermana? ¿Qué hospital?

—El de Puerto Deseado.

—No puede ser. Mi hermana está en Comodoro.

—Justamente, iba en viaje desde Comodoro a Puerto Deseado —improvisa—. El vehículo dio varias vueltas y ella está muy grave. Además, su condición de asmática agrava la situación. Si usted no puede acercarse, por favor facilíteme los datos de contacto de otro familiar para...

—Voy ya mismo para allá.

En una de las ventanas se enciende la luz. A los cinco minutos, una mujer de treinta y pocos años sale a la calle enfundada en un abrigo oscuro, se sube a un auto y se va a toda velocidad.

Él cruza la calle y abre sin dificultad las puertas de la verja y de la casa. Con el apuro, Amanda Rivera las dejó sin llave. Entra y se dirige a la habitación principal, donde una figura corpulenta duerme profundamente, ajena a la partida repentina de su hija y a la llegada del extraño.

Saca la Colt del bolsillo y le apunta al bulto bajo las mantas. Llega incluso a poner el dedo sobre el gatillo, pero hay algo que le dice que no, que una muerte mientras se duerme plácidamente es mucho más de lo que se merece ese hijo de puta.

Entonces enciende la luz.

La habitación es tal y como la recuerda. La cama de hierro forjado es la misma y el crucifijo tallado en madera sobre el cabezal, también. La única diferencia es que, a los pies de Jesús, la pared está repleta de *post-its* de color amarillo fosforescente.

Manuel Rivera se revuelve un poco entre las sábanas y gira sobre el colchón, entornando los ojos para protegerse de la luz.

—¿Qué pasa, Amanda?

En vez de responder, Raúl levanta un poco la Colt para apuntarle a la cabeza.

—¿Usted quién es? —pregunta el ex comisario cuando sus ojos se ajustan a la luz y reconoce la pistola.

—¿No te acordás?

—No.

—Hacé un esfuerzo.

—La verdad es que no. Estos días no sé qué me pasa, ando un poco flojo de memoria.

Dice esto con un tono cantarín, casi alegre, que no le pega a quien está del lado de la pistola del que salen las balas.

—Te voy a dar una pista. Soy la persona a la que le cagaste la vida por corrupto.

Rivera frunce el ceño. Más que una expresión de extrañeza, la suya es de concentración, como si intentara encontrar un libro dentro de una biblioteca inmensa.

—Soy el pelotudo que te devolvió tres millones de dólares pensando que eras un policía honesto.

—¿Raúl Ibáñez?

Asiente.

—Estás muy viejo, Raúl. Es increíble, los años nos pasan por encima como una aplanadora.

Otra vez ese tono dicharachero, casi infantil, que no encaja con la situación.

—¿Vos sabés que no solamente me destrozaste la vida a mí, sino también a mi mujer y a mi hijo?

Rivera no responde.

—La declaración que falsificaste para quedarte con un millón y medio de dólares cayó en manos de los hermanos Contreras, seguramente gracias a algún otro corrupto de tu comisaría. Lógicamente, pensaron que yo había devuelto solo la mitad de la guita, ¿y sabés qué hicieron para que les entregara el resto? ¿Sabés qué hicieron, viejo hijo de puta? Secuestraron a mi mujer.

—No puede ser.

—¡Es! Y cuando la logré rescatar, ya era demasiado tarde. Nos pasamos toda la vida sufriendo las consecuencias de lo que hiciste.

—Eso no tiene ningún sentido. Los hermanos Contreras se llevaron un millón cien mil del sótano de esta casa, así que sabían perfectamente que el dinero me lo había quedado yo y no vos.

Le sorprende la soltura con la que habla Rivera. No hay sentimiento en sus palabras pragmáticas.

—Tampoco les sirvió para mucho, porque terminaron prendiéndose fuego ellos y la guita —continúa el ex comisario—. Se habían escondido en un galpón del ferrocarril.

—Dejame adivinar: uno de los cadáveres apareció con la rodilla quebrada de un golpe y el otro con un balazo en el muslo.

—Sí. Seguramente se pelearon entre ellos por los dólares.

Raúl suelta una risita y niega con la cabeza.

—¿El balazo era calibre 45, de una Colt 1911 como esta? —pregunta Raúl, apuntándole entre los ojos.

Rivera mira el arma confundido.

—Nunca encontramos la pistola en los restos del incendio —dice, más para sí mismo que para Raúl.

—Y supongo que el fuego derritió la cinta con la que atamos a esos hijos de puta para asegurarnos de que murieran quemados.

—No pudimos hacer una investigación a fondo por la situación que se vivía esos días.

—Es verdad —exclama con sorna—. Te vino al pelo que con todo el desastre de la ceniza nadie le prestara demasiada atención a ese incendio, ¿no? No fuera a ser que se descubriera que la bala en la pierna de Jacinto Contreras había salido de un arma registrada a tu nombre.

Rivera permanece en silencio, con la mirada perdida en el cañón de la Colt.

—Y también te vino bien que la Policía Federal tardara semanas en mandar a alguien a investigar. Alguien que, supongo, se encontró los restos del incendio cubiertos de ceniza volcánica y no pudo obtener nada más que lo que estaba escrito en los informes de la policía local.

El ex comisario observa por unos segundos la cortina de la tela de su habitación, como si hubiera en ella algo interesante. A Raúl le aflora la sospecha de que Rivera no está registrando todo lo que pasa.

—Fui yo, ¿entendés? —le dice, señalándose el pecho con el dedo—. Yo me llevé los dólares del sótano y yo maté a esos hijos de puta. Y es mi familia la que lleva toda la vida sufriendo las consecuencias de lo que hiciste.

La mirada de Rivera abandona la cortina y se vuelve a posar sobre el cañón de la pistola. Al verla, se cruza de brazos con un gesto duro.

—¿Quién es usted y quién le dio permiso para usar mi Colt? —dice con el tono seco de alguien acostumbrado a exigir explicaciones.

Raúl da dos pasos hacia adelante y le hunde la punta del cañón en la papada flácida.

—¿Encima te hacés el gracioso?

—De verdad, ¿quién es usted? —insiste Rivera—. Si me permite girarme, a lo mejor logro recordar.

Con un dedo nudoso, Rivera señala por encima de su hombro hacia la pared cubierta de *post-its*.

Raúl se acerca y lee uno.

*Tengo dos hijas. La mayor se llama Amanda. La menor, Patricia.*

Sin bajar la pistola, pasa a otro.

*Soy viudo desde 2006.*

Lee varios más, al azar.

*Me gusta desayunar café con leche y galletitas.*

*Vivo con Amanda, mi hija mayor.*

*El pan lo compro en la panadería Don Bartolo. El resto se pone como piedra enseguida.*

*Mi mujer se llamaba Celia.*

*En 2005 me diagnosticaron Alzheimer.*

Cuando lee este último, vuelve a mirar al viejo policía. Tiene la frente llena de gotitas de sudor y respira muy rápido.

—No sé quién es usted ni por qué me apunta, pero necesito ir al baño.

Raúl mira su Rolex. Ya pasaron diez minutos desde que Amanda Rivera salió para el hospital. Pronto se convencerá de que su hermana no está internada y volverá a su casa.

El plan original era que Amanda se lo encontrara con un balazo en la cabeza. Y aunque nunca creería que había sido un suicidio por la extraña llamada falsa desde el hospital, el arma de fuego que encontrarían los forenses en la mano del comisario estaría, o al menos habría estado hacía años, registrada a su nombre.

Pero, viendo el panorama, un balazo sería hacerle un favor a este viejo gagá. Y recriminarle cualquier cosa, o incluso lastimarlo, no serviría de nada. ¿De qué vale la venganza si el que la recibe no está consciente para sufrirla?

—Andá al baño, que si te meás te tiene que cambiar tu hija —dice por fin, aunque sabe que la mella que haga en la dignidad de Manuel Rivera se perderá al instante en su memoria rota.

Sin apagar la luz, Raúl sale de la habitación y de la casa. Trota hasta la esquina y, antes de perder de vista la casa del comisario, mira hacia atrás por última vez. La calle sigue en silencio.

\*\*\*

Camina hacia la playa de Punta Cascajo sintiendo ganas de llorar. Más derrotas. No haber tenido el valor de obligar a Graciela a tomarse las pastillas es una cosa, pero no animarse a dispararle al responsable de que su familia haya pasado décadas dentro de una pesadilla le hace sentir asco de sí mismo.

Para cuando llega a la playa, se ha convencido de que lo que lleva años imaginando resultó ser imposible. Haga lo que haga, no puede reparar el daño. De hecho, cada vez que lo intenta, lo único que consigue es empeorarlo. No le salió bien cuando decidió ocultar esos cien mil dólares a los secuestradores y tampoco le salió bien esta noche. Y en el medio, otras tantas. Al final parece que Graciela tiene razón y que es él quien tiene el problema grave.

La marea está alta. Detrás del rompeolas, una grúa iluminada por potentes focos apila contenedores en un barco enorme. Raúl se sienta en las piedras y cierra los párpados para empujar las lágrimas que se le acumulan en los ojos. Lo que estuvo a punto de hacer con Graciela es digno de un verdadero monstruo. De nazis, realmente. Nadie más experto que ellos en eliminar al enfermo y al deforme. Nadie más decidido a no permitir que el defectuoso perjudique al resto.

Pero si la humanidad aprendió algo de esa época, es que el mundo se convierte en un lugar mejor cuando el que se elimina es el monstruo.

Aprieta aún más los ojos y sube la pistola hasta que el metal helado del cañón le toca la garganta. Asiente enérgicamente con la cabeza, convencido de lo que está por hacer, y empuja la pistola aún más contra la carne temblorosa. Suelta un sollozo que está a mitad de camino entre la pena y la rabia.

Entonces le pide perdón en voz alta a Dani y a Graciela, inspira por la nariz y aprieta el gatillo.



## CAPÍTULO 35

*Viernes, 7 de diciembre de 2018, 1:31 a. m.*

*Clic.*

El fulminante no detona y la bala vieja se queda inerte en la recámara.

Un matemático habría concluido que Raúl tenía un diez por ciento de probabilidades de sobrevivir. Su profesora de yoga, en cambio, que todo sucede por un motivo.

Deja caer la pistola a sus pies, un metro más arriba de donde rompen las olas mansas. Se tira de espaldas sobre las piedras esperando a que su corazón deje de latir desbocado. El cielo está lleno de estrellas borrosas y oscilantes.

Por mucho que le pese, es incapaz de ser verdugo. Ni de sí mismo ni mucho menos de otros. Para eso, o se nace o no se es.

Automáticamente, esa última frase lo transporta treinta años atrás, a su primer día de trabajo en el hospital de Deseado. Acababa de dejar su puesto en la unidad de enfermería del ejército para dedicarse al mundo civil. La directora del hospital, una avezada pediatra llamada Josefina Suils, lo había citado en su despacho para darle la bienvenida.

—Confío en que no perderá de vista que un hospital no es un cuartel, señor Ibáñez. Ni nuestros pacientes son soldados.

Raúl había asentido sin pronunciar palabra.

—Y en mi hospital el valor más importante de todos es la compasión. ¿Sabe de dónde viene la palabra compasión?

—No, señora Suils.

—Del griego. Significa «sufrir juntos» o «acompañar en el sufrimiento». El tiempo dirá si usted está hecho para pasarse la vida

acompañando a otros en el sufrimiento. Para eso, o se nace o no se es.

Tumbado sobre las piedras, Raúl saca el teléfono del bolsillo y escribe un mensaje.

«Dani, estoy en Deseado. Duermo en la casa de una amiga. Paso a verte mañana al mediodía.»

Entonces recoge el arma, se pone de pie y la tira al agua con todas sus fuerzas.

En el puerto, la grúa sigue cargando contenedores.

\*\*\*

Vuelve a su antigua casa, desenrolla la bolsa de dormir y se acuesta sin poder dejar de pensar en el «o se nace o no se es» de la vieja Josefina Suils. Duerme poco y mal. Se levanta mucho antes de que la primera claridad del día empiece a colarse entre los postigos. Faltan como siete horas para el mediodía.

Desayuna un té con galletitas, sentado a la mesa del comedor. Frente a él puso una fuente grande y oxidada que encontró dentro del horno. Una a una, relee las páginas mecanografiadas en la Olivetti. Cuando termina, prende la primera con un encendedor y la deposita en la asadera oxidada. Antes de que se consuma, alimenta el pequeño fuego con la segunda página y así va encadenando las ochenta y siete hasta que solo quedan escamas grises que se deshacen al tocarlas. Sonríe ante la ironía: lo que empezó con ceniza termina en ceniza.

Pasa la mañana haciendo tiempo como puede. Intenta leer una novela, aunque solo logra deslizar la mirada por las letras sin lograr transformarlas en una historia. Se distrae un poco con el teléfono. Por lo menos, ya no tiene que ser cuidadoso con la batería. Lee las noticias de Buenos Aires y las de Bariloche. Completa algunos sudokus *online*. Revisa por primera vez en meses la carpeta de correo no deseado.

Cuando por fin se hacen las once y media, sale por la puerta de atrás arrastrando la valija.

## CAPÍTULO 36

*Viernes, 7 de diciembre de 2018, 11:32 a. m.*

El mediodía es agradable, casi sin viento. Prefiere ir a lo de Dani por la calle Ameghino que hacerlo por la San Martín. Es más subida, pero tiene menos probabilidades de encontrarse con nadie. Lo último que quiere es ponerse a charlar con un viejo conocido.

Camina los quinientos metros hasta la casa de su hijo y toca el timbre. Dani no tarda en abrir. Va en manga corta y tiene puesto un delantal en el que apenas se ve la cara de Mafalda debajo de tanta harina.

—¿Abriste una panadería y no me dijiste nada? —bromea él, soltando la valija para abrazarlo.

—No, te hice pasta casera. No hacía desde la última vez que viniste, así que puede ser que terminemos pidiendo pizzas.

Dani le corresponde el abrazo. Luego se separan un poco y su hijo le regala una de sus sonrisas preciosas. Una sonrisa que le recuerda a la Graciela de hace muchísimos años.

La casa huele a una salsa de tomate muy distinta a las que hace él con carne y pollo. La versión vegana de Dani tiene champiñones y especias que Raúl jamás escuchó nombrar. Es riquísima, sí, aunque Raúl siempre seguirá prefiriendo sus tallarines con estofado y queso rallado de verdad, no ese plástico hecho con soja que Dani manda a pedir a Buenos Aires.

La guitarra y la voz de José Larralde brotan de un aparato cilíndrico sobre la mesa que se parece más a una granada de mano que a una radio. Dani saca su teléfono del bolsillo, toca algo y el volumen de la música baja.

—¿En qué momento se fue todo tan al carajo que necesitamos un teléfono hasta para bajarle el volumen a Larralde?

Su hijo suelta una carcajada y niega con la cabeza, como si Raúl no entendiera nada.

—¿Querés tomar algo, pa?

—¿Cerveza tenés?

—Negra solamente.

—Dale.

Dani trajina un poco en la cocina y trae una bandeja con algo para picar y dos vasos de cerveza.

—¿Por qué no me respondiste el mensaje? —le pregunta, extendiéndole uno.

—¿Qué mensaje?

—El último que te mandé. Te preguntaba en la casa de qué amiga te quedabas anoche.

—Por algo será —dice él forzando un tono cómplice.

Su hijo se encoje de hombros y señala un plato con un puré beige rodeado de bastoncitos de zanahoria.

—Humus —explica—. Es una pasta de garbanzo y ajo. Está buenísimo.

Dani recoge un poco en la punta de un trocito de zanahoria y lo levanta a la altura de los ojos, enseñándole a su padre cómo se lo lleva a la boca. Raúl sonríe al pensar que hace veinticinco años él le hacía un gesto similar a su hijo casi cada día.

—Está bien, entiendo que no me respondas el mensaje. Pero ¿por qué no me avisaste a qué hora venías hoy?

Antes de contestar prueba el humus. No está mal, pero él sigue pensando que la cerveza hay que acompañarla con maní salado.

—Porque no me gusta tener el teléfono pegado al culo como vos las veinticuatro horas.

En ese momento, como si estuviese planeado, la voz de Larralde se apaga y es reemplazada por una campanilla. Raúl se ríe por lo bajo al ver cómo su hijo se apresura a atender la llamada.

—Seguro que es una emergencia —bromea y se echa hacia atrás en la silla, dándole un trago a la cerveza.

—Hola —oye decir a su hijo, que se levanta y camina hacia la cocina—. Sí, soy yo. ¿Cómo? No, no puede ser, ¿cuándo?

Hay un silencio durante unos instantes. Cuando Dani vuelve a hablar, las palabras le salen entrecortadas.

—Voy ya mismo para allá.

En la cocina, Raúl encuentra a su hijo con ambas manos sobre la mesada de mármol y la frente apoyada en la alacena.

—¿Qué pasa, Dani?

—Mamá.

—¿Le pasó algo?

—Está muerta.

## CAPÍTULO 37

*Viernes, 7 de diciembre de 2018, 12:27 p. m.*

En la morgue del juzgado los recibe Luis Guerra, el forense.

—La encontraron en una playa, varios kilómetros al sur de la boca de la ría —les explica—. El reconocimiento va a ser duro, porque el cuerpo está muy hinchado. Estuvo muchas horas en el agua.

A pesar de la advertencia, Dani entra en shock cuando el forense abre la cremallera de la bolsa de plástico negra. Raúl lo abraza e intenta tranquilizarlo, guiándolo hacia la salida de la sala.

Pasan horas esperando en un banco hasta que Guerra termina la autopsia.

—Muerte por ahogamiento —concluye al reencontrarse con ellos.

—¿Y hacía falta abrirla para eso? —le reprocha Dani.

—Cuando se encuentra un cadáver en el agua, es importante descartar que alguien lo haya tirado ya sin vida. Por eso estamos obligados a realizar una autopsia.

Raúl asiente y con la mirada le pide al médico que no tenga en cuenta la hostilidad de su hijo. Luis Guerra niega con la cabeza, respondiéndole que no se preocupe.

—No pude evitar observar varias cicatrices en las muñecas. ¿Había intentado suicidarse antes?

Sin contestarle, Dani da media vuelta y echa a correr. Raúl le hace gestos a Guerra de que vuelve en un rato y se va detrás de su hijo.

\*\*\*

Son casi las tres de la tarde cuando entran a la casa de Graciela. De día y con las luces apagadas, el comedor con sus postigos permanentemente cerrados tiene un aspecto más lúgubre aún que la noche anterior.

Dani barre con la mirada la mesa de madera rústica y la barra antes de internarse con grandes zancadas en el pasillo que da a las habitaciones. Raúl lo espera en el comedor y no puede evitar reparar en la taza limpia apoyada boca abajo en un escurridor de platos junto a la pileta. En la basura seguramente estarán los trozos de la otra.

—¡Me dejó una carta! —grita su hijo desde la habitación y reaparece a los pocos segundos con un sobre en la mano.

Se sienta en la misma silla que usó Raúl hace unas horas, abre el sobre y lee en silencio.

\*\*\*

*Querido Dani,*

*Al ponerme a escribir esta carta, lo primero que se me pasa por la cabeza es pedirte perdón. Pero ojo, no por la decisión que tomo hoy. Al contrario, en todo caso debería disculparme por no haberla tomado antes.*

*Quiero disculparme por no haber podido estar nunca al cien por cien, acompañándote. Por haber sido un lastre toda tu vida. Por encerrarme a llorar cuando lo que debería haber hecho era jugar con vos y darte las sonrisas que te merecías.*

*Dani, querido, lo que hago hoy no tiene nada que ver con el amor que te tengo. Vos y yo sabemos que ya lo intentamos todo, pero para lo mío no hay psicólogo, psiquiatra, ni técnica de meditación que valga. Y ya son muchos años así. Muchísimos.*

*Lo único que me falta para poder irme en paz es contarte mi historia, que siempre les escondí tanto a vos como a tu padre. Hoy no estoy segura de que haya sido la decisión correcta.*

*Como ya sabés, nací en San Rafael, Mendoza. Visitalo algún día si podés, porque es precioso y el vino es exquisito.*

*Nunca supe quién fue mi papá. Ni siquiera estoy segura de que mi propia madre lo tuviera muy claro. Era una mujer que tenía muchos*

*problemas con las drogas y además era alcohólica. Empezaba con la cerveza a media mañana y no paraba en todo el día.*

*Por suerte, yo me crié en la casa de nuestra vecina Amelia, que reconoció pronto la incapacidad de mi mamá y me trató como a su propia hija. Digamos que Amelia desempeñó el papel de madre y mi madre, el de una tía que vive cerca pero ves poco.*

*Antes de que yo cumpliera los nueve años, la pobre Amelia se enfermó y tuve que volver a la casa de mi mamá. A partir de ese momento me crié prácticamente sola.*

*La vida en esa casa era muy diferente a la que yo había conocido con Amelia. Cada noche a mi mamá la venían a visitar hombres y ella me obligaba a encerrarme en mi habitación. Nunca supe si era prostituta, si esos tipos eran otros adictos como ella, o las dos cosas.*

*Al contrario de lo que te puedas estar imaginando, no sufrí ningún abuso sexual durante esos años. Estuvo cerca un par de veces, cuando en medio de la madrugada alguno de los compañeros de mi mamá intentó girar el picaporte de mi habitación mientras ella dormía, pero yo no me olvidaba nunca de darle dos vueltas a la llave antes de irme a la cama.*

*Cuando tenía doce años a mi mamá la internaron por una sobredosis. Entonces la Justicia le quitó mi custodia y me llevaron a un reformatorio. Bueno, ellos le decían «Hogar de niñas».*

*Te podría contar un montón de cosas feas que me pasaron en ese lugar, pero prefiero centrarme en lo bueno: siempre tuve un plato de comida y pude terminar la secundaria.*

*Cuando cumplí los dieciocho, me tuve que ir. En mi último día, la administradora del reformatorio me llamó a su oficina y me hizo dos favores enormes. Uno fue decirme, sin pelos en la lengua, que fuera consciente de que me habían tocado unas cartas de mierda en la vida y que la única posibilidad de cambiar mi suerte era estudiando. El otro fue anunciarme que me había conseguido trabajo limpiando la casa y la bodega de un viticultor.*

*Y así empecé mi vida adulta. El sueldo me alcanzaba para poco más que una habitación en una pensión horrorosa, pero yo era la más feliz del mundo. Por fin tenía mi espacio.*

*Tardé pocos meses en darme cuenta de que la administradora tenía razón. Si no estudiaba, lo más probable era que me pasara el resto de mi*



*vida barriendo bodegas oscuras y vendimiando. Así que me decidí a empezar magisterio.*

*Fueron tres años difíciles, porque el trabajo apenas me dejaba tiempo para estudiar. Nunca logré aprobar ninguna materia con más de siete, aunque siempre me quedó la duda de si fue por falta de horas o de inteligencia.*

*Lo cierto es que logré terminar los estudios y al poco tiempo ya estaba dando clases en una escuelita. Fue una época bonita, en la que tuve la ilusión de que mi vida podía tener un transcurso feliz. Estuve noviendo con un chico durante casi un año y después con otro unos meses, pero con ninguno de los dos funcionó.*

*Cuando rompí con el segundo, me invadió una sensación de vacío inmensa, totalmente desproporcionada para lo que había sido el noviazgo. Me pasé dos semanas enteras tirada en la cama, pensando en todo lo feo que me había pasado en la vida.*

*Solo encontré una cosa capaz de causarme la suficiente ilusión como para levantarme: cumplir mi sueño de viajar al sur.*

*Me acuerdo como si fuera hoy que agarré un mapa de la Argentina y, después de mirar un montón de pueblitos, me decidí por Puerto Deseado. Con un nombre así era imposible no elegirlo, así que me vine sin pensarlo mucho. Al año de estar acá, durante el mundial del noventa, conocí a tu papá. Esa parte ya la sabés.*

*Como verás, hijo, si nunca le conté mi historia a tu padre fue porque no quise que me tuviera lástima. Aunque, con lo que vino después, me la tuvo igual.*

*Me refiero a que en agosto del 91 me pasó algo muy feo que determinó mi destino, el de él y también el tuyo. Nunca te contamos la verdad sobre por qué naciste en Chile. No nos fuimos de Deseado por las cenizas el Hudson, como siempre te dijimos. Hay una historia muchísimo más oscura detrás, que creo que fue el golpe de gracia que me mandó sin pasaje de vuelta al agujero de la depresión.*

*El mismo día que entró en erupción el volcán, me secuestraron. Sufrió mucho e hice cosas de las que no me creía capaz. Pedile a tu papá que te cuente todo lo que pasó esos días. Decile que te hable de los dólares, de los hermanos Contreras y de lo que hicimos en el galpón del ferrocarril. Quizás conociendo esta historia puedas entenderme aunque sea un poquito.*

*Hijo querido, después de todo lo que me has acompañado sé que no es necesario que te recuerde esto, pero necesito hacerlo para quedarme tranquila: lo mío nunca fue una decisión sino una enfermedad.*

*Cuando un enfermo terminal decide que ya no quiere sufrir más e interrumpe el tratamiento médico, la gente lo entiende. Dicen «pobre, ya lleva mucho tiempo así. Eso no es vida.» Bueno, yo llevo casi treinta años llorando cada noche. No es culpa tuya ni de tu padre. Y aunque es probable que los momentos horribles que me tocó vivir hayan tenido algo que ver, hay gente que se sobrepone a cosas mucho peores. Sea como sea, esta enfermedad hoy me gana la batalla.*

*Quiero que sepas que sos un hijo excelente. Fuiste el responsable de los pocos momentos lindos que mi condición me permitió disfrutar. Gracias por eso, hijito.*

*Cuidá a tu padre. Te quiere tanto como yo.*

*Hasta siempre.*

*Mamá*

## CAPÍTULO 38

*Publicado en el diario «El orden» el sábado, 8 de diciembre de 2018.*

### *SUICIDIO EN LAS AGUAS DE NUESTRA RÍA*

*Durante la madrugada del pasado viernes, una mujer de cincuenta y cuatro años se quitó la vida tirándose al agua de la Ría Deseado. El cuerpo, que habría estado más de ocho horas sumergido, apareció a veinticinco kilómetros del punto de entrada. Al parecer, la víctima no sabía nadar.*

*Durante la mañana de ayer, el peón de campo Joaquín Estrada se encontraba rodeando ovejas en la estancia El Atardecer, para la que trabaja, cuando le pareció ver un cuerpo extendido boca abajo sobre el canto rodado de una de las playas del mencionado establecimiento ganadero. Al cerciorarse de que se trataba de un cadáver, Estrada volvió a la casa de la estancia y dio el parte por radio a las autoridades.*

*«Se trata de una mujer de cincuenta y cuatro años, oriunda de nuestra localidad», confirmó Rodolfo Lamuedra, comisario de Puerto Deseado.*

*Según fuentes cercanas a esta redacción, el cuerpo habría estado entre ocho y diez horas a la deriva en el agua. Se estima que la corriente lo arrastró unos veinticinco kilómetros hacia el sur hasta depositarlo en una de las playas de El Atardecer.*

*La mujer habría entrado al agua en Punta Cascajo, donde fue encontrado su teléfono. A pesar de que esta saliente de tierra entre el club náutico y la costanera de Puerto Deseado es elegida por muchos*

*pescadores de la localidad, se presume que, a la hora a la que la fallecida se metió al agua, la playa se encontraba absolutamente desierta.*

*«Los seis metros que tenemos de diferencia de mareas producen corrientes muy fuertes cuando el agua entra o sale de la ría» explicó Fabio Guebel, entusiasta del kayak y pionero del windsurf en nuestra localidad. «Punta Cascajo es un punto particularmente peligroso, ya que la saliente interrumpe el curso normal del agua, formando remolinos. No es la primera vez que alguien se ahoga ahí. El lugar está señalizado hace años con un cartel de prohibido bañarse.»*

*Por el momento, las autoridades no han revelado la identidad de la víctima. Según fuentes cercanas a esta redacción, la mujer sufría de depresión clínica desde hacía años e incluso había estado internada en dos ocasiones en hospitales psiquiátricos de Buenos Aires.*

## CAPÍTULO 39

*Miércoles, 9 de enero de 2019, 12:55 p. m.*

Un mes después del entierro de Graciela, Raúl está frente a un autobús de dos pisos. El motor del vehículo ronronea bajo el techo alto de la terminal de Puerto Deseado.

—Ya tendrías que subir. Sale en cinco minutos —le dice Dani mirando la hora en su teléfono.

—Sí. Ahora subo. Igual seguro que sale tarde —responde Raúl.

Mira a su hijo, sonrío y le pone la mano sobre la nuca. Quiere decir algo. *Debe* decir algo, pero no le sale una sola palabra. Durante el último mes, el tiempo más largo que pasaron juntos desde que Dani terminó la secundaria, ya hablaron lo suficiente.

El día de la muerte de Graciela, Dani le mostró la carta y le preguntó por el secuestro. Entonces él decidió honrar el deseo de su ex mujer y relatarle en detalle lo que pasó durante esas cuarenta horas.

Le contó todo tal y como lo había mecanografiado, sin guardarse ni siquiera las partes más duras. Le explicó quiénes eran Jacinto y Federico Contreras y cómo habían muerto. También le confesó el verdadero motivo de haberse ido de Deseado en el 91 y de dónde había salido el capital inicial para la empresa de soldadura en Punta Arenas que los había hecho ricos. Naturalmente, de aquel relato inicial a Dani le surgieron mil preguntas, y Raúl las contestó una por una a lo largo de días.

Solo decidió ocultarle que la fecha de su concepción coincidía con la semana del secuestro. Lo último que necesita Dani en este momento es una duda.

—Che, papi...

—¿Sí? —se apresura a decir.

—¿Vos pensás que soy muy viejo para volver a la facultad?

—¿Viejo vos? —ríe—. ¿Entonces, qué queda para mí?

Hay un silencio entre los dos, puntuado por el sonido neumático de la puerta del chofer que se cierra.

—No sabía que habías dejado Biología —dice él, intentando que no suene a reproche.

—No dejé, sigo. Me refiero a volver a la Facultad de Veterinaria. Estuve mirando en internet, y entre el año que hice en Rosario más las materias que aprobé a distancia para Biología, creo que tengo hasta segundo completo. Si me pongo las pilas, en tres o cuatro años podría ser veterinario.

A Raúl le asoma una sonrisa en la cara, pero intenta moderarla para no generarle presión a su hijo.

—Me parece una idea genial —dice—. Siempre fue tu sueño.

Va a agregar algo más, pero se reprime, porque sabe que las próximas palabras le van a salir entrecortadas.

—No sé, es una idea. Lo tengo que pensar, y fijarme en...

—Si no lo hacés ahora, te vas a arrepentir el resto de tu vida.

A la mierda la cautela.

—El curso empieza en marzo —se entusiasma Dani—. Puedo aprovechar estos tres meses para ir preparando alguna materia y presentarme al examen como libre. Y también para dejar todo listo acá.

—Contá conmigo para lo que sea. Vos sabés que sería una alegría para mí pagarte los estudios. No existe mejor herencia para un hijo que la educación.

—No me vendría mal una mano, la verdad. Pero quiero trabajar mientras estudio. Ya no tengo edad para hacer vida de estudiante.

Raúl siente ganas de reír y de preguntarle si se da cuenta de lo ridículo que es lo que acaba de decir. ¿Desde cuándo alguien de veintiséis años puede plantearse que ya no tiene edad para algo? Pero no le dice nada de eso, sino que asiente con la cabeza como si el razonamiento de Dani se alineara perfectamente con el suyo.

—Entre lo que gane con mi trabajo y el alquiler de la casa de mamá, voy a tener suficiente.

—Si te parece bien y no te ofende —ofrece Raúl con una sonrisa—, te podés quedar con el alquiler de tu casa. Y también la de abajo.

Con «tu casa», se refiere a la casa en la que vive Dani ahora, que es de Raúl.

—¿Seguro? ¿La de abajo también?

—Claro. Habría que arreglarla, porque lleva diez años prácticamente abandonada. Pero no te preocupes que yo me encargo.

Dani se queda en silencio y agacha la vista. Parece concentrado en las puntas de goma de sus zapatillas.

—¿Qué pasa, hijo?

—Nada. Que mamá no quería saber nada con alquilar esa casa desde que se murió el bebé de los últimos inquilinos.

—Tu mamá creía mucho en que los lugares estaban cargados de energía; algunos positiva, otros negativa.

—¿Y vos qué pensás?

Niega con la cabeza.

—Para mí son paredes con un techo arriba. Nada más.

—Para mí también —coincide su hijo—. Cada vez que paso por enfrente pienso que es un desperdicio que esté así, abandonada. Si la alquilamos, no solo genera otro ingreso sino que deja de deteriorarse.

—Estoy de acuerdo, pero hay algo que no me termina de cerrar.

—¿Qué?

—Si alquilás las tres casas, ¿adónde te vas a quedar cuando vuelvas de vacaciones a Deseado?

—No sé, en lo de algún amigo. Igual, tampoco creo que vuelva mucho.

—La verdad, hacés bien. Cerca de Rosario tenés miles de lugares preciosos para visitar en verano. Aprovechalo.

—Esta vez no me voy a ir a Rosario, pa.

—¿Ah, no? ¿Y adónde entonces?

—A Bariloche.

Se queda petrificado. Eso sí que no se lo esperaba. Su boca repite de manera casi involuntaria las palabras de su hijo.

—A Bariloche...

—Sí, así estoy más cerca tuyo. ¿Qué son dos horitas en auto?

Su única respuesta es abrazarlo con toda su fuerza.

Entonces sí, apoyado en el hombro de Dani, se entrega a un llanto desconsolado. Un llanto lleno de culpa, de dolor y de arrepentimiento en el

que las lágrimas vienen acompañadas de imágenes horribles que tuvo que revivir para escribirlas en ochenta y siete páginas que ahora no son más que ceniza. Lo abraza aún más fuerte, deseando detener el tiempo.

Dani le acaricia la cabeza y le da un beso en la mejilla empapada.

—Te quiero mucho, papá —le dice.

De la congoja aflora un brote tímido de alegría. Y Raúl se da cuenta de que en ese instante, con esas palabras de su hijo, algo acaba de cambiar.

Ya no está pensando en las páginas que quemó. Ahora su mente fantasea con las que Dani escribirá a partir de hoy.

*FIN*

## NOTA AL LECTOR

Querido lector,

¡Muchas gracias por leerme! Espero que hayas pasado un buen rato con esta historia. Si es así, me encantaría que me escribieras para contármelo:

[cristian@cristianperfumo.com](mailto:cristian@cristianperfumo.com)

Si te quedaste con ganas de más, seguramente disfrutarás mis otras novelas de misterio y aventuras ambientadas en la Patagonia.

Por último, me gustaría invitarte a mi lista de correo, donde suelo enviar cuentos inéditos a mis lectores y compartir novedades exclusivas relacionadas con mis libros. De esa manera quedaremos en contacto y podré avisarte cuando publique una nueva historia (nunca te enviaré *spam*). Podés suscribirte en mi web: [www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com).

¡Hasta la próxima!

Cristian Perfumo



## AGRADECIMIENTOS

Antes y durante la escritura de esta novela, mucha gente tuvo la generosidad de ayudarme. Me gustaría dar las gracias a todos ellos.

En primer lugar, a los que tuvieron la paciencia de leer los primeros borradores de esta historia: Trini, Mónica García, Norberto Perfumo, Ángela Blasiyh, Christine Douesnel, Marcelo Rondini, Rolando Martínez Peck, Javier Debarnot, Celeste Cortés, Andrés Lomeña, Luis Paz, Lucas Rojas, Analía Vega, Gemma Herrero Virto, José de la Rosa, Ana Barreiro, Estela Lamas y Carlos Ferrari.

Por otra parte, quiero agradecer a Rolando Martínez Peck, por facilitarme gran cantidad de información sobre la erupción del Hudson y las consecuencias en la zona norte de la provincia de Santa Cruz. También por sus detalladas descripciones de los efectos de los fármacos en los perros.

Como siempre, al gran Hugo Giovannoni por sus clases magistrales, teóricas y prácticas, sobre armas de fuego.

A Luis Paz y a Celeste Cortés, a quienes ametrallé a preguntas sobre antidepresivos, sobredosis y muchos otros aspectos de la ciencia forense.

A mi gran amigo Adrián Altamirano, por compartir conmigo su vasto conocimiento de la industria petrolera en la Patagonia.

A Javier Quintomán por facilitarme filmaciones (espeluznantes, por cierto) de aquellos días, y a Ricardo Pérez por aclararme el origen del nombre de la Cueva de los Leones.

A todos los que se abrieron para hablar de un tema tan delicado como la depresión, sin duda uno de los grandes males de nuestros tiempos.

Por último, quiero agradecer a toda la gente que me hizo llegar sus anécdotas y recuerdos de aquella época. En especial, a la señora Mirna Martín, por sus detallados relatos del día a día durante aquel agosto, pero también a: Jorge Cudugnello, Mario Santillán, Carlos Vera, María Alejandra López, Estela Lamas, Juan Carlos Jaramillo, Sebacar, Diana Ponce,

Mariana Calvo, Raúl Coppa, Elizabeth Weber, Nélica “Coca” Rodríguez, Mónica Ojeda, Gastón Giuliani, Cristian Hermosilla, Paula Lencina, Juan Pablo Melián, Jélica Gómez, Grisel Bueno, Marisa Mansilla, Luz del Sur, Carolina González, Adriana Ortigoza, Noelia Vega, Mario Cambi, Bruno Reichert, Jimena Fuentealba, María Inés Mercado, Ethel RV, Estela Bach, Nelson González, Nanny Pains, Lucía Gerez, Pinky, Cyn Méndez, Nani Hernández, Constanza Patek Cittanti, Celia Elizondo, Silvana Ferreyra, Betty San, Patricia Leyton, Alfredo Hidalgo, Néstor Juanola, Fabiana Álvarez, Liliana Bartomeo, Alejandrina Godoi, María Del Carmen Pereira, Ricardo Ayenao, Ana Laura Nahuelpan, Cristian Contreras, Silvana Aravales, Rodrigo F., Claudia Barra, Débora Rizzo, Lorena Rañil Silva, Hugo Gandolgo y Martha Colo.

Espero no haberme olvidado de ninguno.

# LOS LADRONES DE ENTREVIENTOS

Cristian Perfumo

**Esta novela es una obra de ficción. Los hechos y personajes que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor.**

Edición: Trini Segundo Yagüe

Diseño de portada: The Cover Collection

**[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)**

© Cristian Perfumo, 2020

Primera edición: febrero de 2020

*A mi hermana Mariana.  
Te admiro profundamente.*

*«Yo, que, como dije, había llegado muchas veces a la muerte, allí supe de las minas de oro. El oro es excelentísimo, quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al Paraíso.»*

Cristóbal Colón

## PRÓLOGO

*No estaba en el plan, pensó Minerva.*

No estaba en el plan que este tipo terminara sentado a sus pies con una bolsa de tela en la cabeza, ni que ella tuviera que apoyarle una nueve milímetros en la frente y contar hacia atrás en voz alta.

—Veinte. Diecinueve. Dieciocho...

Dentro del guante de látex, la mano con la que empuñaba la pistola se le estaba empapando de sudor. Respiró hondo. Para tranquilizarse, volvió a recordar lo que le había dicho Pezzano quince años atrás.

*Todo el mundo tiene mucha suerte al menos dos veces en la vida. No te preocupes, te queda una más.*

En el caso de Minerva, el primer golpe de suerte fue salvarse de que la cosieran a balazos en una sala de billares de Buenos Aires cuando tenía veintiún años. El segundo iba a ser ahora. Estaba decidida a llevarse cinco mil kilos de oro y plata de una de las minas más remotas del mundo.

Decidió ignorar la voz dentro de su cabeza que le insistía en que la suerte no funciona así. No somos nosotros quienes decidimos cuándo llega y cuándo se va de nuestras vidas.

Levantó la mirada para observar a sus compañeros. Seguían con el plan, ignorando cuánto habían cambiado las cosas.

—De verdad, escuchame —le dijo el encapuchado a sus pies.

Ella cerró los ojos. No le quedaba otra opción que romper la regla de un atraco sin sangre. Su propia regla. Se iba a tener que tragar el discursito que le había dado al resto de la banda cuando el robo no era más que una idea lejana y un montón de mapas frente a una chimenea.

—Se te acaba el tiempo —le dijo al rehén, y siguió contando—. Catorce. Trece...

—¿Por qué me hacés esto? Soy un trabajador. Nunca le hice mal a nadie.

La frase la impactó como un rayo. *Hijo de mil putas*, pensó. Y la mano izquierda se le cerró en un acto reflejo.



**PARTE I:**

*El Génesis*

## CAPÍTULO 1

### *Buenos Aires. Un año y cuatro meses antes.*

Mientras bailaba el tango *Tiempos viejos* abrazada a un señor de ochenta años, Noelia pensó que era una lástima que se tuviera que ir tan pronto. Esa noche la milonga estaba exactamente como a ella le gustaba. Ni llena de gente, que no te podés mover, ni casi vacía, porque entonces te faltan compañeros y tenés que repetir. Y eso, si te toca el tipo equivocado, puede malinterpretarse.

Después del último acorde, se despidió del señor con un gesto amable y caminó hacia la barra. Por nada del mundo volvería a vivir en Buenos Aires, pero qué lindo era poder bailar tango todas las noches.

Pidió la última cerveza. Si quería llegar más o menos presentable al curso del día siguiente, lo más sensato era irse pronto.

Se giró hacia la pista y bebió el primer trago con los ojos cerrados, disfrutando el líquido frío bajándole por la garganta. Aunque afuera los primeros días de otoño ya obligaban a abrigarse, en las milongas siempre terminabas con calor.

Cuando volvió a abrirlos, le pareció verlo. Bailaba con una señora muy elegante que movía con precisión sus piernas largas enfundadas en medias de red. ¿Era realmente él? ¿Había vuelto a la Argentina? Difícil. Quizás la oscuridad del salón le estaba jugando una mala pasada. Después de todo, el mundo del tango estaba lleno de sesentones de ojeras marcadas y escaso pelo gris engominado hacia atrás.

Siguió con la mirada los pasos de la pareja en la pista. Después de un rebote elegante, la señora se lució con un ocho cortado y él le dijo un par de

palabras al oído, sonriendo. Entonces Noelia ya no tuvo dudas. Esa sonrisa era única.

Mario Pezzano estaba en Buenos Aires.

La mirada de la señora, sumida en el trance del tango, apuntaba a un lugar indefinido. Como la de un ciego, con los ojos desconectados del cuerpo. La de él, por el contrario, iba saltando como una mosca inquieta. De la puerta de entrada al vestido ceñido de una bailarina joven. Del muchacho encargado de poner la música a la salida de emergencia.

*Normal, pensó Noelia. Un tipo como él no puede permitirse bajar la guardia. O quizás ya sí, pero le queda la deformación profesional.*

Cuando Goyeneche dejó de cantar *Sur*, Pezzano se despidió de su compañera con un gesto cortés y miró directamente a Noelia. La saludó inclinando la cabeza, como si se hubieran visto ayer, y enfiló hacia ella.

—¿Cómo puede ser que estés más linda que hace quince años? —le dijo, acodándose en la barra.

—Qué exagerado que sos, Mario —respondió ella y lo abrazó con fuerza—. ¿Cómo voy a estar más linda ahora que cuando tenía veintiuno?

—En serio te lo digo, Minerva.

Al oír su apodo, Noelia sintió que el cuerpo se le tensaba. Hacía más de una década que nadie la llamaba así.

—Primero, es imposible que esté más linda. Y, segundo, no pasaron quince años.

—¿No? Desde finales de 2005...

—Catorce, casi.

—¿Vivís en Buenos Aires?

—Ni loca. Hace años que volví a la Patagonia. Estoy acá por unos días, haciendo un curso —dijo ella, mirando el reloj.

Pezzano hizo una mueca burlona mientras se pedía un whisky.

—Se te fue todo el acento. Antes se te escapaba una gallegada de vez en cuando.

—Catalanada —corrigió ella.

—Eso.

—Cuando me conociste hacía ocho años que había llegado de Barcelona. Ahora ya llevo en Argentina más de la mitad de mi vida. Soy más tango que sardana, Mario. —Dijo esta última frase impostando un

acento tan porteño que pronunció *targo* en vez de tango, como lo hacía Gardel en sus canciones.

—Y el curso ese, ¿de qué es?

—Seguridad informática en ambientes remotos. Me mandó la empresa para la que trabajo.

El barman puso el vaso ancho de whisky sobre la barra.

—«La empresa para la que trabajo» —repitió Pezzano tras un trago—. Te imaginaba haciendo otra cosa.

—Ahora soy una ciudadana con todas las letras. Hasta pago impuestos.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Desde el día que nos vimos por última vez.

Pezzano alzó las cejas.

—¿Y vos, Mario? ¿En qué andás?

—Últimamente, navego. ¿Te acordás del Maese?

—Claro. Cómo olvidar las fiestas que organizabas en ese velero.

—Sigue siendo mi mejor amigo. A principios de 2006 pateé el tablero y me fui a navegar por el mundo. Anduve por el Caribe, crucé a Europa...

—A principios de 2006 —repitió Noelia, pidiendo otra cerveza.

—Sí.

No hacía falta ser una genia para atar cabos. En enero de ese año, una banda de ladrones había saqueado casi ciento cincuenta cajas de seguridad del Banco Río en la localidad de Acassuso. Se llevaron entre ocho y sesenta millones de dólares, dependiendo de a quién le preguntaras. Todos los miembros de la banda habían sido capturados y juzgados menos uno, del que nunca se supo la identidad ni el paradero.

—¿O sea que es verdad lo que dicen? —preguntó Noelia.

—Puede ser.

El atraco había sido tan espectacular e ingenioso que la prensa lo denominó *El robo del siglo*. Noelia había leído que pronto harían una película.

—¿Y no te da miedo volver a la Argentina? La causa todavía no prescribió, ¿o sí?

—No, pero ya salió el juicio y todos cumplieron la condena. Al último lo largaron hace tres años —respondió Pezzano y levantó el vaso de

whisky—. Por el reencuentro, Minerva.

—Por el reencuentro —repitió Noelia, alzando su cerveza.

—¿De qué es la empresa en la que trabajás?

—Es una mina de oro y plata —dijo, señalando la pulsera de color dorado pálido que llevaba en la muñeca izquierda.

Pezzano soltó una carcajada. Ella intentó permanecer seria, pero también se le terminó escapando una sonrisa.

—¿Vos en una mina de oro? ¿Quién fue el inconsciente que te contrató?

—Ya te dije, soy una persona distinta a la que conociste. Después de lo que pasó, me asusté mucho.

—Supongo, porque fue como si te hubiera tragado la tierra.

—Volví a estudiar, terminé la carrera y empecé a trabajar.

—Qué lástima.

—Por lo que veo, vos seguís siempre en la misma.

—Yo nací torcido y me voy a morir torcido.

—¿No te alcanzó con lo que te llevaste del Banco Río? —susurró Noelia—. La cifra que más sonaba en las noticias era veinte millones de dólares. Entre siete tipos, eso da a tres palos cada uno.

Pezzano se encogió de hombros, divertido.

—No te creas todo lo que dicen las noticias.

Noelia negó con la cabeza y le dio un trago a su cerveza.

—¿Vos sabés lo aburrido que es navegar solo? Al principio, no. Los primeros años está buenísimo: las mejores playas, mujeres muy interesantes, te hacés amigo de mochileros franceses. Pero después de dar dos veces la vuelta al mundo, llega un momento en que querés acción. Y yo no sé hacer otra cosa.

A Noelia le interesaban más los viajes de Pezzano que su nostalgia por la profesión, así que le preguntó por los lugares que había visitado. Él le contó que había atracado el Maese en más de ochenta países y encadenó anécdotas dignas de escribir en un libro durante más de media hora. Después, cambió de tema sin anestesia.

—No te voy a hacer ninguna pregunta porque no corresponde —le dijo—, pero si, hipotéticamente, tuvieras información interesante sobre esta mina de oro, yo conozco gente dispuesta a pagar muy bien.

Noelia soltó una carcajada y miró el reloj.

—*Collons*, me tengo que ir, Mario. Mañana madrugo.

—¡Ahí está la gallegada! Ahora sí te creo que sos la misma.

—Catalanada.

Pezzano le pidió un bolígrafo al barman y garabateó algo en una servilleta.

—Tomá. Escribime, Minerva. No quiero que vuelva a pasar tanto tiempo sin vernos.

—Dale —dijo ella, guardándose el papel.

Fue a abrazarlo para despedirse, pero él se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—No pensarás irte sin bailar un tango con un viejo amigo, ¿no? —le dijo, ofreciéndole la mano.

Y Noelia la agarró. Como la había agarrado hacía catorce años, cuando la llamaban Minerva, y él se la había tendido para salvarle la vida.

## CAPÍTULO 2

### *Buenos Aires. Catorce años antes de la milonga.*

La primera transacción en el mundo real a Minerva casi le cuesta la vida.

A los pocos meses de mudarse de Rawson a Buenos Aires para empezar la universidad, había conocido a Qwerty. Y él le abrió la puerta a un mundo donde lo más importante eran los agujeros de seguridad, las contraseñas y los datos confidenciales.

Hasta hacía cinco días, su corta carrera criminal se había limitado a robar información por internet para luego venderla. Pero eso había cambiado cuando a Qwerty, el único miembro de *Hackers\_Portenarios* al que ella conocía en persona, le plantearon un negocio de carne y hueso.

Al principio, Qwerty no había querido saber nada. El tipo que les ofrecía el trabajo era Mario Pezzano, un ladrón de la vieja escuela al que Minerva conocía desde hacía un año. A los ojos de ella, Pezzano era un profesional y una leyenda. Quizás por eso le insistió a Qwerty. Por eso y porque era joven y se quería comer el mundo.

Cinco días después, Minerva golpeaba la puerta de una sala de billares en Avenida de Mayo cargando una mochila en los hombros. A su lado, Qwerty llevaba otra idéntica.

Les abrió un tipo pálido como el marfil de las bolas blancas y entraron a un salón enorme, con al menos cuarenta mesas de billar, pool y snooker. Eran las cuatro de la mañana. Según le había dicho Qwerty, el lugar cerraba a las tres. Verlo así, desierto, salvo por una mesa en el centro donde cuatro hombres jugaban una partida, a Minerva le hizo presentir que

algo no iría bien. Quizás era la sensación contradictoria que producía un lugar prácticamente vacío en el que todavía se olía el humo de miles de cigarrillos.

El hombre que les había abierto la puerta se metió detrás de la barra y se puso a secar vasos. Minerva siguió a Qwerty entre las mesas, en dirección a los jugadores. Uno de ellos era Mario Pezzano. A los otros tres, no los había visto nunca.

El más joven se llevó la mano a la espalda baja y sacó una pistola. No les apuntó, pero a Minerva se le aceleró el corazón. Ni ella ni Qwerty habían traído armas. ¿Qué iban a traer? ¿Un *mouse*? ¿Un teclado?

—Disculpen el recelo de Federico —les dijo Pezzano, mirándolos con sus ojos siempre enmarcados en ojeras violáceas. La voz gruesa reverberaba en el salón vacío. Después hizo un ademán y el que había sacado la pistola volvió a guardarla. Minerva balbuceó que no había ningún problema.

Era la octava o novena vez que lo veía. A través de Qwerty, Pezzano la había invitado a varias fiestas en su particular casa: un velero con el casco pintado de verde dólar atracado en la zona humilde de Tigre. Durante la primera de esas fiestas, habían tenido una conversación a solas, ambos hamacando una copa de vino con los pies en la regala y la mirada en el agua negra del río Luján. Todavía le daba vergüenza recordar ese momento. Estaba tan nerviosa que hasta tartamudeó un par de veces. Así como algunos se quedaban paralizados frente a un famoso, a ella no le habían salido las palabras cuando estuvo mano a mano con el tipo que más bancos había robado en la historia de la Argentina.

—Si existiera la Universidad del Atraco, él sería el rector —le había dicho Qwerty antes de presentárselo.

Pezzano anunció a sus compañeros que continuarían la partida más tarde. Se acercó a Qwerty y le dio un abrazo lento y cálido, como el que le da un tío a un sobrino. Después se giró hacia ella, le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, Minerva?

—Bien, gracias.

—¿Algún problema? —preguntó, desviando la mirada hacia las mochilas que ella y Qwerty traían a las espaldas.

—Ninguno —respondió ella, descolgándose la suya.



Puso la mochila sobre el billar contiguo. Abrió el cierre, sacó un fajo del tamaño de un ladrillo y lo tiró sobre el paño verde. Eran doscientas cincuenta tarjetas de crédito.

\*\*\*

Pezzano sintió ganas de darle un sermón a esa pibita. Si un tipo de su edad hubiera maltratado así a una de las mejores mesas de billar de Buenos Aires, no habría podido hacer la vista gorda. Pero, ¿quién podía culpar a la chica? ¿Qué tendría, veinte años? ¿Veinticinco, como mucho? Seguramente estaba muerta de miedo y quería demostrar confianza. A su edad, él también había recurrido a trucos así.

Recogió el atado y examinó las tarjetas. Cada una tenía un nombre y un número diferentes debajo del logo del Banco del Plata. Soltó un suspiro silencioso, nostálgico. *Cómo cambian los tiempos*, pensó. Le vino a la cabeza un tango.

Él estaba acostumbrado a que, después de un robo, la banda se repartiera billetes o joyas. Este trabajo era una especie de experimento. Diversificar, que le llamaban los libros sobre inversión que leía.

Hasta hacía poco, Pezzano solamente conocía dos formas de robar un banco. Una, durante el horario de atención, en el que se podía entrar por la puerta y la bóveda estaba abierta. El problema era que en ese horario había empleados entrenados para apretar el botón escondido debajo del escritorio y en diez minutos tenías a la policía afuera. La otra era hacerlo cuando no había nadie, preferiblemente un viernes a la tarde, pero entonces tenías que pensar muy bien en cómo atravesar los veinte centímetros de acero y hormigón de la puerta blindada.

Unos meses atrás, Federico había planteado una tercera alternativa que prometía lo mejor de ambos mundos: podrían entrar de madrugada y salir con el botín sin tener que violar ninguna cámara acorazada. Se activarían los sensores de movimiento en las oficinas, sí, pero con diez minutos les sobraba para llevarse lo que iban a buscar. Iban a robar un banco sin tocar un solo billete.

Las gracias había que dárselas a un gerente de sucursal obsesivo, que había dado orden a sus empleados de registrar en una hoja de cálculos los

datos de cada tarjeta emitida. Como consecuencia, esa información, que sólo debería existir en el centro de cómputos de Visa, estaba también en el servidor polvoriento de un banco de barrio.

No les hizo falta lanza térmica ni explosivo plástico. Bastó un destornillador para cambiar el disco del servidor por uno sin datos. Después rayaron un poco la puerta blindada de la bóveda y destrozaron la sala de cómputos para que la policía concluyera que, al no poder acceder al dinero, los ladrones habían descargado su ira rompiendo lo que encontraron a mano.

Para sorpresa de Pezzano, esa parte había funcionado. Lo siguiente era transformar el disco en guita. Y entonces resultó que el hijo de otro ladrón de bancos que había trabajado con él, y había terminado con tres tiros en el pecho, era medio hacker. Qwerty, le decían.

—Son ocho mil veintidós tarjetas —dijo su amiga Minerva—. A cinco dólares por tarjeta, redondeamos en cuarenta mil.

Pezzano sabía que, en promedio, cada uno de esos rectangulitos de plástico tenía un crédito de quinientos dólares. Quinientos por ocho mil eran cuatro millones. Pero de la teoría a la práctica había un buen trecho. Era imposible gastar el máximo de todas las tarjetas antes de que el banco detectara la anomalía.

Por suerte, no tenía que pensar en nada de eso. Su trabajo estaba casi hecho. Ahora sólo faltaba revenderle el lote de tarjetas a un contacto en San Telmo por veinte dólares cada una. Ciento veinte mil de ganancia limpia por pocos días de trabajo. Repartido entre cuatro, no estaba mal. Y si el intermediario lograba hacer una millonada, como les solía pasar con las joyas y cuadros, todos contentos.

Que sea otro quien gane el último dólar. Otra gran frase de los gurús de la inversión.

Extendió la mano hacia atrás y oyó el crujido de la bolsa de papel que le alcanzó Federico. Se la entregó a la chica.

—Gracias —dijo ella—. Si no te molesta, lo voy a contar.

Su voz era firme aunque algo acelerada por los nervios. Se tomó un segundo para observarla. La encontraba preciosa. No sexualmente —a sus cuarenta y nueve años, era uno de los pocos hombres de su entorno que prefería mujeres de su edad—. La veía bella como un padre ve a su hija. Al fin y al cabo, podría ser su hija.

—Por supuesto —le dijo—. Pero antes dejame que te dé un consejo. Nunca más apoyes nada que no sea una bola de baquelita sobre una mesa de billar.

La chica miró la mochila gastada sobre el paño verde e hizo un ademán de retirarla. Pero, antes de que pudiera tocarla, en las paredes del salón retumbó un impacto seco.

—¡Policía! Todo el mundo con las manos arriba —gritaron desde la puerta. La acababan de tirar abajo.

\*\*\*

Minerva sintió que las piernas se le convertían en gelatina al ver que cinco agentes de la Federal le apuntaban con sus armas.

Dejó la bolsa de papel con los cuarenta mil dólares sobre el billar y levantó las manos. Por el rabillo del ojo notó que Qwerty hacía lo mismo.

El sonido del primer disparo le llegó desde atrás. Al girarse, vio al tal Federico con la pistola en alto. El casquillo rodó por el paño verde, entre las bolas.

Entonces el tiempo se volvió más lento. Sonó otro disparo, esta vez del lado contrario, y un pequeño volcán de sangre explotó en el pecho de Federico. Minerva se tiró al piso, y en el segundo que tardó en llegar abajo oyó varias detonaciones más. De un bando y del otro.

Qwerty y ella tocaron el suelo al mismo tiempo, aunque de manera muy distinta. Su amigo no amortiguó la caída con los brazos, sino que su cabeza golpeó las baldosas con un sonido macizo. Quedó mirando hacia ella con un hilo de sangre brotándole del balazo que le acababan de dar en la frente.

La desesperación le apretó tanto el pecho que sintió que le costaba respirar. ¿Cómo había pasado de robar contraseñas en un cibercafé a esto?

—Tomá —oyó que Pezzano le gritaba a su izquierda.

El hombre apoyó en las baldosas una pistola idéntica a la que tenía en la otra mano. Seguramente, la de Federico. Empujó el arma, haciendo que se deslizara entre las colillas aplastadas hasta chocar contra la rodilla de Minerva. Ella se apartó como quien descubre una víbora.

Miró a Pezzano y negó con la cabeza. Una cosa era robarle a una multinacional y otra muy diferente, disparar contra la policía. Volvió a empujar la pistola hacia él y reptó bajo los billares. Notó que Pezzano retrocedía a la par de ella, disparando para defenderse mientras la contienda se desplazaba salón adentro.

Llegaron a la pared del fondo, llena de repisas con tacos de billar. *¿Y ahora qué?*, se preguntó mirando hacia ambos lados. Uno de los tacos estalló en una lluvia de astillas sobre su cabeza.

—Vení —le gritó Pezzano.

Se dirigía a una puerta de madera con un cartel de «Privado» por la que se acababan de meter sus dos compañeros. Pezzano los siguió, y antes de desaparecer por el quicio, le hizo señas para que ella hiciera lo mismo.

Pero Minerva estaba en el otro extremo de la pared. Si se levantaba y corría, terminaría como un colador.

Lo mejor era aceptar las consecuencias.

—Me entrego —dijo y levantó las manos.

—¡No, no! —escuchó que le gritaba Pezzano desde adentro del cuarto.

Ignorándolo, asomó la cabeza por encima de una mesa de snooker. Entonces vio el cañón de un revólver, tres mesas más allá.

Y el fogonazo.

Oyó, casi al mismo tiempo, la explosión de la pólvora y el zumbido de quince gramos de plomo pasando a mil kilómetros por hora junto a su oído izquierdo. Después, calor en la entrepierna. Se le había escapado un poco de orina. *¿Por qué le disparaban si se estaba entregando?*

Lo entendió un segundo antes de que Pezzano se lo gritara desde el cuartito.

—¡No son policías!

La cara ojerosa apareció de nuevo por la puerta, a veinte centímetros del suelo, donde quedaba protegida por otra gran mesa de snooker.

Pezzano le enseñó el pulgar hacia arriba. Luego levantó también el índice, y entonces Minerva se dio cuenta de que estaba contando. El problema era que no tenía ni idea de qué hacer cuando...

El ladrón de bancos alzó el tercer dedo y se levantó, vaciando el cargador en dirección al salón.

—Vení ya —le gritó entre los disparos.

Minerva gateó a toda velocidad hacia la puerta, con las balas estallando en la pared apenas unos centímetros por encima de ella. Fueron los diez metros más largos de su vida.

Finalmente, traspuso el umbral. Se encontró en un depósito atiborrado de tacos rotos, cajas con bolas viejas y cajones de cerveza con envases vacíos.

Pezzano giró la llave y dos barrotes de acero se empotraron en el marco. *¿Este cuartito polvoriento tiene una puerta antivandálica?*, pensó ella.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo —le dijo, alejándola de la puerta, que ya recibía los primeros balazos.

—¿Dónde están los otros dos? —preguntó Minerva.

Pezzano apuntó con el índice hacia arriba y le tiró del brazo, llevándola hacia una escalera vertical oculta tras una estantería. Al subirla, Minerva entendió el porqué de la puerta reforzada.

Emergieron en una especie de entresuelo de apenas dos metros de altura en el que había un escritorio, un sofá y una caja fuerte. No tenía puertas ni ventanas, pero sí una nueva escalera que se perdía en un agujero en el techo.

Subieron. Daba a un cuartito diminuto con una puerta abierta por la que entraba el aire fresco de la madrugada.

Salieron a una terraza que, por algún capricho de la normativa de edificación, había quedado rodeada de cuatro edificios. Tres de los lados eran paredes ciegas que se alzaban varios pisos por encima de ellos. La cuarta no llegaba a los tres metros de altura.

—La policía usa pistolas, no revólveres —le dijo Pezzano mientras escalaba una canaleta de chapa apoyando los pies en las abrazaderas que la sujetaban a la pared.

—No me digas.

Minerva intentó seguirlo, pero apenas levantó ambos pies del suelo para trepar a la canaleta, volvió a caer. Miró hacia arriba. Pezzano había desaparecido de su rango de visión. Si no subía, estaba muerta.

Lo intentó una vez más, pero sólo logró clavarse un tornillo oxidado en la pantorrilla. Escuchó ruidos a sus espaldas. Los tipos estaban a punto de salir por la puerta.

Entonces Pezzano asomó medio cuerpo para tenderle la mano más salvadora que le habían ofrecido nunca. Ella la aferró con fuerza y empujó con los pies contra el cemento hasta encaramarse a la pared.

Ahora estaban sobre un nuevo techo. Corrieron a toda velocidad por la membrana asfáltica, flanqueados por las paredes mohosas de los edificios vecinos, hasta llegar a la fachada. Estaban encima de un estacionamiento de dos pisos sobre la calle Hipólito Yrigoyen. Los compañeros de Pezzano ya corrían por el asfalto hacia la esquina con Piedras.

—Tenemos que bajar —le dijo Pezzano.

—Hay como ocho metros hasta el suelo.

—Tenemos que bajar —repitió, y empezó a descolgarse por las celosías de una ventana del estacionamiento.

Minerva hizo lo mismo hasta que ambos estuvieron con las puntas de los pies sobre un saliente de mampostería encima del portón principal.

—Intentá amortiguar la caída con las piernas —dijo el ladrón antes de soltarse.

Minerva lo vio aterrizar con un par de vueltas sobre las baldosas antes de incorporarse.

—Dale —le gritó desde abajo.

Pero ella no lograba juntar el coraje.

—Dale, por favor.

Ya oía los gritos por encima de su cabeza.

Cerró los ojos, contó hasta tres y se soltó. No tuvo tiempo a intentar amortiguarse con nada. Pasó de estar en el aire a oír un *crack* seco en el tobillo derecho.

—Me parece que me rompí un hueso —gruñó.

—Eso no importa ahora —respondió Pezzano ayudándola a ponerse de pie y tirando de su mano para hacerla correr.

Cada paso era como si le clavaran mil espinas.

A llegar a la 9 de Julio, todavía agarrados de la mano, no había rastro de los otros dos. Se subieron a un taxi.

—¿Por qué me ayudás? —le preguntó ella cuando dejaron atrás el peligro.

—Porque alguna vez alguien me ayudó a mí.

—Tuvimos mucha suerte.

—Todo el mundo tiene mucha suerte al menos dos veces en la vida —le respondió el ladrón, dándole unas palmaditas en el dorso de la mano—. No te preocupes, te queda una más.

Mientras el taxi cruzaba Buenos Aires por la avenida más ancha del mundo, Minerva cerró los ojos por un instante. Vio a Qwerty en el suelo, con un agujero en la frente. Cuando volvió a abrirlos, ya había tomado una decisión. En cuanto se bajara de aquel coche, su aventura de hacker se habría acabado. Terminaría la universidad y conseguiría un trabajo normal.

Aquella madrugada, todavía aferrada a la mano del ladrón de bancos que acababa de salvarle la vida, se prometió despegarse por completo del mundo criminal.

Tardó catorce años en romper esa promesa.

## CAPÍTULO 3

### *Trelew, Chubut, Argentina. Once meses después de la milonga.*

Noelia Viader se recostó un poco sobre el respaldo del sofá. Llevaba una hora repasando documentos y planos en la computadora que balanceaba sobre las piernas cruzadas. También llevaba tres copas de vino.

Se sirvió un poco más e hizo clic en un icono con forma de cebolla. En la pantalla apareció la ventana violeta de Tor, el navegador de internet más privado del mundo.

Nadie sabía quién estaba del otro lado de una conexión Tor. Ningún proveedor de internet, ni Google, ni siquiera la CIA podían rastrearla. La *dark web* es el callejón más sucio de internet y Tor, la única puerta de entrada.

En la barra de navegación, Noelia escribió la dirección de una página web que no visitaba desde hacía catorce años, cuando jugaba a ser hacker y estuvo a punto de terminar con una bala en la cabeza. Como Qwerty.

Sintió un nudo en la garganta, como siempre que recordaba a su amigo. Si ella no hubiera insistido en hacer el trabajo de las tarjetas de crédito, Qwerty estaría vivo. Tomó otro sorbo de vino y pulsó *enter*.

La página a la que entró era un servicio de email encriptado que había nacido para hackers y luego se había extendido a gente preocupada por su higiene digital a la que la mayoría tildaría de paranoicos. Gente como ella.

Pagó con Bitcoin los diez dólares que costaba abrir una cuenta irrastreable. Después tecleó la dirección que Pezzano le había dado la noche



de la milonga y escribió un mensaje de una sola línea.

«¿Tenés un teléfono seguro al que llamarte? Saludos. Minerva.»

Vació la cuarta copa de un trago, apartó la computadora de su regazo y se extendió en el sofá. Inconscientemente, los dedos de la mano derecha jugaron con la pulsera en la muñeca izquierda. Se la había vuelto a poner ese día tras meses sin usarla y le molestaba.

Vaya si le molestaba.

La respuesta de Pezzano tardó apenas quince minutos en llegar y fue igual de escueta. Un número de teléfono seguido de dos palabras.

«Llamame ahora.»

Se sirvió lo último que quedaba de la botella de malbec y marcó el número desde un viejo Nokia que había comprado dos días atrás en un negocio de segunda mano. Tomó otro trago. El vino le pasaba por la garganta como agua. Hacía años que no tomaba tanto alcohol.

*No estoy en las mejores condiciones para hacer esta llamada, pensó.*

Sin embargo, pulsó el botón verde sin miedo ni dudas. En todo caso, la sensación fue de ligereza. De alivio. Llevaba mucho tiempo planeando lo que estaba por hacer y no tenía nada que perder.

Sacudió la cabeza para espantar los recuerdos que empezaban a apilonarse en la mente. Un dolor punzante la recorrió de sien a sien como si alguien hubiera golpeado un gong dentro de su cráneo.

*Estoy borracha y tengo resaca al mismo tiempo. Me estoy haciendo vieja, la puta madre.*

—Vamos mejorando —dijo la voz gruesa de Pezzano del otro lado de la línea—. Esta vez sólo pasó un año, no quince.

—¿Dónde estás?

—Bajando por la costa de Brasil, en un pueblito muy cerca de Uruguay. Mañana o pasado llego a Punta del Este.

—¿Te acordás de lo que te conté en la milonga sobre mi trabajo?

—Cómo olvidarlo.

—Tengo toda la información para desvalijar la mina.

—Me gusta. Decime qué tenés y veo cuánto puedo conseguirte.

—No pienso vendérsela a nadie, Mario. Quiero que la robemos juntos.

—¿Quiénes?

—Nosotros. Vos, yo y por lo menos tres más.

Pezzano soltó una carcajada.

—¿Qué te pasó? ¿Volviste al lado oscuro?

—Cuando uno nace torcido...

—Te dije que esos tipos eran unos inconscientes. ¿Cómo se les ocurre contratarte? Ellos mandando a su empleadita a hacer cursos a Buenos Aires y la empleadita ahora los quiere desplumar.

—*Ex* empleadita.

—Upa. ¿Venganza?

Noelia no contestó. Tenía la mirada fija en la pulsera, una cadena dorada que unía las figuras de un puma y un guanaco. Ambos animales tenían las patas extendidas hacia adelante y hacia atrás, como si el puma estuviera corriendo al guanaco. Cazándolo.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Pezzano.

—Entre doce y quince millones de dólares, valor de mercado. Estimo que, como mínimo, le podemos sacar un sesenta por ciento limpio.

Noelia oyó de nuevo la risa al otro lado de la línea.

—¿De verdad me estás proponiendo un trabajo?

Vació en la garganta el último trago de vino. Tenía la lengua y los dientes ásperos.

—Más que proponiendo, te estoy invitando. Yo voy, con vos o sin vos.

—Minerva, te voy a hacer una pregunta y necesito que me contestes la verdad.

—*Okey*.

—¿Puede ser que estés un poquito mamada?

—Puede ser.

—O sea que me llamás en pedo, no me contás qué te hizo cambiar de opinión y encima pretendés que te tome en serio.

—Pretendo que escuches el plan, nada más. Si no te gusta, seguís con tus aventuras de Jacques Cousteau. Hablamos mañana a la misma hora.

Le cortó sin esperar respuesta. Después cerró los ojos y se llenó los pulmones de aire. Todo a su alrededor daba vueltas. Tragó saliva varias veces. Cuando volvió a abrirlos, se dio cuenta de que tenía dos dedos metidos entre la pulsera y la muñeca.

Resistió el impulso de arrancársela. A los enemigos convenía tenerlos cerca.

## CAPÍTULO 4

### *Trelew, Chubut, Argentina. Doce días después de la llamada telefónica a Pezzano.*

El diablo está en los detalles, dicen en inglés. Y qué razón tienen los yanquis, pensó Noelia. Porque la primera vez que había mirado ese plano, no le había parecido tan difícil. Entrar, abrir la bóveda —preferentemente por las buenas— y salir en menos de las dos horas que tarda la policía en llegar a una de las minas de oro más remotas del mundo.

—¿Cinco mil kilos? ¿Cómo vamos a hacer para irnos de ahí con cinco mil kilos? —le preguntó Pezzano, señalando el mapa.

Habían llegado hacía media hora a la pequeña casa que los padres de Noelia le habían dejado en Trelew cuando se volvieron a Barcelona. Ella había ido a buscar a Pezzano al puerto de Rawson y habían hecho los veintiún kilómetros de vuelta charlando de los viejos tiempos, de la vida en el mar y de cualquier cosa menos el plan.

—Cinco mil kilos no son tanto —matizó—. Además, es un volumen manejable. El doré es diez veces más pesado que el agua.

—¿El doré?

—Así se llama a la aleación de oro y plata que produce la mina. Cada lingote pesa sesenta kilos.

—¡Sesenta kilos! —exclamó Pezzano, abriendo los brazos.

—No son tan grandes. Cada uno es, más o menos, como tres botellas de litro y medio una detrás de la otra.

—Me los imaginaba mucho más chicos. Como una tableta de chocolate gruesa.

—Así son los de oro puro que se guardan en los bancos. Pero los de Entrevientos son industriales. Si fueran más chicos, harían el trabajo más lento. Y si fueran más grandes, serían muy difíciles de maniobrar. Sesenta kilos es el punto intermedio ideal.

—Eso es más que una bolsa de cemento. Yo nunca en mi vida logré levantar una —dijo Pezzano.

—No creo que lo hayas intentado muchas veces.

—¿Me vas a contar el plan o no, Minerva?

Noelia sonrió.

—¿Qué? —preguntó él.

—Hace muchos años que nadie me llama así.

—No te conozco ningún otro nombre.

—Mejor. Minerva está bien, me gusta haberlo recuperado. Y sí, te voy a contar el plan, pero antes quiero hacerte una pregunta.

—Dejame adivinar. Querés saber por qué navegué mil quinientos kilómetros para venir a verte en vez de atracar el Maese en Punta del Este y tomar mojitos.

—Exacto.

—¿Alguna teoría?

—La única que se me ocurre es que se te esté acabando tu parte de lo del Banco Río.

La carcajada de Pezzano resonó en el comedor de Noelia.

—Frío. Muy frío. ¿Nunca oíste hablar de la regla del cuatro por ciento?

Ella negó.

—Hasta un gilastrún como yo te la puede explicar. Invertís en acciones y bonos de todo el mundo, que tienen una rentabilidad promedio en dólares del siete por ciento anual. Menos el tres por ciento, que es una estimación al alza de la inflación en Estados Unidos, te queda un cuatro por ciento. Si sólo gastás esa cantidad, nunca perdés capital.

—No te tenía así de organizado.

—¿Un ladrón de bancos no puede ser previsor? ¿Te pensás que cuando comprás la primera pistola firmás un contrato comprometiéndote a gastarte todo en joda?

—No quise insinuar eso. Sólo me resulta extraño que, siendo tan ordenado con el dinero y teniendo la vida resuelta, te interese un nuevo

robo.

Los cálculos de Noelia eran simples. Si era verdad que cada ladrón del Banco Río se había llevado tres millones de dólares, el cuatro por ciento eran ciento veinte mil dólares. O sea, Pezzano ganaba diez mil por mes sin mover un dedo.

—Ya te lo dije el día de la milonga. Tener la vida resuelta está genial durante un tiempo. Después es insoportable.

—O sea que estás acá por aburrimiento.

Pezzano le mostró una sonrisa amarga y se señaló así mismo.

—Estoy acá porque me hago viejo.

—¿Estás enfermo?

—Tengo la salud de un toro.

—¿Entonces?

Pezzano fijó la mirada en un punto indefinido de la pared.

—A veces estoy en el Maese, solo en el medio del mar, y pienso en qué pasaría si me tiro al agua. ¿Y sabés lo que me imagino? Que no me pasa nada. No me ahogo, no me come un tiburón, no me rescatan en helicóptero, nada. Como si el mundo se hubiera olvidado de que existo. ¿Entendés por qué necesito algo así? —preguntó, señalando el mapa de la mina.

Noelia asintió. Últimamente ella también flotaba en un mar de indiferencia.

—Pero no pienses que me lo voy a tomar a la ligera —añadió el ladrón—. Aunque a veces me vengan esos bajones, sé que tengo una vida privilegiada. Si voy a arriesgar mi libertad, tu plan tiene que ser inmejorable. Si no, no me meto ni loco. Así que, desembuchando.

Y Noelia desembuchó durante media hora. O, mejor dicho, fue Minerva quien lo hizo.

## **PARTE II:**

### *El plan*

## CAPÍTULO 5

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio después de la reunión en Trelew.*

—Es ahí —dijo el taxista, señalando un portón abierto entre los árboles al costado del camino.

Era la segunda vez que el hombre pronunciaba palabra desde que habían salido de la terminal de ómnibus de San Rafael. Durante los cinco kilómetros de viaje se había limitado a tararear las canciones de Calamaro que sonaban en el estéreo. Ni siquiera había dicho nada al entrar al camino de tierra del tramo final, donde las montañas desiertas se convertían en un pequeño bosque.

Minerva le pagó y bajó del vehículo. El taxi dio una vuelta en “U” y se alejó, dejándola sola frente a la tranquera abierta. A un costado, un cartel de madera anunciaba «Bienvenidos al Bosque Aéreo Treetop».

Se adentró en el lugar arrastrando su pequeña maleta. Había volado de Trelew a Mendoza, vía Buenos Aires, solamente con equipaje de mano. De todo lo que necesitaba para estos días, lo más importante era la información, que estaba repartida entre su cabeza y una cuenta anónima de un servidor encriptado en Nueva Zelanda.

El camino de gravilla entre los árboles la llevó a la construcción más rara que había visto en su vida. En vez de una cabaña de madera con chimenea de piedra, que era lo que le hubiera pegado a aquel pedacito de bosque enclavado en las montañas áridas de la precordillera, Minerva estaba frente a una semiesfera formada por cientos de caras triangulares que

parecía sacada de una película de ciencia ficción. Era como si alguien hubiese enterrado hasta la mitad una pelota de golf gigante. En la puerta, proyectada hacia afuera como la de un iglú, colgaba un cartel con la palabra «Recepción».

Un fuerte zumbido sobre su cabeza la hizo mirar hacia arriba. Una niña colgada de un arnés se deslizaba a toda velocidad por un cable de acero suspendido entre dos árboles.

—Sospecho que te va a gustar— oyó a sus espaldas.

En la puerta de la construcción futurista acababa de aparecer un hombre que no llegaría a los cuarenta años. Tenía los hombros anchos y el pelo negro y recio, con algunas canas. En medio de una barba corta y oscura, su media sonrisa destacaba como un tajo blanco.

Se dirigió hacia ella y le estrechó una mano firme, de tacto áspero.

—Según la jefa, me llamo Mac.

Ella sonrió.

—Minerva. Y no soy la jefa. Somos un equipo.

—No me digas que le voy a tener que decir a los muchachos que te cambien el apodo —dijo, señalando la construcción a sus espaldas.

—Me parece que sí.

—Bueno, no-jefa, encantado de conocerte en persona. Mario ya debe estar por llegar. También me llamó tu amigo, el de la Patagonia. Tuvo una demora en el aeropuerto de Comodoro, pero ya viene de camino. Adentro están los otros dos. Vení que te los presento.

Antes de entrar a la recepción, Minerva notó que entre los árboles había más construcciones semiesféricas. Eran todas de distintos tamaños y estaban recubiertas con diferentes materiales.

—Tenía razón Mario —le dijo a Mac.

—¿En qué?

—En que este lugar es especial —respondió mientras entraban a la recepción.

En el medio de la sala circular había un escritorio alto hecho con medios troncos, un dispensador de agua y una máquina para comprar gaseosas.

—Supongo que nunca habías estado en un domo geodésico, ¿no?

—Nunca —respondió mirando hacia arriba.



Las caras triangulares estaban hechas con listones de madera. Muchos tenían clavos de los que colgaban cascos, arneses y mosquetones. Otros, pósters promocionando lugares turísticos de la zona o algún recorte de periódico donde Mac posaba orgulloso delante de su emprendimiento.

—Son estructuras magníficas —dijo él, dando un salto para agarrarse de las tiras de un arnés que colgaba sobre sus cabezas. Los pies le quedaron suspendidos a diez centímetros del suelo—. Pesan poco, se construyen con materiales baratos y son increíblemente resistentes.

—¿Qué es exactamente este lugar? —preguntó Minerva.

Mac soltó una mano del arnés para agarrarse de otro, medio metro más cerca de Minerva.

—Un parque de diversiones activo. Acá, para pasarlo bien hay que trabajar. Ya vas a ver.

Se dejó caer y señaló una puerta opuesta a la de entrada.

—Vení que te presento a los que ya llegaron.

Se metieron en un pequeño pasillo que a Minerva le recordó a los fuelles entre los vagones del viejo tren a Bahía Blanca que tomaba en sus veranos universitarios. Después pasaron a otra sala, también redonda, aunque mucho más grande que la anterior. Había una chimenea en el centro, sobre la que pendía una gran campana de metal que sacaba el humo por lo más alto del domo. El aire olía a lumbre y a vainilla.

Dos hombres la miraron desde los sofás alrededor del fuego. Uno no superaba los treinta años y tenía la piel cobriza. Los rasgos andinos le hubieran bastado a Minerva para concluir que era el experto en cerraduras que venía desde Salta. Para confirmarlo, el muchacho tenía en las manos un cubo de metal que parecía una caja fuerte en miniatura.

El otro estaba acostado, ocupando todo un sofá. Tenía la piel bastante bronceada, pelo corto peinado hacia arriba y brazos muy gruesos a base de gimnasio. Tendría, igual que Mac, unos cuarenta años, aunque con él el paso del tiempo había sido menos generoso.

Ambos se pusieron de pie y se acercaron a ella.

—Soy el Cerrajero —dijo el más joven, pronunciando la doble erre como el zumbido de una abeja, con el típico acento del noroeste argentino.

—Veo que ya te acostumbraste a tu seudónimo —respondió Minerva.

—Es que soy cerrajero de verdad. Todo el mundo me dice así.

—Yo soy Pólvora —dijo el otro—. Apodo recién estrenado, pero me gusta.

Pólvora tenía unos ojos de color verde pardo que a Minerva le hicieron pensar en un gato. Entre los dedos sostenía un puro marrón que largaba humo con aroma a vainilla.

—Encantado de conocerte, jefa —añadió.

—«Jefa» no le gusta —acotó Mac.

Pólvora y el Cerrajero se miraron. Parecían decepcionados, como si hubieran pasado horas eligiendo el sobrenombre.

—Somos un equipo —explicó ella—. Cada uno pone algo importante. Yo, la información.

—Entonces en vez de Jefa podemos llamarte Wiki —sugirió Pólvora.

—Ni loca —rió ella—. Parece un chiste. Además, yo ya vengo con seudónimo. Soy Minerva.

—¿Como la marca de jugo de limón? —preguntó Pólvora.

—Como la diosa de la sabiduría y la estrategia militar —respondió ella.

Los tres hombres se quedaron en silencio, como si la frase los hubiera tomado por sorpresa.

—Me gusta —dijo Pólvora—, tiene potencia.

*Y si no te hubiera gustado, daba igual*, pensó ella.

—Bueno, ponete cómoda —le dijo Mac, señalando los sillones.

—Gracias, pero después de dos aviones, casi cuatro horas de colectivo y el taxi, prefiero quedarme un rato de pie.

Mac se encogió de hombros.

—Como quieras. Te vamos a cobrar lo mismo —le dijo con una sonrisa—. Cerrajero, preparale unos mates o lo que quiera tomar. Yo me voy a terminar con los últimos clientes. Cuando vengan los otros dos, empezamos.

Minerva asintió y Mac se fue por la puerta que conectaba con la recepción.

—¿Mate? —le ofreció el Cerrajero, dirigiéndose a la alacena curva que copiaba el contorno de la pared.

Ella asintió en silencio. Luego alzó la vista al techo.

—Es una mezcla entre cabaña hippie y película del futuro, ¿no? —dijo Pólvora, volviendo a tirarse en el sillón.

—Este tipo es especial —añadió el Cerrajero.

—Sin duda —reconoció ella—. No cualquiera se anima a hacer algo así. ¿Qué hay que contratar? ¿Albañiles? ¿Carpinteros?

—Él no contrató a nadie. Lo hizo todo con sus propias manos.

—Hasta los muebles —añadió Pólvora, levantando una esquina del almohadón sobre el que apoyaba la cadera. Debajo de la tela, el armazón de madera resultó estar hecho con pallets.

—¿Él solo? —preguntó ella mientras ponía sobre la mesa su computadora portátil y un pequeño proyector.

—Él solo —respondió el Cerrajero—. Y todavía no viste nada.

## CAPÍTULO 6

### *Trelew, Chubut, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Sentada en el mismo sofá desde el que hacía doce días le había enviado el email, Minerva miraba a Pezzano. El viejo ladrón de bancos había escuchado atentamente el plan y ahora caminaba por el comedor. Un instante antes, había dicho que el robo era tan complejo como un laberinto lleno de leones hambrientos.

Ella tamborileaba los dedos en el tapizado de un almohadón mientras esperaba que Pezzano le diera su respuesta. Sin él, sería mucho más difícil.

—Sería una locura, Minerva —le dijo al cabo de un rato.

Levantó la cabeza, decidida a hacerlo cambiar de opinión, pero se encontró con unos ojos rebosantes de picardía.

—Sería una locura quedarme afuera de algo así —completó él.

—¿En serio? —preguntó, sorprendida. Tenía ganas de levantarse y abrazarlo.

—En serio. Hablemos de roles. En primer lugar, necesitamos a alguien que sea de la zona y la conozca a la perfección.

—Tengo a la persona ideal —dijo, pensando en Norberto Segura, un viejo conocido con el que había coincidido en otra minera de la Patagonia.

—También vamos a necesitar un cerrajero, un pólvora y un Mac.

—El cerrajero es el que abre la bóveda, supongo.

—Correcto.

—¿Y los otros?

—Un pólvora es un tipo que sabe mucho de armas y explosivos. No sólo manejarlos, sino también dónde conseguirlos. Porque un robo como el que vos planteás no se puede hacer con pistolas de juguete.

—Como las que usaron los ladrones del Banco Río... —dejó caer ella.

—Exacto. Ni tampoco con pistolitas calibre veintidós. Para esto vamos a necesitar unas señoras armas.

—¿Y un Mac? —preguntó.

—Un MacGyver. En cualquier robo, por más organizado que esté, algo siempre sale mal y hay que improvisar. Necesitamos alguien que te arregle un avión con un rollo de alambre. Los Macs son los que hacen que la prensa termine hablando de «obra maestra» después de un robo. Yo conozco al tipo perfecto. En 2005 intenté reclutarlo para un trabajo, pero no quiso. Ahora su situación cambió bastante.

—¿Y un cerrajero y un pólvora también podés conseguir?

—Por supuesto. Con eso ya tenemos la banda completa.

—Casi —lo corrigió ella—. También necesitamos tres perros.

—Nunca escuché hablar de perros.

—Son peludos y hacen guau.

—¿Perros de verdad?

—Exacto. Pero no perros cualquiera. Tienen que ser de campo, bien entrenados, de esos a los que el amo les grita tres palabras y saben exactamente cuántas ovejas ir a buscar.

—No entiendo nada —dijo Pezzano—. ¿Para qué querés tres perros?

A Minerva le llevó varios minutos explicárselo.

## CAPÍTULO 7

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio después de la reunión en Trelew.*

Minerva seguía de pie, intentando recuperarse de tantas horas sentada, cuando la puerta del comedor volvió a abrirse. Detrás de Mac entraron Mario Pezzano y Norberto Segura, el ex compañero de trabajo de Minerva en la mina de Cerro Retaguardia.

—¿Qué hacés, piba? —le preguntó Pezzano mientras le daba un beso en la mejilla—. ¿Cómo te tratan estos delincuentes?

Oyó algunas risas. Buena señal.

—Por ahora te puedo decir que el Cerrajero hace unos mates espectaculares.

Norberto Segura, por su parte, la saludó con un fuerte abrazo. Estaba un poco más gordo e igual de pelado que la última vez que se habían visto, hacía cinco años, cuando Minerva dejó de trabajar en la mina de Cerro Retaguardia para irse a Entrevientos. La barba larga hasta el pecho, ahora más blanca que negra, lo hacía aparentar cinco años más de los cuarenta y cinco que en realidad tenía.

Después de conversar un buen rato entre todos para romper el hielo, Pezzano juntó las manos en una sonora palmada.

—Bueno, ¿les parece si hablamos de negocios? —dijo.

Se acomodaron en los sillones, alrededor de la chimenea. Minerva quedó justo enfrente de Mac. Lo observó disimuladamente durante un

segundo. No era increíblemente atractivo, pero tenía algo. Sobre todo, cuando sonreía.

—Mi papel es secundario, señores —arrancó Pezzano—. De hecho, no voy a poner un pie en la mina.

—¿En serio? —preguntó Pólvora, que se había vuelto a acostar, ocupando él solo uno de los sillones.

—En serio. Mi rol en esto es de consejero y, más que nada, financista. Porque el plan de esta inteligentísima mujer es brillante, pero también muy caro de ejecutar. Señores, les presento a su jefa.

Mac aplaudió, y de a poco los otros miembros de la banda se le unieron. Ella les agradeció con una sonrisa.

—Minerva —dijo—. Quedamos en que me llamo Minerva. Y gracias por el aplauso, sobre todo porque todavía no saben lo que les voy a proponer.

—Yo confío en Mario a ciegas —dijo Pólvora.

—¿Mario? —preguntó ella, exagerando una expresión de desconcierto—. No conozco a ningún Mario.

Pólvora señaló a Pezzano.

—El Banquero —corrigió Minerva—. Es muy importante que nos dirijamos el uno al otro con los apodos. Al principio puede que sea difícil, porque algunos de nosotros nos conocemos desde hace años. Pero el día del golpe no se nos puede escapar un nombre sin querer, así que vayamos desde hoy mismo acostumbrándonos. A partir de este momento no existe Mario Pezzano, sino el Banquero.

Los cinco hombres asintieron.

—Muy bien. Empecemos —dijo ella, y se levantó con un gesto casi inconsciente la manga izquierda—. Ya todos saben que el objetivo es Entrevientos, una mina de oro operada por la multinacional canadiense Inuit Gold.

—Entrevientos —repitió el Cerrajero, que entre mate y mate jugaba con el cubo de metal—. Se partieron la cabeza. Ese nombre le vendría bien a cualquier lugar de la Patagonia, ¿no?

—Así es como se llamaba el campo donde está el yacimiento —apuntó Norberto Segura.

—Correcto —dijo Minerva—. Entrevientos produce oro donde antes se criaban ovejas. Treinta y nueve mil hectáreas en el medio de la nada.

—Mierda, es grandecita —observó Pólvora.

—Y muy diferente a cualquier lugar que hayan podido robar antes. Por eso es fundamental que cada uno haga su parte a la perfección, como si fuéramos una orquesta. Por ejemplo, vamos a necesitar a alguien que conozca los caminos de la zona como si fueran el patio de su casa. Y no existe nadie mejor que... —Minerva señaló a Segura, a punto de decir el apodo que había pensado para él, pero su viejo compañero de trabajo se le adelantó.

—Soy el único nacido en la Patagonia. Así que me pueden llamar «el Pata».

—Muy bien —prosiguió Minerva, dirigiéndose al resto—. Con esa cara de buda que le ven, el Pata fue uno de los piratas del asfalto más exitosos de los años noventa.

—Terminé preso, así que tan *crack* no soy.

—Además de ser experto en camiones, trabajó durante un año en la mina de Cerro Retaguardia, muy parecida a Entrevientos.

—¿Te echaron? —preguntó Pólvora.

—Es una historia larga. Pero sí.

—También tenemos el honor de contar con el Banquero —dijo Minerva señalando a Pezzano—. La persona que más bancos robó en la historia de la Argentina.

—Treinta y dos —acotó con una sonrisa.

Minerva hizo una pausa para ver si, en un arranque de vanidad, Pezzano mencionaba el Banco Río. Pero cuando el hombre volvió a pronunciar palabra, fue para desviar la atención.

—Y yo me traje a un par de amigotes —dijo, señalando a Pólvora y a Mac—. A Pólvora lo conozco desde hace más de quince años. Uno de sus primeros trabajos lo hizo conmigo, ¿te acordás?

—Como para no acordarme.

—Y a Mac también lo conozco desde hace una vida. Más aún que a Pólvora. Nunca trabajé con él, pero no porque yo no se lo haya ofrecido.

Mac levantó la mano, como pidiendo permiso para hablar.

—A mí me gustaría dejar clara una cosa —dijo—. Yo no... digamos que no soy del palo.

—¿Qué querés decir? —preguntó el Pata.

—Que este sería mi primer robo.



El Pata miró a Minerva, desconcertado.

—¿Vamos a traer a alguien virgen a un trabajo así de grande?

—Tan grande que no se puede hacer sin una persona como él —intervino Pezzano.

—Esperen —dijo Minerva—. Si esto sale mal, terminamos presos. O peor. Así que nadie va a hacer nada con lo que no se sienta cómodo. Lo único que les pido es que durante estos días escuchen el plan con la mente abierta y lo piensen. La decisión la toman al final, ¿les parece?

Los hombres asintieron.

—Ya que estamos de presentaciones, a este lo traje yo —dijo Pólvora dándole una palmada en el hombro al Cerrajero—. Especialista en cerraduras y mecanismos de seguridad. En los ratos libres es cerrajero de verdad.

—Cajas fuertes y puertas blindadas también, supongo —preguntó el Pata.

Pólvora y el Cerrajero se miraron con una sonrisa cómplice.

—Con un juego de ganzúas, te abre hasta el culo de una Barbie —dijo Pólvora.

—Abrir, abro. Lo que nunca logré fue cerrarle la boca a este animal.

## CAPÍTULO 8

### *San Rafael, Mendoza, Argentina.*

—¿Alguno de ustedes tres ha estado en la Patagonia? —preguntó Minerva.

Mac y el Cerrajero negaron con la cabeza. Pólvara asintió.

—Yo fui a Bariloche con los de la secundaria —dijo.

—¿Terminaste la secundaria? —preguntó el Banquero.

—No, dejé en tercer año. Pero cuando los de mi curso llegaron a quinto, los convencí de que me dejaran ir con ellos.

—El lugar al que vamos a ir no tiene absolutamente nada que ver con Bariloche —aclaró Minerva—. Acá no hay bosque, ni montañas, ni lagos, ni perros San Bernardo con los que sacarte fotos.

—Bariloche es un decorado de cine —acotó el Pata, que preparaba la siguiente ronda de mate.

Minerva se puso de pie y presionó el interruptor de la luz. El domo quedó iluminado únicamente por el brillo naranja de las llamas. Mientras se dirigía hacia la mesa, se secó disimuladamente el sudor de las palmas en los costados del pantalón. Agarró el aparatito que había dejado junto a su computadora y apretó uno de los botones. El pequeño proyector portátil se activó, dibujando un mapa de la Argentina sobre la pantalla de lona que Mac había desplegado unos minutos antes.

—Para los que vienen flojos en geografía, Santa Cruz está a la altura de las Islas Malvinas —dijo, señalando la punta sur del continente americano, justo por encima de Tierra del Fuego—. Es la segunda provincia

más grande de la Argentina y la que menos densidad de población tiene. Poco más de un habitante por kilómetro cuadrado.

Apretó de nuevo el botón y el contorno de Santa Cruz se remarcó en el mapa. Luego apareció un punto rojo al noreste.

—Acá pasa todo. Esta es la mina de Entrevientos.

—Está lejísimos —dijo Pólvora.

—Dos mil kilómetros a Buenos Aires. Trescientos al aeropuerto más próximo.

—El pueblo más cercano es Puerto Deseado —añadió el Pata—. Quince mil habitantes. Está a ciento diez kilómetros de Entrevientos.

Minerva volvió a apretar el botón del aparatito. Ahora la imagen se había ampliado a un mapa de Santa Cruz que abarcaba toda la pantalla. Alzó un dedo a modo de advertencia.

—Ojo, que los kilómetros engañan —dijo, señalando las líneas azules que cruzaban el mapa—. Miren la red de rutas pavimentadas de la provincia. El asfalto más cercano está a más de dos horas de Entrevientos.

—Me parece que ya nos queda claro —dijo Pólvora—. Está en el culo del mundo.

—Exactamente.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es perfecto.

## CAPÍTULO 9

### *San Rafael, Mendoza, Argentina.*

Del otro lado de la chimenea, Mac observaba a Minerva. Detrás de esa sonrisa y de esas manos que no lograban quedarse quietas, él adivinaba nervios. Algo le decía que aquella mujer era como él. Que no venía del mismo mundo que el resto de los que estaban en el comedor de su casa.

—Olvídense del tipo con sombrero, buscando pepitas con el agua hasta las rodillas —decía ella—. La minería de la que les hablo se dedica a extraer entre veinticinco y treinta gramos de oro por cada tonelada de tierra que procesa. En proporción, es equivalente a recuperar la sal que hay en un guiso.

En la pantalla apareció la foto aérea de una planta industrial. A Mac le recordó a la enorme cementera por la que pasaba siempre que iba a Mendoza.

—Señores, les presento a la planta de procesos de Entrevientos. De las treinta y nueve mil hectáreas del yacimiento, estas doce son el corazón de todo. Acá entran piedras y salen lingotes.

Mac recorrió con la mirada aquel mastodonte de metal en medio de la planicie estéril. Reconoció un silo, una enorme cinta transportadora y tanques cilíndricos grandes como piscinas olímpicas. Luego miró de reojo al resto de la banda. Salvo el Pata, que había trabajado en un lugar muy parecido, el resto tenía la expresión teñida de desconcierto y fascinación.

—Lingotes —acotó Pólvora, apoyando el puro en el cenicero que balanceaba sobre el pecho—. Ahora sí que me interesa. Me estaba quedando dormido.

Minerva se quitó una pulsera y la pasó entre sus compañeros.

—Los lingotes son de una aleación de oro y plata llamada doré. Ese es el producto final de la mina.

Cuando la pulsera llegó a sus manos, Mac la examinó con detenimiento. Un guanaco y un puma de color dorado pálido, hechos con un nivel de detalle impecable.

—Acá está la *gold room* —continuó Minerva. Ahora el puntero láser señalaba una construcción de chapa negra—. Ahí es donde se derrite el metal en los hornos de fundición y se vierten los lingotes. Esta puerta, en un costado, es el acceso de vehículos. Por ahí entra cada diez días un camión blindado y se lleva el doré que hay en la bóveda.

—Otra palabra que me gusta. Bóveda —dijo Pólvora.

—Es una cámara acorazada cúbica, de cinco metros de lado. Está exactamente en el centro de la *gold room*. Las paredes y el techo son de hormigón macizo con triple malla de acero. Treinta centímetros de grosor.

—¿Cámaras de seguridad en el interior? —preguntó Mac.

—Cuatro, una en cada esquina. También hay sensores de movimiento y sísmicos.

—¡Ni que adentro hubiera oro! —dijo el Pata.

Mac rió. Le caía bien ese tipo.

—Las puertas son dos hojas de acero de un metro por dos, con núcleo de hormigón de quince centímetros —explicó Minerva—. Seiscientos kilos cada una.

—El Banquero me dijo que tiene una Kollmann-Graff de combinación —intervino el Cerrajero—. ¿Llave también?

—No. Sólo combinación —respondió Minerva—. Por lo que pude averiguar, los mecanismos Kollmann-Graff vienen de cuatro y de cinco ruedas.

—Correcto —asintió el Cerrajero—. Si no sabemos qué modelo hay instalado, es preferible asumir que es el de cinco.

—¿Podés conseguir una cerradura idéntica para estudiarla?

El Cerrajero levantó el cubo de metal con el que había estado jugando desde que había llegado. Apretó un pequeño botón y una de las caras se abrió, dejando a la vista un mecanismo que a Mac le recordó al interior de un reloj.

—¿Eso es una Kollmann-Graff de cinco ruedas? —preguntó Minerva.

—Esto es únicamente el dial de combinación y las ruedas. Faltan los pernos de cierre. Pero traerme desde Salta una puerta que pesa diez veces más que yo se me hacía bastante complicado.

La sala se quedó en silencio ante la verborragia del Cerrajero, que hasta ahora no había dicho más que frases cortas.

—¿Cuánto tardás en abrirla? —preguntó el Pata.

—¿Esta? Entre nueve y doce minutos, pero en un par de semanas espero bajar a seis. Hablando de eso, voy a necesitar que cada vez que la abra, alguien cambie la combinación.

Pólvora se irguió en el sofá y miró a Minerva.

—Yo, por las dudas, me encargo de conseguir una lanza térmica y tanques de oxígeno. Por si hay que perforar la puerta —dijo, dándole un par de palmadas en la espalda al Cerrajero—. Seguramente no los vamos a necesitar, pero nunca se sabe.

El Cerrajero encogió los hombros. A Mac lo alentaba ver que el muchacho se tenía confianza, pero le parecía sensato lo que planteaba Pólvora.

—¿Quién tiene la combinación para abrir la bóveda? —preguntó el Banquero.

—Una parte el jefe de fundición, otra el gerente de planta y otra el gerente de seguridad —respondió Minerva—. Los tres tienen que estar presentes para abrirla cuando hay que guardar una tanda de lingotes y cada vez que viene el blindado a llevárselos.

—¿A dónde van esos blindados? —preguntó Mac. Con cada respuesta de Minerva le surgían diez nuevas dudas.

—A Comodoro. De ahí se llevan los lingotes en avión a Buenos Aires. Después se mandan a refinerías de Estados Unidos o Europa, donde separan el oro de la plata. Antes salían en barco por Puerto Deseado, pero parece que está empezando a haber piratería.

—Donde hay un cargamento valioso, estamos los piratas —acotó el Pata tapándose un ojo con la mano mientras la risa le hacía temblar la prominente barriga—. ¿Cuánto doré se suele llevar el blindado en cada viaje?

—Unos cinco mil kilos. En promedio, cuatro y medio por ciento oro y el resto, plata. Trece millones de dólares en valor de mercado.

## CAPÍTULO 10

### *San Rafael, Mendoza, Argentina.*

Minerva notó que las manos ya casi no le transpiraban. Bien.

—¿Cómo nos vamos a llevar cinco mil kilos de ahí? —preguntó Pólvora.

Ella miró por las ventanas triangulares del comedor. Los árboles ahora bloqueaban el sol bajo de la tarde.

—¿Explico el plan de salida? —le preguntó a Mac en tono cómplice.

El dueño del lugar negó con la cabeza y se golpeó los muslos con las manos abiertas.

—Señores —dijo, levantándose de la silla—, esto no va a ser todo hablar y hablar. También tenemos que conocernos, ver cómo somos en acción. Por eso el Banquero propuso que nos juntáramos acá. Aprovechemos antes de que se nos vaya el sol. Síganme. A la noche ya tendremos tiempo de seguir dándole a la sin hueso.

—¿Me estás diciendo que somos una banda de ladrones a punto de hacer un ejercicio de *tin bildin*? —preguntó el Pata—. ¿Qué es esto, un encuentro de representantes de Avón?

—Dudo que la gente de Avón haya hecho nunca lo que estamos por hacer nosotros —le respondió Mac, y abrió la puerta que conectaba los dos domos.

Minerva fue la última de los seis miembros de la banda en pasar a la recepción. Mac entregó cascos y arneses. Cuando le llegó el turno a ella, notó que él la recorría de arriba abajo con una mirada indecisa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.



—No, nada. Estoy pensando en qué tamaño de arnés te va a ir mejor. Probá con este.

En aquel momento, sonó un teléfono. Mac se palpó el bolsillo y, tras mirar la pantalla del aparato, sonrió. Les hizo un gesto para que lo esperaran un minuto.

—Hola —dijo, y enfiló hacia la salida.

Minerva lo miró irse. Le quedaba muy bien el pantalón caqui lleno de bolsillos.

—¿Cómo estás, mi amor? —lo escuchó decir, con un tono un poco cursi, antes de trasponer el umbral.

*Normal, pensó ella. Un tipo así no iba a estar soltero.*

Después de un par de minutos, Mac volvió junto a la banda, se disculpó por la interrupción y continuó equipándolos con cascos y arneses. Abandonaron la recepción al compás del tintineo de mosquetones. Afuera, la tarde de otoño ya había empezado a refrescar.

Mac se detuvo frente a un eucalipto con varios escalones clavados en el tronco. Minerva miró hacia arriba. Un cable de acero salía del árbol y se internaba en el bosque. Mientras se ajustaba el casco, recordó el viaje con sus padres, veinticinco años atrás, a la Serralada del Cadí, en los bosques del Prepirineo. Aquella había sido la única vez que Minerva se había subido a una tirolina.

Tirolina. Sonrió al pensar en esa palabra. Llevaba más de media vida viviendo en Argentina y todavía se le colaba de vez en cuando algún término del otro lado del charco. Durante la adolescencia, recién trasplantada de Barcelona a Rawson, había hecho un esfuerzo consciente para borrar todo rastro de su acento y hablar como el resto de sus compañeros de secundaria. Decir tirolina en vez de tirolesa habría causado que se rieran, algunos con simpatía y otros con sorna.

*Hablá bien, gallega.*

Ahora, más de veinte años después, cuando los vestigios de su castellano ibérico afloraban con los recuerdos lejanos, como una tirolina, sentía una nostalgia dulce. A veces tan dulce que hasta le daban ganas de ir a Barcelona e intentar recomponer la relación con sus padres.

—El circuito verde es demasiado fácil —anunció Mac levantando los pulgares—, así que vamos a empezar por el azul.

—Paren. Paren un poco —dijo el Pata pasándose una mano por la cabeza afeitada—. Yo le tengo un poco de cagazo a las alturas. ¿Por qué no empezamos por el fácil?

Pólvora soltó una carcajada. Resultó ser una de esas personas que, después de reírse, aspiraban aire por la garganta como si estuvieran imitando a un cerdito. Minerva pensó que si aquello fuera una película, un tipo con el currículum de Pólvora jamás tendría esa risa.

—¿No tenés problema en chorear una mina de oro pero te da miedo subirte a un árbol?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —intervino Minerva, que se veía venir una discusión entre los dos.

—El azul y el verde tienen la misma altura, Pata —matizó Mac—. Vos vení con nosotros y, si en algún momento te da demasiado miedo, te bajamos.

—¿Y si se cae? —preguntó, señalando el cable encima de sus cabezas.

—¿Cómo se va a caer? Estas líneas las instalé con mis propias manos. ¿Sabés el pedazo de juicio que me puedo comer si se corta una y se mata alguien?

Minerva empezaba a entender por qué el Banquero había elegido a Mac a pesar de que nunca antes hubiese participado en un robo. No cualquiera podía construir algo así.

—Tranquilo, que va a estar todo bien —continuó Mac, palmeándole la espalda al Pata. Después subió de dos en dos los escalones clavados al tronco.

—Vayan viniendo de a uno —les dijo desde una plataforma cuadrada cuatro metros más arriba.

Pólvora había empezado a subir antes de que el dueño del lugar terminara de hablar. Desde abajo, Minerva observó cómo Mac lo ponía en posición y le explicaba lo que tenía que hacer con la polea y los mosquetones.

—¿Listo? —preguntó Mac en tono alto, mirando a los cuatro que esperaban abajo.

—¡Siempre! —exclamó Pólvora y dio un paso hacia adelante, abandonando la plataforma. Mientras se deslizaba por el aire, soltó un grito de celebración.

Minerva fue la siguiente en subir. Arriba, Mac le ajustó las tiras del arnés que le rodeaban los muslos y le dio las mismas indicaciones que a Pólvora.

—Primero enganchás el mosquetón. Bien. Después ponés la polea sobre el cable y metés el mosquetón en la muesca. Perfecto. Parece que lo hubieras hecho antes. ¿Te tiraste alguna vez en tirolesa?

—Hace muchísimo tiempo.

—Entonces no te preocupes, esto es como andar en bicicleta.

Minerva miró hacia adelante. El otro extremo del cable estaba unido a un árbol de lo más extraño. Donde el tronco debería tocar la tierra había una vieja carcasa de automóvil pintada de rojo. Y, por donde alguna vez había estado el parabrisas, se abría paso el eucaliptus que sostenía la plataforma en la que Pólvora saltaba, feliz como un niño.

—¿Eso qué es? —preguntó.

—Un árbol buscando la luz.

—Increíble —dijo ella y dio un paso adelante.

Sintió como si alguien le empujara el estómago hacia arriba. Después notó el viento en la cara y el ruido de la polea llevándola a toda velocidad hacia la plataforma del árbol-coche. Y sonrió.

## CAPÍTULO 11

### *San Rafael, Mendoza, Argentina.*

Era imposible pegar un ojo la noche después de haber conocido a la banda con la que planeabas un robo millonario. Por eso, cuando Minerva salió del pequeño domo que le servía de habitación, no le sorprendió ver luz en las ventanas triangulares del comedor.

Dentro se encontró a Mac. Se había cambiado la camisa, y ahora tenía puesto un suéter fino de manga larga que se le pegaba al cuerpo. Estaba inclinado sobre la mesa, dibujando el esquema de una de sus tirolesas en una libreta.

—Otra con insomnio —le dijo al verla entrar—. ¿Querés un té de valeriana? Dicen que ayuda a dormir.

—Bueno —aceptó ella—. Aunque creo que hoy no pego un ojo ni con un té de clonazepam.

—No tenés pinta de estar muy acostumbrada a esto.

—Es cierto. Es la primera vez que me alojo en una pelota de golf gigante enterrada en el bosque.

Mac negó con la cabeza y soltó una risita.

—Vos tampoco estás acostumbrado —agregó ella.

—Lo construí...

—Sabés a lo que me refiero. ¿Ves a alguien más acá? —dijo señalando alrededor—. ¿Será casualidad que somos nosotros dos los que tenemos insomnio?

—Yo no estaría tan seguro de que los otros están durmiendo —le dijo él, señalando la ventana.

Minerva pegó la cara a uno de los vidrios triangulares. En los domos del Cerrajero y del Pata, el resplandor azulado de las pantallas de los teléfonos teñía las cortinas. El Banquero tenía una luz amarillenta encendida, probablemente para leer alguno de sus libros sobre inversiones. El único a oscuras era el de Pólvora.

Mac se aclaró la garganta antes de volver a hablar.

—Hace un ratito estaba hablando de vos con Pólvora —dijo, extendiéndole una taza humeante.

—Hablando bien, supongo.

Probó la bebida. Le quemaba un poco los labios, pero olía de maravilla.

—Ni bien ni mal. Hablando.

—¿De qué?

—De que sos una persona con estudios y experiencia en una industria que paga muy bien, ¿por qué querés tirar todo por la borda?

Inconscientemente, Minerva se miró la muñeca. El puma y el guanaco parecían más dorados a la luz de las llamas.

—Yo podría hacerte la misma pregunta. Sos dueño de un parque de diversiones, te nombran emprendedor del año y, por lo que vi en internet, no te faltan clientes.

—Justamente, lo hago por esto —dijo, señalando alrededor—. El terreno no es mío. Bueno, mejor dicho, no es únicamente...

Entonces se paró en seco y frunció el entrecejo.

—¿Cómo es que te pregunto por tus motivos y a los treinta segundos estamos hablando de mí?

—A veces el viento cambia —dijo Minerva—. Pero dale, ya que empezaste, contame. Después sigo yo.

—Esta tierra la heredó mi viejo de su viejo, un inmigrante de Liguria. Cuando mi abuelo llegó a San Rafael, en vez de dedicarse al vino y a la fruta como todos los italianos que venían a Mendoza, siguió haciendo lo que hacía en Italia: ser chatarrero. Y no le fue mal. Apenas pudo, compró el terreno. Estaba totalmente pelado, como todos los que hay alrededor. Plantó uno a uno los árboles para que se pareciera un poco más al bosque donde había nacido.

—Ya me cae bien. ¿Lo conociste?

—No. Él y mi abuela murieron cuando mi papá era joven. Mi viejo era hijo único, así que heredó la tierra y también el negocio. Pero él era muy distinto a mi abuelo. A él los árboles y la tierra le daban lo mismo. En su cabeza lo único que importaba era a cuánto compraba y a cuánto vendía el kilo de chatarra. No sabés lo que era este lugar hace veinte años. Hierro y porquería por todos lados.

Minerva recordó el vehículo atravesado por el grueso eucaliptus.

—Otra diferencia entre mi abuelo y mi padre, la fertilidad. Yo soy el segundo más chico de seis hermanos. Nos criamos todos acá, correteando entre árboles y mugre. A mi viejo le fue pésimo en el negocio, así que fuimos una familia pobre. Feliz, pero pobre. Cuando nos hacía falta algo, la pregunta no era dónde comprarlo sino cómo fabricarlo. A mí me pusieron Mac en el colegio por eso. Decían que con una navaja suiza y un rollo de alambre te construía una bicicleta.

—Pensaba que el apodo te lo había puesto el Banquero.

Mac negó con la cabeza.

—De todas formas, si hiciste todo esto vos solo, es un sobrenombre apropiado —dijo ella, señalando alrededor.

—Cuando murió mi viejo, la tierra la heredamos los seis hermanos. El más grande es albañil, y hace dos años se agarró la mano con el engranaje de una mezcladora de cemento. Tiene un muñón a la altura del codo. Al que le sigue, que es camionero, le acaban de diagnosticar cáncer de colon. Y después está mi hermana más chica, a la que hace un año la dejó el marido con un bebé recién nacido.

—Qué bajón.

—Si vendemos, tres de mis hermanos pasan de estar muy mal económicamente a estar bien. Y yo no les puedo decir que no, ¿entendés? Esta tierra es tan suya como mía.

—Vas a usar lo del robo para comprarles sus partes.

Mac asintió.

—No me puedo quedar sin este lugar. Es mi casa, donde me crié. Además, es único.

—Es verdad. Estos domos son alucinantes.

—No me refiero a eso. ¿Cuántas hectáreas de bosque viste desde San Rafael hasta acá?

—Casi ninguna.

—Yo construí unas estructuras raras, sí, pero mi abuelo hizo magia. Transformó un pedazo de tierra árida en un paraíso verde. Acá crió a mi papá, y mi papá a nosotros. Yo también quiero que mis hijos crezcan en este lugar.

Dijo «mis hijos» con tanta ternura que Minerva supo que hablaba de personitas de carne y hueso que ya existían. Quizás el «¿Cómo estás, mi amor?» que había pronunciado unas horas atrás al atender el teléfono iba dirigido a uno de esos hijos.

—Tu turno —le dijo él.

—Lo mío es un poco más largo.

—Tenemos tiempo.

La miró a los ojos. Ella observó sus pupilas negras, fijas y tranquilas. Eran amables, como unos brazos abiertos.

—Hagamos una cosa —le dijo—. ¿Qué te parece si mejor te la cuento en una playa del Caribe mientras nos abanicamos con billetes de cien dólares?

—Me dijiste que yo te contara lo mío y después vos lo tuyo.

—Y te lo voy a contar, te lo prometo. Es más, los mojitos los pago yo.

Ella le ofreció la mano. Él sonrió y se la estrechó a regañadientes.

—Te tomo la palabra.

La sonrisa con la que la miró podía significar dos cosas muy distintas. O la madre de esos hijos era parte de su pasado, o Mac era otro adúltero profesional de esos para los que ella parecía tener un imán.

*En cualquier caso, se dijo Minerva, este tipo ahora es la última de mis preocupaciones.*

## CAPÍTULO 12

### *Tres días después.*

Minerva fue la última en levantarse. En el comedor se encontró a todos los miembros de la banda en alguna etapa del desayuno. Igual que los tres días anteriores, Mac había puesto sobre la mesa saquitos de té y de café, leche, pan, mermelada y una tostadora.

—Minerva, ¿te vamos a tener que cambiar el apodo a Bella Durmiente? —preguntó el Pata.

Soltó un gruñido y miró su teléfono. Las diez menos cuarto de la mañana. Se preparó un té con leche y dos tostadas con mermelada. Apenas se sentó a la mesa, el Cerrajero le dio la Kollmann-Graff para que le cambiara la combinación. En tres días, la había adivinado más de cuarenta veces. El récord de apertura había sido cinco minutos y medio. La vez que más había tardado, casi media hora.

—¿Cuándo lo haríamos? —le preguntó Pólvora. Por lo hinchados que tenía los ojos de gato, no se había levantado mucho antes.

Antes de responder, se permitió unos instantes para masticar despacio el trozo de tostada que tenía en la boca. Estos tipos todavía no se habían enterado de que odiaba que le hablaran cuando recién se levantaba.

—Dentro de dos meses —dijo, con la mirada en su té con leche.

Era el último día en San Rafael. Habían dedicado los tres anteriores a discutir el plan de cabo a rabo. Desde cómo iban a poner un pie en Entrevientos hasta cómo iban a llevarse cinco mil kilos de metal. Estudiaron cada detalle de la mina: la infraestructura de comunicaciones, la cadena de provisión de combustible, los protocolos de seguridad de la *gold*



*room* y hasta el tamaño de las habitaciones donde dormían los empleados. Ya no había nada más que pudieran hacer a dos mil kilómetros de distancia.

—Nos vemos en dos meses, entonces —dijo el Banquero.

—¿Hay margen de maniobra con la fecha? —preguntó el Pata con un mate en la mano.

Ella dejó la tostada sobre el plato con un movimiento que podría haber sido más suave. No iba a poder desayunar tranquila.

—Muy poco —dijo—. La mina cambia constantemente. Hoy las cosas se hacen de una manera y la semana siguiente pueden ser al revés. Entrevientos lleva menos de dos años produciendo, así que ajustan procedimientos todo el tiempo. También hay mucha rotación de personal, sobre todo jerárquico, y eso trae cambios. Mientras más tiempo pase, más riesgo hay de que el plan no contemple algún detalle crucial.

—¿A vos cuándo te echaron? —preguntó Pólvora.

—Hace cinco meses.

—O sea que tu plan podría ser obsoleto.

—Lo voy actualizando. Tengo acceso a todos los servidores de archivos. Cuando me fui de la mina, tardaron un par de días en cambiar las contraseñas. Eso me dio tiempo a entrar en la red y crearme un usuario con derechos de administrador.

—¿Podríamos adelantar la fecha?

Minerva negó con la cabeza y probó el té. Todavía estaba demasiado caliente.

—Tiene que ser en pleno invierno, sí o sí. Primero, porque los trabajadores reducen al máximo sus salidas a pie. En cambio, si hay buen tiempo, algunos aprovechan sus horas de descanso para salir a pasear. También hay más gente fumando afuera de los módulos.

—¿Y segundo?

—Segundo, porque va a haber menos tráfico en la ruta provincial que pasa por el acceso al yacimiento. Es de ripio y de por sí poco transitada, pero en verano hay gente que la usa para ir a acampar a Bahía Laura o Punta Buque.

—Pescadores, sobre todo —apuntó el Pata—. En esas playas salen unos róbalos enormes. También los peones de los campos suelen pasar más tiempo afuera en verano.

—¿Cómo vamos a definir el día exacto? —le preguntó Mac.

Minerva le dio otro bocado a la tostada antes de responder.

—Los blindados suelen venir cada diez días y se llevan unos cinco mil kilos de doré. El ritmo de producción no es perfecto, así que el blindado no viene hasta que el gerente de planta lo pide por email a la empresa de transportes. Por contrato, está obligado a avisarles con cuarenta y ocho horas de antelación.

—¿Y vos podés leer los emails de ese tipo?

—Los de él y los de cualquier otro empleado de Entrevientos.

El Pata le sonrió y le mostró un puño, como quien festeja un gol. Minerva miró al resto de sus compañeros. Pólvora, que jugueteaba con un puro apagado entre los dedos, no parecía muy convencido.

—La próxima vez que nos reunamos va a ser para hacer el reconocimiento y dejar preparado el golpe —les dijo—. Si alguien se quiere echar atrás, ahora es el momento.

—Yo voy —dijo el Pata.

—Yo también —agregó el Cerrajero.

—Ahí estaremos —dijo Mac.

Se hizo un silencio en el comedor.

—¿Pólvora? —preguntó el Banquero.

Pólvora dejó caer el puro sobre la mesa y alzó la mirada hacia Minerva.

—Yo la decisión la tomé hace tres días. Cuando dijiste por primera vez la palabra lingote.

## **PARTE III:**

### *Mise en place*

## CAPÍTULO 13

### *Caleta Olivia, Santa Cruz, Argentina. Dos meses después.*

El autobús que cruzaba la Patagonia desde Trelew a Río Gallegos llegó al control policial de Ramón Santos. Minerva apoyó la cabeza en la ventanilla y vio que un policía de uniforme azul intercambiaba unas palabras con el conductor. Luego oyó el sonido neumático de la puerta al abrirse.

El policía recorrió asiento por asiento, pidiendo documentación a los pasajeros. No era usual. Sólo había controles así de estrictos cuando buscaban a alguien en concreto.

—Documento —repitió el oficial cuando le llegó el turno a Minerva.

Le entregó el DNI falso con el que había comprado el pasaje. Era la primera vez que lo usaba con un oficial de la ley. El hombre anotó el nombre y el número y le devolvió la tarjeta antes de continuar con el pasajero de atrás.

No se permitió relajarse hasta que el vehículo volvió a ponerse en marcha. Entonces sonrió. La próxima vez que se detuvieran, ella habría llegado a su destino.

Recorrieron cincuenta kilómetros más por una ruta tan pegada a la costa que hacía unos años habían tenido que desplazarla cien metros más adentro, porque el acantilado había socavado el asfalto.

Finalmente, aparecieron las primeras construcciones frente al mar. Ya estaba en Caleta Olivia.

\*\*\*

—¿Qué les parece? —preguntó el Pata, mirándolos a ella y al Banquero, que habían llegado casi al mismo tiempo.

Les acababa de mostrar la casa de seis habitaciones que había alquilado en el centro de Caleta Olivia, apenas a trescientos metros del famoso Gorosito, un monumento al obrero petrolero de diez metros de alto.

—Es perfecta —dijo ella—. Por acá circula mucha gente todo el tiempo. Vamos a pasar bastante desapercibidos.

El plan para las siguientes semanas era hacer trabajos de reconocimiento y dejar todo preparado para el día del robo. Si no había contratiempos, darían el golpe en menos de un mes.

La elección de Caleta Olivia como lugar de reunión no había sido azarosa. A pesar de que estaba a tres horas y media de Entrevientos, era la ciudad más cercana. Habían considerado juntarse en Puerto Deseado, a dos horas de la mina, pero allí Inuit Gold tenía oficinas y alguien podía reconocer a Minerva. Además, en un pueblo chico los rumores corrían demasiado rápido.

El resto de la banda fue llegando durante la tarde, cada uno sin más que ropa en el equipaje. Las armas, la lanza térmica con los tubos de oxígeno y todas las herramientas y materiales los había traído el Banquero en la bodega del Maese, que ahora estaba atracado en el puerto de Caleta Olivia.

Cenaron unas pizzas que habían amasado entre el Banquero y Mac, peleándose por quién de los dos tenía más sangre italiana. El primero decía a cada rato «*Non esiste un nome più italiano di Mario Pezzano*». El otro describía al detalle el pueblo de sus abuelos en Liguria, en el que no había estado nunca.

Durante la cena se habló de cerraduras, armas, explosivos y camiones.

—¿Jugamos un truco? —dijo el Banquero mostrando un mazo de cartas cuando terminaron de cenar.

—Yo me voy a dormir, estoy re cansado —anunció el Cerrajero, acercándole a Minerva la Kollmann-Graff.

—Le cambié la combinación antes de cenar.

—Y yo la abrí cuatro minutos después.

Increíble, pensó Minerva, dándole la espalda para elegir cinco nuevos números. Apenas se la devolvió, el Cerrajero desapareció por la puerta que daba a las habitaciones.

—Yo también estoy molido —se excusó el Pata, pasándose la mano por la cabeza rapada.

—Quedamos cuatro, entonces —dijo el Banquero—. ¿Hacemos el primero por quinientos mangos, les parece?

\*\*\*

—¡Poniendo estaba la gansa! —gritó el Banquero con la voz envalentonada por el vino.

El siete de espadas que acababa de apoyar sobre la mesa los había proclamado a él y a Pólvora vencedores frente a Mac y Minerva.

—Quinientos mangos por cabeza.

Minerva sacó quinientos pesos de su cartera y los puso sobre la mesa.

—¡Por cabeza no habíamos dicho! —protestó Mac con una sonrisa pícara.

—No te hagas el vivo. Dijimos quinientos cada uno. ¿Qué querés, que la próxima te hagamos firmar un contrato? —bromeó el Banquero.

Negando con la cabeza, Mac sacó la billetera del bolsillo trasero de su pantalón. El gesto hizo que se le marcaran los pectorales y Minerva desvió la mirada hacia la billetera. Entre los billetes y el DNI falso, vio una foto. Solo fue una fracción de segundo, pero le bastó para distinguir que junto a Mac posaban una mujer y tres niños.

—Si quieren, les damos la revancha —dijo Pólvora, recogiendo los billetes.

—Yo estoy un poco cansada —dijo ella—. Me voy a dormir.

## CAPÍTULO 14

### *Camino a Entrevientos. Cuatro días después de reunirse en Caleta Olivia.*

Mac miraba el campo estéril por la ventanilla de la Sinpapeles, una Galloper de siete asientos que el Pata le había comprado, en efectivo, a un gitano en Caleta Olivia. No había sido fácil encontrar una cuatro por cuatro con transmisión automática, pero Minerva se había negado a que usaran una manual. El plan era el plan.

El nudo en el estómago se le iba apretando a medida que avanzaban. Hacía una hora y media que habían salido de Caleta Olivia hacia el sur. Se preguntó si a Minerva, que ya había recorrido aquel camino cientos de veces, le pasaría lo mismo.

Ahora estaban detenidos en el cruce de la ruta asfaltada, por la que habían venido, y una de ripio que salía hacia la izquierda.

—La policía de Caleta Olivia y de Ramón Santos va a hacer el mismo camino que estamos haciendo nosotros —explicó Minerva—. Van a venir por el asfalto y se van a desviar acá.

Le indicó al Pata que se metiera por el ripio. Continuaron casi sin hablar durante tres cuartos de hora. Mientras la Sinpapeles vibraba avanzando sobre los serruchitos que el viento y el tráfico formaban sobre la tierra seca, Mac se dedicó a observar a cada uno de sus compañeros. El Pata iba serio al volante. El Cerrajero de vez en cuando le tocaba el hombro a Minerva para pedirle que le cambiara la combinación de la Kollmann-Graff. Pólvora miraba por la ventanilla en silencio. El Banquero tenía los ojos cerrados.

Cuarenta minutos después de abandonar el asfalto, Minerva señaló un camino, también de ripio, que se unía al que ellos transitaban.

—Por ese va a venir la policía de Puerto Deseado, que van a ser los primeros en llegar.

La ruta fue abandonando de a poco la meseta plana para descender entre grandes lomas de tierra que a Mac le hicieron acordar a los cerros cerca de su casa en San Rafael. Seis kilómetros más adelante, llegaron a un puente de piedra.

—Ese es el río Deseado —anunció Minerva.

Mac calculó que el puente tendría unos veinticinco metros de largo y era lo suficientemente ancho como para que pasaran dos vehículos. Mientras lo cruzaban, observó el lecho gris, seco y cuarteado.

—¿Y el agua? —preguntó.

—En esta época del año, no tiene —explicó Minerva—. Empieza a bajar en primavera, con el deshielo en los Andes.

Del otro lado del río, el camino volvía a ascender por lomas estériles hasta aflorar de nuevo en la meseta. Continuaron durante más de quince kilómetros.

—¡Ahí está! —dijo Minerva, casi con un grito, mientras señalaba a través del parabrisas—. El famoso Puesto de Entrada.

En el horizonte, a la izquierda de la ruta, asomaban tres cajas blancas que a Mac le recordaron a contenedores de barco. Según les había explicado Minerva, aquel puesto era el único acceso a Entrevientos.

—¿Esas torres que hay alrededor son antenas? —preguntó.

—No, son reflectores. El Puesto de Entrada está prácticamente igual de iluminado de día que de noche.

Doscientos metros antes de llegar pasaron frente a una tranquera en la que un cartel humilde, de chapa pintada a mano, anunciaba «Estancia Entrevientos».

—Ahí vive el tipo con más suerte del mundo —dijo Pólvora.

—Vivía —lo corrigió Minerva—. En cuanto firmó el contrato con Inuit, puso un par de trabajadores para que le cuiden el ganado y se mudó a Comodoro, donde tiene la familia. Es un hombre de más de setenta años que, tarde o temprano, iba a tener que dejar de trabajar en el campo. Y tuvo la suerte de que descubrieran oro en su tierra.

—¿Y por qué sigue teniendo ovejas? —preguntó Mac.



—No lo sé —respondió Minerva.

—Es difícil desprenderse de lo que le dio sentido a toda tu vida —acotó el Banquero, que ahora tenía los ojos abiertos.

—Andá bajando la velocidad —le indicó Minerva al Pata.

Mientras la cuatro por cuatro rodaba cada vez más lenta hacia el Puesto de Entrada, Mac vio que las manos de Minerva operaban a toda velocidad una radio Motorola que sostenía sobre los muslos.

## CAPÍTULO 15

### *Puesto de Entrada. Entrevientos.*

El Pata detuvo la Sinpapeles en el gran estacionamiento de tierra junto al portón cerrado del Puesto de Entrada. Las tres construcciones prefabricadas que había del otro lado de la reja le recordaron a las del acceso a Cerro Retaguardia, la mina a ciento ochenta kilómetros de ahí en la que él había trabajado durante dos años y medio.

De la más grande, que tendría treinta metros de largo por diez de ancho, no tardó en salir un empleado de seguridad joven enfundado en un uniforme negro con letras amarillas. El Pata se calzó los anteojos de sol y bajó de la camioneta con un termo en la mano. Casi inconscientemente se llevó la otra a la cabeza, para cerciorarse de que el gorro beige seguía en su lugar.

—Buenos días —dijo, tendiéndole la mano al empleado—. Estamos yendo a pescar y nos quedamos sin agua caliente para el mate. ¿Nos podrían dar un poco?

El muchacho miró la cuatro por cuatro, deteniéndose en las cañas de pescar que Mac y el propio Pata habían atado al portaequipajes.

—¿Van a pescar en pleno invierno y no llevan para calentar agua?

—Tenemos algo de leña. Cuando llegemos allá prendemos el fuego para el asado y ahí calentamos. Pero nos faltan como dos horas.

—¿Adónde van?

—A las playas que están al sur de Bahía Laura.

—¿Ah sí? ¿A cuál?

El Pata dudó durante un segundo.

—A la primera que encontremos con un poco de reparo del viento.

—Es la primera vez que van, ¿no?

—Sí. ¿Se nota mucho?

—A esas playas hay que ir en verano. En esta época son horribles.

—Eso mismo nos dijeron unos compañeros de trabajo. Pero somos cabeza dura.

El guardia de seguridad se encogió de hombros y agarró el termo.

—Ya vuelvo —le dijo.

—Muchas gracias —respondió el Pata, y volvió a subirse a la camioneta para no esperar a la intemperie.

Dentro, Minerva hablaba a toda velocidad.

—...por esta hay nueve kilómetros de recta —decía, señalando disimuladamente el camino al otro lado del portón. Era un trazado de ripio ancho, igual o mejor que la ruta provincial por la que ellos iban—. Después hay curvas. En total son doce kilómetros hasta llegar al campamento.

—¿Esa es la balanza? —preguntó Mac, señalando una gran plataforma de metal.

—Sí. Ahí pesan los camiones de combustible que entran y salen.

—¿Y el generador dónde está?

—Atrás del módulo principal —indicó ella, señalando la gran caja blanca en la que se había metido el empleado con el termo.

—¿Estás segura de que no le llega electricidad de otro lado?

—Segurísima. Si el Puesto de Entrada no tuviera generador propio, la empresa tendría que hacer un tendido eléctrico de doce kilómetros.

—*Atento Puesto de Entrada, salgo del campamento con transporte de empleados* —se escuchó en la radio.

—Vamos, carajo —celebró Minerva.

—¿No usan comunicaciones encriptadas? —preguntó Mac.

—Por supuesto, pero nunca cambiaron la contraseña. Hay más de trescientos equipos de radio en el yacimiento, y para cambiar frecuencias y códigos, hay que hacerlo uno por uno.

—¿O sea que los vamos a poder escuchar? —preguntó el Cerrajero.

—Sí —sonrió Minerva apagando el aparato y lo escondió debajo del asiento.

El joven del uniforme volvió a salir y el Pata se apresuró a bajarse de la camioneta para evitar que se les acercara demasiado.

—Muchísimas gracias —dijo, tomando el termo pesado con la mano izquierda y extendiéndole la derecha para darle otro apretón.

—De nada. En realidad no estamos autorizados a hacer esto, pero yo también soy pescador.

—Entonces el agradecimiento es doble. No sabés lo pesados que se habían puesto estos con el tema del mate. A ver si ahora por fin se callan un poco.

El muchacho se despidió con una risita e hizo un ademán hacia la camioneta.

—Que pesquen mucho.

—Gracias.

El Pata volvió a ponerse al volante y la Sinpapeles se alejó del Puesto de Entrada.

—Ojalá a este chico no le toque trabajar dentro de unos días —le dijo a sus compañeros un kilómetro más adelante—. Me cayó simpático.

## CAPÍTULO 16

### *Caleta Olivia, Santa Cruz, Argentina.*

Al día siguiente, Minerva se levantó con hambre. La noche anterior habían vuelto a Caleta Olivia de madrugada, tras dar un gran rodeo para no pasar de nuevo frente al Puesto de Entrada. Había llegado tan cansada que se fue a la cama sin cenar.

Después de un desayuno que por algún milagro pudo disfrutar en silencio, se pasó la mañana junto a sus compañeros revisando el material que el Banquero había traído en el velero. Repasaron armas y herramientas, se probaron disfraces, aceitaron las bisagras de una jaula de metal.

—El último camión blindado estuvo en Entrevientos hace cuatro días —les anunció cuando terminaron de cortar en cuadraditos una red de pesca—. Estoy segura de que entre hoy y mañana el gerente de planta va a enviar un email pidiendo el siguiente. En ese momento nos queda definida la fecha exacta del golpe. Calculen entre cinco y diez días a partir de hoy.

—¿Al piloto de la avioneta quién le avisa? —preguntó Mac.

—Yo me encargo —dijo el Banquero.

—¿Estás seguro de que va a venir?

—Seguro.

Según les había contado el Banquero, había sido difícil encontrar un piloto que se animara a aterrizar en una pista de tierra cuarteada, llena de coirones y otras matas bajas, que llevaba décadas sin figurar en el listado de lugares habilitados. Difícil, pero no imposible. Por suerte, la ley de la oferta y la demanda era implacable.

Según el registro del aeroclub de Comodoro Rivadavia, la avioneta saldría hacia la localidad de Los Antiguos. Nadie, salvo ellos, sabía que en realidad aterrizaría a más de cuatrocientos kilómetros de ese pueblo.

—¿El resto está todo? —le preguntó el Banquero a Minerva.

—A ver, que te lo digan ellos —respondió ella, mirando a sus compañeros—. ¿Qué falta?

—Para mí, nada —dijo Pólvora señalando las montañas de objetos apilados.

—Falta el vehículo en el que vamos a entrar —dijo el Cerrajero sin levantar la mirada de la Kollmann-Graff.

—Eso está más que estudiado —intervino Minerva, levantando en el aire dos chapas rectangulares, idénticas.

El Pata le pidió una y la observó de cerca.

—MRG118 —deletreó en voz alta—. ¿Qué va a encontrar la policía cuando rastree esa numeración?

—Quién sabe —dijo ella—. A lo mejor un Smart de color mostaza que conduce una veinteañera ricachona por Recoleta. O un Clío que, tras una buena racha, una familia de clase media se puede permitir por primera vez. Es una secuencia aleatoria que se corresponde con un vehículo de entre tres y cuatro años de antigüedad.

—¿De dónde las sacaste?

—Las fabriqué yo —intervino Mac—. Fibra de vidrio y resina.

—¡Parecen de verdad! —exclamó Pólvora—. Tendrías que ser artista en vez de ladrón.

—Técnicamente, ladrón todavía no soy.

—¿Los perros, Pata? —preguntó Minerva.

—Ya los tengo identificados. Dos border collies y un pastor leonés. Excelentes ovejeros, los tres.

—Perfecto. Vayan a buscarlos esta tarde.

Tras decir esto, Minerva asintió satisfecha. Las cosas estaban yendo bien. Una vez que consiguieran esos perros, tendrían todo lo que necesitaban para el golpe. Entonces sólo les quedaría esperar a que el gerente de planta le pusiera fecha al siguiente blindado.

## CAPÍTULO 17

### *Tres días más tarde.*

De las cinco noches que Minerva llevaba en Caleta Olivia, esta era la que peor había dormido. Primero, porque, según sus cálculos, era inminente que el gerente de planta solicitara el siguiente blindado. Y segundo, porque Mac y el Pata llegaron con un perro en plena madrugada.

Era el tercero que traían en tres días. Después de dejarlo con los otros dos en el patio trasero de la casa, Mac cruzó dos palabras con ella en la cocina y se fue derecho a la cama. El Pata, en cambio, puso agua a calentar.

—¿No tenés sueño? —le preguntó ella.

—Un poco, pero me tomo unos mates y se me pasa.

—¿Probaste con dormir?

—Es que me voy a llevar a la perra.

Se refería a la hembra en celo que había recogido de la perrera municipal para atraer a los tres machos que ahora dormían en el patio.

—¿Adónde la vas a llevar?

—Con Sandra.

Sandra era su mujer. Minerva había coincidido con ella una sola vez hacía cinco años, en la fiesta de fin de año de los empleados de Cerro Retaguardia.

—¿Te vas ahora a San Julián? ¿Vas a hacer trescientos cincuenta kilómetros sin dormir?

—En este último viaje vino manejando Mac. Dormí las tres horas de un tirón.

Minerva intentó convencerlo de que esperara hasta el día siguiente, pero no logró que el Pata entrara en razones.

—Llevamos tres días usando a esa perra como señuelo, Minerva. Se ganó una buena vida y no quiero que espere un minuto más. En casa, Sandra la va a cuidar bien. Se van a hacer compañía. Además, está en celo, no la puedo dejar con los otros tres.

—Para ser un delincuente, tenés un corazón de oro —le dijo, estampándole un beso en la cabeza pelada.

Volvió a la cama. Diez minutos más tarde oyó que la Sinpapeles se alejaba. Dos horas después, logró dormirse.

\*\*\*

—Mac, ¿estás ahí? —preguntó Minerva a la mañana siguiente, hablándole a la puerta del baño. Del otro lado, el agua de la ducha dejó de correr.

—Sí, ¿qué pasa?

—Voy a ir con el Cerrajero a la ferretería. ¿Necesitabas un par de cosas, no?

—Sí, hay una lista sobre la mesita de mi habitación. Pasá a buscarla si querés.

—Perfecto —dijo ella, alejándose de la puerta.

En el sorteo que habían hecho cinco noches atrás, a Mac le había tocado una de las habitaciones más grandes de la casa. Cuando Minerva entró, se encontró con la cama de dos plazas tan bien hecha como la de un hotel. Sobre la mesa de luz, junto a la billetera y el teléfono de Mac, estaba el papel doblado que había ido a buscar.

Antes de recogerlo, se detuvo un segundo a observar el viejo ropero de madera a los pies de la cama. Lo abrió y la invadió el olor a ropa limpia. Las pocas prendas que no colgaban de las perchas estaban perfectamente dobladas en los estantes. Había algo tranquilizador en descubrir que el tipo encargado de una parte tan importante del plan era así de ordenado.

Cerró el ropero, recogió la lista y se dispuso a salir. Pero, tras hacer dos pasos, se detuvo en seco. Sabía que estaba mal, pero no pudo evitar el



impulso y agarró la billetera. Se justificó diciéndose que al fin y al cabo era la líder de la banda y, mientras más supiera de cada miembro, mejor.

Al abrirla, comprobó que no había visto mal la noche que jugaron a las cartas. Dentro encontró una foto de él junto a una mujer y tres niños. Ella era preciosa, con grandes ojos marrones que miraban a la cámara y unos labios perfectamente dibujados que sonreían mientras Mac le besaba una mejilla. Gran parte del cuerpo quedaba tapado por los tres nenes que posaban delante. El más grande tenía una sonrisa de dientes blancos idéntica a la de Mac. El del medio, su pelo enrulado. Y el más pequeño, sus mismos ojos oscuros. Los tres eran, cada uno a su manera, una mezcla entre Mac y esa mujer rabiosamente hermosa.

Confirmado, concluyó Minerva. Otro que la intentaba seducir mientras una familia lo esperaba con abrazos. Y ella, como una boluda, diciéndole que le iba a contar su historia en una playa del Caribe si el robo les salía bien.

Todavía tenía la billetera en la mano cuando el teléfono le vibró en el bolsillo. Era un email. El gerente de planta de Entrevientos acababa de pedir un blindado para dentro de cuatro días.

## CAPÍTULO 18

### *Ruta 47, Santa Cruz, Argentina. Un día antes del golpe.*

Hacía frío, pero el Pata tenía las axilas mojadas por los nervios.

—Me parece que ahí viene —le dijo Mac, pasándole los binoculares.

En el círculo difuso de las dos lentes, el Pata distinguió una nube de polvo en el horizonte. Delante de ella, apenas una manchita azul.

Habían elegido ese punto de la ruta porque era el más plano de todos. Podían detectar un vehículo a quince kilómetros de distancia, tanto si se acercaba por el norte como por el sur.

El Pata abrió la puerta trasera de la Sinpapeles y se cargó al hombro una pila de conos de color naranja. Con cada uno que fue poniendo sobre el ripio, el corazón le golpeaba en el pecho un poco más fuerte. La última vez que había hecho algo así, sobre el asfalto entre Tres Cerros y Gallegos, terminó cuatro años preso y casi pierde a Sandra.

Pero ahora era diferente, se dijo mientras se ponía un chaleco refractante del mismo color que los conos. Primero, porque si lo de mañana salía bien, tendría los problemas de dinero solucionados para siempre. Y segundo, porque el camión que se les acercaba no venía cargado de televisores hechos en Tierra del Fuego. De hecho, no venía cargado de nada.

Una vez que todos los conos estuvieron en su lugar, volvió a la camioneta para buscar un cartel de chapa. Caminó cien metros en dirección al camión y lo apoyó en el suelo.

Desvió.

\*\*\*

Cuando los frenos soltaron un último soplido, el camión que arrastraba una cisterna de treinta y siete mil litros con el logo de YPF se detuvo junto al Pata. Un hombre de pelo negro y barba candado se asomó por la ventanilla.

—¿Qué pasó, jefe? —le preguntó.

—Estamos pasando la máquina y arreglando un guardaganado —dijo el Pata, señalando más allá de los conos.

—¿Es muy largo el desvío? —preguntó el camionero.

—Diez kilómetros. Pero andá despacio, porque está complicado. ¿Venís lleno o vacío?

—Vacío. Acabo de descargar en la mina de Entrevientos —dijo, señalando hacia atrás con el pulgar.

—Ah, recién salís entonces.

—No llevo ni cincuenta kilómetros.

—¿Para dónde vas?

—Para Bahía Blanca.

—Tremendo viajecito te queda. Que te vaya bien.

—Gracias, maestro —dijo el camionero volviendo a poner la vista en el desvío—. Que tengas un buen... Esperá, ahí viene un compañero tuyo haciendo señas. A lo mejor ya puedo pasar por el camino normal.

—No creo —le respondió el Pata, pasándose la mano por la barba.

No lograba ver si el del chaleco naranja fosforescente que se acercaba con la mano levantada era Mac o Pólvora. En ambos casos, algo no iba bien.

—Esperá acá, por favor.

Caminó con paso apurado hacia su compañero. Cuando lo tuvo un poco más cerca, reconoció la figura maciza de Pólvora. Se encontró con él a unos sesenta metros del camión.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—No viene nadie, de ninguno de los dos lados —le respondió Pólvora sin siquiera aminorar la marcha.

—¿Y eso qué significa?

—Que estamos de suerte. Vení.

¿*Qué le pasa a este boludo?*, se preguntó. Al Pata aquello le daba mala espina.

—Pará, ¿qué hacés, Pólvora?

Pero su compañero no se detuvo hasta estar junto al camión.

—Ya estamos terminando —oyó que le decía al camionero después de levantar la mano para saludarlo—. Si esperás dos minutos, podés pasar.

—Buenísimo. Muchas gracias —respondió el conductor con medio torso asomado por la ventanilla.

—Che, te está perdiendo líquido —dijo Pólvora, señalando debajo del eje delantero.

—¿En serio? Qué raro. Acá no veo ninguna luz.

—Y no es una gotita, ¿eh? Está cayendo un chorro. Ya hay un charco así.

El Pata vio que su compañero hacía con las manos un círculo del tamaño de una pizza.

—Uy, no me digas. La puta madre —protestó el conductor, abriendo la puerta del camión.

Apenas el hombre puso un pie en la tierra, Pólvora le apuntó con la nueve milímetros a la cabeza.

—Desconectale el GPS —le indicó al Pata.

Le hizo caso a regañadientes. Pólvora había cambiado el plan.

\*\*\*

—¿Qué hiciste, boludo?

—Agilicé las cosas.

Pólvora le hablaba dándole la espalda. Habían parado para hacer pis antes de llegar al asfalto. El camionero, atado de pies y manos en el suelo de la cabina del camión, había quedado bajo la vigilancia de Mac.

—Eso no se llama agilizar, se llama cambiar el plan a último momento. Si decimos que al camionero lo encañonamos después del desvío, lo encañonamos *después* del desvío. No te podés cortar solo así.

—Loco, de la minita esa, que la última vez que hizo algo ilegal fue copiar numeritos de tarjetas de crédito, se puede esperar. Pero, ¿vos

también? A veces hay que improvisar, sobre todo cuando aparece una mejor oportunidad.

—La mejor oportunidad es la que tiene menos riesgo. Es más fácil cruzarse con alguien en una ruta provincial que en un camino interno de una estancia.

—¿Nos cruzamos con alguien?

—No, pero podría haber pasado.

—A ver, decime una cosa, ¿dónde viste un vehículo que no levante polvo en el ripio, eh? Si hubiera venido alguien, lo habríamos visto a una bocha de kilómetros de distancia igual que vimos al camión.

El Pata negó con la cabeza. Este tipo los podía meter en un quilombo grande. Lo supo desde el día que lo conoció en el parque de Mac.

—La próxima vez, por favor te pido, no te desvíes del plan —le dijo con el tono más calmado que pudo.

—La próxima vez, si querés que alguien siga instrucciones sin pensar, traete un robot —le contestó el otro, cerrándose la bragueta.

## CAPÍTULO 19

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Minerva movió el cuello de un lado a otro y algunas vértebras crujieron. Estaba cansada y afuera hacía rato que era de noche. La única luz que había en el domo geodésico salía del proyector, que ahora mostraba la imagen aérea de la planta.

—Estando tan aislada geográficamente, Entrevientos no está conectada a ningún tendido eléctrico ni cableado de comunicaciones —comenzó a explicar.

—¿Cómo producen la electricidad?

Señaló con el láser un recinto cuadrado a un costado de la planta.

—Con gasoil. Tienen seis tanques de cien mil litros cada uno. Con la planta trabajando a toda máquina, no les dura ni quince días.

—Chupa más que mi camioneta V8 —dijo Pólvora.

—Casi todo es eléctrico, desde la calefacción de las habitaciones hasta la potabilizadora de agua. Y lo que no, funciona directamente con diésel, como los hornos de fundición del doré.

—¿Y qué pasa si se quedan sin combustible? —preguntó Mac.

—Nunca se dio el caso, pero tendrían que parar la planta y evacuar el campamento. Quedaría apenas una guardia mínima en todo el yacimiento. Pero para que pase eso, tendríamos que cortar los caminos durante más de un mes.

—¿No dijiste quince días? —preguntó Pólvora.

—Quince días trabajando al máximo, pero en cuanto los niveles de combustible bajan, la actividad también. Parar por completo todos los procesos es el último recurso, porque le cuesta carísimo a la empresa.

A Minerva le pareció ver un destello en los ojos de Pólvora. Como cuando a un niño se le ocurre un juego divertido.

—¿Y si volamos la planta eléctrica? —sugirió—. Se quedan sin luz y evacúan.

Minerva negó con la cabeza.

—Podría morir gente. Los generadores están al lado de más de medio millón de litros de gasoil. Y, como ya dejamos claro, ninguna de las personas que trabaja ahí tiene por qué pagar por lo que nosotros vamos a hacer.

*O, mejor dicho, casi ninguna*, estuvo a punto de añadir.

—¿Quién se encarga de llenar esos tanques? —preguntó el Cerrajero.

—Una procesión inacabable de camiones de YPF. Vienen dos por día con treinta y siete mil litros cada uno. Si nieva, llueve o pasa cualquier cosa y no pueden pasar, esperan, pero se van acumulando. Y cuando los caminos mejoran, entran todos juntos. Yo he visto colas de hasta ocho camiones. De hecho, cuando el nivel de gasoil es crítico, entran derecho, sin pesaje en el Puesto de Entrada.

—¿De dónde vienen? —preguntó Mac.

—La refinería más cercana está en Bahía Blanca, a mil cuatrocientos kilómetros.

—¿Pero en la zona de Comodoro no hay petróleo?

—Sí, es una de las cuencas más importantes del país —intervino el Pata—, pero del petróleo se sacan cientos de derivados. Combustible, solventes, plásticos, lo que se te ocurra. El grueso de la demanda de esos productos está en el centro del país, así que es mucho más rentable mandar el crudo y refinarlo allá.

Pólvora alzó las cejas y arqueó la boca hacia abajo.

—Todos los días se aprende algo nuevo.

—Y esto a nosotros nos beneficia —intervino Minerva—. Porque un camión tarda dos días desde que sale de la refinería hasta que llega a Entrevientos.

—Tendrán monitoreo satelital, supongo —arriesgó el Pata.

—Por supuesto. Y vos lo vas a desconectar.

—¿Yo? No tengo idea de cómo hacerlo. En mi época no había eso.

—Faltan dos meses y medio. No creo que te cueste encontrar algún conocido que haya seguido en el rubro y te enseñe.



## CAPÍTULO 20

### *Entrevientos. La noche antes del golpe.*

El Cerrajero iba solo al volante de la Sinpapeles, avanzando despacio por la ruta de ripio. Llevaba más de cinco kilómetros con las luces apagadas, pero la luna casi llena le permitía distinguir bastante bien el camino.

*Hasta eso tuvo en cuenta Minerva, pensó.*

Se metió por la huella de acceso a una estancia y se detuvo en pleno campo. Los últimos dos kilómetros hasta llegar al Puesto de Entrada los tendría que hacer caminando.

Sentía la tensión de los nervios en todos los músculos del cuerpo. A pesar de que ya había perdido la cuenta de los atracos en los que había participado, este era diferente. Primero, por el lugar. Y segundo, porque, aunque no lo supiera ni siquiera su amigo Pólvora, era la primera vez que iba a robar por voluntad propia.

Al bajarse del vehículo, el viento de la madrugada le heló la cara. Se metió las manos en los bolsillos y escondió el mentón en el cuello del abrigo. Caminó en dirección a los reflectores lejanos que iluminaban el Puesto de Entrada como si fuera un estadio de fútbol.

Cuando le faltaban quinientos metros para llegar, se internó en el campo. Si hubiera seguido mucho más por la ruta, cualquiera que se asomase por la ventana lo vería. No podía arriesgarse, aunque a la una de la madrugada en pleno invierno, lo más probable era que los guardias de seguridad estuvieran amodorrados en sus sillas.

Saltó el alambrado bajo, puesto allí para retener a las ovejas que se criaban en la estancia Entrevientos desde mucho antes de que descubrieran una de las reservas de oro más grandes de la Argentina. Era curioso, pensó el Cerrajero, que medio kilómetro más adelante hubiera un control de seguridad tan estricto como el de un aeropuerto pero en el resto del perímetro cualquiera podía saltar un alambre de un metro de alto y entrar caminando.

Avanzó con cuidado, usando la luz de la luna para ver dónde pisaba. No era cuestión de tropezarse con alguna mata o romperse el tobillo en una madriguera. Todas las luces del Puesto de Entrada estaban orientadas en torno al acceso de vehículos. Iluminaban un tramo de la ruta provincial, el estacionamiento, y los primeros cien metros del camino que llevaba al campamento. Sin embargo, ningún reflector apuntaba al campo, por donde él avanzaba cada vez con más sigilo.

Procuraba apoyar la planta del pie despacio, para no hacer ruido. Aunque fuese poco probable que un empleado de seguridad estuviera fuera aquella madrugada helada, todo el plan dependía de lo que estaba por hacer. No había recaudo que estuviera de más.

Alcanzó la parte de atrás de la más pequeña de las tres construcciones. Era una caja cuadrada de apenas tres metros por dos. Apoyó la oreja en la pared prefabricada y oyó un ronroneo constante.

La bordeó con cuidado hasta llegar a la puerta. Antes de sacar las ganzúas de la mochila, hizo lo que siempre hacía cuando le pedían que abriese una cerradura: giró el picaporte. La puerta se abrió sin la menor resistencia.

*Empezamos con el pie derecho.*

Dentro del cuartito, el sonido era ensordecedor. Encendió una linterna y recorrió con el haz de luz el generador a gasoil que proveía de electricidad al Puesto de Entrada. Sin aquel aparato, no había luces, ni detector de metales, ni báscula para vehículos pesados.

Sacó de su mochila una caja de plástico del tamaño de una pastilla de jabón. Tal y como le había indicado Mac, la pegó debajo del controlador electrónico del generador con cinta de doble cara. Dio un paso hacia atrás y asintió, satisfecho. Era imposible verla a menos que alguien se arrodillara.

Apagó la linterna y salió con cautela de la pequeña sala.

*Que empiece el robo,* pensó mientras volvía a internarse en el campo, caminando a oscuras hacia la Sinpapeles.

## **PARTE IV:**

### *El golpe*

## CAPÍTULO 21

*16 de julio de 2019, 4:58 a. m.*

Desde el asiento del acompañante de la Sinpapeles, Minerva miró el resplandor de las luces al otro lado del horizonte. Por algún extraño mecanismo de su subconsciente, dejó de pensar por un minuto en el plan, en la banda y en las consecuencias de lo que estaban por hacer. Lo que le venía a la mente ahora era que, dentro de unos años, esa especie de ciudad en medio de la nada ya no existiría. Dos décadas a lo sumo y las máquinas ya habrían pulverizado todas las vetas. Los operarios de los hornos de fundición verterían en el molde un último lingote. Y poco tiempo después, no quedaría ni una sola de las mil doscientas personas que trabajaban en Entrevientos.

Allí, donde hoy había una industria, sólo quedarían ruinas. Era la maldición de la Patagonia. Desde el frigorífico Swift hasta las salinas de Cabo Blanco. Desde el ferrocarril transoceánico hasta la estación ballenera de las islas Georgias del Sur. Herrumbre de un tiempo glorioso.

—Esto ya es Entrevientos —dijo el Pata, sacándola del trance.

Señalaba por la ventanilla. La luna casi llena iluminaba una línea interminable de postes de madera que guiaban seis hilos de alambre al borde del camino, marcando uno de los límites del yacimiento. Hacía cuatro horas, a veinte kilómetros de allí, el Cerrajero había saltado esa misma valla precaria para poner el plan en marcha.

Minerva se giró y miró a sus espaldas. Desde el asiento de atrás, Pólvora asintió con la cabeza. Había llegado el momento.

Se abrigó con una campera que tenía bordado en el pecho el logo de Inuit Gold y la inscripción «Yacimiento Entrevientos». Se la habían entregado unos meses antes de su último día de trabajo en la mina.

—Nos vemos en un rato —dijo el Pata.

—Nos vemos —respondió ella y se bajó del vehículo al mismo tiempo que Pólvora.

La recibió un viento helado que dolía en la cara, pero le sentaba como un bálsamo en el cuero cabelludo irritado por la tintura. Mientras el Pata se perdía con la Sinpapeles en la negrura de la noche, miró otra vez el semicírculo de luz artificial detrás del horizonte.

—Vamos. Si no nos movemos, nos vamos a congelar —dijo Pólvora, pasando una pierna y después otra sobre el alambre.

Faltaban tres horas para que el sol se asomara a sus espaldas y entibiase, apenas, la mañana de julio. Tres horas en las que tendrían que caminar, a oscuras primero y con la claridad tenue del alba después, hasta llegar a la punta del único cerro en treinta kilómetros a la redonda.

—No seas exagerado. Dos grados bajo cero no es nada —le respondió.

Y puso un pie, por primera vez en siete meses, en Entrevientos.

## CAPÍTULO 22

*16 de julio de 2019, 8:07 a. m.*

Pólvora y Minerva llegaron a la cima del Cerro Solo a las ocho de la mañana, cuando el horizonte ya clareaba a sus espaldas. En menos de media hora, los primeros rayos del sol iluminarían la punta de la antena de veintinueve metros que conectaba Entrevientos con el mundo.

Al pie de la antena había cincuenta y seis paneles solares y un contenedor sin ventanas, similar a los módulos prefabricados del resto del yacimiento. Dentro se alojaban todos los equipos de comunicaciones y las baterías que los alimentaban.

Minerva miró hacia el sur. Las luces de la planta de procesamientos todavía estaban encendidas. A pesar de la distancia, no le costó distinguir el edificio más alto, que albergaba el molino para pulverizar la roca. Y justo al lado, la *gold room*. Ahí adentro estaba la bóveda.

Más allá de la planta brillaban, más tenues, las luces del campamento, esa ciudad artificial en la que Minerva había pasado años enteros de su vida. Tan prefabricada y temporaria que alguien le había dicho alguna vez «Acá venís con un destornillador y te llevás todo».

Se giró hacia Pólvora. Su compañero ya se había puesto los guantes de látex y ahora sacaba de la mochila un cortapernos. En menos de veinte segundos, el candado que guardaba la puerta del contenedor cayó al suelo.

Minerva también se calzó un par de guantes, acomodando el izquierdo por encima de la muñequera con la que ocultaba la pulsera. Después se cubrió la cabeza con un gorro de cirujano.

—Ponete esto —le dijo a Pólvora, dándole otro igual.

Entraron. Minerva cerró la puerta tras de sí y el viento que le había azotado la cara durante tres horas desapareció de golpe. Ahora el aire era quieto y cálido. Ella siempre pensaba que alguien tenía que inventar una palabra para esa sensación. Si había una en japonés para referirse a los libros que comprabas pero no leías, o una en alemán para las ganas de viajar y ver el mundo, ¿por qué no podía haber una para el alivio que se siente tras cerrar una puerta y escapar del viento? En la Patagonia, una palabra así resultaría de suma utilidad.

El interior del contenedor quedó iluminado únicamente por las pequeñas luces de colores de los aparatos electrónicos. Algunas eran intermitentes, otras fijas. Al observarlas, a Minerva se le hizo un nudo en la garganta. Ocho meses atrás, se había encerrado a llorar iluminada por esa constelación multicolor.

Accionó el interruptor de la luz y la sala se llenó de claridad. Había algún que otro servidor nuevo, pero la distribución de los aparatos era la misma. El *rack* con los repetidores de radio, telefonía e internet seguía donde siempre. Y, al fondo, las veinte baterías. Cada una instalada bajo su supervisión.

Se agachó junto a una y trajinó un poco hasta encontrar el grueso cable recubierto de goma roja.

—Este es el que lleva electricidad de las baterías a todos los aparatos —le dijo a Pólvora, enseñándoselo.

Miró el reloj en su muñeca.

—Pero todavía faltan dos horas y media para que lo cortemos, así que ponete cómodo.

Se sentaron en el suelo. Ella sacó de la mochila una pequeña computadora portátil y se conectó a la red de la minera. Entró al servidor de correo e introdujo los comandos para enviar un email desde la cuenta del gerente general.

En el cuerpo del mensaje pegó el texto que tenía escrito desde hacía días. En el asunto tecleó «Importante: Aviso sobre combustible». Y apretó el botón de enviar.

Si hubiera sido supersticiosa, habría cruzado los dedos.



## CAPÍTULO 23

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

—¿Y por qué? —le preguntó Pólvara.

Minerva no podía levantar la vista para mirarlo. Tenía los ojos fijos en sus propios pies, a cuatro metros del suelo.

—¿Por qué, qué?

Las piernas le temblaban como un flan. Ahora la prueba era pasar de un eucalipto a otro poniendo los pies en unos estribos que colgaban de un cable.

—¿Por qué jugártela robando? —oyó que le decía Pólvara desde la plataforma a la que ella tenía que llegar—. Cada uno tiene un motivo.

—¿Y el tuyo cuál es?

—Que no sé hacer otra cosa. Pero vos sos una mina joven, exitosa, con carrera universitaria, ¿qué necesidad tenés de meterte en un despelote así?

—Vos no sabés nada de mí —dijo Minerva, y las palabras le salieron como una serie de gruñidos. No tanto por la pregunta de Pólvara como por la fuerza que tenía que hacer para mantenerse estable en los estribos colgantes.

—Algo sé. El Banquero me dijo que fuiste del palo. Me contó tu historia con las tarjetas de crédito, pero de eso hace una vida. ¿Por qué volvés ahora? No me cierra.

Logró pasar al siguiente estribo canalizando la rabia que le daba que el Banquero le hubiera contado sus cosas a este energúmeno.

—Y si hay algo que no me cierra, no me gusta hacer el trabajo. Me pone nervioso, ¿entendés? Me genera desconfianza. Del resto, conozco el motivo o me lo puedo imaginar.

—¡Aburrimiento! —gritó el Banquero a espaldas de Minerva—. El aburrimiento es un gran motivo.

Se quedó parada en dos estribos, sujetando con fuerza los cables. Después levantó la vista y miró a ambas plataformas. Atrás, la que había abandonado al comenzar esta prueba, donde ahora el Banquero esperaba su turno. Adelante, la de destino, donde Pólvora la observaba con una sonrisa socarrona apoyado contra el tronco del eucalipto.

Intentó que no se notara el esfuerzo que hacía para que las piernas no se le abrieran como unas tijeras. Incluso logró liberar una de las manos para apuntar detrás del Banquero, donde el Cerrajero y el Pata iniciaban el circuito.

Y sonrió.

—Venganza, necesidad, depresión —dijo—. Ésas son todas razones válidas, por supuesto. Pero secundarias. El verdadero motivo es uno solo. La guita.

—Yo no lo hago por eso, y vos lo sabés muy bien —retrucó el Banquero.

—Pero si adentro de esa bóveda hubiera fardos de alfalfa, ¿la robarías igual? ¿Por deporte? ¿Y vos? ¿Y ellos? No se confundan. Acá *todos* estamos por el billete. Después, lo que hagamos con él es cosa de cada uno.

Pólvora se encogió de hombros. *Si te tengo que creer, te creo*, decía el gesto. *Aunque no me convence*.

Normal, pensó Minerva. No había que ser un genio para darse cuenta de que a ella la movía algo más. Pero no era cuestión de admitirlo adelante de estos tipos.

—Por mi parte, es simple —les dijo—. No quiero trabajar nunca más en mi vida. Me quiero ir a rascar a una playa del Caribe.

Después de todo, había algo de verdad en sus palabras. Si el robo salía bien, se iría durante un tiempo a un lugar lo más opuesto a la Patagonia posible. Disfrutar del calor. Olvidarse del viento. Y después, cuando se aburriera, quizás a Barcelona para intentar que la relación con sus padres fuera algo más que cuatro llamadas por año.

No volvía a su ciudad natal desde que la familia se había mudado a Argentina hacía veinte años. Ella tenía quince y la cabeza revolucionada por las hormonas. Vivió la mudanza como una traición. Sentía que sus padres la habían arrancado de sus amigos y su barrio. Y, sobre todo, de su abuela, que murió un año más tarde y ella tuvo que llorar a doce mil kilómetros de distancia. Se volvió una adolescente conflictiva. Malas juntas de libro. Y cuando, ocho años más tarde, sus padres decidieron volver a Barcelona, ella se quedó en Argentina. No tanto por llevarles la contraria sino porque ya era más tango que sardana.

Desvió la mirada hacia atrás. A lo lejos, el Pata se bajaba del primer árbol del circuito por una escalera, rindiéndose antes de empezar.

## CAPÍTULO 24

*16 de julio de 2019, 10:45 a. m.*

—Ya es la hora —dijo Minerva a las once menos cuarto de la mañana.

Pólvora se puso de pie de un respingo. Al parecer, a él la espera también se le había hecho eterna.

En cuanto Minerva cerró el cortapernos sobre el cable rojo, la luz en el techo del contenedor se apagó. La constelación multicolor también se fue extinguiendo, hasta que sólo quedaron encendidas las lucecitas rojas de las baterías.

En la penumbra, Minerva vio que Pólvora revolvía en la mochila. El metal lustrado de una nueve milímetros reflejó los destellos rojos.

—Falta bastante todavía, Pólvora. Van a tardar tres cuartos de hora en llegar.

—Ya lo sé. Hay que seguir esperando —respondió él con un tono casi triste. Minerva tuvo la sensación de que le hablaba tanto a ella como al arma.

—Pero esta parte de la espera es mucho más divertida —dijo ella y balanceó con toda su fuerza el cortapernos como si fuera un bate de béisbol. La parte metálica abolló uno de los servidores del *rack*.

Pólvora se guardó la pistola y dejó escapar su risita porcina. Después levantó un monitor por encima de su cabeza y lo estrelló contra las baterías, al fondo del contenedor.

Minerva metió la mano enguantada detrás de los servidores y agarró un manojo de cables. Tiró todo lo fuerte que pudo y arrancó varios. Varios

pedacitos de los conectores de plástico cayeron al suelo con un tintineo.

—Ayúdame —dijo, señalando el *rack* de servidores.

Entre los dos lograron que la estructura metálica cayera con un estruendo. Pólvora soltó un grito de alegría que se parecía bastante al aullido de un lobo.

—Este sería un buen momento para que me contaras por qué planeaste todo esto —le dijo, saltando encima de un teclado.

—¿Otra vez con eso? —respondió ella, que ahora se colgaba de una pantalla sujeta a la pared—. Ya te lo dejé bien claro. No quiero trabajar nunca más en mi vida.

—Ese chamuyo no. Me refiero a la verdad. Una mina como vos necesita un empujón especial para hacer algo así.

—¿Especial como qué? —preguntó Minerva, tirando con más fuerza de la pantalla.

—Como el padre enfermo del Cerrajero. O como quedarte viudo con tres pibes a cargo.

—¿Viudo? ¿El Cerrajero es viudo?

—El Cerrajero lo que es, es virgen. El viudo es Mac.

La pantalla de la que tiraba Minerva se descolgó, destrozándose en el suelo.

—¿Viudo?

—La mujer se murió hace un año. ¿No te lo contó?

Ella se quedó quieta. En el contenedor todo volvía a ser silencio.

—No.

Por un lado sintió pena. Por otro, de alguna manera la alivió saber que Mac no se dedicaba a coquetear mientras la mujer de la foto lo esperaba cuidando a los hijos.

Pero sobre todo, sintió vergüenza. El día anterior, mientras ella y Mac dejaban lista la parte más crucial del plan, habían tenido una conversación tensa. Y ahora Minerva se daba cuenta de que todo había sido un malentendido.

—Si no te lo dijo, es que te tiene ganas.

—Pólvora, estamos a punto de hacer el robo de nuestras vidas. Concentrémonos, por favor.

—Te tiene unas ganas tremendas. Se nota. Y vos también le tenés ganas.

—Yo últimamente sólo tengo ganas de que esto salga bien.

—Y va a salir bien, no te preocupes —respondió él, golpeando con el talón de su bota otro servidor—. ¿Sabés? Yo puedo ser más bruto que un arado, pero no soy boludo. Sé que hay algo que te empuja a hacer esto y que no tiene nada que ver con la guita. Y me hubiera gustado que me lo contaras antes de dar el golpe. Pero bueno, también me hubiera gustado ser actor porno y tampoco se me dio.

Minerva soltó una carcajada que retumbó en las paredes de lata. Ahora tenía las manos cruzadas detrás de la espalda. Sus dedos se habían colado por debajo de la muñequera y jugueteaban a través del látex con los contornos afilados del puma y el guanaco.

—Tenés razón —dijo.

—¿En que Mac te tiene ganas o en que no me estás contando la verdad?

—En que sos más bruto que un arado.

## CAPÍTULO 25

*16 de julio de 2019, 10:44 a. m.*

—Hola, mi amor —dijo Pamela con voz melosa, del otro lado del teléfono.

—¿Te desperté? —preguntó él.

—¿Y a vos qué te parece? Son las once menos cuarto de la mañana. Me acosté hace menos de cuatro horas.

Al imaginársela tendida en la cama, moviéndose bajo las sábanas con su ropa interior mínima, una erección empezó a cobrar fuerza en su entrepierna.

—Tengo muchas, muchas, muchas ganas de verte, Pame.

—Y yo también, papito. ¿Cuándo venís?

—Apenas pueda.

—Cuando me despierto es cuando más te extraño —dijo ella, con la voz distorsionada por un bostezo—. Me gustaría abrir los ojos y que estuvieras acá, en la cama conmigo. ¿Sabés lo que te haría?

Él largó un suspiro, se recostó hacia atrás en la silla y puso los pies arriba del escritorio. Dedicó una breve mirada a la puerta para cerciorarse de que la había cerrado con llave.

—Contame, por favor —le dijo—. Me muero de ganas.

—Empezaría con mi lengua, despacito. ¿Te gusta mi lengua calentita?

Él inspiró por la nariz, llenándose de aire los pulmones.

—Me encanta. ¿Qué me harías con tu lengua?

—Recorrerte. Empezaría en el cuello y bajaría de a poco...

—¿Y qué más?

Hubo un silencio del otro lado de la línea.

—¿Qué más, Pame? No seas mala, contame.

Nada.

—¿Hola?

Se despegó el aparato de la oreja y miró la pantalla. No tenía señal. Sacó del bolsillo el otro teléfono. El oficial. El que usaba para trabajar y para hablar con su esposa y sus hijos. También, sin servicio.

Bajó los pies del escritorio, agarró el aparato de radio y seleccionó el canal asignado a la división de informática.

—Habla Carlos Sandoval —dijo—. ¿Hay algún problema con las comunicaciones?

—Parece que sí, señor gerente —le respondió Gerardo Mallo del otro lado—. El enlace de telefonía celular y la repetidora de radio se acaban de cortar.

—¿Internet?

—También. Ahora se está inicializando la conexión satelital de backup.

—¿Habrá pasado algo en Cerro Solo? —preguntó tras meterse un chicle a la boca.

—Es lo más probable, señor gerente. Madueño ya se está preparando para salir para allá.

—Manténganme al tanto, estaba en medio de una llamada importante.

—¿Quiere que le acerque el teléfono satelital?

Dudó un segundo, permitiéndose pensar en la frase inconclusa de Pamela. La tentación de decirle que sí a Mallo era enorme.

—No, no hace falta.

Si su matrimonio había sobrevivido durante tantos años era porque él sabía separar los tantos. Un teléfono para una cosa, y otro para otra. Su familia y el trabajo en un aparato, Pame y el resto de sus amiguitas en otro.

Y desde hacía un año, un tercero. Él lo llamaba el teléfono rojo, aunque era plateado. Ese sí que era peligroso de verdad. Por eso lo tenía muy bien guardado.



## CAPÍTULO 26

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

—Al ser un lugar tan remoto, las comunicaciones de Entrevientos son uno de sus puntos débiles. Bastante más vulnerables que, por ejemplo, las de un banco.

Minerva se detuvo un segundo para mirar a sus compañeros. Las ojeras eternas del Banquero sonreían con expresión pícara. Había orgullo en la mirada del viejo ladrón.

Hizo aparecer en la pantalla una vez más el mapa del yacimiento.

—En toda esa pampa plana, hay un único cerro, que alguien con mucha imaginación bautizó como Cerro Solo. Está diecisiete kilómetros al norte del campamento. En la punta hay una torre con antenas de telefonía celular, enlace de internet y una repetidora de radio. Al igual que el Puesto de Entrada, esos equipos tienen su propia generación de electricidad porque están muy lejos. En este caso, paneles solares y baterías.

—O sea que si volteamos esa antena, los dejamos incomunicados —resumió Mac.

—Casi. Les queda la conexión satelital a internet.

—¿Y es muy difícil hackearla?

—Complicadísimo. Pero arrancar la antenita que apunta al cielo lo puede hacer cualquiera. Yo misma la instalé. Está en el campamento, en un contenedor lleno de servidores que llamamos el *data center*.

*Llamábamos*, se corrigió mentalmente.

—Entonces, sin la antena de Cerro Solo y sin el enlace satelital, ¿ahí sí quedan incomunicados? —insistió Mac.

—Se quedan sin internet, sin radio y sin telefonía celular. Pero están los cuatro teléfonos satelitales. En el campamento hay dos: uno en la enfermería y otro lo tienen los del área de informática y comunicaciones. El tercero está en la planta, con los de seguridad. Y el cuarto se lo llevan al campo los de exploraciones cuando salen a buscar vetas, que es prácticamente todo el tiempo.

—¿Siguen explorando? —preguntó el Banquero—. Yo pensaba que primero exploraban y después empezaba la producción.

—La exploración no va a terminar nunca. Una vez que la mina está funcionando, mientras más mineral se encuentre, más rentable es. Poco antes de que yo me fuera, acababan de descubrir una veta bastante jugosa a la que llamaron Diana.

—Hay tradición de ponerle nombres de mujeres a todas las vetas —acotó el Pata.

—Al parecer, Diana extendió bastante la vida del proyecto —continuó Minerva—. En este momento, se estima que hay material para trabajar por lo menos quince años. Pero si aparece más, el plazo se alarga.

—¿Y qué pasa cuando terminan de trabajar? —preguntó Mac.

—Esa es una buena pregunta.

## CAPÍTULO 27

*16 de julio de 2019, 11:06 a. m.*

El Pata detuvo el camión frente al portón del Puesto de Entrada. Un hombre joven vestido con uniforme negro salió con un portapapeles en la mano. No era el mismo que le había llenado el termo con agua caliente hacía diez días. Mejor.

Bajó la ventanilla del camión y se asomó para mirar hacia abajo. Sin levantarse los anteojos de sol, se tocó con los dedos la visera de la gorra de YPF que le tapaba la cabeza pelada.

—Buenas tardes —dijo.

—¿Traés el formulario veintinueve?

El Pata asintió y agarró del asiento del acompañante la carpeta que le había preparado Minerva. Cuando se la tendió por la ventanilla al empleado, sintió un sudor frío en las axilas.

—Esperame acá un momento —dijo el muchacho y se metió en la construcción cuadrada de la que había salido.

El Pata miró hacia adelante, apretando con todas sus fuerzas el embrague y el freno para controlar el tembleque de las piernas. Si Minerva no había hecho bien su trabajo, ahí se terminaba todo. Fueron dos minutos eternos en los que no dejó de pasarse la mano por la cara para rascarse disimuladamente la barba. Se la había recortado la noche anterior y Pólvora se la había teñido de negro.

El guardia de seguridad volvió a salir del módulo con el portapapeles, pero esta vez del otro lado del alambrado. El portón empezó a deslizarse hacia un costado y el muchacho le hizo señas para que avanzara.

*Ábrete sésamo*, pensó el Pata mientras ponía segunda y soltaba el embrague. Avanzó hasta que el empleado le indicó que parara. Ya estaba dentro del recinto de Entrevientos.

Abrió la puerta del camión para que el muchacho subiera el primer escalón hacia la cabina y anotara en un formulario el número que indicaba el nivel de la cisterna. Treinta y siete mil doscientos catorce litros. Visto el ritmo rutinario con el que el empleado continuó moviéndose, parecía que Mac había hecho un excelente trabajo falseando el medidor.

—Andá subiendo a la balanza.

—Mejor que no me peses, así no me deprimó —respondió el Pata, dándose unas palmadas en el abultado vientre. El muchacho mostró una ristra de dientes desparejos y le señaló la báscula para vehículos pesados.

Tras cerrar la puerta de la cabina, el Pata se inclinó disimuladamente hacia adelante y accionó el interruptor que Mac había instalado debajo del volante. Miró de reojo la más pequeña de las tres construcciones cuadradas, donde se alojaba el generador eléctrico.

No hubo ningún ruido. El muchacho le hacía señas para que subiera a la balanza. Apretó el interruptor otra vez, por las dudas, pero tampoco oyó nada.

No le quedaba otra que avanzar.

Puso segunda y, mientras el camión comenzaba a moverse, apretó el botón varias veces más.

*Mac, Cerrajero y la puta madre que los remil parió a los dos.*

Ya tenía las ruedas delanteras sobre la balanza cuando otro vigilante, bastante más mayor, salió del módulo principal y le gritó algo a su compañero. Este, a su vez, le hizo señas al Pata para que bajara la ventanilla.

—Tenemos un problema con la luz —le explicó—. Terminá de subir a la balanza y esperá ahí. En cuanto se solucione te pesamos y podés seguir.

El Pata soltó un soplido de protesta.

—Son unos minutos, nada más. No creo que tardemos mucho.

El muchacho se alejó del camión para unirse a su compañero rumbo al cuartito del generador. Al verlos abrir la puerta y retroceder ante una nube de humo negro, el Pata sonrió.

## CAPÍTULO 28

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Minerva observó disimuladamente el aparatito que sostenía en la mano para pasar las diapositivas. Su pulso era firme como el de una estatua. Proyectó en la pantalla un mapa del noreste de la provincia de Santa Cruz en el que había sombreado el área cedida al proyecto minero.

—El recinto de Entrevientos es un cuadrado de aproximadamente veinte por veinte kilómetros.

En la siguiente diapositiva, la mina de Entrevientos ocupaba toda la pantalla.

—Este es el único acceso —dijo, señalando el camino recto que salía hacia el sudeste desde la ruta provincial—. El Puesto de Entrada, del que ya les hablé. Está sobre la ruta. Acá.

Superpuso una imagen satelital sobre el mapa y detuvo el láser entre tres rectángulos blancos al borde del camino.

—Por el Puesto de Entrada pasan todos los empleados, contratistas y proveedores que entran y salen de la mina. Hay una sala de control prácticamente idéntica a la de un aeropuerto, con detectores de metales y escáner de rayos X para el equipaje. Mientras las personas pasan ese control, un empleado de seguridad revisa los vehículos en los que entran o salen. Estos registros son aleatorios: a veces miran el baúl, otras debajo de los asientos, y de vez en cuando, el chasis. Si el vehículo que entra es de combustible, lo pesan.

Hizo una pausa para observar a sus compañeros. Podía verlos pensar en las diferentes formas de burlar el Puesto de Entrada.

—Tiene un punto débil. Si se queda sin electricidad, no pueden hacer nada de esto. Ni siquiera le exigen a la gente que se baje de los vehículos. Y sólo se pueden comunicar por radio.

Las caras de concentración continuaron.

—El Puesto de Entrada es el primero de los tres controles de seguridad que vamos a tener que pasar para llegar al oro. Y es uno muy estricto porque, una vez que alguien entra en la mina, se mezcla con otras setecientas personas.

Trazó con el láser el camino recto que salía perpendicular a la ruta y se metía en el corazón del yacimiento. Después señaló un conjunto de construcciones rectangulares dispuestas en cuadrícula, como las manzanas de una ciudad.

—Pasado el Puesto de Entrada, son doce kilómetros hasta llegar a lo que llaman el campamento. Ahí viven los empleados, que suelen hacer campañas de catorce días de trabajo por catorce de descanso. Tienen sus habitaciones, comedor, salón de esparcimiento y hasta un gimnasio. También hay oficinas y salas de reuniones. En el campamento hay tanta gente que, si logramos llegar y nos comportamos con normalidad, es muy difícil que nos detecten.

—Hablás como si estos tipos nos fueran a dejar movernos por ahí tranquilamente —intervino Pólvora—. Pero vos misma nos dijiste que está lleno de cámaras y de empleados de seguridad.

—Sí —reconoció ella—, y también te dije que es como un pueblo en miniatura. Si llega un desconocido al pueblo, los vecinos no van corriendo a denunciarlo a la policía.

—En algunos pueblos sí —terció Mac.

—Es verdad —rió ella—. Pero en este no. De las mil doscientas personas que trabajan en la mina, nunca hay más de setecientas a la vez. La gente se enferma, o les cambian el régimen de turnos o intercambian las vacaciones con un compañero, así que siempre hay caras nuevas. No se conocen todos. Si nos movemos con confianza y una tarjeta colgando del cuello, nadie nos va a parar para preguntarnos nada.

—Podemos tener mala suerte.

—Es un riesgo que hay que asumir. Pero yo pasé ahí cuatro años y sé que mientras estemos en el campamento, tenemos cierta libertad. Cuanto más tarde nos detecten, más tarde llega la policía. Lo ideal sería que logremos entrar a la *gold room* antes de que se den cuenta.

—¿Y si no podemos?

—Entonces tenemos menos tiempo para llevarnos todo y desaparecer.

## CAPÍTULO 29

*16 de julio de 2019, 11:22 a. m.*

Desde el camión detenido, el Pata observó la puerta abierta del cuartito del generador. Los empleados habían esperado a que el humo se dispersara y ahora llevaban adentro tres minutos. Cuando salieron, el más joven de los dos caminó hacia él y dijo algo señalando la parte de arriba del camión.

—¿Qué pasó? —preguntó el Pata, bajando la ventanilla mientras seguía con la mirada al otro, que se dirigía al módulo principal.

—Parece que el problema es bastante grave. Explotó una parte del generador.

—Uh, ¿y ahora?

—Hacemos la inspección ocular y pasás —dijo, señalando nuevamente hacia arriba.

Vio que el otro salía del módulo con un arnés en una mano y una larga vara de plástico en la otra. Se le heló la sangre. Minerva no había mencionado ninguna inspección ocular.

—Me dijeron que la planta estaba floja de combustible y que había que venir urgente —balbuceó.

—Sí, esta mañana el gerente general mandó un email para que agilicemos la entrada de los camiones cisterna. Así que no te hagas drama porque va a ser rápido. Te la metemos, la sacamos mojada y te vas —dijo el tipo con una sonrisa.

*Encima se hace el gracioso, pensó.*



—Hablando en serio —continuó el muchacho—, es un protocolo nuevo que implementaron los de seguridad patrimonial. Apagá el motor.

Vio por el espejo retrovisor que el del arnés se había detenido a un metro del camión y miraba hacia la parte de arriba de la cisterna.

*Rápido, Patita. Tenés que pensar rápido.*

Se asomó por la ventanilla hasta dejar casi medio cuerpo colgado hacia afuera y le hizo señas al empleado para que se acercara un poco más. Después miró hacia ambos lados.

—Entre nosotros, ando con un problema en el arranque —dijo en voz baja—. Si lo paro, no sé si lo voy a poder arrancar después.

—Si no lo parás, no podemos hacer la inspección. Y sin la inspección, no estás autorizado a pasar.

El Pata tragó saliva. Volvió a hablar, bajando aún más el tono. Ahora sus palabras eran un murmullo que apenas superaba al viento.

—Tendría que haberlo llevado al taller hace tres días, pero se me enfermó el nene más chico. Cuarenta de fiebre, fue un despelote. Encima mi mujer está embarazada de ocho meses. Te pido por favor, hagan lo que tengan que hacer, pero no me pidas que apague el motor. Me puede costar el trabajo.

El empleado de seguridad lo miró durante un instante, y en sus ojos el Pata reconoció la expresión. Era un padre pensando en su propio hijo. Él también habría tenido al suyo con fiebre alguna vez.

Miró hacia la parte de atrás del camión y le hizo señas a su compañero para que subiera.

—Gracias —dijo el Pata.

Vio por el retrovisor que el otro se calzaba un arnés muy parecido al que él se había puesto dos meses atrás en el bosque aéreo de Mac. Luego se perdió, con la vara en la mano, detrás del tanque cilíndrico. No podía verlo, pero sabía que estaría subiendo los peldaños de la escalera.

Unos segundos después, oyó los pasos de las botas sobre la cisterna. ¿Se daría cuenta de que sonaba más hueca que de costumbre?

El sudor ahora le pegaba la camisa a la espalda. Todavía no habían empezado y ya estaba por irse todo al carajo.

Reconoció la serie de clinks y clanks metálicos. El tipo había levantado el pasamanos plegable y se había enganchado a él con el cable

del arnés. También, seguramente, ya habría cortado el precinto para abrir una de las tapas de la cisterna.

## CAPÍTULO 30

*16 de julio de 2019, 11:27 a. m.*

—¿Qué pasa? —susurró el Cerrajero.

Incluso amortiguadas por la mascarilla de algodón, las palabras retumbaron en la cisterna vacía.

Mac se llevó una mano a la frente para apagar la linterna que tenía en la cabeza, pero se arrepintió a mitad de camino. Si alguien abría una de las tapas y descubriría que no llevaban combustible, estaban perdidos. Daba igual si había luz o no.

—Parece que hay alguien arriba —le dijo al Cerrajero, señalando sobre sus cabezas.

Su compañero le mostró la nueve milímetros al chofer al que le habían robado el camión.

—Vos, calladito.

El hombre asintió como pudo. Estaba tirado en el suelo curvo, con las manos y los pies atados con bridas. Sobre la mordaza le habían puesto una mascarilla idéntica a la de ellos. A pesar de que habían pasado horas lavando y ventilando la cisterna, todavía quedaba suficiente olor a gasoil para causar un buen mareo.

Desde la parte de adelante del tanque uno de los border collies lanzó un llanto cansado, sin energías. La dosis del sedante que les habían inyectado los mantenía atontados, pero no dormidos del todo.

—Callate, boludo —susurró el Cerrajero en dirección al perro mientras tiraba de la corredera de la pistola. Apuntó hacia arriba.

—Si disparás acá adentro, además de que el plan se va a la mierda, nos quedamos sordos —le advirtió Mac.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

Un círculo de luz del tamaño de una pelota de playa empezó a dibujarse sobre sus cabezas. Alguien estaba abriendo una de las escotillas.

Mac pudo ver que el brazo del Cerrajero se tensaba y el dedo índice se posaba sobre el gatillo. Se tapó los oídos. Así y todo, oyó el fuerte sonido de los frenos neumáticos del camión al soltarse.

—¡Eh, pará! ¿Qué hacés, boludo? —gritó el tipo que caminaba sobre la cisterna.

El vehículo se había vuelto a poner en movimiento. Sin embargo, la inercia del arranque se interrumpió de golpe y el camión pasó de moverse a estar detenido en una fracción de segundo. Mac, el Cerrajero y el rehén salieron despedidos hacia adelante, golpeándose contra uno de los rompeolas de acero inoxidable que dividían la cisterna en varios compartimentos. La tapa cayó en su lugar y el círculo de luz desapareció.

Si todas las herramientas, armas y equipo que traían no hubieran estado sujetos con cuerdas, el ruido los habría delatado.

Y si los perros hubieran tenido collar en vez de arnés, habrían muerto ahorcados.

\*\*\*

El Pata respiró hondo. Acababa de clavar los frenos y el camión se había detenido en seco, derrapando apenas en el ripio.

—¿Qué hacés? ¿Estás loco? —oyó que le gritaba el empleado que se había quedado abajo.

Puso el freno de mano y se bajó corriendo, con las manos en la cabeza. Rodeó el camión por delante y vio que el otro había quedado colgando del arnés a un lado de la cisterna.

—Quedate ahí que ahora subo y te ayudo —le dijo.

—No —intervino el más joven—. No te podés subir sin un arnés.

—No te preocupes, que no me va a ver nadie —contestó, señalando la cámara de seguridad instalada en una esquina de la construcción blanca—. Si no tenés luz, no tenés cámaras.

Corrió hacia la parte trasera del tanque tubular y se detuvo ante la escalera de aluminio. Miró hacia arriba.

*Son sólo tres metros y medio*, se dijo. Sintió un escalofrío, pero se lo achacó al viento helándole la espalda transpirada. Contuvo la respiración y subió al paragolpes trasero. Después, al primero de los cuatro escalones de aluminio.

*No mires para abajo.*

## CAPÍTULO 31

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

El Pata miró hacia abajo desde la plataforma en la copa del eucaliptus. Se le revolvía el estómago.

—No puedo.

—¿Cómo no vas a poder? —oyó que le gritaba el Cerrajero desde otro árbol—. Por supuesto que podés. Lo único que tenés que hacer es levantar las piernas y agarrarte al cable.

—Ni siquiera eso —intervino Mac, poniéndole una mano en el hombro—. Tenés que sentarte en las tiras del arnés que te pasan por los muslos. Es como estar en un telesilla. ¿Fuiste a esquiar alguna vez?

—Nunca.

—Da igual. Lo importante es que no tenés que hacer nada de fuerza con los brazos.

—Pero me da miedo. ¿En qué idioma quieren que se lo diga?

Mac le agarró el arnés y tiró un poco.

—Estos mosquetones son los mismos que usan los alpinistas para enganchar las carpas cuando tienen que pasar la noche en una pared vertical. Y si esos tipos pueden dormir colgados a cinco mil metros de altura, te aseguro que a vos no te va a pasar nada arriba de un árbol.

—Mac, me podés explicar todo lo que quieras, pero yo el pánico a las alturas lo sigo teniendo. Acrofobia se llama. Es algo serio, búsquenlo en internet. Yo veo una víbora y si querés la agarro con la mano y le doy un

beso en la boca. Las arañas me importan un carajo. Pero las alturas, loco, las alturas me dan mucho vértigo.

—Menos mal que no vamos a robar un rascacielos —le gritó el Cerrajero.

—Si querés, bajate y nos vemos en la recepción cuando terminemos el circuito —le sugirió Mac señalando los peldaños enganchados al tronco que acababa de subir—. ¿Sabés cómo le llamamos acá a hacer eso?

—No.

—Tomar el camino de la gallina.

## CAPÍTULO 32

*16 de julio de 2019, 11:29 a. m.*

Encaramado a la escalera, el Pata pensó en sus compañeros dentro de la cisterna y en los que esperaban en Cerro Solo. Dependían de él. Esta vez no podía tomar el camino de la gallina.

Subió de a poco el resto de los peldaños. Cada uno fue un suplicio. Cuando llegó al último, se arrastró panza abajo sobre la cisterna y gateó hasta el cable de acero tenso por el peso del empleado que había quedado colgando.

Al asomarse del lado que no había pasamanos, sintió que se mareaba.  
*No podés ser tan flojo. No son ni cuatro metros.*

—Loco, perdoname —le dijo al hombre que colgaba—. No sabés lo que era esa araña.

—Ayúdame a bajar.

El empleado de seguridad más joven ahora corría hacia el camión con una escalera plegable. La apoyó sobre la cisterna junto a su compañero suspendido en el aire y le guió el pie hasta que el tipo logró afirmarse. El cable perdió tensión y, en cuanto el Pata pudo desenganchar el mosquetón, el hombre bajó a toda prisa.

Desde arriba, con el cuerpo contra la cisterna, el Pata miró a los empleados. Tenía que decir algo convincente, pronto.

—Era así de grande —les gritó, haciendo un círculo con ambos pulgares e índices.

—¿Qué cosa? —preguntó el que había traído la escalera.



—La araña. Además, peluda. Fue un acto reflejo. Cuando vi que me subía por la pierna, solté los pedales y el camión se empezó a mover. No tendría que haber frenado tan brusco. Perdoname, flaco. ¿Estás bien?

El guardia de seguridad, todavía atontado, asintió con la cabeza y se encaminó de nuevo hacia la parte trasera de la cisterna.

Parecía que le creían. Era una suerte que esos dos no tuvieran la más mínima experiencia manejando camiones. Sin la ayudita que el Pata le había dado al acelerador, el vehículo no habría avanzado. Y si de verdad la cisterna hubiera tenido treinta toneladas de gasoil, la frenada en seco habría sido imposible.

—No hace falta que subas —gritó—. Yo me encargo.

Arrastrándose, recogió la vara de plástico, que había quedado contra los hierros del pasamanos, y la metió en el agujero de la escotilla.

—La hago tocar fondo y la saco, ¿no? —gritó mirando directamente el agujero.

—Sí —le respondieron los dos desde abajo.

—Perfecto.

Bajó la vara palmo a palmo, lo más lento que pudo.

—¿Esto es para medir el nivel del gasoil y que no les metan el perro con el peso? —preguntó—. Hace unos años desmantelaron una estafa así con unos camiones que llevaban combustible a los yacimientos de petróleo de Comodoro. Siempre hay alguno que hace quedar mal al gremio.

No respondieron.

La vara tocó fondo. Era el momento de sacarla. El Pata asomó la cabeza para mirar a los dos empleados.

—Todavía me va a mil el corazón —dijo—. No saben el asco que les tengo a esos bichos. Nunca había visto una tan grande. Y eso que soy nacido y criado en la zona y estoy acostumbrado a las arañas pollito, pero esta era enorme. Para mí que vienen del norte, en las valijas de la gente. El otro turno de este camión lo hace un tucumano. Volvió la semana pasada de ver a su vieja.

—Puede ser —dijo uno de los dos sin ningún interés.

—Sacá la vara —indicó el otro.

El Pata lo intentó, pero la vara de plástico permaneció tan inmóvil como la espada Excálibur.

—Encima el agarrado nos trae una caja de seis alfajores. ¡Seis alfajores! ¿Ustedes saben la cantidad de choferes que somos en la empresa? ¿A quién se le ocurre traer seis para compartir? Con lo chiquitos que son los alfajores tucumanos. Se lo dije así, como se lo digo a ustedes, y no saben cómo se puso. No le gustó un cara...

Fingió pararse en seco. Chasqueó los dedos de la mano que no agarraba la vara y se rascó la barba teñida. Antes de hablar, abrió la boca como quien intenta encajar un golpe inesperado.

—¡Ahora lo entiendo! Me lo hizo a propósito. El tucumano hijo de puta me puso la araña por lo que le dije de los alfajores. ¡Me podría haber matado! Si la descubro en la ruta, a cien por hora, ¡me mato!

—Denuncialo a tu jefe. No sé. Pero sacá la vara, loco. Si te ven ahí arriba nos hacen un despelote bárbaro.

—Denunciarlo no. Lo voy a cagar a trompadas. Eso es lo que voy a hacer —refunfuñó el Pata y volvió a tirar hacia arriba de la vara.

\*\*\*

Dentro de la cisterna, Mac vio asomar por la escotilla la punta amarilla de una vara de plástico.

—*La hago tocar fondo y la saco, ¿no?* —escuchó que decía el Pata desde arriba.

Miró al Cerrajero.

—Es para medir el nivel de gasoil —le susurró.

—Entonces estamos en el horno.

—Andá a buscar uno de los bidones que trajimos para las camionetas. Rápido. No hagas mucho ruido.

La expresión del Cerrajero fue de desconcierto, pero aun así pasó por encima del chofer maniatado y se perdió de vista por el agujero redondo en el centro del rompeolas que separaba ese compartimento de la cisterna del siguiente. Mac agarró la vara con ambas manos y se quedó quieto. Sus propios latidos le martillaban las sienes.

—*El otro turno de este camión lo hace un tucumano. Volvió la semana pasada de ver a su vieja* —decía el Pata desde arriba.

Luego oyó una voz amortiguada, lejana. Alguien le respondía. La vara plástica entonces se deslizó unos milímetros hacia arriba, intentando escaparse de sus manos. Pero Mac la aferró con fuerza y tiró hacia abajo, pegándola de nuevo al fondo del tanque.

\*\*\*

Cuando el Cerrajero atravesó el primer rompeolas, la linterna que llevaba en la frente iluminó un compartimento vacío como una lata de cerveza gigante. Continuó al siguiente. Al verlo asomarse, los tres perros empezaron a llorar.

—Tranquilos, tranquilos —les dijo al pasar junto a ellos, sin detenerse.

Sus palabras no lograron que hicieran silencio, pero le valía con que no lloraran muy fuerte. El viento y los cinco milímetros de acero se encargaban del resto. Menos mal que a Mac se le había ocurrido vendarles las patas para que las uñas no repiquetearan en la cisterna vacía.

Atravesó la última división, que daba al compartimento más cercano a la cabina del camión. El haz barrió a toda velocidad cajas de madera, bolsos con herramientas, tubos de oxígeno para la lanza térmica y más bolsos con disfraces y uniformes.

Finalmente, distinguió el plástico amarillo de uno de los bidones de combustible.

\*\*\*

Mac estaba a punto de soltar la vara cuando el bidón amarillo apareció por el agujero en el rompeolas. Atrás venía el Cerrajero.

—Mojala desde lo más arriba que puedas —le indicó.

El Cerrajero desenroscó la tapa plástica y se puso de pie, con los hombros tocando la parte superior de la cisterna. Después inclinó el bidón haciendo que el líquido chorreara por la vara.

El gasoil frío y aceitoso se escurrió entre los dedos de Mac.

—Pasale la mano, para que no quede ninguna parte seca.

El Cerrajero cerró el puño sobre la vara y lo deslizó hacia arriba y hacia abajo, asegurándose de recubrir todo el plástico con una película de combustible.

—*Lo voy a cagar a trompadas. Eso es lo que voy a hacer* —decía el Pata en el preciso momento en el que Mac abrió las manos para soltar la vara.

\*\*\*

El Pata levantó la vara de a poco. Tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar de alegría cuando vio que salía mojada y con olor a diésel.

—Acá tienen, muchachos —dijo, pasándosela a los empleados que aguardaban abajo.

El del arnés la agarró con una mano enguantada y la examinó.

—Está un poco bajo el nivel —dijo, mirando a su compañero—. No llega a los treinta y siete mil que indica el medidor de la cabina.

—Bueno —le respondió el otro—, que pase igual. Total, allá cuando descargue se lo miden con el caudalímetro.

—Eso es lo que no me explico —protestó el Pata con tono de hartazgo mientras cerraba la escotilla—. Si allá nos terminan enchufando el caudalímetro, ¿para qué nos pesan y nos controlan con la vara acá?

—Son órdenes de arriba —dijo el del arnés.

El Pata bajó de la cisterna y se subió a la cabina negando con la cabeza, como si no se explicara por qué todo el mundo le quería complicar la vida a él, un simple camionero.

—A ver si me arranca ahora. Crucen los dedos conmigo, muchachos —dijo, y giró la llave.

Tras el sacudón inicial, el motor ronroneó al ralentí.

—Parece que hoy ando con suerte —dijo, mostrándoles el pulgar hacia arriba.

—Pará —dijo uno de los guardias.

*¿Y ahora qué quiere este?*

El tipo se metió corriendo a la garita del Puesto de Entrada. Volvió enseguida con un aerosol negro.

—Insecticida. Por si querés fumigar la cabina. Yo también les tengo un cagazo tremendo a las arañas. Llévatelo y me lo devolvés cuando salgas.

—Muchas gracias —le dijo, rociándose con veneno los pies que, cinco segundos más tarde, aceleraban el camión.

El Puesto de Entrada fue haciéndose cada vez más chico en los retrovisores. El corazón del Pata iba a mil, y aunque los nervios lo habían empapado de sudor frío, el olor a insecticida lo obligó a bajar la ventanilla.

Se concentró en el ancho camino delante de él. Tal y como lo había descrito Minerva, era totalmente recto y plano, a excepción de unas pocas hondonadas suaves que ocultaban el horizonte para volverlo a descubrir más adelante. El ripio estaba mejor aplanado que en cualquiera de las rutas provinciales.

Durante los nueve primeros kilómetros, en los que no había ni una sola curva, contó ocho vehículos en dirección contraria. Tres eran camionetas grises de doble cabina con el logo de Inuit. El resto, contratistas.

Cada kilómetro y medio había una señal de tráfico amarilla con la silueta de algún animal autóctono. Eran similares a las que advertían sobre vacas sueltas en las rutas de La Pampa, o ciervos en la Cordillera de los Andes. Sin embargo, estas mostraban animales muy diferentes: guanacos, zorros, piches, maras y ovejas. Y debajo de cada uno, la leyenda «Los animales sueltos tienen prioridad de paso».

Rió para sus adentros. *Explosivos y cianuro, todo lo que quieras, pero no atropelles a un animalito.*

Al final de la recta, una curva a la derecha le reveló la matriz de construcciones blancas y cuadradas que conformaban el campamento. Y mucho más allá, difuminada por el polvo que levantaba el viento, las enormes estructuras de la planta de procesamiento.

## CAPÍTULO 33

*16 de julio de 2019, 10:55 a. m.*

A los diez minutos de haber cortado el cable, Minerva salió del contenedor para mirar con los binoculares. A lo lejos, una camioneta gris abandonaba el campamento dejando atrás una nube de polvo.

—En media hora los tenemos acá —le dijo a Pólvora.

—Todo listo —respondió su compañero, mostrándole la pistola.

—No te olvides de lo que hablamos.

—Tranquila, que no soy tan revoltoso como parezco —retrucó con una sonrisa felina.

Volvieron a entrar al contenedor y cerraron la puerta. A Minerva, la media hora se le iba a hacer eterna. Por los nervios y porque algo le decía que Pólvora era una bomba de tiempo.

—¿Te acordás del día que nos conocimos, en lo de Mac? —le preguntó mientras se sentaban en el suelo.

—Cómo me voy a olvidar de la primera vez que dormí adentro de un OVNI —respondió él.

—Ese día me preguntaste por qué hacía esto. Y hace un rato, de nuevo. Sin embargo, vos nunca me contaste tus motivos.

—Estamos a punto de hacer el robo de nuestras vidas. Concentrémonos, por favor —dijo Pólvora con tono de burla, repitiendo las palabras que Minerva le había dicho hacía un rato.

Ella rió y negó con la cabeza.

—Tenés razón —reconoció, apoyándose contra una de las paredes.

—Tengo cinco pibes —dijo él después de unos segundos de silencio.

—¿Y tu mujer sabe lo que estás haciendo?

—No tengo mujer. Sólo hijos.

Pólvora dejó la pistola sobre sus muslos y se cruzó de brazos. Apoyó la espalda en el *rack* de servidores caído.

—¿No tienen madre esos hijos?

—Tres madres. Y dos de ellas no me dejan verlos porque dicen que soy una mala influencia.

Si tenía que basarse en lo poco que conocía a Pólvora, Minerva no podía culpar a esas dos mujeres.

—Salí en libertad hace unos meses. Tres años estuve guardado. Sólo puedo ver a los dos más grandes, que tuve con mi primera mujer.

—¿Y pensás que con mucha guita vas a poder ver a los otros tres?

—Con mucha guita, podés hacer lo que quieras.

Un tiempo atrás, Minerva habría sentido lástima por una respuesta así. Se habría preguntado qué clase de infeliz creía que con dinero se podía comprar el perdón. Pero a base de golpes cualquiera se volvía cínico. Por eso, aquella mañana pensó que quizás Pólvora tenía razón.

—Además, estoy cansado de robar. Y estar preso es una mierda. Este es mi último choreo. Si sale bien, me retiro. Con la guita de mi parte tengo planeado un negocio redondo.

Para Minerva, ese razonamiento era igual de sólido que el de un ludópata. Un robo más. Todo al rojo. Y, salga lo que salga, me voy a casa.

Pero los tipos así nunca se iban a casa.

Algo le decía que, además de por necesidad económica, Pólvora lo hacía porque disfrutaba la adrenalina de tener una pistola en la mano, como otros disfrutaban una montaña rusa. Eso la intranquilizaba, por más que Mario “el Banquero” Pezzano dijera que no se podía hacer un robo así sin alguien como Pólvora, que robaba desde los catorce años y sólo había estado preso una vez. Ser un ladrón casi invicto, había esgrimido Pezzano, demostraba que era excelente en lo que hacía. Y para rematar su argumento le había dicho:

*«Además, un robo así es como una expedición al Polo Sur. Lo más difícil es encontrar voluntarios.»*

La voz de Pólvora la devolvió al presente.

—Me parece que ahí viene.

Tenía razón. Del otro lado de las paredes de metal se oían ruedas acercándose por el camino de tierra. Se pusieron unos pasamontañas por encima de los gorros de tela.

El motor se apagó y la puerta del vehículo rechinó al abrirse. Pólvora levantó el índice. «Una sola persona», decía su dedo.

*Ojalá que no sea Felipe Madueño*, pensó ella un segundo antes de que se abriera la puerta.

\*\*\*

Felipe Madueño estaba acostumbrado a las caídas de las comunicaciones en Cerro Solo. Al fin y al cabo, casi todas dependían de esa antena. Si el viento desconectaba los paneles solares y se acababan las baterías, chau. Si el polvo hacía fallar algún componente electrónico, también chau.

Estacionó la Toyota Hilux de doble cabina entre la antena y el contenedor. Mientras caminaba hacia la pequeña puerta miró en dirección al campamento. Le encantaba la vista desde el único cerro en toda esa planicie.

De un manajo de llaves separó la más pequeña, de color dorado. Sin embargo, cuando alzó la vista hacia la cerradura, se encontró con que no había ningún candado en la puerta.

*¿Habrá venido para algo Mallo y otra vez se olvidó de cerrar?*

Cuando volviera al campamento, hablaría con Gerardo Mallo. Aunque fuera su jefe. Aunque tuviera más de cuarenta años y Madueño veinticinco recién cumplidos. Porque después, si pasaba algo, era a él a quien mandaban a sacar las papas del fuego.

Giró el picaporte, empujó la puerta y accionó el interruptor de la luz. El contenedor continuó a oscuras, aunque la penumbra no le impidió ver a los dos encapuchados, ni al cañón del arma que le apuntaba a la cabeza.

El manajo de llaves se le cayó al suelo.

\*\*\*



Mierda, era Madueño. Durante los cuatro años que Minerva había sido la responsable del área de informática y comunicaciones de Entrevientos, Madueño fue su mano derecha. Era inteligente y aprendía muy rápido. Quizás porque era un nativo digital o quizás porque a los veinte años todo el mundo aprendía rápido. En cualquier caso, le caía bien.

—Tranquilo que no es con vos —le dijo, enmascarando su voz con tono grave y acento porteño.

—Arrodillate —agregó Pólvora.

—Si le hacés caso, no te va a pasar nada.

Madueño se puso las manos en la nuca y bajó despacio al suelo.

—Sacate la campera, pibe —le dijo ella.

El técnico se quitó el abrigo, idéntico al que tenía puesto Minerva. Pólvora le ató las muñecas a la altura de los riñones con una brida plástica. Repitió la operación con los tobillos. Luego, con una tercera brida, unió las otras dos. El joven quedó boca abajo, con las rodillas dobladas y las manos pegadas a los pies a la altura de los glúteos.

Minerva se puso en cuclillas junto a él para recoger el manojito de llaves.

—No te vamos a hacer nada —lo tranquilizó.

El técnico, con media cara apoyada en el suelo polvoriento del contenedor, la miraba con ojos tan aterrorizados que a ella le dio un vuelco el estómago. Recordó algo que le había dicho su amigo Qwerty hacía más de quince años, cuando ella rechazó unirse a su banda de hackers porque consideraba que todavía le faltaba mucho por aprender:

«Podés leer cien libros sobre cómo andar en bicicleta, pero no vas a saber lo que se siente hasta subirse a una.»

—De verdad, quedate tranquilo —insistió Minerva.

*Podés planear el atraco a Entrevientos durante meses, pero no vas a saber lo que se siente hasta ver a tu ex compañero de trabajo muerto de miedo,* pensó.

Madueño asintió enérgicamente. Minerva le quitó la billetera y el teléfono celular. También le descolgó de alrededor del cuello la tarjeta de identificación. En los bolsillos hondos de la campera tirada en el suelo encontró una radio marca Motorola y uno de los cuatro teléfonos satelitales que había en el yacimiento.

Después sacó de su propia mochila una bolsa de dormir nueva, abrió el cierre para transformarla en una manta y la puso sobre el técnico.

—No te preocupes —le dijo—, como mucho vas a estar acá medio día.

Y lo dejaron atrás, cerrando la puerta del contenedor con un candado nuevo, elección del Cerrajero.

Caminaron hacia la camioneta de Madueño. Igual que todas las de la empresa, era una Hilux gris, tenía el logo de Inuit en las puertas y la reglamentaria pértiga plástica de dos metros y medio con un banderín rojo en la punta para que fuese más fácil verla a la distancia.

Antes de subir, se sacaron los pasamontañas, los gorros de quirófano y los guantes de látex. Pólvora se puso la campera de Madueño. Miraron mil veces por los binoculares.

—Me parece que ahí llegan —dijo ella, enfocando un camión de YPF que bajaba hacia el campamento por las curvas.

—¿Estás segura de que son ellos?

—Son ellos, vamos —dijo y se subió al asiento del acompañante de la camioneta.

Descendieron en silencio la ladera del Cerro Solo. Al llegar abajo, Pólvora señaló hacia adelante.

—Parece que viene alguien.

Efectivamente, otra camioneta gris de la minera se acercaba hacia ellos.

—*Collons* —dijo Minerva.

—¿Qué?

—Son los de seguridad.

En cuanto estuvieron a doscientos metros, el vehículo les hizo señas de luces.

Ella se apresuró a buscar los anteojos de marco grueso que traía en la mochila. Pólvora se llevó la mano detrás del pantalón para empuñar la pistola.

## CAPÍTULO 34

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Minerva recorrió con el puntero láser el camino que salía del campamento hacia el norte.

—Este camino es la columna vertebral de Entrevientos. Va del campamento a la planta, y después sigue hasta el túnel y las minas a cielo abierto. Diez kilómetros más adelante, llega a Cerro Solo.

—De ahí vamos a venir nosotros dos después de desconectar la antena, ¿no? —dijo Pólvora.

—Correcto. Y mientras antes lleguemos a este tramo, mejor —respondió Minerva, señalando el centro de la pantalla—. Los tres kilómetros entre el campamento y la planta son los más transitados de todo el yacimiento.

—Tampoco se imaginen una autopista —acotó el Pata.

—En promedio, un vehículo cada ocho minutos, entre camiones y camionetas —precisó Minerva.

Señaló con el láser las otras líneas, más finas, que salían en todas las direcciones desde el camino principal.

—Estos otros son poco más que huellas en la tierra. Los utiliza principalmente el equipo de exploraciones. Por ahí es más difícil moverse sin ser detectado, sobre todo si hay línea visual con el campamento o la planta.

—¿Los patrullan? —preguntó Mac.

—Las veinticuatro horas. El itinerario se genera cada día de manera aleatoria. Es decir, no se puede saber a qué hora va a pasar la patrulla por un determinado punto.

—¿Qué pasa si mientras estamos yendo de Cerro Solo al campamento nos encontramos con alguno? —preguntó Pólvora.

—Tenemos un problema.

## CAPÍTULO 35

*16 de julio de 2019, 11:42 a. m.*

Cuando ambas camionetas estuvieron detenidas, el empleado de seguridad se bajó de la suya y caminó hacia ellos.

—A lo mejor no es necesario —dijo Minerva, señalando la pistola que Pólvora acababa de desenfundar.

El otro la miró como si no entendiera. Entonces ella se tocó disimuladamente el logo de Inuit Gold que tenía bordado en el pecho. Después repitió el gesto con el de Pólvora.

—Somos dos empleados haciendo nuestro trabajo —le dijo.

Pólvora guardó la pistola justo a tiempo para que el vigilante no la viera y bajó la ventanilla.

—Buenas tardes. ¿De dónde vienen? —preguntó el hombre.

Hablaba con un tono policial, como la mayoría de los trabajadores de empresas de seguridad. Al parecer, el uniforme oscuro y la radio enganchada a la cintura producían un misterioso efecto sobre las cuerdas vocales.

—De Cerro Solo —dijo Minerva—. Se cayeron las comunicaciones y nos mandaron a ver qué pasaba. Encontramos un corto en la conexión de las baterías. Ahora volvemos al campamento a buscar los repuestos para arreglarlo.

—Necesito ver sus tarjetas de identificación.

Pólvora resopló y abrió la boca para decir algo, pero Minerva se le adelantó.

—Está todo el campamento incomunicado. No tardes mucho por favor —dijo, y sacó del bolsillo la identificación de empleado de Inuit Gold.

A diferencia de las tarjetas genuinas, esta no abriría ninguna puerta si se la acercaba a los lectores instalados en las cerraduras de Entrevientos. No era más que un rectángulo de plástico que Minerva había falsificado en su casa de Trelew con una impresora de tarjetas de gama media. Le había puesto una foto suya después de cortarse y teñirse el pelo de negro para parecerse lo más posible a Mariela Castro. Esa misma tintura, que se había vuelto a aplicar ayer, era la responsable de las ganas que sentía a cada rato de rascarse la cabeza.

Mientras el guardia de seguridad ingresaba en la tablet el número de empleado de Mariela Castro, Minerva contuvo la respiración. Castro era una empleada de Inuit con un gran parecido físico a ella, pero trabajaba de administrativa en las oficinas de Puerto Deseado. No tendría absolutamente nada que hacer en Cerro Solo.

Después de unos segundos, el hombre asintió con la cabeza y le devolvió la tarjeta. Minerva exhaló. El cambio que había hecho la noche anterior en la base de datos se había propagado correctamente a la réplica guardada en la tablet. Mariela Castro ahora figuraba como parte del equipo informático.

Faltaba que el tipo hiciera lo mismo con Pólvora, pero ya no había peligro. Si se habían actualizado los datos de Castro, lo mismo habría sucedido con los de Manuel Ortiz, del equipo de exploraciones. También, recientemente transferido a informática y comunicaciones.

Pero el guardia de seguridad miró la tablet durante más tiempo del que a ella le parecía normal. Luego levantó la vista hacia Pólvora.

—Hay un problema.

Pólvora se llevó la mano a la cintura. Ella volvió a apoyarle la suya en el antebrazo.

—¿Qué problema?

—En la base de datos me figura que estás de licencia médica hasta la semana que viene.

Se había dirigido a Pólvora. La mano de este se escondió aún más detrás de su espalda.

Minerva sintió ganas de gritar. ¿Cómo había sido tan estúpida de no mirar la tabla de bajas médicas?

—Al final me dieron el alta antes —respondió Pólvora.

—Debe ser que, como no hay conexión, no tenés la versión más actualizada de la base de datos —intervino Minerva señalando la tablet—. En cuanto lo arreglemos y sincronice, vas a ver que cambia el estado en el registro.

Los términos informáticos parecieron convencerlo, porque le devolvió la tarjeta a Pólvora y dijo:

—Muchas gracias, adelante.

Como si fuera policía.

## CAPÍTULO 36

*16 de julio de 2019, 11:54 a. m.*

—Ahora —pronunció Mac cuando el cronómetro llegó a los sesenta segundos.

Lo había activado en el reloj de su muñeca al oír los dos golpecitos del Pata en el exterior de la cisterna. Significaban que el camión ya estaba estacionado en el punto ciego elegido por Minerva, a un costado del campamento. Ninguna cámara de seguridad apuntaba hacia allí y muy pocas ventanas de los módulos de oficinas y habitaciones tenían línea visual directa.

Los dos golpecitos les decían a Mac y al Cerrajero que podían salir. Los sesenta segundos eran para darle tiempo al Pata a volver a la cabina y esconderse, porque tres conductores para un solo camión de combustible era demasiado sospechoso.

Con el Cerrajero siguiéndolo de cerca, Mac fue atravesando los diferentes compartimentos de la cisterna, pasando de uno a otro por el agujero en el centro de cada rompeolas. Dejó atrás al conductor atado y a los perros adormecidos. Se detuvo debajo de la escotilla a la que le había limado el pestillo de cierre. Bastó un empujón desde adentro para que sobre sus cabezas apareciera un círculo de cielo celeste y el zumbido del viento.

—Vos primero —le dijo al Cerrajero, entregándole una escala de sogas con tres peldaños que había construido a imagen y semejanza de las de su parque de aventuras.

Su compañero la colgó del borde y sacó la cabeza por la abertura para mirar hacia ambos lados. Ayudándose con los codos, puso un pie en el



primer escalón.

—Andá de a poco, por las dudas —le dijo Mac, pero el otro ya tenía medio cuerpo afuera.

Apenas el Cerrajero desapareció de su vista, Mac asomó la cabeza por la escotilla, irguiéndose por primera vez en dos horas. Se encontró con la cara de su compañero a menos de veinte centímetros de la suya. Estaba tirado a lo largo del camión, panza abajo, y tenía el índice puesto sobre los labios. Hizo un gesto señalando a su izquierda.

Mac subió al primer peldaño y estiró el cuello con cuidado. A cincuenta metros, un guanaco pastaba al lado del camino. El animal levantó la cabeza, alerta, pero decidió volver a concentrarse en la poca vegetación que crecía en invierno.

—No pasa nada, es un guanaco.

El Cerrajero negó con la cabeza.

—Viene alguien —susurró.

Mac se asomó un poco más y entonces sí los vio. Dos hombres equipados con chalecos refractarios caminaban hacia ellos a toda velocidad.

Volvió a agacharse. Unos segundos más tarde, sus voces se hicieron audibles.

—Si desde hace dos años bajo los viernes, no me puede venir a cambiar de un día para el otro —se quejaba uno, con acento del litoral.

—Por lo menos que te avise con una campaña de antelación —dijo el otro.

—Qué frío que hace hoy, la puta madre.

—Ahora en el taller preparo uno mates.

Las palabras empezaron a sonar más lejanas. Habían pasado junto al camión sin detenerse. Buena señal.

Mac volvió a asomarse. Los dos empleados caminaban, dándole la espalda, hacia un galpón aislado. Según los planos que Minerva les había hecho memorizar, era el taller mecánico donde reparaban los vehículos de la mina.

Miró hacia el campamento, observando las decenas de módulos, como cajas de zapatos gigantes, dispuestos en filas y columnas unidas por caminos de tierra. En el centro había otras construcciones, más grandes e igual de cuadradas, que Minerva había identificado como el comedor, el módulo de oficinas y la sala de actividades recreativas. Recordó la frase con

la que Minerva había descrito al campamento. «Un pueblo prefabricado plantado a la fuerza en el medio de la estepa.»

Le hizo un gesto al Cerrajero. El otro asintió y gateó hacia la cola del camión. Mac terminó de salir por la escotilla y lo siguió. Bajaron por la escalera a toda prisa.

Los pies de Mac acababan de tocar la tierra reseca cuando sintió la voz a sus espaldas.

—¿Se complicó algo?

Un hombre vestido con pantalón azul y camisa con logo de YPF, idénticos a los que llevaban ellos, se acercaba todo lo rápido que le permitían sus redondeces. Venía desde un camión cisterna, también idéntico, que Mac habría jurado que hacía un minuto no estaba ahí.

—No, nada. Acabamos de descargar y nos estábamos yendo, pero me pareció sentir un ruido raro adentro —dijo Mac, golpeando con la palma de la mano el tanque cilíndrico—. Así que le dije a él que me diera una mano, para no subir solo.

Con «él», se refería al Cerrajero, que se había quedado mudo.

—¿Acaban de descargar? Me pareció que venían del Puesto de Entrada.

—Ah, sí. Porque cuando ya nos habíamos ido, este huevonazo se dio cuenta de que se había olvidado la billetera en el comedor. Tuvimos que pegar la vuelta.

El Cerrajero levantó la mano y agachó la cabeza fingiendo vergüenza.

—¿Y dicen que vinieron a descargar juntos? ¿Uno en cada camión o los dos en el mismo?

Mac miró hacia un lado, intentando pensar cuál sería la respuesta correcta. Para ganar tiempo, señaló al guanaco.

—Esto no me deja de sorprender nunca. En cualquier campo, te querés acercar con una camioneta y salen rajando. Y acá, con todo el ruido, las explosiones y la gente, los tipos están como Pancho por su casa.

—Mi mujer no me lo creyó hasta que le mostré una foto —dijo el camionero.

Por un instante, Mac pensó que había logrado cambiar de tema. Pero no.

—¿Y? ¿Vienen juntos o en camiones separados? —insistió el hombre.

—Juntos —se la jugó—. Él acaba de entrar a la empresa y está de aprendiz conmigo.

El camionero arqueó los labios hacia abajo.

—Eso debe ser nuevo. En mi época te subías solo y metías kilómetros desde el primer día. No saben la de cagadas que me mandé al principio. No me puse el camión de poncho, de milagro.

—Sí, es algo nuevo. A estos pibitos, si no los llevás de la mano, no saben qué hacer —dijo, dándole un par de cachetadas amistosas en la cara al Cerrajero.

El hombre soltó una risa. Después de desearles un buen viaje, se despidió de ellos con un fuerte apretón de manos y se encaminó hacia su camión.

—Nada más inoportuno que un buen samaritano —dijo Mac mirando alrededor.

—Te lo sacaste de encima muy bien.

—Gracias.

Esperaron en silencio hasta que el vehículo se perdió de vista. Después, Mac señaló la cabina del camión robado.

—Me voy con el Pata.

—Y yo me pongo a hacer lo mío. Pero primero te devuelvo esto.

Antes de que Mac pudiera preguntarle de qué hablaba, el Cerrajero le dio dos fuertes palmadas en la cara.

—Ahora sí. Sigamos —le dijo el Cerrajero y enfiló hacia los módulos de habitaciones.

\*\*\*

Al subir a la cabina del camión, Mac se encontró al Pata tirado a los pies del asiento del acompañante, descalzo y con el torso desnudo. Contorsionaba su cuerpo grueso para deshacerse del pantalón.

—¿Los vio alguien saliendo de la cisterna? —preguntó tras quedarse en calzoncillos.

—Se nos acercó a hablar otro camionero, pero lo despachamos rápido.

—¿El Cerrajero ya se fue para las habitaciones?

—Sí —respondió Mac, apoyando las manos en el volante del camión detenido.

Mientras su compañero se ponía un vaquero y una camisa a cuadros con la misma torpeza con la que se había desprendido del uniforme de YPF, él permaneció atento al camino que se alejaba del campamento. Lo había estudiado en los mapas con la diligencia con la que un niño aprende las tablas de multiplicar. Tres mil doscientos metros de recta hasta llegar a la planta, cuyas construcciones altas cortaban el horizonte. Más allá, el camino conducía a las minas hasta morir, a diecisiete kilómetros del camión, en Cerro Solo.

Una vez vestido, el Pata se sentó a su lado en el asiento y remató el atuendo abrigándose con una campera negra que tenía el logo de Inuit bordado en el pecho. Justo en ese momento, Mac divisó una camioneta gris que se acercaba por el camino.

—Me parece que ahí vienen —dijo, mientras abría la guantera para buscar la radio de frecuencia encriptada.

El Pata permaneció en silencio, calzándose las botas de seguridad.

—Pólvora y Minerva. ¿Me escuchan? —preguntó Mac al aparato.

Sin una repetidora, las radios tenían un alcance de cinco kilómetros en campo abierto. Mucho menos si había paredes de por medio.

—Sí. Y también te vemos. Vamos para allá —respondió Minerva.

Tres minutos más tarde, la Hilux se detuvo junto al camión, de modo que quedó oculta al campamento detrás de la cisterna.

Mac abrió la puerta y Minerva bajó la ventanilla para entregarle una tarjeta magnética.

—No tarden mucho.

## CAPÍTULO 37

*16 de julio de 2019, 12:13 p. m.*

Mac caminó detrás del Pata en dirección al módulo más grande, en el centro del campamento. Conforme se iban acercando, notaba que el pulso se le aceleraba. Pensó en sus hijos para tranquilizarse, pero eso tuvo el efecto contrario.

Se detuvieron a diez metros de la puerta. El Pata encendió un cigarrillo y le dio uno a él. Fumar era una de las pocas excusas aceptables para estar a la intemperie con un viento de sesenta kilómetros por hora que congelaba las orejas.

Mac no fumaba desde que era adolescente. Al terminar el segundo cigarrillo, tenía la garganta áspera y las manos heladas. Estaba a punto de aceptar el tercero cuando vio que el Pata le hacía un gesto sutil con los ojos.

A su derecha, un empleado alto, de torso evidentemente macizo incluso debajo de varias capas de abrigo, abría la puerta para entrar al módulo. El tatuaje en el cuello no dejaba lugar a dudas. Ese era su hombre.

Esperaron ahí exactamente diez minutos. Después, el Pata enfiló hacia la puerta y Mac lo siguió de cerca repitiéndose mentalmente que, para cualquiera que los mirara, no eran más que dos de las cientos de personas que comerían aquel mediodía en la cantina de Entrevientos. Un empleado de Inuit y un chofer de YPF. Nada raro.

Entraron a un pasillo ancho con puertas a los costados. Según les había explicado Minerva, correspondían a una sala de conferencias, algunas oficinas y baños. La puerta del fondo era mucho más grande, y desde las

dos hojas abiertas de par en par llegaba el sonido de cubiertos mezclado con voces ininteligibles.

Al atravesarla, los recibió un olor a carne al horno y papas fritas. La sala era grande como una cancha de básquet y, a pesar de que apenas eran las doce y media del mediodía, más de un centenar de personas se inclinaban sobre sus platos, sentados frente a largas mesas blancas. Muchos comían solos, sosteniendo el teléfono con una mano mientras manejaban el tenedor con la otra. Otros charlaban con sus compañeros de mesa.

El tipo del tatuaje pertenecía al segundo grupo.

El Pata ya se había detenido frente al molinete de metal cuando Mac oyó voces a sus espaldas. Se giró disimuladamente y vio que dos empleados de Inuit se paraban detrás de él, esperando su turno para entrar al comedor.

Se pegó todo lo que pudo al Pata, que ya acercaba al molinete la tarjeta que les había entregado Minerva. La luz roja se puso verde y su compañero atravesó la barrera mientras se rascaba la espalda con la mano que todavía sostenía la tarjeta. Mac la agarró con un movimiento ensayado frente al espejo y se la metió en el bolsillo.

Mientras el Pata se alejaba hacia una cola en la que varias personas esperaban a que les sirvieran la comida, Mac se palpó el pecho, las caderas y las nalgas.

—Qué boludo que soy —dijo.

Los dos empleados de detrás hicieron un comentario sobre el hambre que tenían. Él rebuscó un poco más en su ropa y chasqueó la lengua.

—Pasen ustedes, muchachos. Me olvidé el teléfono en la camioneta —dijo y se alejó del comedor con la tarjeta en el bolsillo.

## CAPÍTULO 38

*16 de julio de 2019, 12:36 p. m.*

Tras pasar el molinete, el Pata caminó por el costado del salón en dirección al largo mostrador. Mientras esperaba en la cola, agarró una bandeja con cubiertos, servilletas de papel y un vaso de plástico. También se colgó al cuello una tarjeta con su foto y un nombre falso.

Cuando le llegó el turno, un joven con acné, delantal negro y gorra de tela señaló las fuentes de acero inoxidable.

—Hoy tenemos carne con papas al horno y lasaña de verduras.

—Carne, por favor.

Con el plato humeante en la bandeja, miró a un lado y al otro del comedor, como si no supiese dónde sentarse. Después de un momento de aparente indecisión, se encaminó hacia la mesa donde el tipo del tatuaje y otros tres operarios daban cuenta de generosas porciones.

—¿Me puedo sentar con ustedes, muchachos? —preguntó.

Uno de ellos respondió con un «sí» parco y volvió a prestar atención a la anécdota que contaba otro. El Pata se sentó junto al del tatuaje y probó la carne. Incluso con el nudo que tenía en el estómago, estaba buenísima.

Mientras masticaba en silencio, observó de reojo el dibujo en el cuello del hombre a su lado. Era un dragón rojo y verde, tal y como lo había descrito Minerva.

—Permiso —dijo, estirándose para agarrar una botella de Coca Cola que había entre las bandejas de los otros.

Se llenó el vaso hasta el borde y lo tomó lo más rápido que pudo. Los cuatro empleados dejaron de hablar para mirarlo.

—El que la termina va a buscar otra —le advirtió uno, señalando una heladera llena de bebidas sin alcohol a un costado del comedor. Tenía acento peruano y unos rasgos andinos que hicieron que el Pata pensara en el Cerrajero. Si todo iba bien, su compañero también estaría en plena acción en ese momento.

—Parece que nunca hubieras tomado Coca Cola —le comentó el más rechoncho del grupo, sonriendo debajo de un tupido bigote.

—Cuando es gratis, es más rica —respondió, sirviéndose lo que quedaba en la botella.

Los cuatro empleados rieron y el Pata les mostró el vaso antes de volverlo a vaciar.

—Se nota que sos nuevo. Yo al principio también, cada vez que entraba acá, salía rodando. Pero, te doy un consejo, a la larga no es tan bueno —dijo el del bigote dándose sonoras palmadas donde el vientre abultado ponía tersa la tela de la camisa.

—No te preocupes, yo ya soy del club —respondió el Pata, tocándose su propia barriga.

—Al final, tiene razón este —dijo el otro, señalando al del tatuaje—. La única manera de estar en forma si trabajás acá es haciéndote vegano.

—Debe ser el único dragón del mundo que come lasaña de verduras y ensalada —acotó el peruano.

—¿En qué área trabajás? —le preguntó el del tatuaje, tratando de desviar la conversación.

—En exploración —respondió, señalándose la tarjeta colgada en el pecho—. ¿Y ustedes?

—En fundición, los cuatro.

—Ah, o sea que estoy sentado con los que cortan el queso.

—No, nosotros lo hacemos nomás —respondió el único que todavía no había hablado, un rubio con cara de alemán y acento de peón de campo—. El que lo corta y se lo come es otro.

Todos le festejaron la broma. Sin desdibujar la sonrisa de la cara, el Pata señaló la botella vacía y se puso de pie. Se dirigió hacia la heladera con una mano en el bolsillo, recorriendo con los dedos el tacto suave del frasquito de vidrio que le había dado Minerva. A medio camino se lo llevó a la boca simulando toser, y le arrancó el tapón de goma con los dientes.



Agarró otra Coca Cola de la heladera. Mientras fingía examinar cada una de las bebidas que la minera ponía a disposición de los empleados, desenroscó la tapa de la botella y vertió dentro el contenido del frasquito.

—...no todos lo valoran —estaba diciendo el del bigote cuando el Pata volvió a la mesa.

—¿A qué te refieres? —le preguntó el peruano.

El hombre movió una mano en el aire, restándole importancia.

—Nada. Una boludez. Mi hija, que me hizo terrible drama por el laburo.

—¿Drama? ¿Por qué?

El Pata se sirvió otro vaso hasta arriba. Después, sin preguntar, completó el de tres de los cuatro empleados de fundición. Resultó que el del tatuaje, además de ser vegano, había dejado las bebidas azucaradas hacía cuatro meses.

—Por el tema medioambiental. Está en el último año de la secundaria y le hicieron hacer un trabajo sobre la minería. El cianuro y todo eso.

El tatuado movió el tenedor en el aire.

—Mirá —dijo, señalando el centro del comedor—. Cada una de estas personas es un sueldo que entra en una familia.

—Más desastres hace la miseria —añadió el peruano.

—Además, una cosa es un derrame en un río. Pero, ¿acá? ¿Vos viste dónde estamos? Aunque estallara una bomba nuclear, nos morimos nosotros y cuatro guanacos, nada más.

—Vos lo que le tenés que hacerle entender a tu hija es que la mina trae trabajo a una provincia que está arruinada —dijo el rubio—. Contale que, por ley, el setenta por ciento de los empleados son residentes de Santa Cruz. Contale que la provincia se lleva sus buenas regalías.

*¿La provincia o los políticos corruptos?*, pensó el Pata.

—¿Y vos, qué opinás? —le preguntó en ese momento el del tatuaje.

—Yo estoy de acuerdo con ustedes —dijo, levantando las manos en señal de paz—. Pero todos tuvimos dieciocho años alguna vez, ¿no?

—Si yo te contara... —dijo el del bigote.

—A mí si alguno de mis pibes me viene con un planteo así, le arranco la cabeza de un sopapo —dijo el del tatuaje—. Probá con eso. Un par de golpes dados a tiempo le pueden venir bien. Y si no te entiende, la

próxima vez que te pida guita preguntale si no le da vergüenza beneficiarse de un negocio tan sucio.

Al ver que los otros tres reían, el Pata se sumó a las carcajadas.

—Me gustaría ver cuánto durarían nuestras mujeres o nuestros hijos en un trabajo como este —continuó el tipo—. Al final, nosotros nos rompemos el lomo y ellos lo único que saben hacer es quejarse y pedir. Guita, guita, guita, es lo único que importa.

—Te van a elegir padre del año —dijo el peruano.

El otro lo fulminó con la mirada. Las gruesas venas que le recorrían el cuello daban la sensación de que el dragón había cobrado vida.

—Escuchame bien, Pachamama. Yo también lo veía todo color de rosa cuando mi primer pibe tenía seis meses. Pero antes de hacerte el zen, esperá a que el tuyo empiece a hablar. La primera palabra que te dice es papá, y la segunda, comprame.

En la mesa se generó un silencio incómodo. Al Pata le pareció raro que un vegano que no consumía azúcar no viera un problema medioambiental en la minería y sugiriera corregir a los hijos a tortazos. Quizás Sandra tenía razón cuando le decía que era un prejuicioso.

—¿Vos tenés hijos? —le preguntó al rubio con un tono desenfadado, quitándole hierro a la conversación.

—Sí.

—Yo también —mintió—, así que los cinco somos padres. Y aunque hay días que tenemos ganas de ahorcarlos, los queremos. Así que, si me permiten, voy a proponer un brindis. Por los jóvenes, que aunque a veces nos vuelvan locos, son lo más importante que tenemos en este mundo.

—Por los jóvenes —repitieron al unísono el peruano, el de bigote y el rubio.

—Y porque se hagan grandes pronto así nos dejan de romper las pelotas —añadió el del tatuaje.

Los cinco vasos de plástico se unieron en una seguidilla de clinks apagados. El Pata se llevó el suyo a la boca, pero antes de que el líquido le tocara los labios, fingió que le vibraba el teléfono en el bolsillo.

—Hablando de hijos, tengo que hacer una llamada urgente, muchachos —dijo, mirando la pantalla—. Que tengan un buen día.

Apenas se alejó de la mesa, respiró profundo. Para intentar calmarse, se imaginó a Sandra y a Mina debajo de un árbol cargado de

cerezas. A pesar de los nervios, sonrió.

## CAPÍTULO 39

### *Siete días antes. En el campo, a veintidós kilómetros de Entrevientos.*

En el asiento del acompañante de la Sinpapeles, Mac se agarraba fuerte a la manija sobre la ventanilla. La camioneta iba a los saltos por una huella apenas visible que bajaba entre dos paredes de roca rojiza. El Pata, al volante, era el único otro tripulante humano. Hacía tres horas que habían salido desde Caleta Olivia, previo paso por la perrera municipal.

A Mac esta era la parte del plan que más le preocupaba. Él estaba acostumbrado a lidiar con aparatos, poleas y herramientas, que siempre se comportan de la misma manera. Los animales, en cambio, le parecían impredecibles.

—Por acá va a andar bien —dijo el Pata, deteniendo la camioneta.

—¿Dónde estamos?

—En un cañadón dentro de la estancia La Martineta, a ocho kilómetros de la casa de los dueños —respondió, señalando las rocas a ambos lados del camino—. Acá nadie va a ver la jaula.

—Mientras el perro pueda olerla...

—Todavía no me creés, ¿no? —preguntó el Pata con un gesto divertido.

No era que no le creyera. Si todo iba como estaba planeado y conseguían los tres perros, a razón de uno por día, tendrían un buen margen antes de que Entrevientos solicitara un nuevo camión blindado. Pero para Mac, lo que estaban por hacer tenía demasiados puntos de falla.

—Es que me resulta muy difícil entender cómo va a hacer el perro para olerla a ocho kilómetros —le dijo, mirando el GPS en el teléfono.

Se había descargado el mapa satelital de toda la provincia para poder tenerlo disponible en cualquier lugar. Como ahora, que estaban en el medio del campo, a noventa kilómetros del pueblo más próximo.

—No tengo la menor duda. Y a veinte también. Acá entran en juego tres cosas fundamentales en la vida de un perro: el olfato, la inteligencia y las ganas de ponerla.

Mac se rió ante la frase y se bajó de la Sinpapeles. Abrió la puerta trasera. Los asientos de la tercera fila estaban rebatidos para hacerle lugar a la jaula trampa que él mismo había fabricado. En uno de los dos compartimentos se puso en pie la perra en celo que habían recogido de la perrera. El otro estaba vacío.

Le pidió al Pata que lo ayudara a bajarla. Después levantó uno de los lados, dejando abierta la mitad vacía de la jaula. Había diseñado el mecanismo para que se cerrara automáticamente si el suelo del compartimento recibía una presión de más de nueve kilos.

La perra soltó un sollozo.

—Shhh, no te asustes, que mañana te venimos a buscar —le dijo el Pata, metiendo la mano en la jaula para acariciarla.

—Pobrecita —pensó Mac en voz alta.

—¿Pobrecita? ¡Esta perra se ganó la lotería! —respondió el Pata mientras llenaba de alimento el cajón sujeto a los barrotes y ponía agua en un bebedero.

—La estamos dejando como señuelo...

—La estamos rescatando de la perrera, boludo. La iban a matar. A partir de la semana que viene, esta hermosura empieza una nueva vida.

—¿Qué querés decir?

—La mando para San Julián con Sandra, mi mujer. La vamos a adoptar. Y dentro de poco, cuando seamos millonarios, nos vamos a comprar una finca en Los Antiguos. Va a poder correr todo lo que quiera. ¿Estuviste alguna vez en Los Antiguos?

—No.

—Es uno de los lugares más lindos de la provincia. Ahí iban los tehuelches a pasar su vejez, por eso se llama así. Sandra y yo tenemos decidido que queremos vivir allá, cultivando cerezas y haciendo

mermelada. Somos gente simple, no necesitamos cosas caras ni viajes por el mundo.

—La gente simple no suele arriesgarse a pasar sus mejores años en la cárcel. Tienden a buscarse un trabajo.

—Primero, mirá quién habla. Y segundo, esa ya la probé y no me funcionó. Laburé durante dos años y medio en la mina de Cerro Retaguardia. Fui un empleado ejemplar, y así y todo me echaron. Por ladrón.

—¿Te extraña que te echen por robar?

—Por *haber sido* ladrón. Después de dos años de trabajar sin faltar un solo día, me llama el gerente de recursos humanos y me dice que se enteraron de que había estado preso y que no podían seguir empleando a un tipo que había falsificado el certificado de antecedentes penales para entrar a la empresa. Ahí nomás, despido sin indemnización.

El Pata pasó los dedos por la jaula.

—¿Entendés? La ley dice que si te mandás una cagada, la pagás con un tiempo en la cárcel. Yo me comí cuatro años por pirata del asfalto. Pero lo que no está escrito en ningún lado es que cuando salís, la seguís pagando de por vida.

Mac asintió. No hacía falta haber estado preso para entender lo que significaba sufrir un estigma. Había sido toda su infancia uno de los hijos del chatarrero.

—A lo mejor en Mendoza es distinto —prosiguió el Pata—, pero acá la clase media no levanta cabeza nunca. Sandra es maestra. Hace tres años que no le aumentan el sueldo. Con una inflación del cincuenta por ciento, sacá la cuenta. Yo, con mi edad y mi experiencia, lo mejor que consigo es de empleado de seguridad en un puticlub. Y eso ni paga las facturas ni le hace bien a un matrimonio.

El Pata se apoyó en el capó y fijó la vista en una de las paredes de roca que los flanqueaban.

—Lo único que quiero es una vida normal, loco —continuó—. Tener para comer, y no andar preocupándome por cuánto se afana el gobernador de turno. ¿Vos viste las máquinas abandonadas al costado de la ruta cuando veníamos para acá? ¿Viste las obras que el gobierno adjudicó a sus amigos y nunca se terminaron porque ahora están todos presos? Acá la única forma de que te vaya bien es robando o haciéndote político.

Mac estuvo a punto de hacerle el chiste fácil, pero prefirió asentir en silencio. Cada uno tenía sus motivos para jugarse la libertad. Los del Pata quizás eran los menos ambiciosos, pero a lo mejor también los más importantes.

—¿Ya le pusiste nombre? —le preguntó, señalando la jaula.

—Mina.

—¿Mina? —rió Mac.

—Sí, Mina. ¿Qué te parece?

Miró los ojos tristes de la perra. Se alegró al pensar que pronto tendría dónde correr.

—Apropiado.

## CAPÍTULO 40

*16 de julio de 2019, 12:07 p. m.*

Después de devolverle las dos palmaditas en la cara a Mac, el Cerrajero dejó atrás el camión de combustible y caminó en dirección a las grandes construcciones modulares pintadas de verde oscuro. Observó los aparatos de aire acondicionado que sobresalían debajo de cada ventana. Minerva les había explicado que se utilizaban casi todo el año en modo calor.

Los módulos estaban dispuestos en forma de matriz. Cada fila tenía una letra y cada columna, un número. No le costó ubicar el que buscaba. Tenía el mismo tamaño que los demás, pero de este sólo asomaban cuatro aires acondicionados en vez de doce.

Con una tarjeta de identificación falsa visiblemente colgando del cuello, se detuvo frente a la puerta y tanteó el picaporte. Estaba abierta y daba a un recibidor vacío. Hall frío, le había contado Minerva que le decían, porque el aire del exterior se quedaba bloqueado entre las dos puertas. La interior tenía una pequeña ventana a la altura de los ojos y, en vez de picaporte, una manija ciega. Tiró de ella sin éxito. Para abrirla, los empleados necesitaban una llave.

Por suerte, él no era un empleado.

Sacó del bolsillo trasero un trozo de radiografía y observó las vértebras mal alineadas, como una torre de bloques de madera hecha por un niño.

—Ayúdame, papá —murmuró, y le dio un beso rápido a la imagen antes de meterla entre la puerta y el marco.



Las radiografías eran unos de los mejores amigos de cualquier cerrajero. Él las había usado para abrir cientos de puertas, aunque nunca en condiciones como aquellas. Normalmente lo hacía con alguien respirándole en la nuca. O un ladrón apurado por entrar o un cliente de la cerrajería avergonzado de haberse quedado afuera de su propia casa.

Tardó menos de medio minuto en empujar el pestillo con la lámina. Una vez dentro, se llevó el teléfono a la oreja. Nadie le hace preguntas a un tipo que habla por teléfono.

Recorrió el pasillo examinando cada una de las cuatro puertas, dos a cada lado. Respiraba lentamente, tratando de convencerse de que a esa hora no habría nadie detrás de ninguna. El personal jerárquico era el que más horas pasaba fuera de sus habitaciones.

Se detuvo frente a la número cuatro y golpeó con los nudillos. Seguía con el teléfono pegado a la cara.

Silencio.

Al cabo de varios segundos, golpeó un poco más fuerte.

Nada.

Observó la cerradura. La radiografía no le iba a servir con ese bombín robusto. Era de esperar. Después de todo, del otro lado de esa puerta dormía la persona con más autoridad de Entrevientos.

Tanteó las ganzúas que llevaba en el bolsillo hasta identificar el tacto suave y sinuoso de la Bogotá. Sacó también un tensor de acero fabricado por él mismo. Sosteniendo el teléfono entre el hombro y el oído, metió ambas herramientas en la cerradura. Mientras empujaba el tensor con la mano izquierda, la derecha movía la Bogotá. *Rápido, como las alas de un colibrí*, le había enseñado su papá hacia media vida. Cuando todavía podía hablar y mover las manos.

Un buen cerrajero era capaz de abrir así la mayoría de las cerraduras. Sin embargo, de vez en cuando alguna se resistía. No siempre eran los modelos más caros, ni los mejores. Una décima de milímetro en el metal torneado podía marcar la diferencia entre una cerradura fácil y una casi imposible.

Retiró la Bogotá y aflojó la tensión. Sus dedos entrenados sintieron el clic de varios pernos volviendo a su sitio. Había logrado colocar algunos en la posición de apertura, pero no todos.

Tras otro par de intentos fallidos, cambió la Bogotá por una ganzúa de gancho, de perfil idéntico al de un palo de hockey. La metió hasta el fondo y luego la deslizó hacia afuera, contando el clic de cada perno. Eso ya no se lo había podido enseñar su padre.

—Pablo, hijo, ya no puedo trabajar con las manos —le había dicho una mañana, cuando el Cerrajero todavía no dominaba la técnica de la Bogotá—. En un tiempo voy a dejar de caminar. Dicen los médicos que al final ya no voy a poder ni hablar. Te vas a tener que hacer cargo vos de mi parte de la cerrajería. Tu tío Abel te va a enseñar todo lo que te falta.

Así, a los dieciséis años, la enfermedad degenerativa de su padre lo había empujado a la adultez. De un día para otro su tío se convirtió en su socio y su nuevo maestro. Primero le enseñó a hacer copias de llaves y después a utilizar el resto de las ganzúas. Mucho tiempo más adelante, pasaron a las cajas fuertes.

Contó cinco pernos. Mierda.

Metió nuevamente el tensor. El sudor que se condensaba sobre la pantalla le mojaba la oreja. Apretó aún más el aparato contra su mejilla para evitar que se resbalara, teniendo cuidado en no trasladar esa fuerza a los dedos.

Entonces oyó un sonido inconfundible. Alguien acababa de tirar de la cadena.

Se apresuró a guardar las herramientas y agarró el teléfono con la mano.

—Hola papá, ¿cómo estás? —dijo en voz baja.

Hizo una pausa.

—Bien, bien, por acá todo bien —agregó—. Trabajando.

Dejó pasar otro par de segundos. Aprovechó para acomodarse sobre el pecho la tarjeta que lo acreditaba como personal de mantenimiento.

—Sí, papá, yo también tengo muchas ganas de verte.

Aunque del otro lado de la línea no hubiera nadie, decía la verdad. Tenía ganas de ver a su padre. De verlo moverse otra vez. Y sonreír. Por eso estaba a cuatro mil kilómetros de su casa tratando de abrir esa puerta.

De la habitación contigua a la que él intentaba entrar, salió un hombre entrado en años y en kilos. El Cerrajero le dio la espalda y fingió estar enfrascado en la conversación mientras miraba hacia arriba, como quien revisa la instalación eléctrica. Recién se permitió darse vuelta cuando

oyó que la puerta exterior del hall frío se había cerrado y el pasillo quedó nuevamente en silencio.

Entonces volvió a sacar la ganzúa y el tensor.

Tres minutos parecen poco tiempo. Pero si durante esos tres minutos pueden encontrarte con las manos en la masa y que el plan se vaya al carajo, son larguísimos. Sobre todo cuando dos de los cinco pernos de la cerradura son de seguridad. Pequeños pedacitos de metal con estrías perfeccionadas durante años por ingenieros alemanes para detener a gente como él.

Pero hacía mucho que el Cerrajero no abandonaba. Así como el primer candado había terminado cediendo años atrás, la cerradura que tenía enfrente se rindió en menos de doscientos segundos.

Del otro lado de la puerta se encontró con un panorama muy diferente al que había imaginado. Minerva les había mostrado fotos de las habitaciones para los empleados comunes: tres metros por tres metros, dos camas de una plaza, mesitas de material barato y un baño con ducha.

Esta no se parecía en nada.

Para empezar, el gerente general no la compartía con nadie. La cama era doble, casi tan ancha como larga. El televisor colgado en la pared opuesta era más grande que cualquier ventana. Debajo, un frigobar con puerta transparente y una variada oferta de bebidas sin alcohol. Al lado había una estantería llena de libros y fotos familiares en las que se veía la cronología de tres niños que se habían hecho hombres.

Sobre la mesita, de madera lustrada, había una lámpara, un lector de libros electrónicos y una caja de chicles de sabor café. Se guardó uno en el bolsillo. No sabía que los hacían de ese gusto.

Se acercó al escritorio, donde descansaban varios cables para conectar la computadora portátil que el gerente se llevaba a todos lados. Uno de los cajones estaba cerrado con llave. Lo abrió con la Bogotá y hurgó en una pila de papeles, metiendo varios en la mochila.

Antes de pasar al baño, examinó el ropero. En las perchas colgaban todo tipo de camisas. Algunas con el logo de Inuit, otras con un cocodrilo verde o un hombrecito jugando al polo. También había varios jeans azules y pantalones de gabardina beige.

*La cosa se pone interesante, pensó mientras se ponía en cuclillas.*

En la parte de abajo, entre mocasines y botas de seguridad, había un compartimento del tamaño de un microondas que él conocía muy bien. Era el modelo de cajas de seguridad más común en hoteles de medio pelo para arriba. Cualquier cerrajero de barrio podía abrir una en quince minutos.

Él tardó setenta y tres segundos. Adentro no encontró papeles ni dinero. Sólo un teléfono de color plateado, demasiado viejo para un tipo que cobraba una millonada por mes. Estaba apagado. Lo metió en la mochila y cerró la puerta de la caja de seguridad.

Pasó al baño. Bañera con hidromasaje, bidet y un montón de perfumes y lociones importadas en el pequeño mueble detrás del espejo.

Allí cumplió con la tarea que le había asignado Minerva. Después habló al aparato de radio.

—Todo listo en la habitación. Me parece que hay premio.

—Bien. ¿Premio? —le preguntó Minerva.

—Cuando nos veamos te explico. Cambio y fuera.

## CAPÍTULO 41

*16 de julio de 2019, 12:08 p. m.*

Tras bajar de Cerro Solo y entregarles la tarjeta de Madueño a sus compañeros que esperaban en el camión, Minerva y Pólvora se alejaron sin perder un segundo. Doscientos metros más adelante, detuvieron la Hilux junto a otras cuatro idénticas, en el estacionamiento principal del campamento. El responsable de cada una podía encontrarse en una oficina, en el comedor, en el salón de usos múltiples o incluso en su dormitorio. Ellos podrían dejar la de Madueño ahí sin levantar ninguna sospecha.

Pólvora apagó el motor y le entregó la llave a Minerva para que la guardara. Después, cada uno se calzó una gorra con el logo de Inuit.

Minerva bajó de la camioneta y caminó con la cabeza gacha para evitar que las cámaras de seguridad captaran su cara. Se miró las botas de seguridad, el pantalón de fajina y la campera oficial de la empresa. No había nada sospechoso, se dijo a sí misma. Ella y Pólvora eran dos empleados más que daban pasos apurados para refugiarse del frío.

Se metieron al módulo principal y fueron a los baños, que estaban antes de llegar al comedor. Minerva entró al de mujeres, se sentó sobre un inodoro sin bajarse los pantalones y contó sesenta segundos. Después tiró de la cadena, se lavó las manos y salió.

Mac caminó hacia ella y la saludó con un beso en la mejilla, como si fuesen dos trabajadores que volvían a coincidir en Entrevientos después de sus siete o catorce días de descanso. Al ver la sonrisa de él, Minerva supo que el Pata había logrado su parte.

Tal y como estaba planeado, Mac le devolvió la tarjeta de Madueño. Por un microsegundo, ella recordó la conversación que había tenido con él el día anterior mientras entre los dos dejaban preparada la vía de escape. Le debía una disculpa por cómo lo había tratado, pero ese no era el momento ni el lugar, así que apartó el pensamiento como quien espanta una mosca.

Estaban por despedirse cuando un fuerte retumbo sacudió el suelo y las paredes a su alrededor. Mac abrió los ojos como platos y miró para todos lados. Minerva le puso una mano en el antebrazo y se acercó para hablarle al oído.

—Estamos en una mina, no te olvides.

Los primeros tiempos, a ella también la sobresaltaban las voladuras. A pesar de que los *pits* estaban a kilómetros de allí, las explosiones para romper la roca eran lo suficientemente fuertes como para hacer bailar los vidrios de todas las ventanas del campamento.

Mac asintió, seguramente recordando que ella les había mencionado todo esto en San Rafael. Se despidieron. Él regresó al baño de hombres y ella volvió a salir al mediodía frío. Afuera, dos contratistas de uniforme negro y verde fumaban con los brazos cruzados para conservar el calor. La repasaron de arriba abajo, como estaba acostumbrada. En un lugar aislado, donde el noventa por ciento de los empleados son hombres, las miradas a un cuerpo de mujer llovían como cuchillos, incluso en pleno invierno, cuando todas las formas quedaban desdibujadas debajo de las capas de abrigo. Al pasar junto a ellos, levantó apenas la mano para saludarlos. En un acto reflejo, se acomodó la gorra y se subió un poco los anteojos de marco grueso en el puente de la nariz. Ambos hombres correspondieron con un «Buenos días» empalagoso.

Se alejó con paso apurado por un camino de baldosas de cemento que había recorrido mil veces. Llevaba al *data center*, un contenedor adaptado de cuatro metros por dos. A diferencia de los que servían de despachos o de garitas de seguridad, este no tenía ventanas. De todos modos, ella sabía que adentro no había nadie, porque Madueño estaba en Cerro Solo y Mallo, según había oído en la radio, en su oficina. Acercó la tarjeta de Madueño al lector junto a la puerta y la pequeña luz roja cambió a verde.

Dentro, el olor a plástico caliente era tal y como ella recordaba. Cada uno de los servidores viciaba el aire de la sala mientras desempeñaba una función fundamental en la mina: correo electrónico, servicios web,

comunicaciones, bases de datos. Si la planta de procesos era el corazón de la mina, como les había dicho a sus compañeros, el *data center* era el cerebro.

Se puso unos guantes de látex y se sentó en la silla frente al único escritorio. Su silla. Ni siquiera eso había cambiado en siete meses. Apretó la barra espaciadora y la pantalla negra cobró vida. Entre las opciones, eligió conectarse al servidor de cámaras, dedicado a transmitir y grabar todo lo que pasaba en Entrevientos.

Introdujo la contraseña sin tener que pensarla. Sus dedos se la sabían de memoria.

«Contraseña incorrecta. Inténtelo de nuevo.»

Volvió a introducirla, esta vez concentrándose en cada tecla, casi forzándose a hacerlo con lentitud. El resultado fue el mismo: cartelito rojo y frustración. Intentó una tercera vez, ya sin fe.

*No puede ser. No cambiaron una sola contraseña y esta sí.*

El cartel rojo ahora advertía que le quedaban dos intentos antes de que el servidor se bloqueara por una hora.

Había que pasar al plan B.

Sacó uno de los destornilladores que traía en la mochila y se agachó junto al servidor. Desenroscó los tornillos en la parte trasera y levantó la carcasa de metal con cuidado de no desenchufar ningún cable.

Ahí estaban, conectados a la placa madre, los seis discos que ella misma había configurado. Dos de ellos alojaban el sistema operativo. Desconectarlos llamaría tanta atención como tirar una bengala. En los cuatro restantes, por el contrario, se almacenaban los últimos ocho meses de las imágenes en alta definición que captaban cada una de las ciento veinte cámaras de seguridad del yacimiento.

Desconectó los cuatro discos con cuidado. En el monitor del servidor no apareció ningún mensaje de error. Era buena señal.

—Fuera cámaras —dijo a la radio mientras atornillaba de nuevo la carcasa.

De cara a los tres guardias que monitoreaban el circuito cerrado, nada habría cambiado. El servidor continuaba enviando las imágenes por la red interna, y cualquier persona autorizada podía verlas. La diferencia era que ya nada de lo que sucedía quedaría grabado. Y si Minerva destruía los

cuatro discos que ahora se metía en la mochila, los últimos ocho meses de Entrevientos, incluyendo aquel día, desaparecerían para siempre.

El siguiente paso era inutilizar el servidor de internet satelital. Siguió con la vista el cable que corría a lo largo del zócalo, subía por una de las paredes y salía del *data center* por un agujero junto al techo. Ella misma había hecho ese agujero con un taladro para conectar la pequeña antena parabólica.

Tiró del cable para despegarlo del zócalo y luego lo apretó con un alicate, rompiendo parte del recubrimiento plástico. Algunos hilos de cobre quedaron a la vista. Lo retorció enérgicamente hacia un lado y hacia el otro hasta que varios se cortaron.



## CAPÍTULO 42

*16 de julio de 2019, 12:47 p. m.*

El email que Carlos Sandoval acababa de escribirle a Ignacio Beguiristain, el jefe de Inuit de toda Argentina, había quedado en la bandeja de salida. Era normal que tardara en enviarse, porque Sandoval había adjuntado fotos en alta definición de diferentes áreas de Entrevientos para incluirlas en el informe anual.

Era el cuarto año que lo hacía, pero esta vez era diferente. Entre esas imágenes había una foto de él en primera plana. Él, Carlos Sandoval, iba a aparecer nada menos que en la portada del anuario que la empresa imprimía y distribuía entre sus miles de empleados en Canadá, Brasil, Chile y Argentina.

Sacó del bolsillo los chicles con gusto a café que le compraba a un importador de Buenos Aires. Se metió uno en la boca, cerró los ojos y por un momento regresó a su niñez en San Fernando del Valle, Catamarca. Tenía puesto un guardapolvo blanco impecable. Era la primera vez que empezaba el año escolar con uno nuevo. Había hecho toda la primaria usando guardapolvos heredados de algún vecino, con puños tan ennegrecidos que ningún detergente era capaz de volver a blanquear.

Estaba sentado en el sillón raído del comedor, frente al televisor en blanco y negro en el que su papá le dejaba ver los dibujos animados media hora por día. Ahora el aparato estaba apagado. Tenía a su padre a un lado y a su hermano al otro. Los tres tomaban café en tazas de acero inoxidable. Un café instantáneo de una marca que ya no existía y cuyo sabor él había

redescubierto, casi por casualidad, en unos chicles que sólo se fabricaban en Estados Unidos.

Por un momento, afloró también el recuerdo de su madre, pero le duró poco. No tenía casi registro de ella. ¿Qué podía recordar, si no la había vuelto a ver desde que tenía once años?

Su infancia, sus verdaderos recuerdos, eran junto a su hermano y su papá.

—Si estudiás, vas a llegar lejos. Si no, vas a terminar como nosotros —le decía su padre.

Y vaya si había llegado lejos. Gerente de una de las minas más prósperas de la Argentina. Más de mil doscientas personas a su cargo. Empleado del año de una multinacional que cotizaba en Wall Street.

Volvió a abrir los ojos. La ruedita que giraba junto al email se había transformado en una equis roja. Abrió el navegador y tecleó la dirección de la web donde solía consultar el resumen de las diferentes bolsas del mundo.

*Sin conexión.*

Probó con su teléfono oficial. Un signo de exclamación en un rincón de la pantalla indicaba que había un problema. Lo mismo pasaba con el que usaba para llamar a Pame.

Resoplando, agarró la radio y seleccionó el canal asignado al área de informática.

—Atención, Madueño o Mallo. Soy Sandoval.

—Adelante, señor gerente. Soy Mallo.

—¿Otra vez hay problemas? No tengo internet en la computadora ni en el teléfono.

—Sí, yo también acabo de notar la interrupción. Madueño fue a Cerro Solo a ver qué pasó con la antena. Hace una hora que le estamos dando internet al campamento con el *backup* satelital, pero parece que ahora hay una falla con eso también. A nivel de software veo todo normal. En este momento estoy yendo al *data center* para ver si es un problema físico. Le informo en unos minutos.

## CAPÍTULO 43

*16 de julio de 2019, 1:06 p. m.*

Gerardo Mallo se volvió a colgar la radio a la cintura y apuró el paso. Era su primer invierno trabajando en Entrevientos. No veía la hora de que se acabaran los catorce días de campaña para huir de ese frío que le cortaba la cara y abrazar a su mujer en la pequeña casa que habían comprado en las afueras de Rosario.

Pasó su tarjeta y entró al *data center*, recibiendo con agrado el aire cálido a base de circuitería. Le llamó la atención que la pantalla del terminal de servidores estuviera encendida. Normalmente se apagaba después de quince minutos de inactividad. ¿A lo mejor Madueño ya había vuelto de Cerro Solo y había estado recientemente allí? Era raro que no le hubiera avisado. Para eso se había llevado uno de los cuatro teléfonos satelitales del yacimiento.

Si no había llamado, lo más probable era que ya hubiera identificado la falla y estuviese tratando de arreglarla. Era bueno, el pibe. Muy bueno. Cuando se enfrascaba en un problema, se olvidaba hasta de comer.

Tecleó la contraseña del servidor de internet satelital y probó unos comandos de diagnóstico. La conexión estaba muerta.

Reinició el servidor. Nada.

Verificó los conectores en la parte posterior. El cable que venía de la antena parabólica estaba enchufado correctamente. No fue hasta que lo siguió con la mirada que detectó el problema.

Una de las abrazaderas atornilladas a la pared se había soltado y ahora el cable, que serpenteaba por el suelo, había ido a parar debajo de la

pata de un armario de metal donde guardaban equipos viejos. Cómo había pasado eso, a Mallo se le escapaba. Tendría que hablar seriamente con Madueño.

Empujó con cuidado el armario hasta que un costado se levantó y pudo liberar el cable con el pie. El metal lo había aprisionado con tanta fuerza que varios hilos de cobre quedaban a la vista, como si los hubieran cortado con un alicate.

—Señor gerente, tengo identificado el fallo de la conexión satelital —dijo a la radio—. Un cable roto. Ya mismo lo cambio.

—Perfecto, Mallo. Manténgame al tanto. Tengo que enviar un email muy importante.

Conectó al servidor un nuevo cable y pasó el otro extremo por el agujero en la pared. Después abandonó el interior del *data center* y lo enchufó a la pequeña antena parabólica atornillada del lado de afuera del contenedor.

Volvió a entrar y ejecutó otra vez los comandos de prueba.

*No puede ser. ¿Sin conexión?*

Comprobó dos veces más el cable y volvió a reiniciar el servidor, pero no logró restablecer el enlace.

La única explicación para lo que estaba pasando era lo que él llamaba una tormenta perfecta. Mallo llevaba muchos años en esto y sabía que, de vez en cuando, Murphy se reía de todos mientras destrozaba al mismo tiempo el plan A y el plan B. Como en este caso, que había hecho fallar simultáneamente una torre de veintinueve metros de alto y un satélite treinta y seis mil kilómetros más arriba.

Para colmo, el verdadero experto en internet satelital no era él sino Madueño. Si Mallo hubiera ido a revisar el problema en Cerro Solo, el muchacho ahora estaría ahí para arreglar la conexión. Pero no, Mallo había decidido mandar al chico a que manejara media hora por un camino de ripio hasta la punta del cerro.

«Los mejores líderes son los primeros en arremangarse cuando surge un problema» había escuchado en un seminario de la empresa. Y él, esta vez, había hecho lo contrario. Se había escudado detrás de la jerarquía por comodidad.

Decidido a reparar su error, salió del *data center* y se subió a una camioneta. Iría a Cerro Solo a ayudar a Madueño.

## CAPÍTULO 44

*16 de julio de 2019, 1:04 p. m.*

Minerva observó los filamentos del cable dañado. Ahora sí, todo el yacimiento se había quedado sin internet. Era cuestión de minutos hasta que alguien, probablemente Gerardo Mallo, apareciera en el *data center*.

Empujó por un costado un armario donde guardaban equipos rotos hasta que las patas laterales estuvieron en el aire. Entonces colocó con cuidado el cable y volvió a bajar el mueble, apoyándolo sobre la parte dañada. Cuando alguien se lo encontrara así, le daría más importancia a solucionar el problema que a preguntarse cómo se había originado.

Salió del contenedor con los cuatro discos en la mochila. Miró a ambos lados y caminó hacia el final de la pared, donde la pequeña antena parabólica apuntaba al satélite geoestacionario.

Cualquier desviación le hacía perder la conexión. Al principio, antes de que Minerva mandase a construir un refuerzo especial para el soporte, hasta los vientos fuertes eran un problema.

Dio un pequeño salto y se colgó del brazo de la antena, doblándolo apenas hacia abajo. Tuvo cuidado de tirar de él lo suficiente como para desviarlo más de los tres grados de tolerancia, pero no demasiado como para que alguien lo notara a simple vista. Si hubiera movido la antena, sería fácil volver a orientarla. Pero al doblar el brazo, el receptor quedaba fuera del foco de la parábola. Estuviera en la posición que estuviera, la antena no funcionaría.

Y les iba a costar un buen rato darse cuenta de eso.

## CAPÍTULO 45

*16 de julio de 2019, 1:39 p. m.*

Tras el brindis con los empleados de fundición, el Pata abandonó el comedor y entró al baño silbando el estribillo de *Alma de piedra y carbón*, de Hugo Giménez Agüero. Mientras se lavaba las manos, vio por el espejo las dos puertas que se abrían a sus espaldas. Tal y como estaba planeado, de los cubículos salieron Mac y Pólvora.

Mac alzó las cejas a modo de interrogación.

—Tres de cuatro —susurró el Pata—. El del tatuaje se hizo vegano y tampoco toma Coca Cola.

Mac y Pólvora lo miraron incrédulos.

—¿No se lo pudiste poner en el agua? —preguntó Pólvora.

El Pata negó mientras se secaba las manos debajo del chorro de aire caliente.

—Es lo que hay, muchachos. Tampoco está tan mal —les dijo y salió del baño.

\*\*\*

Treinta segundos después de que el Pata abandonara el baño, Mac le hizo una seña a Pólvora y salieron juntos del módulo.

Afuera se había levantado viento. Mac escondió la cabeza en el cuello de la campera para refugiarse del aire helado, que venía cargado de arenisca. Vio de reojo que alguien caminaba directo hacia ellos. El instinto le hizo apurar el paso. Cada vez que avanzaba la pierna derecha, el kilo y

medio de la nueve milímetros que llevaba en el bolsillo le golpeaba el muslo.

—Tranquilo, es el Cerrajero —le dijo Pólvora.

Soltó todo el aire que tenía contenido en los pulmones. Los nervios le habían hecho olvidar por un momento que el Cerrajero se les uniría en ese lugar.

—¿Todo bien? —le preguntó en voz baja.

—Todo re bien —respondió el Cerrajero con su erre arrastrada.

Caminaron en silencio. Mac tenía los dientes apretados y la vista al frente. Pasaron junto a una autobomba. Minerva les había explicado que Entrevientos tenía una especie de cuerpo de bomberos voluntarios formado por empleados de la empresa. De otro modo, cualquier incendio ardería por más de dos horas antes de que alguien llegara a apagarlo.

Cuando dejaron atrás al vehículo, Mac se descolgó la radio de la cintura. Los separaban trescientos metros de la siguiente fase del plan.

—Minerva, estamos yendo a ver a Morales. El Pata metió tres de cuatro.

—Con eso tendría que alcanzar —respondió ella—. Salgo para allá.

Con Pólvora y el Cerrajero a cada lado, Mac continuó avanzando hacia otra de las cajas cuadradas de aquella ciudad artificial. Esta tenía una cruz roja en la puerta y dos ambulancias todoterreno estacionadas afuera.

La sala de espera olía a desinfectante. No había nadie sentado en las sillas de plástico contra la pared. Eso les jugaba a favor. Mac se puso un pasamontañas y los otros dos hicieron lo mismo. Era imposible llevar a cabo todo el plan con la cara cubierta, pero mientras menos tiempo se expusieran, mejor.

En una de las puertas, un cartel rezaba «Consultorio. Golpee y espere a ser atendido.» Iba a llamar, pero Pólvora se le adelantó, golpeando tres veces con los nudillos. Del otro lado se oyó el ruido de una silla deslizándose por el suelo hueco.

Abrió una mujer de anteojos enfundada en un guardapolvo blanco. Era alta y delgada, y no llegaba a los cuarenta años. Pólvora la agarró por los hombros y la empujó adentro del consultorio.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Antes de que pudiera decir nada más, le apuntó con la nueve milímetros a la cabeza. La mujer abrió los ojos grandes detrás de los

cristales, y los labios se le despegaron, pero no dijo una palabra. Mac cerró la puerta del consultorio, con el corazón latiéndole como un martillo neumático.

—¿Qué es esto? —preguntó un hombre sin pelo, también vestido de blanco, que tomaba mate en la silla en la que se sentaban los pacientes.

—¿A vos qué te parece que es? —repreguntó Pólvora, apuntándole ahora a él con la pistola.

El Cerrajero le indicó al hombre que se pusiera de pie y le ató las muñecas a la espalda con una brida de plástico.

—Doctora Morales. Enfermero Acuña —dijo Pólvora—. Si hacen lo que les decimos, no les va a pasar nada. Ahora, mi amigo les va a hablar de teléfonos.

La médica y el enfermero se miraron con desconcierto. Mac tragó saliva antes de hablar.

—Necesito su teléfono satelital, doctora.

La médica se apresuró a abrir un cajón del escritorio con manos temblorosas y entregarle el aparato. Mac se lo guardó en el bolsillo y señaló al teléfono fijo que había sobre la mesa.

—Ahora, por favor, levante el auricular y siga mis instrucciones.

\*\*\*

—Es para vos, Andrés. La doctora Morales —dijo el mecánico apartándose de la oreja el teléfono manchado de grasa.

A Andrés Cepeda, conductor de una de las ambulancias de Entrevientos, le pareció raro recibir esa llamada. No porque la doctora supiera dónde estaba —al fin y al cabo pasaba más tiempo en el taller que en su habitación—, sino porque lo contactara por teléfono en vez de por radio.

Se puso al auricular y escuchó las instrucciones de su jefa.

—Voy para allá, doctora —le respondió y salió casi corriendo para cruzar los cuatrocientos metros de campo que separaban el taller de la enfermería.

Llamó a la puerta del consultorio con un golpe rítmico, que la doctora ya identificaba, y al que normalmente respondía con un «Pasá,



Andrés». A él le gustaba que ella lo llamara así, por su nombre.

Pero esta vez, la puerta se abrió sin que nadie pronunciara palabra. Del otro lado no apareció la figura larga de la doctora, sino un tipo con un pasamontañas en la cabeza y una pistola en la mano.

\*\*\*

El Cerrajero salió de la enfermería vestido con el uniforme del chofer de la ambulancia. Le quedaba algo grande, pero no tanto como para levantar sospechas. Se había guardado el pasamontañas en uno de los bolsillos. Afuera, además de las dos ambulancias y la camioneta de los servicios médicos, vio otra Hilux gris. Al volante iba Minerva, vestida también de blanco y rojo.

Fue directo a una de las dos ambulancias, la arrancó y la acercó marcha atrás todo lo que pudo a la entrada de la enfermería. Luego abrió las puertas traseras del vehículo.

Mientras él vigilaba que no se acercara nadie, Pólvora hizo subir a punta de pistola a la doctora Morales, al enfermero y al verdadero conductor.

—Vámonos —dijo Pólvora, y subió él también con los rehenes.

El Cerrajero cerró las puertas traseras, volvió a ponerse al volante y aceleró la ambulancia en dirección a la planta. Vio por los retrovisores que Minerva se bajaba de la camioneta gris y se subía a otra casi idéntica, salvo que esta tenía una cruz roja en el capó. Mac, por su parte, se ponía al volante de la que Minerva acababa de abandonar. Tal y como lo habían hablado, Minerva lo siguió de cerca y Mac se quedó atrás.

El corazón latía en el pecho del Cerrajero a un ritmo demasiado rápido. Soltó un segundo el volante y abrió las manos, pero con el vehículo en movimiento no tenía forma de saber si le temblaban o no.

—Tranquilo —se dijo a sí mismo.

Pero no pudo evitar pensar en que para abrir una Kollmann-Graff se necesitaba un pulso más firme que para operar a corazón abierto.

## CAPÍTULO 46

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Mac estaba tan absorto en la explicación que por un momento se olvidó de que había una banda de delincuentes en el comedor donde normalmente sus hijos tomaban el desayuno. Ahora, toda su atención la acaparaba el haz del puntero láser que Minerva movía en la pantalla.

—El mineral se va apilando acá —explicó ella, deteniendo el punto rojo en una montaña de rocas en el lado izquierdo de la pantalla—. Esta cinta transportadora lo lleva a la primera trituradora. De ahí salen piedritas del tamaño de un caramelo, que a su vez suben por esta otra cinta.

Ahora el puntero recorría el largo brazo de metal que conectaba un silo gris con la gran construcción de chapa negra que dominaba la planta.

—Ahí adentro pasa todo lo interesante. En la parte más alta está el molino, una especie de lavarropas del tamaño de un camión. Usa agua y bolas de acero para moler la roca hasta dejarla más fina que la sal de mesa. Después pasa a unas piletas enormes con una solución de agua y cianuro.

—¿Eso no es un veneno? —preguntó Pólvora.

Por la manera practicada y sin dramatismo con la que asintió Minerva, Mac supuso que se habría enfrentado muchas veces a esa misma pregunta durante sus años como empleada de Inuit Gold.

—Sí —contestó ella—. El cianuro de sodio es fundamental en el proceso, y también uno de los principales caballitos de batalla del movimiento antiminería. Si hay derrames, el resultado puede ser muy grave.

—Eso sí —intercedió el Pata—, cualquier empresa minera te va a decir que no es para preocuparse, porque la industria cambió mucho en los últimos años. «Ahora somos mucho más responsables con el medio ambiente.» —Acompañó la última frase dibujando comillas en el aire con los dedos.

—No muy lejos de acá —acotó Mac—, la mina de Veladero lleva ya tres derrames en los últimos cuatro años. El más grave contaminó cinco ríos.

Minerva asintió y alzó ambas manos.

—Si empezamos con las críticas a la industria minera, no terminamos más. Yo misma tengo una lista larga, sobre todo desde que no trabajo para ellos. Pero por ahora dejemos eso a un lado y sigamos hablando de la planta, ¿les parece?

Mac asintió, igual que el resto de sus compañeros.

—Les decía que el cianuro es clave porque disuelve el oro y la plata, separándolos del resto de la roca. El proceso se llama lixiviación.

—Tiene nombre de lesión de futbolista —dijo Pólvora—. Messi hoy no juega por una lixiviación de rodilla.

El Cerrajero negó con la cabeza ante el chiste. Minerva, en cambio, lo ignoró y siguió contándoles en detalle cómo se procesaba la roca hasta transformarla en lingotes.

—¿Cómo vamos a entrar a la planta? —preguntó Mac cuando ella terminó.

—Sólo hay un acceso, con portón y garita de vigilancia. Por lo demás, las doce hectáreas están rodeadas de una verja de dos metros y medio de alto, con alambre de púas en la parte de arriba.

—Buenas tardes. Venimos a desvalijarlos. ¿Serían tan amables de dejarnos pasar? —dijo el Pata con un tono exageradamente cortés.

Mac sonrió. Le caía bien ese tipo. Si no fuera porque habían pactado que después del robo no volverían a tener contacto entre ellos, podrían ser amigos.

—El protocolo es así —explicó Minerva—: cualquier vehículo que se acerque está obligado a identificarse por radio y avisar adónde va y con qué propósito. El empleado de seguridad tiene órdenes estrictas de abrir el portón únicamente a quienes figuren en el listado de personal autorizado.

—Supongo que no nos va a alcanzar con una simple llamada por radio para engañarlo —aventuró el Banquero.

—No. El aviso es para agilizar el ingreso. Si la persona efectivamente está autorizada, entonces el empleado de seguridad sale a pedirle la documentación. Si está todo correcto, vuelve a la garita y abre el portón.

—O sea que si logramos que nos abra, el resto es pan comido —dijo Pólvora.

—Para nada.

## CAPÍTULO 47

*16 de julio de 2019, 2:08 p. m.*

El guardia de seguridad a cargo de la garita le estaba escribiendo un mensaje de texto a su madre, a cuatrocientos kilómetros de ahí, cuando alguien transmitió por el canal siete de la radio.

—*Atención planta, somos del equipo médico. Nos acercamos con la ambulancia.*

Confundido, dejó el teléfono en el escritorio y agarró la radio.

—Acá planta. ¿Por qué tema es? —preguntó.

Al no recibir respuesta, se asomó a la ventana y miró en dirección al campamento. Efectivamente, una de las ambulancias de la enfermería se acercaba, seguida por una camioneta de Inuit.

—Atención, personal médico. ¿Para qué necesita ingresar a la planta?

Otra vez, silencio. Salió de la garita por la puerta que daba a la parte externa del alambrado y le hizo señas a la ambulancia para que parara. El vehículo disminuyó la velocidad hasta detenerse a menos de diez metros del portón cerrado. La camioneta se paró detrás.

*Debe ser un chofer nuevo, pensó el guardia.*

Caminó hacia la ventanilla del conductor. Efectivamente, era nuevo. Peruano o boliviano, supuso. O a lo mejor de Jujuy, o Salta. Incluso detrás de los anteojos de sol, se le notaban los rasgos del altiplano.

Argentinos, suecos, bolivianos o de Marte, los del personal médico se creían dioses. Como si las reglas fueran distintas para ellos.

—Aunque vengas en una ambulancia, me tenés que avisar por radio quién autorizó el acceso.

—Discúlpeme. Soy nuevo.

—Para la próxima, ya sabés. ¿A qué vienen?

—No sé —respondió el conductor, encogiéndose de hombros y señalando con el pulgar a sus espaldas—. Yo hago lo que me dice la doctora Morales. Hable con ella si quiere.

En ese momento, el guardia oyó que las puertas de atrás de la ambulancia se abrían. Caminó hacia allí. La Hilux estacionada unos metros más allá también pertenecía al área de enfermería. La conducía una mujer de pelo corto y anteojos oscuros que lo saludó levantando un par de dedos del volante. Además de chofer nuevo, parecía que también habían incorporado una enfermera. Decidió que se pasaría en estos días por los consultorios con cualquier excusa.

Le devolvió el saludo a la mujer y se asomó a la parte de atrás de la ambulancia. Entonces unas manos lo agarraron del uniforme y tiraron con fuerza hacia adentro.

\*\*\*

El Cerrajero abrió la pequeña ventana y descorrió la cortina para ver lo que pasaba en la parte de atrás de la ambulancia. Del otro lado, Pólvora obligaba al guardia a desnudarse a punta de pistola mientras la doctora Morales y los otros dos rehenes miraban asustados en un rincón.

Cuando el hombre estuvo en calzoncillos, el Cerrajero se bajó, rodeó la ambulancia y se metió por la puerta de atrás. Pólvora a su vez, se llevó a la doctora Morales a la parte de adelante.

El Cerrajero se puso a toda prisa el uniforme del guardia encima del fino ambo de enfermero.

—Ponete esto —le dijo al hombre desnudo, entregándole una muda de ropa nueva.

—Háganle caso a mi amigo que está más loco que yo —gritó Pólvora, sentado al volante, a través de la ventanita.

Para rubricar las palabras de su compañero, el Cerrajero levantó la pistola.

—Es fácil —dijo—. Si me hacen caso, no les va a pasar nada. Si alguien hace algún movimiento extraño, le pego un cuetazo. ¿Está claro?

El guardia de seguridad, el enfermero y el chofer de la ambulancia asintieron sin pronunciar palabra.

—Así me gusta —dijo y le ató los pies y las manos al guardia igual que lo había hecho con los otros dos. Después le puso una mordaza.

El Cerrajero bajó de la ambulancia y le hizo un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza a Minerva, que esperaba al volante de la camioneta. Luego alzó un poco más la vista, en dirección al campamento. Mac se acercaba hacia ellos en la otra Hilux gris.

Apoyó la tarjeta del guardia en la cerradura de la puerta y entró a la garita. Era un recinto del tamaño de un dormitorio, con ventanas a los cuatro vientos y un escritorio por único mobiliario. Sobre él, una pantalla proyectaba imágenes de las cámaras de seguridad exteriores. En una de esas imágenes se veía la ambulancia en primer plano, con Pólvora al volante y la doctora de copiloto.

Recorrió con la vista las paredes de la garita hasta encontrar el botón verde en el lugar exacto que le había indicado Minerva. Lo apretó con fuerza y el portón de acceso de vehículos comenzó a deslizarse hacia un costado.

La ambulancia entró a la planta. Detrás le siguió Minerva, con la camioneta de los servicios médicos. Unos segundos más tarde llegó Mac en la Hilux del técnico informático.

Cuando los tres vehículos estuvieron dentro, el Cerrajero apretó otro botón y el portón comenzó a cerrarse.

Las manos le temblaban como un flan.

## CAPÍTULO 48

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

—Una vez dentro de la planta, lo siguiente es acceder a la *gold room*  
—dijo Minerva.

Hizo una pausa para mirar uno a uno a los cinco miembros de la banda. Comprobó satisfecha que la seguían escuchando a pesar de que hacía más de dos horas que no paraban para hacer un descanso.

—La *gold room* es el lugar más restringido de toda la mina. Dentro no suele haber más de ocho personas en ningún momento. El mandamás ahí es el jefe de fundición, que está presente cada vez que se vierte doré líquido en los moldes y supervisa el traslado de los lingotes a la bóveda. Según la hoja de turnos que descargué ayer del servidor, lo más probable es que nos toque Silvio Alcántara. Después les muestro una foto. Es fácil de identificar porque tiene un dragón tatuado en el cuello.

—¿Esta *gold room* tiene dos accesos como la de Cerro Retaguardia?  
—le preguntó el Pata.

—Sí. Uno para el personal y el otro para vehículos, que sólo se abre cuando viene el camión blindado.

—¿Cámaras de seguridad? —preguntó el Cerrajero.

—Ciento diez en total. La mayoría adentro, pero también afuera, apuntando a los alrededores. No hay un solo punto ciego. Ni siquiera en los vestuarios para el personal.

—¿Quiénes las monitorean?



—Adentro de la *gold room* hay una sala con varias pantallas en las que van rotando las imágenes. Desde ahí, dos empleados de seguridad ven todo. Los hornos de fundición, el transporte de los pallets con los lingotes, el interior de la bóveda. Todo.

—¿Y cómo vamos a entrar? —preguntó Mac.

Minerva respiró hondo antes de responder. El aire del comedor redondo estaba viciado con una mezcla de sudor y tabaco con olor a vainilla. Le vendría bien tomarse un descanso pronto, y a sus compañeros también.

—Entrar a la *gold room* es complicado incluso para un empleado legítimo —explicó—. De las mil doscientas personas que trabajan en Entrevientos, menos de treinta tienen autorización para ingresar. La inmensa mayoría de los trabajadores de una minera no ve nunca un lingote de doré.

—Yo nunca vi uno en Cerro Retaguardia —intervino el Pata.

—¿Y vos? —preguntó Pólvora, señalándola con el puro.

Minerva tragó saliva. Sabía que lo que estaba por decir dañaría su credibilidad, pero no les podía mentir.

—A través de las cámaras, únicamente.

Se hizo un silencio. Notó que las palmas se le volvían a humedecer. Por suerte, el Banquero no tardó en intervenir.

—Para los que sí pueden entrar, ¿cuál es el protocolo?

—Primero —explicó, pasándose las manos disimuladamente por las caderas—, hay que anunciarlo al entrar a la planta. Entonces el guardia de seguridad de la garita se lo comunica por radio a sus compañeros que están adentro de la *gold room*. Si la persona que quiere entrar está autorizada, se le permite caminar los setecientos metros que hay desde la entrada de la planta hasta la *gold room*.

Minerva señaló en la imagen aérea una zeta alargada que trazaba el camino a recorrer dentro de aquel cuadrado lleno de tanques, cintas transportadoras y maquinaria. Detuvo el puntero láser en el centro.

—Una vez frente a la puerta de acceso a la *gold room*, el empleado pasa su tarjeta de identificación por un lector. Del lado de adentro, a los de seguridad les salen todos los datos de quien quiere ingresar, incluyendo una foto, que pueden comparar con la imagen que ven en la cámara. Si se trata

de la misma persona, le abren la puerta. Si no, le dicen que se pegue la vuelta.

—¿Están armados? —quiso saber Mac.

—No. No hay armas de fuego adentro del yacimiento. Muy pocas empresas de seguridad podrían proveer ese volumen de personal armado en un lugar tan remoto. Primero, porque en Argentina es muy difícil para un civil conseguir el permiso de portación de armas. Y segundo, porque si un empleado matara a alguien, incluso a un ladrón, la responsabilidad recaería sobre el empleador.

—Te lo resumo —intervino el Pata mirando a Mac—: no hay armas porque a la minera le saldría muy caro.

—Exacto, y eso nos juega a favor —dijo Minerva—. Pero ojo, no tenemos que subestimar a los empleados de seguridad. Son tipos entrenados y fuertes.

—¿Y qué pasa si alguien se planta en la puerta de la *gold room* y apunta con un fusil a la cámara exigiendo que abran?

—Activan alarmas, llaman a la policía y bloquean todo del lado de adentro. Entonces no entrás ni con una topadora.

El silencio de los cinco hombres esta vez fue muy diferente. Ahora se habían callado para pensar. Minerva reprimió una sonrisa. Era divertido tenerlos en vilo.

—Pero no se preocupen —dijo—, porque a nosotros nos van a abrir esa puerta.

## CAPÍTULO 49

*16 de julio de 2019, 2:16 p. m.*

Después de atravesar el portón de acceso a la planta, Mac detuvo la Hilux en el estacionamiento interno de la planta, entre la garita de seguridad y un módulo de oficinas. Se quedó observando la ambulancia y la camioneta de Minerva hasta que desaparecieron de su vista tras una construcción de chapa.

*Vamos, vamos, vamos*, pensó mientras sus dedos repiqueteaban en el volante.

El corazón le latía desbocado. Una cosa era estudiar la planta desde el aire y otra estar ahí.

En una situación diferente, se habría maravillado ante las tolvas de todas las dimensiones y los enormes tanques cilíndricos unidos entre sí por un complejo entramado de caños amarillos. Le hubiera llamado la atención la enorme cinta transportadora que ascendía desde el silo donde se almacenaba el mineral triturado hacia una estructura de chapa negra que superaba en altura a cualquier otra en la planta. Se habría imaginado, ahí adentro, cómo el molino pulverizaba la piedra.

Pero ahora sólo podía pensar en lo que estaba a punto de pasar en la construcción baja que había en mitad de todos esos caños y tanques.

Y esperar.

\*\*\*

La ambulancia avanzaba despacio por los caminos internos de la planta. Sentada en el asiento del acompañante, la doctora Morales calculaba las probabilidades de arrebatarse con éxito la pistola al asaltante que iba al volante.

Se inclinó disimuladamente para mirar por el retrovisor. Ahora sólo una de las dos camionetas venía detrás.

El asaltante detuvo la ambulancia al costado del acceso de vehículos de la *gold room*. Hasta ella sabía que sólo lo abrían para los camiones blindados. El hombre se giró en el asiento y abrió la pequeña ventana que comunicaba con la parte de atrás.

—Si alguno de ustedes tres hace un ruido, le pego un balazo en la cabeza a la doctora. Así que tranquilos.

Patricia Morales cerró los ojos, pidiéndole protección a un dios con el que había perdido contacto en la primera comunión. Cuando volvió a abrirlos, vio que la camioneta que los había seguido estacionaba a dos metros de su ventanilla.

—Está claro lo que tenés que decir, ¿no? —le preguntó el asaltante, mirándose en el espejo para acomodarse la gorra y los anteojos de sol.

Ella asintió en silencio.

—No te escucho —le dijo el tipo, guardándose la pistola en un bolsillo de su uniforme de enfermero.

—Sí, está claro —logró decir con voz entrecortada.

—Muy bien, vamos.

De alguna manera, la tranquilizó ver que de la Hilux bajaba una mujer. Estaba vestida con el uniforme rojo y blanco del personal sanitario y también llevaba anteojos de sol. La asaltante le sonrió, se le acercó y apoyó en el hombro una mano cubierta por un guante de látex.

—Vamos, doc, que te vas a congelar acá afuera —le dijo con un acento... ¿porteño? Sí, porteño. Y tanguero.

Caminaron los tres hacia la puerta de acceso para el personal. La doctora Morales era consciente de que la cámara que los miraba desde arriba no captaba la pistola que el tipo clavaba en sus riñones. Su única alternativa era seguir las instrucciones que le habían dado, así que acercó su tarjeta al lector y llamó al intercomunicador.

—¿Sí? —respondió un hombre del otro lado.

—Hola, soy la doctora Morales.

—Buenas tardes.

Tragó saliva.

—Tenemos varios casos de intoxicación confirmados en el yacimiento. Aparentemente en la comida de hoy se sirvió algo en mal estado. Estamos haciendo un recorrido por todos los sectores. ¿Podría confirmar que la gente de la *gold room* está bien?

—Yo los tengo a todos en las cámaras y no se ve nada extraño.

—Es posible que se sientan mal pero los síntomas todavía no sean visibles. El personal de la cocina nos dijo que en el comedor había varios empleados de fundición. Pregúnteles por favor si alguien tiene algún tipo de malestar. En particular, dolores de estómago o ganas de vomitar.

El intercomunicador se quedó en silencio durante unos segundos.

—Esperen ahí, doctora.

—Vas muy bien —le susurró al oído la porteña.

## CAPÍTULO 50

*16 de julio de 2019, 2:01 p. m.*

A Mallo le faltaban cinco kilómetros para llegar a Cerro Solo cuando se dio cuenta de que arriba, junto al contenedor que albergaba los equipos de comunicaciones, no había ninguna camioneta. Miró su aparato de radio para confirmar que seguía sin señal. Madueño se había ido de ahí sin solucionar el problema.

Consideró dar la vuelta y volver al campamento, pero ya tenía más de dos tercios del camino hecho. En diez minutos estaría en la cima del cerro y podría echar una mirada a los equipos. A lo mejor hasta tenía suerte y lograba arreglar el fallo.

Al llegar arriba estacionó junto al contenedor y se dirigió a la puerta. La llave de siempre no entraba en el candado. ¿Lo habían cambiado sin avisarle?

Entonces escuchó un golpe sordo dentro del contenedor, como si un objeto pesado acabara de caerse. Pegó un oído a la puerta y se tapó el otro para suprimir el viento. Oyó un nuevo impacto.

—Madueño, ¿estás ahí? —le gritó a la puerta.

Los golpes se intensificaron.

*¿Qué está pasando?*

Fue a la camioneta y agarró la llave cruz que utilizaba para cambiar las ruedas pinchadas. Tuvo que hacer palanca varias veces para que el candado cediera ante la barra de hierro.

Al entrar, descubrió a Felipe Madueño atado de pies y manos. Mallo se apresuró a quitarle la gruesa cinta plateada que le cubría la boca y

Madueño escupió una bola de trapo.

—Tenemos que avisar —dijo con voz ronca y ojos espantados—. Hay una intrusión en el yacimiento.

*Intrusión.* Hasta ahora Mallo sólo había oído esa palabra en los simulacros que organizaba el gerente de seguridad. Esta vez, sin embargo, los aparatos destrozados a su alrededor dejaban claro que no estaban ante ningún ensayo.

—¿Qué pasó? —le preguntó mientras cortaba las bridas que inmovilizaban al joven.

—Me atacaron. Un hombre y una mujer. Están armados. Se llevaron la camioneta, mi identificación y el teléfono satelital. Tenemos que dar la alarma.

Mallo miró el contenedor sabotado. Iba a llevar un buen rato restablecer las comunicaciones.

—Voy a tirar una bengala —dijo, enfilando hacia afuera.

—No —lo detuvo Madueño—. Eso va a hacer que piensen que estamos en problemas y nos vengán a buscar.

—Estamos en problemas.

—Sí, pero entre que vienen y volvemos al campamento, va a pasar una hora. En ese tiempo podría haber una desgracia.

—Podemos bajar en la camioneta. Ahí ahorramos media hora.

—¿Qué pasa si nos encontramos a estos tipos en el camino? Vos porque no los viste, jefe, pero van en serio. Si nos tienen que meter un balazo, nos lo van a meter.

—¿Qué querés que hagamos entonces, Madueño?

—No sé. Hay que avisar, pero me da miedo salir de acá.

—No nos podemos quedar esperando. Vos mismo acabás de decir que puede haber gente en peligro.

—Si bajamos, los que nos ponemos en peligro somos nosotros.

Mallo le puso una mano en el hombro.

—Estás muy nervioso, Felipe. Pero alguien tiene que ir a avisar. Hagamos una cosa: tiro la bengala y vos esperás acá a que te vengán a buscar. Yo mientras voy bajando —le ofreció.

Madueño negó con la cabeza.

—Prefiero ir con vos a quedarme solo.

## CAPÍTULO 51

*16 de julio de 2019, 2:18 p. m.*

Frente a la puerta de la *gold room*, Minerva daba golpecitos al suelo con la punta del pie. O, mejor dicho, era su pie el que golpeaba la tierra de manera automática, sin que su cerebro le diera ninguna orden.

—Doctora, parece que sí —dijo al fin el guardia por el intercomunicador—. Tenemos tres empleados con diarrea y dolor de estómago.

—¿Entramos con la ambulancia? —preguntó Pólvora.

—No hace falta. Pueden salir por sus propios medios. Dice el jefe que terminan el vertido del metal que ya tienen fundido y salen. Pasen a esperarlos si quieren.

La puerta de entrada del personal se abrió con un zumbido eléctrico. A Minerva se le puso la piel de gallina.

—Vos tranqui —oyó que Pólvora le susurraba a la doctora Morales.

El acceso a la *gold room* era un pasillo de techo bajo, paredes blancas con una puerta al fondo y otra a un costado. Esta última daba a una oficina con grandes pantallas. Minerva sabía que esos monitores transmitían en bucle imágenes de las más de cien cámaras de seguridad de la mina, aunque desde su posición en el pasillo y con la puerta cerrada, ella no podía ver ni la esquina de un escritorio.

De esa oficina salió a cortarles el paso un empleado de seguridad enfundado, como todos, en uniforme negro y amarillo. Apenas el hombre puso los pies en el pasillo, la puerta se cerró a sus espaldas con un mecanismo automático que Minerva desconocía.



—Esperen ahí —les dijo, haciéndoles un gesto para que se quedaran donde estaban.

Minerva metió disimuladamente una mano dentro del botiquín que traía colgado al hombro. Sintió el metal frío a través del látex de los guantes. En cuanto el empleado les dio la espalda para volver a su puesto, miró a Pólvora y asintió con la cabeza.

Se movió ella primero. Con una maniobra rápida, sacó del botiquín un aerosol y embadurnó de pintura negra la lente de la cámara de seguridad.

—No te muevas porque te quemó —gritó Pólvora un segundo después.

—¿Qué? —dijo el hombre, girándose hacia ellos.

Al ver que Pólvora le apuntaba con un arma, el guardia levantó las manos. Minerva se apresuró a atarle las muñecas con bridas y luego hizo lo mismo con la médica. Por último, Pólvora y ella se cubrieron las cabezas con pasamontañas.

Aquel era el momento más crítico del plan. A pesar de que las cámaras no estaban grabando, los altos puestos jerárquicos de la mina tenían acceso a la transmisión en vivo a través de la red interna. Eso significaba que, si justo alguien estaba monitoreando la cámara durante la fracción de segundo que Minerva había tardado en cubrir la lente, sabrían que había una intrusión. Las probabilidades eran bajísimas, porque esa cámara apuntando a un pasillo era de las menos consultadas, pero no dejaba de ser un riesgo.

En cualquier caso, la suerte estaba echada. Ahora tenían que moverse rápido y con cuidado. En cuanto abandonaran aquel pasillo, entrarían en el rango de visión de una nueva lente.

—Siéntense ahí —les dijo Minerva a la doctora Morales y al de seguridad, señalando el suelo junto a la puerta de la oficina.

Se puso de cuclillas frente a ellos y los miró a los ojos. En los de la médica había miedo. En los del otro, desconcierto.

—No se preocupen, va a estar todo bien —les dijo y ambos asintieron en silencio.

Descolgó la tarjeta de identificación del cuello del empleado y se la tiró a Pólvora. Su compañero la acercó al lector de la puerta de la oficina y negó con la cabeza.

—Hay que poner un código.

*Mierda.* Eso no estaba ahí cuando ella era empleada.

Miró al guardia, atado contra la pared. El tipo le sostuvo la mirada, desafiante. Entonces Pólvora se abrió paso y le metió la pistola en la boca.

—Decime el código y decímelo bien. Porque si lo pongo y esa puerta no se abre, te pego un tiro en los huevos antes de matarte.

El guardia empezó a hablar antes de que el hilo de baba que le unía el labio al caño de la pistola se cortara. Minerva le tuvo que dar la razón al Banquero: Pólvora era imprescindible.

—Siete cinco cuatro nueve.

Pólvora se acercó al teclado numérico y apretó el primer dígito con la punta de su dedo enguantado.

—¡Pará! —dijo Minerva—. Uno menos.

—¿Qué?

—El código. Probá con un número menos. Siete cinco cuatro ocho.

—Pero si nos acaba de decir...

—Hacé lo que te digo.

Pólvora le hizo caso y una luz verde se encendió en la cerradura. Un chasquido anunció que la puerta estaba abierta.

Apenas entraron a la oficina, Minerva se apresuró a rociar con pintura negra otra cámara.

—Las claves de las puertas tienen un mecanismo de seguridad —dijo—. Si le sumás uno a la clave, abren igual pero se activa una alarma silenciosa.

Pólvora miró al guardia con odio. Minerva le apoyó una mano en el hombro que no bastó para calmarlo.

—¿Así que te gusta hacerte el héroe? —dijo, acercándose al guardia y agarrándolo de la pechera mientras le apretaba el caño de la pistola en la nuez.

—Tranquilo —dijo Minerva.

El empleado de seguridad permaneció en silencio, respirando ruidosamente. Pólvora se agachó y le acercó la cara hasta que sus narices casi se tocaron.

—Hay gente a la que le rajaron la garganta por muchísimo menos —le dijo.

—¿Dónde está el teléfono satelital? —preguntó Minerva mientras miraba de reojo las pantallas. Quería ver el contenido de la bóveda, pero el

guardia había bloqueado los monitores antes de permitirles el acceso. Era parte del protocolo.

—En ese cajón —señaló el empleado.

Minerva se guardó el teléfono en el bolsillo y se descolgó la radio de la cintura.

—Todos adentro, ya.

## CAPÍTULO 52

*16 de julio de 2019, 2:31 p. m.*

El Pata se acercaba a la planta al volante del camión de combustible. Tenía la mirada fija en los tanques cilíndricos y las construcciones cuadradas de chapa oscura que Minerva les había hecho aprenderse de memoria.

—A la mayoría no nos vamos ni a acercar, pero es mejor saber qué es cada cosa —les había dicho.

Sin embargo, ahora él no hubiera sabido distinguir un tanque de lixiviación de uno de agua potable. La adrenalina sólo le permitía enfocarse en llevar el camión hasta el corazón de aquel laberinto de metal.

Cuando le faltaban trescientos metros para llegar al perímetro cercado, el portón de acceso empezó a abrirse. Se permitió sonreír al ver al Cerrajero vestido de uniforme negro y amarillo, como un vigilante de seguridad más de Inuit.

Junto al alambrado, dos guanacos pastaban ajenos a todo. Le hubiera gustado tener su tranquilidad.

Ciento cincuenta metros.

A un costado del portón en movimiento, el Cerrajero le hacía señas con la mano para que avanzara. El gesto era amplio y oficial. Un ademán normal, de un empleado de seguridad a un camionero autorizado.

Cien metros.

Tenía los nudillos blancos de aferrarse tanto al volante. Un camión de combustible no tenía nada que hacer adentro de la planta, porque los tanques de gasoil y el generador estaban del lado de afuera. Y un

mastodonte remolcando una cisterna de treinta y siete mil litros no iba a pasar desapercibido por mucho tiempo en un recinto de máxima seguridad.

*Cincuenta metros y empiezan los problemas*, pensó.

Entonces el portón a medio abrir se detuvo durante una fracción de segundo. Cuando volvió a moverse, lo hizo en sentido contrario. Cerrándose.

Un hombre flaco y alto acababa de aparecer de la nada y le gritaba al Cerrajero al tiempo que levantaba la mano hacia el camión, indicándole al Pata que parara. No tuvo otra opción que apretar el freno.

La trompa del vehículo se detuvo a dos metros del portón.

## CAPÍTULO 53

*16 de julio de 2019, 2:31 p. m.*

Gerardo Mallo aferraba con fuerza la radio para que no se le escapara de las manos. A su lado, Madueño aceleraba muy por encima del límite de sesenta kilómetros por hora establecido en el yacimiento, haciendo que la camioneta saltara como un caballo salvaje sobre el camino desparejo.

—Emergencia. Emergencia. Emergencia —volvió a decir Mallo al aparato—. Tenemos una intrusión. ¿Alguien me escucha?

Como todas las veces anteriores, no hubo respuesta.

—En cuanto entremos en la zona de cobertura de la repetidora que hay en el campamento te van a escuchar, jefe. Nos faltan dos o tres kilómetros.

Mallo sabía que Madueño tenía razón, pero lo último que iba a hacer era esperar.

—Emergencia. Emergencia. Emergencia —repitió, pronunciando las palabras establecidas en el protocolo.

Madueño tomó una de las únicas curvas del camino sin reducir la velocidad. La cuatro por cuatro derrapó un poco, pero el muchacho logró rectificar.

—Emergencia. Emergencia. Emergencia.

Un golpe de estática sonó en el aparato.

—Sí...lante...cucho.

—Soy Gerardo Mallo. Hay una intrusión en el yacimiento. Están armados. Hay que activar la alarma y llamar a la policía por el teléfono

satelital. La antena de Cerro Solo y la conexión de internet secundaria siguen caídas. Repito: intrusión armada. Avisar a la policía.

—Note...ucho...ien. ¿Podrías...epetir...avor?

## CAPÍTULO 54

*16 de julio de 2019, 2:34 p. m.*

—¿Qué está pasando acá?

Al girarse, el Cerrajero reconoció al hombre alto y flaco, de unos treinta y cinco años, vestido de camisa y vaqueros. Minerva les había mostrado fotos de los empleados clave de la empresa. Este tipo, que ahora señalaba el camión detenido del otro lado del portón, se llamaba Patricio Iglesias y era el jefe de seguridad de la planta. Su oficina estaba en el módulo junto al que Mac acababa de estacionar.

—Tiene la entrada autorizada por el gerente general —improvisó el Cerrajero, caminando hacia la garita con paso decidido.

—¿Y se puede saber para qué entra un camión de combustible a la planta? —preguntó Iglesias a sus espaldas.

El Cerrajero se limitó a señalar la garita sin disminuir el paso. Detrás de él, los botines de punta de acero de Iglesias crujían sobre la tierra reseca. Entró al pequeño contenedor con el otro pisándole los talones. Respiró hondo, intentando tranquilizarse.

—¿Dónde está Soto? —quiso saber Iglesias.

El Cerrajero dio media vuelta, con la mano izquierda en el bolsillo de la campera del tal Soto, sujetando la nueve milímetros.

—Siéntese —le dijo.

El otro lo miró extrañado. Seguramente no estaba acostumbrado a que le hablaran así.

—Mirá, pibe, a lo mejor sos nuevo y no sabés con quién estás hablando.



—Sé quién es, señor Iglesias.

El tipo quedó descolocado por un instante. Luego tomó aire y habló en tono alto y envalentonado, enumerando demandas con los dedos.

—A ver si nos entendemos. Primero, quiero ya mismo tu nombre y apellido. Segundo, que me expliques por qué hay una ambulancia parada frente a la *gold room*. Y tercero, que me digas qué carajo tiene que hacer un camión de YPF adentro de la planta.

—Ya le dije, son órdenes del gerente general —respondió el Cerrajero, apretando el botón verde junto al escritorio. Con un zumbido distante, el portón comenzó a abrirse nuevamente.

—¿Qué hacés? Mostrame ya mismo la orden de Sandoval.

—Acá la tiene —le dijo, apoyando la nueve milímetros sobre el escritorio.

Iglesias se quedó petrificado.

—Escúcheme bien. Yo ahora voy a retirar esto de la vista, pero no crea que no le apunto, ¿eh? Tengo el caño dirigido, centímetro más, centímetro menos, directamente a sus huevos.

—¿Quién es usted?

Notó que Iglesias lo había dejado de tutear. Era increíble el respeto que producía un arma.

—¿No se imagina?

—Escúcheme una cosa. No le haga nada a ninguno de nuestros empleados, por favor.

—Por supuesto que no, Iglesias. ¿Por quién nos toma?

Los últimos metros de la cisterna terminaron de atravesar el portón. El Cerrajero apretó el botón rojo y la reja volvió a correr sobre el riel para cerrarse. El camión de combustible giró hacia la derecha, trazando el camino que tantas veces había recorrido el puntero láser de Minerva sobre el mapa.

En ese momento, el sonido ensordecedor de una alarma retumbó en la garita. El Cerrajero se levantó de un respingo y apuntó a Iglesias con el arma.

—¿Qué es eso?

—Yo no hice nada, se lo juro —dijo Iglesias levantando las manos.

—Vamos ya a su camioneta.

El hombre asintió y salió sin rechistar. Afuera, la sirena sonaba en unos altavoces montados sobre postes. Al Cerrajero le recordaron a los campos de concentración de las películas de nazis que a su padre tanto le gustaban.

Iglesias caminó hacia el estacionamiento entre la garita y el módulo de oficinas, donde había más de media docena de Toyotas Hilux grises. Una era la de Mac.

—Esta es mi camioneta —gritó Iglesias por encima de la alarma, señalando otra de las Hilux.

—Rápido. Maneja usted. A la *gold room* —le dijo el Cerrajero, subiéndose del lado del acompañante y haciéndole señas a Mac para que los siguiera.

El jefe de seguridad de la planta no volvió a abrir la boca hasta que estacionaron junto a la ambulancia y el camión de combustible.

—¿Qué es exactamente lo que quieren? —preguntó entonces.

—Lo mismo que ustedes, Iglesias. El oro y la plata.

## CAPÍTULO 55

*16 de julio de 2019, 2:36 p. m.*

La alarma comenzó a sonar al mismo tiempo en varios puntos del campamento. No era el *wup-wup* rápido de la alerta de incendios ni el *ni-no-ni-no* ensordecedor de una emergencia médica.

No. Carlos Sandoval sólo había escuchado el ulular lento de esta sirena durante los simulacros que organizaba Francisco Alvarado, el gerente de seguridad. Pero hoy Alvarado estaba ocupado preparando una charla que el mismo Sandoval le había encargado para los empleados que trabajaban en el túnel. Además, ¿qué probabilidades había de que Alvarado organizara un simulacro sorpresa el mismo día que se apagaba la antena de Cerro Solo y se perdía la conexión satelital?

Ninguna. La alarma de intrusión era legítima, y él tenía que poner en marcha ya mismo el protocolo.

El primer paso era llamar a la policía. Sin internet ni telefonía celular, necesitaba uno de los cuatro teléfonos satelitales del yacimiento. Uno lo tenía la división de informática, el otro la enfermería y un tercero, los empleados de seguridad de la *gold room*. El cuarto era como si no existiera, porque estaba asignado al equipo de exploraciones, que en aquel momento se encontraba a treinta y dos kilómetros sacando testigos de una nueva veta.

Al pensar en ellos, recordó que el día anterior un guardia de seguridad que patrullaba los caminos menos frecuentes había avistado una avioneta volando a siete kilómetros al norte de la planta de procesos. A Sandoval le había parecido extraño, pero ahora se arrepentía de no haberle dado más importancia.

Levantó el teléfono de su oficina. Por suerte la telefonía interna seguía funcionando. Marcó el número de la enfermería para avisarles que, si todavía no lo habían hecho, llamaran a la comisaría de Puerto Deseado.

La línea sonó varias veces pero no respondió nadie. Mala señal. En la enfermería siempre contestaban rápido.

## CAPÍTULO 56

*16 de julio de 2019, 2:36 p. m.*

Dentro de la *gold room*, Minerva miraba con una mezcla de odio y pena al guardia de seguridad.

—Yo no fui —suplicó el hombre.

Estaba desparramado en el suelo de su propia oficina, donde Pólvora acababa de tirarlo junto a la doctora Morales.

La alarma retumbaba en las paredes prefabricadas. Minerva había contado con que en algún momento detectarían la intrusión, pero todo habría sido mucho más fácil si primero podían reducir a los empleados de fundición. Ahora, presas del pánico, esos tipos intentarían esconderse. O, peor aún, hacerse los valientes.

—El password —le dijo al guardia, señalando las pantallas bloqueadas.

El hombre se lo dio entre sollozos. El sonido de la sirena era tan estridente que tenían que gritar para entenderse.

Al abrir las imágenes, a Minerva se le encogió el corazón. Todas las cámaras transmitían un rectángulo negro. No sólo las dos que ella acababa de pintar. Todas.

—¿Qué es esto?

—Yo no fui. Se los juro. De hecho, si hubiera sido yo, la alarma no sonaría acá adentro. Sólo alertaría a los del campamento para que llamen a la policía.

—Qué. Es. Esto —repitió, señalando las ventanas negras en las pantallas.

—Dejamos de tener acceso a las cámaras si hay una intrusión.

Pólvora dio dos pasos rápidos hacia él y le apoyó el caño en la cabeza.

—¿Me estás diciendo que las cámaras se desconectan justo cuando más las necesitan? ¿Te pensás que somos boludos?

—No, no. Las cámaras no se desconectan. Nos cortan la señal a nosotros, adentro de la *gold room*. El resto lo puede ver desde afuera, pero estas pantallas quedan inutilizadas.

Pólvora miró a Minerva, como preguntándole qué hacer. Ella sintió que el nudo en el estómago se le cerraba aún más. No conocía ese detalle del protocolo.

—Tenemos que asumir que la policía ya está en camino —le dijo.

—Apurémonos entonces.

Con su acento porteño impostado, Minerva indicó a los rehenes que se pusieran de pie. Tardaron un poco más de lo normal porque con las manos atadas detrás de la espalda les costaba mantener el equilibrio. Cuando salieron de la oficina, Pólvora ya había abierto la puerta del final del pasillo con la tarjeta del empleado.

Un detector de metales ocupaba casi todo el ancho del nuevo corredor al que entraron. Era un arco rectangular idéntico a los de los aeropuertos. Minerva lo atravesó primero y el aparato emitió un *bip-bip-bip* que apenas se oía por encima de la alarma. La doctora Morales pasó detrás de ella. Le siguió el guardia de seguridad, y por último, Pólvora.

Continuaron por el pasillo hasta el final. Otra puerta y otro pasillo. Varias puertas más. La *gold room* era un laberinto, pero Minerva llevaba meses estudiando los planos.

—Esa es la sala segura —le dijo a Pólvora cuando llegaron a una puerta antivandálica junto a una ventana de vidrios blindados.

La sala segura era una oficina acorazada en la que los empleados tenían instrucciones de refugiarse en caso de intrusión. Minerva se asomó a la ventana. Dentro, el otro guardia de seguridad de la *gold room* tenía el auricular de un teléfono fijo contra la oreja. Los empleados de fundición todavía no habían llegado.

Pólvora dio unos golpecitos en el vidrio grueso con la culata de la pistola. Cuando el hombre levantó la vista, apoyó el cañón en la sien de su compañero maniatado.

El empleado de seguridad miraba a través del vidrio como un ciervo frente a las luces de un coche. Tardó unos instantes en moverse, y cuando lo hizo, a Minerva le pareció que iba a cámara lenta. Soltó el teléfono, mostró las manos vacías y abrió la puerta.

Minerva se apresuró a atarle las muñecas y a bajar la cortina de la ventana, para que nadie pudiera ver desde el pasillo lo que pasaba en la sala. Después, Pólvora hizo que los tres rehenes se sentaran en el suelo y ella les puso bridas también en los tobillos.

—Ahora, acuéstense boca abajo —ordenó Pólvora.

—Tranquilos, que no es con ustedes la cosa —agregó ella mientras iba uniendo las ataduras de las muñecas a las de los tobillos con una tercera brida. Cuando los tres estuvieron inmovilizados con el vientre contra el suelo, los amordazaron.

—Nos vemos en un ratito —les dijo Pólvora.

Salieron de la sala segura y Minerva cerró con llave.

—Esa es la última —le dijo a su compañero, corriendo hacia la puerta que había al fondo del pasillo, que daba al corazón de la *gold room*.

Se abrió sin quejas, con el mismo código que les había dado acceso a la oficina de las pantallas.

Recordando la charla que había tenido con Pezzano meses atrás, cuando todavía no pensaba en él como “el Banquero”, Minerva se preguntó si del otro lado de esa puerta habría un león.

## CAPÍTULO 57

### *Trelew, Chubut, Argentina. Cuatro meses y medio antes del golpe.*

Minerva había tardado casi media hora en explicarle a grandes rasgos el plan a Pezzano. El viejo ladrón la había escuchado atento, tomando café en el mismo sofá desde el que ella le había enviado el email que había puesto todo en marcha.

—A simple vista, puede funcionar —dijo él.

—*¿Puede?* No me alcanza. *Tiene* que funcionar. Si no me lo sabés decir vos, que tenés más robos que los piratas del Caribe, ¿entonces quién?

Pezzano apuró el café y dejó la taza sobre el platito de cerámica con delicadeza.

—Imaginate que estás en una habitación en la que hay dos puertas. En una hay un león. En la otra, una habitación igual a la anterior.

—*¿Yo sé en cuál de las puertas está el león?*

—No. Vos tenés que abrir una y jugártela. No te queda otra. Si tenés suerte, abrís la que da a la habitación vacía, pero resulta que ahí también hay dos puertas.

—*¿Y una de ellas también me lleva al león?*

—Correcto —asintió Pezzano con las ojeras estiradas por la sonrisa—. Son diez habitaciones así. En la décima, una de las dos puertas es la de salida. A ver, ingeniera Viader, ¿qué probabilidades tenés de sobrevivir?

—Habría que elevar cero coma cinco a la...



—Bajísimas —la interrumpió Pezzano—. Es más fácil ganarte la lotería que salir viva de ahí.

—¿Y esto qué tiene que ver con el robo?

Pezzano ladeó la cabeza, como si la pregunta lo ofendiera.

—Si meto un tipo en la primera habitación, ¿creés que sobrevive o muere?

—Muere, obvio.

—¿Y si repito lo mismo un millón de veces? Cada tipo que entra elige la secuencia de puertas que quiera, sin saber lo que hicieron los anteriores.

—La gran mayoría muere, pero unos pocos sobreviven.

—¿Y esos pocos por qué sobreviven?

—Porque tienen la suerte de abrir las diez puertas correctas.

Pezzano se señaló el pecho con el dedo índice.

—Exacto. Yo soy uno de esos suertudos.

—O sea, me estás diciendo que sos el tipo que más bancos robó en todo el país por pura suerte.

—No. Te estoy diciendo que soy un sobreviviente. Por supuesto que hice todo lo que estaba a mi alcance para abrir las puertas correctas. Pegué la nariz al agujerito de la cerradura para ver si sentía olor a león. Apoyé la oreja para escuchar un rugido. Y a veces lo detecté. Pero cuando no tuve la más puta idea de qué puerta abrir, elegí una al azar.

—¿Adónde querés llegar?

—A que no estoy donde estoy por puro talento. Ni yo ni nadie te puede decir, de antemano, que atrás de las puertas que querés abrir no va a haber un león.

## CAPÍTULO 58

*16 de julio de 2019, 2:42 p. m.*

Tras atravesar la última puerta, Pólvora se encontró con un panorama muy diferente a cualquier banco, cualquier joyería o cualquier mansión en la que hubiera robado antes. La *gold room* era tan grande como una cancha de fútbol y estaba llena de grandes aparatos industriales cubiertos de polvo y suciedad. Algunos, del tamaño de un auto, colgaban sobre sus cabezas.

Caminaron con sigilo. La alarma retumbaba en todos los rincones, aunque no sonaba tan fuerte como en los pasillos.

—Tenemos que encontrar rápido a los empleados de fundición —le dijo Minerva, encaminándose hacia uno de los costados.

Pólvora la siguió. Iban en dirección a unos cilindros de metal grandes como lavarropas. Uno de ellos estaba al rojo vivo. Crisoles de fundición. Ahí se fabricaban los lingotes.

A cinco pasos de distancia, notó un calor intenso en los ojos, que eran la única parte de la cara que el pasamontañas dejaba expuesta. Recordó otro de los datos de Minerva: sin el equipo de protección adecuado, resultaba imposible acercarse a menos de dos metros de un crisol sin sufrir quemaduras.

—No se ve a nadie —dijo Minerva.

Pólvora oyó a sus espaldas un ruido lo suficientemente fuerte para imponerse a la alarma. Como si alguien hubiera volteado un armario o dado un gran portazo. Había venido de la puerta por la que ellos acababan de entrar.

Se giró y salió corriendo entre las máquinas con la nueve milímetros en la mano. Al llegar a la puerta, giró el picaporte y la embistió con el hombro, pero no logró que se moviera.

—Los empleados de fundición se deben haber escondido al vernos entrar y salieron en cuanto esta puerta quedó libre —explicó Minerva, que había corrido detrás de él, mientras tecleaba el código en la cerradura.

Pólvora estaba atento a la luz roja junto a las teclas. En cuanto se pusiera verde, le daría otro empujón.

—No funciona —le dijo Minerva.

—¿Cómo que no funciona? Si para entrar...

—Debe haber un código diferente para salir. O un mecanismo de seguridad especial que la traba en caso de emergencia.

—¿Tantas cosas cambiaron en esta puta empresa en siete meses? —preguntó.

Minerva no le respondió.

*Si termino preso, me lo merezco por boludo,* pensó Pólvora. *¿Quién me manda a mí a dejarme arrastrar hasta el culo del mundo por esta tipa?*

Resopló por la nariz y levantó un poco el arma.

—Tenemos que agarrar a los empleados de fundición sí o sí —dijo—. Sin ellos, no podemos negociar.

—Están los de la ambulancia —le contestó Minerva.

—Sí, pero en la sala esa dejamos a la médica. La podemos necesitar.

Apuntó la pistola a la cerradura de la puerta.

—Pará, Pólvora.

—¿Qué te pasa?

—Los empleados de fundición pueden estar del otro lado.

*Encima de que tiene el corazón blando, mira muchas películas. Se confirma que soy un boludo,* pensó antes de apretar cuatro veces el gatillo.

Los disparos rasgaron el ulular monótono de la alarma. Donde había estado la cerradura, quedó un agujero en forma de cruz hecho por las cuatro balas.

—En la vida real, nadie que está escapando cierra una puerta y se apoya del otro lado.

Pateó la puerta, que cedió como si estuviera hecha de la madera más barata.

Del otro lado se encontraron con las espaldas de tres hombres que corrían al final del pasillo. Seguramente se habían detenido frente a la sala segura para intentar liberar a la doctora Morales y a los dos empleados de seguridad. Ahuyentados por los disparos, ahora se alejaban ralentizados por los pesados trajes que los protegían del calor de la fundición.

En ese momento, Pólvora sintió la vibración de la radio que llevaba colgada de la cintura. Levantó el arma y con la otra mano se llevó el aparato al oído.

—Estamos todos afuera —dijo el Pata—. Repito, estamos todos afuera.

—Andá a abrirles —le dijo a Minerva, que también tenía su radio pegada a la cara—. Yo me encargo de estos.

Ella asintió y volvió a meterse en la *gold room*.

Él levantó el arma y disparó tres veces.

## CAPÍTULO 59

*16 de julio de 2019, 2:44 p. m.*

Pólvora miró hacia los tres hombres al final del pasillo. Las balas que había disparado al techo, lejos de paralizarlos, los habían hecho huir aún más rápido. Sonrió y echó a correr detrás de ellos.

No tardó en darles alcance. Los trajes para trabajar en la fundición los lastraban demasiado. Parecían astronautas.

—Párense o la próxima vez les apunto a la cabeza —gritó por encima de la alarma, que ya empezaba a ponerlo nervioso.

Se detuvieron al instante. Sacó un puñado de bridas del bolsillo y las tiró a los pies del que tenía más cerca.

—Atalos —le indicó.

Con movimientos torpes, el empleado juntó las muñecas y los tobillos de sus dos compañeros. Tras asegurarse de que el tipo lo había hecho bien, Pólvora lo ató a él.

—Falta uno. ¿Dónde está? —les preguntó.

Uno de ellos dijo algo, pero Pólvora no logró entender las palabras amortiguadas por la capucha del traje aislante. Se acercó y se la arrancó hacia arriba.

—No tenemos la combinación de la bóveda —se apresuró a repetir.

—No te pregunté eso. Te pregunté dónde está el que falta.

Entonces sintió un golpe en la cabeza y se le apagaron todas las luces.

## CAPÍTULO 60

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

—¿Y no sería más fácil asaltar el camión blindado en el medio del campo que entrar ahí? —preguntó Mac.

El Banquero vio que Minerva sonreía casi con ternura ante la ingenuidad de la pregunta. Pólvora, sin embargo, fue menos sutil y largó una de sus risas porcinas. El Pata se limitó a mirar a Mac con un brillo en los ojos que el Banquero sabía interpretar muy bien. Estaban intentando reprimir una sonrisa.

—¿De qué se ríen? En la mina hay setecientos tipos, guardias de seguridad y mil cosas que pueden salir mal. ¿No es más fácil interceptar el oro en tránsito?

—¿A este de dónde lo sacaste?

La pregunta se la había hecho Pólvora al Banquero, que se dirigió a Mac para responderla.

—Hoy por hoy, un camión blindado es uno de los objetivos más difíciles de robar.

Recordó con cierta nostalgia los años ochenta, al principio de su carrera como ladrón de bancos.

—Hubo una época en la que eran el eslabón más débil, pero eso cambió muchísimo. Ahora van armados hasta los dientes y tienen diez mil aparatitos.

—Además —intervino Minerva—, los blindados que transportan el doré no son los mismos que ves en las puertas de los bancos. Los que van a

Entrevientos son más grandes y llevan más seguridad. Cuatro tipos con armas de grueso calibre.

—Son casi imparables —agregó el Pata—. Los que iban a Cerro Retaguardia tenían doble eje trasero y tracción en cada una de las ruedas. Seis por seis. Y siempre estaban escoltados por una camioneta con otros dos tipos armados.

—Estos también —dijo Minerva—. Y, por supuesto, llevan teléfono satelital, GPS y una alarma silenciosa que se activa automáticamente si el camión para donde no está previsto.

—¿Y si les metemos una carga en pleno tránsito? —preguntó Pólvora—. A lo mejor Mac tiene razón. Con un par de kilos de explosivo plástico vuelan al carajo.

—Seguimos teniendo el problema de la escolta —acotó el Pata, pasándose la mano por la barba.

—¡No! —dijo Minerva con un tono firme que el Banquero no le había sentido nunca—. Eso no lo vamos a hacer porque si volamos el camión tenemos que matar a los cinco tipos que van adentro.

—Obvio, no les vas a pedir por las buenas que te abran la puerta —retrucó Pólvora.

El Banquero estuvo a punto de hablar para poner paños fríos al asunto, pero se reprimió. No había mentido al decir que él en este trabajo era poco más que un mecenas. La que dirigía la batuta era Minerva, y eso venía con responsabilidades. La miró a los ojos. *Es tu plan y tu equipo*, intentó decirle con un gesto.

Mac rompió el silencio en el que había quedado sumido el comedor.

—Si la idea es hacer una carnicería, conmigo no cuenten —dijo, devolviéndole el mate al Pata—. Me abro ahora mismo.

Minerva levantó las manos en señal conciliadora.

—No vamos a hacer ninguna carnicería. Eso grábenselo en la cabeza.

El Banquero sintió que el pecho se le llenaba de una especie de orgullo. Volvía a sentir por ella ese instinto paterno que lo había llevado a arriesgar su vida para ayudarla, quince años atrás, a escapar de los billares de Avenida de Mayo.

—Este robo va a ser sin sangre, ¿está claro? —prosiguió ella—. Armas tiene que haber, porque vamos a tomar rehenes. Pero heridos, no quiero ni uno.

—Obvio. Nadie nunca quiere heridos —dijo Pólvora—, pero a veces la cosa se pone fea y no queda otra que meter algún cuetazo.

—No va a ser el caso.

—Eso lo decís ahora —contestó con sorna—. A ver si seguís tan budista cuando la situación se complique.

—¡Lo vamos a hacer sin sangre ni heridos!

—Por supuesto, como todos tus golpes anteriores —retrucó Pólvora—. Recordame, ¿en cuántos robos sin sangre ni heridos participaste antes? ¿Treinta, habías dicho? ¿O eran cuarenta?

Hubo otro silencio, punteado por el crepitar de las llamas. El Banquero miró a Minerva para transmitirle tranquilidad, pero ella tenía los ojos puestos en la nada. La vio rodear la mesa, acercarse al sillón en el que estaba tirado Pólvora e inclinarse hacia adelante, descansando las manos en las rodillas.

—No sé qué es peor —le dijo cuando sus caras estuvieron al mismo nivel—, si no tener experiencia o tenerla y que no te haya servido para nada. A esta altura del partido, aunque te importe un carajo la vida de una persona, por lo menos deberías saber que hay un motivo práctico para no pegarle un tiro a nadie. La policía suele investigar más a fondo un asesinato que un robo a una multinacional.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Minerva señaló la pantalla.

—Ahí adentro trabaja gente honrada que se pasa la mitad del mes masticando polvo para mantener a una familia.

Se incorporó y miró al resto de la banda, incluyendo al Banquero.

—Si a alguno de ustedes no le gusta el plan, ahí está la puerta. Nadie es imprescindible.

—En realidad, vos sí —dijo Mac—. Sin toda tu información, no pasamos del Puesto de Entrada.

El Banquero dejó de contener la respiración y agradeció el tono calmado del anfitrión.

—Salvo que entremos a los tiros —agregó Pólvora.

Minerva volvió a mirarlo y abrió la boca para decir algo, pero la carcajada porcina se le adelantó.

—Relajate, Minerva, es un chiste. Si vos decís que no hay tiros, no hay tiros. Sos la jefa.



Pólvora acompañó sus últimas palabras llevándose las puntas de los dedos a la sien, imitando un saludo militar.

Minerva negó con la cabeza y se incorporó, mirando uno a uno a los miembros de la banda. El Banquero se mordió la lengua para no decir nada. Si hubiera abierto la boca, le tendría que haber dado la razón a Pólvora. Una cosa era que en el plan no hubiese muertos y otra, muy diferente, era lo que sucediese ese día.

Ningún plan salía al pie de la letra. Incluso Minerva, en el fondo, tenía que saberlo.

## CAPÍTULO 61

*16 de julio de 2019, 2:48 p. m.*

Cuando Pólvora abrió los ojos, un dolor agudo le nubló la visión. Estaba tirado en el suelo, boca abajo. La nueve milímetros, que él veía borrosa, descansaba a apenas veinte centímetros de la punta de sus dedos.

Se estiró para agarrarla, pero entonces una bota plateada pateó el arma, haciendo que se deslizara por las baldosas de plástico. La pistola pasó entre los empleados maniatados y se detuvo varios metros más adelante, al final del pasillo.

Miró hacia arriba. El dueño de la bota era grande y musculoso. Incluso debajo del traje de astronauta se adivinaba una complexión maciza. No tenía puesta la capucha, y de la tela plateada asomaba un cuello grueso y nervudo con el tatuaje de un dragón verde que terminaba con la boca abierta debajo del oído. Como si le estuviera contando un secreto.

A pesar de los músculos, del tatuaje y de haber pateado la pistola, Pólvora vio miedo en los ojos de aquel hombre. Un miedo peligroso, de animal acorralado.

—Hay cuatro tipos armados afuera —dijo Pólvora—. Cuando entren, lo primero que van a hacer es venir a buscarme, y si no estás atado y tranquilito, te van a cagar a tiros.

La patada le golpeó las costillas con la fuerza de una maza. Después sintió un tirón en el pelo. El tipo le había arrancado el pasamontañas.

—Si es que entran —dijo, y volvió a patearlo.

*¿Por qué siempre hay un tarado que se hace el héroe?*

Pólvora sacudió un poco la cabeza y se limpió las lágrimas que le habían arrancado los golpes. La rabia le hacía ver todo rojo. Ya no estaba en una mina de oro a dos mil kilómetros de su casa. Ahora estaba en el patio de la cárcel de Caseros, durante su primera semana.

Miró disimuladamente hacia atrás. Uno de los tres astronautas atados se arrastraba hacia el final del pasillo, tratando de llegar a la pistola.

Calculó sus posibilidades. Si el resto de la banda abría la puerta antes de que aquel tipo alcanzara el arma, estaba salvado. Si no, podía terminar como un colador.

Entonces hizo lo mejor que se puede hacer cuando estás tirado en el suelo y tus costillas están a la merced de dos botas con punta de acero: las abrazó con toda su fuerza.

En el forcejeo por liberarse, el del tatuaje terminó cayendo al suelo. Pero al otro empleado ahora le faltaba apenas medio metro para llegar al arma. Pólvora soltó al tipo del dragón y corrió hacia el fondo del pasillo. Saltó por encima del que se arrastraba y recuperó su nueve milímetros. Al girarse, vio que el tatuado desaparecía por la puerta que él había abierto a tiros.

Fue hacia allí todo lo rápido que le permitía el dolor en las costillas. Por más que se le escapara, del otro lado de la puerta sus compañeros ya estarían entrando con los vehículos y no tardarían en agarrarlo. Y cuando lo tuviera enfrente, dijera lo que dijera Minerva, le iba a devolver las patadas multiplicadas por mil.

Sin embargo, al abrir la puerta y volver a entrar a la *gold room*, toda esa sangre caliente se le enfrió de golpe.

## CAPÍTULO 62

*16 de julio de 2019, 2:53 p. m.*

Que no hubiera ni rastro del tipo del tatuaje era lo que menos le preocupaba. Al fin y al cabo, la *gold room* estaba llena de rincones donde esconderse. Lo que realmente desconcertaba a Pólvora era que sus compañeros todavía no estuvieran ahí.

Miró hacia la gran puerta de acceso de vehículos de la *gold room* por la que deberían haber entrado. Estaba abierta. Según Minerva, daba a una especie de garaje enorme con una segunda puerta al exterior. Lo llamaban la esclusa.

A pesar de que el ángulo no le permitía ver la puerta exterior de la esclusa, supo que estaba cerrada. Si no, la claridad del día se colaría hasta la *gold room*. Ninguno de sus compañeros estaba a la vista. Tampoco podía oír a nadie, aunque eso quizás se debía a que la alarma lo enmascaraba todo.

Empezó a caminar hacia la esclusa, pero un destello plateado detrás de uno de los grandes hornos lo hizo cambiar de rumbo. Avanzó hacia él de a poco, con la nueve milímetros levantada.

Al rodear el horno, se encontró al tipo del tatuaje forcejeando con una puerta cerrada. Probablemente Minerva le había explicado adónde daba esa puerta, pero en aquel momento Pólvora no lo recordaba. De todos modos, importaba poco. Entre las máquinas que había junto al horno, la pared y la puerta, el tipo no tenía escapatoria.

Sin dejar de apuntarle, gritó por encima de la alarma:

—Vení conmigo.

El hombre se giró lentamente y lo miró con odio. Luego levantó las manos abiertas, en las que todavía llevaba los gruesos guantes de cuero del traje. Pólvora dio un paso hacia atrás para dejarlo pasar. El otro, sin decir una palabra, comenzó a caminar delante de él.

Se adentraron un poco en la gran sala. Ahora estaban cerca de los crisoles. Uno de ellos seguía tan al rojo vivo como hacía un rato. En San Rafael había aprendido que, una vez que esas vasijas de piedra se calentaban a más de mil grados, tardaban horas en enfriarse.

—¿Adónde vamos? —preguntó el empleado.

—A la bóveda —indicó Pólvora.

En ese momento, un estruendo retumbó en toda la *gold room*. Por una fracción de segundo, Pólvora desvió la mirada hacia la esclusa, de donde había venido el ruido. Entonces un golpe en la muñeca le hizo soltar el arma, que rebotó en el suelo. Antes de que pudiera tirarse a recogerla, sintió otro golpe, esta vez en la cara.

*¿En serio, a este tipo qué le pasa?*

El tatuado pegaba fuerte y bien, como lo hacían en Caseros los que habían sido boxeadores. Pólvora le tiró una trompada a la cara, pero el tipo la esquivó con un movimiento rápido. Se movía como si el traje de astronauta fuera ropa de gimnasia.

Pólvora sabía que no tenía forma de ganarle cuerpo a cuerpo, pero debía mantenerlo ocupado. Si le daba un segundo de respiro, el tipo se agacharía a recoger la pistola.

Le tiró una patada a la rodilla. Y acertó. El tatuado soltó un gruñido y lo miró desconcertado, como si jamás se hubiera esperado un golpe tan abajo. Definitivamente, un boxeador.

El tipo respondió con tres ganchos a la cara. Pólvora sólo pudo bloquear el primero. Los otros dos golpes le hicieron perder el equilibrio, obligándolo a retroceder. El gusto metálico de su propia sangre le inundó la boca.

Sentía un calor intenso en la espalda. No le hacía falta darse vuelta para saber que estaba a poca distancia del crisol al rojo vivo.

—Loco, ¿qué te pasa? —le gritó—. Si no te quedás en el molde, cuando entren mis compañeros...

—Tus compañeros no van a entrar porque la alarma bloquea todo, así que chupame la pija —respondió, y le tiró otro golpe.

Pólvora logró esquivarlo a expensas de dar otro paso hacia atrás. Ahora el calor era insoportable. Tenía que salir de ahí cuanto antes.

Un estruendo aún más fuerte que el anterior retumbó en la *gold room*.

El tipo del tatuaje lo agarró del cuello con sus manos enguantadas y lo empujó hacia atrás. Hacia el crisol. *Este hijo de puta no sólo es más fuerte que yo sino que va protegido contra el calor*, pensó Pólvora. La piel de la nuca le hervía y ya sentía olor a ropa quemada. Su ropa.

Intentó liberarse, pero los dedos apretaban como tenazas. No tenía ni idea de cuántos centímetros había entre su espalda y el crisol, pero le dolía como si le hubieran prendido un fuego en la espalda. Se imaginó la piel burbujeando mientras se le formaban mil ampollas y supo que si no hacía algo, probablemente iba a morir.

Juntó todas sus fuerzas y volvió a patear al tipo en la misma rodilla. Sintió cómo la punta de acero de su bota rompía el hueso del otro. Un segundo más tarde ambos cayeron al suelo.

Pólvora se incorporó tosiendo y echó a correr hacia la pistola, pero el tipo alcanzó a agarrarle el tobillo y lo hizo caer de bruces. Sacudió los pies, haciendo que la mano enguantada de su adversario golpeará contra el cemento hasta que logró liberarse.

Entonces sí, gateó hasta la pistola, la empuñó, y se dio vuelta.

Se encontró con el tipo del tatuaje sentado en el suelo, señalándose el pecho.

—Acá tirame. Acá, la puta que te parió.

Se puso de pie y levantó el arma hacia él.

—¿Qué carajo te pasa? —le preguntó.

—Que si no me matás ahora mismo, te voy a matar yo. Te voy a ir a buscar adonde estés y te voy a sacar los ojos. Así que más te vale que aprietes ese gatillo ya.

Pólvora se lo quedó mirando. Lo que decía el tipo del tatuaje no tenía ningún sentido. Le mostró una sonrisa.

—Nunca vi a un empleado defender tanto a su empresa.

—A mí esta empresa me importa un carajo.

—No parece.

El rehén dio una fuerte palmada en el suelo con la mano enfundada en el grueso guante de cuero. Después agachó la cabeza y negó.

—¿No entendés? Necesito que me pegues un tiro.

Pólvora alzó las cejas. *Este tipo está completamente loco.*

—Tengo una mierda muy agresiva en el hígado. Merecida, además —dijo el tatuado, haciendo un gesto con el pulgar como quien bebe de una botella—. Me queda un año, como mucho. Si me matás acá, mientras estoy trabajando, mi familia cobra un seguro de vida. Mucha, mucha, muchísima moneda.

Pólvora se quedó en silencio. El otro levantó la mirada.

—Por favor, loco. Pegame un tiro.

## CAPÍTULO 63

*16 de julio de 2019, 2:53 p. m.*

Cuando Minerva dejó a Pólvora con la pistola en alto, persiguiendo a los tres empleados de fundición en el pasillo, volvió a entrar a la *gold room* y corrió hacia el acceso de vehículos. Rompió el vidrio en el frente de una cajita de plástico y apretó el gran botón rojo para emergencias. La puerta se levantó lentamente con un zumbido hidráulico, revelando ante ella la esclusa. Era la segunda vez en su vida que estaba en esa especie de garaje de diez metros de largo. La primera había sido cuando entró a revisar la instalación de las cámaras de seguridad que ahora cubría con pintura subiéndose a la estructura de hierro de la pared.

Dentro de la esclusa, el sonido de la alarma era tan ensordecedor que alguien podría disparar un arma allí mismo y ella no lo oiría. Minerva cruzó la sala dirigiéndose hacia la puerta exterior. Del otro lado, esperaban el Cerrajero, Mac y el Pata.

Rompió otro vidrio y apretó un nuevo botón rojo, pero la puerta no se movió en absoluto. Volvió a apretar el botón. Nada. Intentó varias veces más a velocidad frenética, pero el mecanismo no dio acuse de recibo. Era como si le hubieran cortado los cables al botón rojo.

Quizás habían implementado un nuevo protocolo de seguridad que desconectaba la puerta al activarse la alarma. O tal vez era pura mala suerte y se trataba de un desperfecto. En cualquier caso, Minerva no contaba con eso.

—El botón de emergencia no funciona. No puedo abrir el acceso de vehículos —gritó a la radio y se la pegó a la oreja para escuchar la



respuesta.

—Fíjate al lado de la puerta. A lo mejor hay una cadena para levantarla manualmente —sugirió Mac.

—No, el sistema es hidráulico.

—No te preocupes que yo lo soluciono —dijo el Pata—. Alejate del portón.

Minerva retrocedió y miró por detrás de su hombro hacia la *gold room*, pero no vio a Pólvora ni a nadie. Había demasiada maquinaria obstruyéndole la vista.

Volvió a centrarse en la esclusa, preguntándose qué se traería entre manos el Pata. Entonces un estruendo sacudió el portón exterior, aunque sin lograr abrirlo.

*¿Explosivos?*

Se alejó un poco más. Después de unos segundos que se le hicieron eternos llegó otro estrépito similar y, entonces sí, el portón cayó hacia adentro levantando una nube de polvo. En el rectángulo de luz se recortó la silueta ovalada de la cisterna, que el Pata había usado como si fuese una topadora.

Sin perder un segundo, Minerva corrió hacia afuera. Dejó atrás el camión de YPF y corrió hacia la ambulancia y las tres Hilux. Mac esperaba en la de Madueño y el Cerrajero en otra.

*¿El que va al volante es Patricio Iglesias? Algo tiene que haber salido mal,* pensó.

Sin tiempo para hacer preguntas, se subió a la ambulancia y la metió en la *gold room*. Estacionó a pocos metros de una de las paredes de la bóveda. Mientras Mac y el Cerrajero atravesaban también las dos puertas de la esclusa con una Hilux cada uno, ella volvió a correr hacia afuera y metió la tercera.

Cuando los cuatro vehículos atravesaron la esclusa y estuvieron dentro de la *gold room*, le tocó el turno al Pata. Minerva se bajó de la camioneta para mirarlo. Meter marcha atrás una cisterna de treinta y siete mil litros por un portón pensado para furgones blindados era como enhebrar una aguja.

El tanque rozó un par de veces los costados de la puerta interior de la esclusa, pero bastaron unas pocas maniobras para rectificar y que todo el

camión estuviera bajo techo. Se notaba que el Pata había escondido muchos vehículos en su vida.

El plan original era cerrar el portón externo, que ahora estaba tirado en el suelo y aplastado por las ruedas delanteras del camión. Así que Minerva le hizo señas al Pata para que parara ahí, ocupando toda la esclusa, con apenas un cuarto de la cisterna asomando dentro de la *gold room*.

Mientras el Pata bajaba del camión, sacando pecho y escondiendo panza, Minerva notó un movimiento a su derecha. Al girarse, vio que Pólvora se asomaba detrás de un horno de retortas. Tenía el arma en la mano y había perdido el pasamontañas. Sonreía, mostrando los dientes manchados de sangre.

Pólvora se tocó la oreja con el dedo y señaló al techo.

—¿Cómo se apaga esta mierda? —gritó por encima de la alarma.

## CAPÍTULO 64

*16 de julio de 2019, 2:44 p. m.*

Mac se bajó de la camioneta y, tras ponerse el pasamontañas, deslizó la mirada por toda la maquinaria que vibraba con fuerza en la *gold room*. Reconocía ciertos aparatos, como los montacargas para llevar pallets, y había otros cuya funcionalidad era obvia, como el horno de fundición y los moldes de los lingotes. Sin embargo, la mayoría de lo que veía a su alrededor le resultaba nuevo.

En el medio de la *gold room*, identificó el cubo gris del que tanto habían hablado durante los últimos meses: la bóveda.

—¡Juntamos rehenes! —gritó Minerva a su izquierda.

Mac tomó aire, sacó un cuchillo de la mochila y abrió la parte de atrás de la ambulancia. Con las manos temblando por los nervios, cortó las bridas de los pies de los tres hombres y los hizo bajar y sentarse contra una de las paredes de la bóveda.

Los miró uno a uno a través de los agujeros del pasamontañas. De los tres, el enfermero era el que parecía más tranquilo. El chofer de la ambulancia tenía la cara entre las rodillas y los hombros se le movían al compás de la respiración agitada. El guardia de seguridad de la garita había apoyado la cabeza en la pared y mantenía los ojos cerrados.

Mac sintió ganas de tranquilizarlos. De dejarles claro que todo iba a salir bien si colaboraban. Pero antes de que pudiera hablar, el Cerrajero apareció con el jefe de seguridad de la planta y lo sentó junto a los otros tres. Después volvió a perderse de vista detrás de la bóveda.

Mientras vigilaba a los cuatro rehenes, Mac observó el cubo de cemento contra el que apoyaban sus espaldas. A pesar de que Minerva había descrito la bóveda a la perfección —tenía cinco metros de lado y una sola puerta—, él se la había imaginado más brillante, lustrada y pintada de negro. Sin embargo, tenía ante él paredes de hormigón de aspecto ordinario en las que incluso se veían las marcas de la madera del encofrado. Y dentro de esas paredes, millones de dólares en oro y plata.

Pólvora apareció con un empleado enfundado en un traje plateado. Mac lo reconoció al instante por el tatuaje del dragón en el cuello. Casi al mismo tiempo, el Pata y Minerva llegaron arriando a seis personas más. Tres eran operarios de fundición vestidos igual que el del tatuaje, dos eran guardias de seguridad de la *gold room* y la última, la doctora Morales.

Mac contó los rehenes: once. Todos maniatados con bridas de plástico. Todos sentados contra la pared de la bóveda.

—Tengo ganas de vomitar —dijo uno de los de fundición.

Mac se acercó a la doctora Morales y le cortó la brida de las muñecas.

—Atienda a todo el que lo necesite, doctora —le dijo.

La mujer asintió y se puso de pie. Pero Pólvora le cortó el paso y se señaló su propia nuca.

—Primero mirame la espalda y decime qué tan serias son las quemaduras.

Mac no tenía ni idea de qué quemaduras hablaba su compañero. La doctora le levantó el uniforme, idéntico al de ella.

—Está un poco roja, nada más.

—¿No tengo ampollas? ¿Nada grave?

—No.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Mac.

—Este, que se quiso hacer el héroe —dijo, señalando al tipo del tatuaje del dragón.

—Me tendrías que haber matado, hijo de puta —le dijo el rehén, con odio.

Ignorándolo, Pólvora se dirigió a la doctora Morales.

—Doctora, decime qué necesitás de la ambulancia y te lo traigo.

—Para él, venda y tablillas. Para los que están descompuestos, agua mineral y el botiquín.

Pólvora se perdió en la parte de atrás de la ambulancia. Mac se preguntó qué había querido decir exactamente el del tatuaje con eso de «Me tendrías que haber matado».

En ese momento, Minerva levantó una mano, pidiendo la atención de los rehenes.

—Lo único que queremos es llevarnos el oro y la plata —les dijo—. Después, la empresa de seguros le paga a Inuit todo lo robado y aquí no ha pasado nada.

Al oírla hablar, Mac sintió una mezcla de fascinación y miedo. Fascinación por la facilidad con la que se había convertido en otra persona para encubrir su verdadera identidad. Otra actitud, otro acento. Y miedo por la templanza con la que le mentía a la cara a esas once personas. Era cierto que no tenían nada en contra de ellos, pero lo del seguro era una mentira grande como una casa. Inuit no iba a recuperar un solo peso de lo que se llevaran, eso ella lo había dejado muy claro dos meses y medio atrás en San Rafael.

Pólvora salió de la ambulancia a toda velocidad. Después de entregarle a la doctora Morales lo que le había pedido caminó como una flecha hacia Minerva y la llamó aparte.

Mac se acercó a ellos para ver qué pasaba.

—Estoy segura, son dos cosas distintas —oyó que Minerva le explicaba a Pólvora—. No tiene nada que ver el seguro contra robos de Inuit con el de riesgo de trabajo que tienen los empleados.

—¿O sea que al tipo del tatuaje le van a pagar por la rodilla que le rompí?

—Mucho.

—Bien. Él no tiene la culpa de la cagada que nos estamos mandando —dijo Pólvora y volvió junto a los rehenes.

—¿Quién iba a decir que este tenía sentimientos, no? —le preguntó Minerva a Mac cuando se quedaron solos.

## CAPÍTULO 65

*16 de julio de 2019, 3:08 p. m.*

Sandoval estaba en su despacho con su secretaria y Francisco Alvarado, el gerente de seguridad. O por lo menos, así era la última vez que había prestado atención. Ahora llevaba un buen rato sumido en una especie de trance, con la vista fija en su computadora.

La rabia le subía por la garganta. En los treinta y tantos minutos que habían pasado desde que Mallo y Madueño habían reportado la intrusión, él había hecho poco más que activar la alarma y ordenar la evacuación de los puestos no imprescindibles de la planta. Ni siquiera había podido avisar a la policía, porque los asaltantes tenían todos los teléfonos satelitales.

—Señor Sandoval —oyó a sus espaldas.

—Ahora no, Marcela —dijo, haciendo un ademán en el aire.

Era el peor momento para despegar los ojos de la pantalla. Una a una, las imágenes que mostraban a los rehenes sentados con la espalda contra la bóveda se iban volviendo rectángulos negros a medida que un encapuchado cubría las cámaras con pintura.

—Señor gerente —insistió la secretaria—, el equipo de exploración volvió antes de lo previsto.

Entonces sí, Sandoval se giró para mirarla. Cuando vio lo que Marcela tenía en la mano, se permitió una sonrisa.

*Se les acabó la suerte a esos hijos de puta, pensó.*

Le arrebató el teléfono satelital a su secretaria y marcó el número de la policía.

—Comisaría de Puerto Deseado.

—Soy el gerente de Entrevientos. Tenemos una intrusión. Cinco personas armadas, hay rehenes. Necesito que manden todos los oficiales que puedan ya mismo.

—Un momento por favor.

—¿Cómo que un mo...?

Volvió a oír el tono de llamada. Al tercero, atendió otro hombre.

—Comisario Lamuedra, dígame.

Repitió lo que acababa de decir y además añadió:

—También les pido que activen el operativo cerrojo. Notifiquen a los pasos fronterizos y a la comisaría de Ramón Santos, en el límite con Chubut. Por si logran irse del yacimiento.

—Eso delo por hecho. Nosotros ahora mismo salimos para allá. También vamos a avisar a nuestros compañeros de San Julián y Caleta Olivia para que manden gente y extremen los controles.

—Muchas gracias.

—Escúcheme una cosa, señor Sandoval. Lo primero es la seguridad de sus empleados. No se ponga en contra de los asaltantes ni intente retenerlos. ¿Cuántos rehenes hay?

—Once, como mínimo.

—¿Como mínimo?

—En este momento hay más de setecientas personas en la mina, comisario. No es fácil hacer un recuento con las comunicaciones caídas.

—¿Tiene alguna forma de conectarse a internet?

—Ahora sí, con el teléfono satelital del que lo estoy llamando.

—¿Cree que podría confeccionar una lista de rehenes confirmados y otra de posibles?

—Por supuesto.

—Envíenos por email una primera versión cuanto antes, por favor. A medida que vaya teniendo novedades, actualícela y mándela de nuevo.

El comisario le dictó una dirección de correo electrónico.

—¿Llamo también a las otras comisarías? —preguntó Sandoval, tras anotarla.

—No hace falta. Lo hacemos nosotros.

—Muy bien, comisario. Vengan rápido, por favor.

Cuando Sandoval cortó, repitió la misma llamada a las comisarías de San Julián, Ramón Santos y Caleta Olivia. Por las dudas.

—En dos horas y pico llegan los de Deseado —les anunció a Marcela y a Alvarado—. Los de Caleta y San Julián van a tardar tres horas y media.

—Eso es un montón de tiempo —dijo Marcela.

—Podemos hacer algo para retrasarles la huida —sugirió él, ignorando el consejo del comisario.

—Señor Sandoval, ahí adentro hay compañeros nuestros. Esos tipos pueden tomar represalias.

—Marcela, ¿quién te dio vela en este entierro? Estamos ante una catástrofe. Si no sabemos resolverla nosotros, menos vas a saber vos.

Alvarado alzó las manos y habló en tono sereno.

—Todavía no se comunicaron con nosotros. Lo primero que hacen los secuestradores es un pedido. En general, los rehenes se matan cuando el pedido no se cumple. Así que por ahora nuestros empleados no están en la peor de las situaciones.

Por primera vez en los dos años que Alvarado llevaba trabajando para él, Sandoval se alegró de que el gerente de seguridad fuera un ex policía. Hasta ahora le había repugnado ese aire militar, que no se les iba nunca aunque llevaran media vida retirados. En ese momento, sin embargo, era un consuelo contar con alguien que no hubiera aprendido sobre tomas de rehenes en las películas.

Les pidió a Alvarado y a Marcela que confeccionaran las listas que le había solicitado el comisario. Mientras ellos trabajaban, él volvió a centrarse en las cámaras.

Las de adentro de la *gold room* no mostraban más que rectángulos negros. El resto transmitían tranquilidad. No había nada fuera de lugar en las imágenes de la garita de seguridad, los tanques de lixiviación, o las cintas transportadoras. Lo único que indicaba que adentro de la *gold room* había cinco tipos armados y un montón de rehenes era la trompa de un camión de combustible en el acceso de vehículos, donde normalmente había un portón cerrado.

Volvió a las imágenes negras y apretó el botón de retroceder, para visualizar de nuevo la entrada de los tipos a la *gold room*. Un cartel rojo le indicó que la operación no estaba disponible.

—¿Cuánto falta para que lleguen Madueño y Mallo de Cerro Solo, Marcela?



—Ya tendrían que estar acá. Hace media hora que se comunicaron por radio —dijo la secretaria sin levantar la mirada de la pantalla en la que escribía los nombres que le dictaba Alvarado.

En cuanto llegaron, Sandoval los pondría a trabajar en las grabaciones. Antes de que los asaltantes pintaran las cámaras de la *gold room*, él había logrado ver a los rehenes sentados contra una de las paredes de la bóveda. Creía haber contado once, pero ahora no estaba seguro. Solo había podido identificar a Patricio Iglesias y a la doctora Morales.

—Atención, queremos hablar con Carlos Sandoval. Ya mismo.

La voz de mujer había salido al mismo tiempo de los tres aparatos de radio que descansaban sobre su escritorio. El gerente miró a Alvarado y este asintió con la cabeza.

—Soy Carlos Sandoval, ¿quién habla? —respondió, usando una de las radios.

—Vos sabés perfectamente quién habla.

Tenía un acento tan porteño que parecía que no hubiera cruzado la General Paz en su vida.

—Es simple, Sandoval. Tenemos once rehenes en la *gold room*. Están todos bien y van a seguir así si nos das lo que queremos.

—Sí, por supuesto —dijo, mientras la cabeza le maquinaba a mil por hora.

—Primero, apagá la alarma, que acá no escuchamos nada.

Sandoval levantó un pulgar y Alvarado desconectó la alarma con un par de clicks en su computadora portátil.

—Muy bien. Te recuerdo a vos y a todos los que me están escuchando que tanto el doré como la maquinaria están asegurados, así que Inuit no va a perder un solo dólar. O sea, no vale la pena hacerse el héroe.

Apretó el botón para contestar, pero no supo qué decir, así que volvió a soltarlo.

—¿Te quedaste mudo, Sandoval?

—No, acá estoy. ¿Qué puedo hacer para ayudar a mis compañeros?

—Desalojar la planta en diez minutos. En la *gold room* no queda nadie, pero en el resto de los sectores todavía hay gente. No queremos un solo empleado del lado de adentro del alambrado.

—Eso es muy peligroso. Hay maquinaria pesada y químicos muy nocivos ahí. Tiene que haber una mínima cantidad de personal

monitoreándolos.

—Químicos muy nocivos —repitió ella—. Seguro que con los periodistas no usás esa frase.

Apretó el aparato de radio con todas sus fuerzas, imaginándose que era el cuello de esa mujer.

—Por suerte para vos, no soy periodista, así que retomemos. La planta se puede desalojar perfectamente si está parada.

La asaltante tenía razón, y eso lo enfurecía.

—Puedo reducir el funcionamiento al mínimo y que la controlen telemáticamente desde el campamento.

—A ver, Sandoval. ¿Vos te pensás que nosotros somos unos improvisados? Si te decimos que parés la planta, parás la planta. Que no quieras hacerlo porque a tu empresa le cuesta millones de dólares, es otro cantar. Sos el jefe, así que respetamos tu decisión. Si lo que producen estas máquinas vale más que la vida de tus empleados...

—No. Esperá. Dame quince minutos y la paro.

—A lo mejor no me escuchaste bien la primera vez. Diez minutos, empezando desde ya mismo. Cambio y fuera.

Sandoval estrelló el aparato de radio contra la pared de su despacho. ¿Una mujer le venía a dar órdenes a él? Qué fácil que era hacerse la valiente a distancia. Si la hubiera tenido a tiro, le habría puesto los puntos sobre las íes en cinco minutos. Como lo había hecho en su momento con su esposa. Tres trompadas y se les acababa la valentía.

## CAPÍTULO 66

*16 de julio de 2019, 2:52 p. m.*

El Cerrajero se detuvo ante la puerta como quien está a punto de entrar a un templo.

—Este es tu momento —le dijo Minerva, poniéndole una mano en el hombro.

Asintió en silencio, con la mirada en las bisagras que fijaban las dos hojas de acero polvorientas a la estructura de hormigón. Tenían el tamaño de su antebrazo.

Dio un par de pasos hasta quedar frente al dial de combinación. Antes de tocarlo, observó la inscripción dorada con las palabras Kollmann-Graff en cursiva. Era idéntica a la que había en la cerradura con la que había estado practicando durante dos meses y medio.

—Deciles que traten de hacer el menor ruido posible —le dijo a Minerva, señalando a través de la bóveda en dirección al resto de la banda y los rehenes.

La alarma se había apagado hacía unos segundos y ahora en la *gold room* sólo se oía la vibración constante de la maquinaria.

—Por supuesto. Yo me encargo.

—Ah, Minerva, otra cosa.

—¿Sí?

—El premio del que te hablé. En la habitación de Sandoval había una caja de seguridad.

—¿La abriste?

—Sí. Y adentro encontré un teléfono. Lo tengo en mi mochila con el resto de las cosas que me pediste. Está bloqueado.

—Te juego una carrera, entonces. A ver si logro desbloquearlo antes de que abras esta puerta.

Él asintió con una sonrisa tensa, incapaz de disimular los nervios.

Cuando se quedó solo, resistió el impulso de extender los dedos para ver si temblaban. Movi6 el cuello hacia un lado hasta hacer crujir las cervicales y se puso a trabajar. No podía ver al resto de la banda, porque estaban en la pared opuesta del cubo de hormig6n, pero era como si tuviera sus ojos clavados en la espalda.

Las miradas así, se sentían. Las había recibido tanto de dueños desesperados por acceder a sus pertenencias más valiosas como del mafioso que lo había obligado durante años a abrir cajas fuertes, amenazando a su padre enfermo. Y ahora, la primera vez que robaba por voluntad propia, sentía las de sus compañeros.

Giró el dial de combinación y la sensación no le gustó nada. El movimiento de esa Kollmann-Graff era muy diferente al de la que él había usado para practicar.

Por el mismo motivo que no existía la cerradura perfecta, tampoco existían dos idénticas. Eso lo había aprendido abriendo sus primeros candados con ganzúa y tensor. Todas las técnicas para violar un mecanismo de seguridad se basaban en las imperfecciones de fabricación: un perno una centésima de milímetro más largo que otro, un tambor con una estría prácticamente imperceptible al tacto no entrenado, o un saliente mínimo en la muesca de una de las ruedas de una caja fuerte.

Ni siquiera Kollmann-Graff, una de las marcas con más prestigio en el mundo, podía producir una cerradura perfecta. El día que un fabricante lo lograra, los abrecajas de guante blanco como él desaparecerían. Pero eso, como le había dicho uno de los delincuentes con los que había desvalijado la casa de un político en Punta del Este, era lo mismo que asegurar que el día que la sociedad fuera perfecta ya no habría cárceles. Verdad, pero imposible.

La Kollmann-Graff que había usado para practicar giraba sin ofrecer ninguna resistencia. Él mismo había lubricado el eje y las ruedas con polvo de grafito. Esta, por el contrario, rotaba con un sonido abrasivo, como un cuchillo sobre la piedra de afilar. Esa fricción enmascaraba cualquier

indicio que viniera del interior del mecanismo. Era como pretender oír a una persona que susurra en una discoteca.

—Tráiganme grafito en polvo —dijo en voz alta, para que lo oyeran sus compañeros, sin dejar de manipular el dial.

Lo primero que tenía que averiguar era si esa Kollmann-Graff era de cuatro o de cinco ruedas. Eso determinaría si la combinación para abrirla era de cuatro o cinco números. Era la parte más fácil y podía hacerla incluso con la vibración de la planta y el mecanismo sin lubricar.

Giró el dial en sentido contrario a las agujas del reloj varias veces. Luego lo movió poco a poco hacia el otro lado. Sintió que, en el interior, la última rueda entraba en contacto con la penúltima. Continuó un poco más y esta, a su vez, tocó una tercera.

Cuatro.

*Cinco ruedas, mierda, pensó.*

La cerradura con la que había practicado tenía cinco ruedas, pero él hasta ahora albergaba la esperanza de que esta fuera solo de cuatro. Eso habría reducido de manera exponencial el número de combinaciones posibles, y también la dificultad para abrirla.

En ese momento, la vibración de la planta empezó a apagarse. En apenas treinta segundos, la *gold room* pasó de un zumbido constante al silencio total, como cuando un avión, una vez detenido, para las turbinas.

Una a su favor. La quietud le permitiría trabajar más tranquilo.

Por costumbre, o quién sabe por qué, giró un poco más el dial y sintió que la quinta rueda enganchaba otra más.

Seis.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Nunca en su vida había abierto una caja fuerte con seis ruedas.

De hecho, nunca había visto una.

## CAPÍTULO 67

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Tras una breve pausa para ir al baño, que resultó ser un domo más pequeño con la ducha en el centro, se reunieron nuevamente frente al proyector.

—Una vez que estemos dentro de la *gold room*, es imposible seguir pasando desapercibidos —explicó Minerva—. En cuanto entremos, tenemos que asumir que hay alguien llamando a la policía. Además de internet y telefonía celular, hay cuatro teléfonos satelitales en el campamento.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que lleguen?

—La comisaría más cercana es la de Puerto Deseado. Son noventa kilómetros hasta la entrada del yacimiento, pero es prácticamente imposible hacerlo en menos de dos horas.

—Es muy poco —dijo el Pata, acariciándose la barba canosa.

—Dos horas es un montón —lo contradujo Pólvora.

—En una ciudad, sí. Pero ahí no te alcanzan ni para llegar al asfalto más cercano.

—Es difícil para alguien que no es de la zona imaginarse lo remoto que es este lugar —terció Minerva—. De hecho, es remoto hasta para los patagónicos. Cuando estemos en Caleta Olivia y hagamos el viaje de reconocimiento al Puesto de Entrada, lo van a ver. Y esa característica, que esté tan aislado, puede jugar a favor o en contra.

—¿No dijiste antes que era perfecto? —intervino Pólvora.

—Porque lo vamos a saber usar a nuestro favor.

—¿La policía no puede venir en helicóptero? —preguntó Mac.

—El más cercano está en Bahía Blanca, a mil kilómetros. Tendría que parar a cargar combustible al menos una vez, probablemente en Trelew. Tardaría como mínimo cinco horas en llegar.

—Eso, si es que lo mandan —intercedió el Banquero.

—Lo manden o no, los primeros policías van a venir por tierra desde Puerto Deseado, por el norte. Una hora y pico después, van a llegar los de San Julián por el sur.

Mac levantó la mano con un gesto que a Minerva le arrancó una sonrisa. Parecía un nene en el colegio pidiendo permiso para ir al baño. Lo señaló con el dedo para darle la palabra.

—Pero entonces, suponiendo que la policía salga por tierra al mismo tiempo que nosotros, vayamos para donde vayamos, nos interceptan antes de llegar al asfalto.

—Salvo que tomemos un camino secundario de alguna estancia —opinó Pólvora.

—Ojo, que mientras más secundario, más lento —aclaró el Pata—. Y, tarde o temprano, vamos a tener que salir a una ruta principal. Además, todos los vehículos de las mineras tienen GPS. Si no hacemos un cambio de vehículo, nos pueden rastrear por satélite.

Divertida, Minerva decidió poner un palo más en la rueda de los pensamientos de sus colegas.

—Además, cuando la policía recibe el aviso de intrusión, activan lo que llaman un operativo cerrojo.

Retrocedió varias diapositivas hasta volver a poner el mapa de Santa Cruz.

—Fíjense, la provincia limita al este con el mar. Son mil kilómetros de acantilados y playas de canto rodado. Al sur y al oeste, con Chile. Hay diez pasos fronterizos, cada uno con policía chilena y argentina. La única conexión directa con el resto de Argentina es hacia el norte, pero justo acá, en el límite provincial, está la comisaría de Ramón Santos, que es un destacamento policial en el medio de la nada, puesto ahí específicamente para hacer controles camineros. Así que en cuanto se activa el operativo cerrojo, se cierran todas las salidas.

—Salvo que subamos por la ruta 40. Ahí no hay controles para cambiar de provincia.

—La ruta 40 queda a siete horas de Entrevientos.

Minerva miró con las cejas levantadas a cada uno de los miembros de la banda, invitándolos a que propusieran una solución. Después de un rato de silencio, el Pata se animó a hablar.

—Santa Cruz tiene más de mil kilómetros de punta a punta —dijo—. Algún lugar para esconderse habrá, digo yo, ¿no? Hasta que la cosa se calme y podamos pasar uno de los controles.

—No va a hacer falta —dijo Minerva.

—¿Esconderse o pasar controles?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Entonces cómo vamos a salir de ahí?

—Haciendo magia.



## CAPÍTULO 68

*16 de julio de 2019, 3:14 p. m.*

El puñetazo que Carlos Sandoval dio en la gran mesa retumbó en la sala de reuniones. Se habían trasladado allí porque su despacho les había quedado chico cuando empezaron a llegar gerentes y subgerentes de todas las áreas.

—¿Cómo que las cámaras no están grabando, Mallo? —le dijo al teléfono en manos libres sobre la mesa.

—Entraron al *data center* con la tarjeta que le robaron a Madueño y se llevaron los cuatro discos del servidor —respondió la voz de Mallo desde el aparato—. También sabotearon la conexión de internet satelital.

Sandoval sintió ganas de romper todo a su alrededor, pero sólo se permitió largar un ruidoso soplido. Levantó la vista para mirar a los que estaban sentados alrededor de la mesa de reuniones. Uno de ellos era el propio Madueño, que acababa de conectar su computadora a un proyector para mostrar las imágenes de las cámaras de seguridad que seguían operativas.

—Desactivá ya mismo tu tarjeta —le indicó Sandoval—. Que no les sirva para abrir ni un contenedor de basura.

—Lo acabo de hacer, señor —respondió Madueño.

—¿O sea que no tenemos ninguna grabación de estos tipos? —preguntó Sandoval.

—No —dijo Mallo del otro lado de la línea.

—Acabo de configurar el servidor de cámaras para que utilice el espacio libre de la partición asignada al sistema operativo...

—En castellano, Madueño —rugió Sandoval.

—Desde hace treinta segundos estamos grabando de nuevo.

## CAPÍTULO 69

*16 de julio de 2019, 3:17 p. m.*

A seis metros de los rehenes, Minerva se apoyó en el capó de la ambulancia y abrió la mochila del Cerrajero. Encontró un teléfono de baja gama, plateado, de tres o cuatro años de antigüedad. Al encenderlo, la pantalla le pidió un pin de cuatro dígitos.

Si tenía suerte, Sandoval le había puesto a ese teléfono una de las tres combinaciones que usaba siempre como contraseña. Probó con uno, tres, uno, dos, que era el que más usaba. La fecha de nacimiento de su mujer.

«PIN incorrecto. Ingrese PIN de cuatro dígitos»

Tendría que pensar muy bien los siguientes números. Los teléfonos solían bloquearse después de tres intentos fallidos. Cinco, como mucho. Miró la pantalla, recorriendo las letras y los números en el teclado que aparecía en la parte inferior. Algo le dio muy mala espina. Si el teclado era alfanumérico, era porque el PIN no necesariamente estaba formado sólo por números.

Si era así, sería imposible de adivinar. Sólo le quedaba confiar en que Sandoval hubiera utilizado únicamente números, como lo hacía generalmente. Una vez, hasta la había llamado para quejarse de que su cliente de email le obligaba a usar letras.

—Siempre me llevé mejor con los números, Noe —había dicho.

—Noelia —lo había corregido ella.

El segundo intento fue con la fecha de nacimiento del hijo mayor. Manipulaba el teléfono con cuidado, para manosearlo lo menos posible con sus manos enfundadas en látex. Si el aparato estaba en una caja fuerte, era

porque contenía algo interesante. Mientras más huellas digitales de Sandoval tuviera, mejor.

—Huellas digitales —susurró.

—¿Dijiste algo, Minerva? —le preguntó Mac junto a los rehenes.

Negó moviendo apenas la cabeza, como si sacudirla demasiado fuera a espantar la idea que se le acababa de ocurrir. Apretó el botón del costado y la pantalla se apagó. Luego movió el teléfono hasta que uno de los focos de la *gold room* se reflejó en el vidrio.

Entonces las vio. Pequeñas marcas circulares distribuidas en la mitad inferior de la pantalla, donde aparecía el teclado cuando estaba encendida.

Huellas digitales.

La encendió de nuevo para ver con qué teclas se correspondían. Luego volvió a apagarla y notó que, en la fila de los números, sólo había marcas sobre el cinco, el nueve y el cero. Sonrió. Ya tenía el PIN de acceso al teléfono.

Cero, nueve, cero, cinco.

Nueve de mayo.

El día en que, hacía algo más de dos años, Entrevientos había vertido el primer lingote de doré.

En la pantalla apareció un único icono de color verde, correspondiente a una aplicación de mensajería. Lo presionó esperando encontrarse, como en cualquier teléfono, con conversaciones ordenadas de más a menos recientes. Sin embargo, ese teléfono sólo se había utilizado para comunicarse con una persona.

Gastón Muñoz.

El nombre le sonaba. Hizo clic y leyó los mensajes más recientes. Entonces no sólo supo quién era Muñoz sino también por qué Sandoval guardaba ese aparato en una caja fuerte.

Continuó leyendo durante más de un minuto mientras se le aceleraba la respiración. Aquello lo cambiaba todo.

Observó de reojo a los once rehenes sentados en el suelo. Sin darse demasiado tiempo para arrepentirse, caminó hacia Pólvora y le arrebató la radio de la mano.

—Escuchame, Sandoval —dijo, exagerando el acento porteño—, ¿qué harías para salvarle la vida a estas once personas?

—Cualquier cosa.

—Así me gusta. Vamos a hacer un cambio. Queremos que vengas, vos solito, a la *gold room*. Si venís, los liberamos a todos. Si no, una bala en la cabeza a cada uno.

—¿Qué es esto?

—¿No lo entendiste bien? ¿Te lo repito? ¿O preferís que te lo mande por WhatsApp a tu teléfono plateado?

Hubo un silencio de diez segundos.

—¿Qué garantías tengo de que si me presento ahí van a liberar a mis empleados?

—Ninguna. Lo que tenés son cuatro minutos para golpearlos la puerta.

En el tiempo que Minerva tardó en devolverle la radio a Pólvora, sus compañeros la rodearon como una jauría de lobos.

—¿Qué te pasa? ¿Te volviste loca? —preguntó el Pata.

Era esperable que reaccionaran así. Esa movida no estaba en el plan. O, mejor dicho, estaba en el plan original que había diseñado sola, pero la había descartado mucho antes de contactar con el Banquero.

Sin embargo, lo que acababa de ver en el teléfono cambiaba las cosas.

Se alejó unos pasos de los rehenes, y sus compañeros la siguieron como un enjambre detrás de la abeja reina.

—La puta que te parió, Minerva. ¿Qué carajo acabás de hacer? —masculló Pólvora.

—Estos tipos son simples trabajadores —susurró ella—. Primero, no tienen la culpa de nada. Y segundo, si al final la cosa se complica, nos da más poder de negociación apuntarle a la cabeza al capo de Entrevientos que a cualquier otra persona.

—Pero son once —argumentó Mac.

—No los vamos a entregar a todos. Confíen en mí. Esto es muy importante —dijo ella.

—Pero no estaba en el plan —protestó Pólvora.

—Es muy importante —repitió.

—Si entregamos a más de uno, salimos perdiendo —dijo Mac—. Seguramente valoren más dos vidas que una.

—Estos lo único que valoran es lo que pueden medir en onzas.

Hubo un silencio en el grupo. El Pata y Pólvara negaban con la cabeza.

—Miren —dijo Minerva, entregándoles el teléfono—. Cuando él sepa que tenemos esto, va a hacer todo lo que le pidamos.

Señaló ciertos mensajes que dejaban claro que Sandoval haría cualquier cosa con tal de que esa conversación no saliera a la luz. Les insistió una y otra vez con que el trueque los dejaría en una posición muy superior a la que tenían.

Y también les ocultó un detalle. Había tomado esa decisión porque se acababa de dar cuenta de que si se iba de Entrevientos sin verle la cara a ese hijo de puta, no se lo perdonaría en la vida.

## CAPÍTULO 70

*16 de julio de 2019, 3:23 p. m.*

Sandoval levantó la vista hacia las más de quince personas que habían oído el pedido de la mujer. El último en llegar a la sala de reuniones había sido Mallo.

—El protocolo de intrusión dice que tenemos que esperar a la policía —dijo Alvarado, el gerente de seguridad.

—Pero tenemos once empleados ahí adentro —protestó el de recursos humanos.

—Exacto. Una vida es una vida. Acá no hay gente más importante que otra. Si entregando a Sandoval liberamos a once compañeros, estamos obligados a hacerlo —remató el supervisor de mantenimiento, que además era delegado del sindicato.

Sandoval los escuchaba a medias. Todavía resonaba en su cabeza la frase de la mujer sobre el teléfono plateado. No le hacía falta salir corriendo para saber que sus conversaciones con Gastón Muñoz ya no estaban a buen recaudo en la caja de seguridad.

Carraspeó antes de hablar.

—El problema es que corremos el riesgo de que, incluso si me entrego, no liberen al resto.

—No estamos en posición de negociar —retrucó el sindicalista—. El que tiene la fuerza, tiene el poder. Y, en este caso, son ellos.

La sala se quedó en silencio. Sandoval podía escuchar la respiración de sus subordinados.

—Si te quedás acá y pasa lo peor, la responsabilidad va a ser tuya, Sandoval —añadió el del sindicato, tuteándolo por primera vez—. No vas a volver a dormir una sola noche tranquilo.

Detestaba a ese tipo. Si no fuera porque su título de delegado sindical hacía imposible despedirlo, le hubiera pegado una patada en el culo hacía años.

—Tenés razón —le dijo—. Voy a ir.

—Es lo que tenés que hacer, Carlos —agregó el gerente de minas.

Asintió con la cabeza, sin dejar de pensar un segundo en el teléfono plateado.

—Es lo que tengo que hacer.



## CAPÍTULO 71

*16 de julio de 2019, 3:29 p. m.*

—Dejame acá. El resto lo hago a pie —dijo Sandoval.

—¿No querés que te acerque un poco más?

Negó con la cabeza.

—Fueron claros. Tengo que ir solo —dijo y abrió la puerta de la camioneta en la que Alvarado lo había llevado a la garita de control de acceso a la planta.

Mientras caminaba los setecientos metros que lo separaban de la *gold room*, sus ojos observaban la planta de procesos como no lo habían hecho nunca. Ahora no veía tanques de lixiviación, molinos de bolas ni hornos de retortas, sino mil recovecos desde donde podían estar apuntándole con un fusil. Notó que las manos le empezaban a transpirar en los bolsillos a pesar de la temperatura exterior de cuatro grados.

Avanzó con los dientes apretados, ralentizando el paso a medida que se aproximaba al gran portón de metal para los camiones blindados. Tal y como lo había visto a través de la cámara, lo encontró caído y aplastado por las ruedas delanteras de un camión cisterna. Se detuvo frente a la trompa del vehículo, miró a su alrededor y se acercó la radio a la boca. El aparato le temblaba en la mano como un huevo en agua hirviendo. Presionó el botón para hablar.

—Estoy afuera.

—Por el acceso de personal —le respondió una voz de hombre.

Unos metros más adelante, la puerta por la que ingresaban a pie los empleados de fundición se entreabrió apenas. Él se acercó de a poco, con

cautela. Puso una mano en el picaporte helado y tiró.

Se encontró con un hombre enfundado en un pasamontañas. Los ojos de color verde pardo tenían un aspecto frío y profesional que dejaba claro que este no era su primer robo. El pulso firme con el que sostenía la pistola, lo confirmaba.

—Pasá, Sandoval. A la bóveda. Dame la radio —le dijo, arrancándole el aparato de la mano y sacándole la batería.

El encapuchado cerró la puerta. Después Sandoval sintió la punta del arma en la espalda y supo que tenía que caminar. Mientras lo hacía, su subconsciente buscaba cualquier distracción para hacerlo olvidar durante un instante que estaba muerto de miedo. Entonces pensó en que la planta sin empleados se parecía a un pueblo fantasma. Desde que la minera había comenzado la fase de producción, siempre había habido operarios y vigilantes. Aunque fuera Navidad, Año Nuevo, o las tres de la mañana.

Era extraño no sentir en el suelo la vibración constante de las máquinas. Aunque más extraño aún era que la puerta que abrieron para acceder a la *gold room* tuviera cuatro balazos en la cerradura.

—¡Carlos Sandoval! Bienvenido —lo recibió una mujer con la cabeza cubierta por un pasamontañas idéntico al del otro. Por el acento porteño, era la misma que lo había llamado por radio—. Venga, acérquese.

Avanzó hacia ella dejando atrás los hornos de retortas. A su izquierda, junto a la bóveda, la ambulancia y las tres Hilux de la minera estaban estacionadas de tal manera que no podía ver si ya habían logrado acceder al doré. La parte trasera de la cisterna del camión sobresalía de la esclusa, ocupando parte del espacio abierto de la *gold room*.

Cuando estaba a tres metros de la mujer, esta se dio vuelta y le hizo un gesto con la mano.

—Sígueme.

Caminaron en dirección contraria a los vehículos. Tras rodear la primera esquina de la bóveda, Sandoval se encontró con otros dos encapuchados que custodiaban a varios rehenes. Cada uno tenía una bolsa de tela cubriéndole la cabeza. Contó once.

—¿Así que quiere salvarle la vida a sus empleados? —le preguntó la mujer en voz alta, para que los rehenes escucharan.

—Sí, sí. Por supuesto —balbuceó.

—Muy bien. Entonces usted se queda con nosotros y ellos pueden irse.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—¿Eso no le parece irrelevante en este momento? Hagamos lo que hagamos, si decide quedarse les salva la vida a varias personas.

La mujer hizo asomar el teléfono plateado de un bolsillo de su uniforme de enfermera. Él sintió que se le tensaban todos los músculos del cuerpo.

—Por supuesto —dijo, tratando de hablar con voz firme—. Si los dejan ir a ellos, yo me quedo.

—Muy bien Sandoval, muy bien. Estoy orgullosa de usted.

La mujer se giró hacia los empleados encapuchados.

—A la persona a quien le corte las bridas, quiero que se ponga de pie sin hacer ningún ruido.

Los rehenes asintieron. La asaltante agarró un alicate y fue liberando uno por uno a todos menos al último.

—Si alguno de ustedes sigue atado, no se preocupe. No le va a pasar nada.

El único rehén todavía sentado se removió un poco en su lugar.

—Ahora quiero que todos los que están de pie giren noventa grados hacia la derecha y levanten la mano hasta tocar el hombro de la persona que tienen delante. Así, muy bien.

Sandoval miró la cadena de manos. Uno de los empleados, vestido con el traje de fundición, tenía la rodilla entablillada y caminaba con dificultad.

—Ahora, muy despacio, se van a dejar llevar por la persona que están tocando. No se saquen la bolsa de la cabeza.

El primero de la fila era el tipo del pasamontañas que le había abierto la puerta. Dio un paso hacia adelante lentamente para darles tiempo a los rehenes a reaccionar. Así, en cadena, los diez empleados de Entrevientos se perdieron por la puerta por la que Sandoval acababa de entrar.

—Póngase esto en las muñecas, señor gerente.

La mujer le tiró una brida de plástico. Sandoval la cerró todo lo que le permitieron los dedos.

—Ajústela más. Con los dientes. Muy bien. Ahora siéntese junto a él.

—¿No van a liberar a todos?

—¿Diez por uno le parece un mal cambio? —preguntó la mujer mostrándole una pistola.

Sandoval se dejó caer al suelo junto al otro rehén y apoyó la espalda en la bóveda. Le pusieron una bolsa en la cabeza y quedó sumido en la oscuridad total.

## CAPÍTULO 72

*16 de julio de 2019, 3:34 p. m.*

El Cerrajero despegó la mano del dial de combinación y la sacudió para aflojar la tensión en los dedos. Miró el reloj en la muñeca izquierda. Llevaba más de media hora intentándolo. Pólvora ya había venido dos veces a preguntarle si quería que pasaran a la lanza térmica, pero él se había negado. Derretir cemento y acero era demasiado lento. Además, después de aplicarle el lubricante seco, el mecanismo giraba con más facilidad y él estaba casi seguro de que ya tenía cuatro números de la combinación.

El cuarto y el sexto todavía se le resistían. Quizás porque las dos ruedas a las que correspondían eran las que menos imperfecciones de manufacturación tenían. O quizás, y en eso intentaba no pensar, porque se había equivocado con uno de los cuatro números que creía correctos. Si era así, ahora no hacía más que girar el dial en falso.

Dio siete vueltas a la izquierda para volver a empezar. Ya empezaba a sentir los calambres en la base del pulgar. Introdujo los primeros tres números. Catorce, nueve, veintisiete. Cerró los ojos y giró el dial hacia la izquierda despacio, atento a cualquier cambio en el tacto.

Trató de relajarse e ignorar las voces que le llegaban del otro lado de la bóveda, igual que había tenido que ignorar la pistola que le apuntaba a la cabeza cuando abrió su primera Fichet en Punta del Este.

Pensó en su padre, que después de seis años en estado vegetativo había recuperado algo de habla y de movilidad gracias a un tratamiento experimental en Estados Unidos. Seguía en silla de ruedas, pero ya no era un vegetal.

También pensó en su madre. Hacía años que no la veía tan feliz.

Del otro lado de esa puerta blindada estaba la única manera de que su padre pudiera seguir yendo a Nueva York. Una vez por año, como mínimo, habían dicho los médicos del NYC Presbyterian Hospital. Si en un viaje había mejorado tanto, ¿cuánto podría avanzar si continuaba con las siguientes fases del tratamiento?

Entonces, sintió un clic casi imperceptible en la punta de los dedos desnudos. Incluso para un tacto entrenado como el de él, un simple guante de látex lo habría bloqueado. Era tan sutil que siempre que lo había tratado de describir, le había resultado imposible.

—Es como contarle a alguien lo que es estar enamorado —le había dicho su tío Abel—. Si lo sentiste alguna vez, lo entendés. Si no, no, por más que te lo expliquen.

Catorce. El cuarto número de la combinación era el mismo que el primero, y por eso le había costado tanto. Giró el dial en sentido contrario hasta detenerse en el cinco, que era el quinto número. Ahora sólo le faltaba uno, el más fácil. Bastaba con ir moviendo el dial y probar la manivela en cada número hasta acertar.

La manija cedió cuando el dial llegó al diecinueve. Tiró con fuerza y la puerta de hormigón forrada en acero se movió unos centímetros.

—Ya está —gritó.

Continuó tirando mientras oía a sus compañeros correr hacia él. La puerta se abrió un poco más.

—¿Qué mierda es esto? —gritó Pólvora a sus espaldas.

El Cerrajero se asomó para mirar el interior. La desilusión hizo que el estómago se le encogiera al tamaño de una pelota de golf.

Se giró hacia sus compañeros buscando una explicación. Pólvora miraba a Minerva furioso. El resto examinaban estupefactos el contenido de la bóveda.

Sus caras no daban crédito a lo que tenían delante.

## CAPÍTULO 73

*16 de julio de 2019, 3:36 p. m.*

—Miremos el lado positivo —dijo el Pata—. El oro está.

Era verdad, pensó Mac. Dentro de la bóveda, había pallets sobre pallets polvorientos, cada uno con seis lingotes dorados. En una cuenta rápida, calculó que había ochenta y ocho barras de doré. Cinco mil trescientos kilos de oro y plata. Algo más que lo que había predicho Minerva.

—El oro está —repitió Pólvora, haciéndole burla—. Ya sé que está. No soy ciego. Pero ¿cómo carajo no sabías esto? —dijo, señalando a Minerva y después golpeó con la mano abierta uno de los gruesos barrotes que les impedían el paso.

Mac observó con detenimiento la reja. Igual que la puerta que el Cerrajero acababa de abrir, era de dos hojas. En el marco de acero de una había tres agujeros en los que se metían los pernos de la otra. Cada uno era del grosor de su muñeca.

Estaban tan cerca, pensó Mac, que si metía el brazo entre los barrotes podría tocar con la punta de los dedos algún lingote.

—Esta reja es nueva —dijo Minerva—. Hace un año no estaba.

—Cuando nos metimos en esto sabíamos que la mina cambia constantemente —la defendió él—. Ella nos lo dejó claro el primer día.

—¿Cuánto tiempo te puede llevar abrirla? —le preguntó Minerva al Cerrajero.

—Son dos llaves de doble paleta. Probablemente siete u ocho pernos —respondió el Cerrajero observando la cerradura en la reja.

—¿Cuánto tiempo?

—Entre veinte y cuarenta minutos...

Pólvora se agarró la cabeza y dio un paso hacia atrás.

—...cada una.

—¡Mierda! —gritó, golpeando con el puño la pared de cemento.

Durante unos segundos, todo fue silencio en la *gold room*.

—La derretimos con la lanza térmica —sugirió Pólvora.

Mac negó con la cabeza.

—Si usamos la lanza, nos va a llevar por lo menos media hora  
—opinó.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Entonces en la *gold room* se oyó un *pip-pip-pip* electrónico que obligó a Mac a girarse para mirar a sus espaldas.



## CAPÍTULO 74

*16 de julio de 2019, 3:37 p. m.*

Minerva oyó el pitido y, un segundo después, la voz del Pata.

—¡Despejen!

Estaba subido al volante de un montacargas que ahora daba marcha atrás, alejándose de la puerta de la bóveda.

*¿Qué va a hacer?*, se preguntó Minerva.

El montacargas se detuvo durante un momento y los dos dientes de metal se elevaron a un metro del suelo.

—Pará, Pata —gritó Mac.

Pero ya era demasiado tarde. El vehículo avanzaba con la furia de un toro hacia los barrotes. Lo único que les quedaba por hacer a Minerva y los otros era apartarse de su camino.

*Pum.*

Uno de los dos dientes golpeó de lleno en la cerradura.

Durante el segundo que duró el chirrido del metal contra metal, sucedieron tres cosas que Minerva vio como si fuesen a cámara lenta. Una, la puerta de barrotes se dobló hacia adentro. Dos, el impacto detuvo en seco al montacargas. Tres, el Pata salió despedido hacia adelante.

Corrió hacia él. Había quedado tirado en el suelo polvoriento, junto a la reja doblada.

—¡Pata! ¿Estás bien?

Su compañero la miró con los ojos perdidos y asintió, incorporándose sobre los codos. Entonces ella notó la mancha viscosa y brillante que se le extendía por la tela que le cubría la cabeza.

—Estás sangrando.

El Pata se sacó el pasamontañas y se palpó la cabeza pelada hasta que los dedos mugrientos encontraron el tajo de cuatro centímetros.

—Esto no es nada, Minerva.

—Voy a buscar a la doctora Morales y al botiquín —dijo Mac.

—Traé también el cloro, para limpiar las manchas de sangre —le indicó ella.

Al girarse, Minerva vio que Pólvora se había colado por la abertura de cuarenta centímetros que el montacargas había dejado entre los barrotes y acariciaba un lingote.

## CAPÍTULO 75

*16 de julio de 2019, 3:38 p. m.*

—No vamos a poder usar el montacargas —dijo Mac.

A Minerva la cabeza le iba a mil por hora. Según el plan, después de abrir la bóveda, cargarían los pallets de doré utilizando esa máquina. Pero el impacto contra la reja no sólo había roto el mecanismo de elevación sino que además había retorcido los barrotes hacia adentro hasta trabarlos, haciendo imposible el acceso de ningún vehículo.

—Hay que cargar el doré a mano —gritó Pólvora—. Vos, vení conmigo.

Minerva se sobresaltó cuando su compañero la agarró por la manga y la llevó hasta la bóveda.

Tras pasar entre los barrotes doblados, se quedó paralizada. Durante los últimos meses se había preguntado muchas veces qué sentiría al poner un pie ahí dentro. Había días que vaticinaba euforia y otros, un miedo incontrolable. Ahora sentía las dos cosas al mismo tiempo.

—Dale, apurate —dijo Pólvora, agarrando el extremo de una de las barras de doré.

Minerva agarró la otra punta. Era la primera vez en su vida que tocaba un lingote. Incluso a través del látex, el metal era más frío y áspero de lo que se había imaginado.

Entre los dos levantaron los sesenta kilos y enfilaron hacia la puerta con pasos cortos. Cuando Minerva pasó caminando hacia atrás entre las dos hojas retorcidas de la reja, Pólvora soltó una de sus risas como si acabara de acordarse de un chiste.

—Oro y barrotes —dijo, señalando con el mentón a su alrededor—. Uno de los dos es nuestro futuro.

Apenas pasaron la reja, el Pata y Mac entraron a buscar el siguiente lingote. Después de cargar el suyo, Minerva rodeó la bóveda y le puso una mano en el hombro al Cerrajero.

—Seguí vos. Yo me encargo de estos —le dijo, señalando a los dos rehenes encapuchados en el suelo.

El Cerrajero la miró extrañado ante el cambio de planes.

—Creo que me esguincé la muñeca. Ya la tenía medio lesionada —agregó ella, tocándose la muñequera en la mano izquierda—. Si sigo, creo que voy a terminar retrasándolo todo. ¿Vas vos a cargar los lingotes mientras yo me quedo con ellos?

—No hay problema —dijo el Cerrajero y se fue corriendo.

Cuando estuvo sola ante los rehenes, Minerva levantó la nueve milímetros.

*No estaba en el plan*, pensó, mientras apuntaba a la cabeza encapuchada de Sandoval y volvía a ser Noelia Viader por un instante.

## CAPÍTULO 76

### *Entrevientos. Dos años antes del golpe.*

A Noelia le dolía la espalda de tanto estar sentada. Hacía más de dos horas que ella y Sandoval estaban reunidos. El gerente general la había citado en su despacho para revisar la propuesta de una empresa contratista para la nueva red de comunicaciones.

—Esto no lo vamos a resolver en cinco minutos —dijo Sandoval, señalando los documentos esparcidos sobre la mesa.

Tenía razón, la cosa pintaba para largo.

—Descansemos un rato —propuso él—. ¿Café? Te recomiendo el *ristretto*.

—Bueno, dale. Lo pruebo.

Sandoval abandonó su silla y caminó hacia una cafetera roja con bordes cromados que había hecho instalar hacía poco en un lateral del despacho. Con el tiempo, Noelia había aprendido que el tipo era un verdadero adicto al café. Hasta mascaba chicles de ese sabor.

—Parece que te gustó la pulsera —dijo de espaldas a ella, mientras la máquina emitía un gorgoteo.

Noelia se miró la muñeca izquierda, donde el puma y el guanaco brillaban pálidos con la luz de oficina. Unos meses antes, Sandoval se la había regalado para agradecerle su dedicación al trabajo. «Es una aleación oro y plata en las mismas proporciones que tiene el doré que extraemos acá».

Ella se lo había agradecido, pero dudó durante días si ponérsela o no. Terminó decidiendo que no usar un regalo así, oficial, que el gerente le

había dado para reconocer su desempeño, quizás se habría interpretado como un rechazo a su superior. Además, era una pulsera preciosa.

—Sí, es muy linda —respondió cuando la cafetera dejó de hacer ruido.

Sandoval se giró con una taza de café en cada mano. Rodeó el escritorio que los separaba y le entregó una a ella sosteniéndole la mirada. Cuando vio la forma en la que sonreía, Noelia supo que nunca se tendría que haber puesto la pulsera.

Bajó la vista hacia la taza y revolvió con la cucharita de metal. El tipo se acercó un poco más. Ella dio un paso hacia atrás, incómoda. Antes de que pudiera decir nada, Carlos Sandoval, su jefe y el de los mil doscientos empleados de Entrevientos, le dio un beso en la boca.

Se quedó petrificada durante un par de segundos, mientras los labios babosos del gerente resbalaban sobre su boca. La taza se le escurrió entre las manos y se hizo añicos contra el suelo, sacándola de la especie de parálisis en la que había quedado sumida. Entonces lo empujó con ambas manos para poner distancia.

—¿Qué hacés? ¿No te da vergüenza? Sos un tipo casado —le dijo, dirigiéndose a la salida de la oficina.

—Casado pero no castrado.

Cerró con un portazo y se alejó lo más rápido que pudo. Mientras caminaba sin saber muy bien hacia dónde, Noelia se avergonzó de su reacción. ¿Salir corriendo? Lo que tendría que haber hecho era reventarle los huevos de una patada. Y decirle «¿Qué te pasa, pelotudo? La próxima vez que me toques un pelo te denuncio». Pero no, las mejores reacciones nos suelen venir a la mente cuando ya es demasiado tarde.

Para tranquilizarse, se recordó a sí misma que esa tarde terminaban los catorce días de su campaña. Pasaría las siguientes dos semanas en su casa en Trelew, a setecientos kilómetros de este tipo.

## CAPÍTULO 77

*16 de julio de 2019, 3:43 p. m.*

Minerva se agachó, agarró de la solapa al otro rehén y lo obligó a alejarse varios metros para que no escuchara lo que estaba por decirle a Sandoval. Al notar el movimiento a su alrededor, el gerente enderezó la espalda, alerta.

—Quiero saber lo que va a pasar mañana —le dijo Minerva cuando volvió junto a él.

—¿A qué te referís?

—Quiero que me cuentes lo que pasa en una mina el día después de que les roban trece millones de dólares.

De nuevo, había intentado hablar con el máximo acento porteño posible. Disimulando el suyo, que era como el de cualquier otro patagónico a excepción de un par de palabras que todavía sobrevivían de sus primeros catorce años de vida en Barcelona.

—Supongo que lo primero es que la policía científica haga su trabajo. Después empezaremos con las reparaciones necesarias para volver a poner en marcha la planta.

—¿Cuándo vuelve a estar en funcionamiento?

Sandoval no contestó.

—¿Cuándo? —gritó ella.

—Posiblemente mañana a última hora.

—O sea que perder trece millones de dólares para ustedes es poco más que un mal día.

—No, para nada. En paralelo, hay que hacer todos los trámites del seguro. Eso va a llevar mucho tiempo y trabajo.

—A ver si entiendo. Nosotros le robamos a Inuit, pero Inuit no pierde un solo dólar.

Sandoval asintió apenas. Minerva se mordió la lengua para no decirle que no podía estar más equivocado.

—A lo mejor hasta les estamos haciendo un favor. Con lo que se van a ahorrar en transporte del doré desde acá hasta Austria, puede que terminen ganando guita.

El cuerpo del gerente pareció tensarse.

—¿Te sorprende que sepa dónde está la refinería? No pensarás que esta porteñita no hizo los deberes.

Sandoval no respondió. Minerva largó un suspiro exagerado y falso antes de proseguir.

—En fin, tendremos que conformarnos con hacernos ricos. Siempre dije que lo de David contra Goliat era una de las mentiras más grandes de la Biblia. Puro pan y circo para mantener contentos a los pobres infelices.

—En eso estamos de acuerdo —respondió Sandoval.

—Este Goliat es demasiado grande para que lo tumbe una banda de ladrones como nosotros. Sobre todo porque tiene el apoyo de ladrones mucho más importantes, con asientos mulliditos en la cámara de diputados.

Sandoval inspiró hondo. Sin dejar de apuntarle, Minerva sacó del bolsillo el teléfono plateado, lo encendió y leyó en voz alta:

—«Habría que corregir el artículo 4. Donde dice "Abarcando la región..."».

A medida que Minerva leía, veía que los puños de Sandoval se cerraban con más fuerza.

—No sigo porque es largo, pero te lo resumo. El gerente general de una de las mineras más grandes del país le da instrucciones a un diputado sobre qué cambios hacer en la nueva ley de minería. Después hay otros mensajes donde se habla de compensaciones, donaciones, aportaciones y otros eufemismos.

Intentó disfrutar ese momento. Lo tenía ahí, a su merced, con una pistola en una mano y un teléfono en la otra, dos objetos con los que podía destruirlo. Le hubiera encantado saber qué pasaba por esa cabecita que siempre creía tener la mano ganadora.



—Ahora respondeme, Sandoval. ¿No te parece perverso este Goliat?  
Sandoval dudó un segundo antes de responder.

—Mi trabajo es que esta mina produzca oro, y yo lo cumplo. No es responsabilidad mía cómo funciona la política en este país. Es como si a alguien que trabaja en una fábrica de cuchillos lo hicieran responsable de los apuñalamientos.

—Como excusa, es poco original. En eso ya se escudaron muchos hijos de puta a lo largo de la Historia.

## CAPÍTULO 78

### *Entrevientos. Dos años antes del golpe.*

Al segundo día de la siguiente campaña, Sandoval la volvió a citar a una reunión para definir la bendita infraestructura de comunicaciones. Aquella mañana había amanecido con un viento insoportable, de ráfagas de ochenta kilómetros por hora.

Esta vez, Noelia había sugerido que usaran la sala de conferencias principal en vez del despacho del gerente. Por las dudas, también se llevó a Felipe Madueño. Al fin y al cabo, el equipo de soporte informático estaba siempre compuesto de dos personas: un jefe y un subordinado. Noelia y Madueño. Así que se convenció a sí misma de que era fundamental que el muchacho estuviera presente.

Durante la reunión, Felipe hizo pocos comentarios, pero fueron todos muy acertados. Después de todo, era él quien tenía más contacto con el hardware. Cuando algo dejaba de funcionar, era el primer soldado en avanzar.

—Madueño, andá, que yo tengo que hablar unas cosas con la ingeniera Viader —dijo Sandoval cuando terminaron la reunión.

Felipe Madueño asintió. Ella trató de hacerle entender con la mirada que no la dejara sola, pero no tuvo éxito.

El gerente se levantó de la silla y acompañó a Felipe hasta la puerta del despacho. Lo despidió con un apretón de manos, felicitándolo por su trabajo hasta el momento. Le dijo que Noelia le había hablado muy bien de él y que, si seguía así, podría «hacer una gran carrera en la empresa». A Madueño, el cumplido le hinchó el pecho.

Sandoval trabó la puerta con el pestillo. Después fue hasta la única de las ventanas que tenía la cortina abierta y la cerró.

Noelia se puso de pie junto a la gran mesa de reuniones.

—Yo también me tengo que ir. Tengo un montón de...

El gerente se abalanzó sobre ella y la agarró de ambas muñecas, empujándola contra la pared. Quedó con los brazos inmóviles apuntando hacia arriba.

—Pará. ¡Qué hacés! —gritó.

—Te extrañé un montón. Estaba contando los días para que volvieras a subir. No puedo dejar de pensar en el beso que nos dimos.

—No, pará Carlos. No nos dimos ningún beso. El beso me lo diste vos a mí. Te estás confundiendo mal.

Pensó en pedir ayuda a gritos, pero la sala de conferencias era un contenedor aislado y las cuatro paredes no lindaban más que con un pequeño baño. Incluso si alguien pasaba por afuera, el viento impediría que la oyeran.

—Dale, si sé que te gusto. Si no, no te hubieras puesto la pulsera, ¿no?

—Andate a la mierda. ¿Qué tiene que ver eso?

Intentó inútilmente liberar la muñeca para mostrarle que ya no la tenía puesta.

—Además, sé que te gustan los maduritos —agregó, y le intentó dar un beso en la boca.

El asco le provocó dos cosas. Una fue girar la cabeza para evitar los labios de Sandoval y la otra, levantar la rodilla a toda velocidad para aplastarle los testículos. Pero los hijos de puta a veces tienen suerte, y el golpe fue a parar al muslo.

—No seas histérica.

—Soltame, la puta que te parió.

Noelia logró liberar la mano derecha y le dio una bofetada. Si hubiera sido por ella, le habría bajado un par de dientes, pero estaban tan cerca que apenas pudo imprimirle fuerza al golpe.

Lejos de espantarlo, lo excitó. Sus manos bajaron a toda prisa, rozando los pechos de Noelia y buscando la hebilla del cinturón. Ella sintió que se moría del asco y de la rabia.

—¡Pará, la concha de tu madre! —gritó dándole puñetazos en los brazos y en el pecho.

Pero Sandoval seguía sonriendo, y ahora se bajaba los pantalones. Noelia notó que el bulto rígido adentro del calzoncillo se apoyaba contra sus caderas. Entonces su mano buscó la cara del gerente y apretó, hundiendo las uñas con toda su fuerza. Sintió que rajaba la piel y apretó más aún. Si hubiera podido, le habría arrancado los ojos.

Sandoval soltó un aullido de dolor. Cuando Noelia empezaba a creer que el tipo la dejaría tranquila, sintió el puñetazo en la nariz. Nunca había recibido un golpe así. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le oscureció todo.

Al volver en sí, estaba tirada en el suelo plástico de la sala, con Sandoval encima de ella. Le sujetaba los brazos en forma de cruz y la besaba intentando meterle la lengua en la boca mientras respiraba por la nariz con bufidos rápidos.

Si Noelia hubiera estado observando la escena desde afuera, probablemente habría sentido arcadas. Sin embargo, tuvo un momento de lucidez. Algo le indicó cómo actuar, y todos los otros caminos posibles desaparecieron.

Aflojó la tensión en la mandíbula y abrió un poco los labios. Sintió la lengua con gusto a café entrar de a poco en su boca, acompañada de un gemido de placer. Entonces cerró los dientes. Sus incisivos se hundieron en la carne blanda y Sandoval soltó un gruñido gutural. La sangre tibia no tardó en inundar la boca de Noelia. A pesar de los gritos del tipo y de la repulsión que sentía, cerró los ojos y continuó apretando con toda su fuerza.

Sandoval tardó poco en rodar hacia un costado, apartándose de ella. Recién cuando el único contacto entre los dos era a través de sus bocas, ella se permitió abrir los ojos y los dientes. Se puso de pie a toda velocidad, mientras el gerente balbuceaba algo ininteligible.

Escupió sobre él una saliva teñida de rojo y salió de la oficina. Corrió directamente a la enfermería, tapándose la cara con la manga para que nadie le hiciera preguntas. En el baño de la sala de espera, se enjuagó la boca varias veces y se lavó la sangre pegada al mentón y a las mejillas. Luego llamó a la puerta de la doctora Morales.

## CAPÍTULO 79

*16 de julio de 2019, 3:48 p. m.*

La pistola temblaba. Minerva la apoyó aún con más fuerza en la cabeza encapuchada de Sandoval. Si lo mataba, rompía su propia regla de un atraco sin sangre. Pero por otro lado, ¿qué ramificaciones tendría dejar con vida a un hijo de puta como ese? Recordó un documental en el que un biólogo hablaba de la progresión geométrica con la que aumentaba la población de castores en Tierra del Fuego. Eliminar a un castor hoy evitaba tener que matar doce mil ejemplares de esta especie invasora en diez años.

Del otro lado de la bóveda, el resto de la banda seguía trajinando con los lingotes. La carga manual era lenta y no podían hacer nada para acelerarla, porque la abertura entre las rejas sólo admitía que pasaran de a un lingote por vez.

No tenía forma de ayudar a sus compañeros a ir más rápido, así que sólo le quedaba esperar. Y nunca se le había dado bien hacerlo en silencio.

—Respondeme una cosa, Sandoval. ¿De qué sirve todo esto?

—No sé a qué te referís.

—No es una pregunta con trampa. ¿Para qué se instaló la mina acá?

—Para extraer oro y generar riqueza.

—Sí, pero ¿para qué se usa ese oro?

No podía revelarles el verdadero motivo por el que había planeado el robo, pero sí hablarle de lo otro. De las cosas que antes ella no veía. O no quería ver.

—Sin minería no tendríamos aparatos electrónicos, ni autos, ni casas —respondió el gerente—. Tampoco energía nuclear, ni muchas de las cosas

que la sociedad moderna...

—Te estoy hablando del oro, no de la minería en general. ¿El oro también es fundamental para nuestra sociedad moderna? ¿Sin oro no habría casas ni energía nuclear?

Sandoval se quedó en silencio.

—Respondeme.

—El oro se usa mucho en electrónica y medicina, por ejemplo.

—¡Sólo un diez por ciento! —rugió ella—. Y vos lo sabés muy bien. ¿O no lo sabés muy bien?

La cabeza encapuchada asintió. Ella sonrió debajo del pasamontañas.

—A ver si hiciste los deberes, Sandoval. La mitad del oro del mundo se usa para...

—Joyería.

—Joyería, muy bien. Y otro cuarenta por ciento para...

—Inversión.

—¡Excelente! Inversión. Hacer lingotitos y guardarlos por si las bolsas de Nueva York y de Londres se van a la mierda. Es decir, el noventa por ciento de lo que se llevan de acá termina en el cuello de alguien o guardado en una bóveda en Suiza. Ahí tenés las aplicaciones de tu oro: vanidad y especulación.

Por un segundo, se sintió una hipócrita. Había trabajado durante años para esa industria sin rechistar y ahora, que no le debía obediencia a cambio de un sueldo, daba un sermón. Parecía esos ex fumadores que de la noche a la mañana se convierten en activistas antitabaco.

Pero el segundo pasó rápido, y al siguiente negó con la cabeza. Ser hipócrita era muy distinto a cambiar de opinión. Lo verdaderamente raro habría sido seguir viendo las cosas de la misma manera. Sobre todo, después de pasar meses leyendo documentos confidenciales que le pondrían los pelos de punta a cualquiera, empleado o no.

—¿No te da vergüenza trabajar para eso?

La cabeza encapuchada de Sandoval permaneció inmóvil. A Minerva no le sorprendió. Sabía muy bien que la culpa era algo que este tipo desconocía por completo.

## CAPÍTULO 80

### *Puerto Deseado, Santa Cruz, Argentina. Dos años antes del golpe.*

—Y entonces convencí a la doctora Morales de que estaba teniendo un ataque de pánico y de que me trajeran en ambulancia hasta acá —le explicó Noelia a la jefa de recursos humanos.

Con «acá», se refería a Puerto Deseado, el pueblo más cercano a Entrevientos, donde la minera tenía una oficina administrativa.

La jefa de recursos humanos había escuchado consternada la historia. La preocupación genuina en su mirada había ido aumentando conforme Noelia avanzaba con el relato.

—Primero que nada, quiero que sepas que te podés tomar todo el tiempo que necesites. No importa lo que diga este papel —dijo, señalando un certificado médico donde el único psiquiatra de Puerto Deseado recomendaba dos semanas de baja.

Noelia asintió con la cabeza. Estuvo a punto de decir «gracias».

—Quiero denunciar a ese hijo de puta. Quiero que lo echen y que nunca más vuelva a conseguir trabajo en ningún lado, ni de albañil.

—Tranquila. Yo te entiendo, creeme que te entiendo —dijo mirándola a los ojos—, pero hay algo que tenés que saber antes de hacer nada.

—¿Qué?

—En todo Inuit Argentina, hay una sola persona que está por encima de Carlos Sandoval. Es el gerente nacional, Ignacio Beguiristain. Trabaja en la oficina de Buenos Aires.

—Lo conozco. Estuvo un par de veces de visita en Entrevientos, y también nos dio una charla en la capacitación que hicimos en abril en Buenos Aires —dijo, recordando la ponencia a la que había llegado tarde por quedarse bailando tango y tomando cerveza con Pezzano en la milonga.

—La única forma de que esto tenga consecuencias para Sandoval dentro de la empresa es yendo directamente a Beguiristain. Apenas salgas por esa puerta, yo me encargo de llamarlo por teléfono y explicarle la situación.

Noelia asintió.

—Por otra parte, ¿tenés pensado denunciarlo a la policía?

—Por supuesto.

—Bien hecho —contestó la jefa de recursos humanos—. Mientras antes lo hagas, mejor.

\*\*\*

Catorce días más tarde, Noelia se levantó a las cinco de la mañana. Como cada dos semanas desde hacía tres años, cerró con llave su casa en Trelew y se subió a un taxi con destino al aeropuerto. De ahí tomó un avión a Comodoro Rivadavia, donde la esperaba una camioneta de transporte de personal que la llevaría, junto a otros dieciocho empleados desembarcados del vuelo de Buenos Aires, al yacimiento de Entrevientos.

Puerta a puerta, el viaje duraba ocho horas. Pasó cada minuto pensando en cómo sería su trabajo a partir de ahora. La jefa de recursos humanos había hablado con el gerente nacional y habían logrado que a Sandoval le iniciaran un sumario interno. Por lo pronto, Beguiristain había propuesto que, cuando Noelia estuviera lista, se reincorporase en un régimen de siete días de trabajo por catorce de descanso, garantizándole que, durante su semana de servicio, Sandoval tendría prohibido poner un pie en el yacimiento.

—Le doy mi palabra, señorita Viader —le había dicho por teléfono.

Incluso si era verdad, ¿cómo serían sus turnos en Entrevientos después de haberle declarado la guerra al gerente?

Lo averiguó pronto. Fueron siete días en los que apenas caminó de su habitación a la oficina y de ahí al comedor. A pesar de que sabía que



Sandoval no estaba en el yacimiento, tenía la sensación desagradable de que se lo encontraría en el pasillo menos pensado.

No quería ver a nadie ni hablar con nadie. Ante cada llamada por teléfono por un servidor desconfigurado o una computadora rota, se limitaba a enviar a Madueño. Por suerte, los de recursos humanos le habían asignado una habitación para ella sola, y ya no tenía que compartir con la supervisora medioambiental.

Así transcurrieron tres campañas. La denuncia en la comisaría de Puerto Deseado había pasado al juzgado, donde la máquina burocrática movía los expedientes a velocidades geológicas. De vez en cuando, la jefa de recursos humanos la llamaba para ver cómo estaba y le decía que Beguiristain seguía el caso muy de cerca.

Mientras tanto, Noelia veía que los días en los que ella trabajaba, la cuenta de correo electrónico de Sandoval seguía igual de activa que aquellos en los que no. En un par de ocasiones le preguntó, casi al pasar, a la secretaria de Sandoval dónde estaba su jefe. La respuesta fue similar las dos veces: el gerente tenía la agenda repleta de reuniones en Puerto Deseado, Catamarca o Buenos Aires, y no volvería hasta la semana siguiente.

En otras palabras, esa especie de orden de alejamiento decretada por Beguiristain era un secreto. Para el resto de los empleados, Sandoval seguía siendo el mismo de siempre.

Fueron tres campañas anodinas en las que ella se iba llenando de rabia y rencor. Se imaginaba a Sandoval en reuniones de directorio hablando de onzas, de horas-hombre y de millones de dólares mientras ella se escurría por los pasillos de Entrevientos minimizando la interacción con otros seres humanos, haciéndose cada vez más pequeña. Eso le producía una sensación de angustia que le apretaba la garganta. Su indignación era como el aire cargado de electricidad, en el que bastaba un trueno para desatar la tormenta.

Y el trueno llegó el último día de la tercera campaña, exactamente cinco minutos antes de que Noelia abandonara el yacimiento de Entrevientos para pasar otras dos semanas en su casa de Trelew y volver a respirar.

## CAPÍTULO 81

*16 de julio de 2019, 3:54 p. m.*

La pistola apoyada en la cabeza de Sandoval ya no temblaba tanto.

—Llévense todo, pero no nos hagan nada. Lo único que hacemos es ganarnos la vida.

—Decime una cosa, Sandoval, ¿no se cansan nunca ustedes de repetir el mismo discursito?

—No entiendo. ¿Qué discursito?

—El que te hace quedar a vos y a la mina como los salvadores. Pobre gente la de esta provincia, ¿no? Menos mal que vino Inuit a sacarlos de la miseria.

—Sin la mina habría mil doscientos puestos de trabajo menos. Eso es sin contar el empleo indirecto.

En eso, Sandoval tenía razón. Minerva se sabía de memoria todos los beneficios de la industria minera, que el personal jerárquico no tardaba en recitar ante el menor cuestionamiento. Ella misma los había esgrimido hasta hacía poco, cuando ocupaba uno de los mil doscientos puestos que mencionaba Sandoval.

Cuando no estaba del otro lado.

—Ustedes lo llaman trabajo y progreso, yo lo llamo migajas. Están dejando la tierra como un colador. La llenan de agujeros, le meten explosivos, cianuro a toneladas y gastan más agua que un pueblo entero. Mientras tanto, en Puerto Deseado la gente tiene prohibido regar.

Sandoval levantó la cabeza. Si no estuviera encapuchado, la estaría mirando a los ojos. Minerva supo que se retorció por dentro para no

contestarle. No estaba acostumbrado a que le llevaran la contra.

—Generamos riqueza, algo que pocos pueden decir.

Minerva se preguntó si Sandoval sería tan gallito si pudiera ver el arma.

—En eso estamos de acuerdo. Generan riqueza, para los más ricos. Al resto, incluyéndote a vos, le dan migajas. Ni siquiera pagan impuestos en el país.

—Con todo respeto, señorita, nosotros pagamos cada uno de los impuestos que indica la ley.

—¿Ah, sí? Decime una cosa, Madre Teresa, ¿vos escuchaste hablar de los papeles de Luxemburgo? Son como los de Panamá, pero menos famosos.

Sandoval permaneció en silencio.

—Ustedes se llenan la boca diciendo que Inuit es de capitales canadienses, ¿pero vos sabés cómo es en realidad, no? No me creo que el gerente general no sepa que la dueña de Inuit Argentina es Inuit Chile.

—No entiendo qué tiene que...

—A su vez, la dueña de Inuit Chile es de Barbados. Bueno, mejor dicho, era de Barbados, hasta que en 2011 la transfirieron a Luxemburgo porque les daba más beneficios fiscales. Y uno diría, bueno, de Luxemburgo a Canadá. ¡No señor! De Luxemburgo a Irlanda. Y entonces sí, a Canadá.

—Eso no es ilegal.

Minerva lanzó una carcajada.

—Es inmoral, que es mucho peor. Mientras tanto, todos los que trabajan en Inuit tienen que pagar el impuesto a las ganancias, a los bienes inmuebles, al automotor y hasta el IVA cuando van al supermercado. Todos, incluso vos.

—Insisto, no la sigo.

—Soy yo la que no lo sigue. ¿Por qué ellos, que son los que más ganan, no pagan impuestos como cualquier hijo de vecino? ¿Por qué, encima de que vienen a hacernos agujeros en la tierra y literalmente envenenarla, la tienen más fácil? ¿Por qué la guita que se llevan de acá tiene que pasar por medio mundo antes de llegar a Canadá? ¿Te pensás que es porque les gusta todo este despelote? ¡No! Es para no dejar ni siquiera las

migajas de la torta ni en Argentina ni en Canadá. Eso sí, «generan riqueza». Haceme un favor y andate un poquito a la mismísima mierda.

## CAPÍTULO 82

### *Entrevientos. Dos años antes del golpe.*

En el Puesto de Entrada, el empleado de seguridad a cargo del escáner de rayos equis señaló algo en la pantalla y llamó a un compañero.

—¿Esta valija es tuya? —le preguntó a Noelia mientras ella pasaba por el detector de metales.

—Sí.

—Acompañanos un segundo.

Noelia oyó un murmullo entre los otros dieciocho empleados de Inuit que pasaban el control de seguridad junto con ella. Después de siete o catorce días de trabajo ininterrumpido, con un minibus esperando en la puerta para emprender el viaje de regreso a tu casa, cualquier demora era molesta.

El empleado de seguridad bajó la valija del escáner y se la llevó a una pequeña sala a un costado. Noelia lo siguió, con otro de los vigilantes escoltándola.

Al entrar al cuartito, uno de ellos cerró la puerta y el otro puso la maleta sobre una mesa de plástico.

—¿Podrías abrirla, por favor?

Hizo lo que le pedían.

—¿Puedo? —preguntó el empleado de seguridad, señalando el contenido.

—Como quieras —respondió, encogiéndose de hombros.

El joven hurgó entre sus cosas. Parecía más interesado en la ropa que en los artículos de higiene. Sacaba una a una las prendas y las apretaba con

las manos, como si buscara algo. Desenrolló un pantalón y, después de palparlo un poco, sus dedos trazaron el contorno de un bulto largo y cilíndrico en uno de los bolsillos.

El guardia de seguridad metió los dedos y sacó un bolígrafo con el logo de Inuit Gold. A Noelia le llamó la atención, porque nunca se los metía en los bolsillos del pantalón. Le resultaba muy incómodo.

—¿Desde cuándo está prohibido llevarse una lapicera?

—Es bastante pesada —dijo el empleado, sopesándola en la mano.

Noelia se dio cuenta de que algo iba mal. A simple vista, se trataba de uno de esos bolígrafos baratos, de punta retráctil, que la empresa distribuía entre sus empleados. Sin embargo, en el agujero por donde asomaba la punta había restos de silicona o algún pegamento transparente.

El empleado de seguridad puso una hoja de papel sobre la mesa y desenroscó el bolígrafo. En cuanto las dos mitades se separaron, un polvo dorado cayó siseando hasta formar una montañita del tamaño de un bombón.

—Eso no es mío —se apresuró a decir ella.

—Ahora vuelvo. Tengo que llamar al supervisor de seguridad patrimonial —dijo el empleado en tono casi de disculpa.

\*\*\*

El telegrama de despido llegó dos días después. La empresa había decidido prescindir de los servicios de la ingeniera Noelia Viader aludiendo que el bolígrafo encontrado en su ropa quebrantaba el código de conducta de Inuit. Eso sí, de que su jefe directo casi la había violado no decían nada. El texto terminaba anunciándole que, dada la naturaleza del despido y según la ley, no recibiría indemnización alguna.

Llamó por teléfono a la oficina de Puerto Deseado y habló con la jefa de recursos humanos.

—Noelia, yo no puedo hacer nada —se defendió la mujer—. La empresa está en todo su derecho a despedir a quien quiera. Si te parece que te corresponde una indemnización, podés plantearlo en el juzgado.

—Pero vos sabés que esto estuvo todo arreglado. Esa lapicera no era mía, me la pusieron. Ese hijo de puta me la puso para que me echaran.

La jefa de recursos humanos cortó la comunicación. Noelia sintió que una rabia ácida le quemaba por dentro. ¿Primero se le había hecho la amiga y ahora la dejaba con la palabra en la boca?

Entonces su teléfono volvió a sonar.

—¿Vos tenés forma de probar eso? —le dijo la mujer como si la conversación no se hubiera interrumpido.

Ahora hablaba muy bajo, apenas lo suficiente para superar el sonido del viento. Había salido de la oficina para llamarla desde su teléfono personal.

—Porque si tenés cualquier prueba, yo estoy dispuesta a ayudarte.

—Tengo una denuncia a la policía por intento de violación, y justo da la casualidad que, tres campañas después, me echan. No puede estar más claro, fue Sandoval.

—No pudo haber sido él, Noelia. Antes de ayer Sandoval estaba en una reunión en Buenos Aires con Beguiristain. Supongo que, entre otras cosas, lo habrá citado para hablar de tu denuncia.

Noelia se imaginó la reunión entre los dos hombres. «Vamos a hablar de la producción, de la presión gremial y de tu abuso a Noelia Viader. Ay, Carlitos, no seas tan revoltoso.»

—Que Sandoval no haya estado presente ese día no quiere decir que no haya organizado todo esto para sacarme del medio.

—Noelia, vos sabés que robar es un pecado capital en Inuit. Apenas con una sospecha ya les alcanza para el despido. Y a vos te encontraron yéndote del yacimiento con doré.

—Te estoy diciendo que es todo un circo para perjudicarme. ¿No lo ves?

—Yo de eso no tengo pruebas, y parece que vos tampoco. Pensá un poquito, Noelia. En los papeles, ahora figurás como una empleada del peor tipo: una ladrona. Una vez que tenés colgado ese sanbenito, es muy complicado que te vuelvan a tener confianza. Yo hice todo lo que pude para que te pagaran una indemnización.

—Tengo el telegrama en la mano y dice justamente lo contrario.

—Creeme que les insistí. Les dije que un juicio nos iba a salir más caro. Pensé que te iba a venir bien ese dinero mientras decidís cómo sigue tu vida. Pero no me escucharon.

—¿O sea que encima te tengo que agradecer?

—Noelia, te voy a ser completamente franca porque te aprecio mucho y siempre me caíste bien. Entre lo que te pasó con Sandoval y esto, Entrevientos es el último lugar en el mundo en el que deberías querer trabajar.

—¿Por qué separás las dos cosas? No hay un «lo que me pasó con Sandoval» y un «esto». Es lo mismo. Todo culpa de ese hijo de puta.

—Entiendo tu ira, de verdad. Pero yo no puedo hacer nada. Lo único que está a mi alcance es que este proceso sea lo menos traumático posible para vos. Por eso, no hace falta que vengas a la oficina a dejar tus cosas. Lo más importante, que es tu computadora, quedó en el campamento. Y la tarjeta magnética ya está desactivada.

La jefa de recursos humanos había vuelto a hablar con el tono robótico de los que repiten algo que ya han dicho mil veces. De fondo ya no se escuchaba el viento sino el eco de algún pasillo.

La mujer había vuelto a entrar en las oficinas de Inuit Gold, y Noelia supo que ya no le quedaba nada que hablar con ella.



## CAPÍTULO 83

*16 de julio de 2019, 4:02 p. m.*

Minerva no le había disparado nunca a nadie. Ni siquiera cuando Pezzano le dio una pistola para que se defendiera de las balas que zumbaban sobre su cabeza en el billar de la Avenida de Mayo. No estaba en su naturaleza. Al menos hasta el momento.

Debajo de los guantes de látex, las manos le chorreaban de sudor.

—Si los mensajes de este teléfono llegaran a la prensa, ¿qué creés que pasaría, Sandoval?

Silencio.

—Yo creo que habría un juicio —continuó ella—. Inuit podría ganar o perder. Pero vos, Sandoval, vos sólo podés perder. Porque lo primero que van a hacer es distanciarse. Van a decir «La conducta del señor Sandoval, quien ya no tiene vínculo alguno con Inuit Gold Argentina, es inaceptable y va en contra del espíritu transparente de la empresa.»

Minerva blandió el teléfono frente a la cara de Sandoval como si él pudiera verlo.

—O sea, si quisiéramos, te podríamos destruir, Sandoval. Pero no vayas a creer que somos tan malos. Después de todo, somos ladrones, así que no estamos en la mejor posición para criticar cómo se gana la vida cada uno. Si le querés seguir vendiendo tu alma al diablo, lo vamos a respetar.

Sandoval temblaba. Minerva se preguntó si sería por miedo o por rabia.

—¿No me vas a agradecer?

Más silencio.

—Ah, claro. ¡Qué tonta que soy! La capucha no te deja ver que te sigo apuntando a la cabeza —dijo, y le volvió a apoyar el arma en la frente—. Vamos de nuevo, ¿no me lo vas a agradecer?

—Gra... gracias.

—Así no, che. Das pena. Repetí conmigo: gracias, señora ladrona...

—Gracias, señora ladrona...

—...por permitirme continuar ayudando a unos gordos canadienses de traje que no tocaron una pala en su puta vida a llevarse toda la riqueza de este lugar sin pagar impuestos.

Sandoval volvió al silencio. Minerva apretó aún más la pistola en la cabeza del hombre. La adrenalina la había puesto tan eufórica que, si no se controlaba, iba a terminar soltando una carcajada histérica.

—Te voy a dar veinte segundos para que repitas lo que te dije. Si no lo hacés, a lo mejor disparo. O a lo mejor te dejo con vida y mando una copia de lo que hay en este teléfono a todos los diarios.

—Por favor.

—Veinte. Diecinueve. Dieciocho...

—De verdad, escuchame.

—Se te acaba el tiempo. Catorce. Trece...

—¿Por qué me hacés esto? Soy un trabajador. Nunca le hice mal a nadie.

La frase la impactó como un rayo. *Hijo de mil putas*, pensó. La mano izquierda se le cerró en un acto reflejo, haciendo que el teléfono cayera sobre las piernas de Sandoval.

—*Collons* —susurró sin querer mientras se agachaba a recogerlo.

Tras pronunciar la palabra, se quedó petrificada. Un escalofrío le bajó por la espalda. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo se le podía haber escapado un insulto en catalán? Eso y entregarle su DNI a Sandoval era más o menos lo mismo.

Lo miró durante un largo segundo. Le pareció que el cuerpo de Sandoval había adquirido cierta rigidez. Incluso con la cabeza encapuchada, podía verlo pensar.

—El tiempo sigue corriendo —le dijo exagerando todo lo que pudo su acento porteño—. Ocho. Siete. Seis.

¿La había oído? ¿O no era más que paranoia suya? Al fin y al cabo, apenas había susurrado la palabra. Pero no podía arriesgarse. Tenía que

disparar. Había dicho que el asalto sería sin sangre, pero ahora no le quedaba otra opción. Si quería proteger su identidad, tenía que sacar a Sandoval del medio.

Deslizó el dedo índice por el costado del arma hasta rozar el gatillo.

—Cinco. Cuatro.

Sintió ganas de arrancarle la capucha, levantarse el pasamontañas y admitir que sí, que era ella. De mirarlo a los ojos y decirle que la bala en la cabeza iba a cuenta de lo que le había hecho. Pero ni eso se merecía ese hijo de puta. Le encajaba más morir sin explicaciones. Como una cucaracha.

Y si borrándolo del mapa lograba que una sola persona no tuviera que pasar por lo que había pasado ella, ya habría valido la pena. Un castor menos.

—Tres. Dos.

El índice ahora se apoyaba firme en el gatillo. Quizás demasiado firme. En cualquier momento saldría el disparo. Sandoval abrió la boca y comenzó a hablar.

—Gracias, señora ladrona por permitirme continuar ayudando a unos gordos canadienses...

Pero lo interrumpió una voz a espaldas de Minerva.

—Nos vamos.

Al girarse, Minerva se encontró con Mac, todavía encapuchado. Tenía el polar y el pantalón de Inuit ennegrecidos por el roce de los lingotes. Verlo así le recordó que el robo a Entrevientos ya no le pertenecía sólo a ella.

## CAPÍTULO 84

*16 de julio de 2019, 4:07 p. m.*

Sintió un tirón en los pelos cuando le sacaron la capucha.

—Te salvaste porque ya nos vamos —le dijo la voz de la mujer.

Carlos Sandoval largó el suspiro contenido más largo de su vida. Según sus cálculos, habían tardado más de veinte minutos en vaciar la bóveda.

Observó a la mujer del pasamontañas. Tenía ojos marrones, igual que Noelia Viader, pero ni el acento ni la actitud encajaban. Viader era débil, se pasaba el tiempo libre jugando con su computadora y había salido corriendo a denunciarlo por un simple avance. En cambio la porteña que tenía enfrente, fuerte, decidida y al mando de un grupo de hombres armados, le parecía una mujer con los huevos bien puestos.

Junto a ella había otros dos miembros de la banda. El más fuerte, que lo había recibido en la entrada de la *gold room*, lo obligó a ponerse de pie tirándole de la ropa y lo empujó hasta que doblaron una de las esquinas de la bóveda.

El brazo macizo señaló los vehículos. El que estaba más cerca era la ambulancia. Detrás asomaban los capós de las tres Hilux. Más allá, el camión cisterna encajado en la esclusa.

—Ahora le vas a decir a tu gente que nos deje salir tranquilos.

Sandoval asintió sin despegar la vista de la ambulancia. Tenía una de las puertas traseras abierta de par en par y, aunque el ángulo no era el mejor, podía ver claramente un lingote junto a las patas de la camilla.

*Es imposible que se lleven cinco mil kilos en la ambulancia, pensó. Los tienen que haber repartido.*

—Si te portás bien, me olvido de los mensajes que leí.

La porteña le mostró el arma y el teléfono plateado. Su secuaz le acercó la radio a la boca y apretó el botón.

—Alvarado, habla Sandoval —dijo al aparato.

—Señor gerente, ¿todo bien?

*Qué pregunta estúpida.*

—Escúcheme, tengo un trato con esta gente. Quiero que les abran el portón y los dejen salir sin ponerles ningún obstáculo.

Hubo un silencio del otro lado de la línea.

—Señor gerente. Usted sabe muy bien que una vez que se activa el protocolo de cierre, los únicos que tienen el código para desbloquearlo son los de la empresa de seguridad.

El que sostenía la radio la alejó de la boca de Sandoval para acercársela a la suya.

—Entonces tenés dos minutos para pedírselo —dijo, y, apuntando al techo de la *gold room*, disparó una vez. Sandoval sintió un pitido en los oídos—. ¿Escuchaste eso? La próxima va en la cabeza de tu jefe.

—Deme unos minutos, por favor.

—Dos —dijo el encapuchado, y empujó a Sandoval para obligarlo a sentarse en el suelo.

Con toda la maquinaria en silencio, Sandoval sólo oía el zumbido del viento golpeando la enorme construcción de metal. No se atrevió a hacer ningún comentario en el minuto y medio que transcurrió hasta que el hombre que había disparado volvió a hablar por la radio.

—¿Y? ¿Qué pasa?

—Lo estoy intentando, pero no puedo comunicarme con la empresa de seguridad.

Sandoval cerró los ojos. Estaba perdido. ¿Cómo era posible, con la millonada que pagaba Inuit por ese servicio de seguridad?

—Nos vamos igual —dijo otro asaltante, de barriga prominente, mientras caminaba hacia el camión de combustible—. Nos vamos ya.

—Pero el portón de la planta está cerrado —dijo la mujer.

—Nos vamos —repitió.

El que había hablado por radio con Alvarado se acercó al otro rehén encapuchado, lo ayudó a levantarse y lo hizo subir al asiento del acompañante de la ambulancia.

La mujer, por su parte, se acercó a Sandoval, le volvió a poner la capucha y le cortó las bridas que le ataban las muñecas.

—No te muevas hasta que nos hayamos ido —le dijo, y oyó que sus pasos se alejaban.

## CAPÍTULO 85

*16 de julio de 2019, 4:10 p. m.*

Lo primero que hizo el Pata al subirse al volante del camión fue unir dos cables pelados para volver a conectar el GPS. Después, puso el motor en marcha.

—Todo listo —le dijo por la ventanilla a Pólvara.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Pólvara al resto de sus compañeros, mientras golpeaba una pared de chapa con la culata de su nueve milímetros.

El Pata hizo avanzar con cuidado el camión embutido en la esclusa hasta liberarlo por completo. Entonces apretó el acelerador a fondo.

Vio por el retrovisor que los otros vehículos salían derrapando tras él. Una Hilux. Dos Hilux. Tres Hilux. Y por último, la ambulancia.

Puso cuarta y dobló a la derecha. Ahora sólo le quedaba llegar al perímetro de la zona vallada y girar otra vez a la izquierda para salir de la planta por el portón por el que habían entrado. Si era verdad que no lo habían abierto, estaba decidido a llevárselo por delante.

Pero cuando se acercó lo suficiente a la garita como para tener una vista despejada del portón, supo que por ahí sería imposible abrirse paso. No sólo estaba cerrado, sino que del otro lado habían estacionado la autobomba de la brigada antincendios para bloquearles la salida.

*Hijos de puta.*

Era el único acceso a la planta, y ahora estaba obstruido.

Le quedaban menos de cien metros para tomar una decisión.

Ochenta.

Sesenta.

Pisó el acelerador a fondo.

\*\*\*

—¿Qué hace? —preguntó Minerva en voz alta, a pesar de que en su camioneta no había nadie más que ella.

Seguía al camión de YPF en la Hilux que le habían robado a Madueño. De esto hacía apenas cuatro horas y media, pero a ella le parecía una vida.

No entendía por qué el Pata aceleraba tanto.

*A esta velocidad, cuando tenga que doblar para salir por el portón va a terminar volcando,* pensó.

Pero entonces llegó al punto en que las construcciones ya no le obstruían la visión del portón. Y se dio cuenta de que el Pata no tenía pensado salir por ahí.

\*\*\*

El camión de combustible iba hacia el alambrado a setenta kilómetros por hora, y subiendo. Sin levantar el pie del acelerador, el Pata consideró ponerse el cinturón de seguridad, pero desistió muy pronto. Al fin y al cabo, si esto le salía mal, un par de huesos rotos serían el menor de sus problemas.

Del otro lado de la valla, a la orilla del camino que pasaba junto a la planta para conectarla con el campamento y las minas, los dos guanacos que había visto al entrar seguían allí, tranquilos.

*Por favor. Que salga bien. Por favor.*

Había embestido muchos alambrados en su época de pirata del asfalto, pero nunca uno que protegiera un recinto de máxima seguridad. Una cosa era llevarse por delante seis hilos de acero unidos con postes de madera y, otra muy distinta, chocar con una malla de dos metros de alto apuntalada por pilares de hormigón.

Para colmo, el ancho del camión hacía inevitable golpear al menos uno de esos pilares. Si hubieran estado más separados entre sí, podría



apuntar entre dos y chocar solamente con el alambre.

De los tres postes grises a los que se dirigía, notó que el de la derecha tenía dos varas de metal a los costados. Eso significaba que ahí un rollo de alambre empalmaba con otro. Se agarró fuerte del volante y enfiló hacia ese. Una telaraña siempre era más débil en los bordes que en el centro.

Pensó en Sandra, en Los Antiguos y en Mina. También en los pasajeros que viajaban en la cisterna. Dos metros antes de impactar contra el pilar, cerró los ojos.

Al ruido del cemento partiéndose le siguió el rechinar del alambre tejido mientras se estiraba y se desprendía del poste. La velocidad del camión disminuyó de golpe y la inercia empujó al Pata hacia adelante. Los brazos, demasiado firmes sobre el volante, le produjeron un dolor punzante en los hombros.

Abrió los ojos. La cabina se sacudía para todos lados mientras el camión cruzaba la franja de tierra entre el alambre y el camino, zarandeando al Pata como si estuviera en un lavarropas. Sin levantar el pie del acelerador, giró el volante hacia la izquierda y puso el camión en dirección al campamento. Por el espejo retrovisor vio, una a una, las tres Hilux y la ambulancia salir de la planta por el hueco que acababa de abrir.

Bajó la ventanilla, asomó un puño y vació los pulmones con un grito eufórico. Los guanacos se habían movido cien metros más allá y volvían a buscar algo que masticar.

## CAPÍTULO 86

*16 de julio de 2019, 4:13 p. m.*

Poco después de salir de la planta, Minerva adelantó al Pata para ponerse a la cabeza del convoy. Detrás del camión de combustible venía el Cerrajero en otra Hilux, seguido de Pólvora en la ambulancia. Cerraba Mac con la tercera camioneta.

Atravesaron el campamento a toda velocidad y tomaron el camino sinuoso que lo conectaba con el Puesto de Entrada. Minerva puso a cero el cuentakilómetros.

Le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes. Se aferraba el volante con las dos manos, atenta a las curvas, intentando no pensar en que todavía les quedaba lo más difícil.

Cuando el contador marcaba tres kilómetros, las curvas se terminaron. Continuó por la recta ancha que se perdía y reaparecía con las suaves ondulaciones del terreno en dirección al Puesto de Entrada.

Apenas el tres coma nueve se transformó en un cuatro, bajó la ventanilla, asomó una mano abierta y pisó el freno.

La caravana se detuvo en un bajo del terreno. Detrás de ellos, ni el campamento ni la planta estaban a la vista. Delante, el camino se perdía en la siguiente ondulación y el Puesto de Entrada quedaba oculto tras el horizonte. Sólo veían camino y meseta.

Minerva se bajó de la camioneta y se reunió con Mac, Pólvora y el Cerrajero junto a la ambulancia.

—¿Todo listo? —le preguntó Pólvora, sacando una navaja del bolsillo.

Ella asintió y Mac abrió la puerta del acompañante de la ambulancia.  
Mientras tanto, el Pata maniobraba el camión.

## CAPÍTULO 87

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Minerva apoyó el puntero láser sobre la mesa y apagó el proyector.

—Supongo que tendrán preguntas.

—¿Quién se va a encargar de colocar el doré? —quiso saber Pólvora desde el sillón que compartía con el Banquero frente a la chimenea.

—El Pata —respondió ella mientras se servía una taza de té—. Tiene un contacto en Chile.

—Mauro —dijo el Pata—. Uno de los mejores contrabandistas de Sudamérica.

—¿Tenemos que sacar cinco toneladas a otro país? —protestó Pólvora tras darle una nueva chupada a su puro de vainilla—. ¿Estamos locos? ¿Por qué no lo vendemos en Argentina?

—Es verdad. No se me había ocurrido —dijo el Pata con sarcasmo mientras se tocaba la sien y miraba el techo.

—No me tomes el pelo. Te estoy hablando bien.

—Eh, tranquilo —intervino el Banquero—. ¿No te aguantás un chiste?

—No.

—Te vamos a amansar a base de cariño —rió el viejo ladrón y le pegó un par de cachetadas suaves en la cara. Pólvora lo apartó de un manotazo.

—Sólo hay unas pocas refinerías en el mundo que separan el oro de la plata —explicó Minerva—. Canadá, Austria, Australia... La más cercana

está en Sudáfrica. Como te imaginarás, no nos podemos plantar en la puerta con cinco mil kilos de doré y decirles que lo procesen sin pedirnos explicaciones.

—¿Qué tiene que ver eso con Chile?

Minerva le hizo un gesto al Pata para que lo explicara.

—Nuestra minería es muy joven comparada con la chilena. Del otro lado de la cordillera llevan décadas y décadas de oro, plata, cobre y lo que se te ocurra.

—Un mercado negro para un producto tan específico no surge de un día para el otro —añadió ella—. Lleva tiempo construir redes de contactos que te permitan vender doré.

—¿Qué porcentaje se lleva el chileno? —preguntó Pólvora, expulsando humo con cada palabra.

—Él se queda con la plata y nosotros con el oro. Todos los gastos de traslado corren por nuestra cuenta.

—En guita, ¿cuánto sería?

—Si al final nos llevamos cinco mil kilos al cuatro y medio por ciento de oro, le quedarían tres millones de dólares a él y diez a nosotros.

—Diez dividido entre seis da a más de un palo y medio por cabeza —calculó el Cerrajero.

Minerva miró uno a uno a los hombres. A casi todos les brillaron los ojos ante la cifra. Pólvora, sin embargo, no parecía convencido.

—¿No hay forma de entregarle a tu contacto el doré en Argentina?

El Pata movió de un lado a otro la cabeza afeitada.

—Imposible. Si queremos los diez palos verdes, tenemos que meter los lingotes en Chile.

—¿Se puede saber cómo vamos a salir de la mina con cinco toneladas de carga y las vamos a llevar a otro país?

—Ya les dije, haciendo magia —respondió ella, intentando no sonreír, y se metió una mano al bolsillo.

Sacó una moneda brillante y la sostuvo entre el pulgar y el índice, mostrándosela a sus compañeros. El gesto hizo que en el comedor no volara una mosca.

—Imaginemos que esta moneda son los cinco mil kilos de doré —le dijo Minerva a los hombres.

Haciendo un movimiento de ola con los dedos, hizo pasar la moneda de nudillo en nudillo, primero del índice hacia el meñique y luego en dirección contraria. Todos sus sentidos estaban concentrados en que la moneda no cayera al suelo, como le había pasado incontables veces mientras practicaba frente al espejo.

—Cuando todo el mundo está mirando la mano derecha, lo realmente importante pasa en la izquierda. Esa es la esencia de cualquier truco de magia. Desviar la atención.

Cerró ambas manos, la que tenía la moneda y la que no. Las agitó al mismo tiempo.

—La maniobra de salida será un truco sofisticado, con varias capas de distracción. Digamos que, cuando la policía llegue, se va a encontrar con una caja. Adentro habrá otra caja. Dentro, otra más chiquita. Y así.

—¿Y cuando por fin abran la última? —preguntó el Cerrajero.

Minerva abrió ambas manos, enseñando las palmas vacías.

—No va a haber nada.

Luego hurgó en uno de sus bolsillos, sacó la moneda y se la mostró a la audiencia.

—Mientras más capas le pongamos, más protegidos vamos a estar, porque si una de ellas no funciona, nos quedarán las otras.

—Dale Minerva, no te hagas la misteriosa y contá —le dijo Pólvora entre humos de vainilla.

Entonces Minerva asintió y explicó al detalle cada una de las cuatro maniobras de distracción. También, por supuesto, les reveló el truco: les dijo cómo iban a hacer desaparecer cinco toneladas de doré de Entrevientos y cómo las iban a hacer reaparecer en Chile.

## **PARTE V:**

### *El truco de magia*

## CAPÍTULO 88

*16 de julio de 2019, 4:11 p. m.*

Cuando dejó de oír el motor de los vehículos, Carlos Sandoval se quitó la capucha. Abrió los ojos con un miedo irracional a encontrarse con un arma apuntándole al entrecejo, pero frente a él no había nadie.

Recorrió con la mirada las paredes de chapa y la maquinaria de la *gold room*. Había pocos indicios de lo que acababa de pasar. Apenas unos manchones de pintura negra en las cámaras, la claridad del día recortándose en la puerta abierta de la esclusa y el agujero de un balazo en el techo por el que se colaba un rayo de sol.

Y el silencio. La última vez que la planta se había parado por completo había sido catorce meses atrás por una falsa alarma. Detener el proceso le costaba a la empresa medio millón de dólares por hora.

Se puso de pie, rodeó la bóveda y, entonces sí, el desastre se hizo patente. Se metió entre las rejas, hundidas hacia adentro como si un gigante les hubiera dado un puñetazo. En el interior, la luz de los fluorescentes iluminaba quince pallets de madera apilados contra la pared. No quedaba ni uno de los ochenta y ocho lingotes que figuraban en el inventario. Los ladrones se habían llevado cinco toneladas de doré y un rehén.

Se los imaginó huyendo, desesperados por salir de Entrevientos lo antes posible, y lo invadió una sensación de pánico. ¿Y si se encontraban con un problema, o se habían olvidado algo y decidían volver? Tenía que irse de ahí cuanto antes.

Echó a correr, dejando atrás la bóveda, y atravesó la *gold room* en dirección a la esclusa. Pasó por encima del portón de chapa aplastado contra



el suelo y salió al exterior. Con el viento frío golpeándole la cara, continuó a todo lo que le daban las piernas en dirección opuesta a la garita de seguridad. En la otra esquina de la planta había una pequeña puerta en el alambrado que conectaba con el recinto de los generadores de electricidad. Y esa puerta, al igual que todas en Entrevientos, se abría ante su tarjeta.

Mientras corría, la mente ingenieril de Sandoval calculaba las pérdidas. Bóveda vacía, destrozos, planta detenida por completo, indemnizaciones para los rehenes, y todo lo que todavía podía pasar. El reclamo de Inuit a la compañía de seguros sería por mucho más que los trece millones de dólares del doré faltante.

Le quedaban apenas veinte metros para llegar a la puerta en el alambre cuando vio por el rabillo del ojo que una Hilux gris se acercaba a él a toda velocidad. Corrió más rápido aún. Sentía que los pulmones le iban a explotar.

La camioneta lo alcanzó y clavó los frenos. Algunas de las piedras que levantó al derrapar golpearon sus piernas.

Se tiró al suelo, con las manos en la nuca.

—Jefe. ¿Está bien?

Era Francisco Alvarado, el gerente de seguridad.

—Sí, estoy bien —dijo, apresurándose a ponerse de pie—. ¿Se fueron?

—Sí, rompieron el alambre y salieron en dirección al Puesto de Entrada.

—¿Los otros gerentes? —preguntó, refiriéndose a sus subordinados inmediatos.

—Siguen en la sala de reuniones.

—Llévame con ellos.

## CAPÍTULO 89

*16 de julio de 2019, 4:22 p. m.*

Al entrar a la sala de reuniones, Sandoval notó el aire denso y viciado. Las catorce personas sentadas alrededor de la mesa levantaron la cabeza hacia él. Reconoció a los siete gerentes de cada una de las divisiones de la mina, algunos supervisores que reportaban directamente a ellos, su secretaria y los informáticos Madueño y Mallo. Varios se pusieron de pie y se acercaron a él.

—Estoy bien —dijo, zanjando el aluvión de preguntas—. ¿Qué se sabe de los ladrones?

—Atravesaron el campamento y siguieron para el Puesto de Entrada —dijo alguien.

—De la *gold room* se llevaron por lo menos un rehén. ¿Sabemos quién es?

—Andrés Cepeda, conductor de la ambulancia —respondió el gerente de seguridad.

—¿Falta alguien más?

—Todavía estamos ejecutando el protocolo de recuento. En unos minutos vamos a tener los resultados.

—¿Se fueron todos los vehículos juntos?

—Sí, en caravana. El camión cisterna, las tres camionetas y la ambulancia.

Sandoval se giró hacia Felipe Madueño, que escribía frenéticamente en su computadora portátil.

—¿Comunicaciones?

—Restablecimos el enlace de internet satelital —dijo Mallo al ver que Madueño seguía tecleando sin levantar la cabeza—. Ahora estamos intentando rastrear los GPS de los vehículos que se llevaron.

Sandoval rodeó la mesa de la sala de reuniones y miró la pantalla por encima del hombro de Madueño. Debajo de una ventana que mostraba un mapa satelital del campamento, el joven introducía comandos a toda velocidad.

—Me parece que los tengo —exclamó Madueño.

—¿Dónde están? —preguntó Sandoval.

—El programa puede tardar unos segundos en mostrarlos en el mapa. Estas son las coordenadas —dijo, señalando unos números en la parte negra de la pantalla.

Apenas el muchacho terminó de hablar, una fila de cuatro círculos muy juntos apareció en el monitor. Se movían hacia el norte, en dirección al Puesto de Entrada. Madueño apretó un par de teclas y la imagen se proyectó en la pantalla de tela blanca instalada al fondo de la sala. Todas las cabezas se giraron en esa dirección.

Uno de los cuatro puntos se puso de color rojo.

—¿Qué es eso? —preguntó Sandoval.

—Nada. Le cambié el color a la ambulancia para que sea más fácil distinguirla. Los tres grises son las Hilux.

—Falta el camión de combustible —observó Sandoval.

—No es propiedad de la mina. Habría que pedir a YPF que nos dé acceso a su servicio de GPS. Sin eso, es imposible.

—Marcela, conectame con alguien en YPF que pueda resolver esto ya. ¡Ya!

—Sí, señor Sandoval —dijo la secretaria, mirando a Madueño mientras sacaba su teléfono del bolsillo—. No tengo señal.

—Podés usar el programa de voz sobre IP —respondió Madueño—. Primero te conectás a esta red Wifi...

La conversación entre el informático y la secretaria desapareció de la cabeza de Sandoval. Lo único que le importaba eran los cuatro puntos que continuaban avanzando en la pantalla. Tenía muchísimas ganas de fumar.

Se metió a la boca uno de sus chicles de café y agarró una de las radios que había sobre la gran mesa. Ya se había acercado el aparato a la boca cuando se dio cuenta de que no sabía lo que iba a decir. Parte de él

quería ordenar a los del Puesto de Entrada que cruzaran en el camino todos los vehículos que tuvieran a mano, para bloquearles el paso. Si impedía que se fueran, a lo mejor podría recuperar el teléfono plateado. Por otra parte, quería confiar en que si los ladrones lograban salir, la porteña cumpliría su palabra y los mensajes entre él y Gastón Muñoz no verían nunca la luz.

—Atención, habla el gerente general —dijo, utilizando el canal para emergencias—. Los asaltantes se dirigen al Puesto de Entrada. Abran el portón y déjenlos salir. Repito, abran el portón y no opongan ninguna resistencia. Van armados.

—Espere. ¡Se pararon! —exclamó Madueño.

Al mirar la pantalla, comprobó que el muchacho tenía razón. Los vehículos se habían detenido a cuatro kilómetros del campamento. Todavía les faltaban ocho para llegar al Puesto de Entrada. Sandoval reprodujo mentalmente el trayecto, que había hecho miles de veces en ambos sentidos. Estaban detenidos en un punto ciego, sin línea visual directa con el campamento ni con el Puesto de Entrada.

—¿Qué están planeando estos hijos de puta? —se preguntó en voz alta.

Por toda respuesta, le llegaron los murmullos de la sala: Marcela hablando por teléfono y los gerentes exponiendo en voz baja hipótesis que no consideraban lo bastante sólidas como para plantearse las a su jefe.

—Señor Sandoval, está en línea el jefe de seguridad de la flota de vehículos pesados de YPF —dijo Marcela unos segundos más tarde, entregándole un teléfono.

—Necesito rastrear uno de sus camiones cisterna. Es una emergencia —dijo apenas se apoyó el aparato en la oreja.

Como todo jefe de seguridad, el empleado de YPF se mostró desconfiado. Sandoval tardó cuatro minutos en convencerlo de que estaban ante una emergencia real en la que no sólo peligraba el patrimonio de YPF sino también la vida de uno de sus empleados. Al fin y al cabo, nadie sabía qué había pasado con el chofer al que los asaltantes habían robado el camión.

—Deme el número de matrícula —dijo al fin el tipo.

—MRG118 —leyó Sandoval de uno de los portapapeles que había sobre la gran mesa de reuniones.

—Déjeme ver qué puedo hacer.

—No, «déjeme ver», las pelotas. Necesito las coordenadas del GPS ya. ¿No te da cuentas de que es una emergencia?

Hubo un silencio del otro lado de la línea.

—¿Señor Sandoval?

—Sí.

—Repítame el número, por favor.

Mientras lo hacía, Sandoval tuvo una extraña sensación de familiaridad. ¿Dónde había visto antes esa secuencia de números y letras?

—No hay ningún MRG118 en nuestra flota.

—No puede ser. Fíjate de nuevo.

—A ver, espere. Me parece que acá pasa algo raro —dijo la voz del otro lado de la línea.

*No me digas*, pensó Sandoval.

—Tenemos un camión que ya debería estar de camino a la refinería, pero me figura como que todavía está en el yacimiento. En este momento parece que va por un camino recto...

—¡Es ese! ¡Es ese! Necesitamos las coordenadas ya, para que la policía pueda rastrearlo.

El hombre volvió a hablar, pero la rabia de Sandoval sólo le permitía escuchar su voz como un sonido de fondo. Cuando cortó, tiró el teléfono de Marcela sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alvarado.

—Dice que nos envía por email el enlace al GPS del camión lo antes posible. ¡No lo quiero lo antes posible, lo quiero ahora!

—Se mueve la ambulancia —anunció Madueño, señalando el punto rojo en la pantalla, que ahora se alejaba de los grises—. Va para el Puesto de Entrada.

Sandoval informó la novedad al Puesto de Entrada, indicándoles que se pusieran a resguardo y reiterándoles que no dificultaran la salida del vehículo. Siguieron un par de minutos en absoluto silencio, en los que él no despegó los ojos del puntito rojo que avanzaba hacia el norte.

Felipe Madueño avisó que un email de YPF acababa de llegar. Varios de los gerentes se enderezaron en sus sillas cuando el informático proyectó un mapa muy similar al anterior que, en vez de círculos rojos y grises, mostraba la posición del camión con un rectángulo azul.

Se movía, aunque en una dirección inesperada.

—No puede ser —exclamó Sandoval—. Tiene que haber un error.  
El gerente de seguridad se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué hacemos? —preguntó otro.

—No hay que perder la calma —dijo un tercero con tono poco convencido.

—¿A qué velocidad viene?

—A setenta kilómetros por hora —aclaró Madueño, señalando con un puntero láser uno de los números en un rincón del mapa.

—¿Viene? —preguntó Marcela—. ¿Cómo que *viene*?

Sandoval asintió sin ser capaz de pronunciar palabra. *Venir* era el verbo correcto. El camión de combustible de YPF había dado la vuelta y se dirigía hacia el campamento.

Hacia ellos.

## CAPÍTULO 90

*16 de julio de 2019, 4:34 p. m.*

Carlos Sandoval volvió a hablar por el canal de emergencias.

—Atención a todo el personal, un camión de YPF se dirige en este momento hacia el campamento. Llega en dos minutos. Quiero que todo el mundo se mantenga alejado de ese vehículo. Hay asaltantes armados y posiblemente rehenes a bordo. Repito, mantenerse alejados del camión de YPF. No quiero a nadie afuera de los módulos. Todo el mundo, a cubierto.

—Ahí viene —dijo Marcela señalando la ventana.

El camión azul levantaba una gran polvareda por el camino principal, que atravesaba el campamento para conectarlo con el Puesto de Entrada y la planta. La ventana por la que Sandoval lo observaba daba directamente a ese camino.

—¿Qué quieren? —preguntó Madueño.

*Tuvieron algún problema. O vienen a buscar más rehenes,* pensó Sandoval.

En la sala de reuniones no volaba una mosca. Sólo se sentía el siseo oscilante del viento empujando la construcción modular. Mientras miraba al vehículo acercarse, el gerente general pensó en su mujer y en sus tres hijos. Hacía muchos años que no sentía tanto miedo. Tenía el presentimiento de que el camión lo venía a buscar a él. Un pánico irracional le decía que ese era el último día de su vida. Que se iba a morir en Entrevientos, lejos de su familia, de su ciudad, de la casa en la que su padre y su hermano lo habían criado.

Si moría hoy, le quedarían demasiados asuntos pendientes. Recomponer el matrimonio con su esposa. Salir en la tapa del anuario de Inuit Gold. Buscar a su madre y escupirle toda la bilis que llevaba rumiando cincuenta años.

*Dios, te prometo que si salgo vivo de esta, cambio. Chau Pamela y las otras putas. Tampoco le vuelvo a levantar la mano a mi mujer. Te lo juro. Pero hoy no, por favor.*

El camión atravesó el campamento sin reducir la velocidad un ápice. Cuando pasó junto a ellos, un reguero de cantos rodados roció las paredes prefabricadas de la sala de reuniones.

—Parece que va para la planta —dijo el gerente de seguridad, apresurándose a avisar por radio.

Sandoval apoyó la espalda en la pared junto a la ventana. Intentó calmar su respiración e ignorar los latidos en la sien. Su mirada recorría de un lado a otro la pantalla al final de la sala. Arriba, el punto rojo de la ambulancia se dirigía a la salida. Abajo, el rectángulo azul del camión cisterna se acercaba a la planta. En el centro, las tres Hilux quietas.

—Sigue de largo —dijo alguien en la radio—. El camión no va a la planta.

—¿Entonces adónde va? —preguntó Marcela, como si del otro lado de la radio pudieran oírla—. Pasada la planta no hay nada más que los *pits* a cielo abierto.

—No tiene sentido —dijo Sandoval en voz alta, más para sí mismo que para los demás—. Los caminos que hay más allá de los *pits* son huellas apenas transitables con camionetas cuatro por cuatro. No hay forma de que un camión pueda avanzar por ahí.

—Me parece que no tiene intención de avanzar —dijo Madueño señalando la pantalla.

En una triple bifurcación, el camión se había desviado a la izquierda y ahora avanzaba por un camino sin salida.

—¿Esa no es la entrada al túnel? —preguntó Marcela.

—¿Para qué quieren meterse ahí? —intervino el gerente de minas.

Por más que la lógica no pudiera explicarlo, el rectángulo azul continuó avanzando. Cuando llegó a la boca del túnel, se detuvo en seco.



## CAPÍTULO 91

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

Mac miró hacia afuera por las ventanas triangulares del domo. La última claridad del día había desaparecido y ahora era noche cerrada.

Volvió a prestar atención a Minerva, que apuntaba con el láser a una foto aérea proyectada en la pantalla. En el campo marrón se veían socavones tan grandes que los camiones que había dentro parecían diminutos. Mac estimó que cada uno tenía el tamaño de un estadio de fútbol.

—Por esto le dicen minería a cielo abierto —explicó Minerva—. Estos agujeros alargados, llamados *pits*, siguen la veta de roca rica en oro y plata.

Minerva volvió a cambiar la imagen. En la pantalla apareció un camino de tierra que descendía hasta la entrada de un túnel. A Mac le recordó a los túneles que habían hecho los ingleses para el ferrocarril que unía Mendoza con Santiago de Chile. Salvo que este no atravesaba ninguna montaña sino que descendía hacia las entrañas de la planicie.

—El setenta por ciento del metal está demasiado profundo para hacer *pits* —continuó Minerva—. A la empresa no le conviene quitar tanta roca estéril hasta llegar a la rica, así que un túnel es más rentable. Incluso con los riesgos que conlleva.

Una ilustración en tres dimensiones de un tubo que bajaba en tirabuzón reemplazó a la fotografía.

—El túnel caracolea hacia abajo para acceder a la veta a diferentes profundidades, como si fuera la rampa de un estacionamiento subterráneo gigante. En este momento tiene tres kilómetros y llega a ochenta metros bajo tierra, pero estiman que alcanzará los doscientos. La única boca para entrar y salir es esta y, atención, no hay control de acceso.

—¿No hay control? —preguntó Pólvora, sorprendido.

—No, porque nadie en su sano juicio se metería ahí sin tomar todas las precauciones necesarias. Al entrar, hay un tarjetero donde los empleados dejan su identificación. De esa manera, de un simple vistazo se puede ver quién está adentro.

—¿Hay comunicaciones abajo? —preguntó Mac.

—Hay señal de VHF y es vital. Si se corta, se suspenden todas las actividades. Todo está estrictamente controlado, porque es uno de los lugares más peligrosos de Entrevientos. Se revisa desde cada centímetro de cable hasta el último paquete de galletitas de los refugios.

—¿Refugios? —pregunto el Cerrajero con su erre arrastrada.

—Tres búnkeres para emergencias. Si hay un derrumbe y queda gente atrapada, tienen orden de encerrarse en los refugios hasta que los vengan a rescatar. Ahí tienen oxígeno envasado, víveres, agua, mantas, baños químicos y hasta juegos de mesa.

—Después de lo que pasó en 2010 en Chile, las mineras reforzaron mucho la seguridad en los túneles —añadió el Pata—. Uno de los problemas que tuvieron los famosos treinta y tres fue que en el refugio no había casi comida. Como la mina es tan profunda, se habían ido comiendo a escondidas las provisiones durante los meses anteriores, porque les quedaba más cómodo que subir. Por eso ahora los controles son muy estrictos y las despensas siempre están repletas.

—¿Qué capacidad tienen esos refugios? —preguntó el Cerrajero.

—Veinte personas cada uno.

## CAPÍTULO 92

*16 de julio de 2019, 4:42 p. m.*

—¿Se pararon en la puerta del túnel? —preguntó Sandoval.

—No, se metieron. Adentro no hay señal de GPS, y por eso en la pantalla dejó de moverse —respondió Madueño al tiempo que el rectángulo azul, detenido, se tornaba semitransparente y comenzaba a parpadear.

Sandoval tenía ganas de gritar.

—¿Cuántos empleados hay dentro? —le preguntó al gerente de minas.

—Ninguno. Dimos la orden de evacuar, igual que en la planta.

Madueño proyectó en la pantalla la imagen de la única cámara que apuntaba a la entrada del túnel. Todo lo que se veía era un camino que descendía a un agujero negro. De no ser por los coirones amarillos que se movían con el viento, habría pasado por una foto.

—No podemos entrar hasta que no venga la policía —opinó el gerente de seguridad—. No sabemos quiénes están ahí, si tienen armas, rehenes...

—En cuarenta y cinco minutos, más o menos, la policía de Deseado tiene que estar acá —intervino Marcela—. Y en dos horas y media, como mucho, tenemos a los de San Julián y al grupo especial de Caleta Olivia.

—Las Hilux ahora también se mueven —anunció Madueño.

La pantalla volvía a mostrar el mapa con el camino de acceso al yacimiento. La ambulancia continuaba hacia el norte. Le faltaban dos kilómetros para llegar al Puesto de Entrada. Seis kilómetros más abajo, los

tres puntos grises que habían estado detenidos ahora se alejaban en una línea perpendicular al camino.

—Parece que agarraron para el este por una de las huellas secundarias que usamos nosotros —dijo Alberto de Abreu, el gerente de exploraciones.

—¿Adónde va a parar? —preguntó Sandoval.

—A otras huellas, y de ahí a otras más. Son caminos de difícil tránsito, pero con esas camionetas no van a tener problema para avanzar, incluso lastrados por el doré.

—¿Por dónde podrían terminar saliendo?

—Por la ruta 47, y de ahí buscar el asfalto en Tres Cerros. O también pueden llegar a la 83, que bordea la costa, y termina a setenta kilómetros de San Julián.

Sandoval apretó con fuerza ambos puños. Aunque no recordaba exactamente las rutas provinciales de las que le hablaba De Abreu, le quedaba claro que los ladrones tenían demasiadas vías de escape.

—Vayan para donde vayan, van a terminar saliendo en la ruta 3 —dijo el gerente de planta.

—Se vuelven a parar —comentó Madueño.

Sandoval resopló por la nariz. Estaba harto de no saber qué carajo pasaba. Los tres puntos blancos, ya alejados casi dos kilómetros del camino principal, se habían detenido. Le hubiera encantado que alguien levantara la mano y ofreciera una explicación para todo aquello. O al menos una teoría.

—Parece que se separan —añadió el joven informático.

Las tres Hilux se alejaban del camino principal, y a la vez se distanciaban entre sí, describiendo un tridente que se abría hacia el norte.

—Van por caminos diferentes, pero las tres van a terminar desembocando en la ruta 47 —dijo Sandoval.

—Me parece que se equivoca, señor gerente —respondió Madueño ampliando la imagen satelital.

—¿Cómo que me equivoco? —Sandoval dio largas zancadas hasta la pantalla y trazó tres líneas hacia arriba con el dedo—. Van directo a la 47.

—En eso tiene razón. Me refería a que no van por tres caminos diferentes.

—¿Qué querés decir, Madueño?

—Que no van por ningún camino.

Tuvo ganas de ahorcarlo. Matar al mensajero.

—¿Me estás diciendo que van por el medio del campo, entre las matas?

—Parece que sí. Fíjese en la pantalla. Están avanzando por campo virgen.

Eso no tenía ningún sentido.

—Entonces es imposible que vayan cargadas con mil setecientos kilos cada una. Tienen que ir vacías.

—Si van vacías, el doré tiene que estar en la ambulancia o en el camión de combustible.

—En la ambulancia hay una parte. Estoy seguro porque lo vi —dijo Sandoval—. Pero todo, no creo. Cinco toneladas es muchísimo peso.

—Entonces el resto tiene que estar en el camión de combustible.

—O sea, adentro del túnel.

El gerente estuvo a punto de dar un nuevo puñetazo en la mesa, pero se controló a tiempo. Miró el mapa, que ahora Madueño volvía a alejar. El círculo rojo ya había llegado al Puesto de Entrada.

## CAPÍTULO 93

*16 de julio de 2019, 4:43 p. m.*

Por la ventana de vidrio doble, que en ese momento hubiera querido que fuera blindado, el vigilante de seguridad del Puesto de Entrada vio en el horizonte las luces rojas de la ambulancia. Volvió a mirar el portón de salida para asegurarse de que estaba abierto de par en par, como lo había indicado el gerente.

—Vamos —les dijo a sus dos compañeros, intentando que no se le notara el temblor en la voz.

Se encerraron en la pequeña sala sin ventanas que usaban para examinar el equipaje del personal cuando el escáner detectaba algo raro. Los otros dos se sentaron en el suelo, pero él prefirió quedarse de pie. Se persignó mientras pensaba en lo absurdo que era tener un puesto de vigilante sin un arma con la que defenderse.

La sirena de la ambulancia, lejana, rompió el silencio. Ninguno de los tres pronunció palabra. Poco a poco, el sonido se fue haciendo más intenso, igual que el latido de su corazón. En unos segundos estaría en la puerta del Puesto de Entrada. No pudo evitar imaginarse a dos tipos con ametralladoras bajándose a repartir tiros.

Sin embargo, sucedió lo contrario. Cuando la ambulancia estuvo del otro lado de la pared en la que él se apoyaba, oyó la aceleración del motor y la sirena se fue atenuando a medida que el vehículo se alejaba.

*Gracias, Dios,* dijo mentalmente mientras se descolgaba la radio de la cintura. Se permitió unos segundos para recobrar el aliento y salió junto a sus dos compañeros a la sala principal.

—La ambulancia acaba de abandonar el Puesto de Entrada —anunció mientras la veía por la ventana alejarse levantando una nube de tierra—. Va hacia el norte por la ruta 47. Repito, hacia el norte por la 47.

—Gracias, Puesto de Entrada —dijo del otro lado la voz del gerente—. ¿Pudieron ver al conductor?

—No. Nos refugiamos apenas la vimos aproximarse, como usted nos indicó. Cuando salimos, ya se había alejado.

## CAPÍTULO 94

*16 de julio de 2019, 4:50 p. m.*

A la izquierda de la pantalla, el proyector mostraba el mapa con los cuatro puntos del GPS: las tres camionetas yendo hacia el noroeste y la ambulancia hacia el noreste. A la derecha, la cámara que apuntaba a la entrada del túnel por donde se había metido el camión cisterna. Sandoval alternaba entre ambas imágenes, como si en una de ellas estuviera la clave para entender lo que estaba pasando.

—¿Hay alguien en los *pits*? —preguntó a la sala.

—No, también los evacuamos —respondió Alvarado—. Todo el personal del yacimiento está en el campamento, a excepción de los tres que hay en el Puesto de Entrada. Los empleados tienen instrucciones de encerrarse en sus habitaciones hasta nuevo aviso. Los que suben y bajan a Deseado en el día están en el comedor.

—¿Cuánto falta para que llegue la policía?

—En teoría, poco más de media hora —dijo Marcela mirando el reloj en su muñeca—. Pero como en el camino no hay señal y la radio no tiene alcance suficiente, no tenemos forma de saber por dónde van.

—Haceme acordar de que cuando todo esto vuelva a la normalidad le donemos un teléfono satelital a todas las comisarías de la zona.

—Sí, señor —respondió Marcela, anotándolo en su agenda.

Sandoval volvió a concentrarse en la pantalla. Intentó calmarse, pero estaba rabioso. Apoyó el dedo en el lado derecho, donde se proyectaba la entrada al túnel. La tela se hundió, deformando la imagen.



—¿A qué están jugando estos tipos? Esto no tiene ningún sentido. ¿Para qué se acorralan ahí?

—A lo mejor se atrincheraron para negociar —sugirió uno de los gerentes—. Agua y comida no les va a faltar. Tienen los tres refugios.

—¿Cuánto tiempo pueden quedarse adentro? —preguntó.

—Depende de cuantos sean —respondió el gerente de minas—. Cada refugio tiene agua, comida y oxígeno envasado para que veinte personas sobrevivan doce días. Así que, si son dos o tres, podrían estar ahí abajo...

—Entre nueve meses y un año —calculó Sandoval.

—Voy a dar el parte a las comisarías —dijo Alvarado—. Creo que para estos tipos no va a alcanzar con el grupo especial de Caleta Olivia. Necesitamos, como mínimo, un negociador y una unidad de asalto.

Sandoval asintió con gesto ausente. Su cabeza estaba en otro lado, intentando encontrarle sentido a la maniobra. Si habían entrado a la mina en ese camión de combustible, era lógico que también salieran en él. Sobre todo porque era el único vehículo capaz de transportar todo el oro que se habían llevado.

Sin embargo, el lingote que él había visto en la ambulancia le dejaba claro que el doré estaba repartido. Pero ¿de qué manera? ¿Una parte en la ambulancia y otra en el camión? ¿O también había lingotes en las Hilux? En ese caso, ¿por qué llevarlas lastradas por el medio del campo, arriesgándose a que una avería los dejara tirados?

Ninguna de las explicaciones terminaba de convencerlo.

—Con la maquinaria que hay ahí adentro, ¿podrían hacer un túnel? —preguntó.

—Como máximo pueden perforar cien metros en línea recta antes de que se les acabe el combustible —respondió el gerente de minas.

—Con eso no van a ir muy lejos —añadió Alvarado.

—A menos que conecten el túnel con otro que ya hicieron previamente.

—Imposible —volvió a interceder el de minas—. Nosotros, que somos profesionales, avanzamos a paso de hormiga. Imagínense una banda de ladrones. Además, ¿desde dónde tendrían que haber empezado para que no los hayamos detectado? Estamos hablando de kilómetros de suelo rocoso.

—Yo creo que el doré no está ahí —opinó el gerente de planta—. No tiene ningún sentido meterse en un túnel sin salida.

El gerente de minas carraspeó y se acomodó en su silla.

—En realidad, tiene salida —dijo—. No una, sino ocho.

—¿Ocho salidas? —preguntó Marcela.

—Sí, los *shafts* de ventilación. Son unos pozos verticales que conectan el túnel con la superficie. Sirven para que circule el aire.

—¿Qué diámetro tienen? —preguntó el gerente de planta.

—Noventa centímetros.

—O sea que un hombre puede salir por ahí sin problemas.

—Están diseñados para eso. Además de ventilaciones, son puntos de acceso al túnel. Sirven para llevar a cabo las maniobras de rescate en caso de derrumbe.

—¿Tienen escalera en el interior?

—No. Para sacar a alguien por ahí se necesita una grúa o un motor eléctrico.

—¿Qué hay en la superficie, donde sale cada *shaft*?

—Una reja metálica para evitar que caigan animales o rocas. Es muy fácil de abrir, tanto de afuera como de adentro, porque está pensada para brindar asistencia en caso de catástrofe.

—Madueño, proyectá todas las cámaras que apunten a esas ocho bocas de respiración —ordenó Sandoval.

—No hay ninguna —intervino Alvarado, en tono casi de disculpas—. Casi todas esas bocas quedan detrás de una lomada en el terreno, ciento y pico de metros más allá de la entrada al túnel. No hay nada que vigilar ahí.

Sandoval examinó el mapa. Detrás de la boca del túnel había dos kilómetros cuadrados de campo virgen, sin caminos ni *pits*.

—Más allá de la entrada al túnel, es todo campo —añadió Alvarado, como si le hubiera leído la mente.

## CAPÍTULO 95

*16 de julio de 2019, 4:59 p. m.*

El comisario Rodolfo Lamuedra aferraba con fuerza el volante de la cuatro por cuatro de la Policía de Santa Cruz que cruzaba la estepa a setenta kilómetros por hora. Su mirada alternaba entre el velocímetro, la recta de tierra que surcaba el campo frente a él y el espejo retrovisor. Detrás de la nube de polvo, venían otras dos camionetas idénticas a la suya.

Hacía más de una hora que habían abandonado el asfalto para dirigirse hacia el sur, en dirección a Entrevientos. También había un grupo especial en camino, pero venían desde Caleta y podían tardar dos horas más que ellos en llegar. Una hora y media, con suerte. Lamuedra tenía claro que él y sus tres hombres serían los primeros en lidiar con el conflicto.

La adrenalina lo ponía en alerta. No se sentía así desde hacía dos años, cuando había ayudado a la criminalista Laura Badía con el caso que luego la prensa llamó *El coleccionista de flechas*. Después, había vuelto al trabajo burocrático. Siendo uno de los comisarios más veteranos de la provincia, ya estaba demasiado arriba en el escalafón como para escaparle.

Por eso disfrutaba de momentos como este, en los que podía hacer el trabajo para el que había nacido. Ser policía era una elección de vida. Ser comisario, en cambio, una circunstancia.

—Ahí viene alguien —dijo Bellido desde el asiento del acompañante, sacándolo de sus pensamientos.

El oficial señalaba el horizonte. Entrecerrando los ojos, Lamuedra logró ver una nube de polvo que el viento disipaba hacia la izquierda. Medio minuto más tarde, en el origen de la polvareda distinguió un

vehículo rojo y blanco. Cuadrado. Y lo que en principio le había parecido el reflejo del sol bajo de la tarde, ahora se manifestaba demasiado regular. Eran luces parpadeando en el techo.

—¿Una ambulancia? —se preguntó.

—Parece que sí —dijo Bellido.

Soltó una mano del volante y agarró la radio.

—Viene una ambulancia en nuestra dirección —dijo al aparato, mirando por el retrovisor—. Vamos a pararla para que nos diga qué novedades hay.

—De acuerdo, Comisario —respondió Pereira desde la camioneta de atrás.

—De acuerdo —repitió Ramírez, que cerraba la caravana.

Una ambulancia era mala señal. Maldijo para sus adentros estar incomunicado. No tenía ni idea de qué había pasado en Entrevientos en la última hora y pico, desde que su teléfono se había quedado sin servicio al salir de Puerto Deseado.

Mientras conducía, especulaba. Por una parte, si había heridos era porque la cosa se había complicado. Por otra, que la ambulancia hubiera logrado salir significaba que, o bien los secuestradores lo habían permitido o ya no estaban en Entrevientos.

Le hizo señas de luces y empezó a reducir la velocidad. Le pareció que el vehículo también frenaba, pero un segundo más tarde tuvo la sensación contraria. Como si el conductor se hubiera arrepentido. Bajó la ventanilla y, por encima de las ráfagas de viento, oyó la sirena lejana que acompañaba a las luces rojas. Sacó la mano izquierda, indicándole que se detuviera.

Entonces sí, la ambulancia disminuyó la velocidad.

Estaban a cincuenta metros el uno del otro. Ambos avanzando despacio, levantando apenas polvo.

*Hay algo raro, pensó Lamuedra. ¿Por qué no se acerca más rápido?*

La sirena seguía sonando. Treinta metros. Ahora Lamuedra podía leer las letras en el capó, debajo de la palabra ambulancia escrita de derecha a izquierda: «Servicios Médicos. Inuit Gold. Yacimiento Entrevientos.»

Detuvo su camioneta por completo. La ambulancia también dejó de avanzar. Era el momento de bajarse, dar veinte pasos y preguntarle al conductor qué novedades había. Sin embargo, a pesar de los dos kilos de

kevlar que le protegían el torso, el comisario Lamuedra tuvo miedo. Después de treinta y nueve años en la policía, uno desarrolla un olfato especial para el peligro.

El conductor, un hombre de entre treinta y cuarenta años, permanecía con las manos en el volante y la mirada clavada en ellos. La distancia y el sol de frente dificultaban verle la expresión en el rostro.

Descolgó el comunicador de la radio y se lo llevó a la boca. Habló mirando a Bellido.

—No me gusta la actitud del tipo. No baja la ventanilla ni nos hace ninguna seña. Voy a acercarme a ver qué pasa.

—¿Solo? —preguntó Pereira por la radio.

—Solo.

Dejó el aparato, se pasó los pulgares por la sisa del chaleco antibalas y abrió la puerta de la camioneta.

No llegó a poner un pie en la tierra.

## CAPÍTULO 96

*16 de julio de 2019, 5:05 p. m.*

Si el hombre que manejaba la ambulancia se hubiera podido santiguar, lo habría hecho. Pero los nervios a flor de piel le agarrotaban los antebrazos, impidiéndole soltar el volante como la electricidad impide desprenderse de un cable pelado. Se permitió cerrar los ojos durante un segundo para pensar en sus hijos. Cuando volvió a abrirlos, sucedieron dos cosas a la vez. Las dos, malas noticias.

La primera fue que se abrió la puerta de una de las tres camionetas de la policía que tenía enfrente. La segunda, mucho más grave, que la pantalla del teléfono sobre el asiento del acompañante se encendió por primera vez desde que había salido de Entrevientos. En el aparato empezó a sonar música clásica.

*Si escuchás a Beethoven, estás en problemas*, recordó. Se le aflojaron las piernas.

Antes de que el policía frente a él terminara de abrir la puerta de la camioneta, puso primera y apretó el acelerador a fondo. Incluso por encima de la sirena y de Beethoven, oyó la ráfaga de piedras que las ruedas lanzaron contra el suelo de la ambulancia.

Pasó junto a las camionetas detenidas y se animó a mirar a los policías durante un instante. Esperaba encontrar un arma apuntándole, pero sólo vio caras de desconcierto.

Cien metros más adelante, la música dejó de sonar. Recién entonces se permitió vaciar por completo los pulmones y mirar por el retrovisor

lateral. A través de la nube de polvo, divisó las tres camionetas de la policía intentando darle alcance.

Sólo le faltaban cinco kilómetros. Si lograba recorrerlos antes de que lo detuvieran, todo estaría bien. Si no, no volvería a ver a sus hijos ni a su esposa. En realidad, no volvería a ver a nadie.

## CAPÍTULO 97

*16 de julio de 2019, 5:06 p. m.*

El comisario Lamuedra ya no oía la sirena de la ambulancia. Se lo impedía la de su propia camioneta. Bellido la había encendido mientras él, Pereira y Ramírez maniobraban para girar ciento ochenta grados en medio de una nube de polvo y piedras.

—Es probable que haya más gente en la parte de atrás del vehículo y que estén armados —dijo Lamuedra a la radio cuando las tres camionetas ya iban detrás de la ambulancia.

Maldijo nuevamente el aislamiento. Si hubiera tenido contacto con Entrevientos, ahora quizás sabría quién iba al volante.

—A lo mejor llevan a un herido muy grave y no pueden parar —sugirió Bellido.

—Oficial, nadie que no para cuando se lo indica la policía es trigo limpio. Ni siquiera una ambulancia.

—Pero tenía la cara descubierta. Si hubiera sido uno de los ladrones, se habría tapado, ¿no?

Lamuedra no estaba para conjeturas. En aquel momento, lo único que le importaba era apretar el acelerador a fondo y acortar los ciento cincuenta metros de ventaja que les llevaba la ambulancia.

—¿Qué vamos a hacer, comisario? —preguntó Bellido.

—Lo vamos a parar. Por las buenas o por las malas.

El viento parecía haberse tomado un respiro en el peor momento. El polvo que levantaba la ambulancia ahora tardaba en disiparse, y mientras



más se acercaban, peor era la visibilidad. Así y todo, Lamuedra continuó acelerando y se le puso a diez metros.

—Deténgase.

La orden, amplificada por el megáfono en el techo de la camioneta, no surtió efecto.

—Le ordenamos que se detenga o vamos a abrir fuego.

Tanto él como Bellido sabían que era una amenaza vacía. No podían disparar sin tener claro quiénes iban en la ambulancia. Incluso si mataban a un culpable, la justicia argentina se encargaría de llenarlos de problemas para el resto de sus carreras.

Por lo visto, el conductor de la ambulancia también lo sabía.

Por un segundo el comisario deseó que fuera posible que Bellido sacara medio cuerpo por la ventanilla y le metiera un balazo a una de las ruedas, como en las películas. Pero eso era tan verosímil como encontrarse una selva con monos y palmeras detrás de la siguiente curva.

Lamuedra desvió la mirada hacia el velocímetro durante una fracción de segundo. Fue justo en ese momento cuando sonó el impacto.

*Pac.* Un golpe seco.

Un entramado de rajaduras concéntricas apareció en el parabrisas a la altura de la cara de su acompañante.

—Es una piedra. No pasa nada, Bellido —le dijo.

A ochenta y cinco kilómetros por hora sobre ripio seco, los vehículos se deslizaban a punto de perder el control y dejaban a su paso un reguero de gujarros que salían disparados a toda velocidad. Por eso, en la Patagonia era tan común encontrar un parabrisas trizado como uno sano.

—Me cagué todo, comisario. Pensé que había sido un balazo —respondió su subordinado, pálido.

Al ver que la ambulancia no aminoraba la marcha, Lamuedra se abrió hacia la izquierda, decidido a pasarla. El polvo le impedía ver más que unos metros hacia adelante, así que tendría que confiar en que no viniera nadie en sentido contrario.

La ambulancia imitó su movimiento, cerrándole el paso. El comisario volvió hacia la derecha y aceleró más aún, poniendo la trompa de su camioneta a la par del paragolpes trasero. El vehículo sanitario volvió a la derecha para bloquearlo nuevamente. Lamuedra se preguntó por qué lo

hacía poco a poco, impidiéndole pasar pero a la vez dándole tiempo para retirarse.

—Pereira, ayúdeme —dijo a la radio.

No hizo falta que Lamuedra le dijera cuál era el plan. Pereira intentó pasar el vehículo por la izquierda y, cuando la ambulancia se movió para obstruirle el paso, Lamuedra logró ponerse a la par por la derecha. El tipo que iba al volante alternaba miradas rápidas hacia adelante y hacia ellos. En la cara tenía el miedo de los que se saben sin escapatoria.

—¡Pare! —gritó Lamuedra por el megáfono.

El conductor negó con la cabeza.

—¡Pare, le digo!

Esta vez, ni siquiera negó. Lo ignoró por completo, con la mirada puesta en el camino.

—Ustedes dos, quédense atrás —dijo Lamuedra por la radio mientras adelantaba a la ambulancia.

—¿Qué va a hacer, comisario? —preguntó Bellido, aferrado al asiento.

—Lo voy a parar.

## CAPÍTULO 98

*16 de julio de 2019, 5:12 p. m.*

Cuando, después de las primeras curvas, el conductor de la ambulancia vio el puente del río Deseado, entendió por qué la camioneta de la policía lo había dejado atrás hasta sacarle doscientos metros de ventaja. El puente, de unos veinte metros de largo, tenía apenas el ancho suficiente para que pasaran dos vehículos. A los costados, unos pilares de hormigón unidos por tres caños horizontales actuaban de barrera contra una caída de cuatro metros al lecho reseco y cuarteado. Era el lugar perfecto para cortar el paso.

*Si ellos supieran, pensó.*

Tal y como se lo imaginaba, la camioneta de la policía entró al puente con un sacudón y aprovechó el corto tramo de pavimento para disminuir la velocidad. Al llegar al otro lado, se puso perpendicular al camino.

Dos policías se bajaron y se refugiaron detrás del capó. Ambos sacaron sus pistolas y apuntaron directamente hacia él. Al mirar por el retrovisor, supo que estaba todo perdido. Las otras dos camionetas iban a la par, ocupando prácticamente toda la ruta. No tenía escapatoria.

Volvió a pensar en sus hijos y esta vez sí, se persignó.

Disminuyó la marcha y notó que los que lo seguían hacían lo mismo, para mantener la distancia. Parecía que le tenían miedo. Si hubieran sabido lo que sabía él, le tendrían mucho más aún. Y ni se les hubiera ocurrido cerrarle el paso.

Pasó del ripio al asfalto del puente y avanzó a paso de hombre hasta detenerse exactamente en el medio. De los dos policías que le apuntaban, el

más viejo había cambiado la pistola por un fusil de asalto.

Beethoven volvió a sonar.

El conductor abrió la puerta de la ambulancia, dio dos zancadas hasta la baranda del puente y saltó al vacío.

## CAPÍTULO 99

*16 de julio de 2019, 5:15 p. m.*

Para Lamuedra, todo pasó en una fracción de segundo. En un instante estaba apuntando con la mira telescópica al conductor de la ambulancia, y en el siguiente el tipo volaba puente abajo.

Abandonó su puesto detrás de la camioneta y corrió a asomarse por la baranda. El hombre estaba tirado en el lecho del río seco. Amortiguados por la arena, los cuatro metros de caída no parecían haberle hecho demasiado daño porque se incorporó y, sin darse vuelta para mirarlos, corrió cauce arriba esquivando las grandes grietas que habían dejado las aguas del verano pasado.

—¿Qué pretende? ¿Este boludo piensa que se va a poder escapar?

Lamuedra bajó por la ladera hasta el cauce seco y echó a correr. Bellido, más joven y más rápido, hizo lo mismo y no tardó en dejar atrás al comisario. Cincuenta metros más adelante, dio alcance al hombre y lo derribó tirándose encima de él como un jugador de rugby. Lamuedra agradeció no haber tenido que ser él quien hiciese esa maniobra. Con casi sesenta años, probablemente habría terminado con algún ligamento roto.

Cuando llegó junto a ellos, Bellido ya tenía al tipo sujeto por las muñecas y le inmovilizaba la cabeza con una rodilla. La nariz, aplastada contra la tierra, levantaba polvo con ritmo agitado. Murmuró algo con tono alarmado que Lamuedra no llegó a entender.

—Ya vas a tener tiempo de dar explicaciones —le dijo mientras le ponía las esposas.

El hombre volvió a intentar hablar, esta vez más sobresaltado. Lamuedra le hizo una seña a Bellido para que levantara un poco la rodilla.

—Que no se acerquen —gritó el detenido, arqueando el cuello para mirar en dirección al puente.

Pereira y Ramírez avanzaban hacia la ambulancia con sus armas apuntando a las puertas traseras.

—¡Está cargada de explosivos! Van a explotar en menos de dos minutos. Que no se acerquen, por el amor de Dios.

—Aléjense de la ambulancia —dijo el comisario a la radio—. Hay explosivos. Aléjense de la ambulancia ya mismo.

Automáticamente, sus oficiales se replegaron hasta ponerse a resguardo detrás de sus camionetas.

—Nosotros también —añadió el conductor—. Hay dos kilos de ANFO. Acá estamos muy expuestos.

A pesar de que estaban a cincuenta metros del puente, Lamuedra no quiso arriesgarse. No tenía idea de qué era el ANFO ni mucho menos cuán potente podía resultar. Le hizo un gesto a Bellido y entre los dos levantaron al hombre por los brazos y corrieron con él río arriba, poniendo más distancia entre ellos y los explosivos.

A cien metros del puente, un recodo en el lecho del río les ofreció una pared de tierra de un metro de alto detrás de la que parapetarse. Lamuedra sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Hacía años que no corría tanto.

—Estamos a resguardo —dijo a la radio.

—Nosotros también, comisario. Detrás de las camionetas.

Respiró hondo y miró a Bellido. Pereira y Ramírez estaban apenas a diez metros de la ambulancia, pero los alrededores del puente no ofrecían ningún refugio mejor.

Pasaron unos segundos en silencio. Por encima de sus cabezas, el viento silbaba en los recovecos del río muerto.

—¿Quién sos? —le preguntó al detenido.

—Me llamo Andrés Cepeda. Trabajo en Entrevientos. Soy chofer de la ambulancia.

—¿Y dónde están los otros?

—¿Qué otros?

—Los otros miembros de la banda.

—Yo no...

—¿Dónde están? ¿Cuántos son?

—Cinco. Me parece que son cinco. No sé dónde están. Pero yo no tengo nada que ver. Me secuestraron, y cuando salimos del campamento me dijeron que tenía que llevar la ambulancia al otro lado del río Deseado. Los explosivos están programados con el GPS de un teléfono. Si la ambulancia se para antes de pasar el río, detonan.

El comisario asomó la cabeza. El vehículo blanco y rojo estaba detenido exactamente en medio del puente, justo encima del lecho del río.

—Parece que el GPS interpreta que cruzaste al otro lado.

—No puede ser, porque sonaba Beethoven.

—¿Qué?

—Me dijeron que si el teléfono se ponía a sonar, era porque los explosivos estaban por detonarse. Y el tono de llamada era de Beethoven. Antes de saltar del puente estaba sonando. Deben quedar menos de un minuto para que vuele todo.

Lamuedra era incapaz de decidir si le creía o no. La cara del tipo era el vivo reflejo del miedo, pero él había visto demasiados mentirosos a lo largo de su vida como para dejarse llevar por eso.

—Esperamos quince minutos. Si no pasa nada, abrimos la ambulancia —le dijo Lamuedra a Bellido.

—¡No! —se apresuró a intervenir el conductor—. Ese es el otro disparador de los explosivos. Si alguien abre la puerta trasera, explota.

Lamuedra notó que Bellido lo miraba.

*¿Qué hacemos?*, decía la cara de su subordinado.

*No tengo ni la más remota idea*, quiso responder él con la suya, pero intentó disimularlo.

## CAPÍTULO 100

*16 de julio de 2019, 4:21 p. m.*

En el kilómetro cuatro del camino que llevaba del campamento al Puesto de Entrada, Minerva se bajó de la Hilux y levantó la cabeza para observar la caravana detenida. Las tres camionetas de la minera y la ambulancia estaban a un costado del camino, justo delante de un cartel que indicaba que los animales sueltos tenían prioridad de paso. Unos metros más allá, el camión cisterna con el Pata al volante soltaba soplidos con cada una de las maniobras. Hacía once minutos que habían salido de la *gold room*.

Minerva se reunió con el resto de la banda junto a la ambulancia.

—¿Todo listo? —preguntó Pólvora con una navaja en la mano.

Asintieron y él abrió la puerta. Dentro, el conductor de la ambulancia, un tal Andrés Cepeda, estaba sentado con el cinturón de seguridad puesto, atado de pies y manos y con una bolsa de tela cubriéndole la cabeza. Minerva observó atenta los movimientos de Pólvora y el Cerrajero. Mientras el primero cortaba con la navaja las ataduras del rehén, el segundo le metió la mano por la bolsa que le cubría la cabeza.

—Te voy a sacar la mordaza, pero la capucha te la dejás puesta, ¿está claro?

Cepeda asintió con movimientos cortos y rápidos.

—Acá podés gritar sin problemas, que no te va a escuchar nadie —agregó Pólvora dándole una palmada en el hombro.

Minerva sintió ganas de agarrar a su compañero del cogote. ¿Qué necesidad había de hacerse el gracioso con un tipo muerto de miedo?



—No me hagan nada, por favor —suplicó el hombre en cuanto pudo hablar.

—No te preocupes, *mostro* —le respondió Pólvora—. Va a estar todo bien. Eso sí, ¿me vas a hacer caso, no?

El conductor de la ambulancia volvió a asentir debajo de la capucha. Pólvora le rodeó la espalda con el brazo y lo ayudó a bajarse.

—Muy bien. Vení conmigo. Pero ni se te ocurra levantarte la bolsa de la cabeza.

\*\*\*

Mientras maniobraba con el camión, el Pata vio por los retrovisores que Pólvora salía con el rehén de la ambulancia. Después observó cómo Minerva y el Cerrajero abrían las puertas traseras y trasladaban el único lingote cargado en ese vehículo a la caja de una de las Hilux. Lo habían dejado a propósito bien visible, para que cuando le quitaran la capucha a Carlos Sandoval en la *gold room*, lo notara.

Cuando terminó con las maniobras del camión, se bajó y le hizo señas a Minerva. Ella y el Cerrajero corrieron hacia la parte de atrás de la cisterna y subieron por la escalera.

Al verlos moverse sin arnés por ahí arriba, tuvo que apartar la mirada.

\*\*\*

Apenas entró a la cisterna, Minerva oyó los llantos de los perros retumbando con un eco metálico.

—Tranquilos, chicos, que ya terminamos —les dijo, asomando medio cuerpo por el agujero del rompeolas para pasar al compartimento donde estaban los animales—. Un último esfuerzo y vuelven a casa.

Los miró uno a uno. Los tres tenían los ojos vidriosos a causa del sedante. A medida que el haz de la linterna que tenía sujeta a la cabeza les daba en la cara, parecían calmarse un poco.

El Cerrajero, desde arriba, abrió la escotilla y tiró una soga. Minerva decidió empezar con el border collie blanco y gris. Lo acarició,

desenganchó la correa que lo ataba al rompeolas y tiró de él con suavidad para llevarlo justo debajo de la abertura. Por último, sujetó la sogá al arnés del perro.

—Ya está el primero —dijo, mirando hacia arriba.

Empujó al animal por el vientre mientras el Cerrajero tiraba de la sogá hasta que lograron sacarlo por la escotilla. Unos segundos más tarde, Minerva oyó el ruido de las patas vendadas caminando un metro por encima de su cabeza.

Tras hacer lo mismo con los otros dos perros, Minerva volvió al primer compartimento de la cisterna, también iluminado por la luz de una escotilla abierta de la que colgaba una sogá. Sacaron ocho bolsos de viaje hasta dejarlo vacío.

Por último, Minerva atravesó un par de rompeolas más hasta llegar al penúltimo. La linterna iluminó el rostro sucio y brillante de sudor de un hombre.

—Te dije no que te iba a pasar nada —le dijo con una sonrisa.

El legítimo chofer del camión se apresuró a asentir con la cabeza.

—Falta que nos hagás un último favor.

El hombre volvió a asentir. Ella sacó una navaja, abrió la hoja y se la mostró.

—Portate bien, te lo pido por lo que más quieras —le dijo antes de cortarle las ataduras.

## CAPÍTULO 101

*16 de julio de 2019, 4:33 p. m.*

Cuando le sacaron la capucha, Andrés Cepeda estaba frente a la puerta del conductor de la ambulancia.

—Subite —le indicó el más musculoso y gritón de toda la banda, apuntándole con un arma.

Al sentarse al volante, sintió un ruido plástico debajo de sus glúteos, como si hubiera aplastado un regalo envuelto en celofán. El asaltante hurgó un poco debajo del asiento hasta sacar un teléfono conectado a un largo cable que se perdía junto a los pedales. Tocó la pantalla un par de veces y luego tiró el aparato sobre el asiento del acompañante.

—Esto es un invento de uno al que le decimos Mac —le dijo, señalando hacia atrás con el pulgar—. ¿Te gusta la música clásica?

Cepeda no supo qué responder.

—¿Sos sordo? ¿Te gusta o no te gusta la música clásica?

—No, no me gusta.

—A mí tampoco. La odio. Así que si escuchás a Beethoven, estás en problemas.

—No entiendo —fue todo lo que pudo decir.

—¿Sabés lo que es el ANFO?

—Un explosivo.

—Tenés dos kilos abajo del asiento. Para que te des una idea, con un kilo tu empresa vuela seis toneladas de roca.

Cepeda giró sobre sí con un gesto instintivo, decidido a salir de la ambulancia.

—Ni se te ocurra —lo detuvo el ladrón—. El explosivo está conectado a un sensor de peso, y el teléfono a un GPS. Si te levantas de ahí, volas en pedacitos en menos de diez segundos. Si paras la ambulancia por más de tres minutos, o alguien abre la puerta trasera, también volas en pedacitos.

—No, por favor.

El ladrón levantó una mano y la pasó por la cabeza de Cepeda, como una madre que consuela a su hijo.

—¿Tenés familia? —le preguntó.

Asintió.

—Te van a estar esperando en casa. Lo único que tenés que hacer es salir por el Puesto de Entrada, doblar a la derecha y seguir por la ruta provincial. El teléfono está programado para que cuando pases el puente del Río Deseado se desactive el sensor de peso. Entonces te podés bajar de la ambulancia sin problemas. Pero no te pares antes ni te vayas para otro lado, porque ¡bum!

—¿Y si falla? ¿Si esta cosa se activa antes?

—Mac no falla.

El tipo cerró la puerta de la ambulancia, le sonrió y se llevó los dedos a la frente, imitando un saludo militar.

Temblando de miedo, Andrés Cepeda apretó el acelerador y la ambulancia salió disparada hacia el Puesto de Entrada.

\*\*\*

El chofer del camión de combustibles sintió esperanza al volver a ponerse al volante de su vehículo. Algo le hacía pensar que faltaba poco para que esta pesadilla terminara. El tipo de barriga prominente que se había sentado en el lugar del acompañante movió un poquito la pistola con la que le apuntaba.

—Dame la mano.

No podía verle la cara porque tenía puesto un pasamontañas, pero supo por la voz que era uno de los que lo habían parado en la ruta para secuestrarlo hacía dos días. Supuso que también era él quien acababa de

maniobrar el camión hasta ponerlo apuntando en dirección contraria al resto de los vehículos.

Sin otra alternativa que hacerle caso, extendió el brazo. El hombre le puso en la muñeca un reloj fino, de correas de goma, con una pantalla de números violetas. Después sacó un teléfono de la guantera y lo conectó a un cable que se perdía debajo del asiento.

—Esa pulsera tiene un GPS y monitorea tu ritmo cardíaco. Envía la señal a este teléfono. Y este cable está conectado a una linda cantidad de explosivos.

Las palabras lo dejaron petrificado.

—En resumen, si te sacás la pulsera, explota. Si te alejás más de diez metros del camión, explota. Si te morís, explota.

El encapuchado señaló los espejos retrovisores a cada lado del camión.

—¿Viste qué rápido que salió la ambulancia? Bueno, él tiene instalado un dispositivo muy parecido al tuyo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ir para el otro lado.

—¿Volver al campamento?

—Sí, pero no te pares ahí. Pasás el campamento y seguís. Pasás la planta también.

—¿Voy a los *pits*?

—Incorrecto. Al túnel. Debajo de la tierra no hay señal de GPS, y este teléfono desactiva los explosivos si pierde la geolocalización por más de tres horas. Así que lo que tenés que hacer es meterte al túnel y bajar todo lo que puedas. Cuando llegues al final, dejás el camión ahí, esperás ciento ochenta minutos y empezás a caminar hacia arriba. Son tres kilómetros en subida, así que te va a llevar una hora más o menos. Vas a salir cansado, pero sano y salvo. ¿Alguna duda?

El camionero intentó tragar saliva pero no pudo.

—No —carraspeó.

—Entonces no pierdas tiempo —le dijo el ladrón, dándole dos palmaditas en la espalda, y se bajó.

## CAPÍTULO 102

*16 de julio de 2019, 4:39 p. m.*

El Pata se quedó observando al camión hasta perderlo de vista. De la ambulancia, que había partido en dirección contraria, tampoco quedaba rastro.

—Vamos —dijo Minerva.

Ahora, en las cajas de cada una de las tres Hilux había, además de casi treinta lingotes de doré, un perro. El Pata se metió en una de las camionetas y sus cuatro compañeros se repartieron en las otras dos.

Recorrieron un kilómetro en la dirección en la que se había ido la ambulancia. Cuando llegaron al siguiente cartel que abogaba por el respeto a los animales sueltos, giraron a la izquierda para salir del camino por una de las huellas perpendiculares que solamente tenían permitido usar los equipos de exploración. Avanzaron por ella dos kilómetros y se detuvieron.

—Rápido, Pata, los perros —le dijo Minerva.

El Pata rodeó su Hilux y casi se tropieza con los pies de Mac, que asomaban por debajo de una de las ruedas. Le costó más de la cuenta desatar al primer animal, porque el nudo se había tensado con el vaivén sobre el camino desaparejo. Para cuando lo logró, Mac emergía de debajo de la camioneta con un cilindro de plástico en la mano y un destornillador en la otra.

—Acá tenés el primer GPS, Pata —le dijo, dándole el aparatito antes de volver a tirarse al suelo junto a otra de las Hilux.

El Pata se puso en cuclillas frente al ovejero. El animal gruñó, enseñándole los colmillos a través del bozal.

—Tranquilo, ya te vas a casa —le dijo, acariciándole la cabeza.

Le quitó las vendas de las patas y le puso uno de los tres collares que había fabricado Mac. Eran similares a los que llevaban los San Bernardo, sólo que en vez de cargar un barrilito con licor, estos tenían un tubo de plástico. Metió dentro el localizador satelital de la camioneta y tiró de la correa del animal para hacerlo abandonar el camino. Diez metros campo adentro, le desató el arnés sujetando al perro con una especie de abrazo.

—Qué linda pareja que harías con Mina —le dijo al oído.

Con una serie de movimientos rápidos, le quitó el bozal y retrocedió varios pasos. El border collie ni siquiera se molestó en ladrarle. Abrió la boca para estirar la mandíbula y se internó en el campo, olisqueando matas y levantando pequeñas nubes de tierra con cada paso.

El Pata giró sobre los talones y repitió la operación con los otros dos perros.

Un minuto más tarde, Pólvora y Mac pisaban el alambrado para que las tres camionetas cargadas de doré pasaran de Entrevientos a la estancia vecina, propiedad de un tal Byrne. Una vez allí, se alejaron a toda velocidad por un camino que iba hacia la estancia Bahía Laura, al sur. Mientras tanto, los ovejeros con los GPS al cuello se abrían en un tridente que apuntaba en la dirección opuesta.

## CAPÍTULO 103

### *San Rafael, Mendoza, Argentina. Dos meses y medio antes.*

La pantalla desplegada frente a la pared cóncava del domo no mostraba ni un mapa ni fotos de Entrevientos. La imagen que ocupaba toda la lona era una ilustración del corte transversal de un hocico canino que Minerva había escaneado de un libro de veterinaria.

—Todo el mundo sabe que los perros tienen muy buen olfato, pero pocos entienden que es su sentido principal —les explicó a los cinco hombres—. Oler para ellos es como ver para un humano. Tienen cincuenta veces más receptores olfativos que nosotros. Eso es equivalente a una persona con la nariz del tamaño de una sandía.

—El Banquero no anda muy lejos —dijo Pólvora.

El viejo ladrón de bancos le respondió con una sonrisa y levantando el dedo del medio.

—La capacidad de orientación que llegan a tener algunos perros en el campo es, para nuestra mente humana, algo sobrenatural —prosiguió Minerva.

—No todos —aclaró el Pata—, hay perros tontos igual que hay gente tonta. Pero un perro así, en el campo no sobrevive. Si lo tienen trabajando es porque es bueno en lo que hace.

—Por eso es muy importante que consigamos perros adultos de estancias de la zona —agregó Minerva.

—Ovejeros —explicó el Pata—. Los peones de campo también suelen tener galgos y toscos, pero esos sólo sirven para cazar. El ovejero de



la Patagonia es de una inteligencia superior. Un animal extraordinario. Yo mismo he visto en alguna estancia cómo de repente el paisano le dice al perro «vaya a buscar el consumo», y el animal sale que no le dan las patas.

—¿El consumo? No creo que en un campo de ahí abajo signifique lo mismo que en mi barrio —dijo Pólvora tocándose la nariz.

—El consumo son las ovejas que come el paisano. Cuando el tipo le dice «vaya a buscar el consumo», así, como te lo estoy diciendo yo, sin gestos ni entonaciones raras, el perro sale corriendo y a la media hora vuelve. ¿Y sabés qué hizo? Corrió cinco kilómetros y metió quince ovejas en el corral.

—Te gusta darle un poco de color, ¿no? —preguntó Pólvora.

—No, no le está dando color —intervino Minerva—. Es difícil de creer si no lo viste, porque los ovejeros de la Patagonia son, justamente, increíbles. Ha habido casos de perros que se cayeron de la camioneta del dueño en la ruta, a veinte, treinta, cincuenta kilómetros de la estancia, y vuelven sin problemas.

—Un buen ovejero siempre vuelve a su casa —resumió el Pata—. Tardará un día, dos, o cinco. Pero, lo sueltes donde lo sueltes, vuelve. Su instinto no le permite hacer otra cosa.

## CAPÍTULO 104

*16 de julio de 2019, 5:21 p. m.*

Jacinto Fernández se dijo a sí mismo que ya no estaba para esos trotes. Nunca se lo iba a reconocer al patrón, no fuera cosa que don Byrne pusiera en su lugar a uno más joven. Pero, la verdad, su cuerpo ya no aguantaba once horas arriba de una yegua. Había salido de su ranchito cuando todavía estaba oscuro y volvía ahora, que al sol no le faltaba ni media hora para ponerse. Le dolían los riñones y una acidez caliente le subía por la garganta. Para colmo, se había olvidado la petaca de ginebra sobre la mesa de la cocina. En cuanto llegara a su ranchito, se iba a tomar un par de vasos. Seguro que eso le calmaba los dolores y el tembleque que últimamente le aparecía de repente en la mano.

Por más dolorido y viejo que estuviera, Jacinto Fernández iba a seguir siendo peón de campo hasta el día que no se pudiera subir a un caballo. No sabía hacer otra cosa. Por eso estaba hoy ahí, recorriendo nueve leguas de alambrado para asegurarse de que no hubiera lugar por donde se escaparan las ovejas de don Byrne.

Escupió, levantó la vista y le dio un suave espolazo a la alazana para seguir rumbo a su casa.

Vio unos vehículos grises en el horizonte. Parecían camionetas de la minera, pero venían demasiado rápido y por un camino que estaba afuera de la estancia Entrevientos, que era la que la empresa tenía alquilada. O a lo mejor la vista le estaba jugando una mala pasada y eran pescadores que iban para Bahía Laura. Aunque era raro en pleno invierno.

En otra época de su vida los hubiera seguido para asegurarse de que no le carnearan ninguna oveja ni le pisaran el alambrado para pasar por donde no se podía. Pero él estaba viejo y al día le quedaba poca luz.

De todos modos, se quedó un rato mirándolos. Por costumbre. Entonces distinguió que de cada camioneta sobresalía una vara larga con un banderín rojo en la punta. Ahora sí que no le cabían dudas: eran vehículos de la minera.

¿Qué hacían yendo tan rápido en el campo del vecino? O sea, en el campo de su patrón.

Hasta ahora, los mineros siempre habían sido tranquilos, respetuosos de las normas y de los animales del campo. Demasiado, para su gusto. A don Byrne tampoco le hacía ninguna gracia que se le hubieran instalado al lado. Desde que habían empezado a trabajar, hacía ya años, los guanacos se habían reproducido como conejos y cada vez le dejaban menos pasto a la oveja.

Además, últimamente había vuelto el puma. Al vecino, que alquilaba el campo a la minera, ¿qué le iba a importar que una hembra matara veinte ovejas en una noche enseñándole a cazar a los cachorros? Pero a él sí, y a su patrón también. A ellos no les llovían los millones como al de Entrevientos.

Así que apuró a la yegua, que ya estaba cansada, para que lo llevara de vuelta a su rancho. Cuando llegara, mientras se tomaba la ginebra, iba a ver si podía comunicarse con el patrón usando la radio que le había instalado el verano pasado. A veces funcionaba y a veces no. Según don Byrne, era porque la antena que había hecho poner al lado del molino no era lo suficientemente alta. Pero a veces el patrón hablaba por hablar, sin saber. Como la noche que le dijo que el hombre había llegado a la luna hacía cincuenta y pico de años.

Volvió a mirar las camionetas de la mina, yendo a todo lo que daban por un campo al que no estaban autorizadas a entrar.

—Mirá qué bien, Flecha —le dijo a la Alazana—. Algunas cosas las respetan y otras se las pasan por los calzones.

Había oído muchas veces a su patrón decir que si los de la minera querían poner un pie en su campo, tenían que pagar. Y si don Byrne cobraba gracias a él, a lo mejor le aumentaba un poco el sueldo.

## CAPÍTULO 105

*16 de julio de 2019, 5:46 p. m.*

—Ya casi estamos —dijo el comisario Lamuedra a la radio.

En el horizonte se veían las construcciones cuadradas de la entrada a Entrevientos. Hacía tres años, cuando la empresa lo había invitado a él y a otras autoridades de Puerto Deseado a recorrer las instalaciones, esa había sido la primera parada. Lo llamaban el Puesto de Entrada. A diferencia de aquella vez, ahora el estacionamiento que había del lado de afuera del alambrado estaba desierto.

Hacía veinte minutos que habían dejado atrás el río Deseado. Antes de irse, él mismo se había acercado a las camionetas que esperaban en el lado sur del puente y las había alejado de la ambulancia.

Ahora esas dos camionetas llegaban a la entrada de Entrevientos. Él manejaba una y Bellido, la otra. La tercera había quedado cruzada en el puente.

Les había ordenado a Pereira y a Ramírez que cortaran el tráfico quinientos metros antes de llegar al río en ambos sentidos. Tenían prohibido dejar que cualquiera que no fuera de la brigada de explosivos se acercase a la ambulancia.

En cuanto a Andrés Cepeda, lo habían dejado con Pereira tras confirmar que se trataba de un empleado de Inuit que trabajaba en el área de servicios médicos. Su nombre y foto se encontraban en la lista de posibles rehenes que el gerente le había pasado por email antes de que salieran de Deseado.

Al preguntarle por lo que había en la parte de atrás de la ambulancia, Cepeda no les supo decir gran cosa. Relató que cuando sus captores le quitaron la capucha y lo pusieron al volante, la ventana rectangular que conectaba la cabina con la parte trasera estaba cerrada por dentro y con la cortina corrida.

El hombre que los estaba esperando en el Puesto de Entrada se presentó como Francisco Alvarado, gerente de seguridad de Entrevientos. Al comisario le bastó con cruzar un par de palabras para saber que Alvarado había tenido un pasado en las fuerzas de seguridad. Quizás en el ejército, o incluso en la misma policía.

Lo primero que hizo Lamuedra fue pedirle un teléfono para avisar a la comisaría de Comodoro Rivadavia que enviaran la brigada de explosivos al puente. Tardarían, como mínimo, cuatro horas en llegar.

—Sígueme, comisario. Los voy a llevar con Carlos Sandoval, el gerente general —dijo Alvarado antes de subirse a una camioneta gris estacionada junto al portón del Puesto de Entrada.

\*\*\*

Cuando el comisario Lamuedra entró con Bellido y Alvarado a la sala de reuniones, los recibieron las miradas de quince personas sentadas alrededor de una larga mesa. Era un ambiente grande, de paredes blancas decoradas con planos y fotografías aéreas de diferentes partes de la mina. Olía a cueva de oso.

—Por fin llegaron —dijo un hombre canoso, poniéndose de pie y rodeando la mesa. Tenía lamparones de sudor en las axilas, el pelo algo desordenado y la cara brillante.

—Soy Carlos Sandoval, el gerente general de la empresa —se presentó, estrechándoles la mano—. Ya conocieron a Francisco Alvarado, nuestro gerente de seguridad. Ellos son el resto del personal jerárquico.

Lamuedra los saludó con un ademán.

Hablando a toda velocidad, Carlos Sandoval los puso al tanto de las novedades desde su llamada a la comisaría hacía dos horas y media. Una era que Sandoval mismo se había entregado a los asaltantes a cambio de la liberación de diez rehenes. Otra, que los ladrones habían logrado vaciar la

bóveda y se habían ido de la *gold room* llevándose trece millones de dólares en oro y plata y, hasta donde ellos sabían, a Andrés Cepeda como único rehén.

—¿Dónde está el conductor al que le robaron el camión cisterna?  
—preguntó Lamuedra.

—No lo sabemos —respondió Sandoval, y les contó que el camión de combustible había pegado la vuelta y se había atrincherado en el túnel mientras las tres camionetas se internaban en el campo.

Cuando terminó el relato, Sandoval sacó un chicle del bolsillo y se lo metió a la boca.

—¿Quiere uno? —le ofreció.

Lamuedra aceptó.

—Son de café —agregó el gerente.

La idea de mascar un chicle de ese sabor le pareció asquerosa.

—Lo guardo para después —dijo el comisario, metiéndoselo en el bolsillo—. Va a ser un día largo. Ahora, por favor, muéstreme el camino que hicieron las camionetas tras abandonar la planta.

El gerente general señaló con un puntero láser el mapa proyectado sobre la gran pantalla.

—Pasaron el campamento y se fueron en dirección al Puesto de Entrada. Pero ocho kilómetros antes de llegar salieron por esta huella. Y dos kilómetros más adelante, se separaron.

El comisario observó los tres círculos grises en la pantalla. Dos de ellos se movían en paralelo, hacia el norte. El que iba más adelantado ya había cruzado la ruta 47. El tercero se dirigía casi en línea recta hacia el este, y ahora se encontraba a unos siete kilómetros al norte de esa sala de reuniones.

A Sandoval le sonó el teléfono y se apartó para atender. Lamuedra se concentró en esos tres puntos, ignorando las conversaciones a su alrededor.

—¿A qué velocidad van? —preguntó a la sala.

—No lo sabemos, pero no muy rápido —contestó el gerente de exploraciones—. Están atravesando el campo como si no hubiera caminos. Además, por momentos se detienen o cambian de rumbo. Probablemente para pisar un alambrado o bordear algún escollo.

—Es probable que quieran mantenerse alejados de los caminos para no cruzarse con nadie —agregó el de seguridad.

—De las tres, ¿esta es la que está más cerca del campamento?

—preguntó el comisario, señalando el puntito que se movía hacia el este.

—Sí. A siete kilómetros más o menos.

—¿Y del túnel?

—A dos kilómetros.

Lamuedra observó los tres círculos grises que, según le habían dicho, habían salido del mismo lugar. El que estaba más cerca del túnel se abría en una dirección casi perpendicular a la de los otros dos.

—¿Es posible que el chofer del camión haya logrado salir por una de las ventilaciones y esta camioneta lo esté pasando a buscar?

—¿Qué sentido tendría eso? —preguntó un hombre que se presentó como el gerente de minas—. ¿Para qué arriesgarse a meter el camión en el túnel? El oro, evidentemente, por la ventilación no lo pueden sacar.

—¿No cabe?

—Cabe, pero tendrían que subirlo lingote a lingote. Además, una camioneta no llega a dos mil kilos de capacidad de carga. Ellos tienen cinco mil.

—Pero Sandoval vio parte del oro en la ambulancia. No podemos descartar que haya otra parte en ese camión.

—Descartar no podemos descartar nada, pero yo no le encuentro sentido —opinó el gerente de minas—. Si lo hubieran querido en la camioneta, se lo habrían llevado en la camioneta. ¿Para qué bajarlo al túnel y después subirlo a mano?

Lamuedra le daba la razón al hombre. No tenía sentido. Pero tampoco lo tenía cargar oro en la ambulancia, llenarla de explosivos y poner un rehén al volante.

—Tiene que estar en esas camionetas —concluyó Alvarado, el gerente de seguridad—. Cinco mil dividido entre tres es casi mil setecientos. Eso no es mucho más que la carga máxima que recomienda el fabricante.

—¿Pero para qué van a ir por el medio del campo, exponiéndose a tragarse una roca o alguna grieta y quedarse tirados? —preguntó Alberto de Abreu, de exploraciones.

—¿A alguien se le ocurre una explicación mejor? —preguntó en voz alta Alvarado.

Hubo un silencio en la sala.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Lamuedra, señalando a Alvarado—. Lo más probable es que el doré vaya en las tres camionetas. Y la que tenemos más cerca es esta.

Se acercó a la pantalla y tocó el punto gris que se dirigía hacia el este, dejando atrás la boca del túnel.

—Parece que va para el lado de Punta Buque, ¿no? —dijo, prolongando con el dedo la trayectoria hasta llegar al mar.

—Por ahí pasa la ruta 83 —se apresuró a decir el gerente de exploraciones.

El comisario asintió y sacó su teléfono del bolsillo. Tenía buena cobertura. Marcó el número de la comisaría de Puerto Deseado con la intención de pedir que mandaran a alguien desde el pueblo para interceptar a la Hilux en caso de que decidiera ir hacia el norte. Pero antes de que pudiese llevarse el aparato a la oreja, Carlos Sandoval lo interrumpió.

—Me acaba de llamar Marcelo Byrne —dijo, mostrándole su propio teléfono.

—¿El gringo Byrne? —preguntó Lamuedra.

—Sí, el dueño de La Esperanza, la estancia lindera con el yacimiento.

—Lo conozco. Fuimos juntos a la escuela.

—Dice que su peón vio tres camionetas de nuestra empresa yendo hacia el sur a toda velocidad. Se comunicó con Byrne para avisarle.

—¿Para avisarle? ¿Por qué? ¿Vio algo raro?

—Los vecinos no nos quieren mucho, comisario. Cuando nos hablan, es para tratar de sacarnos dinero. Byrne tiene avisado a su empleado de que si nos metemos un centímetro en su campo, se lo comunique. Y aparentemente estas tres camionetas estaban de su lado del alambrado.

—O sea que Byrne llamó para quejarse.

—No, esta vez Byrne me contactó de buena fe, porque sabe que hubo un robo en la mina y pensó que el dato podía ayudarnos.

—¿Le dijo cómo se enteró del robo?

—Lo sabe todo Puerto Deseado. Lo dijeron en la radio. Nuestros empleados habrán enviado mensajes a sus familias en cuanto restablecimos las comunicaciones, y de ahí... usted sabe cómo es.

El comisario se imaginó cuál de los seudoperiodistas habría diseminado la noticia sin medir las consecuencias. Como siempre.



—De todos modos, lo de Byrne podría ser una falsa alarma —ofreció el gerente.

—¿Por qué lo dice?

—Porque su campo está al oeste del yacimiento, y el GPS indica que las camionetas se están abriendo en dirección noreste —dijo, señalando en la pantalla—. No puede ser que el peón las haya visto dirigiéndose hacia el sur. Y mucho menos las tres juntas.

Sandoval señaló las tres trayectorias de manera brusca, enfatizando que se separaban.

—O sea que los GPS dicen que van separados hacia el noroeste y el gringo Byrne dice que iban juntas hacia el sur —resumió Lamuedra, tratando de entender.

—Byrne no, su peón —puntualizó Sandoval.

—¿Qué hay al sur de la estancia de Byrne?

—Otro campo. Se llama Bahía Laura. Hay una parte de nuestro yacimiento que limita con ellos.

—¿Tampoco tienen buena relación?

—En este caso, no hay ninguna relación. Hasta hace dos años la administraba el dueño, pero cuando murió, el heredero no se hizo cargo. Vive en Buenos Aires. Le vendió la mayoría de las ovejas a Byrne y también puso en venta el campo. Aunque me parece que para eso no tiene demasiado apuro, porque guarda la esperanza de que nuestro equipo de exploración encuentre oro ahí también.

—O sea que Bahía Laura es una estancia abandonada.

—Sí.

Lamuedra se pasó una mano por el tupido pelo gris, como hacía cada vez que intentaba pensar. No era amigo del gringo Byrne, pero lo conocía de toda la vida. Era un tipo trabajador, honesto, que había sabido llevar adelante una familia próspera y muy querida por todo Puerto Deseado. No había por qué desconfiar de él. Del peón, por otra parte, no tenía ninguna referencia. Incluso si decía la verdad, ¿era posible que se hubiera confundido las camionetas de la minera con otras que pasaban por ahí?

Tenía que elegir entre creer en los GPS o en la palabra del empleado de Byrne. Y había algo que le hacía inclinarse por lo segundo. No sólo porque la tecnología podía hackearse, sino porque él había estado en muchos campos y conocía la agudeza mental de los peones dentro de su

dominio. Era verdad que solían ser hoscos al trato y que la mayoría no sabía leer ni escribir más que su nombre, pero arriba del caballo se convertían en superhumanos.

Además, ¿qué tenía más sentido? ¿Que los ladrones se llevaran el oro a paso de hombre esquivando matas o que se fueran por un camino a toda velocidad hacia una estancia abandonada?

Decidió que iría a Bahía Laura. Incluso si se equivocaba, las policías de Caleta Olivia y de Puerto San Julián estarían allí en una hora.

Volvió a marcar el número de la comisaría.

—Habla Lamuedra.

—Buenas tardes, comisario.

—Estoy en Entrevientos, fuimos los primeros en llegar. Quiero que avisen a las comisarías de San Julián y de Caleta Olivia que, según los GPS de la empresa, los tres vehículos sospechosos se dirigen hacia el noreste. Ahora le voy a mandar por email un enlace para que puedan seguirlos por internet en tiempo real. Envíe ya mismo una camioneta con cuatro efectivos hacia Punta Buque por el camino costero.

—Perfecto, comisario. Doy la orden.

—Están armados. También puede que transporten explosivos.

La voz del otro lado tardó un segundo en responder.

—Entendido, comisario.

Tras cortar el teléfono, Lamuedra se dirigió al gerente general:

—Cuando lleguen mis colegas de San Julián y de Caleta Olivia, deles el enlace para que ellos los sigan desde acá.

—¿Y ustedes qué van a hacer, comisario?

—Nos vamos a Bahía Laura.

## CAPÍTULO 106

*16 de julio de 2019, 6:36 p. m.*

El sol ya se había puesto detrás del horizonte cuando el comisario Lamuedra salió del campamento de Entrevientos en dirección a Bahía Laura en su camioneta de la policía. Atrás venía Bellido en la otra. Seguían al gerente de exploraciones, Alberto de Abreu, que era una de las personas que mejor conocía los caminos de la zona. Carlos Sandoval se había quedado en la sala de reuniones.

Tardaron casi una hora en recorrer los cuarenta y cinco kilómetros de ripio en mal estado. Sin tener con quién hablar, Lamuedra pasó el trayecto recordando lo poco que sabía de Bahía Laura. Nunca había estado allí, pero conocía que había sido uno de los tantos pueblos que el Gobierno argentino había fundado con el propósito de aumentar la población en la Patagonia. Algunos viejos pobladores de Puerto Deseado aún recordaban la época en que la oficina de correos y las pocas casas de Bahía Laura todavía estaban habitadas.

De los escasos datos que Lamuedra tenía sobre el lugar, el más importante era que por ahí pasaba la ruta 83, un camino de ripio que recorría la costa desde Puerto Deseado hasta Puerto San Julián. Si los ladrones llegaban con el oro a uno de esos dos pueblos, sería mucho más difícil atraparlos.

Ya era noche cerrada cuando el gerente de exploraciones se detuvo en una bifurcación. El reloj de Lamuedra marcaba las siete y veintitrés de la tarde. El comisario se bajó de la camioneta y se acercó a la de la minera. La

noche había traído consigo un viento helado que se metía por la ropa y dolía en la cara.

—Ya estamos en Bahía Laura —indicó De Abreu.

El comisario miró hacia adelante. Los faros de la camioneta de la minera iluminaban cien metros de estepa antes de perderse en la negrura.

—¿Y el mar?

De Abreu señaló en la misma dirección que los haces de luz.

—Un poco más allá.

—¿Por cuál de los dos caminos?

—Por los dos. El de la derecha va a parar a las ruinas del antiguo pueblo de Bahía Laura, que está en el extremo sur de la bahía. Por el de la izquierda, a unos siete kilómetros, se llega a la casa de la estancia Bahía Laura. Está casi en la playa, justo a mitad de camino entre los dos extremos de la bahía.

—¿La que está abandonada?

—Sí. Si fuera de día, se vería desde acá.

Alberto de Abreu se inclinó sobre el volante para mirar hacia arriba por el parabrisas.

—Hay buena luna. Casi llena —dijo y sacó un par de prismáticos del compartimento entre los asientos. Antes de bajarse del vehículo, apagó las luces. Lamuedra le indicó a Bellido que hiciera lo mismo con las camionetas de la policía.

—La casa en sí no se llega a ver, pero sí la silueta de los árboles que la rodean. Fíjese —dijo De Abreu, pasándole los prismáticos.

El comisario barrió la oscuridad con los binoculares hasta que logró ubicar el cúmulo de árboles que protegían la casa del viento. Probablemente, pensó Lamuedra, eran los únicos árboles en cuarenta kilómetros a la redonda.

—¿No me dijo que estaba cerca de la playa? —preguntó—. No veo el mar.

—Bahía Laura tiene una de las playas de canto rodado más anchas del país. La casa está en la playa, sí, pero de ahí al agua hay casi dos kilómetros.

Lamuedra buscó con los binoculares hasta que logró distinguir, apenas, la línea que marcaba el fin de la estepa para dar paso a los guijarros.

Entonces volvió a los árboles, tratando de encontrar alguna luz u otro indicio de que los ladrones pudieran estar ahí.

Nada. Tal vez habían tomado recaudos para mantenerse en la oscuridad absoluta. O habían seguido viaje. O, peor aún, quizás el peón del gringo Byrne se había confundido y venir a Bahía Laura había sido un error.

Estaba a punto de despegar los ojos de los prismáticos cuando le pareció ver un destello. Volvió a recorrer con el aparato el campo oscuro hasta que descubrió tres formas cuadradas que reflejaban la luz de la luna. No estaban a más de cien metros de los árboles.

—Me parece que ahí están —dijo, pasándole los binoculares a De Abreu.

—Si, son tres camionetas de la minera —asintió el gerente de exploraciones—. Veo las pértigas de seguridad en la parte de atrás. ¿Por qué las dejaron fuera del perímetro de los árboles? Si las hubieran entrado, no las veríamos ni siquiera de día.

Lamuedra se preguntaba lo mismo.

—¿Qué hacemos, comisario? —preguntó De Abreu.

—¿Hacemos? No *hacemos* nada. Bellido y yo vamos a acercarnos un poco. Usted nos sigue con las luces apagadas, y en cuanto se lo indiquemos, se para y espera.

—Comisario, no me puedo quedar de brazos cruzados. Tenemos a setecientos empleados nerviosos, algunos con ataques de pánico. Yo fui enfermero en el servicio militar. Sería mucho más útil en el campamento, con Sandoval, que esperándolos a ustedes.

—No sabemos dónde están los atacantes, De Abreu. Si usted vuelve y lo interceptan, podemos terminar con setecientos nerviosos y un muerto. Haga lo que yo le digo, ¿está claro?

—Sí, comisario.

—Bien —dijo Lamuedra, dando dos golpecitos sobre la chapa del techo de la camioneta.

Volvió a su vehículo y lo puso en marcha sin encender las luces. Avanzó a paso lento, con Bellido siguiéndolo a pocos metros y De Abreu cerrando el convoy.

\*\*\*

Siete kilómetros más adelante, Lamuedra detuvo su camioneta. Estaban a apenas trescientos metros de los árboles que rodeaban la casa. Procurando hacer el menor ruido posible, sacó del asiento trasero el rifle de asalto, metió el cargador en la culata y apuntó hacia la casa.

A través de la mira telescópica, Lamuedra examinó las tres camionetas de Inuit. Estaban estacionadas fuera del perímetro de árboles, una al lado de la otra, y parecían vacías. Barrió también la enorme bahía, pero sólo vio tierra yerma, la playa interminable y, a lo lejos, los destellos brillantes de la luna sobre el agua.

—No veo ningún movimiento —dijo, acercándose a Bellido.

—Yo tampoco —respondió el oficial, que observaba con los binoculares del gerente de exploraciones—. ¿Quiere que nos acerquemos más?

—Sí, pero a pie y de a poco.

Lamuedra le hizo señas a De Abreu para que esperara en su vehículo y se puso a caminar junto a Bellido. Siguieron el camino, que era apenas dos marcas paralelas sobre la estepa. A los cien metros llegaron a una nueva bifurcación. Por la izquierda se iba a un portón de madera que franqueaba, más para los animales que para las personas, el perímetro de árboles. Por la derecha, a las camionetas.

Decidió ir a la derecha.

Caminaron en silencio. Cuando les faltaban cincuenta metros para llegar a los vehículos, Lamuedra notó que el suelo cambiaba por completo. Casi sin transición, el trazado pasó de ser una huella precaria a una de las rutas de ripio más anchas que había visto nunca.

Le resultó extraño el cambio tan abrupto, pero la corrupción en las obras públicas de la Argentina lo había curado de espanto. En su propio pueblo, sin ir más lejos, había catorce kilómetros de asfalto que no llevaban a ningún lado.

Continuó con pies de plomo, apretando un poco más los dientes con cada paso que daba hacia las Hilux.

## CAPÍTULO 107

*16 de julio de 2019, 5:37 p. m.*

Una hora después de haber liberado los perros, las tres Hilux estacionaron al final del camino. Estaban en Punta Mercedes, el pequeño peñón que se erigía en el extremo sudoeste de Bahía Laura. Un siglo atrás, el Gobierno argentino había instalado allí un pueblo de manera caprichosa. Tres casas, un muelle, una oficina del correo y un hotelito para los ganaderos que venían a despachar por barco la lana.

No quedaba rastro del muelle, ni de los ganaderos, ni del hotelito. El único vestigio de que ahí había habido un poblado durante más de cincuenta años eran las gruesas paredes de dos casas de piedra y la estructura retorcida de un faro de hierro caído. El resto se lo habían robado o se había desintegrado tras medio siglo de viento salitroso.

Mac estacionó junto al faro. Se bajó con unos binoculares colgando del cuello y caminó a lo largo de la estructura de acero derrumbada. Le recordaba a una enorme jirafa muerta. La punta, donde alguna vez había estado la lámpara, colgaba al borde del precipicio.

Miró al mar y sonrió. A cincuenta metros de la costa, el Maese era la única embarcación en los ciento ochenta grados de horizonte azul. Dieciséis metros de casco verde dólar iluminados por el sol bajo. En la popa, el Banquero agitaba una bandera pirata. Estaba todo bien.

—¿Algún movimiento extraño? —preguntó por la radio.

Vio que el Banquero dejaba la bandera en la cubierta y se descolgaba la suya de la cintura.

—Nada raro —oyó tras un instante de estática—. Todo listo.

Sin perder tiempo, se sentó al borde del precipicio, justo debajo de la viga de hierro oxidada a la que él mismo había sujetado, treinta y dos horas antes, el cable de acero que colgaba de la estructura. Miró hacia abajo. Tres vueltas de cable descansaban en las rocas al pie del acantilado.

—Dale —dijo por la radio.

Siguió con los binoculares cada paso del viejo ladrón de bancos. Lo vio agacharse junto al mástil y apretar el botón que encendía el cabrestante para que empezara a enrollar el cable.

—Listo, parece que va todo bien —anunció el Banquero—. Empiezo a aflojar el *backstay*.

Mac le dio el visto bueno, atento al cable. A medida que el cabrestante lo enrollaba, se iba tensando en una línea curva que unía el mástil con el agua.

Dos minutos después, las tres vueltas extendidas sobre las rocas, veinte metros por debajo de sus pies, empezaron a desaparecer en el agua. Como si un gigante submarino sorbiera un espagueti de acero.

\*\*\*

Tres metros por detrás, Minerva observaba en silencio los movimientos de Mac. Igual que el día anterior, cuando los dos habían estado en ese mismo lugar para dejar todo preparado, lo seguía con la mirada mientras él hablaba por la radio y se ponía y sacaba los binoculares cada cinco segundos.

—¿Cómo va? —le preguntó.

Mac no respondió. Estaba demasiado concentrado en el cable que iba del viejo faro al agua y del agua al mástil del Maese. Ahora, el extremo atado a la estructura de hierro comenzaba a inclinarse hacia adelante a medida que la línea se tensaba. Según habían cronometrado el día anterior, el cable tardaría casi un minuto más en emerger por completo del agua.

A Minerva le parecía una eternidad. Estaba tan nerviosa que su mente se le iba a cualquier lado con tal de no pensar en lo que pasaría si algo salía mal en ese momento. Se repitió a sí misma que no había de qué preocuparse. El día anterior ella y Mac habían tendido el cable con extremo cuidado, tomando todos los recaudos necesarios para que nada fallara.



Pensar en eso le hizo recordar la conversación que habían tenido a bordo de la pequeña lancha Zodiac. Volvió a sentir vergüenza. Le debía una disculpa por cómo lo había tratado. Si todo salía bien, tendría tiempo de explicarle que había sido un malentendido. Que hacía treinta y dos horas ella no sabía que era viudo. Que se lo había contado Pólvora hoy, mientras esperaban en el contenedor de Cerro Solo.

Su mente dejó de divagar cuando vio que Mac agitaba un puño en el aire.

—¡Bien! El cable ya está fuera del agua —exclamó él, girándose para mirarla.

Un segundo después, el faro retorcido soltó un gruñido metálico que no auguraba nada bueno.

## CAPÍTULO 108

*16 de julio de 2019, 7:39 p. m.*

—Esta también está vacía —dijo Bellido al asomarse a la caja de la tercera camioneta.

—¿Dónde se metieron estos tipos? —masculló Lamuedra.

El silencio de la noche sólo se veía interrumpido por el zumbido del viento.

—A lo mejor están escondidos en la casa.

—No podemos descartarlo, aunque es poco probable. Si hubieran querido esconderse, no habrían dejado las camionetas a la vista.

—O capaz que se fueron por mar, comisario.

Bellido había dicho esto señalando a su derecha, donde, muy a lo lejos, centelleaba el agua oscura.

Lamuedra quiso recordarle que, para llegar a la orilla, había que atravesar dos kilómetros de playa de canto rodado. La única manera de transportar cinco mil kilos por ahí sin quedarse encallado era con un camión todoterreno, tipo los Unimog del ejército. Pero un bicho así hubiera dejado unas huellas enormes que se verían incluso a la luz de la luna.

Antes de que pudiera decirle nada de esto, Bellido empezó a caminar. Así que el comisario lo siguió hasta la línea donde las matas bajas y torcidas daban paso a los guijarros. Mientras su subordinado escudriñaba la playa, él de tanto en tanto se giraba y levantaba el rifle para mirar hacia los árboles por la mira telescópica. Sólo se movían las ramas agitadas por el viento.

—No veo huellas de vehículos ni pisadas, comisario. A lo mejor mañana, de día, encontramos algo.

—Volvamos —le indicó Lamuedra, caminando hacia las camionetas.

Cuando llegaron de nuevo junto a las Hilux, el comisario habló en voz baja.

—Lo que menos me cierra es que no hayan hecho el cambio de vehículo adentro del cuadrado de árboles. ¿Qué necesidad tenían de estacionar donde se ensancha tanto el camino?

—¿Qué camino?

—El único que hay, Bellido. Este, ¿qué otro camino ve usted?  
—respondió, señalándose los pies.

—Esto es muy ancho para ser un camino.

—¿Y entonces qué... ?

Pero el comisario dejó la frase a medias.

—Hijos de puta —soltó, ya sin sentir necesidad de mantener el tono de voz bajo.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Estaban en Bahía Laura, una estancia fundada en los albores del siglo veinte. Encendió una linterna y comenzó a caminar.

—Comisario, apague esa luz. Nos pueden ver.

Lamuedra lo ignoró y siguió caminando todo lo rápido que pudo, con el haz enfocado hacia abajo. Llegó a un punto en que la franja de tierra se cruzaba con otra igual de ancha en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Hijos de puta —repitió.

Dejó atrás la intersección y continuó, barriendo con la linterna la tierra reseca y compactada. Por fin encontró lo que buscaba: tres huellas de neumáticos que empezaban de repente, como caídas del cielo.

—Tenés razón, Bellido. Esto no es un camino. Es una pista de aterrizaje.

## CAPÍTULO 109

*16 de julio de 2019, 7:50 p. m.*

En la sala de reuniones había cerca de veinte personas. Hacía una hora, cuando la policía de Puerto San Julián y de Caleta Olivia había llegado a Entrevientos, eran muchas más. Sandoval los había puesto al corriente de los movimientos de Lamuedra, y los oficiales se habían repartido por el yacimiento. Algunos habían ido tras las señales de los GPS y todavía no habían vuelto. Otros custodiaban la entrada al túnel a la espera de la llegada del negociador y el equipo de asalto. Los dos más veteranos se habían quedado con él y escuchaban ahora la voz de Lamuedra emitida por el teléfono en manos libres sobre la mesa. Acababa de llamar desde Bahía Laura con el teléfono satelital de De Abreu.

—¿Cómo dice? —preguntó Sandoval sin poder creer lo que acababa de oír.

—Que encontramos las tres camionetas en Bahía Laura. Se fueron en avión —repitió el comisario.

—¿En avión?

—Sí. La estancia tiene una pista de aterrizaje abandonada, como muchas otras de la zona. En la primera mitad del siglo pasado, los dueños de los campos solían contratar avionetas para que los vinieran a buscar y los llevaran a las ciudades principales.

Eso Carlos Sandoval lo sabía. Varios patagónicos le habían contado que, hasta la década del cincuenta, la aviación civil había sido fundamental para el desarrollo en la zona, porque los automóviles eran demasiado precarios y los caminos, impracticables. Estos relatos sobre los años

dorados de la aeronáutica casi siempre terminaban mencionando a Antoine de Saint-Exupéry, el autor de *El Principito*, que había utilizado algunas de esas pistas privadas durante los dieciséis meses que voló en la Patagonia como piloto de la Aeroposta. Algunos incluso sostenían que se había inspirado en la desolación del terreno patagónico para escribir el libro.

—Pero estas pistas no se usan desde hace décadas, comisario.

—Los dos juegos de huellas son recientes. Cada uno consta de tres marcas. O sea, un tren de aterrizaje. Como decía mi madre, es blanco y en botella —respondió el policía.

Sandoval sintió una punzada de duda. El día anterior, el reporte diario que le enviaba el jefe de la cuadrilla encargada de patrullar los caminos mencionaba que un empleado había visto una avioneta sobrevolar el yacimiento. Él no le había dado importancia.

—¿Qué tan separadas estaban las huellas de las ruedas traseras sobre la pista? —preguntó.

—Dos metros y medio. Tres, como mucho. Hay dos juegos, así que, o bien aterrizaron dos avionetas iguales, o aterrizó la misma dos veces.

—Señor comisario, con todo respeto —intervino De Abreu del otro lado de la línea—. Yo he hecho relevamientos aéreos en aviones de todo tipo. Una avioneta con un tren de aterrizaje de tres metros no puede llevar más de mil kilos entre carga y pasajeros.

—¿Qué está sugiriendo? —preguntó Lamuedra.

—No estoy sugiriendo nada. Puede ser que en esta pista haya aterrizado una avioneta, o dos. Pero esos aparatos no se pudieron llevar el oro.

Mientras el comisario y el gerente de exploraciones discutían a cuarenta y cuatro kilómetros de él, la cabeza de Sandoval intentaba encajar las piezas de ese puzzle sin sentido. Si las camionetas estaban ahí, ¿de dónde venían las tres señales de GPS que la policía de San Julián había salido a rastrear? ¿Qué tenían que ver el túnel y la ambulancia? Si eran maniobras de distracción, ¿realmente se podían haber ido por aire? Por más que las leyes de la física respondieran con un no implacable, el día anterior alguien había avistado una avioneta y el aeroclub más cercano estaba a ciento veinte kilómetros en línea recta.

Decidió no mencionarlo. Si lo hacía, la policía centraría todos sus esfuerzos en buscar por ese lado. En cambio si callaba, la incertidumbre

haría que siguieran considerando todas las posibilidades.

—¿Y si lo escondieron? —sugirió el oficial de San Julián que se había quedado en la sala—. A lo mejor guardaron el oro en algún lugar y se fueron en dos avionetas.

La primera reacción de Sandoval ante esa teoría fue pensar que era una ridiculez. Sin embargo, tenía que reconocerle al policía que la parte más difícil de robar cinco toneladas era llevárselas. Si las dejaban atrás, el escape se simplificaba mucho.

## CAPÍTULO 110

### *Bahía Laura. El día anterior al atraco.*

La avioneta se había ido al mediodía. Unas horas más tarde, el Banquero se había acercado a la costa con el Maese, lo había anclado y había hecho varios viajes con la Zodiac hasta que toda la banda estuvo a bordo.

Ahora Mac acababa de dar una última mirada a la cubierta para asegurarse de que todo estaba en su lugar. Caminó hacia la popa y se detuvo junto a la bobina. No era mucho más ancha que un taburete, pero pesaba ciento noventa y cinco kilos. Sin una grúa como la que habían usado para cargarla en Buenos Aires, era imposible moverla y no romper algo en el velero.

Asomó medio cuerpo sobre la regala. La pequeña Zodiac flotaba al ritmo de las olas como una extensión trasera del Maese. Minerva ya estaba posicionada con una mano en el timón, como si temiera que alguien le fuera a quitar el puesto. Mac la entendía. Él había modificado su plan y era normal que ella quisiera seguirle los pasos de cerca.

Se puso unos gruesos guantes de cuero y desenrolló las primeras vueltas de cable. Las pasó sobre la baranda de popa y Minerva las extendió en el suelo plástico de la Zodiac, dibujando un gran ocho.

Mientras desenrollaba, Mac repasó por última vez cada uno de los doscientos cincuenta metros de cable de acero con núcleo de polipropileno. Cuando casi toda la bobina estuvo sobre la Zodiac, llevó los últimos metros hasta el mástil de aluminio del Maese.

Se subió a una escalera de pintor y pasó el extremo del cable por la polea que él mismo había instalado a tres metros y medio de altura. Justo debajo, habían forrado el mástil con varios colchones de los camarotes. Los que habían sobrado, junto a un par más comprados para la ocasión, se apilaban en la cubierta debajo de la polea.

Enhebró la punta del cable en el eje de un cabrestante eléctrico al pie del mástil. Luego apretó el botón para enrollar hasta que el carrete quedó cubierto con varias vueltas.

—Esta punta ya está —dijo, levantando la vista hacia el Banquero, que cuidaba su barco como un perro guardián y había escrutado cada uno de sus pasos.

Se giró hacia el Cerrajero, el Pata y Pólvora, que también lo habían observado trabajar pero desde la popa, dándole espacio.

—Ya saben lo que tienen que hacer —les dijo—. Nos vemos en un rato.

Saltó a la Zodiac y Minerva aceleró de a poco, poniendo rumbo a la costa. Mientras tanto, él iba tirando el cable al agua.

El lecho no estaba a gran profundidad, así que tenían metros de sobra. Quince hasta el fondo, cincuenta hasta llegar a la costa y casi veinte de altura hasta el faro caído.

Mientras el mar azul engullía el cable, se preguntó si el Gobierno argentino alguna vez reconstruiría el faro Campana. Según habían podido averiguar, se había derrumbado en algún momento entre 2009 y 2016. Lo más probable era que no, concluyó. Aquel esqueleto estaba condenado a ser olvidado y desintegrarse a la intemperie. Igual que Entrevientos cuando dejara de ser rentable.

Una ola golpeó con fuerza el casco de la Zodiac, empapándolos con un spray helado.

—En el Caribe supongo que el agua debe ser muy diferente —le dijo a Minerva.

—Seguro que a tus tres hijos les va a encantar.

A Mac, la contestación cargada de sorna lo tomó por sorpresa.

—Supongo que sí. Aunque pensaba escaparme unos días sin ellos.

—Escuchame, Mac, no es el momento.

En eso, le daba la razón a Minerva. El día antes de cometer un robo millonario no había lugar para ponerse romántico. Lo mejor era callar y



seguir tirando vueltas de cable al mar.

Pero uno no siempre hace lo mejor.

—¿Cómo sabés que tengo tres hijos?

Minerva no despegó la mirada de la playita mínima a un costado de los acantilados a la que se acercaban.

—Minerva, ¿qué te pasa? ¿Te molesta que tenga hijos? Decímelo y punto. No vas a ser la primera ni la última.

—Lo que me molesta es que tengas una mujer y te hagas el galán conmigo.

—¿Qué?

—Flaco, trabajé durante muchos años rodeada de tipos alejados de su familia. Tengo un máster en detectar a los casados que se hacen los solteros.

—Conmigo el detector te falla.

—Mirá Mac, yo mañana me juego la vida y vos también. Tenemos mejores cosas que hacer que hablar de esto. Por eso y por respeto a la mujer de la foto que tenés en la billetera, no digas nada más.

—¿Revisaste mis cosas?

Minerva se encogió de hombros.

—Soy la líder de la banda. Tengo que saber con qué bueyes aro.

Mac negó con la cabeza. No sabía si empezar por preguntarle quién le había dado derecho a revolver en sus cosas o explicarle que lo había entendido todo mal. Pero ella tenía razón en que ese no era el momento. Necesitaban la cabeza fría y plena concentración durante las siguientes treinta y dos horas. Si todo salía bien, ya tendrían tiempo de hablar.

La Zodiac se frenó en la playa de canto rodado antes de que ninguno de los dos dijera otra palabra. Saltaron a las piedras húmedas en silencio. Quedaban más de cien metros de cable en la embarcación. Mac los fue llevando en tramos hacia unas rocas debajo del acantilado. Minerva mientras tanto se calzó la mochila y caminó en dirección contraria, hacia donde la pared de roca dejaba de ser vertical, y empezó a trepar.

Cuando ya no quedaba cable en la Zodiac, Mac miró hacia arriba. La punta del faro caído asomaba por el acantilado, veinte metros por encima de su cabeza. Dos minutos después, la figura de Minerva se recortó entre las vigas oxidadas y le tiró una soga que cayó desenrollándose a toda velocidad. Mac la ató a la punta del cable y levantó el pulgar. Después corrió para subir al acantilado por donde lo había hecho su compañera.

Al llegar arriba, se unió a Minerva junto al faro caído. Ella ya tenía varios metros de cable enrollados a sus pies.

—Con esto tenemos suficiente —dijo él, sacando de la mochila una toalla y un rollo de cinta adhesiva. Volvió a estudiar cada una de las gruesas y herrumbrosas vigas de acero del faro como lo había hecho unos días atrás. Concluyó una vez más que la mejor era una que, a pesar de estar completamente cubierta de óxido, no había sido debilitada por la corrosión. Además, su ubicación era ideal: estaba justo al borde del precipicio, a noventa centímetros del suelo.

Cubrió la viga con la toalla y la sujetó con la cinta adhesiva. Enrolló el cable sobre la superficie acolchada y remató la sujeción con un cierracables. Observó el resultado, satisfecho. Se necesitarían más de diez mil kilos de fuerza para que esa atadura cediera.

—La hora de la verdad —le dijo a Minerva, haciendo un gesto hacia una de las casas de piedra en ruinas.

Caminaron juntos hasta allí para buscar la primera de las latas de pintura rellenas con plomo fundido que habían dejado escondidas dos días atrás. Cada una tenía seis litros de metal y pesaba sesenta y seis kilos. Más o menos lo mismo que un lingote de doré.

## CAPÍTULO 111

*16 de julio de 2019, 5:46 p. m.*

El día anterior, cuando habían tendido el cable y habían hecho la prueba con las latas de plomo, la estructura del faro también se había quejado con ruidos de metal retorcido. Sin embargo, a Mac le parecía que ahora los chirridos eran más fuertes. Quiso pensar que los oía amplificadas por los nervios y la adrenalina.

—¿No hace demasiado ruido? —le preguntó el Pata.

—Es normal —respondió él con el tono más sereno que fue capaz de lograr.

—Pero ayer sonaba mucho menos —intervino Minerva.

—Porque hoy hay más viento y el cable tira un poco más. No se preocupen, está todo calculado.

Estuvo a punto de agregar que hasta los grandes rascacielos del mundo oscilaban con el viento, pero prefirió no hacer ningún comentario sobre estructuras altas delante del Pata.

—¿Cómo va? —preguntó a la radio, con la vista en el Maese.

—Normal —respondió el Banquero.

—Veo que el cable ya salió de la superficie. ¿A qué altura está?

—La parte más baja, entre un metro y medio y dos metros sobre el agua, dependiendo de las olas.

—Muy bien. Empecemos.

Mac abrió uno de los bolsos negros y sacó un trozo de red de pesca de los que habían estado preparando los días anteriores. Eran cien, todos idénticos, cortados en cuadrados de un metro veinte de lado y con un lazo

de sogas enhebradas en las cuatro esquinas. Lo apoyó en el suelo rocoso al borde del precipicio, noventa centímetros por debajo del cable unido al faro.

—Vamos con el primero.

Entre el Pata y Pólvora descendieron un lingote de la camioneta estacionada a apenas tres metros del precipicio y lo apoyaron en el centro de la red. Mac tiró del lazo, cerrándola en torno al doré. Después enganchó el hatillo a una polea con sistema de frenado y la colocó sobre el cable de acero.

—Ayúdame, Pólvora.

Entre los dos, lo empujaron al precipicio.

El doré se deslizó colgando de la polea, como una bala lenta disparada al mástil del velero.

\*\*\*

Ahí viene. *No te me muevas ahora, Maese...* pensó el Banquero, con la mirada clavada en el bulto que se deslizaba hacia él por la tirolesa.

Si el Maese se mantenía en posición, el mástil resistiría. Al fin y al cabo, estaba diseñado para aguantar las toneladas de fuerza que el viento ejercía sobre las velas cuando estaban desplegadas. Pero si el ancla se movía o una ola fuerte lo hacía virar, la tirolesa podía tocar alguno de los obenques, unos cables que reforzaban el mástil a babor y estribor. Sin el *backstay* y con un obenque roto, las tensiones se desajustarían tanto que el cable que unía al Maese con el faro Campana podía terminar arrancando el mástil.

*...y espero que los colchones aguanten.*

Lo otro que lo ponía nervioso era el impacto. Habían hecho pruebas el día anterior con latas rellenas de plomo y los colchones habían amortiguado el peso sin problemas. Pero él había estado en suficientes robos para saber que un ensayo no era más que un ensayo. El día del robo, Murphy solía presentarse con su ley muy afilada.

El lingote golpeó con un ruido sordo el primero de los colchones, que se arqueó como el guante de un jugador de béisbol. El segundo se dobló un poco menos. El tercero, menos aún. En conjunto, los colchones resistieron de manera estoica.

El Banquero se subió a la escalera de pintor desplegada junto al mástil y le hizo un tajo a la red con un cuchillo. El metal cayó más de un metro y aterrizó en los colchones apilados en la cubierta. Sonrió, satisfecho.

Desenganchó la polea con la red vacía y volvió a levantar la bandera pirata. Vio que en el otro extremo del cable acoplaban una nueva polea.

Pero esta vez no colgaron un lingote. El segundo envío iba a ser muy distinto.

\*\*\*

—Vos primero, Pata —le dijo Mac mientras sacaba del bolso un manojito de correas negras—. La pierna derecha por acá y la izquierda, por acá.

El Pata le hizo caso. El corazón le latía desbocado, igual que dos meses y medio atrás, cuando se había calzado un arnés idéntico en San Rafael. A diferencia de aquella vez, ahora no tendría la opción de elegir el camino de la gallina.

Sintió los tirones en el pecho y en las piernas cuando Mac verificó que el arnés estaba bien colocado. Después, su compañero le apoyó la mano en el hombro y lo guió al borde del acantilado.

—Mejor no mires para abajo —le dijo.

Aquello fue como cuando te dicen que no pienses en un elefante. Lo primero que hizo el Pata fue agarrarse con fuerza a la estructura oxidada del faro y agachar la mirada. Las olas rompían contra unas rocas de bordes afilados veinte metros debajo de sus pies. Caer era una muerte segura.

Pasó los dedos por el cable de acero y le pareció ínfimo.

—¿Estás seguro de que esto aguanta?

—¿No viste que acabamos de tirar un lingote de sesenta kilos? Si aguantó eso, te aguanta a vos, que sos piel y hueso —le respondió Mac, golpeándole con la mano abierta la prominente panza.

—Te estoy hablando en serio. Tiene un centímetro de diámetro y está atado a un amasijo de hierros oxidados. ¿No se va a cortar? —insistió, tirando del cable.

—Por supuesto que no se va a cortar. En tres años no se me cortó nunca ninguno. Y te puedo asegurar que a esta tirolesa le puse muchas más

pilas que a cualquier otra. Además, ¿qué es lo peor que te puede pasar? ¿Un chapuzón fresquito?

El Pata chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Estoy cagado de verdad, Mac. Muy cagado. Vi en internet que el agua acá está a tres grados. Y yo no sé nadar.

—No se va a cortar, ni te va a pasar nada. Te lo prometo. Ahora, sentate en el borde.

Sin soltar los hierros oxidados, el Pata se agachó hasta sentarse en la roca con las piernas extendidas hacia adelante. El precipicio empezaba en sus tobillos.

—Muy bien —le dijo Mac, enganchando la polea del arnés al cable, que casi le tocaba la cabeza—. Ahora arrimate un poco más al borde. Imaginate que es un paredoncito de medio metro.

—No puedo imaginarme eso, boludo. Tengo fobia a las alturas, ¿no lo entendés?

—No te va a pasar nada, dale. Vos agarrate al cabo de la polea y yo cuento hasta tres y te empujo, ¿sí?

El Pata asintió y cerró los ojos. A pesar de que en el bosque aéreo Mac le había enseñado que el peso lo aguantaban las tiras de los muslos, se aferró con ambas manos a la sogá que lo unía a la polea como si fuera su único punto de contacto con la vida.

Reptó sobre los glúteos hacia adelante hasta que las pantorrillas le quedaron colgando.

—Uno... —dijo Mac.

El Pata sintió al mismo tiempo el empujón en la espalda, el vacío en el estómago y las tiras del arnés apretándole los testículos. Sobre su cabeza, la polea comenzó a zumbar a medida que ganaba velocidad en el cable.

—¡Dijiste hasta tres, hijo de...!

Fue incapaz de completar el insulto porque, conforme avanzaba, la rabia y el miedo se le fueron transformando en una sensación de alivio. Tuvo una especie de visión: estaba, casi literalmente, volando hacia su libertad. Volvió a pensar en Sandra, en Los Antiguos y en Mina corriendo entre cerezos.

—Cuidado con los pies —le gritó el Banquero desde el velero, señalando el lingote de doré, todavía sobre los colchones.

La llegada no fue glamurosa. El cuerpo del Pata golpeó los colchones de costado, con el hombro y la cadera al mismo tiempo. El frenazo de golpe le hizo soltar las manos del cable y terminó cabeza abajo, con la cara colgando a un metro del lingote.

El Banquero lo tuvo que ayudar a desengancharse. Cuando estuvo libre, se movió un poco y comprobó que no se había roto ningún hueso. Entonces lo invadió una euforia que le tensó todos los músculos.

—Uuuuuuuuuuuuuuuuu —gritó con toda su fuerza.

—Festejá un poco más acá, que ahí viene el Cerrajero —le indicó el Banquero mientras señalaba el otro extremo del cable, donde una silueta se asomaba al precipicio.

Veinte segundos después, el Cerrajero llegó pálido a los colchones sobre la cubierta. Apenas se libró de la polea, corrió a asomarse por la regala para vomitar.

—Dale, che, devolvé rápido que tenemos trabajo —le gritó el Pata, riéndose.

El Cerrajero se limpió la boca con la manga y volvió al mástil junto a él.

—Estoy bien, gracias por preguntar.

El Pata sonrió, le dio una palmada en el hombro y señaló el lingote en los colchones. Lo levantaron entre los dos y lo llevaron hacia la estrecha escalera que se adentraba en el barco.

Lo último que el Pata vio antes de meterse al velero fue que el Banquero volvía a agitar la bandera pirata. Y entonces un nuevo rectángulo partió hacia ellos, reflejando los rayos de un sol bajo que no tardaría en ponerse.

\*\*\*

Les llevó más de quince minutos descargar la primera camioneta. Cuando estuvo vacía, Minerva la condujo once kilómetros y la estacionó en uno de los extremos de la pista de aterrizaje de la estancia Bahía Laura. Sacó de la mochila una jabonera de plástico donde guardaba un trapo embebido en cloro. Lo pasó sobre el volante, la palanca de cambios y la manija de la puerta.

Sin perder tiempo, corrió los cien metros hacia el rectángulo de árboles. Abrió la tranquera con el corazón a mil y los pulmones ardiendo.

La puerta de entrada a la casa de dos pisos seguía sin llave, como desde hacía tres días, cuando el Cerrajero había hecho su magia. Entró y cerró tras de sí.



## CAPÍTULO 112

*16 de julio de 2019, 7:56 p. m.*

Refugiándose del viento dentro de la camioneta de De Abreu, el comisario continuaba con su conversación con el gerente general a través del teléfono satelital.

—Por ahora, tenemos que estar abiertos a todas las posibilidades —dijo al aparato—. Si el doré se fue por tierra, lo más probable es que lo intercepten en algún control caminero o fronterizo. Está avisada la policía de toda la provincia. Pero también pueden habérselo llevado por mar o haberlo escondido.

—Con los barcos sucede lo mismo que con los aviones —respondió el gerente del otro lado de la línea—. Para cargar cinco mil kilos se necesita uno grande, que sólo podría llegar a la costa atracando en un muelle.

—A lo mejor usaron una lancha para transportar los lingotes desde la orilla a un barco más grande —ofreció De Abreu, apoyando el codo en el volante.

—Algo así requeriría muchos viajes —retrucó Sandoval—. No les habría dado el tiempo.

—Además, en la playa no se ve ninguna huella —acotó Bellido.

—De alguna forma se tienen que haber llevado el doré —opinó De Abreu—. A mí la idea de que lo hayan escondido no me convence para nada.

Al comisario, tampoco. De hecho, ninguna de las alternativas tenía sentido para Lamuedra. Empezaba a resignarse a esperar a que fuera de día

para encontrar una respuesta. Ahora, en plena noche, sólo les quedaba una cosa por hacer.

Tras cortar la comunicación con Sandoval, se giró hacia Bellido, que estaba sentado en el asiento de atrás.

—Vamos a entrar a la casa.

—Pero, comisario, somos dos y ellos son cinco. Si nos están esperando, nos van a acribillar.

—Ahí adentro no hay nadie, Bellido.

—¿Usted cómo lo sabe? —preguntó De Abreu.

—Porque no tiene sentido. Estos tipos no son ningunos boludos. Si se quieren esconder, no dejan tres camionetas a la vista.

—¿Entonces para qué quiere entrar? ¿Cree que el oro puede estar escondido ahí?

El comisario negó con la cabeza.

—¿Y entonces?

—Porque esa casa es la única construcción en pie en cuarenta kilómetros a la redonda, Bellido. Y es una de las casas más cercanas a la mina de Entrevientos. Y porque las Hilux están casi en la puerta. ¿Cómo no vamos a entrar?

El comisario abrió la puerta de la camioneta.

—Usted espera acá —volvió a ordenarle a De Abreu.

Lamuedra y Bellido caminaron en silencio hacia el portón entre los tamariscos. El comisario iba atento a cualquier sonido, pero sólo oía el viento y sus pasos haciendo crujir la tierra dura. Abrió el portón con cuidado y se adentraron en el rectángulo de árboles que protegía a aquel puñado de construcciones solitarias.

A la luz de la luna, la gran casa en el centro del cuadrilátero tenía un aire tétrico. Era de chapa, del estilo inglés tan popular en la Patagonia de antes. Lamuedra había visto muchas con ese tipo de arquitectura, pero nunca una de dos pisos como la que ahora tenía enfrente. La puerta principal estaba protegida con un alero a dos aguas rematado por un ojo de buey. En la chapa se adivinaban las últimas escamas de lo que alguna vez había sido pintura blanca.

Alrededor de la vivienda, como satélites menores, había tres construcciones más. Dos eran galpones para la esquila y demás trabajos del

campo, hechos de la misma chapa. La tercera, una pequeña casa de cemento. Probablemente ahí había vivido el peón.

Lamuedra avanzó directamente hacia la vivienda principal. Se llevó el dedo índice a los labios y miró a Bellido. Cada uno sacó su arma.

El comisario encendió la linterna y tanteó el picaporte. La puerta se abrió con un chirrido y el haz de luz reveló una amplia cocina-comedor presidida por una estufa a leña. En el centro había una mesa sin sillas.

Se acercó a la estufa y la tocó con el dorso de la mano. Estaba helada.

Además de la puerta de entrada, en la sala había otras cuatro que comunicaban con el resto de la casa. Apuntó a una de ellas y le hizo señas a Bellido para que la abriera. Resultó ser una despensa en la que todavía quedaban algunas latas de conserva oxidadas. Repitieron la maniobra con la segunda, que daba a una habitación con la cama hecha. Detrás de la tercera encontraron un baño viejo y polvoriento. La última conducía a una escalera.

—¿Subimos? —le susurró Bellido.

Lamuedra asintió y puso un pie con cuidado en el primer peldaño. Pero apenas le apoyó todo su peso, la madera rechinó como la peor de las bisagras. Así que subió corriendo, tomando los escalones de dos en dos.

El pasillo de arriba estaba desierto. Contó otras cuatro puertas, y se dispuso a revisarlas. La única que estaba abierta daba a un baño igual de viejo que el de abajo. Las siguientes dos eran habitaciones, una de matrimonio y la otra con tres camas individuales. Todo estaba pulcramente ordenado.

*Acá no estuvieron, pensó.*

Resignado, abrió la última puerta.

Y entonces supo que se había equivocado.

## CAPÍTULO 113

*16 de julio de 2019, 8:01 p. m.*

*Acá sí estuvieron, se corrigió.*

La cama de matrimonio que debería haber ocupado el centro de la habitación estaba apoyada de costado contra una pared, con las patas apuntando hacia Lamuedra. En su lugar había seis sillas dispuestas en dos filas, orientadas hacia una pequeña mesita sobre la que descansaba un vaso vacío. Detrás de ella, dos láminas clavadas en la madera de la pared. Una era un plano del proyecto minero de Entrevientos. La otra llevaba por título «*Gold Room*», y tenía anotaciones manuscritas en rojo.

Lamuedra se los imaginó aquella misma mañana, levantándose temprano y haciendo cada uno las camas en las que habían dormido. Sin contar la de esa habitación, había cinco en la casa. Cinco camas, cinco asaltantes.

—Tendrían que venir los de criminalística, ¿no? —sugirió Bellido a sus espaldas.

—Sí, mejor salgamos para no seguir contaminando la escena.

Bajaron las escaleras sin tocar las paredes. En la planta baja, Bellido enfiló hacia la salida, pero el comisario se quedó atrás, observando la vieja estufa a leña.

Cubriéndose los dedos con la manga de la camisa, abrió la puerta de hierro fundido. El haz de la linterna reveló cenizas y un trozo de madera que no había terminado de arder. Al moverlo, quedó al descubierto un pedazo de papel chamuscado.

Acercó la cara a la puertita de la estufa, y al observarlo más de cerca, se quedó paralizado. Quiso convencerse de que estaba equivocado, pero mientras más lo pensaba, más sentido cobraba.

Decidió no tocarlo. Que lo encontraran los peritos forenses. Cerró la estufa y salió de la casa. Afuera, mientras el viento de la madrugada le volvía a helar la cara, le contó a Bellido lo que había descubierto y le pidió absoluta reserva. Después comprobaron juntos que tanto los galpones de esquila como la pequeña casa del peón estaban vacíos.

Abandonaron la protección de los árboles, caminando hacia sus camionetas. Lamuedra no podía dejar de pensar en el pedacito de papel. Esa esquinita, que por algún capricho del destino no se había consumido en el fuego, acababa de entregarle a un miembro de la banda.

\*\*\*

El comisario y Bellido volvieron a la camioneta en la que De Abreu los había esperado, por segunda vez, obedientemente. Antes de que cerraran las puertas, el gerente de exploraciones ya estaba llamando a Sandoval.

—¿Encontraron algo? —les preguntó, mientras la línea daba tono de llamada.

Lamuedra negó con la cabeza, haciendo un esfuerzo para no revelar lo que sabía. Su mujer siempre le decía que era pésimo para mentir.

—¿Alguna novedad? —atendió Sandoval.

—Lamentablemente, no —dijo Lamuedra—. Entramos a la casa pero no se ve nada.

—No se pueden haber esfumado, comisario —insistió Sandoval.

—Desde luego. Mañana, con la luz del día, seguramente obtendremos pistas nuevas.

—¿No sería mejor seguir buscando? —preguntó De Abreu.

—¿Adónde quiere que busquemos? La casa está vacía y todo parece indicar que se fueron por aire.

—¡De Abreu le acaba de explicar que es demasiado peso para llevárselo por aire! —intervino Sandoval del otro lado del aparato.

Lamuedra estuvo a punto de responderle con un tono aún más alto. ¿Quién se había creído el tipo este? ¿El presidente de la nación?

Pero ponerse a gritar no era una buena movida. Así que el comisario respiró hondo y habló en el tono más calmado que logró conseguir.

—Señor Sandoval, no pierda los estribos. Ahí hay una pista de aterrizaje con claras huellas de ruedas de avión. Puede que usted tenga razón y el doré esté escondido. Si es así, lo vamos a encontrar. Ahora lo que tenemos que hacer es volver al campamento.

Mientras le hablaba al aparato, Lamuedra sacó del bolsillo de la campera el chicle que le había dado Sandoval en su oficina. Una de las esquinas era idéntica al trozo de papel chamuscado que había en la estufa.

## CAPÍTULO 114

*16 de julio de 2019, 6:05 p. m.*

Al entrar a la vieja casa de la estancia Bahía Laura, Minerva se puso guantes de látex y una gorra de cirujano. Cerró la puerta tras de sí y subió a toda prisa las escaleras que conducían a la planta de arriba. Fue directa a la habitación más grande.

El sol se había puesto hacía diez minutos, pero la última claridad del día todavía se filtraba por las cortinas. Siguiendo sus órdenes, Pólvora y Mac habían puesto la cama de canto y llevado allí todas las sillas de la casa, orientándolas hacia una de las paredes de madera.

Sacó un rollo de cinta adhesiva de la mochila y hurgó entre los objetos que el Cerrajero había conseguido en la habitación de Sandoval. Pegó sobre la pared un plano de la mina y otro de la *gold room* con anotaciones manuscritas del gerente.

Antes de salir de la habitación, esparció en el suelo algunos de los pelos grises que el Cerrajero había juntado en la ducha de Sandoval. Después fue al baño y escondió detrás de la pileta el repuesto de una maquinita de afeitar.

Bajó a la cocina y abrió la pequeña puerta de hierro de la estufa. Se encontró con cenizas y trocitos de madera carbonizada de un fuego viejo. Bingo.

De la bolsa, sacó el chicle de café. Lo abrió y se obligó a metérselo en la boca. Una ola de asco y el recuerdo del miedo le recorrieron el cuerpo, pero siguió masticando mientras observaba el envoltorio.

Prendió una punta con un encendedor y esperó a que el fuego lo hubiera consumido casi todo. Cuando sopló, sólo quedaba una esquina del papel entre sus dedos enguantados. La dejó dentro de la estufa.

Por último, se arremangó el brazo izquierdo y se levantó la muñequera hasta el codo. Incluso con la escasa luz, la pulsera de doré brillaba. Se la había vuelto a poner el día que decidió robar la mina, para que se le clavara como una espuela en los momentos de duda. Y había funcionado. Como una brújula macabra, la pulsera le había marcado el único camino para estar a mano con ese hijo de puta.

Respiró hondo. Faltaba muy poco para poder arrancársela con todas sus fuerzas. Se imaginó el alivio que sentiría cuando su piel dejara de estar en contacto con ese metal.

—Ahora vamos a ver quién es el guanaco y quién el puma —dijo en voz alta, cerrando con un fuerte golpe la puerta de la estufa.

Y salió de la casa.



## CAPÍTULO 115

*16 de julio de 2019, 6:25 p. m.*

Minerva corrió dentro del perímetro de árboles hasta un galpón de esquila a cincuenta metros de la casa. En el interior habían dejado escondida a la Sinpapeles. Se subió, puso la palanca de la caja automática en la posición de avance y salió del perímetro de árboles.

Recorrió los once kilómetros hasta Punta Mercedes con cuidado de mantenerse en el centro del ripio duro, donde las huellas quedaban mucho menos marcadas. Al llegar junto al faro caído, sus compañeros ya habían terminado de descargar la segunda Hilux y comenzaban con la tercera.

—¿Cómo va? —les preguntó, subiéndose a la caja para ayudar a mover un lingote.

—Por ahora, bien —dijo Pólvora.

Trabajaron en un silencio únicamente interrumpido por los gruñidos del faro. Había que levantar cada lingote, llevarlo hasta una nueva red abierta en el suelo, enganchar la red a unas poleas y, a su vez, las poleas al cable de acero. Después, empujar con mucha fuerza y esperar a que hubiera sesenta kilos más a bordo del velero.

Tras tirar con Mac un nuevo lingote por el precipicio, Minerva regresó a la camioneta para descargar con Pólvora el siguiente. El faro soltó uno de sus gruñidos, que Minerva ya se había acostumbrado a ignorar. Sin embargo, al levantar la mirada vio que el cable perdía inclinación, como si se hubiera cortado en el otro extremo. Miró hacia el Maese y vio que el Banquero agitaba los brazos en la popa.

—El cable está perdiendo tensión y se está hundiendo en el agua  
—anunció Mac.

En ese momento, en la radio sonó la voz del Banquero.

—Se acaba de cortar el cabo del ancla. Estoy a la deriva y el cable me arrastra hacia el acantilado.

## CAPÍTULO 116

*16 de julio de 2019, 6:32 p. m.*

Mac sintió el tirón brusco cuando Pólvora le arrebató la radio de la mano.

—¿Qué hacemos? —preguntó al aparato.

—Nos vamos. Ya hay setenta y tres lingotes a bordo —le respondió el Banquero.

—Nos quedan quince.

—Pero no tenemos ancla. No me pienso arriesgar con la de repuesto.

Mac escuchaba la conversación con la vista en el velero. Ya habían hablado de eso, y él estaba de acuerdo con el Banquero. Si usaban la segunda ancla del Maese y la perdían, tendrían que decirle adiós a la posibilidad de fondear en ningún lado. Eso y entregarse a la policía era prácticamente lo mismo.

—No pienso dejar los quince lingotes acá.

—No se trata de lo que pienses, Pólvora. Se cortó el ancla. Nos vamos —respondió el Banquero.

Mac echó un vistazo al resto de los lingotes, en la caja de la última camioneta. Quizás existía una forma de cargarlos sin recurrir al ancla. Le pidió la radio a Pólvora.

—Banquero, tengo una idea. Arrancá el motor y navegá alejándote de la costa, para volver a tensionar el cable.

—¿Estás loco? Quedarse sin motor es mucho peor que quedarse sin ancla.

—No va a pasar nada. La tensión que necesitamos en el cable es mucho menor que la resistencia del agua mientras el velero se mueve. Si el Maese puede navegar a ocho nudos, puede mantener la tirolesa tensa.

Hubo un silencio del otro lado de la radio.

—Intentémoslo —insistió Mac.

—Ante el menor problema, nos vamos.

—Por supuesto.

Al oír esto, Pólvora se alejó para descargar con Minerva el siguiente lingote.

—Una cosa más, Banquero —dijo Mac.

—¿Qué?

—Como el motor está más atrás del mástil, vas a estar empujando al velero como quien empuja una bicicleta por el asiento. ¿Sabés lo que significa eso no?

—Que si me desvío un par de grados, el Maese puede hacer un giro brusco.

*Y terminar hundiéndose*, pensó Mac.

—Correcto. No te desvíes.

\*\*\*

El Banquero cerró las manos sobre el timón del Maese y soltó un soplido profundo. El Pata y el Cerrajero salieron de la bodega después de guardar un lingote.

—¿Qué pasó? Sentimos como un tirón —preguntó el Pata.

—No me digas que... —dijo el Cerrajero, mirando el cable sumergido en el agua.

—Perdimos el ancla. Voy a intentar tensar el cable con el motor.

—¿Eso no es peligroso? —preguntó el Cerrajero.

El Banquero chasqueó la lengua, como si la pregunta lo indignara.

—No para el capitán Nemo —dijo, señalándose el pecho con un dedo. Bastante tenía con sus nervios como para también preocupar a los otros dos.

Apoyó con suavidad la mano derecha en la palanca del acelerador. El motor del Maese comenzó a empujar y el cable se tensó poco a poco. La

mano izquierda apretaba el timón con toda su fuerza, como si se le fuera a escapar.

—Ya está completamente afuera del agua —anunció el Cerrajero treinta segundos después.

—¿A cuánto?

—Un metro.

—El cable está a un metro del agua —repitió el Banquero por radio.

—No alcanza —respondió Mac—. Si un lingote se choca con una ola y se frena, nos deja inutilizada la tirolesa.

Sin responder, el Banquero empujó un poco más la palanca.

—Metro y medio —anunció el Cerrajero.

—Metro y medio —repitió a la radio.

—Bien. Necesitamos por lo menos dos metros para estar seguros.

—El motor está casi al máximo.

—¡Dale!

Aceleró un poco más, aunque sin llevar la palanca hasta el fondo. Era su barco y no pensaba arriesgar más de lo necesario.

—Ahora sí, entre un metro y medio y dos, dependiendo de las olas —dijo el Cerrajero, y él se lo comunicó a Mac.

—Perfecto, va el siguiente lingote.

Para cuando el Banquero giró la cabeza hacia Punta Mercedes, una nueva barra de metal viajaba hacia el Maese. Siguió la trayectoria hasta el punto más bajo del cable. El lingote pasó apenas a veinte centímetros de la cresta de una ola.

Mierda, pensó. Si aflojaba un ápice la marcha del motor, chau tirolesa.

\*\*\*

—Cuatro lingotes más y terminamos —anunció la voz de Mac en la radio.

*Menos mal*, pensó el Cerrajero, que miraba el mando del velero desde los colchones junto al mástil. Por más que el Banquero había querido disimular, a él le quedaba claro que lo que estaban haciendo era muy

arriesgado. Para colmo, se estaba levantando viento y las olas eran cada vez más grandes.

—Ahí viene el siguiente —anunció el Pata, que estaba al otro lado de la pila de colchones.

El Cerrajero siguió al lingote con la vista mientras cruzaba el cielo, iluminado apenas con la última claridad rosa del crepúsculo.

—Che, ¿no está muy bajo el cable? —atinó a decir.

Como si su frase hubiera sido un mal presagio, la punta del lingote tocó el agua, lanzando hacia adelante un espray en forma de abanico.

Al ver que el impacto había reducido mucho la velocidad del hatillo, el Pata salió corriendo hacia la popa. El Cerrajero lo siguió con los ojos fijos en la barra de doré, que ahora subía hacia ellos por el último tramo del cable a paso de caracol.

—No va a llegar —anunció el Banquero desde el timón.

*Tiene razón, pensó el Cerrajero. No va a llegar. Y si no llega, chau tirolesa.*

—A lo mejor llegamos nosotros —gritó el Pata, que desenganchaba una larga vara de madera atada a la cubierta.

El Cerrajero adivinó al instante las intenciones de su compañero. La vara, de tres metros de largo, tenía un gancho de metal en la punta. El Banquero les había explicado que la había comprado en República Dominicana durante una temporada en la que estuvo obsesionado con *El viejo y el mar* y había intentado, sin éxito, pescar marlines en el Caribe.

Mientras los sesenta kilos de doré subían por el cable a una velocidad mínima, el Pata se paró en el borde de la popa, apoyó los muslos contra el pasamanos cromado y asomó medio cuerpo fuera del velero.

—No te vayas a caer al agua, Pata.

El Pata se inclinó aún más hacia adelante y extendió la vara.

*Por algo lo llaman fiebre del oro, pensó el Cerrajero, y sujetó a su compañero por detrás, agarrándolo del cinturón. Ya se olvidó de que le tiene miedo a las alturas.*

El lingote estaba a punto de detenerse y todavía le faltaba un metro para ponerse a tiro del gancho de metal en la punta de la vara.

—Agarrame fuerte —gritó el Pata, y se inclinó aún más hacia adelante.

—Pará, boludo —le dijo el Cerrajero. Su compañero tenía más cuerpo afuera que adentro del velero. Si lo soltaba, se iría al agua.

—¡La tengo!

El Cerrajero miró por encima del Pata y vio que el garfio de metal estaba enganchado a la red. Pero una cosa era impedir que el lingote se les escapara y otra muy distinta subirlo a bordo por un cable ascendente.

Tiró con toda su fuerza del cinturón. Su compañero logró estabilizarse, pero el lingote seguía colgando sobre el agua a medio metro de la popa.

—¿Y ahora, qué van a hacer? —gritó el Banquero desde el timón.

La pregunta era muy apropiada. A pesar de que ya tenían la red al alcance de la mano, nunca lograrían que la polea subiera por el cable.

—Banquero, ¿cuánto tiempo podés soltar el timón?

—Treinta segundos, como mucho.

—Habría que engancharlo con una soga y tirar desde el mástil —dijo el Pata, señalando una cuerda enrollada sobre la cubierta.

—Es una idea pésima —dijo el Banquero y se agachó para abrir un mueble debajo del timón.

Cuando volvió a erguirse, llevaba en la mano un machete de acero inoxidable.

—No, pará, ¿qué vas a hacer?

—Terminar con esta estupidez —dijo, y caminó hacia ellos con paso decidido.

Estirándose con un movimiento rápido, el Banquero se subió a la baranda y cortó la red de un sablazo. El lingote hizo *zup* al hundirse en el agua, y el Cerrajero cayó hacia atrás, aprisionado entre la cubierta del Maese y el cuerpo del Pata.

Para cuando se levantó, el Banquero ya había vuelto al timón. En el agua no había rastros de lo que acababa de suceder. Solo se veían las burbujas que arremolinaba el motor del velero.

—¿Quedan tres, no? —oyó que el Banquero decía a la radio.

—Sí.

—Mandalos en ráfaga. Si llegan, bien. Si se chocan con el agua y se quedan trabados, mala suerte. Ya tenemos bastantes.

## CAPÍTULO 117

*16 de julio de 2019, 6:35 p. m.*

Mac vio a través de los binoculares que los últimos tres lingotes llegaban a destino sin tocar el agua. Lo invadió una sensación de éxtasis. De las ochenta y ocho barras de doré, ochenta y siete estaban a bordo del Maese y una en el fondo del mar. Nada mal.

—Te mando el último paquete —le dijo al Banquero por radio.

—*Okey.*

Colgó una última polea del cable. Enganchó dos bolsos de viaje con todos los mosquetones, las redes y las poleas que les habían sobrado. Empujó los bultos al borde del precipicio y los siguió con la vista hasta que apenas pudo distinguirlos. Hacía media hora que el sol se había puesto a sus espaldas y ya era casi de noche.

Encendió una linterna y examinó el suelo. A excepción de un cortador de pernos que él mismo había apoyado en el faro oxidado, a sus pies solo había tierra dura y piedras. Cerró la pequeña boca del cortapernos sobre el cable de acero y este dio un latigazo, perdiéndose en el acantilado como una serpiente que se retrae tras haber sido herida. Ahora, sin una línea que los uniera al velero, no podían dar un paso en falso.

Desenrolló el metro de cable que había quedado alrededor de la viga del faro y quitó la toalla con la que la habían envuelto. Tras guardar todo en la mochila, examinó el metal. La tela había hecho su doble trabajo a la perfección: además de impedir que el cable se dañara con el roce del hierro oxidado, había evitado que en este quedaran marcas.



El único indicio de que alguien había estado ahí eran ellos mismos, las dos Hilux y la Sinpapeles.

—Vámonos —les dijo a sus compañeros.

\*\*\*

Antes de subirse a la Sinpapeles, Minerva miró hacia las dos Toyotas de la minera. Pólvora ya estaba al volante de una y Mac se metía en la otra con la mochila al hombro.

Los tres vehículos, con el de ella a la cabeza, recorrieron con las luces apagadas los once kilómetros hasta la casa de la estancia Bahía Laura. Pólvora y Mac estacionaron las dos Hilux junto a la que Minerva había dejado ahí hacía un rato.

La policía tenía que pensar que se habían ido en avioneta. Mejor dicho, en dos avionetas idénticas. Por eso habían contratado a un piloto para que aterrizara en aquella pista la mañana anterior y los llevara a dar una vuelta por la zona —que inevitablemente incluyó un sobrevuelo de la mina— antes de volver a dejarlos en Bahía Laura. Cualquiera que examinara la pista concluiría lo mismo: dos aterrizajes recientes.

Repasó el volante y las puertas de las Hilux con el paño mojado en cloro. Encendió una linterna y dio un último vistazo. Cuando estuvo satisfecha, sacó de su mochila la bolsa con pelos de varias peluquerías de Caleta Olivia y las esparció sobre los asientos de las tres camionetas de Inuit. Lo había visto en la película *The town* y le había parecido brillante.

—Volvamos —le indicó a sus compañeros.

Recorrieron en la Sinpapeles los once kilómetros de regreso a Punta Mercedes. No estacionó junto al faro caído, como habían hecho con las camionetas cargadas de doré, sino doscientos metros más allá, donde el acantilado miraba hacia el sur.

Mientras sus compañeros se bajaban y abrían la puerta trasera, ella dio una última mirada a la guantera y los bolsillos del parasol. Todo vacío.

Cuando bajó de la camioneta, Mac ya esperaba con el bloque de cemento en las manos.

—Toda tuya —le dijo ella.

Mac asintió y se puso al volante. Ella lo observó seguir los pasos que habían practicado varias veces en el campo, cerca de Caleta Olivia. Primero, poner la palanca en la posición de avance. Segundo, apoyar el bloque de cemento sobre el pedal del acelerador. Tercero, bajar el freno de mano. Y cuarto, saltar de la camioneta mientras ésta ganaba velocidad.

Minerva contó dos segundos entre que la Sinpapeles cayó por el precipicio y ella oyó el sonido del agua. Después corrió hacia el borde.

—Parece que funcionó —oyó que Mac decía a su lado.

—Parece que sí —dijo ella con una sonrisa. El único rastro de la Sinpapeles era un círculo de espuma blanca que brillaba con la luz de la luna.

Sin perder un segundo, bajó corriendo por la ladera de Punta Mercedes hacia el extremo sur de Bahía Laura. Sus compañeros la seguían de cerca, avanzando por las rocas con cuidado de no poner un pie en el canto rodado de la playa. Hacerlo dejaría un rastro tan visible como un cartel de neón.

De tanto en tanto, levantaba la mirada. Frente a ellos, el Maese flotaba en el agua con cinco mil kilos de doré en la bodega. La luz de la luna le permitía distinguir dos siluetas apoyadas en la baranda de la cubierta. Supuso que serían el Pata y el Cerrajero, porque el Banquero estaría ocupado enrollando el cable de acero en el cabrestante.

Llegaron por fin a la orilla. Entre los tres, empujaron la proa de la Zodiac encallada en la playa hasta que comenzó a flotar. La marea se encargaría de borrar el surco en las piedras. Ignorando los pinchazos que le producía el agua helada en los pies, Minerva subió de un salto y se apresuró a encender el motor. Cuando Mac y Pólvora estuvieron a bordo, puso rumbo al velero.

Acortaron la distancia en silencio. El viento les traía la voz del Banquero, que le indicaba al Cerrajero cómo ajustar el *backstay* para poder desplegar las velas.

## CAPÍTULO 118

*16 de julio de 2019, 6:45 p. m.*

Minerva fue la última de los tres en saltar a bordo del Maese. Apenas lo hizo, le levantó un pulgar al Banquero, que esperaba junto al mástil.

—¿No la vamos a subir a bordo? —preguntó Pólvora señalando la Zodiac.

—No hace falta —respondió el Banquero mientras desplegaba las velas—. Hay un viento buenísimo. Podemos remolcarla sin problemas hasta alejarnos lo suficiente de la costa.

Navegaron durante treinta minutos prácticamente en silencio, con las luces del velero apagadas y la mirada en la costa árida, que a cada minuto se hacía más lejana, borrosa y oscura. A Minerva el corazón todavía le latía a toda velocidad. Sentada a estribor, apoyó la espalda en la baranda y le dedicó una mirada a cada uno de sus compañeros.

El Banquero iba al timón, con expresión segura, como si fuera el capitán de un barco mercante durante un día de trabajo cualquiera. Pólvora sonreía mientras le daba codazos al Pata, que tenía las dos manos en la cabeza afeitada y los ojos como platos. El Cerrajero estaba despatarrado sobre la cubierta como si fuera un muñeco de trapo que habían tirado desde la punta del mástil. Mac tiraba al agua arneses, cables y herramientas que ya no necesitarían y podían comprometerlos.

Ella también tenía que tirar algo por la borda. Se arremangó el abrigo dispuesta a arrancarse la pulsera, pero se encontró con su muñeca izquierda desnuda.

Sintió que se le tensaba la espalda.

*No puede ser. Por favor, no puede ser.*

Se metió los dedos por la manga hasta el codo. Nada.

Intentó hacer memoria. Se la había mirado en la casa de Bahía Laura. De ahí había corrido hacia el galpón de esquila donde estaba guardada la Sinpapeles y había recorrido los once kilómetros a Punta Mercedes.

Seguramente se le había salido durante ese trayecto y ahora el puma y el guanaco descansaban adentro de la Sinpapeles en el fondo del mar. O quizás se había caído al sentarse en la Zodiac.

Cualquier otra posibilidad era muchísimo peor. Si la había perdido al cerrar con brusquedad la estufa, o mientras corría de la casa al galpón, o junto al faro, la policía podía encontrarla. Entonces estaría en graves problemas.

Respiró hondo, intentando convencerse de que las probabilidades eran muy bajas. Además, la suerte estaba echada. Ya no había nada que pudiera hacer.

Dejó a un lado ese pensamiento y levantó la vista. Se encontró con la mirada de Mac, que había terminado su tarea y la observaba desde la otra banda del velero. La luna le iluminaba la cara. De la barba oscura surgió una sonrisa blanca, que ella correspondió.

Sintió ganas de abrazarlo. Esa sería su forma de pedirle disculpas por haberlo tratado injustamente. Se llenó los pulmones de aire salitroso y caminó hacia él.

—¡Vamos, carajo, la reputa madre que los remil parió! —oyó a sus espaldas cuando iba a mitad de camino—. Encuéntrennos si pueden, hijos de puta.

Era Pólvora, que señalaba con un puro hacia la costa. O, mejor dicho, hacia donde había estado la costa, porque ahora el horizonte eran trescientos sesenta grados de agua oscura. El único punto de referencia era la luna, que los acompañaba desde atrás.

Pólvora se acercó a ella, soltó una bocanada de humo de vainilla y le apoyó las manos en los hombros. Sus caras estaban frente a frente, a treinta centímetros de distancia. La miró a los ojos y le sonrió.

*¿Qué hace este? No me digas que...*

Pólvora empezó a moverse hacia arriba y hacia abajo doblando las rodillas. Primero un poco, como quien espera impaciente y luego más y más hasta terminar saltando frente a ella. Cuando ya no podía saltar más alto,

gritó tan fuerte que varias gotitas de saliva aterrizaron en la cara de Minerva.

—¡El que no salta es Sandoval! ¡El que no salta es Sandoval!

Minerva no pudo evitar sonreír. Pronto se les unió el Pata, y después el Cerrajero. Diez segundos más tarde, los seis ladrones de Entrevientos se abrazaban en la cubierta y saltaban, desgarrándose la garganta.

—¡El que no salta es Sandoval! ¡El que no salta es Sandoval!

## **PARTE VI:**

*Después*

## CAPÍTULO 119

### *Comodoro Rivadavia, Chubut, Argentina. Un día después del golpe.*

El piloto sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó uno de los dos policías.

Asintió.

Había aterrizado hacía cuarenta y cinco minutos. Después de guardar su avioneta Piper Cherokee Six en el hangar, cuando se disponía a subirse al auto para volver a casa, apareció el patrullero de la Policía de Chubut.

Ahora los dos oficiales y él estaban sentados en una oficinita del aeroclub. La ventana daba a la pista de aterrizaje.

—¿Nervioso?

—¿Por qué voy a estar nervioso? —dijo, sin poder evitar que las palabras le salieran como un ladrido.

—No sé, porque te mandaste una cagada y ahora tenés dos oficiales interrogándote.

El otro policía puso una hoja de papel sobre la mesa y habló por primera vez.

—Esta es una fotocopia del registro de vuelos de este aeroclub. Supuestamente antes de ayer saliste con destino a Los Antiguos. Sin embargo, en el aeroclub de allá no hay registro tuyo.

—Yo no... yo lo único que quiero es ganarme la vida.

—Pero hay leyes.

El piloto agachó la cabeza. Lo habían descubierto. Ya no tenía sentido intentar ocultarlo.

—¿A quién le hago mal? ¿Eh? ¡Díganme! Si rompo el avión aterrizando, me mato yo. Y es mi avión. Además, yo sabía que la pista estaba en buenas condiciones.

Le pareció que había confusión en las miradas que intercambiaron los policías. Como si algo de lo que acababa de decir no encajara.

—Sé que es un aterrizaje ilegal —continuó—, pero tampoco es que esté llevando droga. ¿Qué tiene de malo cumplirle el sueño a un señor mayor?

—¿Qué señor mayor?

—El papá de la cumpleañera. A mí me contrató él. Me dijo que se había criado en ese campo en la época dorada de la aviación en la Patagonia.

—¿Cumpleañera? ¿De qué estás hablando?

El piloto tomó aire e intentó explicarse mejor.

—El dueño de la estancia Bahía Laura. Quería que llevara a volar a su hija, al marido y a unos amigos. Me dijo que ella cumplía treinta y cinco años y nunca se había subido a un avión. Por eso él quería que su primer vuelo fuera para conocer desde el aire el lugar donde su padre se había criado.

—Entonces vos aceptaste, sin más, y anteayer aterrizaste en Bahía Laura.

—Sin más, no. Hice mis averiguaciones. La pista está en condiciones aceptables, como le digo. Además, el señor me pagó el viaje por adelantado.

—¿Dónde fue esta transacción?

—Acá, en Comodoro. En un café del centro.

—¿Este señor estaba en Bahía Laura anteayer?

El tono serio de los policías le dejó claro que aquello iba de algo más que un simple aterrizaje en una pista no declarada.

—No. Me dijo que los pasajeros iban a ser su hija, el marido y tres amigos que estaban pasando varios días en la casa de la estancia.

—¿No te pareció raro que alguien se vaya de vacaciones a un lugar así en pleno invierno?

—Sí. La verdad que sí.



A estas alturas, las sospechas del piloto estaban casi confirmadas. No había que ser un genio. La prensa de todo el país no paraba de hablar de que, ayer, cinco ladrones habían robado la mina de Entrevientos. Un día después de que él la sobrevolara con cinco pasajeros.

Ahora no solo tenía escalofríos. Se le estaba empapando todo el cuerpo de sudor.

—¿Cómo era físicamente el que te contrató?

—Tendría unos setenta años. Poco pelo. Canoso, peinado hacia atrás.

—¿Ojos?

—No sé. Marrones, supongo. Lo que sí recuerdo era que tenía unas ojeras muy marcadas. Pero, entiéndanme, el hombre me dijo que sólo quería...

El sonido con el que uno de los policías aplastó la fotografía contra la mesa lo obligó a dejar la frase a medias.

—El dueño de la estancia Bahía Laura es Nicolás Reyes, un abogado de Buenos Aires. Tiene cuarenta y nueve años y esta mata de pelo negro.

—Este no era —dijo, tras mirar la foto.

—Además, ni él ni nadie de su familia se criaron en la estancia. El padre de Reyes la compró hace veinte años y él la heredó hace dos. En este momento la tiene a la venta.

—¿Esto tiene algo que ver con el robo a la mina? —se atrevió a preguntar.

—Es lo que queremos saber. Contanos todo, desde que despegaste de esa pista hasta que volviste a aterrizar —dijo el más callado de los policías, señalando la ventana.

Les relató el vuelo con lujo de detalles. Había despegado con cinco personas en Bahía Laura y, cuando ya habían sobrevolado la bahía de punta a punta, la supuesta cumpleañera le había pedido que, si podía, se acercara un poco a la mina de Entrevientos.

—Lo que me pareció más raro de todo fue que cuando volví al aeroclub y revisé la avioneta, los asientos estaban llenos de pelos.

—¿Los limpiaste?

—Por supuesto.

—Necesitamos inspeccionar esa avioneta.

—Vamos ahora mismo y se la muestro. Tómenle huellas digitales si quieren, aunque creo recordar que todos tenían guantes. Por el frío.

Escuchen, yo me hago cargo de haber hecho un aterrizaje ilegal, pero no soy ningún ladrón. Soy un tipo honesto.

Los policías tardaron casi una hora más entre revisar la aeronave y acabar con su interrogatorio. Después, lo dejaron ir. Mandarían a la científica al día siguiente para levantar huellas y muestras de pelos.

## CAPÍTULO 120

### *Océano Atlántico, Latitud 49 sur. Un día después del golpe.*

Minerva no podía creer la poca privacidad que se tiene cuando seis personas comparten un velero de dieciséis metros de eslora. Sobre todo si es invierno y se navega en dirección al Círculo Polar Antártico, porque salir a la cubierta se siente como meterse en una cámara de criogenia en la que, además, te rocían con agua.

Hacía veintisiete horas que habían zarpado de Bahía Laura y se disponían a pasar su segunda noche a bordo. Ella acababa de salir del baño, vestida y con una toalla en el pelo. Por obra de algún milagro, en el paso y medio que había desde allí a su camarote no se cruzó con nadie. Las otras puertas estaban cerradas y la mesa del comedor, desierta. Desde la diminuta cocina, que el ángulo no le permitía ver, llegaba ruido de ollas. Esa noche le tocaba a Pólvora preparar la cena.

Estaba a punto de encerrarse en su camarote cuando Mac salió del suyo, que compartía con el Cerrajero.

—¿Baño polaco? —le preguntó, señalando la toalla en la cabeza de Minerva.

Ella asintió con una sonrisa. El día anterior, el Banquero les había explicado que no iban a tener suficiente agua para utilizar la ducha. Entonces el Pata había dicho: «Todo el mundo, baño polaco. Cabeza, culo y sobaco.»

Se quedaron un instante en silencio. Mac parecía a punto de decir algo, pero ella se le adelantó.

—¿Tenés un segundo? —le dijo, invitándolo a su camarote.

Entraron en la diminuta habitación. Ella encendió la luz y cerró la puerta. Se sentaron en el borde de la pequeña cama.

—Te debo una disculpa, Mac.

—¿Por qué?

—Cuando estábamos tendiendo el cable para la tirolina, yo no sabía que eras viudo. Recién me lo dijo Pólvora al día siguiente, mientras esperábamos en Cerro Solo. Te hablé así de mal porque detesto a los tipos que seducen a una mujer mientras otra los espera en casa.

—Somos dos. Yo también los detesto.

—¿Me perdonás?

—¿Vuelve a estar en pie lo del Caribe? —le dijo él, en tono de broma.

Minerva negó con la cabeza.

—No nos conviene. Los romances y los robos no se llevan bien. Además, yo vengo con mucho equipaje, y vos también.

—Soy viudo, no extraterrestre. Y tampoco tengo el síndrome del muerto perfecto.

Minerva arqueó las cejas. Él sacó su billetera y puso la foto sobre el colchón.

—Casi todos los que forman pareja con un viudo tienen miedo a que los comparen con el que ya no está.

Ella se encogió de hombros, como si le diera igual.

—Esta foto es de hace cinco años. Es uno de los últimos momentos en los que mis hijos tuvieron un padre y una madre felices, que no se llevaban a las patadas.

Minerva levantó la foto y observó a la mujer. Era tan hermosa que daba envidia.

—Cecilia murió hace un año. Estábamos en pleno proceso de divorcio. No te voy a contar detalles por respeto a su memoria. Me guste o no, era la madre de mis hijos. Pero creeme si te digo que no era buena persona. Tanto es así que un juez me había dado la tenencia de los nenes a mí.

Mac puso otra foto sobre el colchón. En esta sólo estaba él con sus tres hijos.

—Hasta hace seis meses, yo llevaba esta en mi billetera. Pero un día la vio Lautaro, mi nene más chico, y se puso a llorar porque su mamá no estaba. Me hizo cambiarla por una en la que saliéramos los cinco juntos y prometerle que la iba a llevar conmigo siempre.

El dedo índice de Mac tocó la foto que Minerva todavía sostenía en la mano.

—Tengo bagaje, pero no es tan pesado como te lo imaginaste —le dijo él, ofreciéndole una sonrisa tímida.

Minerva se lo quedó mirando sin saber qué decir. Decidió inclinarse hacia él para abrazarlo, pero tres golpes fuertes resonaron en la puerta del camarote, como si la quisieran tirar abajo.

—Minerva, la cena está lista. Dale, que se enfría.

Era Pólvora.

## CAPÍTULO 121

### *Entrevientos. Once días después del golpe.*

El comisario Lamuedra estaba furioso. No se sentía así desde hacía dos años, con lo del robo de la colección Panasiuk.

—Lo que me molesta, Bellido, es que me tomen por boludo.

Desde el asiento del acompañante, Bellido asintió sin quitar la mirada de la ruta de ripio.

Media hora más tarde, Lamuedra estacionó frente al portón del Puesto de Entrada. Había perdido la cuenta de los viajes que había hecho a Entrevientos desde el día del atraco. El último había sido cinco días atrás, cuando vino acompañado por una criminalista del juzgado para tomar muestras de ADN a todos los gerentes de la mina.

Normalmente, habrían necesitado una orden judicial para eso, pero la cúpula de jerárquicos se había ofrecido de manera voluntaria. A él le había extrañado tanta colaboración hasta que el abogado de Inuit Gold le explicó que el seguro no cubriría las pérdidas ni los daños si se demostraba que los asaltantes habían contado con la colaboración de un integrante de la cúpula jerárquica. Es decir, si Sandoval o cualquiera de los otros siete gerentes de área habían tenido algo que ver, la empresa no vería un dólar.

En todos los años que la policía de Santa Cruz llevaba haciendo análisis de ADN, Lamuedra nunca había visto que los resultados de ocho hisopados volvieran tan rápido del laboratorio. Evidentemente, había grandes intereses en juego. Inuit quería exculpar a sus altos rangos lo antes posible para cobrar, entre pérdidas y asistencia psicológica a los rehenes, más de veinte millones de dólares.

Quince minutos después de pasar el Puesto de Entrada, Lamuedra detuvo la camioneta en el estacionamiento principal del campamento. Un grupo de seis personas que fumaban fuera del comedor se giraron para observarlos. Los vehículos de la policía siempre llamaban la atención.

En la antesala de la oficina del gerente los recibió Marcela Sanabria, su secretaria.

—El ingeniero Sandoval está en una reunión.

—No se preocupe, yo me encargo de avisarle que se terminó —dijo Lamuedra y abrió la puerta del despacho.

—¡Comisario! —exclamó Sandoval con expresión contrariada al verlo irrumpir en la sala—. Ya termino y estoy con usted.

—Sandoval, queda detenido por el robo de cinco mil kilos de doré en esta mina el día dieciséis de julio.

Sandoval miró a los dos hombres con los que estaba reunido con una sonrisa estupefacta.

—Señor comisario, la broma es de muy mal gusto.

—Espóselo, Bellido.

Si el vehículo de la policía había llamado la atención, que se llevaran detenido al gerente general fue un verdadero revuelo. Durante los trescientos metros que recorrieron con Sandoval esposado hasta la camioneta, decenas de miradas y de teléfonos los apuntaron desde todas las ventanas.

—Comisario, cuando se compruebe que todo esto es un error, no le quepa duda de que le voy a iniciar una demanda por daños y perjuicios. ¿Tiene idea del respeto que me tiene toda esta gente? Soy la autoridad máxima de la mina y me está arrastrando como a un delincuente.

—Cállese la boca, Sandoval. Por favor, no diga una palabra más hasta que llegemos a la comisaría.

\*\*\*

Durante las dos horas y media de viaje a Puerto Deseado, Carlos Sandoval intentó en varias oportunidades explicarles a Lamuedra y a Bellido que se estaban equivocando. Pero no lo escucharon.

Hijos de puta, ya se la iban a pagar. Humillarlo así adelante de los empleados de la mina. Su mina. Les iba a hacer un agujero así de grande.

Cuando estacionaron frente a la comisaría, Sandoval reconoció al hombre que se bajaba de un Renault Clío y caminaba hacia ellos. Era un periodista del pueblo. Sin responder a ninguna de sus preguntas, se metió en el edificio. Silvio Fuentes, el abogado de la empresa en Puerto Deseado, lo esperaba en uno de los bancos de madera de la recepción.

—No te preocupes, Carlos, va a estar todo bien —le dijo.

Lo condujeron hacia una sala que olía a desinfectante y le quitaron las esposas. Tuvieron la delicadeza de no sujetarlo a la argolla unida a la mesa.

—Avíseme cuando esté listo —le dijo Lamuedra a Fuentes, y los dejó solos.

Sandoval escuchó atento durante veinte minutos las indicaciones del abogado. Después llamaron a Lamuedra, que volvió a entrar a la sala de interrogatorios, esta vez en mangas de camisa.

—Mi cliente quiere saber exactamente de qué se lo acusa.

—De ser uno de los integrantes de la banda que robó cinco mil kilos de oro y plata de Entrevientos.

—¿Cómo pueden decir semejante ridiculez? —preguntó Sandoval.

La sangre le hervía. *En vez de ir a buscar a los verdaderos ladrones, este inútil pierde tiempo conmigo*, pensaba.

La mano de Fuentes en el hombro le recordó que habían quedado en que se limitaría a responder preguntas.

—¿Con qué fundamentos se lo acusa?

—Pruebas forenses, sobre todo. El ADN del pelo y de la maquinita de afeitar que encontramos en la casa de Bahía Laura coincide con el del señor Sandoval.

—Me la robaron —se apresuró a defenderse—. Al día siguiente, cuando me fui a afeitar, la maquinita no estaba.

—También encontramos documentación con anotaciones de su puño y letra en la casa. Y en la estufa había un pedazo del envoltorio de un chicle de café. ¿Conoce a alguien más que masque esa porquería?

—Eso también me lo robaron. Entraron en mi habitación.

—Nos fijaríamos en las cámaras de seguridad, pero resulta que los discos con las grabaciones desaparecieron.



*¿Qué es ese tono irónico? ¿Este tipo piensa que yo hice desaparecer las grabaciones? Casi se tuvo que morder la lengua para no gritarle.*

—Eso lo hicieron ellos, los ladrones —se limitó a decir.

—Puede ser. ¿El email desde su cuenta de correo para que dejen pasar al camión de combustible que traía a la banda también lo enviaron ellos?

—¿Qué email?

—El comisario puso sobre la mesa una hoja A4.

Sandoval leyó el correo electrónico y sintió que un nudo se le cerraba en el estómago. El mensaje había sido enviado desde su cuenta, con el asunto «Importante: Aviso sobre combustible». En el cuerpo del texto, alguien que se había hecho pasar por él daba una orden a los vigilantes del Puesto de Entrada: no debían dilatar más de lo estrictamente necesario los controles a los camiones de combustible debido a que la planta generadora de electricidad había llegado al mínimo crítico.

—El día del robo, el nivel de combustible era alto. Yo no escribí eso.

—Eso lo tendrá que determinar un juez, ¿no?

—Comisario —intervino Fuentes—, le pido que se limite a presentar las pruebas que tiene contra el señor Sandoval sin realizar acusaciones.

Sandoval se enderezó un poco en la silla. Parecía que al fin Fuentes iba a demostrar que valía la millonada que Inuit le pagaba por mes.

—Olvidémonos del email, entonces —concedió el policía—. ¿Usted está al tanto de que los asaltantes ingresaron al yacimiento en la cisterna de un vehículo de combustible?

—Correcto.

—¿Y sabe qué número de matrícula tenía ese camión?

—No lo recuerdo, pero estará asentado en los registros del Puesto de Entrada.

—MRG118 —dijo el comisario mirándolo a los ojos.

—¿A dónde quiere llegar, comisario? —preguntó Fuentes.

—A que en la base de datos del Registro Nacional del Automotor, esa matrícula está a nombre de Fabricio Ugarte, con domicilio en San Fernando del Valle de Catamarca. Usted vive en esa ciudad, ¿verdad, señor Sandoval?

—Sí.

—¿Y conoce a Fabricio Ugarte?

—Por supuesto. Vive frente a mi casa. ¿Qué está insinuando? ¿Que fui tan estúpido como para asaltar una mina y dejar una pista así de obvia?

—Yo no estoy insinuando nada, Sandoval. Me limito a presentar las pruebas sin hacer acusaciones —dijo Lamuedra mirando al abogado.

Sandoval tenía ganas de gritar, de patear, de agarrar del cogote a ese policía inútil que se hacía el detective. Pero se decidió por un camino más diplomático.

—Señor comisario, me gustaría contarle algo, ¿puedo?

—Adelante.

—Carlos —dijo Fuentes.

Sandoval lo desestimó con un ademán y empezó a hablar.

—Soy el jefe máximo de una de las minas de oro más prósperas de Sudamérica. No sólo me encanta mi trabajo sino que gano mucho, mucho, mucho dinero. No es necesario que le diga cuánto, pero le aseguro que no recuerdo la última vez que quise algo y no pude comprármelo.

—Carlos, mejor centrémonos en las pruebas —insistió Fuentes.

—Además —continuó—, este año Inuit me va a nombrar empleado del año. Con el premio que me van a pagar podría comprarme una casa en Recoleta. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—No.

—Con todo respeto, comisario Lamuedra, lo que intento explicarle es que soy un privilegiado en el plano económico. Tengo mucho capital y ninguna necesidad de morderle la mano a quien me da de comer.

—¿Ni siquiera por trece millones de dólares?

Sandoval estuvo a punto de sonreír. ¿En serio era tan ingenuo este tipo?

—Ese es el valor oficial, comisario. En el mercado negro lo van a vender por menos. Después de dividir entre cinco, o mejor dicho, seis, si suponemos que soy parte de la banda, no llega a dos millones por cabeza.

—¿Le parece poco?

—Para arriesgar mi posición, sí.

Ante el silencio del comisario, Sandoval infló los pulmones, satisfecho. La forma en la que una persona se dirigía a otra cambiaba drásticamente según los ceros que hubiera en sus cuentas bancarias.

—Señor Sandoval, a mí también me pagan por mi trabajo. Seguramente no tanto como a usted, pero me pagan. Y mi trabajo no es

decidir si me dice la verdad o no, como bien apunta el señor Fuentes. En la policía nos dedicamos a recolectar pruebas. Como el ADN suyo en la casa de Bahía Laura, los planos garabateados con su letra, el papel del chicle, la coincidencia de las matrículas y el correo electrónico que le acabo de mostrar. Ah, y también como esto.

Lamuedra sacó del bolsillo una pulsera y la puso sobre la mesa. Sandoval la reconoció al instante.

*Hija de puta.*

—Esa pulsera no es mía.

—Quizás es mejor que nos volvamos a reunir en privado —sugirió Fuentes.

—¡Esa pulsera es de Noelia Viader! —gritó.

No se le escapó que, a su lado, Fuentes se pinzaba con los dedos el puente de la nariz. Lamuedra, en cambio, sonreía como si hubiera estado esperando ese momento. Sacó de la carpeta una fotocopia y se la entregó a Sandoval.

—¿La misma Noelia Viader que lo denunció por acoso sexual?

—La misma Noelia Viader que Inuit tuvo que despedir por robar —respondió Sandoval, sacudiendo la hoja sin siquiera mirarla.

—Es verdad. Acá tengo la segunda denuncia de la mujer, en este caso presentada directamente al juzgado, por despido improcedente.

—¿No lo ve, comisario? Viader me odia a mí y odia a la empresa.

—Yo lo que veo, Sandoval, es esto.

Lamuedra dio vuelta la pulsera y señaló una pequeña marca rectangular en el vientre redondo del guanaco.

—A simple vista no se percibe —indicó Lamuedra—. Pero con una lupa se distingue bien. Dice «Nimia Joyas». ¿Le suena?

Sandoval tragó saliva.

—A mí, desde luego, no me sonaba —prosiguió el comisario—. Pero buscando un poquito en internet, resulta que Nimia Joyas es un taller de joyería artesanal que hay en San Fernando del Valle de Catamarca, su ciudad.

Sandoval apretó los puños y los dientes. Debajo de la mesa, sus pies daban golpecitos en el suelo a la velocidad de un pájaro carpintero.

—Los llamé por teléfono. La dueña resultó ser una mujer encantadora. Me contó que diseña joyas por encargo. ¿Sabe lo que me dijo

en cuanto le mencioné una pulsera con un puma y un guanaco? Que recordaba perfectamente al señor canoso, de unos cincuenta años, que se la había pedido. Parece que este cliente eligió una aleación muy poco común, al cuatro y medio por ciento de oro y el resto, plata. ¿No es esa la proporción que produce Entrevientos?

—Sí, pero eso no quiere decir que...

—La mujer, además, me mandó una copia de la factura, hecha a nombre de un tal Carlos Sandoval. ¿Entiende ahora por qué me veo obligado a detenerlo? La mayoría de las pruebas que encontramos apuntan a usted.

## CAPÍTULO 122

### *Isla Dawson, Chile. Trece días después del golpe.*

El pesquero esperaba anclado en una bahía al oeste de la isla Dawson. A dieciséis millas de ahí, hacía cuatro siglos y medio el corsario Thomas Cavendish se había encontrado con un pueblo en ruinas, cadáveres sin enterrar y ni un solo sobreviviente. Tres años antes, Pedro Sarmiento de Gamboa había fundado en ese lugar la Ciudad del Rey Felipe, la primera población no aborígen del Estrecho de Magallanes. Cavendish, ante el panorama, la rebautizó como Puerto Hambre.

Más de cuatrocientos años después, aquel rincón de las aguas chilenas, más cerca de la Antártida que de la capital del país, seguía resistiéndose a ser poblado. No había una sola construcción, ni un camino, ni ningún vestigio de civilización en la playa de piedras grises o en el enorme bosque de lengas que cubría la isla Dawson. La única diferencia entre lo que veía Minerva y lo que había visto Cavendish tras abandonar Puerto Hambre era el barco pesquero de casco azul y blanco a cuyo estribor apuntaba la proa del Maese.

Cuando las embarcaciones estuvieron a cien metros, dos figuras se recortaron detrás de la regala del pesquero.

—Son Mauro y el hijo —dijo el Pata con los ojos pegados a los binoculares.

Recorrieron el resto del trayecto en silencio. Minerva tenía las manos en el bolsillo de la gruesa campera que la protegía del frío. Los dedos

recorrían nerviosos la culata del arma. El Pata ahora estaba parado en la proa y movía los brazos para hacerse ver.

—Patita, ¿qué *hacéi*? ¿Todo bien? —preguntó el tal Mauro con un fuerte acento chileno.

—Todo bien —respondió el Pata.

Mauro abordó el Maese sin perder tiempo.

Minerva tragó saliva. A su alrededor sólo veía agua y montañas inhóspitas. Lo que pasara en ese lugar, para bien o para mal, allí quedaría. No habría testigos, tanto si la transacción se hacía sin sobresaltos como si del pesquero salían cincuenta tipos armados y los cosían a balazos. Incluso si les hundían el barco, no se enteraría nadie nunca. O quizás sí, dentro de cuatrocientos cincuenta años, cuando un arqueólogo lo encontrara y tuviera que rebautizar al Maese con un apodo igual de gráfico que el que había elegido Cavendish para la Ciudad del Rey Felipe.

## CAPÍTULO 123

### *Chaitén, Chile. Diecinueve días después del golpe.*

Sin un solo lingote en la bodega, el Maese atracó en el puerto de la localidad chilena de Chaitén a las dos de la tarde. El intercambio con Mauro, seis días atrás, había salido bien. Ahora, en vez de cinco toneladas de doré, transportaban noventa y cinco kilos de billetes de color verde repartidos en seis mochilas. Una para cada miembro de la banda. Nueve millones y medio de dólares en total.

Salvo el Banquero, cuyo nombre figuraba en el título de propiedad del Maese, todos los miembros de la banda hicieron el trámite de inmigración en el diminuto puerto con DNI falsos. Una vez estuvieron en tierra firme, se metieron en Los Ñires, un bar sobre una de las pocas calles asfaltadas de Chaitén.

—Por nosotros —dijo Pólvora levantando una botella de cerveza Austral.

—Por nosotros —repitieron los otros cinco, alzando las suyas.

Si Minerva hubiera sabido lo que estaba a punto de pasar, habría dicho algo más profundo. Probablemente les hubiera confesado que durante estos meses los había aprendido a querer como a una familia, incluso a Pólvora. O que para ella todo esto había sido mucho más que un robo y una mochila con un millón y medio de dólares para cada uno.

Les habría agradecido.

Sin embargo, se dedicaron a tomar cerveza y hablar de deporte, de política y de viajes, como seis turistas más de los muchos que recorrían la

Patagonia chilena cada año.

Mientras el Pata describía las maravillas del parque nacional Torres del Paine, al que había ido con Sandra hacía muchos años, Minerva sintió por debajo de la mesa la mano cálida de Mac sobre la rodilla. La agarró, y entrelazaron los dedos sin mirarse. Habían hecho la promesa de romper una promesa. De cara a la banda, ninguno de los miembros volvería a tener contacto con otro. Pero entre ellos dos, sería distinto. Encontrarían la forma de continuar juntos. Las diecinueve noches que Mac llevaba pasándose a su camarote de madrugada le dejaban claro que valía la pena arriesgarse.

—Tendríamos que ir saliendo —dijo el Pata, apoyando una mano en el hombro al Banquero en señal de despedida.

—Vayan, vayan que se les hace tarde —dijo el viejo ladrón de bancos y levantó la mano para pedir otra cerveza.

Hacía meses que habían acordado que se separarían de él allí, en esa pequeña ciudad frente a la isla de Chiloé. Sin embargo, a Minerva la congoja le apretaba la garganta como si se acabara de enterar de que ya no volvería a ver al Banquero. Tragó saliva y respiró hondo.

Había que ceñirse al plan. El Banquero seguiría navegando a bordo del Maese. El resto volvería a entrar a Argentina gracias a un contacto de Mauro que había accedido a llevarlos por unos caminos que rodeaban el paso fronterizo de Futaleufú.

—Esperen, esperen —dijo el Cerrajero con la mano en el aire y la mirada clavada en su teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Minerva.

Cuando el muchacho le pasó el aparato, ella vio su propia foto en la pantalla. Se quedó paralizada. Era un artículo publicado por el diario más importante de la Argentina. Lo leyó en silencio.

—No me puedo ir con ustedes —anunció para todos, aunque con la mirada puesta en Mac.

—¿Por qué? —preguntaron él y el Pata al mismo tiempo.

Giró el teléfono hacia ellos, mostrándoles el artículo que la nombraba a ella, Noelia Viader, como una de las principales sospechosas del robo a Entrevientos.

La pulsera. En el diario no lo decían, pero Minerva sabía que habían dado con su identidad a través de la puta pulsera. Se arrepintió de habérsela puesto por segunda vez, igual que se había arrepentido la primera. Por culpa



de esa pulsera ahora su foto y su nombre estaban en todos los diarios y comisarías de la Argentina.

—Me tengo que separar de ustedes ya —les dijo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Mac.

—No sé. Irme por un tiempo al lugar más remoto que encuentre. Chiloé, por ejemplo.

Dijo Chiloé por decir algo. Incluso si supiera dónde ir, contarle la pondría en peligro. Y a ellos, también.

—Ya es la hora —anunció el Pata, mirando el reloj—. Tendríamos que irnos. ¿Por qué no te venís con nosotros y mientras pensás qué vas a hacer?

—Prefiero no arriesgarme a volver a entrar a Argentina.

—Vayan, yo me quedo con ella —dijo Mac.

—Ni se te ocurra.

—No es por hacerme el héroe. Es porque...

—Ni se te ocurra —repitió ella.

En ese momento entraron al bar dos carabineros. Tras echar un vistazo a todo el salón, caminaron hacia ellos. Mierda, pensó Minerva, y le vino como un flash la imagen de Qwerty cayendo muerto en la sala de billares de Buenos Aires. Sólo que ahora ni el Banquero ni ninguno de la banda llevaba armas encima. Lo único que tenían para defenderse eran seis mochilas, cada una rellena con dieciséis kilos de papel moneda.

Los policías se detuvieron junto a ellos, saludaron ligeramente con la cabeza y se sentaron en la mesa de al lado. Uno de los dos levantó la mano para llamar al mesero.

—Nos vemos, chicos. Gracias por la cerveza —dijo Minerva intentando conjurar el tono más casual posible.

Se despidió de cada uno de sus compañeros. Cuando le llegó el turno a Mac, le puso una mano en la barba y lo miró con ternura. Después le dio un beso en la mejilla mientras inspiraba para sentir su olor por última vez.

—Cuidate y no me busques —le susurró al oído.

Cuando se separaron un poco, él la miró con ojos tristes y expresión de desconcierto.

Minerva abandonó el bar y salió a la tarde helada con un nudo en la garganta. Miró al océano Pacífico pensando qué hacer. En el horizonte se

dibujaba una sombra oscura. No supo si eran nubes o la lejana isla de Chiloé.

A sus espaldas, la puerta del bar volvió a abrirse. Cerró los ojos, maldiciendo. Lo último que necesitaba era que Mac complicara más las cosas. Se giró de a poco, decidida a decirle lo que fuera con tal de que no viniera con ella.

Pero no era Mac quien había salido a buscarla.

## CAPÍTULO 124

### *Un año después del golpe.*

*A UN AÑO DEL ROBO A ENTREVIENTOS, LA POLICÍA SIGUE BUSCANDO A NOELIA VIADER*

*Redacción - Hoy se cumple un año del famoso robo a la mina de oro y plata de Entrevientos, ubicada en la provincia de Santa Cruz y explotada por la multinacional canadiense Inuit Gold. El 16 de julio del año pasado, un grupo de asaltantes armados entraron escondidos en un camión de combustible para llevarse más de cinco mil kilos de doré, una aleación de oro y plata. Según la cotización de aquel momento, el botín estaba valorado por encima de los trece millones de dólares.*

*Al año de este espectacular robo, que el director de cine Juan Carlos Campanelli ya confirmó que llevará a la pantalla grande, la policía continúa buscando a Noelia Viader, exempleada de Inuit Gold y principal sospechosa de la planificación y ejecución del asalto.*

*«A estas alturas, la búsqueda ya nos queda grande a nosotros» declaró el comisario Rodolfo Lamuedra, máxima autoridad de la comisaría de Puerto Deseado y primer efectivo policial en llegar a Entrevientos el día del robo. «Ahora el rastreo está a cargo de la Policía Federal Argentina y la Interpol», agregó.*

*Según fuentes cercanas a esta redacción, el conocimiento que tenían los ladrones sobre el funcionamiento de la mina llevó a la policía a pensar que la banda contaba con al menos un empleado de Entrevientos. Esto, sumado a numerosas pruebas encontradas, causó que el comisario*

*Lamuedra detuviera, once días después del robo, al gerente general de Entrevientos, Carlos Sandoval.*

*«Lo de Sandoval fue un error grave por parte de las autoridades», declaró Silvio Fuentes, representante legal de Inuit Gold, «pero quiero confiar en que la policía hizo lo mejor que pudo con la información que tenía en ese momento.»*

*En cualquier caso, la participación o no del gerente en el robo pasó a segundo plano cuando se descubrió —y este diario publicó en exclusiva—, una serie de mensajes de texto entre él y el diputado Gastón Muñoz en los que Sandoval señalaba los cambios que debían hacerse al proyecto para la nueva ley provincial de minería. Hoy la Justicia argentina investiga a Sandoval y a Muñoz por corrupción.*

*«Inuit condena rotundamente la actuación de Carlos Sandoval, quien ya no pertenece a la empresa» declaró Ignacio Beguiristain, autoridad máxima de Inuit Gold en la Argentina y agregó: «Evidentemente, sus valores no se alineaban con los de esta compañía. Nuestro objetivo principal es trabajar con transparencia para traer riqueza al país y la región. Yo personalmente exijo, como cualquier ciudadano honesto, que se haga justicia.»*

*Por otra parte, la redacción de este periódico tuvo la oportunidad de dialogar brevemente con Sandoval, quien se refirió a su despido como «un golpe muy duro e inmerecido, porque la justicia todavía no se pronunció.» También agregó: «El mundo de la minería es muy chico y ahora tengo un estigma que va a ser muy difícil sacarme de encima. Dudo que pueda volver a trabajar en el sector.»*

*Si consideramos los cargos judiciales contra Carlos Sandoval, más que a un estigma, el exgerente general de Entrevientos se enfrenta a dos. Por un lado, la provincia de Santa Cruz llevará a él y a Gastón Muñoz a juicio por corrupción mientras que por otro, Sandoval sigue involucrado en la causa del robo a Entrevientos, aunque todo parece indicar que de esta última terminará absuelto.*

*A pesar de las pruebas incriminatorias en su contra, entre ellas ADN, documentos y correos electrónicos, la detención del exgerente general de Entrevientos sólo duró ocho días, tras los cuales salió en libertad a la espera del juicio. Sandoval en todo momento acusó a Noelia Viader, una ingeniera informática que trabajó en Entrevientos durante tres*

*años y medio y fue despedida cinco meses antes del atraco tras ser descubierta llevándose del yacimiento limaduras de doré escondidas en un bolígrafo. Recientemente salió a la luz que Viader había presentado una denuncia contra Carlos Sandoval por acoso sexual apenas tres meses antes de que la despidieran.*

*«Para mí, las pruebas que incriminan a Sandoval no fueron más que otra de las maniobras de distracción de los ladrones», manifestó un expleado jerárquico de Inuit que prefiere permanecer en el anonimato. «Yo estaba ahí, en la sala de reuniones mientras lidiábamos con la crisis. No me lo contó nadie. Gran parte del éxito de este robo radica en las maniobras de distracción, diseñadas para ganar tiempo y poner obstáculos a la policía. La ambulancia y el camión de combustible supuestamente cargados de explosivos que resultaron ser falsos, por ejemplo. O las huellas de la avioneta en la pista de Bahía Laura. Y también los perros con GPS.»*

*A día de hoy sigue siendo un misterio cómo los cinco ladrones desaparecieron con cinco mil kilos de doré el 16 de julio del año pasado. Las opiniones de los expertos varían ampliamente. También las del público en general. En un sondeo realizado en Buenos Aires, el 31% de los encuestados sostiene que los ladrones de Entrevientos se fueron por tierra mientras que el 23% considera la vía marítima como la más probable. Un 11% se decanta por aviones. Quizás lo más revelador de esta encuesta es que un 35% de los encuestados manifiesta no tener la menor idea. Un poco, parece, como la Justicia Argentina.*

## CAPÍTULO 125

### *Barcelona, España. Un año después del golpe.*

Minerva terminó de leer el artículo en el teléfono y dejó el aparato al lado de la taza de café. Ya no se llamaba Noelia Viader. Ahora, según el pasaporte andorrano que tenía en el bolsillo, era Ainhoa Campillo Fernández.

Al levantar la vista, los sonidos que había logrado bloquear mientras leía volvieron a aparecer: el *clic clic clic* rápido de los crupiers contando fichas, los «no va más» serios y profesionales, y las bolas rebotando en las muescas de las ruletas antes de decidirse por un número. Luego, treinta y seis suspiros por cada exabrupto de alegría.

Estaba sentada en su mesa favorita de uno de los bares del casino de Barcelona. Sobre la tarima, detrás de la baranda de madera lustrada, tenía una vista excelente de doce mesas de ruleta en plena acción.

En la número ocho, un crupier joven de chaleco gris y camisa blanca se acercó para reemplazar a otro vestido de manera idéntica. Minerva apuntó la hora exacta del relevo en una libreta. Ya tenía dos como esa, llenas de datos y observaciones. Si la semana que viene la admitían en el curso para nuevos crupiers, podría llenar muchas más. Después empezaría a planear el robo.

Dio un último trago al café, se levantó de la silla y empezó a recoger sus cosas. Entonces lo vio, cruzado de brazos y apoyado contra una columna cerca de la mesa cuatro. Todos los que estaban a su alrededor miraban las fichas sobre el paño. Él no. Él la miraba a ella.

La saludó levantando una mano y sonrió haciendo aparecer esos dientes blancos en el centro de la barba oscura. Caminó hacia ella. Tenía puestos unos pantalones gastados, zapatos náuticos y una camisa con el primer botón abierto. Minerva sintió que el corazón le golpeaba cada vez más rápido adentro del pecho.

—¡Qué sorpresa! —fue todo lo que le salió cuando él llegó a la mesa y la saludó con un abrazo—. ¿Qué hacés acá?

Se lo dijo así, en argentino, a pesar de que hacía diez meses que había vuelto a hablar el castellano con acento español.

—El Banquero me dijo que últimamente pasás un montón de tiempo en este lugar —respondió él.

Minerva asintió con una sonrisa y volvió a sentarse a la mesa.

—Hablé por teléfono con él la semana pasada —le explicó Mac, ocupando la silla de enfrente—. Me dijo que te vio hace poco.

—Hace quince días. Pasó con el velero por Barcelona y nos juntamos a comer. No lo veía desde hacía diez meses. ¿Supongo que te contó que nos fuimos juntos en el Maese desde Chaitén?

Mac negó con la cabeza.

—No me contó nada. Me dijo que si tenía cualquier pregunta, te la hiciera a vos. Lo último que supe fue que, cuando te fuiste de ese bar, él salió atrás tuyo. Yo también quise salir, pero entre el Cerrajero, Pata y Pólvora me retuvieron. No podía hacer un escándalo con los carabineros al lado.

—Hicieron bien —dijo ella.

—¿Adónde te llevó?

—Al norte. Bordeamos Chile y Perú, parando poco y en lugares muy turísticos. Después pasamos por Galápagos y de ahí a Centroamérica. Me bajé del Maese en Ciudad de Panamá y no volví a saber del Banquero hasta hace quince días. Dice que se pasó todo el año navegando.

—¿No era que se aburría?

—Según él, es temporal. Hasta que encuentre algo que lo motive a volver.

—¿A volver a Argentina o a volver a robar?

—Él me dijo así. A volver —respondió ella encogiéndose de hombros.

—¿A qué creés que se refería?

—Y... él alguna vez me dijo que el que nace torcido, muere torcido.

—Necesidad, no creo que tenga.

Minerva mantuvo la cara de póker pero sonrió por dentro. ¿Necesidad, Pezzano? Ese viejo zorro tenía varios millones de dólares en algún paraíso fiscal. Y ahora, después de lo de Entrevientos, uno y medio más.

—Del resto no tuve ninguna noticia —dijo ella después de pedir dos cervezas a una camarera.

—Yo sí. ¿Querés que te cuente?

—Veo que ignoraste por completo la regla de cortar todo contacto.

—Una regla que nosotros mismos ya habíamos roto antes de separarnos en Chaitén.

Sin saber muy bien por qué, ella hizo un movimiento con la mano en el aire, como desestimando lo que acababa de oír.

—Contame, ¿cómo están los otros?

—El papá del Cerrajero murió.

—Pobre. ¿Al final no le funcionó el tratamiento?

—Durante un tiempo estuvo bien, pero después decayó. Parece que con drogas experimentales puede pasar.

—¿Y él cómo está?

—En paz, porque pudo pagarle la medicación y los viajes a Estados Unidos. Hizo todo lo que estaba a su alcance. Yo creo que va a poder dormir tranquilo.

Los interrumpió la camarera con las cervezas. Mac le dio un trago largo a la suya.

—Al que le fue recontra bien es al Pata —prosiguió, intentando cambiar el tono de la conversación.

—¿Ah, sí? ¿En qué anda?

—Se compró una finca de cerezas en Los Antiguos. Hacen mermelada, licor, en fin, supongo que ya conocés.

Minerva asintió. Había ido varias veces a la Fiesta Nacional de la Cereza. Los Antiguos era, sin duda, uno de los pueblos más lindos de Santa Cruz.

—Está muy contento. Dice que es la vida que él y Sandra siempre quisieron. Mina también está feliz, tiene dos hectáreas para correr.

—¿Mina?



—La perra en celo que usamos para atraer a los ovejeros.

—No me digas que le puso Mina.

Mac afirmó con una sonrisa.

—Me gustaría visitarlo alguna vez —dijo ella.

—Uh, se va a poner súper contento de verte. Te tiene muchísimo cariño.

—Yo también. Es imposible no querer al Pata, es tipo muy especial —dijo ella después de un trago—. ¿A qué otra persona se le ocurriría ponerle Mina a esa perrita?

—A vos tampoco se te dan mal los apodos.

—¿Por qué lo decís?

—Minerva. Minería. Hay una sola letra de diferencia.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Nunca lo habías pensado?

—No. De hecho, Minerva viene de mucho antes que todo esto.

—Si hoy fuera uno de esos días en los que me levanto esotérico, te diría que estabas predestinada entonces.

—No digas pavadas.

Dio un trago a su cerveza y apartó la mirada. Muy a su pesar, ella también se ponía esotérica de vez en cuando. Se había sorprendido a sí misma varias veces pensando en la ley de causa y efecto que parecía gobernar el universo. Sandoval le había hecho mal a ella y había pagado con su carrera y su reputación. Ella había hecho sufrir a los rehenes de Entrevientos y ahora ya nunca podría volver a ser Noelia Viader.

Justicia divina o no, era duro. Llevaba años prometiéndose que algún día recompondría la relación con sus padres, y ahora que vivía en la misma ciudad que ellos, no podía ni siquiera llamarlos por teléfono. Estaba segura de que la Interpol los tendría monitoreados. Algunas mañanas se sentaba en un bar cerca del edificio en el que vivían, para verlos de lejos durante unos segundos cuando salían a comprar o a pasear al perro.

—Me estabas contando del resto —dijo, volviendo a mirar a Mac—. ¿Cómo está Pólvora?

—¿De eso tampoco te enteraste?

—No.

—Hace tres meses entraron a su casa de madrugada y le pegaron un balazo en el pecho.

Minerva cerró los ojos.

—¿Lo mataron?

—No. La peleó un par de días en terapia intensiva, pero logró salir.

—¿Qué pasó?

—Algo de drogas. Me parece que con su parte se quiso hacer el empresario y se metió donde no debía.

Recordó la charla que habían tenido dentro del contenedor de Cerro Solo, en la que él le había dicho que si lo de Entrevientos salía bien, tenía pensado un negocio para retirarse.

Se quedaron un rato en silencio.

—¿Y vos? —preguntó ella al fin. Se sintió rara diciendo «vos» por primera vez en tanto tiempo.

—Bien, no me puedo quejar.

—¿Tus hijos?

—Enormes y preciosos.

—¿Pudiste comprarles el terreno a tus hermanos?

—Sí. Ya es todo mío.

—¿Qué tal va el negocio?

—Muy bien. Crecimos mucho en el último año. Estamos por abrir una sucursal en la Patagonia. Eso sí, muy lejos de Entrevientos.

—Sobre todo porque por ahí no vas a encontrar ningún árbol de donde colgar tus tirolinas.

—¿Desde cuándo me hacen falta árboles para eso?

Rieron los dos mirándose a los ojos. En los de él, Minerva vio alegría pero también nostalgia. Se preguntó si habría reído mucho en el último año. Ella, desde luego, no demasiado.

—¿No pensás volver? —le preguntó Mac.

—¿A Argentina o a robar?

—A Argentina. La respuesta a lo otro ya la sé —dijo, señalando la libretita sobre la mesa—. Hace un buen rato que te observo anotar todos los movimientos de la sala.

—No es lo que parece —le respondió con una sonrisa.

—¿Ah, no? ¿Estás estudiando a uno de los casinos que más gaita mueven en Europa por hobby?

—No. Estoy planeando cómo robarlo —susurró.

Mac sacudió la cabeza, desconcertado.

—Por lo tanto, sí es lo que parece.

—Una cosa es planear y otra es hacerlo.

—O sea que vas a organizar el robo pero no lo vas a llevar a cabo.

—Correcto.

—¿Entonces quién lo va a robar?

—Muchas personas. Cientos de miles, si me sale bien.

—Ahora sí que no entiendo nada.

Minerva rió y dejó pasar un momento, igual que lo había hecho hacía un año y tres meses, antes de revelarle a él y al resto de la banda cómo iban a salir de Entrevientos.

—Estoy planeando un robo a este casino, pero no para que suceda en la vida real. Tengo pensado crear un estudio de videojuegos. De adolescente soñaba con dedicarme a eso. Voy a volver a la programación.

—«Atraco al casino en la playa» —dijo Mac—. Suena a película del oeste.

—Tenía en mente un título más corto, pero gracias por la sugerencia.

Mac se encogió de hombros y levantó su cerveza a medias.

—Por nosotros —dijo.

—Por los ladrones de Entrevientos —respondió Minerva en voz muy baja.

Chocaron las botellas y bebieron. Desviaron las miradas, dijeron alguna banalidad y volvieron a cruzarlas.

—¿Qué hacés acá? —preguntó ella.

—Vine a buscarte, Noelia.

Era la primera vez que la llamaba así. Le gustó cómo sonaba su nombre pronunciado por él.

—Ya me encontraste. ¿Y ahora?

—Ahora tengo que convencerte de que te vengas conmigo.

—Me convenciste mientras caminabas desde esa ruleta hacia acá —dijo, poniéndose de pie—. Te queda muy bien esta ropa. ¿A tu hotel o a mi casa?

—A Argentina —respondió él, levantándose también.

Minerva apoyó las manos sobre la mesa y largó un suspiro.

—Sabés muy bien que no puedo.

—Noelia Viader no puede. Pero la nueva, como se llame, sí.

—Ainhoa se llama.

—Que vuelva Ainhoa entonces. Y que se asocie conmigo en el nuevo parque de aventuras. No me vendría mal una inversionista.

—Oh no, me quieres por mi dinero, bellaco —respondió ella con acento caribeño y se tocó la frente con el dorso de la mano, como una actriz de telenovela.

—Por supuesto. ¿Por qué otro motivo iba a cruzar el océano?

—Sos un romántico.

—¿Entonces te convencí para que te vengas?

Minerva miró la libreta y después a su alrededor. Los jugadores seguían apostando, ajenos a todo. Rodeó la mesa, tomó a Mac por las mejillas y le regaló su mejor beso.

—Todavía no —le susurró al oído.

*FIN*

## NOTA AL LECTOR

Si te gustó *Los ladrones de Entrevientos*, te invito a que dejes una reseña con tu opinión (aunque sea muy cortita) en la página de Amazon donde adquiriste el libro. A vos no va a llevarte más que unos minutos pero para mí es muy importante porque animará a otros lectores a descubrir esta historia.

A cambio de ese ratito de tu tiempo, te enviaré personalmente unos capítulos exclusivos de la novela, que te permitirán conocer aún mejor a los seis miembros de la banda. Todo lo que tenés que hacer es escribirme un correo a [cristian@cristianperfumo.com](mailto:cristian@cristianperfumo.com) y te lo mando.

Por último, me gustaría invitarte a formar parte de mi lista de correo, donde envío cuentos inéditos a mis lectores y comparto novedades exclusivas relacionadas con mis libros. Si te sumás, quedaremos en contacto y podré avisarte cuando publique una nueva historia (nunca te enviaré spam). Podés suscribirte en mi web:

[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)

¡Hasta la próxima!

Cristian Perfumo

## AGRADECIMIENTOS

Este libro, que es una obra de ficción, sería muchísimo peor si yo no hubiera contado con el apoyo desinteresado de un montón de personas. Pensar en ellas para escribir este apartado me recuerda que soy un tipo con suerte.

En primer lugar, quiero agradecer a Trini, mi compañerita de viaje, por los miles de comentarios e ideas útiles sobre esta historia. Por su paciencia y por creer en mí siempre. Pero, más que nada, por ser la versión buena del Rey Midas: todo lo que toca su sonrisa se convierte en oro.

A Daniel Ruiz, mi bombero favorito, por tantísima información sobre camiones cisterna. A Rolando Martínez Peck por revelarme el fascinante mundo de los ovejeros patagónicos. A Carlos Arana, por ser mi amigo y experto en explosivos a la vez. A Celeste Cortés, Martín Spotorno y Hugo Giovannoni por toda la información sobre armas. A Carlos “el Polaquito” Naves por hablarme sobre camionetas en el campo. A Gabriel Zubimendi por contarme tantas cosas sobre la aviación actual y pasada en la Patagonia. A Marcela Andrada, por enseñarme a bailar tango por teléfono. A Carlos Ferrari por hablarme de consumos de agua.

A Luis Franco y todas las otras personas que compartieron conmigo su experiencia en la industria minera de la Patagonia. También a todos los que prefirieron no hablar (de verdad, lo entiendo).

A Flora Campillo, Carlos Liévano, Javier Debarnot, Christine Douesnel, Mónica García, Estela Lamas, Analía Vega, María José Serrano, Marcelo Rondini, Lucas Rojas, Ana Barreiro, Marta Segundo y Gemma Herrero Virto por leer los borradores de esta novela y enterrarme en sugerencias buenísimas.

A Luis Santamaría, Luz Mosqueira y Lourdes Bernat por recomendarme la música que escuché mientras escribía gran parte de este libro.

A todas las personas que me ayudaron a decidir cuál era la mejor portada para esta novela.

Y a vos, querido lector. Siempre a vos.

## **SOBRE EL AUTOR**

Cristian Perfumo, radicado en Barcelona tras vivir mucho tiempo en Australia, escribe novelas de misterio y suspenso ambientadas en la Patagonia, donde se crió.

La primera, *El secreto sumergido* (2011), está inspirada en una historia real y lleva ya seis ediciones, con miles de copias vendidas en todo el mundo. En 2014 publicó *Dónde enterré a Fabiana Orquera*, que agotó varias ediciones en papel y en julio de 2015 se convirtió en el séptimo libro más vendido de Amazon en España y el décimo en México. *Cazador de farsantes* (2015), su tercera novela con frío y viento, también agotó su primera tirada. *El coleccionista de flechas* (2017), su cuarto thriller ambientado en la Patagonia, ganó el Premio Literario de Amazon, al que se presentaron más de 1800 obras de autores de 39 países. *Rescate gris* (2018) fue finalista del Premio Clarín de Novela 2018, uno de los galardones literarios más importantes de Latinoamérica. Su más reciente thriller publicado es *Los ladrones de Entrevientos* (2020).

Los libros de Cristian han sido traducidos al inglés y al francés, editados en sistema Braille y publicados en formato audiolibro.



# MÁS NOVELAS DE CRISTIAN PERFUMO

## DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

**Verano de 1983:** En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, uno de los candidatos a intendente de Puerto Deseado despierta en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar unos días sin tener que esconderse de los ojos del pueblo. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

**Hoy:** Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino plantea una serie de enigmas que prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. Entusiasmado, Nahuel comienza a descifrar las pistas pero pronto descubre que, incluso después de treinta años, hay quienes prefieren que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

**¿Qué pasó con Fabiana Orquera?**

UN CRIMEN. TREINTA AÑOS. UNA CARTA QUE LO CAMBIA TODO.

# DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA



CRISTIAN PERFUMO

BEST SELLER EN ESPAÑA Y LATINOAMÉRICA

## **EL SECRETO SUMERGIDO**

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



**Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares vendidos en todo el mundo!**

## CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.



---

[1] En Argentina, automóvil con conductor que se alquila para llevar pasajeros.

[2] Véase el libro *Cazador de farsantes* (2015) del mismo autor.